

LA SEGUNDA
REVOLUCIÓN
= HEREDERO =



COSTA ALCALÁ

Costa Alcalá

La Segunda Revolución

Heredero

montena



Antes de la Revolución había diez Familias, una para cada poder. Ahora solo quedan ocho. Aura desapareció. De Dominio, la Familia Imperial, solo queda un mal recuerdo.

Casi veinte años después, los estudiantes del Liceo de la Guardia de Blyd se entrenan para proteger con su magia a una sociedad que hace años que vive en paz. Pero cuando la sombra de Dominio vuelve a acechar al país, un grupo de estudiantes tendrá que enfrentarse a los secretos del pasado... sin revelar los suyos.

Sigue el hashtag [#SegundaRevolución](#)

Y si quieres saber todo sobre nuestras novedades, únete a nuestra comunidad en redes.



Somos Infinitos



@somosinfinitos



@somosinfinitoslibros

Novedades, autores, presentaciones primeros capítulos, últimas noticias...

Todo lo que necesitas saber en una comunidad para lectores como tú. ¡Te esperamos!

**∞ INFINITA
PLUS**

M

A nuestros blydenses. Los de siempre.
Los de ahora



Tierra



Agua



Aire



Escudo



Ilusión



Azar



Fuego



Rayo



Visión



Domínio

Una sombra furtiva se detiene frente a la alambrada. La reja es demasiado alta para saltarla, pero no va a ser un problema. La sombra cierra los ojos para concentrarse. Con cuidado, extiende una mano hacia delante y una ráfaga de Aire le rodea el cuerpo. Levanta la otra mano y el viento se hace más intenso. Puede sentir la corriente como una fuerza viva que le envuelve. El intruso entonces hace un gesto enérgico hacia abajo. El Aire se sacude violentamente y lo levanta del suelo en un salto imposible hasta el otro lado de la valla.

Ya está dentro. En el Liceo de la Guardia y Defensa Ciudadana de Blyd. Solo los mejores logran una plaza en el Liceo pero, en su caso, espera no tener problemas.

No sabe qué hacer ni adónde ir. Cuando planeó su huida, las posibilidades que se le abrían parecían sencillas; pero ahora duda. Se levanta el cuello del abrigo para que le cubra mejor la cara y echa a correr: parece más fácil detener sus pensamientos mientras lo hace. Aunque no es tan sencillo; su cerebro se empeña en repetirle que puede que su plan no funcione, que puede que ni siquiera en el Liceo de Blyd esté a salvo.

Avanza a lo largo de una avenida arbolada con la vista fija en el edificio que queda justo enfrente. De repente, le da un vuelco el corazón. Algo le ha rozado. Se detiene. Sus botas patinan estrepitosamente contra la gravilla del

suelo y entonces advierte que lo que acaba de tocarle tan solo es una estatua. Le ha dado un susto de muerte.

Se aparta unos pasos para verla mejor. Representa a un hombre joven con ropa de trabajo, alto y musculoso. Tiene las manos ligeramente adelantadas y de ellas brota un árbol. La luz de la luna se refleja en el mármol proporcionándole una tonalidad lechosa. Tierra. El intruso avanza un poco más y esta vez no se asusta al encontrar otra escultura. Agua. Se trata de una mujer envuelta hasta la cintura en un torbellino de piedra azulada. La tercera está medio escondida entre los arcos que flanquean la avenida, otra mujer con el pelo y la ropa agitados por un viento invisible. Aire. Ahora las reconoce. Por un momento la fascinación puede más que la cautela y avanza por la avenida a paso tranquilo, fijándose en el resto de las esculturas que aparecen poco a poco entre los árboles; nueve estatuas para nueve Familias. Falta la décima. El edificio principal del Liceo se abre alrededor de un gran patio y allí en medio, como si le diera la bienvenida, se levanta el pedestal que tiempo atrás albergó la representación de la última Familia. Se da cuenta de que incluso en el Liceo se han deshecho de ella. De su garganta escapa una carcajada inesperada.

Cuando llega al edificio, sube los escalones de piedra desgastada por el paso de centenares de estudiantes y levanta la cabeza hacia una enorme estrella trabajada en alabastro blanco que hay sobre la puerta. En cada una de sus nueve puntas, símbolos de bronce bruñido representan a las nueve Familias y en el centro se adivina una inscripción. El intruso levanta una mano y de repente las sombras a su alrededor se agitan como azuzadas por el Fuego que acaba de aparecerle sobre la palma. La estrella de nueve puntas ahora refulge con luz prestada y puede leer la inscripción:

—«Libres. Iguales. Justos.» —No suena mal, aunque las palabras tendrían más fuerza si fuera capaz de pronunciarlas sin miedo—. Calma —dice con un

poco más de firmeza mientras se adentra en el vestíbulo del edificio—. No hay vuelta atrás. No pasa nada. *No pasa nada.*

Deambula por el edificio desierto. La vista se le escapa hacia los techos abovedados y a las formas casi orgánicas que dibujan las sombras de los rincones hasta que ve luz al final de un pasillo. Se acerca tratando de no hacer ruido. La luz proviene de una puerta entornada. En una placa dorada, se lee: ELMERT NAYER, DIRECTOR. En el despacho, un hombre de barba cana y cabello en retroceso está enfrascado en la lectura de unos documentos. Mierda. Se supone que no debía haber nadie.

Las dudas regresan. La culpabilidad le inunda el estómago pero, contra todo pronóstico, tiene que reprimir una carcajada. Le resulta irónico que, para conseguir lo que quiere, tenga que usar aquello de lo que está huyendo.

Se arma de valor y entra. La puerta choca contra la pared al abrirse y rompe el silencio.

—¿Nedia? —pregunta el director sin apartar la vista de sus papeles—. ¿Qué quieres ahora? No te preocupes tanto, mujer. Todavía tenemos tiempo.

Solo responde el silencio.

El anciano continúa leyendo un poco más y después, extrañado por la ausencia de respuesta, levanta la cabeza. Antes de que pueda añadir algo, el intruso adelanta la mano y cierra el puño.



—No pasa nada —repite el director.

—Soy un estudiante... —continúa el intruso mientras camina en su dirección. Deja el abrigo en la silla que queda libre frente al escritorio del director antes de sentarse. Debajo lleva un traje igual de gris y anodino que el abrigo pero, con suerte, dentro de unos días podrá vestirse con el uniforme del Liceo.

—Eres un estudiante... —murmura el director con la mirada clavada en sus ojos—. Creo que no te recuerdo. ¿Cómo te llamabas?

No puede darle su verdadero nombre. Frunce los labios en una mueca fugaz. El nombre. Esto no está saliendo según lo planeado. Pasea su mirada

por el despacho pero no hay nada para darle ideas, porque está claro que llamarse «ventana» no es que le apetezca mucho. Entonces repara en la estantería que hay a su derecha. Hace una rápida selección de títulos y ordena sus sílabas hasta que toman forma. Ya lo tiene.

Podría pasar por verdadero. Podría ser un comienzo.

—¿Y bien? —pregunta de nuevo el director—. ¿Cuál era tu nombre?

El intruso articula las sílabas. Una a una, van cayendo dentro de la mente del director convirtiéndose en palabras, como si hubieran estado ahí siempre.

Le gusta cómo suenan cuando el director las repite en voz alta. Sí. Su nuevo nombre.

~ Primera Parte ~



Martes, 1 de octubre.

Afuera de Blyd, aproximadamente a quinientos metros
sobre el suelo. 6.40 de la mañana



El aéreo sobrevuela los tejados de colores del Barrio Antiguo cuando se vislumbra a lo lejos la estación Varno Monsett. Es un inmenso edificio de hierro forjado y cristal como una pajarera, abierta por la parte superior. A su alrededor, despegan y aterrizan un enjambre de aéreos que parecen gigantescos insectos mecánicos.

Una azafata imposiblemente acicalada tras doce horas de vuelo cruza el habitáculo a pasitos cortos, lo máximo que le permiten los tacones y la falda de lápiz que lleva. Al final del pasillo se detiene para ajustarse la chaqueta roja del uniforme y el casquete de terciopelo a juego para que todo quede

perfecto. Entonces anuncia el próximo aterrizaje en «Blyd, embarcadero aéreo de la estación Varno Monsett» mientras los ocupantes del aéreo se desperezan. El sol ya asoma y poco a poco ilumina Blyd, la capital de Nylert, que llena todo el paisaje visible desde las ventanillas.

Entonces, media docena de operarios se distribuye por las balaustradas que rodean la cabina del vehículo y por los laterales del globo que hace flotar el aparato. Extienden los brazos y, en perfecta sincronización, los mueven en un gesto envolvente. Están conjurando Aire. El aéreo vira y se tambalea al tiempo que se acerca vertiginosamente a la estación. Los pasajeros más aprensivos se agarran con fuerza a los reposabrazos. Justo antes de llegar al embarcadero, los operarios se gritan los unos a los otros, manipulan el viento con presteza y, finalmente, echan los anclajes. La cabina de madera cruje y, tras una breve sacudida, el aéreo se detiene. Un señor en la tercera fila, por fin, respira.

A continuación los pasajeros recogen sus equipajes y esperan pacientemente a que la puerta se abra. La misma azafata de antes les despide a todos con una sonrisa que se vuelve un poco más ancha cuando sale el último pasajero, que tropieza al desembarcar. La pesada maleta que lleva se precipita hacia el suelo pero, en vez de recuperarla, se lleva las manos a la cara y se toquetea el cuerpo, como para asegurarse de que todo siga en su sitio. El cabello oscuro y la piel de un suave color tostado indican que seguramente provenga de las islas Koru. Tiene lógica, contando con que el aéreo despegó el día anterior desde Hol Ibu, la capital del archipiélago.

Kózel, porque así se llama: Kózel, rehúye la mirada de la azafata y, tras recuperar su maleta, la arrastra con esfuerzo hacia el interior del edificio. Dentro, un rumor indefinido, de gente que viene y que va, se mezcla con la megafonía que anuncia los próximos despegues y se multiplica al chocar contra la gran cúpula de cristal que cubre el techo. Cruza el vestíbulo de la

estación hacia las taquillas a un extremo y se da cuenta de que algunos viajeros miran en su dirección. Casi por inercia, Kózel se toca la cara pero cree que todo continúa como debe.

Deben de ser imaginaciones tuyas, se dice. No pasa nada. Sin embargo, en cuanto llega a las taquillas y se coloca al final de la cola para comprar el billete de metropolitano, tiene una señora detrás que no le quita los ojos de encima. Mientras nota cómo un rubor de vergüenza le sube por las mejillas, Kózel clava la mirada en el suelo y no la levanta hasta que ya es su turno.

—Un billete de... —carraspea. Por culpa de los nervios ha soltado un gallo—. Un billete de ida, por favor.

El taquillero, de mediana edad y facciones agradables, asiente levemente con una sonrisa en los labios.

—Primer día de curso, ¿eh?

—¿Disculpe?

El hombre se da dos golpecitos en la pechera de la camisa. Justo ahí lleva una placa metálica labrada con la imagen de un árbol en la cima de una colina. Tierra. Kózel sabía que en el continente era común exhibir los símbolos de Familias, pero no pensaba que fuera habitual encontrar a alguien *orgulloso* de ser Tierra.

—Es el primer día de curso en el Liceo, ¿verdad? —insiste el hombre y Kózel por fin entiende a qué se refiere. El uniforme, claro. Casaca gris, botas hasta la pantorrilla, pantalón crema, camisa negra y chaleco verde oscuro. Y en el pecho, una estrella de nueve puntas bordada con hilo de plata que es el escudo del Liceo de la Guardia de Blyd.

Lo estrena hoy.

—Sí, sí...

—Una corona —responde el hombre sin dejar de sonreír, pero luego

rectifica—: media por ser estudiante. ¿Cómo dicen en el Liceo? «Libres. Iguales. Justos», ¿verdad?

—Eso dicen, sí. —Kózel traga saliva—. Muchas gracias.

—Enhorabuena por la admisión. Tengo entendido que el ingreso no es fácil.

Kózel pesca una moneda del bolsillo de su nuevo pantalón, la deja sobre el mostrador y recoge el billete que le tiende el taquillero. Si él supiera, pobre hombre, lo difícil que es conseguir una plaza en el Liceo... Se despide con una inclinación de cabeza y antes de dar media vuelta se da cuenta de que al hombre le falta un brazo. Quizá sea un veterano de guerra.

Los soldados rasos solían ser Tierra.

Un tañido metálico distrae sus pensamientos. Del centro de la cúpula cuelga un gran reloj cúbico. Su caja es de cristal y permite ver el mecanismo que lleva en el interior: palancas y ruedas dentadas junto a un carillón que es el responsable de todo el estruendo. Con el último toque de las campanas, el reloj emite siete fogonazos de luz que iluminan el vestíbulo.

Las siete de la mañana.

Kózel profiere una maldición. Si no se apresura llegará tarde.

Casi corriendo vuelve a cruzar el vestíbulo y da gracias a los Antepasados (aunque no sabe si sentirán su gratitud, tan lejos de casa) por que esta vez no se le haya caído nada en el proceso. Kózel llega a los andenes del metropolitano resoplando por el esfuerzo y se deja caer pesadamente en un banco. Necesita tranquilizarse. Cree que toda esta aventura, igual que el uniforme que lleva, le va grande; pero entonces abre su cartera de cuero y saca cuidadosamente el portafolio donde guarda su carta de admisión al Liceo de la Guardia y Defensa Ciudadana de Blyd. Acaricia el papel con las yemas de los dedos y se concentra en el relieve de la estrella de nueve puntas, el mismo emblema de la Guardia que lleva bordado en el chaleco. Debe

aferrarse a ella. Si vuelve a casa ahora habrán ganado sus padres y la Tradición. Antes del último portazo, sus padres le preguntaron qué tenía en contra de la tradición familiar y Kózel respondió que en principio nada, siempre que le ocurriera a otra persona.

Vuelve a guardar el portafolio y suspira. Entonces se fija en un retazo de tela que sobresale por un lateral de la cartera y tira de él: es una gorra de lana gris, de las que llevaban hace años los repartidores de periódicos pero que últimamente se han puesto de moda en las islas Koru. La vio en un escaparate de la estación aérea antes de embarcar en Hol Ibu y decidió comprarla. No forma parte del uniforme pero se la pone igualmente, se la cala casi hasta los ojos para que le tape la cara, y ya se siente un poco mejor.

El metropolitano, con su cabina de madera pintada de rojo oscuro y sus remaches de bronce brillando al sol, llega poco después. Mientras se acerca, descargas de Rayo azules casi blancas saltan de las ruedas a los raíles y Kózel da un salto hacia atrás, casi perdiendo la maleta otra vez. El conductor, aunque le dedica una mirada hastiada desde debajo de una gorra de plato, al menos espera pacientemente a que recupere la compostura y suba al vagón. Kózel acaba por acomodarse en un rincón mientras el vehículo sale de la estación a trompicones. Enseguida se zambulle en el infernal tráfico de hora punta en Blyd, donde peatones, cuadríciclos, carruajes, bicicletas y metropolitano se las arreglan para no atropellarse los unos a los otros.

El metropolitano atraviesa la ciudad poco a poco. Bordea las casas de colores del Barrio Antiguo y sigue la curva que traza el río Lhin hasta una parada que, según grita el conductor, es «Puente de los Héroe». Entonces gira en dirección norte. Las calles se vuelven más anchas, a todas luces los edificios son más ricos y el metropolitano se llena de gente hasta los topes. En la parada de «Barrio Diplomático. Plaza del Parlamento», media docena de estudiantes se hace un hueco a empujones. En vez de verdes, como el

suyo, llevan chalecos de color granate, así que Kózel supone que son de segundo curso.

Para no tener que cruzar la mirada con la de ninguno de ellos, trata de aplacar sus nervios mirando por la ventanilla. Ahora atraviesan una avenida ancha, con una alameda en el centro. Al final, antes de girar, se encuentran con la estatua de un señor bajito tocado con una chistera: Varno Monsett. No tiene problemas en reconocerlo porque hay una igual en todas las ciudades del país y, prácticamente, en las de todo el continente. La ha visto docenas de veces no solo en casa sino también en el orbe: Varno Monsett, el creador del Acumulador Monsett.

En cuanto la estatua queda más a la vista es cuando comienzan los abucheos. Kózel vuelve la cabeza hacia el origen del barullo y se da cuenta de que son los estudiantes de segundo curso que han subido hace unos minutos. Uno de ellos, rubio y de facciones afiladas, hace un gesto obsceno en dirección a la estatua de Monsett que arranca un coro de risas de sus compañeros. Al mismo tiempo, el ambiente en el vagón se aquieta y algunos pasajeros les dirigen miradas de reproche. Por un instante apenas se escucha más que el traqueteo del metropolitano, pero entonces el chico rubio murmura «¿algún problema?» con un tono de voz que indica que, si no tienen ninguno, a él le sobran.

Los pasajeros vuelven las miradas al suelo, a los periódicos que estaban leyendo o, como en el caso de Kózel, al paisaje, aunque toma la precaución de girarse bien contra la ventanilla para tapar el color del chaleco de su uniforme. Acaba de ponérselo y ya siente los problemas soplándole en la nuca.

Pobre Varno Monsett, piensa mientras se alejan de la avenida. La abuela Hokulea le conoció y alguna vez le ha hablado de él. Antes del Acumulador Monsett el mundo era un lugar distinto. Los efectos del Vínculo tenían una

duración limitada, la gente apenas recurría a Familias que no eran la propia: suponía un gasto de energía terrible (por no hablar, claro, de la Prohibición, se recuerda Kózel mientras se descubre haciendo una mueca de desagrado), pero el Acumulador lo cambió todo. Con esa invención, una sola descarga de energía puede accionar un mecanismo, encender una luz o cualquier aparato imaginable durante horas.

La modernidad llegó al mundo a lomos del Acumulador Monsett, dicen los libros de historia. No solo eso: también se difuminó la diferencia entre Familias y en general eso se considera algo bueno, como demuestran la reluciente avenida y la estatua de Monsett. Lo que pasa, supone Kózel, es que siempre quedarán imbéciles que piensen lo contrario. Espera sinceramente no tener que cruzárselos a menudo por el Liceo. También espera que por pensar en esos términos no acabe metiéndose en líos. Porque una cosa es pensar y otra muy distinta es hacerlo en voz alta como el grupo de alborotadores, que son los únicos charlando en todo el vagón.

Según su reloj de bolsillo, son las ocho menos veinte minutos de la mañana cuando el metropolitano deja atrás el centro de la ciudad y sube por un paseo arbolado. A ambos lados se elevan grandes instalaciones deportivas construidas para los Juegos Intercontinentales de 1892 junto al nuevo estadio del Blyd Balón Prisionero Club, que según leyó Kózel cuando preparaba su viaje a la capital, cuenta con capacidad para más de ochenta mil espectadores.

Finalmente, el conductor del metropolitano anuncia la próxima parada: «Los Altos. Liceo de la Guardia» y detiene el vehículo frente a una gran verja de hierro forjado. Un segundo antes de bajar, a Kózel le invade la pregunta, tan fugaz como aterradora, de si conseguirá adaptarse a esta nueva vida en un sitio que no solo se le hace grande sino que lo es. Antepasados, si hay hasta un lago. No obstante, de inmediato se sumerge entre la marea de estudiantes que llegan desde todos los puntos del país.

El torrente de estudiantes se mueve por un camino de gravilla flanqueado por estatuas y por entre el mosaico de colores que son los uniformes, ve que se comienzan a formar patrones: chalecos granates de segundo curso con granates, azules de tercero con azules, dorados de cuarto con dorados; incluso ve un grupo con chaleco negro. Son los afortunados alumnos de Élite. Cada curso con los suyos mientras, aquí y allí, ve retazos de color verde, estudiantes de primer curso que todavía no conocen a nadie. Ya no hay vuelta atrás.

A la hora convenida, los estudiantes se reúnen en la plaza que queda frente al edificio principal del Liceo. Los alumnos más afortunados permanecen a la sombra de los pórticos que la rodean. La mayoría, sin embargo, suda estoicamente en sus uniformes nuevos.

—Desde su fundación, este Liceo se ha enorgullecido de su tradición integradora, por su búsqueda de la excelencia... —declama un hombre de barba y cabello cano, el director Nayer, mientras Kózel intenta encontrar un hueco entre la multitud, y el desasosiego que venía arrastrando todo el día se atenúa con el anonimato que le proporciona esconderse entre tanta gente—. Pero debo asegurar que, aunque sea un honor estudiar en este Liceo, todavía lo es más para el cuerpo docente darles la bienvenida. Ustedes han logrado algo que está fuera del alcance de muchos. Tienen la oportunidad de instruirse en este Liceo y de honrar nuestro lema, «Libres. Iguales. Justos». Durante sus años aquí, tendrán numerosas oportunidades para demostrar que son la élite de la élite...

—Sí. La élite... ¡Seguro! —dice una voz rezumante de sarcasmo a unos metros de distancia que le resulta familiar.

Sopesa un segundo si le vale la pena el esfuerzo de volverse para

comprobar si, efectivamente, el sarcasmo del comentario iba por su presencia en el Liceo pero la curiosidad es más fuerte. Finalmente, lo hace para comprobar que no solo la voz le resulta conocida sino también, sorpresa, la cara de quien lo ha dicho. Es el brabucón rubio del metropolitano, porque probablemente los Antepasados estén molestos por la distancia que ha puesto con su familia y han colocado a Kózel justo a su lado entre tanta gente. Suspira y al final opta por la reacción más segura que es ignorarles a él y al grupo que le corea con risitas crueles para concentrarse otra vez en el discurso del director.

—Me apuesto lo que sea que cada año dice lo mismo. ¿No es para morir de aburrimiento? —susurra, entonces, otra voz muy cerca de su oído.

El aliento del desconocido le ha hecho cosquillas en la nuca y esta vez Kózel se vuelve inmediatamente a punto de morir del susto.

Lo primero que ve es una sonrisa. Cruza media cara de quien acaba de hablar hasta replegarse en un par de hoyuelos. Transmite una genuina y absoluta felicidad, como si el lugar entero le perteneciera. El desconocido es alto y su pelo castaño, desordenado y de aspecto suave, le proporciona un aire de niño travieso. El desconocido reacciona primero y le tiende una mano.

—Soy Lórim, Lórim Hérshel. Ese soy yo —dice el desconocido—. Lórim Hérshel, Aire. También estoy en primero —añade, señalando sus chalecos idénticos, de color verde oscuro.

Kózel, todavía con la impresión de que el corazón se le vaya a salir por la garganta, observa a Lórim Hérshel y su sonrisa de crío. Luego al director, que prosigue con su discurso y al rubio de antes, que todavía mira en su dirección.

—¿Y tú?

Con tantas cosas en la cabeza, Kózel tarda unos segundos en procesar que el tal Lórim Hérshel pregunta por su nombre.

—Kózel —se presenta secamente antes de volver la vista hacia el director; pero no puede quitarse de encima la sensación de tener una sonrisa clavada en la nuca y acaba por ceder—. Kózel Hokulea. Ilusión.

—¿Ilusión? ¿En serio? ¡Haz algo!

—¿Disculpa?

—¿Puedes hacer algo? —Con la pregunta, la sonrisa de Lórim Hérshel alcanza magnitudes que parecían imposibles para el rostro humano—. ¡Nunca había conocido a nadie de Ilusión!

—Estaba escuchando el discurso, si no te importa...

—Yo soy Aire, ¿sabes? Ya te lo he dicho. Muy Aire, tan Aire que una vez, cuando era pequeño y todavía no era capaz de controlar el Vínculo salí volando por la ventana, ¿te imaginas? Me encontraron jugando en el tejado de la casa de al lado. ¿Es verdad que los Ilusión podéis controlar también el sonido? ¿Puedes manipular mi voz? Oye, ¿cómo te han aceptado en el Liceo siendo tan bajito? No te ofendas, ¿eh? Pero es que no me llegas ni al hombro...

Kózel se da cuenta de su error. Habría tenido que decir que era Tierra. O Agua. Nadie pide a los Tierra o los Agua que hagan algo. Debería negarse porque no quiere llamar la atención pero se teme que, si no interviene, Lórim Hérshel, Aire, seguirá hablando hasta el fin de los tiempos o hasta que se ahogue por falta de oxígeno.

Cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, el mundo se ha multiplicado en colores imposibles y todo vibra en tonos nuevos. Los rayos de sol que les rodean se han vuelto algo casi sólido que podría tocar con las puntas de los dedos. Se concentra. Agita la mano en un movimiento suave, como si tocara un arpa invisible. A pesar de que la luz no se puede palpar, juraría que percibe una leve resistencia entre sus dedos cuando los haces de luz se

comban a su voluntad y crean una cascada de colores que va a precipitarse contra el suelo.

Ha sido algo sencillo pero observa a su incómodo interlocutor para comprobar si ha quedado satisfecho y resulta que la boca de Lórim Hérshel forma una «O» casi perfecta, como dibujada a compás.

—¿Cómo lo has hecho?

—Pues haciéndolo —replica Kózel con aridez—. Era una Ilusión de nivel de jardín de infancia, incluso alguien que no sea de la Familia podría hacerla.

—Bueno, pues yo no sé —le replica Hérshel y luego la expresión se le ilumina como si hubiera tenido la mejor idea del mundo—. Oye, ¿crees que podrías enseñarme? Sería...

Pero Kózel se da media vuelta con los brazos cruzados a la defensiva sobre el pecho, a ver si Hérshel capta la indirecta y se concentra en lo que ocurre sobre la tarima.



Y lo que ocurre sobre la tarima, en opinión de Lórim Hérshel, es un aburrimiento. Le habían contado que en la ceremonia de inauguración habría exhibiciones del alcance del Vínculo. ¿No se supone que también entran en el Liceo para eso? Para mejorar el control del Vínculo con todas las Familias, no solo con la propia. Para que sea más fácil detener a Los Malos, ¿no? Y atrapar a criminales y cosas así. Y cree que también para rescatar gatitos subidos a los árboles. En todo caso, en el Liceo van a enseñarles muchas

cosas, pero no a dar discursos. Se convertirán en Agentes Al Servicio Del Pueblo, acaba de decir el director. Pues que lo demuestren con la práctica. Le gusta la práctica. Él, decide, es un hombre de acción. Que le traigan un gato y verán.

El anciano director termina su discurso dándoles la bienvenida al Liceo otra vez, declara inaugurado el curso de 1945 y se retira. Lórim mira a su alrededor. Con suerte, piensa, ahora será momento de las exhibiciones. Sin embargo, uno de los profesores que esperaba en fila detrás del director, de frente ancha por las grandes entradas y porte vagamente militar, se adelanta.

Lórim va a suspirar por segunda vez hasta que advierte el silencio absoluto que se ha hecho en el patio. Incluso los alumnos mayores del fondo, que con el discurso del director charlaban tranquilamente, se han quedado mudos.

El profesor comienza a hablar. Le preguntaría quién es al chico con el que ha hablado antes, Kózel, pero además de canijo le ha parecido un poco seco, así que Lórim decide buscar una cara más amable.

La afortunada es una chica que viste chaleco verde, como él, así que debe de ser también de primero. Tiene la piel pálida, los ojos grandes, profundamente verdes, y una melena castaña y desordenada. Lórim se le acerca con su mejor sonrisa. Cree que esto es lo que más le va a gustar de estudiar en el Liceo: conocer gente.

—Tiene pinta de importante, ¿verdad? ¿Quién es? —pregunta Lórim con aire casual, como si se conocieran de toda la vida. Ante todo, actitud.

La chica no parece molestarse. Es más, empieza a mover los dedos de una mano mientras musita algo para sí.

—Noventa y ocho por ciento a que es un profesor. Sale un dos por ciento a que sea el hijo del bedel pero yo iría a por las probabilidades altas. ¿Es un profesor? ¿He acertado? —pregunta, volviéndose hacia otra chica que tiene al lado.

—Todo el mundo está atento cuando habla para hacerle la pelota porque es el coordinador del programa de Élite —responde la chica de al lado—. Es el profesor Koem.

—Pues yo soy Lórim. Lórim Hérshel. Aire. —Lórim no ha podido contenerse. Le importa bien poco quién sea el profesor Koem o qué coordine.

—Yo soy Nero, Azar —contesta la chica del chaleco verde—. Y esta es Wen. Es mi compañera de cuarto.

Contento por saberse ya el nombre de tres personas en el primer día de clase, Lórim vuelve la cabeza. El profesor Koem no para de hablar con voz profunda y seria que le da ganas de bostezar. Va a probar a saludar a alguien más, a ver si le cuentan algo realmente interesante del Liceo, lo que no cuentan los profesores. Sin embargo, cuando va a darle un toquecito en el hombro al chico que tiene delante, Nero le toca el brazo.

—Yo que tú no lo haría —le dice con un asentimiento que parece mover montañas.

—¿Por qué?

—Todavía no lo sé, pero no me da muy buenas probabilidades.

—Pero ¿quién es?

—Es —suspira Wen—... Kástor Graadz. Y antes de que lo preguntes: no, no es muy simpático con los desconocidos.



En defensa de Kástor Graadz, se debe decir que está de malas porque ha

tenido una mañana muy estresante. Primero, sus hermanos, en vez de despedirle como lo harían los niños civilizados, se han agarrado a sus piernas y casi no le han dejado marchar. Segundo, para ir desde los Llanos, el barrio donde vive, hasta el Liceo, ha tenido que cruzar todo Blyd en transporte público. El transporte no le molesta, pero con el público tiene un problema. A Kástor no le gusta ir en metropolitano porque siempre está lleno de gente. Tampoco le gusta que le toquen sin su permiso, ni los ruidos fuertes, ni la verdura. A Kástor no le gustan muchas cosas.

—Eh, Kástor. —A su lado, Vann Strainir, que va al mismo curso que él y es su amigo, le hace una seña—. Ya nos toca.

Kástor sigue a Vann hacia la tarima. Junto a ellos, otros seis estudiantes forman uno al lado del otro detrás del profesor Koem, que todavía no ha acabado su discurso. «Los frutos de la paz que hemos conseguido en nuestro país están delante de nuestros ojos», dice Koem. A Kástor le gusta la palabra «paz», tan corta y a la vez con tanto significado.

Cuando el profesor la pronuncia mientras se inclina hacia delante, el ambiente en el patio se aquieta. En cambio, los compañeros que, como él, se encargarán de la exhibición se remueven. Incluso Kástor, que no es muy bueno descifrando cosas complicadas como los sentimientos, se da cuenta de que están todos nerviosos. La exhibición es importante, porque demuestra que las Familias viven en paz, que ya no hay clases, ni Prohibición ni privilegios.

Antes de la Revolución, casi veinte años atrás, era... distinto. Las Bajas Familias, Tierra, Agua y Aire, solo podían vivir como ciudadanos de segunda trabajando en el campo o en las factorías. Y Fuego, su propia Familia. De pensarlo, a Kástor se le estrecha la garganta de culpa heredada. Los Fuego también pertenecían a las Bajas Familias hasta que cambiaron de bando y pasaron a servir al Emperador como su ejército. Luego estaban Escudo, Azar,

Ilusión, Familias minoritarias y provenientes de regiones remotas pero igualmente controladas por leyes cada vez más restrictivas. Y Rayo, que formaba la baja aristocracia. Ocho Familias. Antes de la Revolución había diez, pero en cuanto se instauró la República todos los Aura, que pertenecían a la corte, huyeron y de Dominio, la Familia Imperial... de ellos no queda más que un mal recuerdo.

Kástor cruza las manos a la espalda y toma una bocanada profunda de aire. No puede perder el control ahora. Respira con cuidado, a un ritmo regular, hasta que todo lo que hay a su alrededor no es más que una distracción lejana. Poco a poco comienza a concentrar todo el calor que puede en la punta de los dedos.

—Antes de terminar —dice mientras tanto el profesor Koem, que se acerca al borde de la tarima—, recuerden que no hace tanto tiempo Nylert era un país distinto. Injusto. Un país de esclavos donde el futuro de cada uno no lo marcaba su capacidad, sino una insignia cosida a la ropa. Recuerden a sus padres y abuelos que, cuando el Emperador Indrasil cometió el mayor de los crímenes y Dominó a todo su pueblo para que muriera en una guerra que no podía ganar, se alzaron contra la opresión. No olviden jamás que todos ellos se rebelaron. Lo hicieron para que Tierra, Fuego, Aire, Agua, Azar, Escudo, Ilusión y Rayo fueran libres, justos e iguales. Y la Guardia estaba allí. La noche en que se puso fin a la tiranía, la Guardia de la que ustedes pronto formarán parte eligió ponerse del lado de la Justicia y no de la ley, *porque las leyes eran injustas*. —Koem hace una pausa, su voz ha ido subiendo de volumen. No quita los ojos de su audiencia—. Solo han pasado diecisiete años, este es un mundo nuevo pero frágil. Es su deber protegerlo. Nuestra paz y nuestra democracia son tan jóvenes como ustedes y todavía tienen enemigos. Defiéndanlas. Defiéndanlas de quienes quieran corromperlas y de aquellos que todavía hoy sienten nostalgia por la tiranía de los Indr...

La voz de Koem se rompe antes de acabar. Inclina la cabeza como si le doliera o hubiera recibido un golpe. Kástor está tan cerca que le ve jadear en silencio.

La plaza entonces se sume en un silencio incómodo pero al cabo de un instante Koem se yergue. Hace un gesto con la mano, rápido, y se retira.

Ya les toca. Kástor se frota las manos, que ya le queman.

Los nervios regresan con toda su fuerza pero ya no hay tiempo para retroceder. El primero del grupo, un chico alto y rubio con chaleco negro, de Élite, extiende las manos y mueve los brazos dibujando un círculo delante de él. La atmósfera primero se enfría. Las copas de los árboles que decoran el patio se agitan y salido de la nada, entre las manos del estudiante, aparece un torbellino de Aire.

Una chica de chaleco azul celeste de tercero, cuyos ojos de un azul profundo parecen oscurecerse cuando agita las manos, se adelanta mientras una miríada de destellos plateados se empieza a condensar entre sus dedos. Es Agua que, poco a poco, se extiende por sus brazos, serpentea. A Kástor le recuerda al movimiento de los peces nadando a contracorriente. Al final, con un gesto brusco, la chica impulsa el Agua hacia delante y esta se entrelaza con el Aire justo en el instante en que ambos elementos comienzan a girar a toda velocidad.

El turno de Kástor se aproxima. Delante de él solo queda Vann que, sin aparente esfuerzo, golpea el suelo con los pies. La tarima vibra como si acabara de desencadenarse un terremoto. Entonces, con un gesto que no es exactamente lento pero sí pesado, Vann levanta las manos; piedras, tierra y rocas salen disparadas hacia arriba y se adhieren a la esfera de Agua y Aire que baila delante de ellos.

Por fin Kástor da una palmada con los brazos hacia delante. El calor acumulado en sus manos estalla en una llamarada que le baila por los dedos,

le ondula por las mangas de la camisa hasta llegarle a los codos y entonces él, tras un ademán brusco con el brazo, envía el Fuego contra la esfera. Se produce entonces un choque violento, una nube de vapor cubre la tarima durante varios segundos y a Kástor se le nubla la vista mientras siente bajo la piel la energía del Fuego confluyendo con la de sus compañeros mientras él lucha por mantener el Vínculo ya no solo con su Familia, sino también con las demás.

Está tan concentrado que no ve cómo a su lado el siguiente estudiante convoca Rayo. Sin embargo, sí que nota su efecto cuando un latigazo de electricidad sacude la esfera. A Tierra, Fuego, Agua y Aire se le añade un arco de energía azul vibrante que se entrelaza con el resto de las Familias mientras dibuja formas caprichosas. Kástor siente que cada vez le es más difícil mantener el control.

Y aún quedan tres más. Un destello de luz que se incorpora súbitamente a la esfera le indica que el estudiante de Ilusión ya ha hecho su parte. La tarima, todo el patio, incluso las caras asombradas de sus compañeros se iluminan con una claridad imposiblemente blanca.

A continuación, es el turno de Azar; los Azar son capaces de ver patrones, probabilidades en el mundo que les rodea, y a veces incluso decantarlas a su favor. Kástor siente la energía que se añade a la esfera porque, de repente, nota una sacudida y casi pierde la concentración. La esfera entonces se tambalea y Kástor observa, de reojo, que los espectadores de la primera fila se apartan prudentemente.

A lo largo de varios segundos la esfera gira a toda velocidad convertida en una amalgama de colores brillantes. Entonces el estudiante de Escudo estira ambos brazos y golpea la bola de energía con una fuerza invisible. Esta se expande, los elementos se retuercen como serpientes que se persiguen las unas a las otras y el ambiente sobre la tarima se carga de una energía

explosiva que pugna por escapar. Se escucha el siseo de vapor de agua al chocar contra el Fuego, el restallar de la electricidad que escapa hacia el cielo como un relámpago y varias piedras se precipitan sobre el suelo. Entonces sucede un último estallido de luz, primero blanca, que luego brilla con cada color del arcoíris. Después, en cuestión de segundos, toda esa fuerza se disipa y solo restan un poco de humo y un silencio asombrado.

La plaza prorrumpe en aplausos. Kástor no sabe si por el espectáculo o porque, por fin, se ha acabado la ceremonia. Consciente de toda la gente que hay reunida en la plaza, se apresura a bajar del estrado pero entonces alguien se le echa encima y siente cómo se le apoya una mano cálida en la nuca.

—Nzo —murmura Kástor. Tan solo su amigo Enzo hace cosas como pasarle el brazo por los hombros. Cualquiera otro acabaría en el suelo de un empujón pero Enzo, no. Enzo, con la piel oscura y el pelo cortísimo, es su mejor amigo desde hace un año menos un día. Lo tiene memorizado porque lo de los amigos no le ocurre muy a menudo.

—¡Kástor! Kástor, has estado genial. ¡Genial! ¿Ves? No tenías por qué preocuparte. Ya te lo decía yo, ¿verdad? Ya te lo decía. Es fantástico que te hayan elegido justo a ti de entre todos los Fuego del Liceo. Estoy muy orgulloso. —Enzo lo zarandea y aprovecha para despeinarle antes de que Kástor se aparte de él—. En serio, has estado maravilloso. Y tú también, que no se me olvida —añade cuando Vann se detiene a su lado.

—Sí, pero cuando la esfera ha estado a punto de descontrolarse tú también te has echado para atrás. No intentes negarlo que te he visto, Baaer —replica Vann aunque remata la frase con un guiño para que sepa que está de broma.

Enzo, en vez de justificarse, encoge los hombros.

—Como dicen en Pralín, *Touché!* Pero es verdad que ha salido genial. ¿Y el discurso de Koem? Me ha encantado. Casi lloro, os lo juro. No os riais, capullos —añade.

—No, hombre, no nos reímos. —Vann finge que se despereza para ocultar una sonrisa burlona—. Aunque quizá Koem se haya extralimitado un poco con eso de defender la democracia. Ya sé que hace muy poco tiempo de la Revolución y que hay gente que todavía no entiende que las cosas cambian pero de ahí a llamarlos enemigos...

—Pues si a ti te ha parecido exagerado, no os imagináis la cara que ha puesto Nedia Vorak mientras hablaba Koem...

Nedia Vorak impartía Fundamentos del Vínculo el curso anterior. No sabe qué les enseñará este año. A Kástor le gusta la profesora Nedia Vorak porque al hablar nunca levanta la voz, pero es tan bajita como aterradora. No recuerda haberle visto ninguna cara particular, así que niega con la cabeza.

—No, claro, es que estabais en la tarima con Koem y la teníais detrás — insiste Enzo—; pero era como si acabara de pescar a alguien copiando en un examen.

—Bueno. Nedia siempre pone mala cara por cualquier cosa, tampoco es la más risueña del claustro de profesores. —Vann echa una rapidísima mirada hacia atrás. Kástor no sabe si para comprobar que la profesora Vorak esté escuchándoles hablar de ella. No sería la primera vez—. Si te vas a quedar más tranquilo, Baaer, vamos y se lo preguntamos.

—Sinceramente, Vann, antes preferiría cortarme una pierna con un mondadientes.

Kástor sabe, porque es una exageración, que Enzo no lo dice en serio. De todas formas la vista se le va a la pierna de su amigo un segundo.

—En fin, ¿qué vais a hacer ahora? ¿Vamos a deshacer el equipaje? O mejor: ¿vamos a por una cerveza? —pregunta Vann. Se ha quedado con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y la vista perdida entre la multitud—. ¿Con quién os ha tocado en el dormitorio? Yo tengo a... un momento, que no me acuerdo. —Vann abandona momentáneamente su búsqueda y consulta un

papelito que guarda arrugado en el bolsillo del pantalón—. Este año tengo a un tal Kózel Hokulea. De primero.

—Nosotros vamos juntos. —Enzo pasa un brazo alrededor de los hombros de Kástor otra vez.

Vann levanta las cejas. Envidia, parece. Aunque Kástor cree que sigue de buen humor.

—Ya me contarás a quién has sobornado para que os pongan juntos en vez de obligarnos a estar con «estudiantes de otros cursos para fomentar la colaboración» —dice imitando el tono de voz afectada que usan los administradores del Liceo—. En fin. Si me toca un tipo tan raro como el del año pasado, pediré el traslado al Liceo de Klachnodar, os lo juro.

Enzo estalla en carcajadas. Tiene una risa que suena como si le saliera directamente del alma.

—No, hombre, no. Ya sería mala suerte. Y para celebrar que comienza el curso, vamos a tomar esa cerveza, ¿no? Por el Sobrelhin he descubierto un local donde sirven Túlband.

—Tentador. —Túlband es la marca de cerveza favorita de Vann. Kástor está seguro de que su amigo memoriza todos los lugares de Blyd donde la sirven—. Pero acabo de recordar que tengo un compromiso. Os veo luego, chicos.

Vann da un golpecito en el hombro a Kástor y le dedica un gesto de agradecimiento a Enzo. Abre la boca para añadir algo más pero vuelve a quedarse con la vista fija a lo lejos y, sin más, se va. Kástor le sigue intrigado con la mirada; pero entonces se da cuenta de que Vann va directo a encontrarse con un grupo de chicas de su mismo curso a las que Kástor no conoce, porque él no conoce a muchas chicas, pero está claro que Vann sí.

Si Kástor supiera sonreír, lo haría.

Visto que Vann se ha ido de caza, Enzo y él se dirigen hacia la residencia

masculina. Con tanta gente, el avance es lento pero Enzo rellena el tiempo contando anécdotas de sus vacaciones y Kástor escucha.

—Eh, fiero —dice Enzo deteniéndose en la bifurcación que va hacia las residencias—, ¿nos vamos a deshacer el equipaje y luego vamos a por esa cerveza para compensar? ¿Te parece?

Van a deshacer el equipaje, luego una cerveza, que si le parece, se repite Kástor. Mira a Enzo buscando una respuesta. Pero Enzo solo sonríe. Entonces, Kástor asiente.

Miércoles, 2 de octubre.

Dormitorio de Kózel Hokulea y Vann Strainir.
7 de la mañana



Kózel Hokulea abre poquito a poco un ojo. El otro sigue firmemente pegado a la almohada. En un primer momento no reconoce dónde se encuentra. Todo está mal, desde la habitación, demasiado pequeña, hasta las ventanas, que dan a un paisaje verde con árboles y edificios al fondo en vez del mar con el que Kózel suele despertar cada mañana. Tampoco le cuadra que haya un chico a medio vestir, aunque también podría referirse a él como a medio desnudar, canturreando al otro extremo del cuarto.

Entonces recuerda: está en el Liceo de Blyd y es el primer día de clase. Su impulso inicial es el de esconderse bajo el edredón y no salir jamás. La

tentación es enorme pero, en lugar de eso, se frota la cara suavemente y cuando comprueba que todo está como debería, se incorpora. El chico en cuestión, que debe de ser su compañero de cuarto, sigue a lo suyo.

Tendría que decir algo. Un «buenos días» estaría bien. Es lo lógico; pero no es solo que Kózel tenga la boca pastosa o que, definitivamente, no sea una persona de mañanas; es que su compañero se mueve tan rápido por la habitación mientras prepara sus cosas que, Antepasados benditos, con solo mirarle Kózel se marea.

¿Cómo se llamaba? Sabe que leyó su nombre en la lista que había colgada en la puerta de las residencias antes del discurso, pero no lo recuerda. Tampoco es que pudiera entender muy bien la letra, a duras penas entendió el pasillo y la planta en la que estaba ubicado su dormitorio. Por uve, empezaba por uve, cree, pero es consciente de que necesitaría un café o dos antes de poder pensar con claridad. Aunque ya no importa porque su nuevo compañero, como se llame, termina de guardar un jersey de algodón dentro de una bolsa de cuero y, entonces, por fin, mira en su dirección. Demasiado tarde para fingir que sigue durmiendo.

—¡Buenos días! Perdona, no quería despertarte. Es que me voy a entrenar.

—No, si... —El chico se queda quieto un instante esperando a que Kózel termine la frase. Lo único que delata que también acaba de despertarse es que tiene el cabello, de color castaño rojizo, desordenado. Lo demás, desde la frente ancha, la nariz recta y la curva fuerte de la mandíbula que acaba en un mentón ligeramente partido, irradia ganas de comerse el mundo.

—Soy Vann. Vann Strainir, Tierra. —Y Vann Strainir, Tierra (Kózel sabía que su nombre empezaba por uve), por fin se da cuenta de que va medio desnudo, se pone una camiseta interior de tirantes y se adelanta para estrecharle la mano—. Gracias por dejarme todo el armario. ¡Es que apenas tienes ropa! ¿Te olvidaste del equipaje o...?

—Yo no...

Kózel parpadea. Apoya los pies sobre el suelo y, dando un último bostezo que trata de ocultar tras la mano, se pone en pie. Su compañero se ha acercado a un espejo de cuerpo entero que hay colgado en un lateral de la habitación y procede a peinarse cuidadosamente. Es cierto que su parte del armario está prácticamente vacía pero... dada su situación, tampoco es que haya tenido tiempo para comprarse ropa.

—De veras que siento haberte despertado —dice Vann—. Cuando llegué anoche ya estabas durmiendo. Fui con unos amigos a tomar unas cervezas por aquí cerca y resulta que había música en directo y...

—No, no. No te preocupes. Es que ayer apenas dormí en el aéreo que me trajo hasta Blyd y estaba... agotado. Sí. —«Una frase completa», piensa Kózel. Ya es un avance.

—¡Ya me parecía! —Cuando Vann sonrío entorna los ojos—. Eres de las Koru, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota? —pregunta Kózel con cautela. Piensa que ahora llegará el turno de las miradas condescendientes y de las preguntas inocentemente insultantes sobre las islas y sus costumbres pero, no. A Vann solo se le ensancha la sonrisa.

—Lo digo por el acento —responde él—. Hablas como la gente que sale por el orbe. Es como... como si pronunciaras las consonantes más suaves. Y, porque todavía hay poca luz, pero juraría que también tienes cara de korués.

Nada más escucharle, Kózel se cubre las mejillas con las manos con todo el disimulo del que es capaz. Sabía que su origen sería un problema añadido. La última cosa que necesita en la vida es llamar la atención también porque, como en las islas Koru casi todos son de la Familia Ilusión, allí está prácticamente toda la industria del entretenimiento de Nylert. Sabe que solo es cuestión de tiempo que alguien se le acerque y le pregunte si conoce a

algún famoso de los que salen en el orbe. Pero, por suerte, parece que Vann no vaya a hacerlo, porque está muy concentrado leyendo su diario, que acaba de tintinear suavemente.

«El diario, es verdad», piensa Kózel. Tuvo que comprarse uno nuevo en la estación aérea de Hol Ibu y todavía lo tiene dentro de la maleta. No iba a traerse el suyo a Blyd. Y dentro de la maleta también tiene la toalla, y el neceser, que recoge aprovechando que Vann sigue distraído. También recoge el uniforme del Liceo, que colgó pulcramente en su mitad casi vacía del armario.

—Oye, me marchó, ¿de acuerdo? Que vaya bien el... ¿entrenamiento? — Cree recordar que Vann ha dicho algo de un entrenamiento.

—Sí, sí. Yo ahora me marchó también. Es que estoy muy solicitado esta mañana —dice Vann sin despegar la vista del diario con una sonrisa bobalicona en la cara—. Ah, y escucha —añade antes de que Kózel pueda escaparse de la habitación—: siento si te he ofendido con lo de la ropa. No es asunto mío. Aquí no importa de dónde venimos, sino que todos llevamos el mismo uniforme. Ya sabes, lo que dijo ayer Nayer en su discurso, que somos todos «libres e iguales» —agrega haciendo una pésima imitación del habla pausada y ronca del anciano director del Liceo.

Kózel asiente. Pues ya está. Libres e iguales serán. Después, aprovecha que Vann sigue distraído para deslizarse hacia el pasillo. Camina con cuidado de no hacer ruido. Por suerte, parece que no todos los estudiantes son tan madrugadores como Vann porque la residencia masculina está sumida en un silencio roto, a veces, por algún ronquido que aquí y allá logra atravesar las paredes. Todavía está algo oscuro y, aunque sopesa lanzar Ilusión a la lámpara que cuelga del techo, los acumuladores suelen zumbar cuando se cargan y, como no quiere despertar a nadie, acaba por agitar suavemente los dedos. De pronto, los rayos rojizos del sol de amanecer que entra por la

ventana se estiran en hebras como enredaderas alrededor de sus muñecas. Entonces, con un movimiento envolvente de la mano, los haces de luz se comban y una esfera de luz de Ilusión comienza a flotar alrededor de su cabeza.

Avanza por el corredor pero en la sala de recreo de la tercera planta escucha voces y Kózel se detiene con el corazón en un puño. Deshace la Ilusión sin saber muy bien por qué pero, al final, solo se trata del orbe, que alguien ha dejado activado y que emite repeticiones de la orbenovela a la que medio Nylert está enganchado: *Pasión de Fuego*.

Kózel aparta hacia un lado la esfera de cristal, que todavía gira rítmicamente en medio de una red intrincada de alambres. Al instante la imagen holográfica que flotaba en medio de la sala desaparece y todo queda a oscuras y en silencio otra vez.

Después cruza el vestíbulo y llega a los pies de la escalera principal. Ascende los peldaños con los nervios a flor de piel y cuando llega al quinto piso, vuelve a comprobar que no haya nadie antes de avanzar. Nada más llegar el día anterior, Kózel se dispuso a explorar la residencia y se encontró con la agradable sorpresa de que todo el piso superior está en desuso. Huele a cerrado y las paredes están desconchadas; sin embargo, lo que le interesa a Kózel está al final de un pasillo: unas duchas con pinta de haber vivido tiempos mejores donde no va nunca nadie. Kózel entra y cierra la puerta tras de sí. Luego pone una mano sobre el picaporte y se concentra. Escudo nunca se le ha dado muy bien pero ha estado practicando todo el verano y al cabo de un momento la puerta emite un resplandor tenue que indica que ya está bloqueada. «Toda precaución es poca», piensa mientras se desviste. Gracias a los Antepasados, al menos no tendrá que preocuparse por el tema de las duchas.



Mientras Kózel abre el grifo del agua caliente, Lórim Hérshel corre por el pasillo de la residencia. Va comiendo una rosquilla pringosa que le chorrea azúcar por los labios. No ha dormido nada pero ya se ha tomado tres tazas de café en lo que va de mañana y apenas ha salido el sol.

Entra a trompicones en la habitación, porque con las prisas se ha olvidado de los libros. Y no los ve por ninguna parte. Rebusca bajo su cama y dentro del armario pero no hay manera, así que echa un vistazo a su alrededor y entonces lo que sí encuentra es un par de ojos. Están muy abiertos, casi fuera de sus órbitas detrás de unas gafas cuadradas, de aspecto serio. El propietario de ese par de ojos está sentado frente a uno de los dos escritorios que hay en la habitación y sostiene una estilográfica. Lórim se limpia la mano llena de azúcar contra su recién estrenado pantalón del uniforme y deja una mancha oscura en la tela color crema. Es toda una sonrisa andante mientras le tiende la mano al dueño del par de ojos y le saluda.

—¡Por fin nos conocemos! Soy Lórim Hérshel, Aire.

—Ibar Blumersett, Tierra —responde su compañero lentamente antes de concentrarse de nuevo en el libro que tiene delante.

—¿A qué hora llegaste? No te vi ayer —le pregunta Lórim que, al ver que Ibar no hace ningún gesto para estrechar la mano que le ofrece, se rinde.

—Esta mañana —contesta Ibar sin dejar de leer. Lórim, intrigado, se le acerca.

—¿Qué estás haciendo? Parece difícil.

Tras unos segundos de tenso silencio, Ibar levanta la vista de su escritorio. Carraspea y luego empuja a Lórim ligeramente hacia atrás, como reclamando un poco de espacio personal.

—Es difícil.

—Estás en el último curso, ¿verdad? —Se da cuenta entonces de que Ibar lleva el chaleco negro de los estudiantes del programa de Élite—. Cielos, Élite. ¿Y te gusta? Porque difícil ya me has dicho que es. ¿Y entrar? ¿Entrar también es difícil? ¿Cómo se hace para que te elijan?

—¡Por el Emperador! Pero ¿tú no tienes clase?

—¿Y tú? ¿No tienes clase? —responde Lórim.

—Yo tengo hora de estudio. —Ibar señala los libros que tiene delante casi con gesto acusador.

—¿Qué hora es?

—Las siete y cincuenta y tres.

Las siete y cincuenta y tres son siete minutos antes de las ocho de la mañana, hora en la que comienzan oficialmente las clases en el Liceo. Y el aulario queda al otro lado del campus, así que Lórim da un respingo y sale por la puerta sin llevarse sus libros siquiera.

—El origen de su capacidad radica en la aptitud de cada uno para Vincular las fuerzas que nos rodean: Aire, Agua, Fuego... y manipularlas a su voluntad —explica la profesora Nedra Vorak a los estudiantes de primer curso.

Primera hora del primer día de clase y tenía que tocarles Fundamentos del Vínculo. Al menos, Lórim ha llegado a tiempo. Por los pelos, pero a tiempo. Le costó unos segundos escoger dónde sentarse porque aún no conocía a nadie, aunque en cuanto vio a Nero, la chica de cabello enmarañado a la que

conoció durante el discurso de bienvenida, saludándolo, tuvo claro dónde hacerlo.

Después, la profesora entró por la puerta y el aula lleva en completo silencio desde entonces porque, nada más verle la mueca severa en los labios pintados de carmín, todos han entendido que buscarse problemas con Nedra Vorak, la jefa de estudios del Liceo, probablemente sea un suicidio académico.

De repente la profesora extiende una mano de la que se escapa una llamarada que llega hasta el techo. Antes de que se extinga el murmullo asombrado de los estudiantes, la profesora Vorak hace un gesto brusco con la mano. La lengua de Fuego se desintegra en una nube de chispas cuando una ráfaga de Aire cruza el aula llevándose papeles y libretas consigo. Entonces, prosigue:

—A lo largo de su vida, la mayor parte de las personas solo desarrollará una pequeña fracción de su potencial. —Sin perder su expresión severa, Nedra Vorak hace una pausa mientras los últimos estudiantes recogen los papeles del suelo—. Por desgaste físico, por pura y simple comodidad, la mayoría solo recurrirá al Vínculo con su Familia o con aquellas más afines. Sin embargo, ustedes, en su caso, como estudiantes de este Liceo, tienen como objetivo para esta asignatura el ser capaces, al menos, de mostrar una mínima inclinación hacia las Familias más comunes. Y para lograrlo, ¿alguien sabría decirme qué es lo más necesario?

Si alguien lo sabe, no está dispuesto a compartirlo. Mientras un silencio incómodo se extiende por el aula, la profesora Vorak lanza una mirada inflexible que logra que algunos alumnos se encojan en sus asientos hasta que, desde la primera fila, una mano se alza tímidamente.

—¿Equilibrio, profesora? —responde una chica con el cabello oscuro que no ha dejado de tomar apuntes desde que comenzara la clase.

—Exactamente, *equilibrio*, señorita Blyzster. —La profesora Vorak asiente milimétricamente y la cara de la chica se ilumina con una sonrisa tan radiante como breve. Después, se coloca un mechón de cabello oscuro y liso tras la oreja y baja la mirada mientras la profesora continúa con su explicación—: Del mismo modo que Vincular nuestra propia Familia nos resulta más fácil, cuando trabajamos con vertientes de la energía que nos son ajenas, hay que conseguir entrar en conexión íntima con esa nueva forma. Una persona de la Familia Fuego encontrará extremadamente difícil Vincular Agua si lo concibe como un elemento hostil. Debe encontrar el equilibrio entre su naturaleza y los elementos...

Mientras habla la profesora Vorak, Lórim se ha quedado mirando a la chica morena de la primera fila. Es la que ha respondido a la pregunta sobre el equilibrio y que ahora toma apuntes como si le fuera la vida en ello. Lórim la observa no solo porque la chica sea guapa ya que, digamos, no cree que sea guapa estilo estrella del orbe, reflexiona Lórim como de pasada. Tiene unas facciones delicadas que se encontrarían, por ejemplo, en la pintura de un museo. Es... bonita, quizá la palabra sea bonita y Lórim no sabe por qué está pensando eso. Luego también piensa que es fascinante verla escribir con tanto ahínco.

A él lo cierto es que le está entrando sueño. Estaba tan nervioso por el inicio de las clases que apenas ha dormido y no ayuda el hecho de tener que estar muy callado mientras la profesora habla de cómo lograrán controlar la mayor parte de las Familias poco a poco. En realidad, lo único que Lórim cree controlar es el arte de Sostenerse Sobre Dos Patas De La Silla y el de Bostezar Sin Que Se Note, aunque cree que ahora explorará las infinitas posibilidades de Cómo Dormir En Clase Muy Disimuladamente.

Lórim sonrío ante su propia genialidad pero cuando está a punto de cerrar los ojos, repara en la persona que tiene un par de asientos por delante del

suyo. Es Kózel Hokulea, el chico al que conoció durante la inauguración de curso. Kózel Hokulea que, ahora recuerda, además de ser bajito, no le ha saludado cuando se han visto al entrar en clase.

Y entonces tiene una idea. No sabe si es buena o mala, pero al menos logra que abra mucho los ojos y se le pase el sueño, así que va a ponerla en práctica igualmente: arranca con mucho cuidado una tira de papel de su bloc de notas y la arruga hasta formar una pelotita. Después, se arremanga la camisa como si fuese a hacer el mayor esfuerzo del mundo y, colocándose la bola de papel sobre la palma de la mano, tras dar un leve soplido, la impulsa hacia delante. Con un gesto de mano disimulado, Lórim hace que la corriente de Aire suspenda la bolita justo encima de la cabeza de Kózel.

Una risilla proveniente de su derecha indica que, por lo menos, alguien aprecia su broma: se trata de Nero, claro.

Contento por tener audiencia, Lórim se gira hacia ella y le guiña un ojo. Nero asiente y él le responde el gesto, satisfecho. Finalmente, con otro ademán, disipa el Aire, la bola de papel rebota sobre la gorra que Kózel lleva puesta y va a caer sobre sus apuntes. Lórim trata de aguantarse la risa mientras su compañero se vuelve buscando el origen del proyectil con cara de dignidad herida. Para entonces, Nero y Lórim están tiesos como tablas fingiendo atender a la explicación.

Envalentonado, decide repetir la jugada. Se detiene un instante, preguntándose a sí mismo si este es el tipo de estudiante que quiere ser: el típico payaso de clase, y decide que sí: que será el payaso de clase, que será encantador, que les guiñará el ojo a todas las chicas y que será amigo de todos los chicos, incluso de los que no quieran, como el canijo de Hokulea.

Muy satisfecho con su decisión, sopla con Aire sobre una segunda bolita, que golpea a Kózel justo en la nuca y hace que se vuelva de nuevo con el ceño fruncido. Esta vez Lórim tiene que taparse la boca para que no se le

escape una carcajada pero ya es tarde: Kózel Hokulea, que le ha identificado como el lanzador de los proyectiles, le mira con cara de querer estrangularle.

Lórim le saca la lengua y comienza a preparar otra bolita. Rasga el papel muy lentamente, provocador, y le da forma con mucho cuidado. Solo por ver la cara de asco que pone Kózel, Lórim se lo lleva a la boca.

A su lado, Nero hace un ruido como si se ahogara.

Finalmente, ya con el papelito mojado y pegajoso entre los dedos, Lórim se prepara. Kózel levanta las cejas en señal de advertencia. Lórim apunta.

Entonces, como salido de la nada, otro proyectil atraviesa el aula y le da a él justo en medio de la frente. Lórim advierte varias cosas a la vez: que el aula está repentinamente en un silencio distinto al que había antes, que toda la clase le está mirando, incluida la profesora Nedra Vorak, a cuyo alrededor orbita una colección de piedrecitas y arenisca que parece haber entrado directamente desde el jardín y que Lórim asume como lo que acaba de golpearle la cabeza.

—Señor Hérshel, le agradezco enormemente su demostración de cómo funciona Aire, pero le aconsejo que deje las prácticas de puntería para la clase de Lucha. —Quizá porque la voz de la profesora resulta tan calmada, a Lórim le parece todavía más aterradora.

Por eso, primero baja la mirada, reprimiendo las ganas que tiene de frotarse la frente; sin embargo, se recompone enseguida y saluda con un guiño a la chica que ha visto antes tomando apuntes desesperadamente. Ella le dedica una mirada reprobadora aunque Lórim está seguro de que luego ha visto cómo a la chica, Denna, se le escapaba una risita. Entonces la profesora Vorak resopla y reanuda la clase, no sin antes advertirle que, a la próxima, apuntará a los ojos.



Hacia el final de la jornada, el aula de segundo curso está todavía más en silencio que la de primero durante Fundamentos del Vínculo con la profesora Vorak.

A primera hora han tenido Lucha con la profesora Dinn. Luego, Documentación con Erss Thienn, donde solo hay que tomar apuntes y escribir. A Kástor se le dan bien ambas cosas. La última clase del día es con el profesor Koem. Estrategia. Koem estuvo en el ejército cuando aún había ejército en Nylert. Enzo ha dicho, antes de comenzar, que estaba muy nervioso. Él no sabía si lo estaba. El profesor Koem tiene una profunda voz de mando y pasea con las manos a la espalda mientras imparte clase. Ha explicado las bases teóricas para la estrategia de combate. Hay que estar preparados, ha dicho. Una buena estrategia podría salvarles la vida. Luego ha dicho si había alguna pregunta y Zaaren Kelsryn ha preguntado, no sobre la clase, sino por el papel que tuvo Koem durante la Revolución.

Entonces, todo se ha torcido.

La pregunta de Zaaren ha dado pie a una discusión. Si la Revolución fue legítima. Si había alternativas. La discusión se ha transformado en acusaciones cruzadas. Vann se ha encarado a Silena Weneseph, la amiga de Enzo, Wen, Fuego como él, cuando ella ha dicho que no todas las consecuencias de la Revolución habían sido buenas. Kástor ha observado en silencio cómo las palabras subían de tono. Por eso es de mala educación hablar del tema.

Zaaren Kelsryn ha dicho, y todos sus amigos la han apoyado, que lo que los ganadores llaman «Revolución» los perdedores lo llaman «golpe de Estado».

El aula entera ha quedado en silencio cuando, de repente, el profesor ha levantado una mano. Ahora Kástor sí sabe que está nervioso. Se obliga, muy lentamente, a relajar los músculos de la mandíbula.

—Basta. —El profesor Koem no tiene que hablar fuerte para que le escuchen—. ¿Quieren saber realmente qué es una Revolución? —Señala, con la misma mano que había levantado, hacia un extremo del aula—. Todos los Tierra, vayan hacia la esquina.

Kástor nunca se había parado a pensar que casi la mitad de sus compañeros en clase era Tierra.

Luego el profesor indica a los Agua y Aire que vayan también con ellos. En el lado del aula en el que está Kástor, cada vez son menos. Kástor se siente todavía más solo cuando el profesor le pide a Enzo, que es el único Escudo del curso, que vaya a otra esquina. Donde está Kástor solo quedan Fuego, como él, y Rayo.

—Cuenten —dice. Kástor sabe que Koem no está siendo literal, pero igualmente obedece. De treinta en su curso, nueve son Tierra, siete Agua, cinco Aire. Enzo, que es Escudo. Nadie Azar o Ilusión. Seis Fuego, contándole a él, dos Rayo—. No hace mucho tiempo, todos ustedes —continúa el profesor volviéndose hacia los alumnos Tierra, Agua y Aire— tenían prohibido usar el Vínculo excepto en sus casas o en sus trabajos, en las fábricas bajo la atenta mirada de los capataces. Además, solo podían Vincularse con su propia Familia. Nada más. Y la pena por usar su Familia para atacar o para incluso defenderse era la cárcel. —El profesor Koem se vuelve hacia los alumnos Rayo y Fuego. Kástor mira al suelo, alguno de sus compañeros se remueve—. Mientras tanto, ustedes no tenían prohibido nada.

Recurrían a su Vínculo sin límite. Aunque, claro, solo Fuego. Solo Rayo. Por orgullo, nada más.

El profesor Koem vuelve a pasear por el aula, los brazos cruzados a la espalda. Kástor se pasa las manos por la cara, tiene la frente sudada por un calor que no es natural. Trata de apartarse un paso del grupo de Rayo y Fuego en el que está. Alguno de sus compañeros está enfadado y la rabia contenida está provocando el aumento de temperatura.

—Ustedes han crecido con la historia pisándoles los talones. Seguramente, en sus casas les hayan enseñado que no está bien hablar de tiempos pasados para no herir sensibilidades. —El profesor Koem vuelve a hacer una pausa y toma aire. Los alumnos, como si fuera una invitación, le imitan—. Pero cuenten. Cuenten cuántos están a un lado y cuántos a otro. Cuántos lo tenían todo y cuántos nada. Eso es una Revolución: cuando los no privilegiados se dan cuenta de que lo único que les frena no es la debilidad, sino el miedo.

Entonces Koem baja la cabeza y aprieta los ojos. Se lleva una mano a la cara y se toca las sienes con los dedos. Se queda así, en silencio durante unos segundos. Los estudiantes de segundo curso se miran entre sí por si hay alguno lo bastante valiente como para intervenir. Al final, como solución de compromiso, alguien carraspea con poco disimulo y el profesor Koem parece regresar de golpe al mundo de los vivos.

—Disculpen —murmura mientras se pasa los dedos por las entradas del cabello—. Disculpen. ¿Por dónde íbamos? —La pregunta es poco más que un jadeo—. Ah, sí. El miedo. Les habían convencido de que el Emperador y los suyos eran invencibles y que la Prohibición reflejaba orden natural de las cosas pero... —La frase pierde fuerza en las últimas sílabas y a Koem vuelve a descomponérsele el gesto durante un segundo.

En ese preciso momento, suena la campana. El profesor, en vez de dar la clase por terminada, se vuelve hacia el extremo del aula donde están los

Fuego y Rayo. Tiene las cejas fruncidas, la tez pálida. Kástor trata de identificar la expresión del profesor Koem y le parece que es de sorpresa.

—¿Profesor Koem? —pregunta una voz tímida. Es Izeen Zrakov, Agua. Kástor lo conoce, suele cenar con ellos en la cafetería.

—Pueden marcharse —resuelve Koem entonces, apenas alzando la voz, de tal forma que sus palabras quedan veladas por el sonido de los estudiantes que escapan tan rápido como pueden.

Los pasillos del Liceo se llenan entonces de gente: novatos de primero con sus chalecos verdes que parecen increíblemente jóvenes e inexpertos; los de tercero, de azul celeste, serios y ligeramente asustados porque en este curso se juegan el acceso a Élite. Kástor por una vez agradece el ruido, que le distrae de sus pensamientos.

—¿Qué os ha parecido? —Enzo tiene el ceño fruncido, aunque su expresión se suaviza cuando se cruza con un grupo de estudiantes que le saludan—. A mí me ha dado hasta pena que haya sonado la campana, pero...

—¿Pero? —pregunta Vann, que también saluda a la gente que pasa pero, en su caso, se limita básicamente a chicas de varios cursos distintos—. ¿Le estás poniendo un «pero» al profesor Koem? Como te escuche, no entras en Élite ni aunque te presentes tres veces...

—No, no... si no pongo «peros». Lo único que... al final, pues... —Enzo agita una mano—. Es que ha sido muy raro. Es decir, el hombre es una leyenda viva pero, con todo lo intenso que se ha puesto con eso de la Revolución, no me ha acabado de gustar.

Vann dirige una mirada rapidísima hacia Kástor. No parece tan contento como cuando han salido.

—Ya sé lo que quieres decir. No... quizá Koem no tendría que habernos puesto separados, como si formáramos parte de bandos distintos. Pero, oye, Koem es... de otra generación. Vivieron cosas distintas a nosotros. Tampoco

se le puede culpar del todo, creo yo. No se lo tengamos en cuenta, ¿de acuerdo? Especialmente ahora, que son las cinco y por lo tanto las clases son una preocupación para mañana. —Como si la conversación estuviera definitivamente cerrada, Vann meneaba la cabeza—. Por qué no vamos a celebrar que hemos sobrevivido al primer día de clase, ¿eh? Y nos olvidamos de todo. Yo invito. Podemos ir al sitio de ayer, el de las Túlband. A ver si hoy también tienen música en directo. ¿Qué os parece? —insiste volviéndose primero hacia Enzo, que encoge los hombros, y luego hacia Kástor, que se detiene y aprieta los labios. Salir a socializar. Otra vez. Con ruido y gente por todas partes. A Kástor le apetece tanto como tirarse de un puente. Por suerte tiene una excusa.

Con voz casi inaudible, murmura:

—‘*Chivos*.

—¿Ya empiezas hoy? —pregunta Vann frunciendo el ceño mientras salen a los jardines del Liceo.

Kástor asiente. Para costearse la matrícula del Liceo, hace de becario tres tardes por semana en el archivo, un lugar cochambroso y apartado donde se guarda documentación antigua de todas las Casas de la Guardia de Blyd. A él le gusta porque el trabajo requiere mucho silencio y mucha concentración, y Kástor es experto en ambas cosas.

El sol ya está bajo. Es cálido, de principios de otoño, y los tres avanzan por los caminitos cubiertos de gravilla que cruzan el campus. Durante el trayecto, Vann intenta convencer a Enzo una vez más para salir a celebrar el inicio de las clases. Kástor sigue la conversación mirando al uno y al otro como en un partido de balón prisionero hasta que llegan a una bifurcación en el camino. Allí, Kástor se despide.

Toma el camino que bordea el lago. Todavía está rodeado de gente, grupos de estudiantes que se dirigen a la biblioteca o a las pistas de entrenamiento;

pero Kástor se mueve sin mirar a nadie; pasea, más que camina, con las manos en los bolsillos del pantalón y disfruta de la sensación familiar de estar en el Liceo de nuevo. Al menos es lo que pretende hasta que, a su espalda, alguien comenta:

—Por el Emperador, mirad quién está aquí.

Kástor se detiene y se da la vuelta muy lentamente. Ya tiene los puños apretados porque ha reconocido la voz y, de todas las cosas del mundo que no le gustan a Kástor, su primo Sammler Archen está al principio de la lista. Va a su mismo curso, pero Kástor casi siempre consigue no tener que interaccionar con él.

—¿Dónde vas tan solito, primo? —Sammler echa un vistazo a su alrededor. Al fondo del caminito de gravilla se adivina la silueta de los archivos—. ¿A trabajar? ¿Este año tus padres tampoco han podido pagarte la matrícula?

Sammler tiene una expresión burlona en los labios y las manos cruzadas sobre el pecho. A pesar del parentesco, a diferencia de él y sus hermanos, tiene el pelo muy rubio y es espigado, más largo que ancho e, igual que las hienas, que cazan en manada, siempre va rodeado de sus amigos. Uno de ellos es becario en la biblioteca. Nymar, se llama, aunque no ve que se burlen de él por eso. Al otro lado está una chica de su curso, Zaaren. Es la que ha comenzado la discusión en la clase de Koem. No hay día que no lleve un complemento de color rosa en el uniforme y le da la impresión de que siempre se está riendo de él. Un poco más lejos, el novio de Zaaren, Álek Rádick, un chico que lleva el pelo recogido en una coleta y que parece estar siempre pensativo, les observa.

—Sammler. ¿Q'quieres? —Kástor siente cómo las palabras se le pegan al paladar y cómo le cuesta pronunciar cada letra más de lo normal.

—¿Qué ocurre? ¿Ahora no te puedo saludar, *primo*?

A Kástor no se le escapan ni el doble significado de la palabra ni las risitas de los amigos de Sammler; pero se mantiene en su sitio, porque Sammler, además de ir a su mismo curso, es parte de su familia y si lo golpeará, su madre le echaría una bronca de espanto. Sin embargo, no sabe hasta cuándo podrá aguantar porque un cosquilleo y un calor abrasador en la punta de los dedos le indican que tiene ganas de quemar cosas. Y la cosa que tiene más cerca ahora mismo es la cara de Sammler.

Pero, al final, ladea la cabeza y dice con un hilo de voz:

—*Jámenpaz.*

Kástor hace un movimiento brusco para apartar a Sammler, que chasquea la lengua y emite un siseo como de serpiente.

—Relájate, primo. No querrás tener problemas disciplinarios como el año pasado, el Emperador no lo quiera, ¿verdad? —Sammler parece sopesar si tocarlo otra vez es una forma de provocarle todavía más o una tentativa de suicidio. Al final se conforma con recuperar la eterna sonrisa orgullosa—. Tendrás que portarte bien este curso, primo, o no creo que tengas muchas probabilidades de graduarte.

—Un noventa por ciento redondeando a la baja. Tú, en cambio, tienes un treinta por ciento pelado de probabilidad de terminar el Liceo, aunque estas predicciones suelen ser poco fiables por esa cuestión de la mariposa que bate las alas y provoca huracanes en la otra punta del mundo.

—¿Qué. Has. Dicho? —Sammler procura acentuar las tres palabras dejando mucho espacio entre sí para hacerlas más amenazadoras, mientras se da la vuelta hacia la persona que las ha pronunciado.

Kástor también se vuelve asombrado y su mirada se cruza con la de la chica que acaba de hablar. No la conoce de nada pero debe de estar en primero por su chaleco verde. También le sonrío y se enrolla un mechón de cabello enmarañado y castaño alrededor de los dedos.

—He dicho que estas probabilidades son poco fiables por la teoría esa de las mariposas que baten las alas y provocan huracanes en otra parte del mundo, pero no te preocupes. Es una mariposa metafórica. Para provocar un huracán batiendo las alas tendría que ser una mariposa enorme.

Sammler aprieta los puños. Entonces Zaaren, la chica pelirroja tocada con una diadema de color rosa, suelta una risita despreocupada.

—Déjalo estar, querido —susurra en tono meloso mientras tira un poco de él—. Todavía tenéis que ayudarme a deshacer el equipaje. —Se vuelve hacia el chico de la coleta, que por un segundo parece haberse desconectado del mundo, y lo llama—: Nos vamos, Álek, cariño.

—No, no. A los novatos hay que enseñarles a tener respeto. —Sammler da un paso hacia la chica de primero y a Kástor se le tensa el cuerpo entero y piensa vagamente que al cuerno con los problemas disciplinarios, no dejará que peguen a nadie delante de él.

—Sammler —repite entonces Zaaren, con una voz más contundente—. Vámonos. Es solo una novata. Ya aprenderá.

Y Sammler se detiene aunque aprovecha para dedicarle una mueca de burla a Kástor y una mirada que promete una dolorosa venganza a la novata de las mariposas antes de marcharse.

—Lo que tú digas.

Durante varios segundos Kástor trata de reunir suficiente valor para mirar a la chica de primero. Abre la boca mientras trata de ordenar las palabras en su cabeza. Debería hablar con ella, aunque solo sea para decirle que no necesita que le defiendan o para advertirle de que es mejor no meterse en problemas con Sammler Archen.

—Soy Nero. Nero Cailíe, Azar. Te he visto a veces con Wen.

—K... K... —Él trata de decir su nombre pero no le salen las palabras de la garganta.

Entonces a la chica le cambia la expresión, Kástor está seguro de que es una sonrisa y cree, *cree*, que es una de esas que se dirigen hacia él y no contra él. Es una sonrisa trémula, insegura, y entonces la chica le tiende una mano como si estuviera pidiéndole algo.

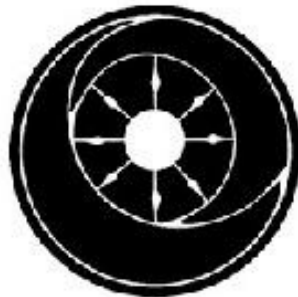
Él da un paso atrás.

—Ah. ¿No? —La chica, Nero, retira la mano confundida—. Creí que querías darme algo.

Kástor no sabe qué le está pidiendo ni qué quiere pero el calor que antes sentía se le va de los brazos a la cara y, todavía con la boca abierta, se marcha corriendo.

Jueves, 31 de octubre.

Clase de Lucha de primer curso.
Pistas de entrenamiento. 4.18 de la tarde



En las primeras semanas del curso, la asignatura de Lucha le gustaba, reflexiona Kózel. Le gustaba el ambiente de las pistas de entrenamiento donde por la tarde da un sol agradable, y le gustaban los ejercicios físicos, las carreras y los circuitos de obstáculos. Después de los primeros días de aclimatación, habían comenzado con las nociones básicas de lucha, tanto cuerpo a cuerpo como del uso del Vínculo. Eran ejercicios muy básicos con Familias que apenas había usado antes y, Antepasados benditos, Kózel juraría que no se le daba tan mal. Incluso había comenzado a verle la gracia a la forma en que la profesora Pymar Dinn lo dice todo a voces.

Hoy la profesora Dinn ha tenido una idea distinta:

—¡Como veo que su progreso es satisfactorio, VAMOS A HACER ALGO NUEVO! — Dinn hace una pausa para crear expectación. Entonces estira ambos brazos, su cuerpo atlético en tensión. Apretando los puños, la profesora hace un gesto hacia arriba y tras un temblor que casi hace caer a los estudiantes despistados, la tierra rojiza de las pistas se cuartea para formar una cuadrícula. A otro gesto suyo, los surcos se ensanchan y se llenan de agua que proviene de un canal que rodea el recinto—. ¡COMBATE POR PAREJAS!

Y es, en opinión de Kózel, una idea muy mala. Sabía que ocurriría tarde o temprano, pero igualmente Kózel se encoge de los nervios. La profesora se pasea entre los estudiantes, que intentan desesperadamente no captar su atención.

—¡Vhindiya y Bayler! ¡Mantengan el combate dentro de los límites de la cuadrícula, yo les iré evaluando! ¡YA PUEDEN COMENZAR, VAMOS, VAMOS! —señala primero. Syama Vhindiya es un chico bajito fornido cuyo acento al hablar delata que viene de la zona sur de Nylert, y Khari Bayler es Rayo y tiene el cabello más rubio que Kózel haya visto jamás. Ambos asienten y se van hacia el primer rectángulo marcado en la pista. Mientras tanto, la profesora elige más parejas—: ¡Nathrem y Blyzster! ¡Cailíe y Poushkin! ¡Raka y... Locke! ¡Hokulea!, ¿SE ESTÁ ESCONDIENDO DE MÍ?

—No, profesora.

Kózel trata de erguirse para que la diferencia de altura con la profesora Dinn no sea tan abismal y se aparta de detrás de Lluvín Houba con la expresión más inocente que puede fingir.

—¡Bien, usted...! —La profesora mira hacia los estudiantes que quedan sin pareja—. ¡Hérshel! ¡Hokulea y Hérshel! ¡NO PONGA ESA CARA,

HOKULEA! ¡Todavía no han aprendido lo suficiente como para hacerse daño! ¡Y si se lo hacen, no sean lloricas, que están en el Liceo de Guardia y Defensa Ciudadana, no en una fiesta de pijamas! ¡VAMOS! ¡ANDANDO!

Kózel lleva desde que ha empezado el curso intentando mantenerse lejos de Lórim Hérshel porque le parece un payaso. Y un crío. En definitiva, no tiene ningún interés en entablar relación alguna con él pero, a pesar de todo, ahora se encuentra caminando a su lado hacia uno de los rectángulos en los que ha quedado dividida la pista. Ya es mala suerte. O eso, o los Antepasados le han mandado un castigo por ser siempre tan borde con él.

Lórim, a un lado de la cuadrícula, se quita el jersey de algodón verde reglamentario de las clases de Lucha y lo lanza con un aspaviento de aires épicos; pero el tiro le queda corto y la prenda de ropa cae en medio de la pista. Impermeable al ridículo, Lórim se arremanga la camisa blanca que llevaba debajo y acaba por apartar el jersey de una patada con las zapatillas de loneta.

—¿Preparado?

—¿No?

Kózel lo ha dicho con total sinceridad, no entiende por qué Hérshel va y suelta una carcajada. Tras un suspiro, comienza a estudiarlo tratando de adivinar sus intenciones. Fija la mirada en sus ojos de color azul grisáceo, que son grandes y parecen llenos de una energía inagotable, y en esa sonrisa que casi nunca le desaparece de la cara y que unas veces es inocente e infantil pero otras... otras, no.

En esta ocasión, antes de atacar, Hérshel tiene una sonrisa toda dientes, de tiburón.

El primer día de clase Dinn les gritó que todas las Familias son ofensivas si uno le pone suficiente empeño, pero Rayo y Fuego tienen, por lo menos, un mayor potencial intimidatorio. Kózel puede atestiguarlo con sus propios ojos,

porque con el mismo impulso que usa para incorporarse, Lórim se abalanza con una mano cubierta de hebras de energía azul y blanca por delante. Ni siquiera sabe cómo es capaz de hacerlo, estando tan solo a comienzos de curso. Además, Hérshel suele presentarse con un entusiasmado «Hola, soy Lórim Hérshel, Aire». Aire. No Rayo.

Pero no tiene tiempo para pensarlo porque ya lo tiene casi encima. Kózel da una instintiva patada al suelo. Espera a sentir la vibración del golpe en la planta del pie y entonces trata de recoger esa energía pesada, terrosa, e impulsarla hacia arriba. Algo del entrenamiento de las últimas semanas debe de haber calado porque, aunque no es espectacular, Lórim suelta un siseo contrariado cuando una nube de gravilla le golpea en los ojos. Y suelta otro, acompañado de una palabrota, porque el Rayo que tenía entre las manos se le descontrola y acaba por darse un calambrazo a sí mismo.

A Kózel le duran las ganas de reír lo que tarda Lórim en posicionarse otra vez. Su mirada ha perdido toda la simpatía, se ha vuelto dura, y su cuerpo, la manera en que se desliza, parece como empujado por el mismo viento. Ahora sí que está convocando Aire.

Intenta recordar los consejos que les ha dado la profesora Dinn durante las clases, pero tiene el cuerpo paralizado porque Lórim está demasiado cerca y vuelve a tener Rayo en las manos. Todo está sucediendo demasiado rápido. Necesitaría detener el tiempo para pensar con claridad, para saber qué hacer. Aprieta los ojos. Eso le sale solo. Seguramente le vaya a doler.

Entonces la pista queda cubierta de un brillo cegador. Es solo un segundo pero el tiempo suficiente para que Lórim se detenga a medio ataque y se cubra los ojos con las manos.

—¡Eh! ¿Cómo has hecho eso? —grita más o menos en dirección a Kózel, que aprovecha la distracción para alejarse.

—¿Que cómo he hecho yo eso? ¡Soy Ilusión! ¿Qué otra cosa quieres que

haga? —le replica Kózel caminando hacia atrás—. ¿Cómo has hecho tú todo lo demás? ¡No nos lo han enseñado en clase!

Lórim, en vez de responderle, echa los brazos hacia atrás y en cada mano le aparece una bola de Fuego del tamaño de una manzana. Bien. Si pensaba que la cosa no podía ponerse peor, resulta que se equivocaba.

La primera esfera en llamas pasa silbando por encima de la cabeza de Kózel y estalla contra las gradas que tiene detrás. La segunda va a caer justo a su lado. No eran más que una amenaza y, por el modo en el que Lórim se mueve, Kózel sabe que la próxima vez no va a fallarle la puntería.

Kózel trata de fintarle pero Lórim es más rápido. Le aprisiona el pecho con los brazos y Kózel se doblaba bajo el peso de su oponente, que le pasa más de una cabeza. Frenéticamente, intenta Vincular alguno de los elementos que tiene más cerca; Ilusión, Agua, Tierra de nuevo, pero no tiene práctica y comienza a faltarle el aire. Quiere escapar de él y solo puede pensar «por los Antepasados, que no se acerque más, que no se acerque más» pero el terror, absoluto y pesado como una losa, logra que Kózel dé un tirón a la desesperada, haga un giro veloz y levante la rodilla derecha.

Entonces, por encima de los sonidos de los combates del resto de la clase, tan fuerte que llega hasta los límites del campus, resuena un grito de agonía desgarrador. Toda actividad en las pistas se detiene y la profesora Pymar Dinn llega a la carrera:

—PERO ¡¿SE PUEDE SABER QUÉ RAYOS ESTÁ...?! —La profesora frena en seco. Alternativamente, la vista se le va desde Lórim Hérshel, que rueda por el suelo y se cubre la entrepierna con las manos, hacia Kózel, que lo mira todo con una expresión de culpable asombro.

—¡¿Esto es cosa suya, Hokulea?! —

—Lo siento —musita Kózel. El rodillazo directo a las partes nobles de

Lórim ha sido puro instinto de supervivencia. Con cautela, levanta la mirada hacia la profesora Dinn.

—¡La próxima vez intente ganar el combate con algo que hayamos practicado en clase! ¡¿QUEDA CLARO?!

Kózel querría decir que sí, pero las únicas palabras que le salen son:

—¿He ganado?

—¡BUENO! ¡Usted está en pie y Hérshel está en el suelo, así que sí! ¡¿Ve?! ¡NO HA SIDO TAN TERRIBLE! ¡Aunque no estaría de más que lo acompañara a la enfermería si lo cree necesario! ¡Y USTEDES! ¡NO HE DICHO QUE SE DETENGAN! —brama Dinn mientras lanza una mirada cortante al resto de los estudiantes que, alertados por el grito de agonía de Lórim, se habían acercado a ver el espectáculo.

Inmediatamente se retoma la actividad a su alrededor. El único que no parece dispuesto a moverse de su sitio es Lórim, que sigue revolcándose. Kózel se acerca cautelosamente y se inclina para verle la cara.

—Oye... ¿Sigue todo en su sitio? ¿Necesitas que Vincule hielo o algo?

Lórim se queda panza arriba con las rodillas clavadas en el abdomen. Respira hondo un momento. Está colorado y sudoroso pero consigue dejar una mano libre para estirarla y señalar con un dedo acusador en dirección a Kózel.

—Tú... tú... —La voz todavía le sale ahogada y un par de octavas más aguda—. Tú... —Otra pausa dramática. Lórim echa la cabeza hacia atrás para enfatizar la tensión del momento—. Tú... ¡Has hecho trampas!

—No son trampas, ya has escuchado a la profesora Dinn —se apresura a cortarle Kózel con tono fiero mientras las mejillas se le tiñen de rojo—. Vamos, levanta... ¿Te ayudo?

Lórim niega con la cabeza. Con cara de agonía, rueda hasta quedar de rodillas y después, como puede, se pone en pie. Intenta dar dos pasos pero su

avance es lento y con aires de pingüino. Al llegar al borde de las pistas tiene que sentarse en las gradas y descansar.

—T... *Túuuuuuuuu* —gime otra vez con voz chillona—. ¿En qué estabas pensando?

—Pues, sinceramente, en que tenías cara de partirme las piernas si me alcanzabas. Te estabas tomando todo esto demasiado en serio para mi gusto. ¿Estás bien o...?

Kózel se acerca con las manos en los bolsillos del pantalón de Lucha. El miedo que sentía antes ha dejado un vacío que se rellena rápidamente con una inmensa sensación de alivio y, después, por unas incontenibles ganas de reír. Primero, Kózel profiere una risita ligera y nerviosa pero va creciéndole en el pecho hasta estallar en una carcajada que arquea su cuerpo por la cintura y casi hace que caiga al suelo.

—Deberías... —consigue articular entre carcajada y carcajada—. ¡Deberías ver la cara que tienes ahora mismo!

—¿Mi cara? ¿Mi cara? —Lórim parece tan ridículamente indignado que las carcajadas de Kózel se hacen más fuertes—. ¡N... No, no te rías! ¡No te rías, tú!

—Perdona, perdona... —Kózel consigue frenar otro ataque de risa floja a tiempo y menea la cabeza acercándose a las gradas, donde Lórim continúa sentado con cara de agonía—. ¿El daño es irreparable?

El chico se incorpora de nuevo. Da un par de saltos comprobando que todo esté en su sitio y al final asiente más o menos satisfecho.

—Parece que estoy entero...

Kózel se muerde la lengua justo antes de darle una réplica jocosa, como que lo que acaba de ocurrirle se parece mucho a perder; pero es más seguro no hacerlo. Además está sonando la campana y tiene turno en la biblioteca.

—Bueno, visto que ya estás bien, me voy.

—No —responde Lórim, que no debe de estar tan malherido porque se le acerca con una agilidad razonable—. ¿Por qué no vamos a tomar algo a la cafetería? Vamos, invitas tú para compensar esa patada que me has dado. Ha sido juego sucio.

—El único que estaba jugando sucio eras tú y además tengo turno en la biblioteca, así que no te debo nada —se obliga a responder. Lo cierto es que le da un poco de pena y todo, porque lo menos que puede hacer es invitarle a una cerveza o algo así, pero Kózel ya retrocede apresuradamente y confía en que él no insista—. Me voy. Adiós.



Cuando suena la campana que anuncia el fin de las clases del día, el campus cobra vida propia; no hay rincón que no se llene de alumnos que, o bien pasen el rato, o bien aprovechen las últimas horas de luz de principios de otoño para estudiar al aire libre. Solo hay una zona que está desierta, pero es que casi nadie va a los archivos de la Guardia de Blyd. El edificio de los archivos, una construcción cuadrada y maciza, sin apenas ventanas, queda a un extremo de los jardines, al norte del lago. Solo muy de vez en cuando se acerca algún jubilado o algún guardia a revisar viejos casos; a veces también van algunos estudiantes para preparar trabajos de documentación. A ese último grupo pertenece la persona que avanza decididamente por el sendero. Lleva el uniforme de Lucha del Liceo porque es la última clase que ha tenido hoy y su cabellera castaña y enmarañada atada con una sencilla coleta.

A Nero, que necesita unos documentos para su clase de Leyes, le han dicho que por las mañanas solo está el archivero, un señor de mediana edad cuya piel, de tanto pasar las horas entre papeles polvorientos, ha adquirido el color y la consistencia del pergamino. En cambio, tres tardes a la semana está el becario, el Chico de los Archivos.

La puerta chirría un poco cuando empuja con todo el peso de su cuerpo y la abre. El aire huele a rancio, con el olor que se consigue después de macerar unos calcetines sucios en el fondo de una cartera de cuero. Se encuentra en una especie de sala y al fondo, un mostrador de madera oscura preside la escena. Su único ocupante es un ficus que ha crecido levemente inclinado hacia la única ventana de la habitación.

—¿Hola? —susurra inclinándose por encima del mostrador. Entonces, se fija en una puerta medio escondida detrás de una estantería y tras sopesarlo un segundo va para allá.

Llega a una sala muy grande, con vetustas estanterías que casi llegan hasta el techo. La luz, tenue y amarillenta, proviene de grandes lámparas que zumban colgando del techo. En las estanterías cajas y más cajas del mismo marrón claro se alinean con precisión milimétrica. La cabeza de Nero se llena, sin que ella pueda evitarlo, de números y porcentajes indicando claramente que hay una probabilidad del dos por ciento de que algo se caiga y provoque una fatal reacción en cadena que la deje sepultada.

Al mismo tiempo, ve algo más. Es una probabilidad pequeña y Nero no suele hacerles caso porque este tipo de porcentajes suelen llevarla por caminos poco transitados; pero la urgencia con la que la recibe y el bote que le da el corazón en el pecho hacen que, a pesar de todo, dé un paso adelante.

—¿Hola? —pregunta de nuevo alzando un poco la voz. Entonces, por fin, escucha algo. No es tanto un ruido como una ausencia de él, el no-ruido que

haría, por ejemplo, una persona que se ha dado un susto de muerte muy silenciosamente.

Nero avanza con rapidez por el pasillo a su derecha, también vacío. Por el espacio entre una hilera de cajas y la repisa de la estantería un leve movimiento capta su atención y echa a correr hasta el siguiente recodo. Se detiene abruptamente, abre mucho los ojos y, tras un nuevo salto de su corazón, grita con aire sorprendido:

—¡Eres tú!



Kástor parpadea momentáneamente cegado por la presencia de otro ser vivo en su archivo.

—*Quhg* —trata de preguntar. Mira frenéticamente a su alrededor pero la única salida se encuentra del lado donde está la chica. Lo intenta otra vez—: *Quéq'ieres*.

Nero se acerca poco a poco, con las palmas extendidas en señal de paz.

—Necesito... ¡espera! —Por un momento olvida su pose y rebusca en los bolsillos del pantalón del uniforme hasta dar con un papel arrugado—. Aquí. Los necesito para clase pero no estaba segura de si esto estaba abierto. Me han dicho que tenía que buscar al chico de los archivos. ¿Lo has visto?

Kástor se encoge aún un poco más. Todavía podría huir hacia el laberinto de pasillos que tiene detrás. Sin embargo, esta vez tiene que responder a la fuerza, porque es su trabajo.

—Ssssssssoy. Sooyyo. ‘Chivos. L’chico.

Parece que no lo ha conseguido. Kástor cierra los ojos y trata de controlar la respiración, concentrarse y no empezar a chamuscar cosas porque hay toneladas de papel alrededor y eso sería una Muy Mala Idea. Reúne fuerzas para hablar otra vez pero entonces Nero levanta las cejas.

—¿Tú eres el chico de los archivos?

—Ssssí —susurra, acompañando la palabra con un movimiento espasmódico de cabeza para hacerla salir con más facilidad.

De repente el rostro de Nero se ilumina.

—Entonces ¡tú puedes buscarme los documentos!

Kástor boquea en busca de aire, que le entra áspero en los pulmones. Nero empieza a agitar el papel que antes ha sacado del bolsillo delante de sus narices. Todo está mal, piensa. Ella no debería estar aquí dentro. Las personas esperan en el mostrador, él sale, apunta qué documentos quieren y va a buscarlos. No entran y le agitan papeles delante de la cara. No sabe de dónde saca la fuerza de voluntad para poner las manos en los hombros de la chica para que deje de botar a su alrededor.

—Quieta. Por favor —suplica, esforzándose para que la voz le salga clara. Luego busca alguna otra razón para detenerla que no sea el mero hecho de empezar a marearse—. ‘*Qué* no se puede gritar. Chis.

Debe de ocurrir un milagro porque ella deja de moverse y murmura «perdón»; aunque sigue agitando débilmente el papelito con la esperanza de que Kástor lo coja. Él se toma su tiempo. Aparta las manos y las frota contra el pantalón para quitarse el cosquilleo que se ha apoderado de ellas y entonces, solo entonces, toma la hoja de papel.

—Tienes *que’sperar* fuera sabes. La gente no puede. Entrar aquí. Solo *personal’utorizado* —dice entonces señalándose a sí mismo de nuevo.

Por segunda vez la chica levanta las cejas y asiente solemne.

—No lo sabía... no lo ponía en la puerta y no se me ha ocurrido calcular. De acuerdo —musita antes de irse por donde ha venido.

Cinco minutos después en los que Kástor, además de buscar los papeles ha tenido que tranquilizarse y comprobar que su respiración era regular, sale al mostrador. Intenta ignorar que Nero le recibe con una sonrisa radiante mientras le tiende los documentos que necesita.

—Toma —dice con los dientes apretados—. Tienes que. Eso. *Firmar*'nel libro de registros.

Después del intercambio él tenía intenciones de dejar a la chica y refugiarse en la monotonía del archivo, pero entonces ella se inclina hacia delante y le hace señas para que se acerque. Kástor permanece donde está y agradece que el mostrador haga de barrera entre los dos.

—Ven, acércate un momento —le susurra—. ¿Estás seguro de que esto es lo único que tienes que darme?

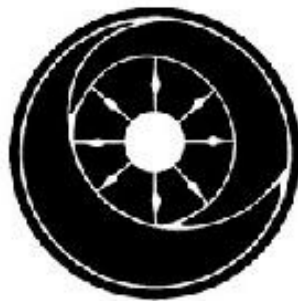
Kástor no se mueve. Es lo que ha pedido, no había nada más. Lo ha repasado tres veces. Finalmente, tras unos segundos en los que la chica no ha dejado de mirarle, Kástor asiente y ella va a sentarse a una de las mesas cochambrosas de la sala de consultas.

Con un suspiro, Kástor regresa por fin al estante de donde ha sacado los documentos de la chica y procede a dejar la caja en su sitio. Entonces se da cuenta de un espacio que sobra y frunce las cejas. No debería sobrar espacio. Es poquísimo, apenas se nota y alguien ha redistribuido las cajas para que la distancia entre ellas parezca mínima. Kástor comienza a caminar, colocándolas minuciosamente en su sitio y a medida que avanza su expresión se ensombrece. Al final, en la estantería queda espacio suficiente como para una caja que no está allí.

Kástor vuelve rápidamente a la sala de consultas e, ignorando a la chica que ha levantado la cabeza para mirarle, abre la libreta de registros. El último

nombre que ve, escrito con letra redondeada y clara, es el de Nero Cailíe. Ahora que la mira otra vez, resulta que ella le está saludando con la mano. Kástor vuelve a centrarse en el libro de registros mientras se pregunta qué es ese calor volcánico que le trepa por el cuello.

Respira hondo. Según el registro, hace varios días por la mañana se pasaron un par de estudiantes para un trabajo de Documentación. También ve una firma hecha con letra apretadísima, un tanto pasada de moda. Tras tomarse unos segundos para descifrarla, está seguro de que se trata de la firma del profesor Koem. Como la caja no habrá desarrollado patas y por lo tanto no puede haberse ido sola a ningún sitio, está claro que alguien se la ha llevado. El archivero que está por las mañanas no, porque le habría avisado, así que tiene que ser otra persona. Una persona que, piensa Kástor, pronto tendrá serios problemas.



—¿Ya has devuelto los libros a los estantes, *Ho-ke-le*?

Kózel Hokulea entorna los ojos, respira hondo y piensa en cómo no estrangular a nadie.

—Sí, Nymar. Hace un rato, cuando me lo has pedido —responde haciendo un esfuerzo para que la voz no le salga demasiado seca. Porque es que no se lo ha pedido: se lo ha ordenado. Nymar es el otro becario de la biblioteca y solo por ser de segundo curso ha asumido que está al mando.

—Estoy seguro de que, si lo piensas detenidamente, encontrarás alguna

otra cosa que hacer. Ya no estás en esas islas donde os podéis pasar el día haciendo el vago en la playa, ¿sabes?

Entonces, con una facilidad pasmosa, Kózel muestra una sonrisa que hasta podría pasar por sincera. No se cree que, tras casi un mes, Nymar no haya sido capaz ni de aprenderse bien su apellido. Seguro que lo hace aposta, especialmente porque quizá Nymar no se acuerda pero Kózel sí: es uno de los que armaban barullo en el metropolitano el día que llegó a Blyd. Menudo imbécil.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias, Nymar.

—Bien. A ver si es verdad. Voy a seguir con lo mío, avísame si tienes alguna duda.

La sonrisa de Kózel se mantiene justo el tiempo que él tarda en resoplar y darse la vuelta. En ese momento se convierte en una mueca porque, para Nymar, «seguir con lo suyo» significa reunirse con sus amigos en una de las mesas al fondo de la sala de lectura. Esta es, de momento, la única pega que Kózel ha encontrado a su puesto en la biblioteca. El resto son ventajas: la beca le permite pagarse la matrícula en el Liceo e incluso le sobran algunas coronas para gastos personales. Además, sus tareas son relativamente fáciles: devolver los libros a sus estantes, atender la cola de préstamos y devoluciones y, de vez en cuando, mandar callar a los estudiantes que hablan en voz demasiado alta.

Va a sentarse tras el mostrador de devoluciones, donde estaba hasta que Nymar ha decidido acercarse para recordarle lo poco que trabaja, lo estúpidas que son las tradiciones y creencias koruesas y, en general, amargarle la vida con su presencia, cuando un tintineo le hace desviar la mirada hacia su diario.

Lórim Hérshel dice:

Qué simpático, ¿no? Ese tipo sí merece una patada donde yo me sé.

Kózel levanta la mirada. Desde el mostrador tiene una visión privilegiada de la zona de lectura de la biblioteca, una sala cubierta con bóvedas apuntadas y grandes estanterías que rodean mesas larguísimas de madera oscura. En una de esas mesas está Lórim, que le dedica un saludo y una mirada socarrona. Como no ha querido invitarle a tomar algo en la cafetería, él mismo se ha invitado a la biblioteca «porque lo que ha ocurrido en clase de Lucha, *Hoku*, parece sacado de un orbe y promete ser el inicio de una gran amistad», le ha dicho. Y ahí se ha plantado, en una mesa muy cerca del mostrador, con el diario en la mano y sin la menor intención de estudiar. O de fingir que estudia, al menos.

Kózel se quita un segundo la gorra y se pasa ambas manos por el pelo. Que los Antepasados le echen una mano, porque no tiene corazón para echarle. Tampoco es que pueda hacerlo porque, oficialmente, la biblioteca es un lugar abierto a todos los estudiantes del Liceo y duda que su puesto le permita regular el derecho de admisión.

El caso es que Lórim no le cae mal. Especialmente después del altercado hace un rato en clase de Lucha, porque cualquier otro se habría tomado peor el... *accidente*; pero una cosa es eso y otra... Además, Kózel no ha venido al Liceo a hacer amigos. Tiene que concentrarse en sus estudios, graduarse en el Liceo y entonces... entonces supone que ya pensará cómo lo arregla todo. Que los Antepasados le den paciencia.

Kózel se plantea responder al mensaje de Lórim pero se controla porque, además, acaba de sentarse frente a él esa otra chica de clase, Nero, que le pone delante un fajo de papeles amarillentos. Les mira y, por un instante, tiene serias tentaciones de unirse a ellos pero, en su lugar, abre el libro que la

profesora Vorak les ha pedido leer para Fundamentos. Va por el segundo capítulo cuando una figura se acerca al mostrador. Kózel advierte la sombra cerniéndose sobre su cabeza, cierra el libro apresuradamente y mira hacia arriba.

—Préstamo o devol... —empieza, pero la frase se le queda muerta en los labios cuando se encuentra delante con una mirada como un puñal—. Buenas tardes, profesor Koem.

El hombre ni responde al saludo ni cambia su expresión. Cuando pronunció el discurso de bienvenida a los nuevos estudiantes el primer día de curso, a Kózel le impresionaron su voz profunda y ese aire de antiguo héroe de guerra que tiene. Luego Koem comenzó a frecuentar la biblioteca, siempre con la misma actitud de estar a punto de poner un suspenso.

—Necesito un libro que no encuentro en las estanterías. Espero que no haya tomado nadie en préstamo porque lo necesito urgentemente —sentencia. Su tono de voz sugiere que, en caso de que el libro lo tenga otra persona, es probable que deba devolverlo muy, muy rápido.

El tono de Koem también parece avisar de que puede que cualquier becario de biblioteca desafortunado tenga muchas probabilidades de meterse en líos si no consigue lo que pide, así que Kózel se pone rápidamente en pie.

—Si no está en la estantería será que alguien lo ha reservado o que está en el almacén. Déjeme consultarlo un segundo...

—¿Ocurre algo? ¿Puedo ayudarle, profesor?

Es Nymar otra vez que, por lo rápido que ha venido, se muere de ganas por hacerle la pelota a Koem; pero Kózel decide que esta vez no va a sonreír y a decirle «Sí, Nymar. Gracias, Nymar». Eso, en venganza por lo del apellido. Y por lo que ha dicho de las Koru.

—Ya me encargo yo. No te preocupes, que ya sé que tienes mucho trabajo

que hacer. Aunque muchas gracias igualmente. —De nuevo le regala una sonrisa pero esta vez le sale menos convincente de lo que querría.

—¿Me puede decir el nombre del libro que necesita, profesor? —pregunta Kózel, ignorando deliberadamente a Nymar, que se queda con los brazos cruzados y cara de perro rabioso. Con el rabillo del ojo, Kózel observa que Lórim contiene una carcajada tapándose la boca con las manos. Desde la mesa del fondo, que parecen considerar de su propiedad, los amigos de Nymar también son testigos de la escena, pero no dan la sensación de estar tan contentos.

Entonces, como si a su alrededor no estuviera ocurriendo nada, el profesor Koem tiende un papel donde está escrito en letra cursiva y elegante: *Cien años de arquitectura palaciega en Nylert*. Vaya título. Estas últimas semanas, el profesor Koem ha estado tomando en préstamo libros mayoritariamente de la sección de Historia. Kózel imagina que para documentarse para algún trabajo, pero lo de arquitectura es nuevo. De todas formas, se guarda de preguntarle qué rayos busca un profesor del Liceo en un libro de arquitectura mientras se acerca a una estantería que queda al fondo de su cubículo, donde deberían estar los libros reservados. Revisa cuidadosamente el título de cada tomo hasta dar con el que busca. Es un volumen pesado y polvoriento, encuadernado en cartón grueso que falla estrepitosamente al querer imitar al cuero. Kózel suspira feliz de haberlo encontrado y se vuelve hacia Koem con una media sonrisa de alivio.

—Aquí está el... el... eh... —Kózel se detiene un segundo porque Koem tiene en la mano la lista con el historial de préstamos de *Cien años de arquitectura palaciega en Nylert* y la lee con el ceño fruncido.

Kózel carraspea pero el profesor solo extiende una mano para que le entregue el libro. Cuando Kózel se lo tiende, Koem abre un momento el volumen y examina su interior. Luego cierra las páginas de golpe levantando

una pequeña nube de polvo y se va sin dar siquiera las gracias. También se lleva la lista de los préstamos con él. Incapaz de llamarle la atención, Kózel le observa marcharse e, inmediatamente, su diario vuelve a tintinear.

Lórim Hérshel dice:

Qué humos, ¿no? 😊

Kózel observa con fascinación la carita que ha dibujado Lórim al final de la frase. Con esa sonrisa tan enorme se parece muchísimo al Lórim que ahora tiene delante pero muy poco al que quería partirle las piernas en clase de Lucha.

Cuando acaba su turno en la biblioteca, Kózel regresa a la residencia con una sensación extraña en el cuerpo, como si en vez de llevar solo unas pocas semanas en el Liceo, hubieran transcurrido meses. Prácticamente conoce todos los rincones del campus y también, al menos de vista, a muchos de sus compañeros. Por ejemplo, en la entrada de la residencia se encuentra con Ibar Blumersett, que comparte habitación con Lórim y de quien se dice que, a fuerza de estudiar, ha marcado una de las sillas de la biblioteca con el contorno de sus nalgas. Cuando llega a su pasillo, Vann está charlando con Enzo Baaer y su amigo Kástor Graadz, de segundo. De Enzo solo ha oído cosas buenas, pero de Graadz se cuenta que el año pasado le partió las piernas a un tipo por mirarlo mal, así que Kózel procura entrar en su habitación sin hacer ruido ni establecer contacto visual.

Deja la cartera en un rincón, la casaca del uniforme sobre la cama y se

sienta pesadamente en la silla de su escritorio. Debería ponerse a trabajar en alguno de los múltiples trabajos que les han pedido pero, en vez de eso, se inclina despacio hasta que la frente le choca suavemente contra la madera fría de la mesa. Ha sido un día agotador.

—No te duermas así, Kózel, o te dará dolor de espalda.

Kózel inclina un poco la cabeza para mirar a Vann, que acaba de entrar. De él también ha escuchado muchas cosas, especialmente que es el rompecorazones oficial del Liceo. Kózel no se sorprende, porque desde que comparte habitación con él se ha dado cuenta de que tiene la manía de ir por ahí siendo arrebatadoramente atractivo y de que, además, suele pasearse por el cuarto sin camisa.

—Hoy ya he tenido un fiasco en la clase de Lucha y me duele todo. No creo que sentarme en una mala posición pueda empeorarlo —murmura Kózel, que levanta la cabeza a tiempo de ver cómo Vann se sienta a su lado, sobre su escritorio y un escalofrío le recorre el cuerpo. Por mucho que estas semanas se haya acostumbrado a Vann y a compartir los escasos veinte metros cuadrados de habitación que tiene con él, arrastra la silla hacia atrás para alejarse unos centímetros.

—Al principio, Lucha es complicada —dice él, ajeno a que Kózel se haya apartado—. Y Vínculo Aplicado con Dhelk, ya, ni te cuento. Y mejor no te hablo de Fundamentos; pero piensa que las profesoras controlan todo el rato lo que hacéis, no os podéis hacer mucho daño. De todas formas, si necesitas que te eche una mano, me lo... —De repente la expresión de Vann se ilumina—. ¡Ya sé! Podemos entrenar juntos o algo así. Yo a veces entreno con Kástor y Enzo, seguro que no les importa si te ap...

—¡No! —le corta Kózel. Se da cuenta de que la negativa le ha salido demasiado brusca, demasiado desesperada, y de que el calor empieza a invadirle las mejillas. Entonces, se lleva nerviosamente las manos a la gorra.

Es la misma que compró en la estación aérea de Hol Ibu antes de despegar para Blyd y se la pone siempre que puede—. Entiéndeme. Te lo agradezco mucho, pero...

Se hace un silencio un poco tenso cuando Vann espera oír sus razones y Kózel dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

—Es por... por... en las Koru, ¿sabes? —responde una vez recupera el control—. Todo el mundo me pregunta cómo se vive en las islas y me canso un poco de... de socializar.

—Porque no socializas con la gente adecuada. Ven conmigo.

—¿Adónde vamos?

Vann, que ya estaba junto a la puerta, se detiene, pensativo.

—No lo sé, pero el Liceo no son solo las clases, hay gente que merece la pena y te lo voy a enseñar.

Kózel ya se temía que su compañero quisiera salir del Liceo. Por lo que sabe de él, Vann tiene una vida social muy agitada y frecuenta numerosos locales de baile en el centro de Blyd pero, gracias a los Antepasados, solo han llegado hasta la sala de recreo. Cada planta de la residencia tiene una y, hasta ahora, Kózel las había evitado al máximo por prudencia, pero el caso es que se está... bien. A pesar de que el orbe suena a todo volumen y que, por tanto, el resto de la gente tiene que hablar a gritos. Y, a pesar de que el sofá en el que se ha sentado tiene un muelle suelto, el plácido aire de compañerismo que se respira es reconfortante.

—¿No te animas? —le pregunta Vann. Se había ausentado un momento para charlar con un par de compañeros, pero ahora vuelve a sentarse a su lado y empuja con el trasero para que le deje un poco de espacio.

—No tengo tan buena puntería. —En el suelo entre los sofás, unos cuantos

compañeros juegan a meter bolitas de papel dentro de unos vasos usando Aire. Que la gracia del juego no es tanto encestar como beberse luego el contenido del vaso que, Kózel sospecha, contiene un tipo de bebida no del todo permitida en el interior de la residencia—. Ni tanto aguante con el alcohol. Especialmente si mañana hay clase.

Los chicos del grupo profieren un grito al unísono. Lórim Hérshel, que juega con ellos, levanta el vasito en el que acaba de encestar su pelotita, bebe el contenido de un trago y luego escupe la bolita de papel con gesto triunfal. Kózel se cubre la cara con la mano por el asco y la vergüenza ajena pero, en cambio, Vann se echa a reír.

—¿Sabes? Creía que todos los korueses erais como en el orbe.

—¿Cómo somos?

—Ya sabes. —Vann recuesta la cabeza en el respaldo del sofá y Kózel se aparta un poco—. Despreocupados. Siempre que aparecen las Koru en el orbe la gente se pasa todo el día haciendo fiestas en la playa y, no sé, cocinándolo todo con piña; pero tú...

—Soso. La palabra que estás buscando es «soso» —aporta Lórim, a quien aparentemente nunca le han enseñado que no está bien escuchar conversaciones ajenas, antes de centrarse en el juego otra vez.

—Lo de la piña es totalmente cierto, pero lo otro... no sé. —Por una parte, a Kózel no le importa que los demás tengan esa idea sobre cómo es pero, a la vez, le da cierta rabia. No solía ser así, allí en casa—. Supongo que venir al continente, las clases y todo...

—No quería decir soso. Callado más bien. —Las cejas de Vann forman un arco ligeramente contrariado mientras se vuelve hacia Lórim. Como si acabara de darse cuenta de algo importante, se inclina hacia Kózel y luego, bajando la voz, pregunta—: No habrás tenido problemas con alguien y por eso no te gusta socializar, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Lo dices por..? —Por Lórim Hérshel y su comentario más inapropiado que gracioso, supone.

—La mayor parte de la gente aquí es muy abierta de mente. Pero, claro, *la mayor parte*. —Kózel, no sabe por qué, cree que esa otra parte, *menor*, tiene nombre y apellidos. Se arriesga a observar a Vann aunque esté más cerca de lo que le gustaría y descubre en los ojos de su compañero un matiz duro.

—No me ha pasado nada que no pueda manejar, te lo prometo. —Y en sentido estricto no está mintiendo. Puede manejar algunas de las miradas que todavía recibe por los pasillos y su principal fuente de problemas, Nymar, queda confinado a las tres tardes semanales que pasa en la biblioteca. Todo lo que ha tenido que hacer para ingresar en el Liceo es infinitamente más difícil y lo último que necesita es a Vann batiéndose por su honor—. Pero te prometo que a partir de ahora trataré de venir más por la sala de recreo, si eso ayuda a convencerte. Solo necesitaba aclimatarme un poco...

—Bueno, por el momento no lo estás haciendo nada mal, ¿eh? —Vann, orgulloso, le pasa un brazo alrededor de los hombros y con el otro hace un gesto mostrándole toda la sala de recreo. Kózel, mientras tanto, quiere fundirse entre los cojines del sofá—. Poco a poco te acostumbrarás. Esto acabará siendo tu casa. ¡Y espera a que conozcas Blyd un poco mejor!

—No he... es decir: todavía no he estado. —Aún con el cuerpo encogido, Kózel advierte en ese preciso instante que ha cometido un error, porque Vann se suelta de golpe y no sabe si es de indignación o porque ha tenido una idea.

—¿No? ¿En serio? Pues eso tenemos que remediarlo. Considéralo un gesto de agradecimiento, porque mi compañero de cuarto el año pasado era un imbécil. Solo te diré que se duchaba exclusivamente por prescripción médica y roncaba como un oso de las cavernas. Y, por cómo huele la habitación, asumo que tú te duchas regularmente y además, no me olvido, me dejaste la cama de la ventana. ¿Qué haces este domingo? Soy un guía excelente.

—No hace falta, Vann. Pensaba ir yo un fin de semana de estos a dar una vuelta... —empieza Kózel pero Vann le pone una mano delante de la cara para que se calle.

—El domingo, entonces. Ya concretaremos detalles —sentencia con voz convencidísima y una sonrisa de oreja a oreja—. Ya verás como lo pasamos bien. Te enseñaré todo lo que merece la pena, ¿sí? —Kózel no puede decirle que no a esa sonrisa tan ilusionada—. Estupendo —resuelve Vann mientras se pone en pie y se despereza—. Oye, ¿te importa que te deje aquí solo un rato? Me he enterado de que Edrin Zhark sale a correr por el campus sobre esta hora y pensaba encontrármela... casualmente, ya sabes.

Kózel, que ni conoce a esa tal Edrin Zhark ni sabe nada, asiente en silencio mientras Vann, a modo de despedida, le baja la visera de la gorra hasta las cejas.

—Estupendo entonces. Nos vemos luego, enano.

Domingo, 3 de noviembre.

Puertas de entrada al Liceo. 8 de la mañana



Hoy es domingo y a las ocho de la mañana el campus está desierto. La única y honrosa excepción es Kózel Hokulea, que espera en la parada del metropolitano junto a la entrada del Liceo con la cara escondida en el cuello de su abrigo de paño y la gorra tapándole las orejas. Se está congelando.

A regañadientes, saca las manos de los bolsillos para abrir la cartera de cuero que lleva colgada del hombro. Dentro lleva su diario, que tintinea suavemente.

Vann Strainir dice:

Era solo para comprobar que estás consciente, que conozco tus despertares. No me gustaría estar esperando junto a la parada para nada. ¿Qué diría la gente? Da señales de vida, enano, anda.

Bastante trabajo tiene Kózel para mantener los ojos abiertos, lo de dar señales de vida será todo un reto. Sin embargo, tras un largo suspiro que le sirve para acumular fuerzas, sostiene el librito con una mano mientras con la otra escribe con una pluma:

Kózel Hokulea dice:

Estoy.

A la hora en punto, se escucha un sonido agudo que anuncia la llegada del metropolitano. Gira desde la avenida Monsett, que conecta el centro de la ciudad con el barrio de los Altos, y llega hasta el Liceo. Kózel se aparta un paso y hace un gesto hacia el conductor para que se detenga. Paga el billete, atraviesa el vagón hasta el fondo y se deja caer sobre un asiento tapizado de terciopelo rojo.

De repente, la tranquilidad de la mañana se va al garete.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Nosotros también queremos subir!

Por el camino que viene del Liceo llegan Lórim y Nero Cailíe, la chica Azar que también va a su curso, a la carrera. A punto está de pedirle al conductor que cierre la puerta y se ponga en marcha pero antes de que le salgan las palabras, los dos ya se han metido de un salto en el metropolitano.

—¡*Hoku!* —En cuanto se percata de su presencia, Lórim perpetra la sonrisa menos inocente de la historia y se sienta frente a Kózel—. ¡Qué

casualidad! ¿No crees que es una casualidad, Nero? —pregunta volviéndose hacia ella, pero no da tiempo a que responda y se dirige a Kózel otra vez—: ¿Tú también bajas a Blyd? Nosotros habíamos pensado en ir a dar una vuelta por la ciudad. ¿Y tú? ¿Y adónde vas solito? Que ya no estás solito, claro. Nosotros te acompañamos y así no te aburres...

Lórim remienda su discurso dándole un golpecito en la visera de la gorra. Al tiempo que el metropolitano gira y desciende lentamente por el otro lado de la colina, Kózel se acomoda en su asiento y suspira.

Veinte minutos después, Kózel ha aprendido muchas cosas: primero, que Nero proviene de Urnabaun, una región que linda con Klachnodar, al nordeste de Nylert, tan montañosa y fría que allí el estado natural del agua es el sólido. Eso explica, por supuesto, que mientras Kózel tiritita durante todo el trayecto, Nero apenas lleva un pantalón de hilo azul y una blusa blanca de lunares arremangada hasta los codos. Segundo, que los pocos momentos de silencio que deja Nero, Lórim está más que dispuesto a rellenarlos con historias sobre lo último que ha pasado en el Liceo (aunque Kózel cree que la mitad de las cosas se las inventa), sus experiencias y opiniones. Solo se detiene cuando el conductor anuncia que la próxima parada es «Barrio Antiguo. Puente de los Héroe», y eso porque no puede hablar y correr a tocar la campanilla para pedir la parada al mismo tiempo.

Entonces, frente a ellos aparece el río Lhin, que atraviesa Blyd de extremo a extremo, perezoso y anchísimo. Cruzando el río, está el Puente de los Héroe. Se sostiene sobre cinco elegantes arcos de mármol blanco y a ambos lados, sobre las barandillas, se yerguen estatuas de viejos Emperadores.

Vann espera sentado en un banco que ha visto tiempos mejores. Es raro verle lejos del Liceo y llevando, en vez del uniforme, un pantalón gris a juego con la chaqueta, de solapas negras, una camisa blanca y una corbata finísima, también de color negro. Lleva en la mano un sombrero de ala estrecha,

rabiosamente a la moda como todo lo demás, con el que saluda cuando ve a Kózel descender del metropolitano.

—¿Eh, qué pasa? ¿Te daba miedo venir solo? —exclama Vann poniéndose el sombrero. Kózel tarda un instante en comprenderle, porque la vista se le había enganchado a las arruguitas que le salen alrededor de los ojos cuando ríe, hasta que se vuelve y comprueba que Lórim y Nero les pisan los talones.

—No, si ellos...

—Yo soy Lórim Hérshel, Aire. —Se presenta Lórim como una avalancha, tendiéndole una mano. Además del abrigo gris y de unos pantalones de gamuza rematados con unos tirantes de cuero, Lórim lleva puesta la sonrisa que Kózel identifica como la de «hacer amigos», que le alcanza casi hasta las orejas. Depende de las ganas que tenga Lórim de caer bien, da un poco de miedo y todo—. Y esta es Nero. Nos hemos encontrado a *Hoku* en el metropolitano pero no ha sido cosa de Nero, aunque Nero sea Azar. Ha sido... *casualidad*. Sí.

—Bueno, y Lórim y Nero... —empieza Kózel. Su intención era continuar con un «ya se iban» pero Lórim se adelanta y trata de pasarle un brazo alrededor de los hombros, aunque Kózel le ve las intenciones y se aparta a tiempo.

—Habíamos decidido ir a dar una vuelta por Blyd. Tú eres Vann, ¿verdad? ¿Estás en segundo?

—Vann. Tierra. Si ya nos conocemos, estás en mi pasillo de la residencia. —Vann, milagrosamente, no pierde la compostura. Estrecha la mano que Lórim le ofrece y le dirige un saludo a Nero tocándose el ala del sombrero. Entonces se detiene, como si hubiera tenido la idea más brillante del mundo —. Escuchad: ¿queréis venir con nosotros? Kózel y yo también habíamos quedado para dar una vuelta. ¿Qué os parece?

Y a Lórim y a Nero les parece una idea estupenda. Con una sonrisa de

oreja a oreja y estas mismas palabras se lo dicen: «una idea estupenda». Y a Kózel, que no ha tenido tiempo de decir nada, lo que le parece es que el día va a ser muy largo.

Blyd es muy grande, tiene un millón de habitantes y se espera que no pare de crecer. Es bulliciosa, desproporcionada, y Kózel tiene la impresión de que ellos cuatro son las únicas personas que van sin prisas por la ciudad, porque Lórim y Nero se detienen en cada esquina para admirar una casa especialmente bonita, o las vistas, o un parterre de flores. Lo observan todo como si jamás hubiesen visto dos calles juntas (lo cual, por cómo habla Nero de su pueblo, puede que sea verdad). El grupo sigue el Paseo Fluvial hasta que el río queda partido en dos por una pequeña isla.

—Eso de ahí es la Torre del Águila. La mandó construir para proteger el puerto fluvial en la otra orilla no recuerdo qué Emperador. El que luego trató de invadir Klachnodar. Creo.

—Engan III —murmura Lórim entonces. Tiene las manos apretadas contra la barandilla y los ojos entornados—. Engan III es el que trató de invadir Klachnodar. El único no, pero fue el primero al que se le ocurrió la idea.

Kózel desvía la mirada de la isla para observar a Lórim, que tiene un tono de voz imposiblemente serio para él. A veces ocurre cuando la gente habla de esas cosas, de los Emperadores, de las guerras. En el caso de Kózel no, porque en las Koru, en medio del mar, apenas se notaron las consecuencias de la última guerra o de la Revolución. Sin embargo, la gente del continente sufrió mucho. Es un tema delicado.

—Pues Engan III —corroborra Vann, también con un gesto un poco más duro de lo normal—. Y durante la Revolución trataron de volarla y murió

mucha gente porque la usaban como cárcel. Me parece que ahora quieren reconstruirla y convertirla en un museo o algo así.

Vann encoge los hombros. Hace un gesto para que le sigan, aunque parece que es más para apartar los malos recuerdos que trae hablar de las guerras, y continúan el paseo. Al otro extremo de la isla, en vez de las torres macizas de la fortaleza, se erige un edificio alto y esbelto, de formas ondulantes que recuerdan a una piedra que haya sido erosionada por el propio río: es el Templo de Agua. En Blyd hay un templo para cada una de las Familias, pero este es el más antiguo. Existía antes que la ciudad, y probablemente incluso antes que el propio Nylert.

Vann les lleva a visitar el templo, que está rodeado de fuentes que brollan en horas distintas del día. Luego regresan al Puente de los Héroe, donde Lórim hace una imitación bastante convincente de la estatua de Rhian I el Fuerte; Vann se ríe, Nero lo anima dando palmas y Kózel quiere morir de vergüenza. Después de eso, se adentran en el Barrio Antiguo de Blyd, donde el sonido frenético de la ciudad se atenúa. A esta hora del domingo, es un barrio tranquilo de casas bajas pintadas de colores, azul, verde, amarillo y rojo. Huele a historia, una mezcla de humedad, viejo y garbanzos cocidos. Es mediodía y Kózel camina junto a Vann un poco por detrás de Lórim y Nero. Les escucha de vez en cuando y, al final, hasta su entusiasmo se le contagia. Se da cuenta de que, seguramente, de no haber venido ellos, no se lo habría pasado tan bien.

—Oye, Vann. —Kózel se toca la visera de la gorra buscando las palabras adecuadas—. Muchas gracias por enseñarnos todo esto. Has sido muy amable.

Da la impresión de que esta frase le ha alegrado el día al chico, que deja escapar una carcajada; una con todo el cuerpo, de echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos.

—Tú solo piensa que, a cambio, un día podrás ejercer tú de guía por las Koru. Y me enseñas las casas de los actores del orbe y cosas así. No te creas que he hecho esto desinteresadamente. —Como ya tiene por costumbre, le pone una mano en la cabeza.

Kózel no responde mientras nota la mano de Vann aplastándole la gorra por encima del cabello durante lo que parece una eternidad. Le encantaría responder que sí, que Vann está invitado a las islas siempre que quiera, pero tiene que conformarse con una sonrisa que, seguro, le ha salido torcida, y con cambiar de tema rápidamente

—Oye, perdona. Hace rato que veo estos dibujos. ¿Para qué son?

Señala hacia la fachada de una de las casas. Está pintada de un bonito rojo teja, y junto a la puerta hay una placa de cerámica con un arbolito pintado. El símbolo de la Familia Tierra. Vann se detiene. A Kózel le da la impresión de que, de repente, ya no está tan contento como antes.

—Ah, eso... deberían haberlo quitado, pero en este barrio quedan muchas así —responde frunciendo el ceño. Ahora que le observa de cerca, Kózel se da cuenta de que Vann tiene los ojos del color del océano cuando rodea sus islas antes de una tormenta—. ¿No tenéis de esas en las Koru?

Kózel menea lentamente la cabeza. No ve qué tiene de malo esa placa, es bien bonita. En la casa de al lado hay otra parecida, pero en vez de la colina y el arbolito hay tres líneas de color azul que se entrelazan, como las olas del mar. Agua. No es tan raro encontrar gente en Blyd que lleve los símbolos de Familia en colgantes o agujas de pecho. Incluso se los ha visto a algunos de sus compañeros, pero no entiende por qué habría de encontrarlos en los edificios. Entonces, Kózel tiene una corazonada e inmediatamente tuerce el gesto porque no debería haber preguntado con tanta ligereza.

—Tiene que ver con la Prohibición, ¿verdad?

Vann asiente y entorna sus ojos azulísimos. Kózel vuelve a fijarse en las

inocentes placas de porcelana pintada, que ya no le parecen tan bonitas.

—Antes de la Revolución, las viviendas también estaban restringidas por Familia. Parece... incluso parece una tontería comparado con todo lo demás, pero creo que era una forma de mantenernos separados. Si no convivíamos con otras Familias, nos era más fácil olvidar que juntos teníamos más fuerza que el Emperador Dominio y su ejército. Supongo, no lo sé. Es lo que me ha contado mi padre.

—En las Koru no hay nada parecido —explica Kózel—. La mayoría somos Ilusión o Agua.

—Allí no fue tan duro, ¿verdad?

—No había tantas restricciones, no. No creo que les valiera la pena el esfuerzo de controlar una colonia que queda tan lejos de todas partes.

El archipiélago de las Koru es el último territorio que queda del antiguo Imperio de Nylert. Los emperadores Indrasil llegaron a dominar medio mundo a costa de pelear en grandes guerras contra todos sus vecinos. Al cabo de un par de siglos, el Imperio se desintegró cuando, después de todavía más guerras, las colonias fueron independizándose. En cambio, en las Koru, quizá porque ya les iban bien las cosas o porque el carácter isleño es más bien pausado y reacio a los conflictos, todo quedó igual.

Tras dirigir una última mirada reticente a las placas de Familias, Kózel aprieta los dientes. La pérdida de las colonias fue un golpe al orgullo de los Indrasil. Fue entonces cuando la Prohibición se hizo todavía más cruenta y las diferencias entre Familias se agravaron. Sin la Revolución, Vann no estaría en el Liceo. Antepasados, seguramente no tendría ni permitido hablar con ellos. Es Tierra y a los Tierra, las leyes les obligaban a trabajar en el campo o, como mucho, en las factorías de la ciudad. Tampoco podían Vincularse con otras Familias que no fueran la propia Tierra, ni acceder a cargos públicos ni a la mayoría de las profesiones. Hasta hace apenas veinte

años, los Tierra eran tan solo mano de obra barata, y Agua y Aire, también Bajas Familias, no estaban mucho mejor.

—Creo que fuisteis muy afortunados —responde Vann, serio.

—Afortunados... supongo que sí. —Kózel no sabe qué contestar ante una afirmación tan cierta como la que le acaba de decir Vann. En las Koru tuvieron suerte pero, aun así, se hace una idea de qué se siente al no tener elección—. ¿Y la gente no ha hecho nada por quitar las placas?

—No te preocupes. Quizá sea bueno que continúen aquí. A veces tengo la impresión de que hay quien está olvidando todo lo que ocurrió y no... —Vann agita la cabeza. Un poco por delante de ellos, Lórim y Nero se han detenido para ver qué hacen—. Bueno. Vamos, nos están esperando.

Al norte del Barrio Antiguo las calles vuelven a ser rectas y ordenadas. Se alejan paulatinamente del río y, cuanto más lo hacen, más caro parece el vecindario. Ya cae la tarde cuando llegan a una larguísima avenida. A ambos lados hay edificios de aspecto ominoso, con grandes fachadas sostenidas por columnas y ventanales de cristal rematados con remaches de bronce. El Paseo de Pralín está lleno de ruido, de blydenses que pasean o van de compras. Vann se mueve en su salsa pero Kózel tiene que tirar de Lórim y de Nero de vez en cuando para que no les atropelle un metropolitano o un cuadríciclo.

Avanzan hacia el oeste, hacia el Barrio Diplomático. El sol ya está bajo y arranca destellos dorados de una cúpula que se ve al fondo. Parece mucho más lejos de lo que está en realidad y el grupo llega a la Plaza del Parlamento justo cuando el reloj marca las seis de la tarde.

—¿Qué os parece?

—Es...

Kózel mira hacia arriba. Tiene las palabras en la punta de la lengua pero no sabría responder a la pregunta de Vann. A pesar de la ferviente modernización que ha sufrido el país en los últimos diecisiete años, el

Parlamento todavía es el edificio más alto de todo Blyd. Una escalinata lleva hasta la puerta principal, donde permanecen inmóviles como estatuas dos guardias en uniforme de gala, el mismo que usan los alumnos del Liceo en ocasiones especiales, negro de pies a cabeza, casaca aterciopelada con doble abotonadura en bronce y botas brillantes hasta la pantorrilla. Por detrás de la fachada porticada se alzan la torre del reloj y la cúpula de mármol, que ahora ya está teñida de rojo.

—¿No se perdían?

Kózel deja de mirar el Parlamento y se vuelve hacia Nero. Lo mismo que Lórim y Vann.

—¿Quiénes se perdían? —pregunta al fin con algo de cautela. Nero encoge los hombros cuando se da cuenta de que todos la están mirando con atención.

—He pensado... el Emperador y su familia. Esto es muy grande. A mí ya me cuesta cuando en casa me entra hambre por la noche y tengo que ir a la cocina. Y eso que está al lado.

Kózel vuelve la vista hacia el Parlamento. Esa es precisamente la sensación que da y que antes no ha sabido explicar. Una sensación de grandeza, de inmensidad, y se da cuenta de que Nero tiene razón. Antes de la Revolución, el Parlamento había sido el Palacio de Verano del Emperador y su familia. Si viviera en un lugar así, se perdería.

—No creo que tuvieran problemas. —A su lado, Vann hace una mueca—. Seguro que estaban rodeados de mayordomos y sirvientes y cosas así. Seguro que les traían el desayuno a la cama...

—Tendrían que haber dejado que se quemara. —Kózel se vuelve hacia Lórim. Con los puños apretados y el semblante tan duro como con el que por la mañana observaba la Torre del Águila, parece haber dejado escapar las palabras sin pensar—. Del todo —remata mientras se da la vuelta, como si no fuese capaz de mirar el edificio un segundo más.

El incendio. Kózel nació apenas dos meses después, pero recuerda las imágenes que ha visto en los diarios y en el orbe, de paredes calcinadas y de la cúpula medio derruida. La Revolución estallaba en las calles por culpa de la guerra contra Xool mientras el Emperador, ignorándolo todo, celebraba una gran fiesta porque había nacido el heredero al trono. Entonces el palacio se quemó. O lo quemaron con todos dentro. Nadie sabe quién lo hizo, pero con el Emperador y toda su familia muertos en el incendio, el sistema se derrumbó en cuestión de meses. De los Dominio solo quedan reliquias, como las viejas estatuas del Puente de los Héroeos o las placas de las Familias. Para Kózel siempre ha sido una cosa distante y pensaba que en Blyd también, pero ahora se da cuenta de que muchas heridas todavía están a flor de piel.

El ambiente permanece tenso durante unos segundos, con la frase de Lórim aún flotando en el aire.

—Pero ahora es el Parlamento —dice Kózel para romper el silencio—. Es importante que sea el Parlamento y no... No sé. Una galería comercial. Da un mensaje, imagino.

—Exacto —corroborra Vann. Kózel se vuelve hacia él y le descubre con una sonrisa cómplice en los labios—. Parece que estén construyendo galerías por todas partes.

Lórim se mete las manos en los bolsillos.

—Supongo —resopla—. Ahora ya da igual. Están todos muertos.

Kózel le mira con curiosidad. Otra vez lo mismo, una seriedad y una tristeza que parecen pertenecer a otra persona distinta al Lórim que conoce. Dan ganas de acercarse y darle unas palmaditas en el hombro o, si la cosa se pone peor, comprarle un helado.

Nadie habla durante unos minutos. El sol se ha puesto definitivamente y sopla un viento cortante desde las colinas que rodean Blyd. Un poco más lejos, un operario municipal comienza a encender una a una las farolas de la

plaza Vinculando con Ilusión los últimos rayos del atardecer. Un pequeño ejército de faroleros hace lo mismo por toda la ciudad, que pronto se llenará de luz otra vez.

—Bueno, novatillos. ¿Nos vamos? —pregunta Vann mientras gira hacia la derecha, en dirección a otra avenida con aires opulentos y edificios de un mármol blanquísimo, la avenida de Teriam, que separa el Barrio Diplomático de Valbazar, donde están la mayor parte de las tiendas y negocios de Blyd.

Kózel va a dar un paso hasta que se da cuenta de que Nero sigue en el mismo sitio con la vista fija en el Parlamento y los ojos muy abiertos.

—¿Nero? —Pero Nero no responde. Kózel le pone una mano en el hombro y nota cómo se tensa. Después baja la vista y se percata de que la chica está moviendo los dedos rápidamente mientras murmura números para sí—. ¿Te pasa algo, Nero?

Al escuchar su nombre por segunda vez, por fin la chica responde.

—El fuego... —dice con un hilo de voz.

Tiene que apretarle los hombros con ambas manos porque Nero, de pronto, está temblando y no debe de ser por el frío.

—¿Qué ocurre?

Entonces la chica parpadea. Todavía tiene la mirada perdida pero después agita la cabeza y el color que había desaparecido de su cara vuelve a teñirle las mejillas. Kózel va a preguntarle de nuevo pero Nero se le adelanta.

—Creo que... me muero de hambre.

—Yo también —admite Lórim como si, en realidad, hace dos segundos no hubiera pasado nada. Kózel, sin embargo, no responde mientras Lórim añade —: Podemos ir a cenar y luego, quién sabe, la noche es joven.

—Yo me lo he pasado muy bien pero se me está haciendo tarde. —Vann parece genuinamente abatido por unos instantes aunque luego deja escapar una sonrisa canina—. Y he quedado con una señorita dentro de un rato.

¿Necesitáis indicaciones para volver a la parada del metropolitano o vais a quedaros por aquí un poco más?

Hay un breve momento de confusión cuando los tres responden que sí pero a Kózel le parece que no lo han hecho a la misma pregunta. Por si acaso, Vann les recomienda un restaurante, un par de locales de baile por Canales y les informa de que la parada más próxima de metropolitano está al otro lado de la plaza, justo por donde han venido, hacia el inicio de la avenida de Teriam. Luego se toca el ala del sombrero a modo de despedida y se marcha con el paso brioso que, Kózel recuerda, el chico reserva para cuando se cruza con Edrin Zhark por el campus.

—Yo también me voy al Liceo, estoy destrozado. —Kózel empieza a retroceder.

—*Hoku*. —Lórim se acerca con un aire que parece amenazador hasta que se le escapa la risa—. Tú no te vas a ninguna parte. Ni tú, Nero.

—No, claro. Nero que haga lo que quiera. Seguro que os las apañáis bastante bien sin mí... —Kózel retrocede un paso más. Mira a su alrededor, buscando por dónde llegar a la dichosa parada del metropolitano, pero Lórim se apresura a seguirle los pasos.

—No. No nos las apañaremos. Seguro que no —dice y entonces se vuelve hacia Nero—. Ayúdame con esto, ¿quieres?

Nero asiente de inmediato y agita los dedos mientras eleva la vista hacia el cielo. Kózel descubre que está calculando probabilidades con Azar. Al cabo de unos segundos, asiente para sí y luego se vuelve hacia Kózel.

—A mí me sale un noventa y ocho por ciento a que, sin ti, tendremos problemas, aunque no sé con qué.

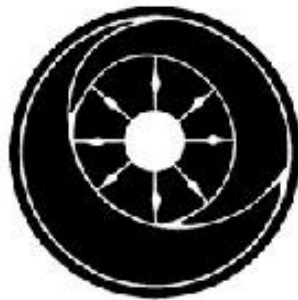
Kózel trata de negarse, pero se da cuenta de que no puede. Nero habla con tanta seguridad y aplomo que, aunque la mitad de veces no la entienda cuando habla, la cree.

—Está bien —acepta bajando la cabeza—. Pero solo a cenar y luego regresamos, que mañana tengo turno en la biblioteca y si me duermo tras el mostrador diré que es culpa vuestra.

Kózel sabe que acaba de enviar por el desagüe su plan inicial para el Liceo, que era no confraternizar demasiado con nadie y proteger su intimidad a toda costa, pero es sorprendente lo poco que le importa.

Domingo, 3 de noviembre.

Barrio Antiguo de Blyd. 10.50 de la noche



No hay manera. Por más que han buscado el restaurante que les ha recomendado Vann, no aparece por ningún sitio.

—Tengo hambre.

Llevan horas dando vueltas y Kózel cree que es la cuarta vez que pasan por la misma calle. Vann les dijo antes de irse que desde el Parlamento tomaran el Paseo de Pralín, que después cruzaran el Arco del Triunfo, que entonces giraran a la derecha hacia el barrio de Mosse hasta que se encontraran con la estatua ecuestre de Leto III el Reformador y que, por último, tomaran la primera a la derecha otra vez.

Parecía fácil.

—Yo tenía galletas pero me las he dejado en el Liceo. De todas formas, ahora me comería un buen filete de alce.

—¿Coméis alces en Urnabaun? —pregunta Lórim, que procede a abrocharse el cuello del abrigo hasta arriba y luego se coloca la bufanda para que le tape las orejas.

Nero asiente brevemente. Observa con esperanzas lo que parece un restaurante xoolí. Cerrado.

—Las vacas se congelan.

Y mientras Nero comienza a enumerar las ventajas de los alces frente al ganado vacuno en Urnabaun (que al parecer son muchas) se internan cada vez más en un entramado de calles estrechas para las que ya han perdido la referencia. Al principio se les hace difícil caminar de tanta gente que hay. A su alrededor, los letreros de Ilusión brillan por todos los lados; parece que cobran vida, que se escapan de las marquesinas. Aquí y allá, bailarinas holográficas de Ilusión invitan a entrar en salas de baile mientras agitan las piernas al compás; botellas tan realistas que cuando derraman el licor sobre los quicios y los marcos de las ventanas a Kózel le dan ganas de cubrirse la cabeza con las manos; pero ni rastro del restaurante sugerido por Vann, así que siguen caminando y, no saben cómo, de repente las calles ya no son tan coloridas ni tienen tanto ambiente.

Como si fuera la parte trasera de un gran escenario, aquí la luz es mucho más tenue y en las esquinas se acumulan trastos y basura. Kózel se descubre caminando un poco más cerca de sus compañeros mientras evita pisar charcos malolientes que se acumulan allá donde faltan adoquines en el pavimento. También hay varios locales cuyo estado no invita precisamente a entrar, sino más bien a apartarse con mucho, mucho cuidado; pero el restaurante sugerido por Vann sigue sin aparecer.

—Tengo *hambreeeeeeeee* —brama Lórim. Su voz resuena por todo el

callejón vacío.

Kózel decide que ya tiene suficiente. Se detiene. No quiere reconocerlo pero no le queda más remedio que hacerlo:

—Nos hemos perdido.

—Pues yo tengo hambre.

—Y yo quiero un filete.

—Pues ya me diréis dónde vamos a encontrar un sitio donde sirvan filete a estas horas —responde Kózel al borde de la exasperación—. ¿Por qué no damos media vuelta? Algo encontraremos.

—Hace un rato que solo encontramos salas de baile y allí lo máximo que te dan son cacahuets con la bebida. A ver... —Nero no añade más. Cierra los ojos y, si Kózel no supiera que es porque está calculando Azar, juraría que está moviéndose atraída por el aroma de la comida. No tarda mucho en detenerse delante de una taberna. La fachada del edificio tiene una ventana de cristales rotos y enormes desconchones que dejan ver la pared de ladrillo. Sobre la puerta cuelga un cartel que parece que alguien destrozó a pedradas años atrás—. Veinte por ciento a que sirven algo de carne. Y es lo máximo que he encontrado. Hay un porcentaje razonable de que sean menudillos. No me importaría comer menudillos.

—Yo solo quiero comer —gime Lórim—. ¿Entramos o no?

Lórim apoya la mano en la puerta cubierta de pintadas; duda, pero en ese momento las tripas de Nero rugen como si tuvieran un oso dentro y acaba por dar un empujón enérgico.

Dentro, el aire tiene un olor y una consistencia aceitosa que se pega a la ropa y a los poros de la piel. Una veintena de personas orbitan entre la barra, una diana de dardos y la mesa de billar. Todo tiene pinta de estar a punto de desmoronarse o, en el caso de unos aperitivos que hay expuestos en la barra, de echar a andar por sí solos.

—Tendrá que valer... —susurra Kózel antes de sentarse en el primer taburete limpio que ve.

Un camarero con cara de pocos amigos se acerca a ellos. Les observa mientras se restriega las manos contra el delantal.

Todavía están a tiempo de marcharse, piensa Kózel volviéndose hacia la puerta, pero Lórim apoya los codos en la barra y pregunta:

—¿Qué tienen para cenar, por favor?

El camarero ni cambia de expresión ni deja de limpiarse las manos.

—Solo tenemos el número cinco y el número siete. Si queréis otra cosa, ya sabéis dónde está la puerta. Y no hay refrescos. Solo la bebida de la casa. Traeré vasos.

Les lanza el menú como si les hiciera un favor y Kózel lo abre con la sospecha de que, sean lo que sean el cinco y el siete, seguramente sean indigestos. Sin embargo, antes de que pueda saber qué contiene el menú, Lórim suelta el suyo como si le quemara.

—Esto es... —Nero se había inclinado por encima de su hombro para leer y ahora señala con un dedo la parte superior de la carta.

Kózel ni siquiera se había fijado. Ahora sí y traga saliva. El dibujo representa una de esas cosas que pensaba que ya no se veían: el águila blanca y coronada, con las alas extendidas sobre un escudo con una estrella de nueve puntas.

—¡El maldito emblema del Emperador!

En cuanto Lórim pronuncia la frase es como si el mundo tomara una bocanada de aire y luego aguantara la respiración. Kózel levanta la vista muy, muy lentamente. Todos los detalles que habían pasado desapercibidos con la oscuridad de la taberna los ve ahora claros. Detrás de la barra, polvorientas condecoraciones militares; al fondo, lo que parecían fotografías antiguas resultan ser retratos de emperadores muertos que les miran con

desaprobación. Encima del billar, una bandera con el mismo símbolo que aparece en el menú y, ahora que se fija, también en los vasos y en los tatuajes de muchos de los parroquianos.

Sus sospechas quedan confirmadas por el silencio que se ha hecho amo del local. Kózel pone una mano en la rodilla de Lórim y con la otra rodea la muñeca de Nero.

—Nos has metido en una taberna imperialista —le susurra entre dientes.

—Pero sirven comida, ¿no? —Nero se encoge de hombros.

—Vayámonos de aquí.

Se le eriza el cabello de la nuca. No tiene por qué pasar nada malo pero no le gusta la manera en que les observa el público presente en el local. La República trajo muchas cosas buenas: la democracia, por poner un ejemplo, y la justicia social. Pero para que muchos ganaran, otros tenían que perder. El Emperador, su familia y casi toda la corte murieron en el incendio, pero quedaron otros. Los Fuego, que conformaban el grueso del ejército, perdieron su sustento cuando este se disolvió y la Guardia asumió todas sus funciones. La aristocracia que no murió ni escapó a otros países tuvo que adaptarse a vivir sin privilegios. Todos los que se habían beneficiado de la Prohibición y de las leyes de Familias salieron perdiendo. Lugares como el que están son un vestigio del pasado, un lugar donde los nostálgicos del Imperio se reúnen para hablar de un tiempo que fue mejor solo para ellos.

—¿Qué va a ser, entonces? —pregunta el camarero con la mandíbula apretada.

A Kózel le da la impresión de que el camarero tiene tantas ganas de que se vayan como ellos, así que aprovechando la corazonada, da un suspiro, vuelve a ojear el menú y después de dejarlo sobre la barra, se levanta.

—Creo que al final no tomaremos nada. Muchas gracias. —Kózel agarra a

sus compañeros de la ropa y tira de ellos mientras finge ignorar el silencio sepulcral que reina en el local.

Llegan hasta la puerta. Kózel incluso piensa que lograrán salir de la taberna sin incidentes pero, entonces, Lórim se detiene y se vuelve hacia el resto de los clientes tocado con una sonrisa tensa. «Esta es nueva», piensa Kózel.

—Por cierto, un sitio muy bonito. Me encanta la decoración. ¿El polvo es de verdad o lo regalaban junto a los retratos de los emperadores y la bandera del aguilucho?

En ese momento ven moverse una montaña. A Kózel le parece una montaña, porque al fondo de la taberna uno de los parroquianos se levanta y eclipsa las lámparas del techo. Parece estar compuesto enteramente de músculo y tatuajes. Cuando camina, el resto se aparta para dejarle vía libre.

—¿Por qué no os vais a molestar a otra parte, mocosos? Antes de que alguien se haga daño, el Emperador no lo quiera —indica con una voz macerada en tabaco negro y alcohol que sugiere que con ese «alguien» se refiera, muy probablemente, a ellos.

—Es la propuesta más sensata que he escuchado en toda la noche —se apresura a responder Kózel—. ¿Por qué no nos vamos a molestar a otra parte, chicos? Antes de que alguien se haga daño. —Le hace un gesto a Nero para que vaya saliendo y tira fuerte de Lórim, pero este parece atornillado al suelo.

Antepasados benditos. Qué hace.

—¿Molestar? No pensaba que nosotros estuviéramos molestando a nadie. —La sonrisa de Lórim, entre burlona y suicida, se amplía todavía más—. Mis más humildes disculpas.

La Montaña les mira. Cruza los brazos lentamente para darles tiempo a que se fijen en el tamaño de sus bíceps.

—Yo que tú tendría un poco más de respeto, mocosos.

—Claro, claro. *Respeto*. Hay que ser respetuoso y obedecer —replica Lórim, que con ademán teatral endereza uno de los cuadros de la pared y luego se limpia las manos manchadas de polvo en la pernera del pantalón—. Como cuando vuestro querido Emperador ordenaba «salta» y vosotros, «¿hasta dónde?» y él, «aquí mismo, para que podáis besar mi real cul...».

Lórim no termina la frase porque la Montaña profiere un rugido y le pega un puñetazo en el estómago que lo manda dando tumbos hacia atrás.

La taberna de repente se llena de gritos. Algunos de los clientes se terminan sus bebidas de un trago y se ponen en pie al tiempo que lo hace Lórim, dispuesto a seguir con la pelea. Uno de ellos incluso recurre al Fuego para cubrir sus brazos de llamaradas verdeazuladas. Kózel, que lo observa todo con ojos desorbitados, sopesa brevemente si debe llevarse a Nero y dejar a Lórim para que le partan la cara. Supone que no, así que echa a correr y llega justo a tiempo de interponerse entre Lórim y la Montaña.

—Deja de hacer el imbécil y vayámonos antes de que alguien salga herido de verdad —le susurra con los dientes apretados.

Pero Lórim no escucha. Trata de darle un empujón, trata de darle un puñetazo a la Montaña por encima de su cabeza mientras Kózel lucha por mantenerle quieto.

—No me digas lo que tengo que hacer. No sabes de lo que soy capaz —le espeta Lórim. Está pálido y tiene la cara cubierta de sudor, pero no ha perdido del todo la sonrisa—. Hay que enseñarle a esta gentuza que ese Emperador al que tanto adoran no es más que un viejo cruel a quien no le importa otra cosa que no sea él mismo. ¡Déjame!

Antes de que Kózel pueda responder, siente una manaza apoyándose en el hombro. La Montaña, ese híbrido entre persona y accidente geográfico, debe de haber agotado su paciencia:

—Apártate, canijo.

Kózel siente el terror recorriéndole los huesos del cuerpo. Sabe que si deja que tome el control la cosa se le irá de las manos pero la abuela Hokulea siempre dice que para sobreponerse al miedo hay que encontrar un sentimiento todavía más poderoso: la ira, por ejemplo. Kózel descubre que además de miedo también tiene un enfado monumental. Así pues se da la vuelta y se encara a la Montaña.

—¿TE IMPORTA? No me toques. Ya nos vamos. —Y aparta la mano del tipo con desdén.

En vez de partirle la cara de un mamporro, la Montaña le dedica una mirada perpleja. Con el corazón en la garganta, Kózel se vuelve y agarra a Lórim del cuello del abrigo.

—No, Lórim Hérshel. Tú no sabes de lo que YO soy capaz.

La frase le ha salido sola, en un tono agudo e hiriente que a Kózel le recuerda al de la abuela Hokulea. Tira a Lórim de la bufanda para que quede a su altura y lo mire directamente a los ojos. El chico debe de ver algo allí, una sombra de amenaza o un futuro en que la integridad de sus partes nobles corra peligro, porque al fin baja los puños.

Ahora o nunca.

Kózel lo arrastra rápidamente hacia la puerta, haciéndole señas a Nero para que salga de una maldita vez.

En dos segundos nota el golpe del frío de la noche blydense en la cara. Escucha a su alrededor las respiraciones entrecortadas de Lórim y Nero; un grillo; también el zumbido de un cuadríciclo solitario a lo lejos. Y el silencio. Le pesa sobre los hombros, le aprieta el pecho. Kózel se vuelve hacia Lórim y le da un manotazo en la nuca que resuena por todo el callejón. Ya se siente mucho mejor.

—¡Ay!

—La próxima vez lo piensas dos veces antes de jugarte la vida. Idiota —le

espeta. Ignorando la mirada de cachorro abandonado del chico, centra su atención en Nero, que observa la escena entre asustada y a punto de echarse a reír—. ¿Tú estás bien, Nero?

Ella asiente. Parece que vaya a decir algo, duda y al final añade con cautela:

—¿Ves? Te dije que no nos las apañaríamos sin ti... Pero ahora tengo todavía más hambre.

Kózel se cala la gorra hasta las orejas, suelta un gran suspiro de alivio y comienza a caminar.

Llegan al Liceo un buen rato después, ocupando en silencio los tres últimos asientos al fondo del metropolitano nocturno. Bajan del vagón todavía sin decir nada y hacen el trayecto hasta las residencias también en silencio; Kózel, porque sigue de mal humor; Nero, porque está muerta de sueño y Lórim, porque ya se ha cansado de que cada vez que intente decir algo nadie le responda.

A pesar de ser casi medianoche, en el campus todavía hay sutiles muestras de actividad: una luz encendida en uno de los despachos, el eco de una conversación lejana y la sombra de algún estudiante que ha salido a dar una vuelta.

Se despiden de Nero frente a la residencia femenina y Kózel y Lórim continúan hacia los dormitorios masculinos. De vez en cuando, Kózel dirige una mirada de soslayo hacia su compañero. Todavía no entiende su reacción en la taberna. Creía que Lórim era un payaso y un idiota; pero lo de esta noche ha superado sus expectativas. Aun así, hay algo en cómo camina, con las manos en los bolsillos del abrigo y la cabeza gacha, que, Kózel no puede evitarlo, le hace bajar la guardia. Mucho más cuando su compañero suspira y se detiene.

—Que lo siento —susurra Lórim mirando al suelo. Acaban de llegar frente

a las escaleras de la residencia y se ha levantado una suave corriente de aire que agita las hojas de los árboles—. En la taberna... es que no he podido controlarme, Kózel. Lo siento.

Kózel se obliga a respirar hondo. Sube los escalones de la entrada hasta que advierte que Lórim se ha quedado atrás, sentado en los primeros peldaños de la escalera.

—Solo... —empieza Kózel. Pensaba echarle otra bronca, pero con esa mirada grisácea de Lórim, toda pena y vergüenza, al final se rinde—. No vuelvas a hacer nada parecido. Jamás. ¿Entendido? Se supone que a los amigos hay que protegerlos, no ponerlos en peligro. Otro día que te seduzca la idea de partirte los morros con una pandilla de imperialistas, te vas tú solo. ¿Subes a dormir o no? Es tarde.

Lórim niega con la cabeza para indicar que prefiere quedarse un rato más. Sin embargo, en su expresión apenada, nace una sonrisa.

—¿Has dicho que somos amigos?

Kózel se quita un momento la gorra y se pasa los dedos por entre el cabello corto de la nuca.

—He dicho que no hagas más el imbécil. Buenas noches.

Lunes, 4 de noviembre.

Residencias del profesorado Liceo de la Guardia.
12.05 de la noche



—Qué quiere, Koem.

No le va a dejar entrar. Nedia Vorak está apoyada en el quicio de la puerta de su residencia. La bloquea no solo con su cuerpo, sino con una hostilidad que se le escapa por cada poro de la piel. Nunca han tenido la mejor de las relaciones pero esta actitud de sincero rechazo es nueva. Y Aleus Koem cree saber por qué.

Precisamente por eso ha ido.

—Esta conversación deberíamos tenerla en privado.

El profesor Koem señala a su alrededor con un gesto de la mano. En este

rincón del campus, alejado de las residencias estudiantiles y de los edificios académicos, se encuentran las casitas destinadas a los profesores y a sus familias, si las tienen. Excepto la que pertenece al director Nayer, que es más grande y está más alejada, el resto son todas iguales: edificios sencillos, de dos plantas con un diminuto porche en la fachada y tejado a dos aguas. No se ve luz en ninguna de las ventanas, están todos durmiendo excepto ellos dos. La mirada de Koem, ligeramente ladeada, indica que sería una pena que sus voces despertaran a alguien.

—Márchese. ¿No ha visto la hora que es? —Y, sin embargo, no parece que Nedra Vorak estuviera durmiendo. Aunque se protege del frío con una bata floreada, tiene la mirada clara y los ojos le brillan con fiereza.

—Sé que no me lo estoy imaginando. Alguien ha intentado usar Aura contra mí. Aquí, en el Liceo.

Si ella no quiere dejarle entrar, Koem piensa hablar igualmente. En cuanto pronuncia esas palabras, se lleva la mano a la sien. Le ha parecido sentir un pinchazo, un dolor fantasma, pero al cabo de unos segundos se da cuenta de que no era real. Los nervios le deben de estar jugando una mala pasada ahora mismo porque el resto de las veces, durante las últimas semanas, lo ha sentido de verdad, el estremecimiento ha sido auténtico. Está seguro.

Nedra Vorak ajusta todavía más la puerta de su casa aunque no llega a cerrarla. La mano con que la sujeta se le clava en la hoja de madera.

—Primero era solo una sensación. Sabe de lo que hablo, esa presión dentro de la cabeza; pero luego me di cuenta de que alguien estaba intentando Leerme la mente. Y que... que seguía mis movimientos. ¿Qué se cree? ¿Que es la primera vez que me ocurre? Sé perfectamente qué se siente. —Una vez más, Koem se toca la sien pero Nedra Vorak solo tiene ojos para las manos que le tiemblan. Pero eso no tiene nada que ver, piensa Koem. El temblor de manos es fruto de viejas heridas y de la copa que se toma a veces para

ayudarse a dormir o darse fuerzas para afrontar las mañanas—. ¡He estado investigando! —exclama a la desesperada. Koem se encoge al escuchar cómo su propia voz llena los jardines vacíos—. Durante años, yo... Algo no encaja. No encajó nunca en el incendio del palacio. Jamás supimos quién lo provocó, muchos de los cadáveres quedaron sin identificar... pero ahora sé que estoy tras la pista correcta. Si me están siguiendo, si tratan de Leerme es porque tengo razón, siempre he tenido razón, ayúdeme...

Nedia Vorak abre la puerta, pero no para dejarle entrar, sino para salir ella y acercársele dos pasos amenazantes. Por un segundo, Koem se pregunta cómo debe de verle la profesora Vorak. Envejecido, la mirada turbia con esa sospecha que le persigue desde hace semanas, desesperado.

—Está loco, se presenta aquí en medio de la noche diciendo cosas sin sentido. No sé de qué me habla, no sé en qué pretende que le ayude. Márchese. —Ella le empuja con tanta fuerza que Koem trastabilla cuando sus pies se encuentran con el primer escalón del porche de la casa—. ¿Me amenazaba con que otros podrían escucharnos? Que nos escuchen, veremos qué opinan.

Koem baja el resto de los escalones hasta llegar al césped húmedo de los jardines. Desde el porche, Nedia Vorak se aprieta contra el cuerpo su bata floreada. Tiene la boca abierta, como si quisiera decir algo más, pero su expresión se llena de rencor, entra en la casa y cierra la puerta con fuerza.

Han pasado horas. Aleus Koem ha perdido la noción del tiempo, solo en su despacho. Sostiene una tetera de cerámica entre las manos y tras un segundo de concentración encuentra el Vínculo con las moléculas de Agua que hay dentro y les ordena que se muevan para generar calor. Al poco, el agua hierve y Koem la vierte en una taza donde ya ha colocado una bolsita de té.

Preferiría tomar algo más fuerte pero necesita tener la mente clara. Nedra Vorak no va a ayudarlo. Ya se lo imaginaba pero eso no cambia que siga estando solo, que solo él pueda desentrañar qué está ocurriendo. Está a punto de conseguirlo. Tiene los retazos de información, los documentos. Y las páginas de los libros. Alguien ha estado consultando los mismos libros que él en la biblioteca, así que ha tenido que arrancar las páginas más reveladoras antes de que...

Se le tensan los músculos del cuello solo con pensarlo. Primero fue esa sensación fantasmagórica dentro de la cabeza y luego la certeza de que una presencia ajena intentaba colarse en sus pensamientos. Si han llegado a espiarle en la biblioteca, en el Liceo mismo, eso significa que, sea quien sea, está cerca y que desea saber algo que solo él conoce; pero ¿qué? ¿Qué es lo que quiere saber esa persona con tanto ahínco?

Trata de concentrarse. Los Aura, muchos murieron en el Palacio de Verano la noche del incendio durante la Revolución. Algunos huyeron. Otros, él mismo se encargó de ello, fueron ajusticiados por los crímenes que cometieron y de los que fueron cómplices durante la época Imperial. Hace casi veinte años que no queda ningún Aura en Nylert. Eso es lo que todo el mundo piensa; pero Koem sabe que no es cierto. Todavía están entre ellos. Y se teme que uno esté buscando venganza. La documentación que ha recogido en las últimas semanas cubre por completo su escritorio. La pista clave, el eslabón perdido de la cadena de pensamientos que lleva forjando desde tanto tiempo atrás, tiene que estar en alguna parte.

Koem escucha un ruido y se sobresalta. Parte del té se vierte sobre la página arrancada de uno de los libros de la biblioteca. El profesor se apresura a limpiarla con el puño de la camisa mientras el corazón le late a toda velocidad. Probablemente no sea nada, se dice. Pasa los dedos por encima de

la superficie satinada del papel. Solo se nota una minúscula rugosidad allá donde ha caído el líquido.

Frunce el ceño. Deja la taza de té a un lado y se inclina un poco. Una sensación extraña, como de vértigo en la boca del estómago, le invade mientras observa la fotografía impresa en la página. En un rincón de la imagen, una mujer vestida con el uniforme de los sirvientes de palacio lleva las manos cruzadas al frente, tratando de ocultar su voluminoso embarazo. Koem comprueba apresuradamente la fecha de la instantánea. Una semana exacta antes de la quema del Palacio de Verano.

¿De qué le suena esa mujer? Tiene la sensación de haberla visto antes. Rebusca frenéticamente por la mesa, debajo de las pilas de papeles. Por fin encuentra la cajita de madera que estaba buscando. Dentro hay una frágil esfera de cristal, un orbe antiguo y cubierto de polvo que Koem coloca en un viejo reproductor. Permanece inmóvil mientras las imágenes se suceden delante de sus ojos. Debe de haber visto esta grabación una decena de veces y no se había dado cuenta de nada.

Entonces su mundo se desmorona.

Ahí está. La pieza que falta, delante de sus narices. El sudor frío que se le cuele por entre el cuello de la camisa, el vuelco que le da el estómago; su cuerpo se encarga de mandarle señales de alerta pero es incapaz de reaccionar. Ahora ya sabe qué buscaba esa Aura dentro de su cabeza. Ahora sabe que la verdad va mucho más allá de lo que sospechaba. También sabe que está en peligro.

Ese dolor de cabeza que lleva persiguiéndole desde hace semanas le invade de nuevo. El profesor se derrumba sobre la mesa. No es dolor, es daño provocado por alguien que está usando Aura contra él. No comprende cómo no se dio cuenta antes. Los dolores de cabeza... No son, como pensaba, cosa

de la edad, demasiado trabajo o fruto de esa copa que toma más a menudo de lo que debería, no. Es otra cosa. Son ataques intencionados.

El profesor Koem levanta todas las barreras mentales que conoce para mantener esa presencia extraña fuera de su mente. Jamás pensó que tuviera que volver a hacer frente a una sensación igual y la falta de práctica hace muy difícil mantenerla a raya.

Se maldice por no haberse dado cuenta antes. El haber descubierto hace unos pocos minutos lo que ocurrió realmente durante la noche del incendio en el palacio es un flaco consuelo. Ese dolor que siente, de cuchillas entre los ojos, fluctúa y cambia de forma. Se vuelve una presión insoportable dentro de su cabeza que choca contra las débiles barreras mentales que ha logrado vincular. Una vez más, alguien está intentando leerle la mente. Pero ya no lo hace con cuidado, ahora desea entrar en su mente a trompicones, sin importarle derribar todo a su alrededor, como un niño pequeño que arrasa con todo a su paso cuando está aprendiendo a caminar y no le importa caerse.

Sabe que apenas le queda tiempo para que sus barreras se derrumben. Como puede, recoge el material más comprometedor: los expedientes, las fotografías, el orbe; el orbe es importante, y sale de su despacho. Tiene que esconder las pruebas con la esperanza de que alguien las encuentre algún día.

Cuando regresa, cargado con un fajo de exámenes viejos, el dolor casi le ciega. Todas las fuerzas que le quedan las dedica a proteger sus pensamientos y el lugar donde ha escondido los documentos.

Deja los exámenes de cualquier manera sobre el escritorio y espera de pie, aunque le tiemblan las piernas.

No tardan en llegar.


Son tres personas encapuchadas: dos tienen la mirada muerta, helada. Hacía años que no se encontraba con alguien que ha perdido completamente la voluntad. Solo la Familia Imperial era capaz de dominar las mentes de otro

ser humano y doblegarla a sus deseos. Tras la Revolución pensó que había acabado su Dominio, que la pesadilla había terminado; pero ahí están otra vez. La tercera persona tiene los ojos anegados de odio y nuevas cuchillas vuelven a clavársele en el cerebro en cuanto sus miradas se cruzan.

Estaba en lo cierto. Lo que acaba de descubrir es mucho peor de lo que sospechaba. Infinitamente peor.

—¿Quién... eres? —gime aunque sabe que no va a responderle. Aprieta los ojos, se lleva la mano a la cara, se aprieta las sienes. No gana nada resistiéndose. Hacerlo tan solo aumenta el dolor; pero Koem nunca ha sido de los que se rinden a la primera y, con un hilo de voz, añade—: Ni siquiera tienes valor para hacer tú el trabajo sucio. Veo que te has hecho acompañar de dos... títeres. Cobarde —dice, aunque sabe que los títeres no pueden escucharle y, si lo hacen, no lo recordarán mañana—. ¿Tanto me temes?

Los dos títeres se adelantan. A pesar del brillo de las chispas, Koem no puede verles la cara, la llevan cubierta con un embozo del color de la sangre. No quiere hacerles daño aunque tendrá que hacerlo si no queda más remedio.



«No es necesario que se defienda, profesor», escucha alto y claro dentro de su cabeza.

Al dolor lo sustituye una placidez que le inunda el cuerpo.

—No es necesario —repite él. El profesor Koem comprende con una claridad abrumadora que defenderse no solo es inútil. Es una ofensa.

Todavía respira, pero ya está muerto.

Lunes, 4 de noviembre.

Residencia masculina. 3.23 de la madrugada



Kózel se despierta de golpe con el tañido frenético de las campanas en los oídos, el corazón acelerado y Vann en su cama.

—Eh. Enano, despierta. —En los instantes de silencio entre campanada y campanada, Kózel solo atina a preguntarse «qué ocurre, qué ocurre, dónde está el peligro». Vann está tan cerca que puede hasta ver sus pupilas dilatadas, bien por la falta de luz o por culpa del miedo.

—Estoy despierto, estoy despierto... —Es lo único que logra articular mientras se incorpora. Tras un instante de duda existencial, le pone a Vann una mano en el pecho para apartarlo. No lleva camiseta. Siempre duerme así

y Kózel deduce que también debe de haberse despertado hace un momento —. ¿Qué ocurre? ¿Esto es normal?

—No. Son las campanas del Liceo. Ha ocurrido algo.

—Pero ¿todavía se utilizan?

Servían como alarma antes de que se inventaran los comunicadores y, más recientemente, los diarios. En Blyd todavía quedan muchas casas coronadas por pequeños campanarios y el Liceo no es una excepción: hay uno en cada residencia, en la biblioteca y en el edificio de Administración; pero Kózel pensaba que no eran más que un vestigio decorativo.

Las campanas se detienen tan de golpe que el silencio posterior está poblado de ecos. Al mismo tiempo, la residencia cobra vida. Portazos, pasos apresurados por los pasillos, susurros a media voz tras las puertas. Kózel contiene la respiración; no sabe si por imitación o porque las enseñanzas de Dinn en clase de Lucha están surtiendo efecto, también ha asumido una posición defensiva.

—¿Deberíamos salir? —pregunta con un hilo de voz.

Vann, que apenas es una silueta recortada contra la luz de la luna, asiente en silencio. Kózel mira en su dirección un último segundo antes de coger el edredón y colocárselo por encima. Después, asiente de vuelta y Vann abre la puerta.

La residencia está sumida en un caos creciente. Muchos asoman la cabeza a través de las puertas abiertas de sus habitaciones, unos cuantos estudiantes ya han salido al pasillo y hablan reunidos en grupo con susurros que van elevándose cada vez más. A la luz tenue de las lámparas todos tienen la misma expresión perdida y cara de haberse despertado a las tres de la madrugada con un susto de muerte.

—Enzo —inquire Vann cuando su amigo pasa por delante de la habitación—, ¿qué está ocurriendo? ¿Sabéis algo?

Enzo se detiene y dirige una mirada hacia Kástor que, cabizbajo y ojeroso, le sigue como una sombra. Como todos los demás, lleva puesto poco más que el pijama y cruza los brazos.

—Izeen dice que ha visto movimiento en los jardines, pero no sé nada más —responde Enzo cuando Kástor se pone a su altura.

—¿Su habitación no daba al edificio de Administración? —pregunta Vann. A pesar de sus precauciones en el dormitorio, un movimiento apenas contenido hacia la única ventana que hay al fondo del pasillo indica que se muere de ganas de comprobar qué ocurre por sí mismo.

—¿Estáis montando una fiesta y no me habéis avisado? —Inmediatamente todos se vuelven hacia la voz que proviene del extremo contrario del pasillo —. ¿Qué son todas estas campanas?

—¿Lórim?

—¿Kózel? ¿Qué hace todo el mundo despierto? No me digas que estabais todos esperándome... —añade con una sonrisa ufana mientras se acerca a ellos con paso animado.

De un vistazo, Kózel se percata de que Lórim lleva colgado del brazo el mismo abrigo gris que vestía durante el paseo por Blyd y que sigue con los mismos pantalones de gamuza y la misma camiseta blanca, los mismos tirantes y la misma bufanda azul. No es que sea el único estudiante previsor que se haya cambiado el pijama por ropa de calle, sino que no se ha acostado aún y viene de los jardines.

Casi como si Lórim pudiera leerle el pensamiento, pierde la sonrisa y se encoge sobre sí mismo a medio camino.

—No tenía sueño y estaba...

Las palabras de Lórim se interrumpen por unos pasos que retumban por las escaleras de la residencia. Al cabo de un par de segundos, el marco de la puerta que da al corredor oeste queda ocupado por la imponente silueta del

profesor Nogha, que imparte clases de Lucha en los cursos superiores. Les mira, su cara cubierta de viejas cicatrices que le dan a su piel el aspecto del cuero viejo está transmutada por la tensión.

—Que todo el mundo baje inmediatamente a la cafetería. —A pesar de sus evidentes esfuerzos por que la voz le suene suave, el tono es urgente. La mayoría de los estudiantes vuelven a meterse en sus habitaciones pero el profesor Nogha patea el suelo de madera con firmeza y, al instante, la leve sacudida que se produce a sus pies, llama su atención—. Vístanse rápido. En cinco minutos no quiero a nadie en la residencia —ordena antes de darse media vuelta.



«Todos abajo, ahora», ha dicho el profesor Nogha. Pero «todos» es mucha gente, solo hay una salida y Kástor se ha separado de Enzo. Lo que ha sido un error, un gran error.

Al pie de las escaleras Sammler le está esperando.

Al verle, el calor se le acumula en las puntas de los dedos y Kástor se detiene a medio paso. Sabe que podría convertir a su primo en una mancha de carbonilla en el suelo y el calor va llenándole por dentro cuando recuerda que no puede tocarle. Además, Kástor nunca desobedecería las órdenes de un profesor.

Baja los últimos peldaños a saltos, de dos en dos. Quiere ignorar a Sammler pero el espacio que hay entre su primo y la puerta es demasiado

pequeño. La mera idea de rozarle le hace sentir sucio, pequeño y horriblemente mal. Cuando pasa por su lado incluso cierra los ojos. No quiere verle. Pero entonces una mano, como una garra, le sujeta por la muñeca.

Empieza a faltarle el aire.

—No tan rápido, primo. Tú y yo tenemos que hablar —susurra Sammler con un tono de voz que le parece venenoso. Pero Kástor no se vuelve ni le parte los morros, que es lo que desearía, no. Kástor se detiene en seco, como fulminado por Rayo.

—*Quéquieres.*

Su primo, con deliberada lentitud, le pasa el brazo por encima de los hombros y sonrío a los últimos compañeros que abandonan la residencia. A Kástor el gesto le parece humillante, porque pasar el brazo así es de amigos, y él y Sammler no son amigos; su primo, sin embargo, se relame el labio inferior y se inclina un poco para que la boca le quede cerca del oído de Kástor.

—Necesito que me hagas un favor, primo —no importa las veces que Sammler diga que son primos, a Kástor siempre le producirá rechazo, mucho más cuando añade—: porque somos familia y tenemos que ayudarnos.

Kástor se obliga a mirarle a la cara mientras se esfuerza por entender qué le está pidiendo exactamente. A veces, cuando habla Sammler, Kástor tiene la sensación de que está diciendo una cosa mientras se refiere a la contraria. Pero le responde igualmente con lo primero que se le pasa por la cabeza para que acabe cuanto antes:

—Un favor. Qué.

—Te va a ser fácil, primo. Solo tienes que callar. Para ti, lo que es un problema es hablar, así que en realidad soy yo quien te hace el favor a ti. Si alguien te pregunta no digas nada. —Kástor cierra los ojos. La garganta se le atasca, le está costando respirar—. No le cuentes a nadie que me has visto. Es

fácil, ¿ves? —Kástor intenta ignorar la presión del brazo de Sammler en sus hombros, trata de ignorar su voz. Busca ese lugar dentro de su cabeza donde siempre está a salvo, pero Sammler le sacude para llamar su atención y Kástor vuelve a la realidad como si acabara de caer por un precipicio—. ¿Crees que podrás hacerlo? —susurra Sammler, todavía muy cerca de su oído—. A cambio guardaré tus secretos... si te portas bien. Ya sabes. Si haces lo que yo te diga. Dime, primito: ¿lo vas a hacer?

—Sí —balbucea Kástor. Sammler vuelve a lamerse el labio inferior y aprieta más el brazo con que lo agarra haciendo que sus hombros se toquen. Kástor tiene que contener las náuseas porque si ya le cuesta que alguien le toque, que lo haga su primo, además, le produce un rechazo visceral.

—¿Qué has dicho, primo? Me parece que no te he escuchado bien.

Esta noche, como tantas otras, Kástor ha salido a dar una vuelta. A Kástor le gusta el silencio de los jardines por la noche. Le gusta ver el campus, que es un hervidero de actividad durante el día, convertido en un remanso de paz. A veces Kástor se lleva su cuaderno de dibujo con él, pero hoy solo necesitaba estirar las piernas. Entonces, ha visto a Sammler junto al edificio de Administración. Estaba de pie junto a la entrada, inmóvil, una sombra más entre el juego de claroscuros proyectándose en la fachada del edificio, pero era él. Sus miradas se cruzaron pero no le dijo nada. Kástor no le dio más importancia. Después regresó a la residencia y apenas tuvo tiempo de acostarse cuando las campanas comenzaron a tañer.

—Nnnnnno. Diré. No diré nada. Nada. —Las palabras le salen a trompicones, casi una letra cada vez, como si las escupiera—. Nada. A nadie. Deso que vi. Nada.

—¿Seguro? Lo sentiría mucho si no me hicieras caso, Kástor. Lo sentiría mucho porque ya sabes lo que yo sé de ti y qué pasaría entonces, ¿verdad que sí lo sabes? Dime que lo sabes, como el buen primo que eres.

Sammler habla muy despacio, vocaliza cada palabra como si Kástor fuera sordo, o idiota, y él tiene que tragarse hondo el orgullo para que no duela y pueda asentir otra vez.

—*Síse* —masculla—. No diré. Nada.

—Está muy mal mentir, primo, pero te lo agradezco. Recuerda: no me has visto. Yo no estaba en los jardines esta noche, ¿queda claro? Yo. No. Estaba. Y si algún día te vas de la lengua, no tendré más remedio que contar lo que sé de ti. Sería una pena, primo. Una pena. Lo contaría... *todo*.

—No diré. Nada.

—Bien. Así me gusta, primo. Y ahora lárgate. Corre a esconderte o a buscar a tus amiguitos. O haz algo. No sé, aprende a hablar, por ejemplo.

Sammler aparta a Kástor bruscamente y se yergue ufano, como si tuviera algo de lo que enorgullecerse. Tras una última sonrisa, sale por la puerta en dirección a la cafetería, donde ya debe de estar todo el mundo.

Kástor, en cambio, no se mueve. Está allí donde lo ha mandado el empujón de Sammler, de pie en medio del vestíbulo. El cuerpo le tiembla de rabia contenida y poco a poco las piernas se le aflojan y cae de rodillas al suelo. Podría llorar pero Kástor no llora. De repente su respiración se vuelve irregular y aterrorizado se da cuenta de que está a punto de tener un bloqueo y de que se encuentra totalmente solo.

—*R'spira* —se ordena con voz sibilante—. *R'spira*.

Le aparecen pequeñas motas rojas en el campo de visión por la falta de oxígeno y Kástor sabe que si la cosa sigue así, acabará desmayándose. Odia cuando le pasa esto, lo odia. Odia cuando ante una situación que no puede controlar, cuando se asusta o sufre demasiada presión, la única manera que tiene su cuerpo de reaccionar es cerrándose por completo.

Trata de pensar en cosas buenas: en Enzo, en su familia. Eso a veces ayuda; pero no puede quitarse de la cabeza las palabras de Sammler. No que

aprenda a hablar, porque eso solo es cruel y las frases crueles no pueden hacerle daño de verdad, al contrario que las otras. Las de ahora mismo, las amenazas veladas. Poco le importa por qué estaba Sammler en los jardines. En lo único que puede pensar Kástor es en lo que su primo podría contarle a los demás. Su secreto. Ese que a veces hace que Kástor no duerma por las noches, esa culpa que a veces parece que vaya a aplastarle.



—¿Creéis que nos dejarán volver pronto a las residencias? —Nero bosteza y luego procede a atarse el cabello, más alborotado de lo habitual, en una coleta.

—Ni siquiera nos han dicho por qué estamos aquí —la corta Lórim.

Llevan un buen rato en la cafetería y todavía no saben nada. Todos están igual, ojerosos, con expresiones perdidas y parece claro que la mayoría se han vestido a toda prisa con lo primero que han podido encontrar: pantalones crema del uniforme y zapatillas de estar por casa, camisas negras con o sin chaleco, algún jersey de algodón de los que llevan en clase de Lucha y que claramente ha salido de algún montón de ropa sucia. En cambio Lórim, que todavía lleva la bufanda azul sobre la ropa de calle del día anterior, destaca por entre la gente como un pájaro tropical en un pantano.

—Pues si no vamos a volver a la cama, podríamos desayunar ya —añade Nero, oteando esperanzada hacia el mostrador de la cafetería.

Kózel encoge los hombros. En su caso, se ha puesto el abrigo directamente

encima del pijama y se envuelve con él a modo de manta. Sería capaz de matar a alguien a cambio de un café.

—Paciencia, chicos. Seguro que nos dicen algo enseguida —murmura Enzo Baaer. No da la impresión de que sus palabras calen especialmente. Vann observa a través de la ventana como si no le hubiera escuchado y Kástor Graadz, desde que fuera uno de los últimos en llegar, no ha apartado la vista de sus manos, que tiene cruzadas sobre la mesa. Están los seis sentados junto a uno de los grandes ventanales de la cafetería, con vistas a los pies de la colina, donde las lucecitas de la Blyd nocturna brillan sin inmutarse.

—Seguro que no es nada. Una falsa alarma, ¿no? Esas cosas pasan. —Pero sus convicciones comienzan a flaquear. En uno de los extremos de la cafetería se han reunido los profesores y a juzgar por sus expresiones sombrías, sí parece que haya ocurrido algo. Pymar Dinn, de Lucha, pasea en círculos desde la puerta de la cafetería hasta el mostrador, la cabeza gacha y su cuerpo de atleta en tensión. Nogha, que es quien les ha mandado bajar a la cafetería, habla en voz baja con un profesor de mediana edad y razonablemente atractivo, Erss Thienn, que imparte Documentación Criminal a los cursos superiores. Los demás solo están ahí, increíblemente serios, con los ojos puestos en los estudiantes que ocupan las mesas. Entonces Kózel se da cuenta de que faltan algunos: no ve por ninguna parte al director Nayer, ni la figura menuda de Nedra Vorak, que además de impartir Fundamentos del Vínculo es la jefa de estudios. Tampoco ve al profesor Koem—. Tú Lórim has visto... ¿algo?

De veras que no quería preguntarlo, pero Lórim estaba en los jardines, ha llegado a la residencia justo después de que sonaran las campanas.

—Solo he salido a dar una vuelta después de que habláramos, Kóz.

—Cuando han sonado las campanas, alguien ha dicho que había

movimiento en el edificio de Administración —insiste Kózel. Lórim no contesta. Solo le sonrío. Pero hay algo en la actitud de Lórim que no le encaja, como si forzara demasiado el gesto. Podría ser la tensión del momento, claro. Todo el mundo está nervioso. Algunos tienen sus diarios en la mano y se escriben mensajes a toda velocidad. Nadie se atreve a levantar la voz más de lo estrictamente necesario pero cuando, de pronto, Enzo vuelve la vista hacia la entrada, los murmullos se intensifican.

Es porque el director Nayer acaba de llegar a la cafetería. Su silueta, que ya de por sí es la de un anciano frágil, parece empequeñecida en comparación con el enorme arco de la entrada. Apoya una mano en uno de los batientes de la puerta mientras la otra la tiene sobre el brazo de Nedía Vorak. Detrás de ellos se atisban los uniformes de la Guardia.

—Mirad —susurra Vann—. ¿Qué hace la Guardia aquí?

Nero apenas levanta la vista cuando dice:

—Han venido a llevarse a alguien.

—Sí, a Kózel por ser tan malo en clase de Lucha —replica Lórim con una sonrisilla burlona que se trunca cuando Kózel le da un manotazo: el director Nayer se ha adelantado y de repente en la cafetería solo se escuchan los pasos del anciano que avanza tambaleante hasta el centro de la sala.

—Seguro que se están preguntando por qué les hemos reunido aquí. —Kózel se inclina hacia delante. A pesar del silencio, la voz del director es tan débil que apenas puede escucharla—. Ha habido... un incidente. Les pedimos paciencia, hasta que la Guardia no haya tomado declaración a todo el mundo me temo que no podrán...

La cafetería vuelve a estallar en murmullos que ahogan el resto de la frase del director. Nayer se tambalea y por un alarmante segundo parece que vaya a caerse, pero Nedía Vorak corre a su lado para ayudarlo. Que les vienen a tomar declaración, repiten los estudiantes en voz cada vez más alta, y por

qué, pregunta más y más gente. La docena de guardias que esperaba en la puerta se esparcen entonces por todo el recinto de la cafetería. Hay algo preocupante en cómo miran a los estudiantes, en cómo caminan con la cabeza alta y los brazos terminados en puño y en cómo se acercan a las mesas. Junto a la suya se detiene una mujer joven, de expresión severa. Puede que unos pocos años antes estuviera sentada en esas mismas sillas.

—Necesitamos saber dónde han estado esta noche entre la una y las tres de la madrugada, si han estado en los jardines, si han visto algo sospechoso —inquire la mujer, sin molestarse en edulcorar la pregunta ni el tono serio de su voz. Su mirada se posa primero en Nero, que menea la cabeza, tranquila.

—En mi habitación, con Wen. —Señala hacia una mesa un poco más lejos, donde Silena Weneseoph, su compañera de cuarto, y un grupo de estudiantes de segundo hablan con otro guardia—. Hemos llegado... ¿a qué hora hemos llegado?

—Juraría que pasada la medianoche. Hemos subido al último metropolitano nocturno de milagro —aporta Kózel—. Yo también me he ido directamente a dormir, pero no recuerdo haber visto nada extraño. —Sin quererlo, la vista se le va hacia Lórim. Él parece estar tranquilo, mientras que Kózel se nota una presión en el estómago que va en aumento. ¿Qué ocurrirá si Lórim dice que estaba en los jardines? O más todavía, ¿qué ocurrirá si le miente a la guardia y dice que *no* estaba?

La mujer asiente mientras escribe rápidamente en una libreta. Es el turno de Vann, que estaba en su habitación también. Kózel puede atestiguarlo, han llegado casi a la vez y supone que su cita ha ido bien, porque Vann tenía una sonrisa radiante y una marca de aspecto sospechoso en el cuello. Enzo Baaer musita, con la voz inaudible, que se ha acostado pronto, sobre las once.

Ahora la guardia observa a Lórim, las cejas levantadas y la estilográfica esperando para escribir. Kózel, en este instante, es capaz de ver cómo lo hace.

Cómo Lórim cambia. Es bueno, tan bueno que Kózel no se había dado cuenta hasta ahora, pero igual que un actor antes de poner el pie sobre el escenario, las facciones se le relajan, su mirada se vuelve un punto más pícara, sus movimientos más contenidos. Se convierte en el Lórim de clase que hace bromas y finge que lo único que le interesa es conocer gente y pasar un buen rato.

Lórim se vuelve lentamente como si se tratara de una estrella del orbe y adelanta los brazos.

—Puede esposarme, agente. —Incluso la voz se le vuelve más afectada, una fracción de tono más agudo—. Yo estaba fuera, en los jardines. Paseando. Es que padezco de un terrible insomnio crónico. Que no he hecho nada ni he visto nada, ¿eh? Se lo prometo —añade tocándose el pecho, allá donde tiene el corazón—. Pero si usted me lo pide, la acompañaré encantado a la Casa de la Guardia o donde usted quiera.

Por un instante perplejo, la guardia no dice nada, solo observa a Lórim, quizá tratando de discernir si está de broma, y luego escribe un poco más en su libretita.

—Las esposas no serán necesarias, solo queremos hacerle unas preguntas.

Sin inmutarse, la mujer le hace un gesto a una pareja de guardias que se han quedado esperando junto a la entrada para que se acerquen. Finalmente, libreta en ristre, se vuelve hacia Kástor Graadz.

—Solo falta usted. ¿También estuvo en la residencia toda la noche? —Y Kástor, que mantiene la mirada obstinadamente fija en sus manos sobre la mesa, no dice nada—. ¿Eso es un no? —insiste la mujer.

La única indicación de que Kástor la ha escuchado es que, de repente, su cuerpo se pone en tensión. Aprieta la mandíbula, las manos se le crispan y cuando Enzo se inclina en su dirección, aparta la cara.

—Kástor, tienes que responder —susurra Enzo.

Al cabo de unos segundos, Kástor murmura algo en voz muy baja. La agente se le acerca un paso y Kástor, como en un espasmo, se echa hacia atrás arrancando un chirrido de su silla. Al mismo tiempo, Enzo mira a la guardia.

—Ha dicho que no. Ha dicho que no —informa extendiendo una mano hacia la mujer para que se detenga—. Dele un momento, por...

—No es verdad.

La guardia no es la única en volverse hacia quien ha hablado, un chico de segundo, cree Kózel de haberle visto por la biblioteca, que está en la mesa de al lado. Al escucharle, una nueva oleada de murmullos se extiende por la cafetería como un incendio incontrolado.

El chico, sintiéndose blanco de todas las miradas, se incorpora un poco y se aclara la garganta.

—Soy Drac Ringuett, Tierra. Sé que Graadz estaba fuera. ¡Lo he visto regresar de madrugada! He salido... he salido un momento al pasillo y he visto que entraba en su habitación.

—En tal caso, tendrá que acompañarnos también, señor Ringuett. Le aseguro que es un simple trámite —añade la mujer, que guarda la libreta en el bolsillo del uniforme y Kózel tiene la sospecha de que lo hace para tener las manos libres en caso de que haya problemas.

Es un mal momento para que lleguen los dos agentes de la Guardia que esperaban junto a la puerta. En cuanto uno de ellos se detiene al lado de Kástor, este se levanta tan rápido que la silla en la que estaba sentado cae hacia atrás.

Kástor retrocede. En medio del silencio murmura palabras ininteligibles mientras Enzo se levanta, las manos extendidas para tranquilizarlo, y Vann hace lo mismo. Los profesores también se acercan. Nedia Vorak lo hace a

pasos rápidos mientras Pymar Dinn y la profesora Dhelk, de la asignatura de Vínculo Aplicado, van detrás de ella.

Delante de toda la cafetería, que observa el tumulto, Kástor baja derrotado la cabeza. Alguien incluso aplaude irónicamente, pero se detiene gracias a una mirada furibunda de la profesora Vorak.

Las voces en la sala se animan otra vez cuando Denna Blyzster, la chica de primero que Kózel recuerda siempre tomando apuntes, también se levanta escoltada por un agente.

—Deberíamos ponernos en marcha —asiente la mujer. Da un paso hacia la puerta y luego se detiene para comprobar que Kástor le sigue. Entonces, le dirige un gesto a Lórim, que se levanta extendiendo las muñecas una vez más.

—¿De verdad que no quiere esposarme, agente? —insiste acompañando la pregunta de un guiño pícaro—. Solo me resistiré un poco, se lo prometo.

La mujer no dice nada y se da la vuelta en dirección a la puerta. Seguramente cuando ella estudiaba en el Liceo nadie la preparó para lidiar con los Lórim Hérshel del mundo.

El chico se encoge de hombros y camina tras el guardia con las manos en los bolsillos. Cuando se vuelve para despedirse, saca la lengua pero Kózel no se cree uno solo de sus gestos. A pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, Lórim está temblando.

Lunes, 4 de noviembre.

Paseo de Pralín. Casa de la Guardia. 5.40 de la tarde



—¿Qué hacías en los jardines por la noche?

...

—¿Estabas cerca del edificio de Administración?

...

—¿Viste a alguien más por los terrenos del campus?

La sala de interrogatorios tiene paredes de cristal ensambladas por finas columnas de hierro que llegan hasta el techo. Al otro lado del vidrio está la bulliciosa Casa de la Guardia del Paseo de Pralín, pero dentro de la sala de interrogatorios, gracias al Acumulador Monsett atornillado junto a la puerta, Vinculado a Ilusión para conseguir un buen aislamiento, el silencio es casi

sólido. En el centro descansa una mesa de roble que alguien ha limpiado a conciencia pero que, aun así, hace años que dejó de ser nueva.

—El profesor Koem está muerto, chico, le han asesinado en su despacho, esto es grave. Cuéntanos todo lo que sabes.

Más silencio. El detective se frota el puente de la nariz con los dedos y respira hondo. Es un hombre alto de mediana edad, de espaldas anchas y poblado cabello castaño peinado hacia atrás.

—Sabemos que estabas en los jardines ayer por la noche, Kástor —insiste una vez más mientras su voz gana unos cuantos grados de dureza—. Si viste algo sospechoso es mejor que nos lo cuentes antes de que lo descubramos nosotros...

Nada. Kástor Graadz está con la mirada perdida en el vacío. Con el resto de los estudiantes que le han traído del Liceo, el detective no ha tenido ningún problema. Solo eran chicos asustados que tuvieron la mala suerte de estar en los jardines en el momento menos apropiado, pero Kástor Graadz...

Finalmente, el detective se levanta y procede a aflojarse el nudo de la corbata. Durante una fracción de segundo le parece que los ojos del chico sigan sus movimientos, pero no. Está mirando hacia la puerta, que se ha abierto apenas sin hacer ruido.

—No tiene permiso para estar aquí —le espeta al desconocido que espera apoyado en el quicio.

—¿Es usted el detective Brynn?

—Estoy ocupado. Espere fuera.

Brynn es un hombre acostumbrado a que le obedezcan. Se vuelve otra vez hacia Kástor Graadz, que por lo que se ha movido bien podría ser una estatua, y escucha satisfecho cómo se cierra la puerta. Sin embargo, la sensación de tener un par de ojos clavados en la nuca le confirma que el desconocido sigue en la sala.

Siempre que está en un interrogatorio, el detective Brynn cae en un estado de ánimo especial, una fiereza apenas contenida que le sirve a la hora de arrancar información de un sospechoso. Ahora toda esta fuerza se traduce en un movimiento brusco pero a la vez fluido; se levanta, se da la vuelta hacia el desconocido y lo agarra por las solapas de ese abrigo elegante y negro que lleva.

—Fuera, ¿ha entendido? Fuera.

No obstante, antes de que pueda echarlo la puerta de la sala de interrogatorios se abre otra vez y Brynn piensa «¿Qué ocurre ahora?», porque se trata del capitán Morgensett.

—Veo que ya se han conocido. Y que han hecho buenas migas —añade el capitán con desaprobación.

Y el chico... el chico de abrigo negro sonríe y se toca el ala del sombrero, también negro, que lleva. Debe de tener veintipocos años; alto, de pelo moreno, nariz un poco aguileña y ojos inquisitivos, se aparta de Brynn y entonces se alisa el abrigo con la mano.

—Ahora mismo iba a presentarme, capitán. —Del bolsillo saca una placa que es distinta a todas las identificaciones de la Guardia que había visto Brynn hasta entonces. En vez de ser una estrella de nueve puntas, es un simple círculo con el grabado de un ojo en el interior—. Agente especial J. Cait.

«Tiene que ser una broma —piensa Brynn—. Una de muy mal gusto.» Se vuelve hacia Morgensett, pero el capitán le mira como si fuera a degradarle a patrullar alcantarillas si pone objeciones.

Y el chico, el agente especial J., que a saber a qué nombre corresponde esa inicial, Cait, sigue sonriendo mientras se acerca a *su* testigo.

—Buenas tardes, Kástor —comienza en tono meloso—. ¿Cómo te

encuentras? Lo primero, quiero que sepas que no se te acusa de nada, solo queremos hacerte unas preguntas...

Por primera vez, Kástor Graadz parece que reaccione con algo más que un silencio cerrado. Vuelve la cabeza hacia el agente, entorna los ojos y comienza a balancearse ligeramente en su asiento.

El detective Brynn observa la escena mientras un escalofrío desagradable le atenaza el vientre. No parece que el agente Cait haga gran cosa; pero a Brynn de repente le asalta una idea, es una idea loca pero está acostumbrado a que las ideas locas sean las que finalmente aciertan, por lo que ya cree saber a qué cuerpo corresponde la placa con el ojo grabado, y cómo de *especial* es este agente J. Cait. Solo le delata una leve tensión alrededor de los ojos después de parpadear dos veces seguidas, pero Brynn sospecha que ha comenzado a Leerle la mente a Graadz nada más entrar en la habitación.

—Dinos por qué estabas anoche en los jardines, Kástor...

Una hora después, el detective Brynn y el agente Cait abandonan la sala. Este último se abalanza sobre la jarra de agua que hay sobre la mesa más próxima y se sirve un vaso que bebe entero de un trago.

Brynn observa al agente Cait de reojo y vuelve a pensar en la placa con el ojo grabado y en lo que implica. Es el secreto mejor guardado de la Guardia: agentes Aura que funcionan al margen del resto de las divisiones, que hacen de espías y solo el Emperador sabe qué más. Brynn y muchos de sus compañeros pensaban que solo se trataba de un rumor, una de esas cosas que solo aparecen en las novelas o en el orbe. Por eso, como una especie de broma interna, los llaman «los fantasmas», porque no existen: oficialmente, todos los Aura del país se exiliaron después de la Revolución. Al menos,

aquellos que sobrevivieron. A nadie le gusta que le Lean la mente. Mucho menos las masas de ciudadanos enfurecidos.

—¿Ha podido averiguar algo? —pregunta volviéndose hacia él. Brynn tampoco está contento. No solo porque Morgensett le haya obligado a aceptar la presencia del agente Aura en su Casa de la Guardia. Es que él confía en el trabajo bien hecho y Leer la mente a la gente es trampa.

Y está mal.

Pero va a ser civilizado, acaba de decidirlo.

—Nada —responde el agente Cait. Cuando habla le tiembla la voz y se frota la sien con la mano derecha. Tiene unas ojeras que Brynn no le había visto antes del interrogatorio—. En cuanto ha sentido que intentaba entrar en su mente, se ha cerrado en banda. El chico sabe bloquear su mente con Aura. No de una forma muy sutil pero sí bastante efectiva. Para ser Fuego.

Brynn levanta las cejas.

—Eso es... ¿inusual?

El agente Cait asiente.

—No queda mucha gente en el país que sepa llevar a cabo este tipo de Vínculo con Aura, si es lo que pregunta. Desde luego, no se lo han enseñado en el Liceo.

—¿Y no puede anular esas barreras? —Brynn se arrepiente enseguida de sus palabras. Ha hablado por él el guardia ávido de información, la parte de sí mismo que opina que el fin justifica los medios, esa contra la que siempre lucha Brynn para que no tome el control.

El agente Cait, si se ha escandalizado por la pregunta, no lo demuestra.

—No hay motivos para ello. Ni siquiera he pasado de los pensamientos superficiales. Para poder Leer los recuerdos y pensamientos más profundos de Graadz necesitaría establecer el Vínculo con contacto físico y no creo que

eso fuera bueno ni para él ni para nosotros; así que, a menos que sea necesario, prefiero los métodos tradicionales. ¿Qué se sabe de él?

El detective hace un aspaviento hacia un informe que hay sobre la mesa y este se desliza hacia el agente impulsado por una corriente de Aire.

—Poca cosa. Algunos problemas disciplinarios. Aunque sus profesores dicen que es un alumno de sobresalientes. Pero si miramos su historia familiar...

—Graadz. Me suena. Solían ocupar cargos importantes en el ejército, ¿verdad?

Brynn asiente. Claro que le suena, piensa con desagrado. Fuego, Aura, Rayo... todas las Familias antiguamente relacionadas con el Emperador se conocían de una forma u otra. Era su manera de controlar a todas las demás.

—El abuelo formaba parte del núcleo duro de los militares antes de la Revolución. Un tipo importante: Comandante de los Caballeros del Águila, general en la campaña de Xool... y media docena de cargos más a lo largo de toda su carrera. Desde Seguridad Interna lo vigilaron algún tiempo. Pensaban que estaba relacionado con movimientos imperialistas clandestinos; pero ahora el viejo tiene algún tipo de demencia senil y no se le considera una amenaza.

El agente Cait se sirve otro vaso de agua y observa a Graadz, sentado en la salita de interrogatorios.

—Quizá le enseñara más que simples barreras. Al fin y al cabo, el viejo fue comandante de los Caballeros del Águila. —Brynn recuerda perfectamente las cosas de las que era capaz la guardia personal del Emperador—. Supongamos que...

Antes de que pueda terminar la frase, el agente Cait le corta.

—Se supone que el chico solo está aquí como testigo. Lo que haya hecho su familia no tiene por qué significar que esté implicado, detective.

Brynn le observa sorprendido por su reacción. Al agente Cait se le han dibujado arrugas de rabia alrededor de los ojos y su voz ha perdido de repente cualquier nota de suavidad; pero él no lleva quince años en el cuerpo para amedrentarse delante de un novato, aunque el novato en cuestión pueda Leerle la mente. Probablemente no encuentre ningún oscuro secreto ahí dentro. Como mucho, alguno ligeramente opaco.

—También puede significar que sí lo esté.

Cait cierra el expediente, que deja escapar un sonido seco y una nube de polvo. Parece que se tome unos segundos para recuperar la compostura.

—Hace casi dos décadas de la Revolución, detective Brynn. Los tiempos han cambiado. Incluso entonces, no todas las Altas Familias apoyaban al Emperador y los Indrasil les castigaron por ello. Y luego el gobierno de la democracia hizo lo mismo, acusándoles de colaboracionistas. ¿Cree que es culpa del chico ser de la Familia que es?

Brynn tiene la impresión de que el agente ya no está hablando del chico Graadz sino de sí mismo. Solo por la pura animadversión que siente en estos momentos contra el fantasma tiene tentaciones de ahondar en el tema, pero en el último momento se refrena. Recupera el expediente y le da unos golpecitos sobre la mesa para alinear las hojas que hay dentro.

—Bueno. Culpa no, pero desde luego ni su actitud ni sus... digamos... circunstancias le ayudan en nada.

Cait se había vuelto para observar a Graadz, que aparentemente no se ha movido en todo este rato, y menea la cabeza.

—Entonces: o encuentra pruebas de que el chico hacía algo más ilegal que escaparse por las noches a dar un paseo o tendrá que soltarle. De todas formas, no creo que tarde en encontrar más sospechosos. No será porque Koem no tuviera enemigos.

Brynn esboza una mueca irónica. A pesar del desagrado que le produce el

agente, al menos en esto último están de acuerdo.

Lunes, 4 de noviembre.

Residencia masculina. Sala de recreo del tercer piso.

8.50 de la tarde



«Conde Vann, el hijo que espero...»

En los hologramas proyectados por el orbe, al pobre conde Vann, figurativamente hablando, le acaban de aparecer unos cuernos como desde Blyd hasta Urnabaun.

«... no es tuyo.»

La revelación arranca un par de exclamaciones de sorpresa entre los chicos que, como medio Nylert, están enganchados a la orbenovela *Pasión de Fuego*. Los únicos alumnos en la sala de recreo que no están atentos al orbe son Kózel, que está pendiente del pasillo por si Lórim regresa, y Vann que,

como no soporta la orbenovela porque el protagonista se llama como él, lee el periódico. En un momento determinado, Vann abandona la lectura, salta al sofá donde está Kózel y le pasa un brazo alrededor de los hombros.

Al notar el peso de Vann encima, Kózel da un respingo y se yergue, pero Vann no deja que se escape.

—No pongas esta cara. Solo se los han llevado para hacerles preguntas.

—Sí... Sí... ya lo sé, pero no dejo de darle vueltas. ¿Te lo puedes creer? Ayer asesinaron a una persona, aquí mismo, casi delante de nuestras narices...

—Me parece que no se lo puede creer nadie... —admite Vann mientras se da la vuelta porque se escuchan pasos acercándose a la sala de recreo. Son Enzo y su amiga Wen, la compañera de cuarto de Nero—. ¿Alguna noticia?

Wen sacude la cabeza. Enzo, por su parte, se sienta en el sofá con expresión contrita y saca su diario del bolsillo para comprobar si hay nuevos mensajes; pero las páginas están vacías. Entonces, suspira. Ha estado todo el día como ausente y Kózel cree que cuando le falta Kástor, Enzo parece otra persona.

—Le he dicho a Kástor que me avisara en cuanto lo soltasen pero, nada. ¿Ha salido algo más en el periódico? ¿Se sabe cómo ha sido? —pregunta.

—Electrocutado —replica Kózel con un escalofrío—. Me lo ha dicho Nymar esta tarde en la biblioteca.

—No. A mí me han dicho que lo han ahogado con Agua —interviene Vann.

—Bueno —admite Kózel—. Creo que Nymar no es una fuente de información muy fiable. Es bastante memo, en realidad.

—Lo han aplastado contra la pared con Aire y le han reventado el cráneo —dice uno de los seguidores de *Pasión de Fuego* sin despegar los ojos del orbe—. Lo encontró así la profesora Vorak. ¡Y ahora, a callar, que el conde Vann está a punto de batirse en duelo, pesados!

—¿Y por qué razón alguien querría hacer algo así? —plantea Kózel en voz baja.

Nadie responde pero solo tienen que transcurrir dos segundos desde que comienza la publicidad en el orbe para que la sala de recreo se transforme en un caos. La mayoría sugiere las causas típicas: venganza, dinero o poder. Izeen Zrakov, Agua, un chico pelirrojo de segundo curso que a veces ha visto con Vann, con los ojos todavía vidriosos después de la última escena de la orbenovela, sugiere: «Pues será una cosa de mujeres. Un crimen pasional. *Cherchez la fam*, que dicen en Pralín».

—Quizá, por fin, alguien haya decidido hacer justicia.

Con la última frase, sucede como si a Vann le hubieran activado con un resorte. Se yergue en el sofá y le lanza una mirada helada a Sammler Archen, que se apoya indolente en el quicio de la puerta. Kózel ya intuyó en el metropolitano que cogió el primer día en la estación Monsett que, efectivamente, Sammler Archen y su panda de amigos tenían problemas para repartir, lo que no se imaginaba es que tuvieran *tantos*.

—Nadie ha pedido tu opinión, Archen.

—Tranquilito, Strainir. No vayas a despeinarte. —Nymar, como un perrito faldero, acude raudo a defender a su amo. Si Kózel ya le detestaba antes de eso, la fugaz mueca orgullosa que comparten Sammler y él hasta le provoca dolor de estómago.

—Es que la gente siempre parece olvidar que vuestro maravilloso profesor Koem se pasó media vida metiendo inocentes en la cárcel —contraataca Sammler tras asegurarse de que todo el mundo le está escuchando.

—De donde él mismo no debió haber salido nunca —apostilla con una sonrisa mal disimulada una chica pelirroja tocada con un lazo rosa que Kózel reconoce de haberla visto muy a menudo con Nymar en la biblioteca. Zaaren, cree que se llama Zaaren—. Por si tampoco te acuerdas.

El suelo comienza a temblar en el momento en que Vann se pone de pie visiblemente alterado.

—¿Inocentes? Koem encarcelaba criminales de guerra, imbéciles.

—Tú los llamas criminales. Yo digo que estaban en el bando perdedor. — Sammler, con gesto altanero, extiende una mano de la que escapa una llamarada—. No creas que vas a impresionarnos con ese pequeño terremoto, Strainir. Hay una razón por la que nosotros, los Fuego y los Rayo, siempre fuimos la clase guerrera mientras los Tierra os dedicabais a cultivar patatas. Los tuyos nunca seréis más que carne de cañón.

—Los Fuego solo os convertisteis en clase guerrera después de darnos la espalda a nosotros para ponerlos del lado del Emperador, Archen —vuelve a intervenir Izeen Zrakov. Tiene la mirada desafiante, pero en el momento en que Sammler se dirige hacia él se echa hacia atrás, apretándose contra los cojines del sofá.

—Y el Emperador nos recibió con los brazos abiertos, Zrakov. —Las palabras de Sammler ni siquiera suenan violentas, solo cargadas de desprecio—. No como a vosotros. Si no fuera por Koem y los de su calaña, todavía viviríais en las barracas de Riadas, de donde no tendríais que haber salido jamás.

—¿Quieres que te diga de dónde no tendrías que haber salido tú, Archen? —le espeta Wen, que hasta ese momento se había mantenido al margen.

—Tú no te metas, traidora —chilla Zaaren.

Kózel contiene el aliento mientras lleva los ojos de unos a otros.

—¿Qué me has llamado?

Wen se pone de pie al tiempo que se le cubren las manos de Fuego. El temblor de tierra se intensifica mientras Vann aprieta los puños. Algunos de los que todavía ven el orbe se dan la vuelta para quejarse mientras Nymar se pone en guardia por si, como todo parece indicar, va a haber pelea.

—Basta ya. Todo el mundo.

Nadie tiene en cuenta a Enzo. Enzo, que no es extremadamente alto aunque tenga el cuerpo fornido; Enzo, que lleva el pelo moreno muy corto, siempre sonrío y tiene una respuesta amable para todo el mundo, se pone en pie. Cada movimiento que hace denota que ha tenido un mal día y que solo necesita una buena excusa para desahogarse.

A regañadientes, Vann y Wen bajan los puños. Sammler, en cambio, no ha perdido la sonrisa.

—Tienes toda la razón, Baaer. Mis más humildes disculpas. Debes de estar preocupado por tu... *novia*. ¿Quién sabe si no dejarán al pobre Kástor solito toda la noche en una celda? —añade con gesto dramático mientras Zaaren suelta una risilla.

Enzo entonces da un paso hacia Sammler y es Wen la que tiene que ponerle una mano en el hombro. Enzo respira hondo. Le dedica a Sammler una mirada herida pero entonces su diario emite un sonido agudo. Lo abre con manos temblorosas y lee el mensaje que va apareciendo en la primera página.

—Pues ya le han dejado salir y está de camino. Voy a esperarle — murmura en voz baja mientras guarda el diario. Enzo sale de la sala de recreo a toda prisa mientras Archen bosteza exageradamente.

—Vaya. —Del bolsillo de su chaleco color burdeos saca un reloj. Sammler se esfuerza por que se vea claramente que es de oro—. Se ha hecho tarde. Saludad a mi primito de mi parte.

Sammler hace un gesto seco con la cabeza y, como si compartieran la misma mente, sus amigos marchan detrás de él; Zaaren después de lanzarle a Wen una mueca de desdén y Nymar después de dedicarle a Kózel una inclinación de cabeza.

—Adiós... *Ho-ke-le*.

A medida que se alejan, Vann trata de fulminarles con la mirada mientras el suelo tiembla levemente.

—Será imbécil —gruñe Kózel con el ceño fruncido—. Lo hace a propósito. Estoy convencido.

—Se creen muy importantes, Archen y la panda que siempre le sigue para reírle las gracias. Se creen... superiores, supongo. Pero él es el peor de todos. —Vann resopla y se deja caer en el sofá otra vez.

—Su padre es un pez gordo del Partido Tradicionalista —comenta Wen camino de la salida.

A Kózel no le sorprende lo más mínimo. A veces la imbecilidad es hereditaria y el Partido Tradicionalista, con sus políticos reciclados de la vieja Corte Imperial le da mucha grima.

—¿Creéis que pueda tener razón? —plantea. A pesar de todo, se ha quedado pensando en lo que han dicho, no puede evitarlo—. Que alguien matara a Koem por venganza, tantos años después.

—No son tantos años —responde Wen con aire sombrío todavía bajo el quicio de la puerta.

Kózel asiente. Tiene toda la razón. Para ellos, que nacieron justo con la Revolución, les parece que fue hace mucho tiempo y que está todo olvidado, pero en realidad las heridas siguen a flor de piel. Si no, que se lo pregunten a los tipos de la taberna imperialista de la noche anterior (solo ha pasado un día desde ese episodio y a Kózel le parece una eternidad). Al final suspira. Toda la escena con Archen le ha dejado una tensión extraña en el cuerpo.

—Oye, Vann. He quedado con Edrin para entrenar en las pistas —comenta Wen con una sonrisa algo forzada tras unos instantes en los que solo se escucha el murmullo del orbe—. Quizá te apetezca...

—Me apetece —resuelve él levantándose del sofá de un salto—. Subo a cambiarme y en diez minutos estoy ahí.

Wen se despide de Kózel con una sonrisa antes de marcharse de la sala de recreo y Vann va a hacer lo mismo pero, entonces, se detiene en seco y se da la vuelta.

—¿Te... te importa? —le pregunta tras unos instantes mirando muy fijamente en su dirección, que a Kózel se le hacen interminables—. Que te deje solo, digo —aclara.

—Sí. No. Quiero decir: no. Ve tranquilo. Ve. —La tensión que Kózel ya tenía en el cuerpo se transforma en un cosquilleo inexplicable que soluciona poniéndose en pie de golpe—. Yo voy a salir por si Lórim también ha regresado. ¿Nos vemos luego?

Vann le guiña un ojo.

—Claro. Compartimos habitación, listo.

Martes, 12 de noviembre.

Paseo de Pralín, Casa de la Guardia. 8.15 de la tarde



En el despacho del detective Brynn, hay colgado un tablón cubierto por completo de papeles y fotografías. En el centro, el detective ha colgado en grande la de Koem, un hombre que rozaba los cincuenta, bien parecido, de mirada inquisidora. Alrededor de la imagen de Koem ha colgado todo lo que se le ha ocurrido: las fotografías de los testigos, notas, posibles conexiones. En realidad, ha tenido que pedirle más chinchetas a Breda, la chica de secretaría.

El detective aplasta la colilla de su último cigarrillo en un cenicero que necesita vaciar urgentemente y se aparta un paso para admirar la obra de toda

una tarde. En vez de chinchetas, quizá lo que debiera pedir es un tablón más grande.

Hace más de una semana del incidente y lo único que tienen es a un profesor asesinado a medianoche en su despacho. Ni huellas, ni móvil. Y los testigos han sido completamente inútiles. ¿Y sospechosos? Brynn no quiere ni pensar en sospechosos; además de los alumnos que estaban en los jardines, entre personal docente y estudiantes hay por lo menos trescientas personas que, en la cabeza de Brynn, también entran en esa categoría. Por no hablar de cualquiera que pudo haber entrado en el Liceo.

Desde donde está, observa la fotografía de Koem y tiene la impresión de que le devuelve la mirada. En la imagen se le ve más joven de lo que era, o quizá, se da cuenta Brynn, un cadáver siempre parece más viejo. Se acuerda de la última vez que habló con él. Koem envuelto de una aureola de rabia, gritándole que era un cobarde, un traidor...

El detective Brynn gruñe por lo bajo al recordar todo aquello justo en el momento que llaman a la puerta, por lo que termina gruñendo doblemente porque, antes de que pueda contestar o siquiera levantarse, el agente Cait ya ha entrado en su despacho.

—¿Otra vez aquí? ¿No tendría que estar en otra parte sorbiéndole el cerebro a alguien? —le espeta de mal humor.

—Buenas tardes a usted también, detective.

Cait no solo ha ignorado la frase y el tono con que la ha escupido Brynn, sino que después de colgar el abrigo y el sombrero del perchero que hay junto a la puerta, se ha acercado a la única ventana del despacho y la ha abierto de par en par. Luego, trazando un gesto circular con la mano, una corriente de Aire se lleva fuera el humo y deja un ambiente limpio y decididamente helado. Casi al mismo tiempo, Brynn se levanta y comienza a pasear por su

minúsculo despacho tratando con todas sus fuerzas de no crear un incidente diplomático entre departamentos de la Guardia.

—¿Qué quiere esta vez? Estoy un poco ocupado.

—Pasaba por aquí y he pensado en hacerle una visita.

—¿La quinta vez que viene a husmear en mi investigación y esta es la única excusa que se le ocurre? Pensé que ya tendría más práctica.

El agente Cait baja ligeramente la cabeza y aprieta los labios en una mueca similar a la sonrisa de un niño travieso.

—¿Graadz es todavía el sospechoso principal? —inquire entonces, sin preámbulos.

Mientras pasea por la minúscula habitación y se debate entre echarlo a patadas o responderle, Brynn es consciente de que Cait le está mirando.

—«Principal» es una definición muy generosa —responde al fin.

—«Único», entonces —rectifica Cait. Se acerca al tablón que hay en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho, se inclina para observar las fotografías. Arruga la nariz ante las imágenes de la escena del crimen y luego se vuelve hacia el otro extremo del tablón, donde está la fotografía de Kástor Graadz. Brynn espera con paciencia decreciente a que termine de leer las notas que hay colgadas al lado.

—¿Cree que es un crimen político?

—¿Qué?

Cait golpea la fotografía de Kástor con el dedo índice. Brynn no sabe por qué le dan rabia sus manos finas, de aristócrata.

—Graadz es sobrino de Reggar Archen y Reggar Archen es el portavoz del Partido Tradicionalista de Nylert. Lo ha apuntado usted aquí mismo. Y si no recuerdo mal hay unos cuantos mandamases del PT que se pasaron unos cuantos años en la cárcel de Aguasquietas gracias al profesor Koem. Entre

esto y el abuelo, que fue comandante de los Caballeros del Águila, Graadz tiene una familia encantadora.

Solo por el tono condescendiente de Cait al pronunciar esta última frase, a Brynn le rechinan los dientes. Esto es básico de primer curso en el Liceo, está a punto de replicarle. Se recoge toda la información y luego se descarta lo que no sirve. Que el tío de Graadz sea el portavoz del Partido Tradicionalista no significa necesariamente que el chico comparta sus ideas. Pero podría hacerlo. Por qué no.

—Si quiere saber qué pienso, tendrá que esperar a que salga el informe definitivo de la investigación, como todos —le espeta al fin. Ya se ha cansado. El agente Cait sigue mirándole con ese aire de superioridad que le pone enfermo y él tiene un crimen que resolver, así que se acerca hacia él con intenciones de echarlo no muy amablemente; pero el agente Cait da un rodeo a la mesa, casual, apartándose de su trayectoria.

—¿Y qué me dice de lo que estaba investigando Koem? —pregunta cogiendo el expediente que recoge las declaraciones tomadas a profesores y alumnos del Liceo la noche del asesinato.

Brynn frunce el ceño. Si algo le molesta más que Cait presentándose a hacer preguntas es que toque las pruebas del caso sin su permiso.

—Según dice aquí —continúa Cait que, si se ha dado cuenta de que Brynn está a un suspiro de montar en cólera, lo disimula muy bien—, sus compañeros en el cuerpo docente estaban convencidos de que iba detrás de algo. Antes de morir, Koem estuvo comportándose de una forma un tanto excéntrica. Pasaba horas encerrado en su despacho o en la biblioteca del Liceo y se quedaba en blanco en clase sin ninguna razón. Sinceramente, todo esto no me encaja con el profesor Koem que yo recuerdo del Liceo.

Claro, se da cuenta Brynn de repente. Por la edad que tiene, el agente Cait ya se formó en el Liceo de la Guardia, así que tuvo a Koem de profesor. Un

Koem que, como un faro de virtud, iluminaba a los estudiantes impresionables con sus diatribas sobre la Justicia y el Deber. Por supuesto que no encaja con la imagen que dan de él las declaraciones: la de un hombre consumido por la obsesión. Sin embargo, sí coincide con el Koem que conoció él, siempre a un paso de la furia vengativa.

—¿Sabe que Koem no se retiró de la Guardia? Lo echaron —responde Brynn. Hubo un momento en que la nueva República quiso lavarse las manos de sangre derramada y Koem, con su empeño de perseguir hasta el último de los responsables del régimen Imperial, resultaba un molesto recordatorio—. Así que por supuesto que investigaba. No sabía hacer otra cosa.

—Pero no cree que... —le corta Cait, insistiendo en hacer que Brynn pierda los nervios.

—No.

Que eso sea totalmente cierto. Por supuesto que Brynn ha tirado del hilo para saber qué se traía Koem entre manos, pero no ha conseguido descubrirlo. Aunque eso no va a decírselo al momento de Cait.

—Solo pretendo ayudar, detective. Ya sé que no me quiere aquí, no es necesario que me lo demuestre con tanto empeño.

Brynn se inclina para recoger el expediente con las declaraciones y se vuelve hacia las pistas colgadas sobre la pared.

—Trabajo mejor sin interrupciones —murmura por si Cait capta la indirecta y le deja tranquilo.

—Pues es una pena porque, entonces, no sé si va a gustarle lo que tengo que decirle. —Brynn puede oír al agente Cait detrás de él. Pasos lentos, tranquilos—. Verá, detective. Mis superiores han hablado con sus superiores y han decidido que, por el bien de la investigación, usted y yo... bueno. Espero que le alegre saber que para este caso usted y yo somos, oficialmente, compañeros.



—¿Patatas fritas? ¿A estas horas? Pero ¿no has cenado ya?

Una sonrisa maliciosa recorre los labios de Lórim y decide quedarse un rato.

—Es que las hacen tan buenas... —le replica a la señora Monett con voz melosa.

—Veré lo que puedo hacer —dice ella antes de darse la vuelta y entrar en la cocina.

La señora Monett es una de las encargadas de la cafetería del Liceo. Es una mujer entrada en años, de figura robusta y sonrisa fácil. Desprende una inconfundible aura maternal que la lleva a ser muy querida por todos los estudiantes y, a menudo, ponerles doble ración de comida porque son jóvenes y tienen que crecer. A pesar de que llevan poco más de un mes de curso, la señora Monett y el resto de las encargadas han desarrollado una predilección especial por Lórim porque siempre dice «sí, señora» y «gracias, señora» y tiene esa sonrisa de no haber roto nunca un plato, que sospechan que pone solo para ellas. Lórim lo sabe. Y sus amigos también. Por eso esta noche le han encargado ir a buscar patatas aunque sean casi las diez, la cocina esté a punto de cerrar y el Blyd haya perdido el partido de balón prisionero.

Lórim espera apoyado en el mostrador de la cafetería, Sonrisa de No Haber Roto Un Plato en ristre, hasta que la señora Monett sale de la cocina con una ración grande de patatas fritas.

—Muchas gracias, señora Monett. —Lórim le guiña un ojo, espera a que la mujer se vaya y se dirige a la salida.

Aunque a estas horas está prácticamente desocupada, la cafetería aún mantiene su aire acogedor, como si a fuerza de alimentar estudiantes durante años, las mesas largas y las paredes cubiertas de azulejos esmaltados con motivos geométricos hubieran adquirido cierta pátina hogareña. Solo quedan un grupo de alumnos de último curso y varios estudiantes que todavía llevan puesta la ropa de entrenamiento.

Algo parecido a lo que sucede con la cafetería le ha ocurrido al Liceo desde el asesinato de Koem hace una semana; todos se están empeñando tanto en recuperar la rutina que a Lórim hasta le parece que la noche de las campanas y las horas posteriores en la Casa de la Guardia solo han sido un mal sueño.

Pero no lo fueron. Aunque estudiantes y profesores se esfuercen por no tocar el tema, aunque él mismo prefiera ni mencionarlo, a Lórim no se le olvida que un detective le hizo muchas preguntas, que le tuvieron encerrado durante horas y que, no sabe cómo, logró salir del embrollo.

En ese momento, Lórim se descubre cambiando de rumbo de una forma que a él le parece disimulada. Porque en la cafetería también está Denna Blyzster. Denna Blyzster sentada en un rincón, concentrada en un libro que apoya sobre la mesa. El día del interrogatorio, mientras regresaban al Liceo en metropolitano, él y Denna apenas hablaron. Lórim se habría conformado con una charla sobre cosas poco importantes: el Liceo, el tiempo o el paisaje; pero ella se mantuvo todo el trayecto en silencio, con las manos firmemente apoyadas sobre las rodillas y la espalda recta contra su asiento. Pero cuando llegaron a la bifurcación de las residencias en el Liceo, Denna le dio las buenas noches. Tiene una voz muy suave. Hasta aquella tarde, nunca se había detenido para escucharla, pero ya imaginaba que ella tendría una voz así.

Se acerca a la mesa donde está, se detiene, retrocede y se sienta con dos sillas de distancia entre ellos por si acaso. Y también se come una patata porque, así, al menos, aparenta hacer algo más que observarla. Tiene la vaga idea de que Kózel y Nero le esperan en los jardines, pero el pensamiento se le va de la cabeza tan rápido como ha llegado.

A la tercera patata que Lórim se lleva a la boca, Denna se levanta y va a sentarse frente a él.

—Estaba muy nerviosa.

Lórim está a punto de contestar, pero tiene la boca llena. Nunca antes le había importado hablar con la boca llena pero descubre que hacerlo delante de Denna, sí.

—Me refiero al interrogatorio —se apresura a continuar ella. Tiene los codos apoyados en la mesa y cuando se vuelve hacia Lórim el flequillo le tapa un poco los ojos—. Por eso... es que me sabe mal. No haber hablado mucho, quiero decir. Que ya me he dado cuenta de que parezco un poco seca pero, no. Es que estaba muy nerviosa...

Denna levanta la mirada muy lentamente hacia Lórim y se le escapa una risilla avergonzada.

—Yo también estaba muy nervioso.

—¿De verdad?

—No. —Lórim, incapaz de mantener su expresión seria más de dos segundos, perpetra una mueca tan exageradamente inocente que en realidad resulta todo lo contrario—. No tenía nada que ocultar. ¿Has oído hablar de ese tipo de gente que no ha roto nunca un plato? Yo soy de esos. ¿Y tú?

Omite deliberadamente que la noche del asesinato de Koem acababa de llegar al Liceo después de casi pelearse con un grupo de monárquicos. No sabe si Denna lo aprobaría. Que a Lórim, en general, la aprobación de la gente le importa tanto como si nieva en Klachnodar (es decir, nada; menos

que nada; nada menos un millón), pero en este caso, viendo que está sentado con Denna y que además mantienen una conversación más o menos amigable, se contiene.

—Yo solo paseaba. Hacía una noche muy bonita...

El diario de Lórim entonces tintinea desde el bolsillo de su pantalón. Denna asiente, dándole permiso para sacarlo; pero Lórim niega con la cabeza, se inclina hacia delante y continúa la conversación como si el diario no existiera.

—Pero ¿paseabas de forma sospechosa? —Lórim apoya las manos sobre la mesa como ha visto hacer a muchos detectives en el orbe mientras interrogan a un criminal. En la Casa de la Guardia, el detective Brynn, al interrogarlo, no hizo nada parecido, pero no le importa—. ¿Paseabas con segundas intenciones? —Hace una pausa, bajando la voz—. ¿Intenciones homicidas?

Por cómo se inclina hacia atrás, Lórim está seguro de que Denna va a reírse, pero entonces casi a media carcajada, ella baja la cabeza y le mira seriamente.

—No deberías bromear con eso, Lórim.

Lórim ya sabe que no debería bromear con el asesinato de un profesor porque, en cuanto lo recuerda, todavía se le hace un nudo en el estómago; pero a él le ocurre lo contrario que a Denna, que cuanto más nervioso se pone, más tonterías dice. Se da una palmada en la sien que deberá bastar como disculpa, y durante un buen rato él y Denna se concentran en el plato de patatas fritas y en evitar cuidadosamente la mirada del otro. Su diario tintinea insistentemente mientras tanto, Denna vuelve a asentir y Lórim, finalmente, lo saca del bolsillo mientras resopla.

Kózel Hokulea dice:

¿Lórim? ¿Te han dado ya las patatas fritas? Hace más de media hora que te has ido a por ellas. ☹️

—¿Es importante? —pregunta Denna haciendo un mohín—. Si tienes que irte...

Lórim sacude la cabeza, guarda el diario tan rápido como puede y se come la última patata mientras pregunta:

—¿Cómo es que estudias en la cafetería?

—En la biblioteca no puedo pensar. Hay demasiado ruido. —Denna se limpia cuidadosamente los dedos con una servilleta y los hace tamborilear sobre la mesa—. Así cuando lleguen los exámenes parciales estaré preparada. Ya sabes.

—Ah, pero ¿para los parciales hay que estudiar?

—También puedes suspender. —Las facciones de Denna, suaves y delicadas, se dotan de una pizca de picardía.

El diario de Lórim, entonces, vuelve a tintinear pero él se da un golpecito en el pantalón mientras esa sonrisa casi perenne que lleva en la cara se ensancha.

—Queda mucho para los parciales.

—Queda poco más de un mes —le corrige ella.

—Un mes son treinta días —replica Lórim. Le gusta más contarlos así, en fracciones pequeñas; en minutos, horas, días. De esta forma tiene la sensación de disponer de todo el tiempo del mundo—. Se puede hacer mucho en treinta días...

—Tampoco tengo nada mejor que hacer. No... no conozco a mucha gente.

—Claro, porque si estás todo el día estudiando no puedes conocer a nadie —replica Lórim con tono juguetón hasta que se fija en que hay algo forzado

en la expresión de Denna; una arruguita en la comisura de los labios, un leve temblor en la voz... y entonces ella baja la cabeza. No es un gesto especialmente triste, ni avergonzado, aunque tiene un poco de todo eso. Para Lórim el género femenino todavía es un gran misterio pero sospecha que ha dicho algo fuera de lugar.

Tarda un poco en darse cuenta. Recuerda todas las veces que ha coincidido con Denna por el Liceo; en clase, cuando ella se pasa la hora tomando apuntes, o por los pasillos, seria y con sus libros ferozmente aferrados contra el pecho. Sola. Es eso, siempre la ha visto sola.

—A principios de curso... —comienza a decir Denna—. Ya te lo he contado antes. Cuando me pongo nerviosa me cierro, y... y yo sé que la primera impresión que doy es... no sé. Me gusta más escuchar que hablar. Y ahora... supongo que ahora es difícil arreglarlo pero no pasa nada.

Denna trata de suavizar su gesto, encoge los hombros y se aparta delicadamente el flequillo de la frente antes de mirar a Lórim con una sonrisa que parece una disculpa.

—¡No! —Lórim da un brinco en la silla como si acabaran de pincharle el trasero con un alfiler y golpea la mesa con ambas manos—. No, no, no. Ese no es el espíritu, Denna. Mírame a mí —exclama, señalándose a sí mismo—. Cuando puse los pies en el Liceo, Denna, *cuando puse los pies* ya decidí que quería conocer a todo el mundo. Claro que yo soy inteligente. Y divertidísimo, y arrebatadoramente atractivo —añade, en voz más baja—. Pero todo se puede arreglar. Yo te ayudo.

—Lórim... —Denna todavía no sabe si reír o alarmarse cuando Lórim se pone en pie, hace un gesto para que se quede donde está y se marcha corriendo.

Regresa al poco tiempo. Ha vuelto a convencer a la señora Monett y lleva

un plato de patatas recién hechas entre las manos que sostiene, orgulloso y solemne, frente a Denna.

—¡Hola! Soy Lórim Hérshel. Aire. He sabido que todavía no conoces a mucha gente en el Liceo, así que antes de que alguien se me adelante, me presento yo. ¿Sabías que en Kesse es tradicional regalar comida como señal de amistad?

—Eso te lo acabas de inventar, Lórim —empieza Denna; pero él levanta las cejas y hace un leve movimiento con el platito de patatas hacia ella. Lórim sabe que se lo está inventando pero esa no es la cuestión. La cuestión es que quiere ser amigo de Denna.

Ella, al final, oculta una carcajada tras los dedos y, con cuidado, toma una de las patatas del plato.

—Yo soy Denna, Agua. Es un placer conocerte.

A Lórim se le curva la comisura de los labios mientras ignora por centésima vez el tintineo de su diario. Que él recuerde, desde que llegó al Liceo, ha esbozado muchas sonrisas radiantes; pero esta va a batir un récord.

Miércoles, 13 de noviembre.

Clase de Vínculo Aplicado, 12.08 de la mañana



Después de una mañana de asignaturas teóricas, la clase de la profesora Dhelk es de las más esperadas por los estudiantes de primero. En Vínculo Aplicado aprenden a poner en práctica toda la teoría con la que les castiga Nedia Vorak en Fundamentos. La profesora Dhelk habla con una voz siempre cercana al susurro y suele impartir sus clases en los jardines, de modo que pueden estirar las piernas y escapar de las cuatro paredes y del silencio del aula. Para la clase de hoy, se los ha llevado al lago que ocupa una buena porción al oeste de los terrenos del campus y no a la orilla, sino que los ha metido dentro. A Lórim estar así, al aire libre con las perneras del pantalón arremangadas y el agua hasta los tobillos, le hace extremadamente feliz y, por

la sonrisa que tiene desde que han llegado, a Nero también. Kózel, en cambio, tiritita de frío y hace un rato ha asegurado que los pies se le estaban poniendo azules. Exagerado.

—Primero Agua, explica la profesora. —Después del director Nayer, Dhelk es la docente de mayor edad del Liceo, aunque su cara sin apenas arrugas y la elasticidad con la que se inclina hacia la superficie del lago hacen difícil adivinar cuántos años tiene exactamente—. En un ambiente seco tendrían que acumular la humedad a su alrededor, pero nuestro amigo el lago nos va a facilitar las cosas. Con cuidado, así. —Cuando la profesora Dhelk se yergue, una perla de Agua que brilla plateada al sol queda suspendida entre sus dedos rechonchos—. Entonces, eliminamos el calor. Poco a poco. A los que sean Fuego, esta parte del ejercicio les será más fácil. Inténtenlo, por favor.

Los alumnos de primero extienden las manos a la vez. Hasta ahí bien, esferas de Agua de tamaños diversos se desprenden de la superficie del lago. «Y, ahora, a enfriar», se dice Lórim concentrado. Solo tiene que buscar el elemento, el calor, y dirigirlo desde el Agua hacia el exterior, hasta que el Agua se congele. Nero, que está a su lado, roza su esfera con la punta de los dedos y esta, casi inmediatamente, se convierte en un cubo de hielo perfecto.

—Fíjense en la señorita Cailíe —señala de inmediato la profesora Dhelk, acercándose. Cuando camina, sus pies apenas producen salpicaduras—. Un cubo perfecto. ¿Me permite? —le pregunta a Nero, aunque toma el cubo de hielo de entre sus dedos igualmente y se lo muestra a los demás—. Aprovechense de que el Agua, al congelarse, forma cristales de manera natural. No tienen que forzarla, sino respetar su esencia. Luego, tendrán que Vincular Escudo uniformemente por toda la superficie y finalmente...

Justo en ese momento la profesora Dhelk hace una pausa dramática,

extiende la mano y el bloque de hielo de Nero estalla en violentas llamaradas, pero no se derrite.

—Si alguien lo necesita puede acercarse a ver el cubo de cerca —dice la profesora con una inflexión en la voz que indica que, por desgracia para ellos, lo necesitarán—. Recuerden que esta prueba supone el treinta por ciento de la nota del curso.

De tanta prisa que tienen todos por ver el dichoso cubo, acaban mojados hasta las cejas por culpa de las salpicaduras.

—¿Por qué un cubo exactamente? —susurra Lórim en cuanto la profesora Dhelk les manda practicar un poco más—. Si tenemos que hacer un ejercicio práctico del que dependa la nota del curso me imaginaba algo más...

—¿Más qué? —le corta Nero que, sin aparente esfuerzo, crea otro cubo perfectísimo. Mientras tanto, la profesora Dhelk pasea entre la gente y de vez en cuando reparte asentimientos de ánimo y críticas constructivas.

—Más útil.

—Yo creo que es útil —afirma Kózel—. Es decir. Escudo ya es difícil de por sí, pero a la vez hay que vincular dos elementos completamente opuestos y encima... —añade con un suspiro—. Encima el cubo tiene que ser perfecto. Dhelk es muy amable, pero baja puntos si las aristas están redondeadas o una cara es más pequeña que las otras, que me lo ha contado Vann. Es un ejercicio para trabajar el equilibrio y la precisión. Antepasados benditos, qué frío —insiste, por enésima vez.

—Claro. —Lórim hace una mueca de burla. Kózel se la merece por hablar como un empollón a veces—. Porque en un futuro podremos impresionar a los criminales con nuestro excelente dominio del Vínculo y de la geometría. —Levanta las cejas ante su propio ingenio y ve satisfecho que Nero baja la cabeza en una carcajada silenciosa. Aunque luego se detiene abruptamente y

mira al frente. Mira, en realidad, hacia la profesora Dhelk, que ha dejado de hablar y les observa.

—¿Necesitan que les eche una mano, señor Hérshel? ¿Hokulea?

Rayos. Lórim busca, entre su repertorio de sonrisas, la que suele usar con los profesores: una de bromista irremediable pero que delata un buen corazón.

—Nero nos está explicando cómo hacer el cubo, profesora.

Al instante, la expresión de la mujer se vuelve todavía más plácida.

—Es una idea interesante —reconoce. Al mismo tiempo, Kózel mira a Lórim con asombro, seguramente por el morro que le ha echado al mentirle a la pobre profesora Dhelk, pero esta sigue hablando, satisfecha—. ¿Por qué no trabajan por parejas? Aquellos que sean Agua, o que estén acostumbrados a Vincular la Familia, con aquellos que tengan más dificultad. Será muy edificante. Si veo que el sistema funciona y se esfuerzan, incluso podrían hacer el examen con esa misma pareja. —Dhelk da un par de palmadas suaves para animarles—. Vamos, vamos. No pierdan tiempo.

Lórim no necesita que se lo diga dos veces. Se mueve tan rápido que incluso algunos de sus compañeros se apartan porque en sus ansias lo está salpicando todo. Porque si hay que ponerse por parejas él obedece, faltaría más, y le parece que ya sabe quién será la afortunada que podrá practicar el ejercicio con él. El día anterior le dijo que la ayudaría a hacer amigos y, que él sepa, ahora mismo en clase él es el mejor amigo que puede encontrar.

—¿Me permite ser su compañero para el terrible proyecto del cubo, señorita Blyzster? —le pregunta a Denna con una complicada reverencia, tan profunda que por poco no mete la cabeza dentro del agua.

Ella baja la cabeza, tiene mejillas sonrojadas pero está sonriendo, así que a Lórim deja de importarle lo más mínimo que Kózel y Nero cuchicheen a su espalda. Seguramente es que se están muriendo de envidia.

Ya tenía razón la profesora en advertirles que se fijaran bien en el ejercicio, ya. Porque está a punto de terminarse la clase y Denna y Lórim no solo están completamente empapados, sino que han conseguido tres bloques de hielo que solo se considerarían cúbicos en el sentido más generoso de la palabra. Peor aún, al prenderles fuego, los bloques se han convertido rápidamente en agua otra vez.

Podría ser peor, eso sí. Cuando ha intentado prender su cubo Tanet Nathrem, que además de alto y pecoso da la casualidad de ser también Fuego, este ha explotado.

A pesar de todo, Denna no se ha rendido. Al contrario: al inicio de su cuarto intento con el cubo maldito tiene una expresión tan concentrada mientras le explica en qué han fallado, tanta seriedad, que Lórim no se atreve a distraerla con un chiste que se le ha muerto en la punta de la lengua. Y eso, incluso Lórim se percata, es excepcional; pero más excepcional es la forma en que a Denna se le curvan los labios hacia arriba cuando habla. Y las levísimas líneas de concentración que le han aparecido alrededor de los ojos, que no vería si no estuviera tan cerca, y el mechón de cabello mojado que se le pega continuamente a la mejilla y...

—¿Lórim? ¿Te parece que lo intentemos así o no?

La consciencia de Lórim regresa a la Tierra de un plumazo y él exclama «¡Claro!» con la esperanza de haber acertado. Denna entonces levanta las cejas. Está esperando algo y Lórim se da cuenta de que es *a él*.

De pronto siente un escalofrío como si una descarga de Rayo lo hubiera partido por la mitad. Cree que Denna le ha propuesto que comenzara él a formar el cubo de Agua pero no puede; piensa en hielo y lo único que siente en el pecho es un calor en creciente expansión. Cierra los ojos para

concentrarse pero no sabe si es por los nervios o porque Denna, detrás de él, observándole por encima del hombro, le hace cosquillas en el cuello con su aliento cálido, pero cuando deja fluir el Vínculo a través de sus dedos lo que le sale es una repentina llamarada.

—¡Lórim! —Aunque Denna no está enfadada, sino que tiene un brillo travieso en la mirada—. Vamos, concéntrate, bobo, que esto es importante.

Entonces toma las manos de Lórim entre las suyas, unas manos finas, de dedos largos. Lórim no puede evitar fijarse en esos detalles así como tampoco puede evitar que le recorra la espalda otro escalofrío al sentir el tacto de ella sobre su piel. No sabe qué le está pasando.

—¿No te acuerdas de cuando las gotas de lluvia se juntan las unas con las otras cuando caen sobre un cristal? El Agua llama al Agua, así. —Desde la superficie del lago una miríada de gotitas se eleva hacia los dedos de Denna. Lórim está a punto de decirle que esto lo sabe hacer perfectamente, pero se muerde la lengua. Primero porque, aunque concentrar el Agua sea fácil, no está seguro de ser capaz en este momento. Segundo, porque cuanto peor lo hace él, más atención le dedica Denna—. No tienes que forzar el Agua para que mantenga la forma, solo deja que siga su naturaleza. Cierra los ojos, visualízalo en tu cabeza, ahora la enfrías y, como ha dicho Dhelk, su cristalización hará el resto, el cubito se genera de manera natural. Es como Vincular Fuego, que ya hemos visto que se te da bien, solo que al revés. Así. Mira.

Denna cierra los ojos y Lórim la mira, vaya si la mira. Mira cómo toma aire y lo retiene apretando unos labios rojizos y tan perfectamente perfilados que Lórim siempre se pregunta si lleva pintalabios. Y mira embelesado que ella entorna los ojos bordeados por sus larguísimas pestañas y se pregunta cómo sería estar más cerca de su cara para que le cosquillearan al parpadear.

Entonces, se levanta una corriente y Denna libera el aire que tenía atrapado en los pulmones.

En ese momento, sobre las manos de Lórim hay un cubito de hielo con sus aristas perfectamente afiladas.

—¡Por fin! Es mucho más pequeño que el de Dhelk, pero ya es algo... ¿Lo pruebas tú ahora?

Y Lórim estaría encantado de probarlo, de veras; pero es como si el lago y los jardines hubieran desaparecido y lo único sólido que quedara en el mundo fuese Denna. El corazón le late tan fuerte que, por una fracción de segundo, Lórim teme que ella lo esté escuchando. Pero hay algo más, es el modo en que también lo mira ella, como si fuera la primera vez, como si ella misma se estuviera fijando en cada detalle de su cara y se detuviera el tiempo. Lórim entreabre la boca cuando los ojos de Denna, casi imperceptiblemente, se mueven para mirarlo.

Una exclamación de sorpresa que proviene de su izquierda le hace volver la cabeza pero esa mezcla de frío y calor que siente en la boca del estómago se niega a desaparecer.

—¿Quiénes son esos? —Khari Bayler, Rayo, que siempre ríe por lo bajo con las bromas de Lórim, está mirando hacia la orilla más alejada del lago. Cerca de allí está el edificio de Administración y, aparcado junto a los pórticos, un cuadríciclo de carrocería negra. Del edificio sale un grupo de personas vestidas con elegantes trajes y abrigos oscuros. Cada una lleva en brazos una caja de cartón de aspecto pesado. Con ellas también está la profesora Nedia Vorak. Nadie escucha lo que dice pero parece estar dando instrucciones.

—Será la Guardia, ¿no? —comenta Syama Vhindiya, a su lado.

—No, hombre, no —le replica Khari—. ¿No ves que no llevan uniforme?

—Pues será alguien del gobierno —dice Lluvín a su derecha.

—¿Y qué pinta el gobierno aquí, en el Liceo? Y con Nedra... —añade Tanet Nathrem como fingiendo un escalofrío cuando todos ven en la distancia cómo Nedra hace aspavientos para que coloquen con cuidado las cajas en la parte de atrás del cuadríciclo.

—Esperemos que no haya habido otro asesinato...

Lórim pretendía que el comentario le saliera gracioso pero inmediatamente la boca se le llena de un sabor amargo, como si se hubiera mordido la lengua. No ayuda que unos cuantos de sus compañeros se hayan vuelto hacia él y que Denna, que está a su lado, le haya dado un golpecito amonestador en el hombro.

Viernes, 15 de noviembre.

Liceo de la Guardia. Jardines, 10.30 de la noche



Sabe que no debería. Después de lo que ocurrió la noche que murió Koem, Kástor podría buscarse problemas si sale a los jardines o, por lo menos, generar rumores, miradas. Pero lo hace de todas formas, buscando una tranquilidad que no existe en el campus durante el día. Cuando sale a los jardines por la noche, Kástor siempre elige el mismo lugar junto al lago. Es una zona alejada de las residencias y casi nadie se toma el trabajo de caminar hasta allí. Hay césped y se ven las estrellas.

Levanta el lápiz y mordisquea la punta de madera. Resopla. Nota el aire caliente a través de la nariz y traza una línea temblorosa. No sabe qué le ocurre hoy. Trata de dibujar la residencia como la ha visto esta tarde. La luz

del atardecer incidía directamente sobre las escaleras y creaba un contraste de luces y sombras que le ha quedado grabado en el cerebro. Está tratando de reproducirlas pero cada vez que comienza a perfilar esas sombras el pulso le tiembla y le parece ver, entre los trazos gruesos del lápiz, una silueta.

La respiración se le corta en el momento en que reconoce a Sammler esperándole al pie de las escaleras, igual que la noche que murió el profesor Koem. Es eso. La forma que lleva colándose toda la noche en sus dibujos como un mal sueño.

Arranca la hoja. Todavía la tiene en la mano cuando de los dedos se le escapa una llamarada que calcina el dibujo al instante.

—*R'spira* —se dice. Todavía con las cenizas del dibujo revoloteando a su alrededor, un aire caliente que huele a humo se le pega a los pulmones—. *R'spira*.

Aún es temprano y le quedan hojas en el cuaderno. Sabe que si vuelve ahora al dormitorio, lo único que hará será agobiarse y no quiere molestar a Enzo; así que comienza a dibujar de nuevo. Intenta centrarse mientras añade un par de trazos a lo que, en breve, se convertirá en el dibujo de un caballo; pero frunce el ceño. Para el espectador ocasional, el trabajo de Kástor resultaría excelente pero él gruñe por lo bajo, arranca la página del cuaderno, hace una bola con ella y la tira en dirección a los árboles.

Un poco más lejos, alguien recoge cuidadosamente del suelo el dibujo desechado y avanza.

Kástor observa por unos instantes un nuevo folio en blanco; después, el lago, que está tan tranquilo que la luna llena reflejada en él es un disco perfecto. La mano vuela sobre el cuaderno y poco a poco el paisaje que tiene delante se plasma sobre la hoja en blanco. Kástor se concentra por fin de lleno en su tarea, aislado en su propio mundo poblado de líneas de grafito y puntos de fuga.

—¿Puedes moverlo un poco hacia la derecha? No lo veo bien desde aquí.

Como animado por un resorte Kástor obedece; pero cuando ya tiene el dibujo inclinado hacia la derecha su cerebro le comunica que no es él quien ha dado la orden y eso debe implicar forzosamente que no está solo.

De inmediato da un respingo y suelta el cuaderno al tiempo que las manos se le cubren de llamaradas verdeazuladas. A la luz tenue del Fuego, Kástor se encuentra con una chica morena de pelo enredado y largo que le mira fijamente, sin inmutarse: Nero, la chica que se enfrentó a Sammler, y que luego apareció en los archivos y le dio un susto de muerte, como ahora.

Todavía con las manos en llamas, busca algo que decir y acaba por salirle la única palabra que Kástor acostumbra a dedicar a los desconocidos:

—*Lrgo.*

En este momento una persona sensata desaparecería rápida y discretamente. Kástor sabe por experiencia que cuando convoca Fuego la gente suele encontrar otras cosas que hacer muy lejos de donde está él; pero la chica arruga la nariz y se acerca un poco más.

—¿Largo? No, yo creo que está bien así. Bueno, nunca he sabido dibujar, mi padre me trajo una vez unas pinturas pero se congelaron antes de poder estrenarlas... —Nero levanta la mirada hacia el cielo, pensativa, pero luego se sienta con las piernas cruzadas al lado de Kástor y procede a desarrugar una bola de papel que él identifica como la que ha tirado hace unos instantes. A medida que la chica alisa la lámina sobre las rodillas, una sonrisa le ilumina la cara—. Este lo he encontrado por ahí. ¿Puedo quedármelo?

—No —responde él, seco. Visto que la chica no es una amenaza, disuelve las llamas y agarra de nuevo su cuaderno, que aprieta contra el pecho—. *Nostá* terminado.

—¿Y? —Nero, sin mirarle, acaricia la superficie del papel—. A mí me gusta. Está un poco arrugado pero no pasa nada. Mi abuelo también estaba

arrugado y no por eso lo tiramos. —Kástor frunce mínimamente el entrecejo, sin comprender nada—. Antes en Urnabaun los viejos se iban a la montaña en invierno para no ser una carga; pero ahora ya no. ¿Por qué no te gusta?

—Ha salido mal —contesta—. Tíralo.

«Tíralo.»

Parece que esta única palabra, tres sílabas de nada, se convierte en la ofensa más grande del mundo.

—Pero por qu... ¿Siempre haces eso? —Los dedos de Nero tamborilean sobre la hoja de papel arrugado y frunce el ceño. Nero baja la mirada a los pies de Kástor y descubre un cementerio de papel y ceniza—: ¡SIEMPRE HACES ESO! Todos los dibujos que empiezas tienen un ochenta por ciento de probabilidad de acabar... ¡Eres un... un... terrorista del arte!

—Son míos. Mis *d'bujos*. Arte, no. Míos —musita acobardado.

—Pero si no lo quieres, ¿qué más te da dárselo a alguien a quien le guste? Aquí tirado lo echarían a la basura. Y luego lo reciclarían para hacer periódicos de esos sobre gente famosa que se casa y se separa de otra gente famosa. Y esos periódicos terminan, no sé, en el suelo de la cocina de alguien. No es un buen final para un dibujo tan bonito.

Kástor niega con la cabeza, porque era solo un esbozo a medias. Los dibujos que le gustan no los arranca del cuaderno; pero no va a decírselo porque entonces ella querría verlos y a él le daría un patatús. Retrocede un poco más, manchándose los pantalones de verdín, y al final cede. Lo que sea con tal de que la chica se vaya.

—Vale. *Pués* quedártelo.

Kástor entonces se pone en pie. En un momento de debilidad mira a Nero y se encuentra no solo con que la chica no se ha movido del sitio, sino también con un par de ojos llenos de ilusión. Eso, junto a todo lo que ha ocurrido

estos días con Sammler, y las amenazas, y el interrogatorio, y el asesinato del profesor Koem es más de lo que puede procesar.

Kástor huye a toda prisa con el corazón latiéndole fuertemente en las sienes y el pecho a punto de estallar.



Por su parte, Nero se queda un poco más en los jardines. Tiene la hoja de papel entre las manos pero todavía siente ese desasosiego en la boca del estómago, como un vacío que no se acaba de llenar; el dibujo, aunque sea bonito, no es lo que Kástor tiene que darle. Por mucho que intenta calcularlo, aún no sabe de qué se trata, así que al final se levanta y se dirige tranquilamente a la residencia femenina.

—Me iba un rato a la sala de recreo —la saluda Wen en cuanto cruza la puerta—. ¿Te apuntas? Creo que quedan sofás libres, y eso es algo que no se ve todos los días. Como mañana no tenemos que madrugar, pienso pelearme con quien haga falta para ver una cinematografía en vez de las reposiciones de *Pasión de Fuego*.

—Si te esperas dos minutos, quedará libre el que está junto al orbe — responde Nero, con esa seguridad suya que desarma. Va directamente hacia la cama, se arrodilla sobre el colchón y con sumo cuidado coloca la hoja de papel sobre el cabecero—. ¿Me prestas una chincheta? Se me han acabado.

—¿Qué tienes ahí? —Wen ya estaba en la puerta, pero regresa rápidamente impulsada por la curiosidad.

—¿Verdad que es bonito? Me lo ha regalado Kástor.

Nero se vuelve sorprendida cuando Wen deja escapar una exclamación.

—¿Te lo ha dado Graadz? ¿Kástor Graadz?

—Sí.

—¿Voluntariamente? —añade Wen con cautela. Nero asiente embelesada con la vista fija en el dibujo—. ¿En serio?

Nero asiente por segunda vez, esperando esa chincheta que no llega.

—Es muy lindo.

—Estás hablando del dibujo, ¿verdad?

—Oh. —Nero, con el rostro convertido en el vivo reflejo de la felicidad, se vuelve de nuevo hacia Wen—. Sí. El dibujo, también.



Al mismo tiempo, Enzo avanza por el pasillo de la residencia masculina a un ritmo ligeramente más rápido del habitual y saluda a los pocos que se cruzan con él con menos efusividad de la acostumbrada. Al ser viernes, mucha gente se va a sus casas a pasar el fin de semana. Él iba a hacer lo mismo, pero después de la cena se ha ido a entrenar y ha perdido la noción del tiempo, así que ha desistido y ahora va hacia su habitación para ver si encuentra a Kástor. No le ha visto desde que han terminado las clases y es más que evidente que su amigo pasa por una mala temporada.

Casi al trote recorre los últimos metros, aunque justo antes de llegar a su

cuarto se detiene y respira hondo. Se ve luz en el interior a través de las rendijas en la puerta y eso significa que Kástor está dentro.

—Hola, fie... —comienza a decir nada más poner un pie en el dormitorio.

Kástor, con un cuaderno apoyado sobre las rodillas cruzadas, dibuja en el suelo. A Enzo se le muere el saludo en la punta de la lengua porque no quiere estorbarle. Kástor está últimamente más huraño de lo habitual y Enzo sabe que el dibujo es su vía de escape, una manera de olvidar las cosas que le preocupan. Además, Kástor no suele dibujar en el cuarto e intuye que, si está ahora aquí, será por algo. Se sienta sobre su cama intentando no hacer ruido pero entonces los muelles de la cama crujen y Kástor levanta la cabeza bruscamente. Enzo abre la boca para disculparse pero su compañero levanta una mano.

—Chiss. *No't* muevas.

Entonces arranca descuidadamente la hoja del cuaderno que tenía a medias y empieza a dibujarlo *a él*. Enzo, sin cuestionar nada, se queda quieto; la espalda tesa, las piernas al borde del calambre y el ritmo cardíaco acelerado solo por la forma en que lo mira.

Transcurre lo que parece una eternidad hasta que Kástor suspira audiblemente, suelta el lápiz y deja caer su cuaderno al suelo. Los ojos de Enzo se encuentran con los de su propio retrato y se le encoge el corazón. En los dibujos de Kástor siempre se ve mejor; más alto, más fuerte, más guapo de lo que realmente es, como si los trazos sobre el papel pudieran sacarle una luz de dentro que no se ve a simple vista. Le hace sentir... especial. Recoge el cuaderno del suelo y acaricia la superficie rugosa del papel con cuidado de no emborronarlo.

—Kástor, es precioso. —Enzo levanta la vista y sin soltar su retrato añade —: Todavía no entiendo cómo eres capaz de dibujar cosas así.

Enzo no sabe si es lo que ha dicho, si ya estaba así antes de que él llegara o

es otra cosa; pero Kástor suelta un gemido angustiado y se cubre la cara.

—Eh, fiero —susurra Enzo. Intenta sonar tranquilizador aunque él mismo perciba la tensión en su propia voz—. Eh, eh. Tranquilo. No pasa nada, ¿me oyes? Kástor, mírame.

Cuando Kástor lo mira con ojos aterrorizados, a Enzo se le cae el mundo encima. Todavía más cuando Kástor reptar por el suelo y se abraza a él. Enzo abraza a Kástor todo el tiempo que necesita hasta que su respiración vuelve a la normalidad y el cuerpo deja de temblarle. Entonces Kástor parpadea y se estremece como si acabara de despertar, pero ahora es Enzo quien siente cómo le tiembla cada fibra de la piel.

Lunes, 18 de noviembre.

Clase de Fundamentos del Vínculo. 9.25 de la mañana



Es un lunes ventoso y nublado pero incluso aunque hiciera sol, la parte teórica de Fundamentos los lunes a primera hora de la mañana siempre será una tortura. La profesora Nedia Vorak agita la mano en el aire y de sus dedos escapan diagramas, fórmulas, gráficas y funciones de Ilusión que se distribuyen alrededor del aula mientras ella habla muy rápido sobre un asunto relacionado con unos apuntes acerca de algo indefinido que va a repartir al final de la clase.

Kózel tiene la barbilla apoyada sobre la palma de la mano y mira de reojo a Nero, que se sienta a su derecha. La chica observa unas motas de polvo que revolotean a su alrededor pero que no llegan a caer al suelo.

Kózel fija la vista en las mismas motas de polvo. Parpadea. Como ya ha perdido el hilo de lo que está explicando Nedia, se concentra un poco y sobre el pupitre de Nero aparece escrito en letras brillantes:

ES COMO SI ESTAS MOTAS TUVIERAN VIDA PROPIA.

Nero mira de reojo las letras que brillan en el pupitre y al leer lo que dicen abre mucho los ojos. Se vuelve hacia Kózel, sonrío y asiente mientras susurra:

—Estaba pensando lo mismo. En vez de Ilusión no serás Aura, ¿verdad?

Kózel niega con la cabeza y suelta una risita. Entonces nota un movimiento a su izquierda y se vuelve a tiempo de ver cómo Lórim se inclina en su dirección.

—¿Sois Aura? —susurra.

—Yo, no —dice Nero en un tono más alto del que debería—; pero igual Kózel sí porque sabía exactamente lo que estaba pensando. —Le hace un gesto a Kózel para que se incline hacia ella—. ¿Lo eres? ¿Aura?

Kózel menea la cabeza otra vez, con expresión horrorizada.

—No. Solo Ilusión. Ilusión y punto. —Baja la voz y hace un gesto a sus compañeros para que hagan lo mismo—. No creo que me hiciera gracia ser Aura y pasarme el día escuchando las cosas raras que piensa la gente. Es que entre Nedia y las motas, me quedo con las motas.

Casi como si en efecto tuvieran vida propia y los escucharan, las motas de polvo revolotean por encima de ellos. Los tres siguen su movimiento con la cabeza al unísono, como hipnotizados.

—Pero ¿conocéis a alguien de Aura? —pregunta Lórim al cabo de un rato.

Kózel se vuelve levemente hacia Lórim, pero él ya no mira las motas sino

a Denna, que siempre toma apuntes como si el mundo se fuera a acabar. Es la cuarta vez que lo hace desde que comenzó la clase.

—No, claro. Ya no hay, ¿verdad? ¿Tú conoces alguno? —responde cuando Lórim vuelve a girar en su dirección.

—Los que quedan se esconden —murmura Nero—. Como parecen gente... Bueno, son gente. Pero no dicen por ahí que son Aura, por eso preguntaba. Igual eras un Aura sincero y decías que sí.

—O a lo mejor lo eres tú y te hemos descubierto... —Lórim saca la lengua y apoya la cabeza en el pupitre, desesperado por el tostón de clase—. Como Nedra sea Aura, tenemos un problema.

—No creo —musita Kózel. Nedra Vorak parece dominar todas y cada una de las Familias, así que hay una apuesta no oficial en el Liceo para adivinar a cuál pertenece realmente—. Todavía no nos ha tirado nada a la cabeza.

—Cuando era pequeña pensaba que mi madre era Aura porque siempre sabía lo que estaba a punto de hacer. —Nero baja la voz una vez más mientras mira a la profesora, que ahora escribe una fórmula interminable en la pizarra con símbolos que ninguno de los tres ha visto en su vida—. Pero es Agua —continúa la chica—, seguro. Lo que pasa es que también es Madre y te vienen poderes especiales con eso. Es una cosa así como de hormonas, ¿no?

Kózel asiente. Deja vagar la mirada por el aula hasta que se topa con Denna, que se vuelve desde la primera fila y les dedica una mirada de reproche. Al instante, Lórim se incorpora y finge escribir como un loco. Esto le hace tanta gracia que Kózel necesita chincharle aunque solo sea un poco.

«DENNA»

Las letras de Ilusión aparecen brillantes y de color rosa sobre la libreta de Lórim. Justo encima de cada letra se forman también corazones que laten al unísono y que Lórim trata de borrar frotándolos con la mano.

—¿Qué haces? —le susurra a Kózel.

—No le quitas los ojos de encima a Denna —murmura Kózel con la gorra calada hasta las orejas, los brazos cruzados y un brillo malicioso en la mirada—. No te gustará o algo parecido, ¿verdad?

—No digas tonterías —se apresura a responder Lórim aunque sus mejillas se hayan teñido de un leve color carmesí—. A mí no me gusta Denna. Lórim Hérshel es patrimonio compartido del género femenino del Liceo.

—Lórim Hérshel puede decir lo que quiera pero estaba hablando de sí mismo en tercera persona y, además y mucho más importante, se estaba comiendo a Denna con los ojos.

—¿Queréis que lo calcule para ver quién tiene razón? —se ofrece Nero por si acaso.

Lórim lanza un bufido y durante unos instantes finge que atiende en clase. A pesar de todo, la vista se le va claramente hacia Denna, que escribe como si fuera a atravesar el papel con la pluma. Kózel le da un codazo a Nero y empiezan a reír por lo bajo.

—¿Seguro que no eres Aura, que conoces tan bien lo que pienso? —le espeta Lórim, la vista al frente, mientras Kózel sonríe maliciosamente.

—No. No soy Aura. Soy una... —Duda de pronto, como si no supiera qué decir—: un... soy un korués y vivo en Hol Ibu, donde inventaron las comedias románticas. Si un korués no sabe de estas cosas, es que no sabe nada.

Lórim cierra los ojos y finge que no la escucha. Incluso va a taparse los oídos para dar énfasis a su gesto pero en ese mismo instante le sorprende un pequeño chorro de agua en la frente. Un chorro idéntico azuza a Kózel en la

nariz y un tercero, que sale bombeado y con un poco de efecto desde los dedos de la profesora, riega a Nero en plena coronilla.

—Yo tampoco soy Aura —asegura la profesora Nedia Vorak, todavía con el brazo extendido en su dirección—. Pero no estoy sorda y tengo ojos en la cara; así que, como pretenda que una chica se fije en usted mientras hace esos aspavientos, señor Hérshel, me temo que su futura descendencia está más en suspense que su nota de Fundamentos. —Mientras la profesora se vuelve, Kózel trata de contener una carcajada pero finalmente no se ríe porque Nedia añade—: Señor Hokulea, Señorita Cailíe, Señor Hérshel. Para finales de esta semana espero un trabajo de treinta páginas encima de mi mesa. ¿El tema? Aura: orígenes, particularidades e historia reciente de la Familia en Nylert.

El resto de la clase transcurre sin incidentes y con los tres callados y cabizbajos. Siguen sin tomar apuntes, pero por lo menos lo disimulan mucho mejor. En cuanto termina la hora, salen del aula arrastrando los pies en dirección a las pistas para la clase de Lucha. Solo habla Kózel, que ya está planificando el reparto de tareas, cómo enfocarán el tema y de dónde pueden sacar la información para hacer el trabajo. Nero, de vez en cuando, asiente con la cabeza para darle la razón pero Lórim no escucha lo que dice. Está como ausente, hasta que alguien le toca en el hombro.

—¿No podéis tomar apuntes en clase como la gente normal? Espera. Te gotea todavía un poco de agua.

—Me gusta vivir peligrosamente. Soy un rebelde —dice rematando la frase con un tono de voz especialmente fanfarrón que ha copiado del que pone el conde Vann en *Pasión de Fuego*.

Denna niega con la cabeza mientras le da un golpecito en la frente a Lórim.

—Mira que eres bobo.

Es todo culpa de Lórim, piensa Kózel amargamente dos días más tarde. Pudiendo hacer bien el trabajo de Aura que les ha pedido Nedia, sin prisas, ahora resulta que el tiempo se les echa encima.

Cada vez que han quedado para hacer el maldito trabajo Lórim ha encontrado una manera de fastidiarlo. El lunes por la tarde se la pasó contando chistes («entran un Klachnodense, un Xoolí y un Iukeiano en un bar...»), después no paró hasta que bajaron a Blyd para ver una cinematografía en el Odeón y el día anterior estuvo dos horas haciendo muecas y comentarios medianamente graciosos. Hoy es miércoles, para el viernes no lo tendrán terminado y Nedia les va a matar. O peor aún: suspender.

Así pues, para rematar el trabajo y mantener a raya a sus dos amigos, Kózel ha reservado una salita de estudio para los tres en la biblioteca. Son un bien preciado, las salitas de estudio. Solo hay tres, al fondo del primer piso, y normalmente se solicita su uso con semanas de antelación, pero el trabajar en la biblioteca de algo bueno le tenía que servir, supone Kózel. Al menos en ella podrán acabar con tranquilidad el dichoso trabajo.

Cuando llega con una docena de libros en las manos, se da cuenta de su error. Lórim y Nero ya están en la salita, así que debería felicitarles por la puntualidad, pero Lórim tiene todo el material de escritura levitando alrededor de la cabeza como un pequeño sistema planetario. Nero, que la única culpa que tiene la pobre es la de dejarse llevar, da palmas de contenta.

—Se lo he visto hacer a Ibar... —cuenta Lórim, halagado por tanta atención justo antes de que Kózel le mande las estilográficas a la cara con un gesto enfadado y un soplo de Aire.

—Atiende, melón, que tenemos que acabar esto sí o sí y no he reservado la

sala de trabajo para que me montes un circo aquí dentro, que el año que viene no me darán la beca por mi cara bonita —le advierte a Lórim, a quien le ha quedado una mancha de tinta en la frente de recuerdo—. Solo nos queda el apartado sobre historia de los Aura, así que espabilando. Que es para el viernes.

En realidad, el trabajo no es difícil. Nero lee; Lórim comenta (porque no puede estar más de cinco minutos en silencio) y Kózel se limita a apuntar y modificar lo que dicen. Es fácil y después de dos horas y media de arduo trabajo cree vislumbrar el final del túnel.

—«Sus habilidades para Leer las mentes ajenas les permitió ejercer un poder elevado dentro de la Corte Imperial; de entre las diez Familias de Nylert, solo Aura posee la capacidad de advertir, aunque no evitar, el Vínculo con Dominio. La Familia Aura, la más alta aristocracia de Nylert... —dicta Nero con voz monótona y sin entretenerse excepto para pasar página—, del recrudecimiento de la guerra durante el verano de 1928 y del estallido de continuas revueltas en la capital, la corte de Nylert mantuvo un estilo de vida prácticamente idéntico al de los años previos a la invasión de Xool. La noche del 3 de agosto, el Emperador Asgard Indrasil convocó a toda la nobleza del país para celebrar el nacimiento de...»

—Un momento, un momento. —Kózel parpadea. Aunque hace rato que ha dejado de analizar lo que dice Nero y simplemente apunta por inercia, hay algo que no le encaja—. ¿Puedes repetir eso de «La Familia Aura, la más alta aristocracia de Nylert»?

—«La Familia Aura —vuelve a leer Nero con voz monótona—, la más alta aristocracia de Nylert, del recrudecimiento de la guerra durante el verano de 1928 y del estallido de continuas revueltas...»

—Aquí, aquí. Lo del recrudecimiento. ¿No te has saltado un párrafo?

Nero la mira casi ofendida, pero igualmente examina el pesado volumen

que estaba leyendo.

—No, aquí pone lo de la familia y en la página siguiente... ah.

—¿Ah? —pregunta Lórim que, por lo poco que estaba hablando, seguramente se había quedado dormido.

—Ah, falta una página.

—¿Cómo que falta una página?

Justo lo que necesitaban; más contratiempos. Kózel se inclina hacia delante y comprueba que, efectivamente, una de las hojas del libro está cuidadosamente recortada.

—Pues en este también —añade Lórim señalando el libro que tiene entre las manos y que Kózel juraría que en realidad no ha leído—. Y en dos más que he visto hace un rato. De hecho las he arrancado yo. Me estaban aburriendo y... ¡Que es verdad! —exclama con un aspaviento cuando Kózel, que ya se ha cansado, en vez de una simple pluma le ha tirado un libro entero a la cabeza—. No que las haya arrancado yo, sino que faltan páginas; pero pensé que como son de la biblioteca es normal que los libros estén un poco tocados...

—Un segundo —exige Kózel levantándose—. Voy a revisar la ficha de préstamos para ver si ya estaban dañados porque, si no, Nymar es capaz de cargarnos el muerto a nosotros.

Entonces, con una mirada que les promete un dolor insondable si dejan de trabajar, sale de la habitación.

—Es un tirano... —musita Nero en voz muy baja, como si temiera que Kózel siguiera escuchando detrás de la puerta.

—Se le ha subido el poder a la cabeza —responde Lórim, que se echa hacia atrás y coloca las botas sobre la mesa, dispuesto a disfrutar de unos minutos de preciosa inactividad hasta que Kózel regresa a la salita con una expresión de mayúscula sorpresa.

—No adivinaríais quién fue el último en consultar todos estos libros.

—Ilumínanos, *Hoku* —le responde Lórim con una mueca satisfecha que Kózel ignora estoicamente. Seguro que Lórim tenía la bromita preparada desde hacía días y estaba esperando el momento idóneo para soltarla. Que les *illumine*. Porque es Ilusión. Kózel se parte de la risa. Solo que no.

—Koem, fue Koem. Según el registro, Koem lleva consultando estos libros periódicamente desde hace un año... un momento. Quita de ahí las patas, marrano.

Le da un manotazo a Lórim para que ponga los pies en el suelo y de debajo de unos manuales de Historia Social de Nylert extrae un volumen bastante grueso, encuadernado en una raída imitación de cuero. Sobreimpreso en letras doradas, el título: *Cien años de arquitectura palaciega en Nylert*. Antes de tocarlo, se detiene un segundo.

—Koem se llevó este mismo libro la semana en que murió. Me acuerdo porque me lo vino a pedir hecho una furia, pero ahora está aquí, así que debió de devolverlo antes de... —reflexiona mientras arruga la nariz. Sin decir nada más Kózel comienza a pasar las páginas de libro hasta que encuentra algo que llama su atención—. Mirad.

Señala con el dedo la zona donde se nota perfectamente que alguien ha arrancado un par de hojas. Con la otra mano, sin perder tiempo, Kózel toma el resto de los libros mutilados y comienza a examinarlos concienzudamente. Mientras tanto, Lórim y Nero no se atreven a interrumpir, agradecidos por que durante un rato Kózel se haya olvidado del trabajo de Fundamentos.

—Chicos. —Kózel finalmente levanta la cabeza. Tiene la expresión ligeramente contrariada y se quita un segundo la gorra para pasarse una mano por entre el pelo revuelto—. Si os digo que todas las páginas que faltan hablan de la caída de los Indrasil, también será mucha casualidad, ¿verdad?

Posa ahora los ojos en Nero, que es la experta en probabilidades del grupo,

pero la chica solo encoge los hombros.

—Bueno, mientras no falten las páginas sobre Aura... además, a mí los Dominio nunca me han gustado.

—No le gustan a nadie, Nero —aclara Kózel—. Controlaban la mente de la gente. Y la mayoría estaban locos o eran unos megalómanos. O todo a la vez. Lo raro es que no hubiera una revolución antes... —Kózel hace una pausa y con semblante pensativo vuelve a repasar los libros—. ¿No os parece raro? Vann me dijo que, antes de que le mataran, el profesor Koem se comportaba de manera extraña. Koem se pasó media vida persiguiendo a criminales de guerra y a imperialistas fugados, quizá... ¿creéis que estaba investigando algo?

—Sí. Y buscaba pistas en la biblioteca del Liceo... —indica Lórim de repente con sarcasmo.

—Ya, pero no lo sé. Supongamos... supongamos que el último en consultar estos libros fuera realmente el profesor Koem. Y que él arrancó las páginas. ¿Para qué las querría? Además, las que hablan de Dominio... —Kózel corta la frase a medias porque Lórim se levanta, empujando ruidosamente la silla hacia atrás.

—Me da igual. Como si las usó para limpiarse el culo. Por mí, como si no hubiera ni un libro en la biblioteca que hablara de los Dominio, de los Indrasil o del Emperador y de su estirpe al completo. Están muertos y bien muertos —dice sin mirar el libro siquiera—. ¿Podemos dejarlo ya? Me duele la cabeza.

Kózel echa un vistazo al reloj que cuelga en una de las paredes de la salita, a los libros y finalmente a Lórim. Sabe identificar una excusa cuando la oye y este dolor de cabeza, tan repentino y oportuno, es una excusa de manual. Sin embargo, Kózel se percata de la expresión de Lórim, del leve temblor en sus manos mientras recoge apresuradamente y sin cuidado.

—No os preocupéis, está casi terminado. Ya completo lo que falta y mañana lo paso a limpio...

—Bien. —A Lórim no parece importarle que los últimos papeles que embute dentro de su cartera se arruguen. Recoge una estilográfica que había dejado olvidada en una esquina de la mesa, se la pone en el bolsillo del chaleco y se marcha dando un portazo.



Fuera ya está oscureciendo y Lórim se concentra en avanzar aunque no sepa hacia dónde exactamente. Entre paso y paso, inspira fuerte por la nariz, exhala aire caliente y húmedo por entre los dientes. Trata de recordar cómo es él. Es Lórim, bromista y despreocupado, se dice mientras se abrocha la casaca del uniforme hasta el último botón; hace frío y con las prisas se ha dejado la bufanda azul en la biblioteca. Lórim es payaso, encantador, amigo de sus amigos. A Lórim no le tiemblan las manos ni se le seca la garganta. Jamás se pone nervioso, no tiene miedo y, si huye, lo hace siempre hacia delante.

Si se concentra, la angustia que le oprime el pecho se convierte en un simple regusto amargo en el velo del paladar. También se esconden las ganas de llorar que le han dado de pronto. Lórim Hérshel, se le había olvidado, no llora. No puede llorar porque es feliz en el Liceo. Entonces se detiene y fuerza una sonrisa brillante hasta que le duelen las mejillas, descaradamente falsa, que le va de oreja a oreja pero que no se le transmite a los ojos.

—¡Lórim! ¡Eh! ¡Lórim!

Denna. La sonrisa se hace añicos dejándole tan solo una mueca tensa en la cara, como una cicatriz. De pie en medio de los jardines, Lórim tiene todas las vías de escape posibles y no se decide por ninguna.

Los pasos de Denna apenas hacen ruido por el camino de gravilla. Lórim trata de no fijarse en que ella se ha dejado el cabello suelto y en que tiene un lunar muy gracioso en la mejilla izquierda, cerca de la curva suave de sus labios. Trata de fijarse tan poco en el lunar y en sus labios y en el mechón de pelo que ella coloca delicadamente tras la oreja, que ni siquiera la escucha cuando le habla.

Lórim parpadea.

—¿Qué?

Denna frunce el ceño un segundo pero inmediatamente suaviza la expresión y deja que unas arruguitas risueñas se le formen alrededor de los ojos.

—Que si venías de la biblioteca. Me ha parecido que salías de allí pero todavía faltan dos semanas para los parciales y no sé si creer que estabas estudiando... ¿Lórim?

Lórim siente que, si abre la boca, el frágil equilibrio en el que se encuentra caerá como un castillo de naipes. Solo quiere estar solo y dejar que la angustia que le oprime el pecho se desvanezca por sí misma; pero no cuenta con que Denna lo sujete delicadamente por el brazo y lo guíe hasta uno de los bancos de piedra que flanquean el camino. Después de esto, ella no añade nada más. Solo se queda sentada a su lado mientras Lórim fija la vista en el horizonte, sorprendido por la paz que se respira en los jardines. Son su parte favorita del campus porque desde aquí, con la ciudad a sus pies, tiene la sensación de que el mundo es infinito.

Poco a poco, la tranquilidad que los rodea hace mella en él. Le cuesta

menos respirar y los músculos del pecho se le relajan. Parpadea como regresando a la realidad y entonces Denna deja escapar un diminuto resoplido. Parece que vaya a decir algo pero en vez de eso mueve la mano y la pone sobre la de Lórim. Lo hace con infinita cautela, como si temiera que él pudiera huir en cualquier momento.

—¿Ya estás mejor? Parecía como si hubieras visto un fantasma.

Por un instante, Lórim siente un vacío en el estómago y teme que la angustia vaya a volver. Quizá sí que haya visto un fantasma. Aprieta los ojos al mismo tiempo que nota a Denna tensarse a su lado. Sin embargo, con mucho esfuerzo, recordándose quién es, quién quiere ser y qué ha venido a hacer en el Liceo, Lórim logra sobreponerse al miedo. Se niega a derrumbarse, así que en vez de eso, recuerda sus sonrisas, tan trabajadas que parecen auténticas, y le dedica una a Denna.

—Estoy bien —responde—. Yo *siempre* estoy bien.

Viernes, 29 de noviembre.

Paseo de Pralín. Casa de la Guardia. 11.29 de la mañana



Nada. Han pasado semanas desde el asesinato del profesor Aleus Koem y todavía no tienen nada. El informe forense no ha dado ninguna pista: ni una huella, ni una fibra sospechosa, nada. El informe también ha concluido que Koem puede que fuera un hueso duro de roer hace diecisiete años, pero no hay pruebas de que usara el Vínculo para defenderse la noche en que murió. Como si lo hubiera asesinado un fantasma. Como si tuvieran dos muertos, piensa amargamente el detective Brynn: Koem y el propio caso.

Levanta la vista. El agente Cait, vestido de punta en blanco, está reclinado en una de las sillas de su despacho tan tranquilo.

Debe de ser porque nota la mirada de Brynn clavada en la nuca, pero estira

los brazos hacia atrás en un gesto elegante, tirando a gatuno. Como Brynn siempre ha sido una persona más de perros, activa un poco más su *rabiómetro* interno.

—Estamos atascados. Usted sabe tan bien como yo que el rastro del asesino, sea quien sea, se ha desvanecido hace tiempo así que, sinceramente, lo único que se me ocurre es tratar de dar respuesta a la cuestión más fundamental, ¿sabe? —Brynn se balancea en su silla, oliéndose una pregunta con trampa—. ¿Qué le falta a este caso, detective?

Ajá. Ya lo decía él: una trampa. La respuesta fácil está clara: «quién». La reina de las incógnitas, quién ha sido, quién ha dejado ese cadáver frío sobre el suelo. Luego está el «cómo»: aplastado, los sesos desparramados por medio despacho. Brynn entorna los ojos. Queda una tercera pregunta.

—Por qué.

Por supuesto, el agente Cait asiente.

—Por qué lo mataron. Puede pasarse horas revisando los informes, pero no aparecerá de la nada ninguna pista nueva, debería...

—No pienso tener esta discusión otra vez.

—Hace unas semanas mandé a unos cuantos compañeros al Liceo para recoger material del despacho de Koem y llevarlo a un lugar seguro, por si eso nos daba pistas sobre qué estaba investigando...

—¿Y en el Liceo se lo dieron? ¿Voluntariamente?

—Oh, sí. —En los labios de Cait aparece una sonrisa tan fugaz que Brynn cree haberla imaginado—. Es un don que tengo, convencer a la gente. A veces ni yo mismo me lo explico.

—Debe de ser su encanto personal.

—Eso dice mi madre siempre. Aunque la placa ayuda, claro —informa el agente Cait ignorando la mirada asesina que le llega desde la otra punta de la habitación—. Hay algo entre esos documentos que me gustaría mostrarle...

—Le he dicho mil veces que eso era una pérdida de tiempo.

—¿Qué puede perder?

El tiempo, ya se lo ha dicho Brynn docenas de veces. Brynn no aguanta ni los humos de Cait ni esa actitud que tiene como de estar en posesión de la verdad absoluta.

Antes de reflexionarlo a fondo, Brynn ya tiene su abrigo y sombrero en la mano.

—¿Se marcha?

—Uno de los dos tendrá que hacer el trabajo de verdad.

Y para hacerlo, Brynn debe esperar a que caiga la noche. Durante el día podría haber paseado por estas calles del Barrio Antiguo y lo único que habría encontrado es un ligero hedor a orines secos y a basura acumulada en las traseras de los restaurantes de las calles más concurridas. Al anochecer, en cambio, la zona se llena de una vida un tanto sórdida, de sombras y gente que hace negocios no del todo legales en las esquinas. Brynn camina por las calles sucias con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada hacia delante para que el sombrero le tape la cara. Es un lugar medio olvidado justo en el corazón de la ciudad, como uno de esos rincones que hay en todas las casas, detrás de los armarios o bajo la cama, que nunca se limpian.

Brynn pasa rápido por al lado de un borracho que, apoyado en un portal, duerme la mona. Tiene todos los sentidos alerta. Está lo bastante cerca de la orilla del Lhin como para escuchar las sirenas de los mercantes acercándose, pero de fondo escucha también voces: peleas tras las paredes sucias de las casas, susurros en los callejones. Podría detectar al menos una docena de pequeños crímenes con los ojos cerrados; pero no ha venido a eso.

Ha venido a una taberna.

Tras sentarse en un taburete frente a una barra pegajosa, Brynn trata de beber los dos dedos de licor que le ha servido el camarero sin que los labios toquen demasiado el vaso. Saca una cajetilla de tabaco del mismo bolsillo del abrigo donde guarda su placa de la Guardia y enciende un cigarrillo con parsimonia.

A pesar de la hora, el local no está tan lleno como de costumbre. No es que Brynn sea un cliente regular. En realidad, lo único que le salva de recibir una paliza en cualquier rincón es que conoce perfectamente a los parroquianos y, más importante todavía, los parroquianos le conocen a él. A pesar de todo, viene a veces. Le ayuda a recordar en qué consiste realmente su trabajo. Es una buena cura de humildad, ver la cara fea de las cosas. Recordar que el trabajo no se hace desde un despacho, que un buen guardia tiene que mancharse el uniforme.

Le hace una seña al camarero, que sin decir nada le llena el vaso de nuevo con un licor de tono ambarino. Brynn no ha querido ni preguntar qué es. Y mientras bebe, vuelve a observar el entorno en silencio. Tres mesas ocupadas al fondo, junto a una mesa de billar tan vetusta que el tapete ya no es verde, sino marrón. Le observan con poco disimulo pero Brynn duda que sea su presencia la que cree esta atmosfera pesada en la taberna porque ya ha notado esa tensión levísima, como una vibración en la base del cráneo, nada más adentrarse en esta parte del Barrio Antiguo.

De repente, la puerta se abre dejando entrar una ráfaga de aire helado con olor a humedad y a basura. Desde su lugar estratégico en la barra Brynn reconoce la silueta del hombre que pone un pie dentro del local, duda y luego se marcha rápidamente.

Brynn deja un billete de cinco coronas sobre la barra y sale detrás de él.

Lo alcanza al final del callejón y esquiva por poco un puñetazo recubierto de Fuego que tira su sombrero en un charco de algo que seguramente no sea

agua. Brynn nunca ha sido partidario de la violencia gratuita pero otro tema es la violencia necesaria, así que clava firmemente los pies en el suelo, se da impulso hacia delante y escucha cómo las costillas del hombre crujen satisfactoriamente contra su hombro mientras lo rebate contra la pared más cercana.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¿Así saluda a sus amigos, Brynn?

—Tú y yo no somos amigos, Radezky.

—¿Cordiales enemigos entonces? —En la penumbra, Radezky esboza una sonrisa de dientes picados. Seguramente Radezky no fuera ni remotamente atractivo cuando era joven, pero ahora es poco menos que una caricatura de ojos hundidos, huesos afilados y barba mal afeitada. Lo único que brilla en él son una docena de condecoraciones militares que lleva colgadas de la pechera de su abrigo raído.

Brynn, más o menos seguro de que no se va a escapar, lo suelta. De todas formas, bajo su abrigo voluminoso, Radezky es poco más que un saco de huesos y no será tan imbécil como para volver a atacarlo. Radezky posee ese tipo de sabiduría callejera que se obtiene gracias a un instinto de supervivencia usado muy a menudo.

—¿Qué desea? —le pregunta tras alejarse de él un par de pasos—. Que yo sepa, últimamente no he hecho nada que merezca su ilustre visita, detective.

A Brynn no le vale la pena andarse con rodeos, así que contesta:

—Koem.

Por un segundo los ojos de Radezky se velan de odio. El nombre de Koem tiene ese efecto sobre mucha gente, si se busca en los lugares adecuados.

—Koem está muerto, ¿no se ha enterado?

Brynn aprieta los dientes y en un acceso de rabia empuja a Radezky contra la pared del callejón otra vez. Las condecoraciones que lleva colgadas tintinean alegremente. Entonces Brynn se detiene. Siente pasos detrás de él y

con el rabillo del ojo también ve a unos cuantos parroquianos curioseando desde la puerta de la taberna. Sin embargo, está tranquilo. Saben de sobra que no es buena idea meterse. Ese tipo de gente no lo hace a menos que sea su pellejo el que esté directamente en juego.

—He pasado un día muy desagradable y tu compañía en este callejón apestoso no lo está arreglando, Radezky. Así que no tientes a la suerte. Alguien se coló en el Liceo de la Guardia, mató a Koem a sangre fría y quiero saber si ha sido alguien de su extenso club de admiradores.

—Oh. —Radezky vuelve a sonreír. O algo que se parece mucho a una sonrisa, una especie de mueca en que los labios se le curvan hacia arriba—. Eso es agua pasada, detective. Agua pasada.

—Gracias a Koem te pasaste diez años encerrado en Aguasquietas. —«Y fueron pocos», se abstiene de añadir Brynn. Radezky fue cabo en el ejército durante la guerra contra Xool. Tenía la fea costumbre de ejecutar a los soldados que retrocedían en batalla, y se ganó un puñado de medallas por ello—. Yo que tú, estaría enfadado.

—Pero yo no he sido, detective. —Aunque Radezky sigue demasiado contento, demasiado satisfecho, y eso solo puede significar que oculta algo y Brynn se nota la paciencia en franco descenso.

—No. Ya me imagino que tú no. —Cuando lo sometieron a juicio, Radezky lloró como una criatura. Solo cometió sus crímenes porque podía, porque pensaba que quedaría impune, pero después de su paso por Aguasquietas su lista de actividades se ha mantenido siempre entre los pequeños robos y los altercados callejeros. Brynn no le cree capaz de jugársela, pero es una buena fuente de información. Radezky concentra lo mejor de los dos mundos: el de los pequeños criminales que se arrastran por las sombras de Blyd y el de los nostálgicos más recalcitrantes de la monarquía—. Pero la gente habla y me apuesto lo que sea a que, si alguien de

los tuyos acabó por cargarse a Koem, no se privaría de contarlo. Seguro que se ganaría unas cuantas copas gratis por aquí.

—¿Y qué gano yo contándole nada, detective? Los soplones no son muy populares en los selectos círculos sociales entre los que me muevo.

—Tendrás mi agradecimiento, que no es poco. Y una celda con vistas al exterior la próxima vez que cometes una estupidez. Que, conociéndote, será pronto. Solo quiero un nombre, un hilo del que tirar. De todas formas esos de ahí atrás —dice señalando hacia la taberna— ya deben de estar sacando sus propias conclusiones acerca de lo que podemos estar hablando tú y yo. Quizá lo más inteligente sea tener a la Guardia de tu parte.

Durante una fracción de segundo los ojos de Radezky se van hacia el grupo al que se refiere Brynn. Luego mira a su alrededor, probablemente buscando una vía de escape rápida. Y Brynn, que tiene muchos años de práctica a sus espaldas, se da cuenta de que el lenguaje corporal de Radezky cambia ligeramente, que se encorva y se tensa, y eso significa que va a hablar.

—No sé nada, detective. En nombre del Emperador le juro que no lo sé. No le diré que no se abrieran unas cuantas botellas de vino espumoso por aquí cuando nos enteramos de lo que le pasó, pero si alguien ha estado colgándose el mérito de matar a Koem —pronuncia su nombre con una nota de rabia en la voz—, yo no estoy al corriente. Lo único que puedo decirle es que Koem vino por aquí. Hace dos o tres meses, unas semanas antes de que alguien le hiciera pagar su traición.

Tiene que ser mentira, tiene que ser una broma; pero Radezky no se la jugaría con algo así. No, si sabe lo que le conviene.

—No puede...

—No lo vi personalmente pero, como usted dice, la gente habla. Y Koem vino a husmear por aquí. Ya se puede imaginar que no le recibieron con flores y un caluroso aplauso.

—¿Qué quería? —Koem jamás se habría acercado aquí sin una buena razón. Era del tipo de hombres que nunca se bajaba de su propio pedestal.

Radezky menea la cabeza.

—Si lo supiera se lo contaría, detective. Todo sea por ayudar a la Guardia.

La conversación se alarga unos minutos más pero son diálogos vacíos. Brynn insiste, Radezky niega tener más información, pero Brynn sabe que no es cierto. Hay algo más, algo que Radezky no le está contando pero que le transpira por los poros de la piel, una especie de... orgullo. De todas formas Brynn no está seguro de que tenga que ver con Koem, así que al final lo deja marcharse.

—Si encuentra al asesino de Koem —dice Radezky, que se toma su tiempo para escupir en el suelo con desdén—, avísenos. Le mandaremos una nota de agradecimiento.

—Quiero saber qué buscaba. —Por un segundo, a Radezky se le descompone el gesto pero vuelve a recuperar una sonrisa hinchada—. Y puedes contármelo a mí o al pelotón de guardias que mande para hacer una redada casual. La elección es tuya.

De nuevo Brynn tiene esa sensación de que hay algo que se le escapa. Que Radezky tiene un brillo de orgullo en la mirada que no es producto ni de su imaginación ni del farol raquíptico que les ilumina.

Espera unos segundos. Al final, como esperaba porque son ya muchos años, Radezky cede.

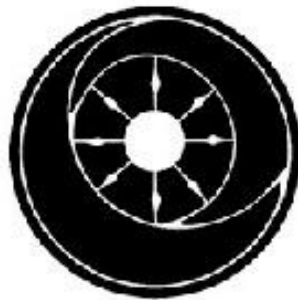
—Vino a preguntar por el incendio en el palacio.

Brynn se esfuerza, con poco éxito, en mantener una expresión neutra. El incendio del palacio. No tiene sentido. A Koem nunca le interesó el incendio porque todos los que estuvieron en el palacio aquella noche murieron y uno no puede vengarse de los muertos. Retrocede un paso. El incendio. De

repente Brynn tiene la impresión de que todo le huele a quemado, como si no hubieran pasado casi dos décadas desde entonces.

Lunes, 2 de diciembre.

Clase de Lucha de primer curso, 4.36 de la tarde



Lucha. Según la profesora Dinn, la asignatura más importante del Liceo. En realidad, todos los profesores dicen que la suya es la asignatura más importante, pero Dinn, que habla como si cada una de sus palabras estuviera rodeada de signos de exclamación, es la más convincente. Que en realidad tiene bastante lógica porque cuando salgan «ahí fuera» (es lo que siempre dice Dinn: «Cuando salgan ahí fuera», como si Blyd fuera la selva xoolí) tienen que estar preparados.

Kózel, en su caso, teme que cuando se gradúen en el Liceo siga siendo tan lamentable en Lucha como ahora. Y encima no puede echarle las culpas a Lórim. Aunque le suene increíble, hasta preferiría doble ración de

Fundamentos porque al menos el trabajo de Aura lo entregaron a tiempo. En cambio, lo que es Lucha... los movimientos y las reacciones están en su cabeza; pero a la hora de la práctica siente como si el cuerpo se le bloqueara y la profesora Dinn pone cara de vergüenza ajena cada vez que mira en su dirección.

Lo único que salva a Kózel de ser un completo y total desastre es el largo alcance así que hoy, que les toca practicarlo con Fuego, se siente un poco más útil.

Se arremanga el jersey de algodón verde y frota las palmas de las manos para crear fricción, porque la fricción genera calor. Es una de las tres cosas que necesita el Vínculo con Fuego: calor, oxígeno y combustible. El oxígeno está en todas partes, así que solo necesita el último elemento: un combustible con el que alimentar el Fuego. Ahí es donde necesita concentrarse porque el combustible que va a usar es la energía que se desprende de sus manos. Toma aire, lo retiene unos segundos en los pulmones y, finalmente, con un siseo la energía sale de su interior, se inflama y toma forma.

Con ojos entornados, observa las dianas que la profesora Dinn ha colocado al otro lado de las pistas. Tienen forma vagamente humanoide y la de Kózel ya está chamuscada por la parte de la cabeza. Es que se imagina que la diana tiene la cara de Nymar.

Apunta.

El día anterior, en la biblioteca, Nymar se pasó media hora enumerando todas las tradiciones de las islas Koru que le parecían ridículas y lo más grave es que ni siquiera criticaba tradiciones reales, sino solo cosas que se inventan en el orbe. Que los Antepasados le den fuerzas, piensa Kózel, porque un día de estos lo estrangulará.

Con ese último pensamiento en la cabeza, Kózel echa el brazo hacia atrás y lanza la bola de Fuego. A lo largo de su trayectoria pierde velocidad y

tamaño pero al menos se estrella allí donde la figura de cartón debería tener la entrepierna.

Se vuelve con expresión esperanzada hacia la profesora Dinn, pero esta crispera los puños y ladea la cabeza.

—¿Es que no le dan de comer en su casa, Hokulea?! —le grita—. ¡Más energía, hombre! ¡MÁS ENERGÍA!

Kózel baja la mirada con desánimo y juraría, *juraría*, que Tanet Nathrem, que está a su lado y es Fuego, susurra algo a Clío Poushkin, que también es Fuego, y ambos ríen por lo bajo. Que si no le dan de comer en su casa. Duda que la profesora Dinn quiera herir sus sentimientos pero, entre eso y las risitas, Kózel necesita un segundo para tragarse una oleada de angustia que le sube por la garganta. Sin embargo, se yergue al escuchar la voz inconfundible de Lórim desde el otro extremo de la pista:

—¡Ánimo, *Hoku*!

Claro que no sabe si se lo ha dicho de forma irónica o no porque, al contrario que la suya, la diana de Lórim ya está completamente negra y se le ha caído uno de los brazos. Kózel trata de descifrarlo fijándose en la expresión de su amigo pero, oh, Lórim está ocupado. Al principio de la clase se ha puesto estratégicamente al lado de Denna Blyzster. Lórim lleva unos días emparejándose casi exclusivamente con ella; pero hoy ha decidido echar el disimulo por la borda y, en cuanto puede, le corrige la postura de los brazos, le quita una brizna de hierba inexistente del pelo o simplemente la mira con adoración.

En realidad Kózel opina que son muy monos.

Al final de la clase la profesora Dinn examina cada diana y toma notas en su cuaderno, hacia el que todos los estudiantes sienten un temor reverencial.

—¡No está mal! —exclama al fin con una sonrisa—. ¡TODOS A LAS DUCHAS! ¡Y recuerden que en el tablón de la biblioteca les he dejado una hoja con unas cuantas lecturas obligatorias!

Con un suspiro agotado, Kózel recoge sus cosas. Algunos de sus compañeros se ríen y comentan la clase, comparando el nivel de destrucción que han aplicado contra las dianas; pero, en su caso, siente el cuerpo pesado y las manos ardiendo. Sabe por experiencia que esa quemazón tardará horas en desaparecer.

—Lecturas obligatorias —gruñe por lo bajo mientras se quita de una patada las zapatillas de entrenamiento y se calza las botas del uniforme—. Entre eso y los dos libros que nos ha mandado Nedra, no sé cómo lo vamos a hacer.

—Si nos quitamos una hora de sueño cada domingo y leemos a un ritmo de tres páginas por minuto, tenemos un sesenta por ciento de probabilidades de conseguirlo —comenta Nero con un tono ilusionado que se va desvaneciendo a medida que continúa—. Pero un ochenta y seis de no acordarnos de nada después.

—Siempre me pregunto cómo estás tan segura de esas cosas.

Mientras comienzan a alejarse de las pistas, Nero se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta y sonrío.

—Azar.

El otro día, mientras comían, trató de explicarle en qué consiste Azar y Kózel solo entendió que, aparentemente, el universo no es lineal y que en realidad todo ocurre al mismo tiempo. Que todas las cosas que pueden haber ocurrido, lo han hecho ya en una realidad u otra y que Azar permite ver destellos de estas realidades paralelas.

A partir de ahí comenzó a marearse del susto.

—¿Qué pasa con Azar? —pregunta Lórim entonces, que llega con

expresión ufana.

—Que consigamos leer todo lo que nos han mandado Dinn y Nedía. ¿Vamos a tomar algo después? ¿Por favor? No puedo más —sugiere Kózel antes de advertir que Denna le acompaña. Es difícil darse cuenta de que está ahí porque, aunque estos últimos días a veces va con Lórim, apenas abre la boca. Kózel entonces se apresura a sonreír como para indicarle que ella también está invitada, faltaría más.

—Yo... —comienza Denna con cautela. Tiene las mejillas sonrojadas. Kózel amplía la sonrisa peligrosamente porque odiaría que la vida amorosa de Lórim se viera perjudicada por su culpa, pero al final ella solo ladea la cabeza—: Gracias por la invitación, sois muy amables. —Durante un segundo parece que Denna vaya a pensarlo de nuevo. Se coloca nerviosamente un mechón de cabello tras la oreja y entreabre los labios, un gesto nervioso de querer y *no querer* aceptar a la vez—. De todas formas, debería ir a la biblioteca por si ya han devuelto el libro de Familias de Köllinghen, el que nos dijeron en Fundamentos la semana pasada.

Kózel deja primero escapar un suspiro de asombro porque si hay alguien que, aparte de las lecturas obligatorias, todavía tiene energías para buscar las recomendadas, solo puede ser la misma chica que se pasa las clases tomando apuntes. Segundo, porque a Lórim, a pesar de la negativa de Denna, se le ha iluminado la expresión como si acabara de descubrir la cura para el hambre en el mundo.

—¡Köllinghen! ¡Claro! —exclama echando la cabeza hacia atrás—. Es el libro que recomendó Nedía, ¿verdad?

—¿Lo tienes tú? —dice Denna de repente. Lórim intenta con muy poco éxito reprimir una mueca de satisfacción, así que ella repite con un tono tan profundo de sorpresa que parece que se le hayan atragantado las palabras—: ¡Lo tienes tú! ¿En serio?

Lórim agita la cabeza. En los labios se le forma una sonrisa que a Kózel no le recuerda ni a la de Hacer Amigos ni a la de No Haber Roto Nunca un Plato, sino a una de genuina felicidad.

—No exactamente, pero puedo conseguírtelo —contesta al tiempo que pasa un brazo alrededor de los hombros de la chica y trata de sonar misterioso—. Tengo mis métodos... Contactos. Gente que me debe favores...

—Vale —responde entonces Denna con una seguridad que se hace extraña en su voz—. ¿Podemos ir a buscarlo? Voy retrasada con las lecturas complementarias y...

Lórim palidece un poco. Kózel le da un codazo a Nero por si ella también tiene la sensación de estar presenciando en directo el inicio de una comedia romántica.

—¿Ahora mismo? —pregunta él con cautela. Denna parece pensarlo un poco, ve la expresión de Lórim, de haberse metido en un berenjenal él solito y las mejillas le suben un par de tonos de rojo.

—Bueno, perdona, si no te va bien ahora... también están los ejercicios de Leyes que nos mandó Ipola Nock. ¿Te iría mejor antes de cenar? ¿Te... te aviso por diario?

—Por diario. Me parece bien. Estaré alerta como un halcón para cuando lo hagas —replica Lórim con expresión atontada; pero Denna ya se ha inclinado para darle un beso de despedida en la mejilla.

—Muchas gracias Lórim. Nos vemos antes de cenar. Adiós.

A Kózel casi, *casi*, le sabe mal darle un manotazo a Lórim segundos después para que regrese a la realidad. Se ha quedado mirando en la dirección hacia donde se ha marchado Denna como si de repente el camino de gravilla se hubiera cubierto de corazoncitos de color rosa.

—Ya puedes dejar de sonreír. Te van a salir agujetas. ¿De veras tienes el libro o lo has dicho solo para marcarte un tanto con Denna? Te aviso de que,

aunque yo sea becario en la biblioteca, no tengo la menor idea de cómo conseguirlo si todavía está en préstamo.

—No... Lo tiene Ibar. Lo he visto esta mañana en la mesa de su escritorio. Solo tengo que convencerle para que me lo preste pero no habrá problema. Soy su compañero de cuarto favorito.

—Eres el único que tiene —apunta Nero.

—Soy su compañero de habitación, su amigo del alma. Soy prácticamente un hermano para él —resuelve Lórim con convicción—. Me voy a la ducha y luego vamos a tomar ese algo que proponías, *Hoku*. ¿Te vienes?

—Voy a ducharme en la residencia —responde Kózel con expresión cuidadosamente neutra.

—¿Qué tienen las duchas de la residencia que no tengan los vestuarios?

—Tranquilidad. —«Y un pestillo», añade mentalmente.

—Mira que eres raro a veces, Kózel —le replica Lórim mientras echa a correr—. ¡Hasta luego!

—A veces no entiendo nada de lo que dice —concluye Nero como si nada mientras le observa marcharse. Kózel simplemente encoge los hombros.



Tranquilidad, ha dicho Kózel, pero no sabe de lo que habla. Las duchas de los vestuarios son de lo más tranquilas si uno tiene paciencia. Normalmente, sus compañeros se duchan rápido para aprovechar la tarde pero él se ha tomado su tiempo, charlando con unos y con otros. Cuando al final se decide, tiene

las duchas para él solo y Lórim se descubre canturreando para romper el silencio. Nunca le ha gustado el silencio porque cuando no hay ruido para distraerle, se pone a pensar en todas las cosas que le entristecen. Pero el caso es que hoy canturrea por algo más; se ha sentido tan bien ofreciéndole el libro a Denna que, no sabe exactamente por qué, por primera vez en la vida, siente que está donde debe, que hace lo que quiere y por eso se siente feliz. Feliz con letras mayúsculas. Tan feliz como solo puede estarlo alguien que tiene el tiempo limitado y que quiere aprovechar cada día al máximo.

Cierra el grifo, se enrolla la toalla a la cintura y se mira al espejo.

—Estás aquí —le susurra a su reflejo—. Estás *aquí*.

Y «aquí» significa tantas cosas que le parece la palabra más grande del mundo.

«Aquí» significa «ahora», porque Lórim vive en un constante presente del que no quiere escapar. No quiere pensar en el pasado, porque el pasado le hace daño. Tampoco quiere pensar en el futuro, porque el futuro le aterra. Antes de «aquí» su vida no era suya. Y después de «aquí» puede que lo sea mucho menos.

Estudia su propia sonrisa en el espejo, ancha, ligeramente torcida y que le cruza la cara de lado a lado; le hace parecer el ser más satisfecho del universo. Lórim tiene muchas sonrisas y todas las ha practicado miles de veces hasta que le han salido perfectas. Sin embargo, esta es distinta: parece real.

Hace días que él mismo también se siente diferente, más ligero, y no tiene nada que ver con el Liceo. O sí. No lo tiene claro. Tampoco cree que tenga nada que ver con lo que está aprendiendo, con todo lo que ha descubierto hasta ahora. O sí. Quizá también sea eso; pero no. Entonces cruza su mente el recuerdo de la cara de Denna cuando le ha ofrecido el libro y se da cuenta de

que esa sonrisa que tanto se parece a las otras pero que no es la misma tiene nombre propio.

El estómago le da un vuelco. La sangre le corre más rápido por las venas y le tiemblan las piernas. Hay algo en su pecho, a la altura del corazón, algo húmedo y cálido que le envuelve desde dentro.

Entonces, su sonrisa se arquea hacia abajo.

—Oh —dice bajito.

Y «oh» es lo único que sale de su garganta porque no se le ocurre nada mejor para expresar el alcance de lo que está sintiendo.

Aunque ahí está de nuevo esa sonrisa frente a él en el espejo, en su rostro. Pese al descontrol en sus emociones, no puede evitarlo y la sonrisa vuelve a cruzarle la cara de oreja a oreja. Se aprieta los carrillos con ambas manos e intenta que la boca le dibuje un gesto serio.

—No sonrías —se ordena—. No puedes sonreír.

Agita la cabeza. Le parece estar oyendo a su padre: «Algún día tendrás que hacerlo. Nadie puede escapar de su naturaleza. Mucho menos tú». Todo su organismo se revuelve al recordar esas palabras porque él sí cree poder escapar.

Lleva haciéndolo desde que tiene memoria.

Y hay veces que para escapar lo único que queda es abrazar aquello de lo que huyes y correr hacia delante. Así que Lórim apoya con firmeza las manos sobre el lavabo y se mira fijamente los ojos grises en el espejo.

—No te enamores, Lórim —se ordena con toda la solemnidad de la que es capaz—. Puedes hacer cualquier otra cosa. Haz amigos. Diviértete. Vive tu vida. Pero no te enamores.

No surte efecto. Nadie puede dominar lo que siente. Ni siquiera él.

Lórim se aparta del espejo y comienza a vestirse. Antes de clase había metido en la bolsa una camiseta blanca de lino y cuello redondo con botones

que estaba arrugada y unos pantalones marrones de lana que sujeta con unos tirantes. Ahora que se pone la ropa y que fugazmente piensa que luego verá a Denna, cree que no es la apropiada pero decide que eso no debe importarle. Ni siquiera se mira de nuevo en el espejo para ver cómo le queda lo que se ha puesto. No lo hace porque ya no quiere verse ni la sonrisa ni el brillo que le deja en los ojos. El corazón bailándole en el pecho, las ganas constantes de gritar. Todo eso es pensar en un futuro que no puede permitirse. Necesita concentrarse en el «aquí» y en el «ahora».

Aunque antes tendrá que convencer a Ibar para que le preste el libro a Denna. A fin de cuentas, se lo ha prometido y Lórim siempre cumple sus promesas. Sobre todo las que se hace a sí mismo. Por eso, después de conseguir el libro, tendrá que buscar una solución para remediar eso que le baila en el pecho antes de que ocurra nada más.

Tras recoger la bolsa de lona donde tiene su ropa de Lucha, Lórim sale a los jardines. La conversación que ha tenido consigo mismo en el vestuario queda más lejos a cada paso que da, la guarda en ese rincón de su mente en el que no quiere pensar nunca y descubre que ya no tiene que obligarse a sonreír. Cuando vislumbra las residencias a lo lejos, Lórim rebusca dentro de su bolsa hasta dar con el diario. Tiene un mensaje nuevo:

Nero Cailíe dice:

Kózel pregunta que dónde te has metido, que te estamos esperando. Ha puesto esa cara de cuando nos riñe Nedía en clase por tu culpa.

Lórim necesita unos minutos para encontrar, también al fondo de la bolsa, el lápiz mordisqueado que usa para responder.

Lórim Hérshel dice:

Es que había cola para las duchas, ¡ahora voy!

Kózel Hokulea dice:

Sí, cola para las duchas. Y yo soy un pulpo arborícola xoolí.

Por mucho que se queje, Kózel está esperándole junto a Nero frente a las residencias. Salen de los terrenos del Liceo, su momento de debilidad de hace unos minutos ya olvidado completamente. Es difícil pensar en ello si la conversación con Nero y Kózel lo lleva por otros derroteros y cuando, tras bajar por la diagonal Varno Monsett, dejan atrás los palacetes que pueblan el barrio de los Altos y entran en una cafetería al lado del estadio del Blyd Balón Prisionero. En realidad, Lórim ya no piensa más en ello hasta que, un par de horas después, el diario emite un tintineo desde su bolsillo.

Denna Blyzster dice:

¿Lórim? ¿Estás en tu habitación? En diez minutos voy para allá, ¿de acuerdo?

No había corrido tanto en su vida. Ni siquiera paga su parte de la cuenta, sale de la cafetería casi atropellando a una pareja de clientes que iba a entrar y sube la avenida a toda velocidad, cruza la verja del Liceo y el camino

flanqueado por las estatuas de las Familias y prácticamente trepa a saltos por las escaleras de la residencia hasta llegar a su pasillo.

Abre la puerta de su habitación de golpe, con el corazón desbocado, y entonces se da cuenta de que su mitad parece a punto de ser declarada zona catastrófica. Después observa la mitad del cuarto que pertenece a Ibar, que es un oasis de orden y serenidad.

Da un salto presa del pánico porque, si no lo ha calculado mal, casi han pasado esos diez minutos y Denna está a punto de llegar. A Lórim, tener la habitación ordenada nunca le había parecido tan importante, así que intenta recoger la ropa sucia del suelo, ordenar la avalancha de apuntes que cubren su escritorio y hacer una cama que lleva deshecha desde el primer día de curso, todo a la vez.

—¿Lórim? ¿Te encuentras bien? ¿Estás enfermo?

Lórim detiene su frenética actividad y se vuelve hacia Ibar.

—¿Enfermo, yo? ¿Te parezco enfermo? —le replica. Casi puede ver la respuesta afirmativa pasando por la cabeza de Ibar, pero está demasiado ocupado con una amalgama de cuadernos, ropa sucia y libros, que empuja bajo la cama con el pie—. Solo estaba ordenando un poco. Esto parece una leonera, ¿sabes?

Ibar abre la boca pero en ese mismo instante llaman a la puerta.

—¡Un momento! —exclama Lórim al tiempo que tira hacia arriba de la colcha de su cama. Queda un bulto en el medio, seguramente sea una prenda de ropa interior olvidada entre las sábanas; pero dos golpecitos más, educados pero insistentes, le obligan a ir hasta la puerta.

—¿Qué te hace tan feliz, Lórim? —Al encontrarse con Denna al otro lado, Lórim se da cuenta de que se le ha instalado de nuevo esa sonrisa bobalicona en la cara que no puede controlar; pero al instante trata de contenerla. En los vestuarios tomó una decisión y va a ceñirse a ella por mucho que su cuerpo se

empeñe en lo contrario, por muy intensamente que sienta la calidez en los huesos y el temblor en las manos y la sensación de vértigo en la boca del estómago.

Va a tener que ser adulto y demostrarse a sí mismo que quizá no pueda enamorarse de Denna pero que, como le prometió, podrá ser su amigo.

—Todo —responde finalmente mientras la hace pasar con un ademán que le queda demasiado exagerado. Denna no lleva el uniforme del Liceo, sino un vestido de lana floreado, con los colores del otoño, y el cabello recogido en una trenza que le cae por delante del hombro, aunque su flequillo sigue teniendo el mismo aspecto suave de siempre—. Es mi estado natural, ya lo sabes. Yo soy así; feliz veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Y si no me crees, que te lo diga Ibar. ¿Conoces a Ibar? —añade. Ibar no se ha movido de su sitio ni ha dicho nada. Parece parte de la decoración y observa a Denna como lo haría un científico que acaba de descubrir una nueva y exótica especie animal—. ¿Ibar? —insiste Lórim—. ¿Hay alguien en casa?

Lórim juraría que las mejillas se le sonrojan ligeramente cuando Denna se le acerca.

—Siento haber irrumpido así en vuestra habitación —dice ella, diplomática— pero es que Lórim me ha dicho que podía conseguirme el libro de Familias de Köllinghen y yo hace días que lo busco en la biblioteca...

—Y da la casualidad, *casualísima*, de que el libro está aquí mismo, y he pensado que podrías prestárselo —colabora Lórim, disponiendo la sonrisa más cándida que tiene y da dos golpecitos en la portada del libro, que efectivamente está sobre el escritorio de Ibar—. Denna estudia casi tanto como tú, que ya es decir.

Ibar continúa con expresión acartonada, la boca ligeramente abierta por la sorpresa. En la habitación reina por unos segundos un silencio expectante.

—Köllinghen... Te interesa Köllinghen —comenta, por fin. Su voz suena

ronca y lejana—. No sabía que os lo hicieran leer en primero.

Denna pone la cara que tenía el día que ella y Lórim hablaron por primera vez en la cafetería, entre avergonzada y orgullosa de ser una rata de biblioteca.

—Lo mencionó la profesora Nedia el otro día en clase. No es obligatorio pero creo que necesito algún refuerzo para Fundamentos...

—Pues este libro te ayudará. Propone unas teorías que ni siquiera se han desarrollado sobre la relación entre el Vínculo y la evolución de cada Familia y... y...

Ibar, de repente, se suelta. Hay una explosión de Ibar, una marea irrefrenable de Ibar mientras recomienda una atenta lectura del capítulo quince. Y del dieciocho. Y del veintitrés. Una avalancha de Ibar, que agarra el libro de Köllinghen del escritorio y después, de la estantería, dos volúmenes más, que tienen el mismo aspecto de ser mortalmente aburridos, sin parar de hablar.

Denna lo escucha. No por educación, como hace a veces Lórim cuando Ibar le sermonea, no; Denna escucha de verdad, con la cabeza un poco inclinada hacia él, la comisura de los labios ligeramente curvada, apuntando una sonrisa. Cuando el estallido inicial de Ibar se calma, incluso empieza a hacer preguntas. Ambos se enzarzan en una discusión apasionada y, para Lórim, incomprensible sobre bibliografías, escuelas de pensamiento y teorías.

Lórim ha perdido completamente el hilo de la conversación, así que se retira a un rincón del cuarto y les observa. Primero a Denna, grabándose en la memoria su figura elegante, esa trenza castaña que no ha tocado nunca pero que seguramente sea suave al tacto, los ojos claros de ese color al que llaman «color de la miel», pestañas infinitas y una constelación de pecas traviesas sobre los pómulos. Luego se fija en Ibar, en esas cejas ligeramente fruncidas que le dan una expresión de concentración permanente, la nariz recta sobre la

que sus gafas han resbalado, aunque esta vez no las ha devuelto a su sitio. Y luego, luego se fija en los dos, en el rubor de sus mejillas y en su lenguaje corporal, en que cada vez que uno se acerca, el otro da un pequeño respingo, como si le hubiera dado un calambre.

En ese instante, al mismo tiempo que tiene una idea que va a solucionar su problema con Denna, Lórim siente una extraña pesadez por todo el cuerpo, *precisamente* porque tiene una idea que va a solucionar su problema con Denna.

Intenta que la angustia no se le refleje en los ojos. Intenta recordar esa sonrisa que sabe hacer tan bien, la de «No Pasa Nada», la sonrisa del Lórim despreocupado que quiere ser. Fuerza los labios para que pierdan la rigidez y se le curven hacia arriba, todo el tiempo que haga falta, el tiempo que Ibar y Denna charlan sin parar.

Como si físicamente le costara hacerlo, Ibar empuja hacia Denna la pila de libros que hay sobre la mesa. Coronándola, el dichoso volumen de Familias de Köllinghen, sobre el que Ibar da un ligero golpecito con las yemas de los dedos, pensativo.

—Hum... —empieza. Es un ruidito que Ibar hace muy a menudo, ese «hum», a medias entre un suspiro y un resoplido—. Creo que con estos ya tienes una buena base para empezar el estudio de la relación entre el Vínculo y las Familias... ya me... ya me contarás si te han servido...

—Lo haré. Confía en que lo haré. —Denna toma el volumen de Köllinghen entre las manos como si fuera un tesoro—. Por cierto, soy Denna Blyzster, Agua. Lórim ni nos ha presentado.

—Ibar Blumersett. Tierra —responde él tras lo que parece ser una eternidad.

Como si estuvieran en el mundo al revés, después de las presentaciones parece que se queden sin palabras y Lórim teme muy a su pesar que la idea

que acaba de tener se hunda en el océano sin que él haya tenido la mínima oportunidad de ponerla a flote. Denna asiente, Ibar se vuelve para seguir estudiando y Lórim piensa muy rápido y muy frenéticamente cómo solucionarlo.

—Bueno, pues... —comienza Denna mientras da un paso hacia la puerta.

—¿Ibar? —comienza por su parte Lórim a la desesperada—. ¿No vas a...? ¿A...? —Es la primera vez que le ocurre. Quedarse sin palabras. Lórim maldice mentalmente mientras busca urgentemente algo que decir pero en ese mismo instante suenan las campanas del edificio de Administración. Es la hora de la cena y entonces se le dibuja una mueca satisfecha mientras dice—: ¿No vas a acompañarnos a cenar?

Ibar se queda muy quieto, como si Lórim le hubiera dicho algo en xoolí.

—¿Cenar? Pero si tú y...

—Claro, Ibar —lo corta Lórim—. Tendremos que ayudar a Denna a llevar todos esos libros. No pensarás que una señorita como ella...

—Pero si yo puedo llevarlos sol...

—Decidido. —Sin dejar que ella termine la frase, Lórim le arrebató a Denna la mitad de los libros que acarrea y le hace una seña a Ibar con la cabeza—. ¿Vamos?

Con un gesto de absoluta confusión, el ceño fruncido tras sus gafas cuadradas, Ibar se levanta, toma en sus brazos el resto de los libros y después mira a Lórim.

Lórim asiente.

—Vamos.

Van en fila por las escaleras de la residencia masculina. Los primeros peldaños los bajan en silencio como en una comitiva fúnebre pero, tras un suspiro que podría escucharse hasta en Klachnodar, Lórim vuelve a la carga. Que si sabes, Ibar, que Denna ha sacado un diez en el último trabajo de

Leyes. Que, por cierto, Denna, pero Ibar está en Élite. Lórim solo sabe que van detrás de él porque escucha sus pasos por el camino de gravilla una vez que han salido al exterior. Que no sé si sabías, Ibar, que Denna ha sido capaz de completar el ejercicio del cubito ese maldito de la profesora Dhelk perfectamente al cuarto intento. Que, claro, Ibar fue el mejor de su clase, que me lo dijo el otro día, Denna, pero no quiere ayudarme. Quizá pudieras pedirselo tú. Seguro que si se lo pides tú, Denna, te hace caso. Que te ha prestado incluso sus libros. E Ibar no le presta libros a nadie, ni siquiera a mí, que soy su amigo del alma. Ahora o nunca.

—Un momento —dice mientras recoge los libros que Ibar tiene entre los brazos—. *Queee...* Que he quedado con Nero. Sí. ¡Se me había olvidado! Para... bueno, eso, tengo *queee...* ayudarla, sí. ¡Con Fuego! Sí. Estaba hoy llorando en clase, pobrecita, y me he ofrecido *aaa*, bueno, ya sabéis... Lórim Hérshel, salvavidas oficial del Liceo, sí. ¡Ese soy yo! —Lórim echa a correr en dirección a la residencia femenina mientras les grita—: ¿Por qué no vais yendo vosotros a cenar y luego os alcanzo yo? ¡Y no te preocupes por los libros, Denna! ¡Le digo a Nero que te los dé más tarde!

Lórim corre sin mirar atrás. Ya está. Ya lo ha hecho. Su plan está en marcha y aunque el corazón le proteste, más vale que funcione.

Miércoles, 4 de diciembre.

Paseo de Pralín, Casa de la Guardia 7.18 de la tarde



A Brynn se le han acabado las excusas. Ha intentado trabajar en otros casos que tiene pendientes. Ha revisado la montaña de papeleo burocrático que suele acumularse en su escritorio. Ha hecho de todo con tal de no enfrentarse a la mesa y a la sugerencia que le hizo Cait para revisar los documentos de Aleus Koem que el agente dice guardar en un lugar seguro.

Koem, Rayo, que había llegado a ocupar un cargo decente en el ejército durante la guerra, sargento o capitán, Brynn ya no lo recuerda. El mismo que se rebeló contra sus superiores, perdió títulos y tierras y fue a dar con sus huesos a Aguasquietas acusado de conspiración. Al menos fue Aguasquietas, donde tenía una celda para él solo y le daban comida tres veces al día. Para

los miembros de las bajas Familias eran los campos de trabajos forzados. Y, al estallar la Revolución, él estaba a la cabeza y se dedicó a dar caza a todos aquellos que habían abusado de su poder de una u otra forma. Los primeros años todo el mundo lo veía como un héroe. Koem sabía dar discursos, desde luego. Incluso Brynn fue uno de los muchos que le siguieron... durante un tiempo. Luego llegaron la paranoia y los métodos dudosos. Se convirtió en un elemento incómodo y acabó retirado con honores en el Liceo, donde podría impresionar a las nuevas generaciones de la Guardia.

Y tantos años después, Koem se mezcló con compañías poco recomendables para preguntar sobre el incendio del palacio de los Indrasil poco antes de acabar muerto. ¿Por qué? Brynn, desde luego, no piensa reconocer que el agente Cait pueda tener razón. No hasta que lo vea con sus propios ojos, pero...

—Buenas tardes, detective.

Brynn levanta la cabeza inmediatamente. Cait tiene la mala costumbre de entrar en el despacho sin llamar. Que, de acuerdo, técnicamente son compañeros y no es necesario que lo haga; pero es *de buena educación*.

—Buenas tardes.

Como siempre, el agente Cait se toma su tiempo para quitarse ese abrigo negro que lleva y colgarlo en el perchero con cuidado de que no se arrugue.

—¿Qué tal está, detective? ¿Alguna novedad?

Brynn abre la boca pero vuelve a cerrarla. Lo sabe. Cait *lo sabe*. Duda mucho que le haya leído la mente con Aura, pero esa expresión de triunfo que tiene el agente es inconfundible.

—Lo sabe perfectamente, así que no me venga con esas.

—Solo sé que la otra noche hizo una pequeña excursión, detective. Es mi trabajo —responde Cait con parsimonia mientras se roza el pecho con los

dedos, allá donde guarda su placa. Malditos fantasmas, piensa Brynn, pero al menos el chico ha tenido la decencia de no mentirle.

—Pensé que su trabajo era descubrir quién asesinó a Koem.

—Ninguna prueba es excluyente, detective Brynn. Mi división tiene una red de informantes muy bien pagada, y su charla con Radezky levantó algo de revuelo. Dígame. —La expresión del agente Cait cambia de repente. Se vuelve ávida, casi como si estuviera disfrutando enormemente de todo esto —. Dígame: ¿qué le contó?

Por una vez, una única vez, Brynn cede.

—Que Koem había estado allí. Y que había estado preguntando por la noche del incendio en el palacio.

Por lo menos el agente Cait no le responde con un «se lo dije», sino que abre mucho los ojos y asiente. Se lleva la mano al bolsillo interior de la chaqueta negra y saca un cuaderno de cuero. Tiene manchas de un marrón oxidado en las cubiertas y Brynn sabe enseguida que se trata de sangre.

—Verá, detective —comienza Cait—. Esto era lo que yo quería...

Entonces, a través de la puerta cerrada del despacho, escuchan los gritos. Y si bien es verdad que el griterío perpetuo es el estado natural de toda Casa de la Guardia, Brynn se da cuenta enseguida de que algo va mal.

El agente Cait y él mismo salen del despacho y encuentran vacíos los pasillos y despachos. Las docenas de escritorios que pueblan la oficina principal están desocupados. Los gritos provienen de más allá del pasillo, donde está la salita de descanso del personal. Todo el mundo está allí. Es algo que solo ocurre cuando se emite alguna final importante de la liga de balón prisionero en el orbe; pero no está puesto el canal de deportes, sino el orbediario. Brynn no puede oír lo que dice la presentadora, así que se acerca, aparta a sus compañeros. Primero, lentamente. Luego, a empujones cuando en la imagen holográfica aparece una bandera roja con la silueta de un águila

blanca envuelta en llamas. Superpuesta aparece una imagen de archivo del profesor Aleus Koem. La presentadora del orbediario anuncia, con tono profesional y serio, que Nylert Orbevisión, así como el periódico *El Heraldo de Blyd*, acaban de recibir un comunicado de los Caballeros del Águila...

—Es imposible —masculla.

Es imposible que los Caballeros del Águila, maldita sea su memoria, hayan enviado ningún comunicado a nadie porque ya no existen. Murieron en el incendio del palacio junto a su querido Emperador, y los pocos que lograron sobrevivir o están retirados o todavía se pudren en Aguasquietas.

«En este comunicado, los Caballeros... —continúa la periodista holográfica y Brynn la corrige mentalmente; *supuestos* Caballeros del Águila, porque no pueden ser ellos de verdad. No puede ser—... reivindican el asesinato de Aleus Koem en el Liceo de la Guardia de Blyd...»

Brynn se aleja, da una patada a una silla y todos se vuelven cuando brama:

—¡Los muertos del Emperador y toda su estirpe!

Inmediatamente, la Casa de la Guardia del Paseo de Pralín se convierte en un hervidero de actividad: los comunicadores comienzan a sonar a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo; los guardias se mueven de aquí para allá, entre sus escritorios y los grupos que se forman espontáneamente entre susurros asustados. A los pocos minutos, una pareja que regresa de patrulla informa de que la prensa ya se ha apostado en las puertas del edificio.

El detective Brynn, que todavía se debate entre patear algo más de mobiliario o lanzárselo directamente al orbe, apenas reacciona cuando le avisan de que el capitán Morgensett quiere verles a él y al agente especial J. Cait. No será para nada bueno.

No. Desde luego, al llegar a su despacho el capitán Morgensett les recibe con una expresión que indica que está teniendo un día peor que el suyo, que ya es decir. Sobre todo porque además le llama por su nombre de pila.

—Álek —dice—. Agente Cait.

Antes de continuar, Morgensett se ajusta el cuello de la camisa, blanco y almidonado, que contrasta con su piel color azabache. Está en pie y pasea por detrás de su escritorio.

—Acabo de recibir una orden.

El comunicador del capitán está sobre la mesa. Solo es una pequeña esfera de cristal sobre una peana metálica finamente trabajada, pero hay algo en ella que le transfiere un aire culpable. Por fin, Morgensett se sienta en su butaca. Él también observa su comunicador con un rastro de resentimiento mientras cruza las manos sobre la mesa.

—El mensaje de estos... *Caballeros del Águila*... —Morgensett hace una pausa como si ese nombre le quemara en la garganta—. Ha causado muchísimo revuelo; en el Ministerio del Interior están más nerviosos que un oso en un restaurante Klachnodense y quieren solucionar este asunto rápidamente y con discreción.

Desde una silla idéntica a la de Brynn, el agente Cait asiente. En cambio, el detective se mantiene alerta. No es propio de Morgensett llamarles a su despacho solo para darles una charla de motivación. Tiene que haber algo más. Algo desagradable que ha conseguido ponerle esa cara de úlcera.

—Seguimos trabajando en ello, jefe, hemos encontrado nuevos indicios que...

—Déjeme acabar, Brynn, hágame el favor.

Ha sido una conversación corta, casi un monólogo. «Ya no se trata de la investigación de un asesinato. Es un asunto de Estado», ha dicho. Entonces, tras un largo suspiro, el capitán Morgensett ha añadido: «A efectos inmediatos, la investigación del asesinato de Aleus Koem, así como todo lo

referente a ese grupo que se hace llamar los Caballeros del Águila queda bajo la jurisdicción de las Brigadas de Intervención Especial».

No ha habido discusión posible. Ni cuando Brynn se ha puesto en pie y ha golpeado con fuerza el escritorio de pura rabia. Las BIE son lo mejor de lo mejor, y lo más parecido a un ejército que existe en Nylert. Se encargan de la protección de fronteras y de los casos grandes: crímenes internacionales, amenazas a la seguridad pública de Nylert. Trabajan directamente para el Ministerio del Interior. Es lo justo y necesario y, aunque no lo fuera, órdenes son órdenes, especialmente cuando llegan de lo más alto del gobierno.

Cait se lo ha tomado con elegancia y con la sonrisa enigmática de siempre. «Por supuesto, faltaría más, en las BIE seguramente tengan más medios que nosotros para resolver el caso», ha asegurado con voz melosa.

Una oleada de bilis le sube a Brynn por la garganta al tiempo que él y Cait llegan a la salida de la Casa de la Guardia. Les han echado del caso y en un principio le ha parecido de buena educación acompañarle a la salida. Ahora solo se siente incómodo cuando se vuelve hacia el agente y lo ve ponerse ese abrigo negro suyo tan tranquilo, casi como si ya sospechara que todo lo que ha ocurrido iba a pasar. Brynn abre la boca y extiende una mano que queda floja en el aire porque Cait se le adelanta.

—Ha sido un placer trabajar con usted, detective.

Cait le da un apretón de manos firme, mirándole a los ojos. Mucha gente cree que con eso se puede determinar la personalidad de un hombre; Brynn ha aprendido con la experiencia que solo sirve para saber quién es mejor mentiroso.

—Lo mismo digo, agente —responde él, devolviéndole el apretón y la mirada serena.

El contacto dura unos segundos más de lo necesario. Cada uno espera que sea el otro quien ceda primero. Al final, es Brynn quien libera la mano de su

colega. Se aparta un paso, un gesto como cualquier otro para indicar que, hecha la despedida, al chico no le queda más que marcharse.

El agente Cait empuja la puerta. No ha perdido la sonrisa cuando, aún bajo el quicio, se detiene, apoya la espalda sobre la pesada hoja de madera y se vuelve de nuevo hacia Brynn.

—¿Sabe, detective? Me estaba preguntando... —Hace una pausa. Se pone el sombrero, negro igual que el abrigo. Debe de ser cosa de los agentes secretos, que tienen que dar una imagen—. ¿Quiénes son estos nuevos Caballeros del Águila? ¿Y por qué se inculparían del asesinato de Koem un mes después? Uno podría imaginar que, ya que matan a alguien, querrían anunciarlo a todo el mundo cuanto antes. Si le soy sincero, me cuesta encontrarle sentido a todo esto.

El detective Brynn le dedica una mirada cuidadosamente neutra. Todavía le da un vuelco el corazón cuando escucha ese nombre. Los Caballeros del Águila, con sus capuchas rojas y uniformes de un blanco impoluto, eran la parte más visible del régimen de terror que impuso el emperador Indrasil los últimos años de su reinado, su guardia personal, todos Fuego, únicamente Fuego, todos dispuestos a dar la vida por su líder.

—Ahora es problema de los BIE.

El agente Cait menea la cabeza y su sonrisa cambia. Se vuelve maliciosa, en cierta manera, más auténtica. Cait podrá esconderse detrás de expresiones sosegadas y apretones firmes de mano, pero en realidad lo que hay debajo es una mente aguda como un cuchillo.

—Sí. Otra casualidad de lo más oportuna —concluye alejándose unos pasos. Brynn no tiene tiempo de preguntarle a qué se refiere con eso último. Cait se toca el ala del sombrero a modo de despedida—. Cuídese, detective. De todas formas ha sido un placer. Formábamos un buen equipo, ¿no le parece?

Brynn cree que tarde o temprano habría acabado por tirar al agente Cait por la ventana pero asiente de todas formas.

—Que tenga un buen día, agente.

Jueves, 5 de diciembre.

Cafetería. 2.24 del mediodía



«Los Caballeros del Águila han regresado.» «No. No han regresado, porque murieron en el incendio.» «Eran la guardia personal del Emperador, así que estaban en el palacio, eso lo sabe todo el mundo.» «Es un montaje. Es mentira. Es solo un nombre para asustar a la gente.» «No, alguno sobrevivió y deben de estar muy enfadados.»

Kózel tiene los ojos fijos en el suelo pero aun así escucha atentamente al grupo de estudiantes de cuarto curso que discute más adelante en la cola.

Los Caballeros del Águila. Desde que la tarde anterior apareciera el comunicado en todos los orbes del país, los alumnos se mueven en grupos pequeños y vigilan a quién tienen alrededor antes de hablar. Incluso las

asignaturas han quedado en segundo plano. Nedra Vorak ha dado por terminada la lección antes de que tocara la campana y la clase de Leyes con la profesora Ipola Nock se ha convertido en un acalorado debate.

«Y estuvieron aquí, en el Liceo.»

Echa una mirada hacia atrás. Lórim y Nero están sentados a una de las mesas del fondo con la misma expresión sombría que el resto de sus compañeros. Por eso está haciendo cola otra vez, porque les ha visto tan abatidos que se ha ofrecido a ir a por los postres. De haber sabido que tendría que escuchar por enésima vez una discusión sobre los dichosos Caballeros, se lo habría ahorrado.

En cuanto llega al mostrador donde está la comida, saluda a la señora Monett, la encargada, y descubre que se le ha pasado el hambre. Está a punto de abandonar su bandeja y contarles a sus amigos que se ha acabado la tarta de chocolate cuando nota una presión sobre la visera de su gorra.

—Hola, enano. Me pongo aquí contigo, ¿de acuerdo? —Vann apoya un brazo alrededor de los hombros de Kózel y se inclina hacia delante mientras ignora las quejas de los que están detrás. Debe de haber salido tarde de la clase de Lucha porque lleva el chaleco del uniforme medio desabrochado y tiene el pelo húmedo de la ducha.

Kózel, que ha convertido el apartarse de Vann muy disimuladamente en un arte, se encoge un poco mientras empuja la bandeja hacia un lado. Al final pone tres platitos de tarta sobre su bandeja, aunque cree que el suyo se lo va a ceder a Nero, mientras Vann se sirve una ración de todo lo que hay en el menú.

Kózel contiene la respiración mientras se alejan del mostrador pero al final la pregunta se le escapa sola en un tono de voz más bajo del habitual:

—¿Crees que es verdad?

Se había hecho el firme propósito de no tocar el tema pero le es imposible.

La pregunta lleva rondándole todo el día la cabeza.

—¿El qué? —pregunta Vann haciendo malabarismos con la bandeja mientras se abren paso entre corros de estudiantes que no parecen dispuestos a moverse.

—Lo de los... Caballeros del Águila —responde Kózel mientras avanzan por entre las mesas. Para no mirar a Vann, vuelve la cabeza hacia arriba. Al mediodía, la cafetería se llena de luz gracias a una gigantesca claraboya redonda, de cristal emplomado, que ocupa la mitad del techo. Pretende representar, de forma alegórica, el universo: los bordes representan un cielo nocturno que gradualmente se vuelve del color del océano, salpicado de animales marinos que se retuercen en esas aguas hechas de vidrio. El siguiente círculo de la claraboya está compuesto por plantas y flores, y aquí los colores se multiplican. Si uno se fija bien, se pueden distinguir animales ocultos entre la vegetación: primero pequeños insectos, pájaros, roedores, la silueta esquiva de un lobo, un ciervo que se confunde entre las hojas. En el centro mismo está el escudo con la estrella de nueve puntas, pero aquí Kózel tiene que apartar la vista—. ¿Crees que han estado aquí realmente, en el Liceo? ¿Y que ellos mataron a Koem? ¿Y que si es...

—Sinceramente, espero que no —interrumpe Vann con algo que no llega a ser una sonrisa, solo se le quedan entornados los ojos—. Esta mañana en el *Heraldo* decían que la nota incluso podría ser falsa. Alguien que quiere llamar la atención o sembrar la alarma, qué sé yo.

Hasta que llegó al Liceo, siempre había tenido la sensación de que lo que había sucedido en el continente durante el Imperio y la Revolución era algo muy lejano; pero ahora que ya lleva casi tres meses aquí, sabe que se equivocaba. La dichosa claraboya, que siempre le ha parecido imposiblemente hermosa, es un ejemplo. En la estrella del centro, hay un grupo de paneles de vidrio distintos al resto. Se intuye claramente; cuando la

luz del sol los atraviesa, tienen un color más desvaído. Es porque son nuevos. Porque el Liceo, antes de formar a la Guardia, era la academia militar de Blyd, y los paneles sustituidos representaban el emblema de Dominio, la Familia del Emperador.

—Ya... —Lo que dice Vann tiene su lógica, al fin y al cabo, pero aun así Kózel no acaba de tranquilizarse. Está a punto de insistir, pero en ese momento varios estudiantes entran en la cafetería apresuradamente. Hablan con otros que están sentados y, de inmediato, un grupo amplio se levanta y sale fuera. Lo mismo se repite varias veces mientras un murmullo creciente se expande por entre las mesas.

Lórim y Nero se han puesto en pie. Un par de mesas más allá, Kózel ve que Enzo Baaer, Kástor Graadz y otros compañeros de segundo con los que Vann suele sentarse hacen lo mismo.

—¿Qué ocurre? —le pregunta a Lórim cuando él y Nero llegan a su lado.

—Tenemos que salir fuera. —No debe de haber pasado algo agradable, porque Lórim está pálido y le tiembla la voz cuando se lo dice.

Ya hay una pequeña multitud en la explanada que separa la cafetería de los aularios. Kózel y los demás se abren paso entre la gente, cada vez con más urgencia, para ver qué ha ocurrido. El primero en verlo es Lórim, que al ser más alto puede otear por encima de las cabezas de los demás, y luego masculla:

—No puede ser...

Alguien ha hecho una pintada en un lateral del edificio, con letras grandes y rojas. También les ha puesto una ilusión encima para que desprendan un brillo cegador, como si las hubieran grabado a fuego sobre el muro:

KOEM SE LO MEREÍA.

Podría ser un simple acto de vandalismo o una broma de muy mal gusto, pero entonces, junto a las letras, aparece un símbolo. Un águila tan roja como las letras, rodeada con una aureola de Fuego girando a toda velocidad.

Kózel siente cómo se le encoge el estómago, sobre todo cuando Vann, a su lado, aprieta los puños. Le ha desaparecido la expresión afable que tenía en la cafetería y mira fijamente la pintada. La cara le brilla, roja por el reflejo de la Ilusión.

—Vann... —susurra.

Pero Vann no responde porque, de pronto, alguien pasa corriendo por su lado y suelta un gemido.

—¡Kástor! —grita.



Kástor no le escucha porque siente el pecho inflamado de odio. La pintada le ocupa todo el campo visual y lo tiñe de color Fuego y color sangre. El cuerpo se le mueve por inercia, se nota la piel ardiente, como si de un momento a otro fuera a agrietarse, seca y blanquecina convertida en un caparazón de cuyo interior fueran a brotar llamaradas del mismo color que las letras. Que Koem se lo merecía. Y el símbolo. El símbolo de los Caballeros del Águila.

Cuando llega junto a la pared de los aularios, el mundo se le ha vuelto más rojo que nunca. Kástor golpea el muro con las manos, que se le manchan. Tiene que decirse, en voz muy alta dentro de su cabeza, que es solo pintura fresca, es pintura, nada más. Ignora el dolor de los arañazos mientras, con

todo el ímpetu que es capaz de acumular comienza a emborronar las letras. Y todo sigue de ese color tan rojo que le hiere, y Kástor ruge. De repente, un movimiento en la periferia de su visión le hace volverse, dispuesto a atacar. Es Wen. Silena Weneseoph que es amiga de Enzo, pero también es Fuego, y...

—Así no, Graadz —dice Wen. Tiene la cara pálida. Entonces se echa un paso hacia atrás, los brazos trazando un arco en el aire. A medida que se mueve, el Agua se materializa entre sus dedos y Wen la arroja sobre la pintada. Una y otra vez.

Y más gente. Más gente que se acerca y Kástor se detiene, desorientado. Enzo. Vann. Dhalik Simmel, que también es Tierra. Izeen Zrakov, que va a su curso y que es Agua, como su hermana melliza Izaia; Lórim Hérshel, que es amigo del compañero de cuarto de Vann. Y gente que no conoce, son muchos. Con las manos o con Agua tratan de convertir las letras en inocuas manchas sobre el ladrillo.

Pero de pronto escucha un grito. Siempre hay gritos. Otros se han acercado también pero no para ayudar. Justo a su lado, Zaaren Kelsryn empuja a Wen con tanta fuerza que la tira al suelo sobre un charco de agua teñida de rojo. El novio de Zaaren, Álek Rádick junto a Nymar Lexett, que también está en su curso, se encaran con Dhalik Simmel. Y hay más: un novato de primero, alto y pecoso, llega a la carrera, y algunos más de tercero. Un estudiante de cuarto curso, Élite, con el chaleco de color negro, Vincula un Escudo protector frente a la parte todavía visible de la pintada.

Kástor sabe que Sammler debe de estar por ahí, en alguna parte. Lo busca, frenético, entre la batalla campal que comienza a formarse a su alrededor y se encuentra con que Sammler ya le está mirando a él.

Y Vann. Vann sale de alguna parte a su espalda, hecho una furia. Las facciones crispadas, el puño echado hacia atrás que golpea a Sammler en la cara haciendo un ruido que se alza por encima de todo lo demás.

Y luego... luego Vann, que se preparaba para otro golpe igual de devastador, se levanta bruscamente del suelo y queda suspendido, boca abajo, por un remolino de Aire que acaba de aparecer alrededor de su tobillo. También Sammler. Y Nymar Lexett y Wen y el de cuarto de Élite que ha hecho el Escudo. Kástor no entiende nada hasta que ve a media docena de profesores acercándose muy, muy enfadados.

El despacho del director Nayer es una sala amplia, con las paredes forradas de estantes llenos de libros. El nombre del director escrito en letras doradas en la puerta. Kástor ya había estado aquí una vez, cuando le admitieron en el Liceo.

—¡Es inadmisibile! —exclama Nedia Vorak. El resto de los profesores se ha quedado fuera del despacho pero ella, como jefa de estudios, está de pie junto al director.

—¡Inadmisibile es sugerir que nosotros seamos culpables de algo! — responde Vann, que se adelanta un paso. Kástor a su vez retrocede. Trata de centrar la atención en los dos ventanales, altos y estrechos, que hay a su izquierda. A través de los cristales entra una luz cálida que se derrama por encima de los lomos de los libros y del escritorio del director hacia el centro de la sala.

—Hablando así no se está haciendo ningún favor, señor Strainir —dice la profesora Vorak. Su voz es seca, cortante—. Le sugiero que controle ese tono. Están aquí por iniciar una pelea dentro de los terrenos del Liceo. Todos ustedes.

Les mira. Ahora sí, Kástor se obliga a prestar atención aunque todo su cuerpo le pida que ponga distancia. Hay demasiados gritos y demasiada gente. Dos grupos opuestos a ambos lados del despacho: Vann, Dhalik

Simmel, Wen y él. Enfrente, Sammler con la nariz hinchada por el puñetazo que le ha dado Vann, Zaaren Kelsryn, su novio Álek que no ha abierto la boca, también Nymar Lexett y el alumno de Élite al que la profesora Vorak antes ha llamado Lukash.

El director Nayer levanta una mano. Parece un gesto que reclama un poco de paz pero también es, cree Kástor, porque quiere hablar.

—No podemos tolerar un incidente así —comienza con la voz quebrada. El director está sentado en la enorme silla de su escritorio y no se ha levantado en todo el rato—. Va en contra de todo lo que representa el Liceo.

Al lado de Kástor, Wen murmura:

—Y la pintada y el aguilucho sí muestran los valores del Liceo, claro.

—¿Decía algo, señorita Weneseph? —Nedia Vorak se vuelve tan rápido que Kástor se sobresalta por la brusquedad de su gesto.

Wen baja la cabeza, pero Vann no.

—No habría ocurrido ningún incidente si ellos no hubieran hecho la pintada, eso es todo.

La pintada. Kástor se mira las manos todavía manchadas de carmesí. Tiene que refrenar el instinto de salir corriendo del despacho del director para limpiarse. La pintura se ha secado para dar lugar a una comezón horrible entre los dedos.

—¿Está acusando a alguien, señor Strainir? —pregunta el director con tono suave—. ¿Acaso ha visto a alguno de los que están aquí hacer la pintada o el símbolo del Águila con Ilusión?

Vann entonces se yergue, cruza los brazos sobre el pecho.

—Bueno, si la defendían con tanto ahínco está claro que...

—¿Que qué, Strainir? —responde Sammler de inmediato, adelantándose.

—¡Que por supuesto que la hicisteis vosotros, imbécil!

Kástor vuelve la cabeza, se tapa las orejas con esas manos manchadas de

rojo que tiene porque el despacho se ha llenado de gritos. Sammler y Vann se encaran, Wen y Zaaren intercambian acusaciones, comienza un amago de batalla que se detiene cuando Nedia Vorak se interpone entre ellos. Su figura tan menuda como severa es lo único que necesitan para que el silencio vuelva a reinar en la habitación.

—Basta. Ustedes —dice señalando a Vann y a Sammler— tienen bastantes antecedentes de enemistad como para justificar cualquier pelea, sea por el motivo que sea. Estamos aquí para discutir algo mucho más grave que esa pintada. Si alguna vez se descubre a sus autores, entonces recibirán la sanción apropiada...

—¿Es más grave una pelea? Por todos los cielos, no entiendo cómo pueden defenderles de esta forma —la corta Vann—. ¡En la pintada ponía que Koem se merecía la muerte! ¡Y era un profesor del Liceo! Era... ¡era un héroe!

—Un asesino, querrás decir —musita el chico de élite, Lukash.

Nedia Vorak se queda quieta un instante, las facciones impasibles. Si se le pasa alguna emoción por la cabeza, Kástor no es capaz de identificarla.

—Dejando de lado las virtudes o defectos del difunto Aleus Koem, la pintada sigue siendo solo una chiquillada. Definitivamente, una de muy mal gusto —añade volviéndose hacia Sammler y los suyos—, pero nada más.

—Pero el águila... —empieza Vann. Kástor vuelve la vista hacia los ventanales buscando el espacio abierto de los jardines que se ve a través del cristal. El águila, el símbolo de los Caballeros, no quiere pensar en ello.

—Basta de quejas, ¿queda claro? Todos ustedes: quedan avisados. El próximo incidente de este tipo les supondrá una nota de advertencia en su expediente, así que ándense con cuidado. Señor Strainir, esto va especialmente por usted. ¿Entendido? —Vann no responde—. ¿Entendido, señor Strainir?

Tras un instante, él asiente. El director Nayer entonces se pone en pie,

apoyando las manos en su escritorio para ayudarse.

—Pueden marcharse. Regresen a sus clases.



Por la tarde, después de las clases, la pintada en los aularios es poco más que un borrón de color rojo sobre el muro de piedra. Muchos se han acercado a verlo, la mayoría horrorizados. Otros, no. Denna observa cómo un chico y una chica de tercero, a juzgar por el chaleco azul celeste de sus uniformes, hacen una rápida reverencia frente a las letras, que a pesar de todo todavía son legibles. No se ha atrevido a acercarse para enfrentarse a ellos. Quería hacerlo, pero al final el miedo ha podido con ella y ha visto todo lo que ha ocurrido desde un rincón.

Mientras se pasa una mano cuidadosamente por el pelo, que hoy lleva suelto sobre los hombros, respira hondo.

Ha estado dándole vueltas durante días, recordando los momentos en los que se ha cruzado con Ibar. Como por ejemplo aquel día que se encontraron casualmente de camino a la cafetería y se les pasó la hora de la cena charlando de libros. O cuando frente a la residencia él le sonrió y luego casi tropezó con las escaleras de entrada. A lo largo de este tiempo, Denna se ha convencido a sí misma de que sí que es guapo. Y de que sí que es majo. Y de que quizá le gusta. Un poquito.

Cuando recibió la carta de admisión al Liceo ya sabía que la parte más dura no sería la académica. Lo de los amigos jamás ha sido su fuerte excepto con

Lórim, claro. A Denna ya le gustaría que hablar con los demás le resultara tan fácil como hacerlo con él, porque la amistad de Lórim es como un metropolitano a punto de descarrilar: imparable. Hablar con él es fácil. Y cuando el otro día conoció a Ibar, que es callado y habla de libros con emoción apenas contenida en la voz, Denna se dio un ultimátum a sí misma: como hace Lórim, ella tenía que comenzar a llevar la iniciativa. Por eso, ya que iba a la biblioteca a estudiar por la tarde, lo ha hecho con uno de los libros que le prestó Ibar metido en el bolso, el de Familias de Köllinghen.

Su principal objetivo es devolvérselo y, si puede ser, socializar con Ibar en su medio natural que, según Lórim, es la mesa frente a la sección de Investigación.

Denna llega a la biblioteca y atraviesa la planta principal. La sección de Investigación se encuentra en el segundo piso. Es una zona más tranquila que la planta baja, con luz natural que entra por unas ventanas estrechas y altas que culminan en arcos de medio punto.

A medida que se acerca, se repite que todo irá bien, que charlará con Ibar, que es majo y guapo. Un cosquilleo cálido le recorre todo el cuerpo al imaginar que él la mira con la misma pasión con que mira sus libros.

Prácticamente puede visualizar cómo tendrá lugar la conversación; ella llegará a donde está Ibar y será encantadora. Él, un poco avergonzado pero varonil, iniciará una conversación sobre algún tema serio, como los Fundamentos del Vínculo, que con un poco de suerte derivará en temas menos serios, como salir un día a tomar algo a solas.

Ya casi ha llegado. Denna prepara una sonrisa y unas primeras palabras para romper el hielo y serían una sonrisa y unas primeras palabras perfectas si, cuando llega a la sección de Investigación, Ibar estuviera allí.

De repente, toda la seguridad que había depositado en sí misma empieza a desvanecerse. A punto está de marcharse por donde ha venido pero, en lugar

de marcharse, solo da un paso atrás, un paso que utiliza para tomar impulso en vez de huir. Si Ibar está en la biblioteca, todavía puede encontrarlo.

También puede meterse en un buen lío si la descubren, claro. Siente una punzada en la boca del estómago; de miedo o de anticipación. Sabe que no va a hacer nada malo de por sí y que exponerse por un chico, después de meses manteniéndose en el anonimato, es una tontería. Sin embargo, ella es Denna Luar Gerder de Blyzster y, como dice su madre, la historia ha demostrado con creces que las Gerder siempre consiguen lo que quieren. Quizá Denna debiera comenzar a creérselo.

Parpadea dos veces seguidas. Denna está tan acostumbrada a ocultar su verdadera Familia que al principio le cuesta. Parpadea dos veces de nuevo, la mente en blanco, concentrándose en su respiración y en el ritmo regular de su pulso. Entonces el corazón le da un vuelco, como cuando justo antes de dormir sueña que cae al vacío, y la biblioteca se llena de ruido, aunque Denna sabe que solo se escucha dentro de su cabeza.

Al principio lo que percibe es una cacofonía inconexa, retazos de pensamientos que tocan su mente, chocan los unos contra los otros y se desvanecen. Denna frunce el ceño hasta que lentamente el ruido comienza a adquirir sentido. Puede distinguir palabras, frases enteras; personas. Una chica de voz ronca que recita el código penal, un chico pensando, cómo no, en los Caballeros del Águila y en esa terrible pintada. Denna fuerza su mente para captar más y más pensamientos, para que su poder alcance lo más lejos posible. Inmóvil junto a la sección de Investigación, sabe que está temblando por el esfuerzo.

Finalmente, siente la voz de Ibar. Suena apagada, lejos pero inconfundible.

Denna camina guiándose por la intensidad de su voz. Poco a poco, Ibar resuena cada vez más claramente dentro de su cabeza hasta que, por fin, lo localiza en el piso subterráneo estudiando concienzudamente los volúmenes

polvorientos de una estantería. Le parece más guapo que cuando lo conoció o que la vez que trató de sentarse a su lado en la cafetería; incluso más guapo que la vez que lo siguió para saber adónde iba.

Se acerca cautelosamente y lo observa. Entonces Denna vuelve a parpadear dos veces. Se concentra silenciando todos los pensamientos a su alrededor hasta que escucha claramente los de Ibar. Su intención inicial era disipar el Vínculo con su Familia porque en realidad no es justo para él; pero está nerviosa y ha olvidado la frase con la que pretendía iniciar la conversación, así que no le vendrá mal una ayuda. Además, Denna siente un cosquilleo de curiosidad por saber qué se le está pasando a Ibar por la cabeza. Seguro que está pensando cosas interesantísimas porque es un intelectual.

Y lo que piensa Ibar es que el libro de *Teoremas fundamentales de la investigación forense* no está donde debería. Que es un fastidio que lo necesite en ese momento con lo concentrado que estaba y ahora lleva ya más de media hora fuera de su sitio y por el Emperador si no estudia ahora, no podrá hacerlo cuando llegue a su cuarto porque Lórim tendrá ganas de charla. En fin, da igual. Ah, ahí está el libro que buscaba. Alguien lo habrá clasificado mal, pero por fin... ¿Eh? ¿Qué es eso?

Y eso es la mano de Denna, que se mueve a la vez que la de él en dirección al mismo libro y se le adelanta.

—¿Lo necesitas? —le susurra todo candor—. Es que me interesaba consultarlo.

A través de sus pestañas entornadas, Denna comprueba que el chico se sonroja. Ella inclina la cabeza y finge que acaba de reconocerlo.

—¡Ibar! —exclama con armónicos de nerviosismo en la voz—. Justo la persona a la que estaba buscando.

Ibar, con la mano todavía hacia delante, hace aspavientos con los dedos tratando de agarrar algo que no sea solo aire.

—De... Denna.

—Te he traído el libro que me prestaste...

Mientras el chico la mira como petrificado, Denna vuelve a parpadear, dos veces seguidas como siempre, tratando de controlar el torrente de información que le llega desde la mente de Ibar. Debería detenerse porque Leer los pensamientos de otro sin su permiso es ilegal, además de moralmente cuestionable. Sin embargo, no cree que sea tan grave. Son solo pensamientos superficiales.

Otra cosa sería que Denna Leyera sus recuerdos y la parte más profunda de su consciencia, pero para eso tendría que tocarle y tocar a Ibar es, cree, un paso que todavía no está dispuesta a dar. Además, de todas formas, la mayoría de las cosas que piensa Ibar en este momento son sobre ella: sorpresa por verla, admiración por que haya terminado de leer a Köllinghen y una especie de cortocircuito mental cuando se da cuenta, porque Ibar es un chico listo, que lo de devolverle el libro puede ser una excusa.

Entonces Denna se vuelve para abrir su bolso y, sin dejar de sonreír, saca el volumen de Köllinghen que Ibar le prestó la semana anterior.

Y el libro, cuando se lo da, escapa torpemente de los dedos de Ibar, que envía otro torrente de pensamientos confusos hacia Denna. Ibar murmura algo acerca de que no se preocupe, que ahora lo recoge, pero sus palabras son más lentas que sus pensamientos. Denna ya se está agachando a la vez que él y cuando ambos se inclinan para recogerlo ella le mira a los ojos.

En un segundo, toda su concentración se va a pique. A Denna le da un vuelco el estómago cuando pierde la conexión con Ibar y sus sentidos se llenan otra vez con los ruidos habituales de la biblioteca: el silencio pesado, el hojear de los libros, los pasos de algún compañero dos estanterías más allá. La respiración se le atraganta, no solo porque ha leído a Ibar sin su permiso, sino porque a pesar de que ya no escucha sus pensamientos con su verdadera

Familia, con Aura, ahora no hay lugar para la equivocación: a ella le gusta Ibar y a Ibar le gusta ella. Por eso y porque si no lo hace en este momento sabe que no se atreverá jamás, le besa.

Diario de Lórim Hérshel:

5 de diciembre
Mensaje privado
de Denna Blyzster a las 20.43

Denna Blyzster dice:

Lórim.

Lórim. Lórim. Lórim.

Te he buscado por todas partes. ¿Dónde estás? Es que tengo que contarte algo. Y es importante. ¿Estás ahí? ¿Puedes hablar aunque sea por diario? ~~¿Ibar ha habl~~ ¿Está Ibar contigo?

Lórim Hérshel dice:

¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo? ¿Tengo que enfadarme con Ibar? ¿Quieres que le pegue?

Denna Blyzster responde:

No. Quiero decir: no, no le pegues. Y él no ha hecho nada.

~~He sido. He. Lo~~ He sido yo. Le he besado. Hace un rato en la biblioteca.

Denna Blyzster dice:

¿Lórim? Acabo de contarte que he besado a Ibar en la biblioteca y hace diez minutos que no contestas. Me estoy asustando.

Lórim Hérshel dice:

~~Es que no quiero saber m~~ Lo siento, es que voy a la cafetería y es difícil caminar y escribir a la vez. ¿Y qué tal? ¿Húmedo, sedoso y encantadoramente seductor? ¿Ha usado la lengua? ~~Si no es con~~ Si no es con lengua no vale. ~~Bueno, no quiero saberl~~

Denna Blyzster responde:

¡Que salió corriendo! ¡No te rías!

Denna Blyzster dice:

¡Lórim! ¡Esto es una emergencia! ¡Dime algo!

Lórim Hérshel dice:

Perdona, perdona. Es que acabamos de entrar. Prueba a besarlo otra vez. Quizá a la primera no se ha dado cuenta. O quizá solo es que está loco. Claro, es eso. Ibar está loco.

Denna Blyzster dice:

No te sigo.

Lórim Hérshel dice:

Nadie en su sano juicio huiría si tú le besaras.

Denna Blyzster dice:

Me alegro de que tú puedas bromear con esto, Lórim, pero yo no. ¿Sería mucho pedir que hablaras tú con él?

Lórim Hérshel responde:

~~Un poco. Los hombres de verdad no hablamos de estas e~~ De acuerdo.

Denna Blyzster dice:

¡GRACIAS GRACIAS GRACIAS! De verdad. Eres un amigo.

Jueves, 5 de diciembre.

Cafetería del Liceo. 9.20 de la noche



A Enzo le ha costado un esfuerzo monumental convencer a sus amigos para que fueran a cenar pero comienza a arrepentirse. Incluso ha propuesto sentarse con Hokulea y los de su mesa, porque pensaba que así al menos la conversación podría ser más amena; pero han comido poco y, además, en silencio. Kástor no ha abierto la boca desde que salieran del despacho del director y se sobresalta con cualquier ruido, Wen parece a punto de ponerse a quemar cosas en cualquier momento y Vann tiene los brazos obstinadamente cruzados sobre el pecho.

Y lo peor de todo es esa presión que nota en la boca del estómago. Desilusión. Porque una cosa es discutir con Sammler y su panda de acólitos,

pero en la pelea no estaban solo ellos. También se ha metido más gente: gente a la que Enzo saluda cada mañana, con quien juega a balón prisionero por las tardes. Gente que conoce o mejor dicho, conocía, y que al querer evitar que borrarán la pintada han demostrado, en el fondo, de qué bando están.

Los ve desde su mesa. Son más de una docena que charlan a gritos, como si quisieran que todos les escucharan desde el otro extremo de la cafetería.

Cierra un segundo los ojos. Se niega, rotundamente, a seguir pensando en eso.

—¿Y bien? —Poco a poco, con mucho esfuerzo, relaja la expresión. No llega a parecer tranquilo, pero casi—. ¿Qué tenéis planeado para las vacaciones?

—Antes vienen los parciales. —Queda claro que Vann también está poniendo a prueba su fuerza de voluntad para que la voz le salga más o menos relajada, pero sigue enfadado. Antes de que Enzo les arrastrara a cenar, se ha pasado una hora dando vueltas por la sala de recreo de la residencia, contando a todo el mundo que quisiera escucharle lo que ha ocurrido en el despacho del director—. Pero cuando lleguen las vacaciones pienso pasarlas lo más cerca que pueda del sofá de mi casa, preferiblemente sentado encima. ¿Y vosotros, enano? —añade volviéndose hacia su compañero de cuarto y sus amigos.

—Regresaré a las Koru unos días para descansar un poco. —Hokulea apenas levanta el mentón para hablar. Ni siquiera ha tocado el postre.

—Yo voy a estar con mi familia en Urnabaun, aunque Lórim se queda en el Liceo —dice Nero Cailíe.

—Pero al Homenaje a la República vais a ir los tres, ¿no? —se apresura Vann—. Es el 21 de diciembre. Tú solo perderías un día de vacaciones, Kózel. Así, además puedes estar aquí para el Festival de Fuego, que es la noche del 20.

—El Homenaje es el que retransmiten cada año por el orbe, ¿verdad? Desde la Plaza del Parlamento —pregunta Nero.

—Exacto. —Vann se yergue un poco y vuelve a poner esa voz que tiene a veces, como si fuera a subirse encima de la mesa para dar un discurso—. Se cumplen diecisiete años desde la proclamación de la República, es importante.

—Decid que sí, chicos —añade Enzo, viendo que la conversación comienza a ser mínimamente distendida—. Pensad que, si no, Vann os perseguirá las dos semanas que nos quedan antes de acabar el trimestre para convenceros. Que es lo que hizo con nosotros el año pasado, ¿verdad, Kástor? —Ha terminado su frase con una sonrisa que se le muere en los labios cuando Kástor solo responde rehuendo su mirada—. En realidad —continúa, forzando esa nota de buen humor que había conseguido alcanzar—, si os parece bien podríamos ir todos juntos.

Enzo mira a su alrededor, y se da cuenta, en cuanto posa la mirada en Wen, de que ha metido la pata.

—Conmigo no contéis, gracias. Estoy tan a favor de la democracia como la que más y, definitivamente, estoy dispuesta a darme de tortas con Kelsryn, Archen y toda esa panda de imbéciles cuando sea; pero de aquí a celebrar una República que se fundó sobre un montón de cadáveres hay una diferencia muy grande. Si no os sabe mal.

—Muertos hubo en ambos bandos... —murmura Vann entre dientes—. Que yo sepa no valen más los tuyos que los míos.

—Mi familia lo perdió todo —contesta Wen de repente, apoyando ambas manos sobre la mesa.

En una velocísima escalada verbal, Vann le responde:

—¡Y mi padre perdió a dos de sus hermanos! ¡Y una pierna!

—Chicos, por favor —les pide Enzo, frenético. La última cosa que

necesita en este momento es que sus amigos se peleen; pero, por suerte, Wen suspira y se masajea el puente de la nariz.

—Lo siento, Vann. Lo sé. Dejémoslo en que yo estoy totalmente conforme con que vosotros vayáis al Homenaje y vosotros lo estáis con que yo me pase la mañana durmiendo, ¿te parece? Y ya está... —En ese instante, a Wen le tiembla un poco la voz y es algo un poco inusitado porque Wen suele ser más bien seca y directa.

Se hace un silencio en la mesa. No es tan tenso como antes, sino más bien prudente, como si hoy cualquier palabra fuera de lugar pudiera hacer que saltaran chispas.

De verdad, Enzo está agotado.

—¿Y cómo lo celebráis en las Koru? —pregunta en un último esfuerzo por mantener viva la conversación.

—Pues el Festival de Fuego... no lo celebramos. —Hokulea hace una breve pausa como si esperara que se rieran de él. En las islas Koru no hay templos dedicados a los elementos como en el continente, cree recordar Enzo, sino que sus festividades religiosas giran en torno a sus antepasados. Mucha gente lo considera ridículo pero a Enzo le parece... bonito, en cierta forma, así que asiente para animar a Hokulea para que hable más—. Para el día de la República solemos ir a la playa a comer y hay gente que deja flores en el monumento a las víctimas de la guerra, pero no hay una ceremonia oficial ni nada parecido.

—Pero ¿en las Koru hay algo que no celebréis en la playa? —Vann parece genuinamente divertido cuando pregunta. Con suerte, se le acabará pasando el enfado del todo y al final la idea de Enzo de ir a la cafetería no habrá sido tan mala.

—Las islas son muy pequeñas, si caminas un rato en cualquier dirección siempre acabas encontrándote con el mar, así que...

—Venga, deja de darnos envidia con eso, ¿quieres? —le replica Hérshel.

—Sí. O el año que viene tendrás que invitarnos... —repone Vann. Por fin parece haber recuperado su buen humor o al menos lo suficiente como para bajarle la visera de la gorra a Hokulea y abalanzarse hacia él para darle un abrazo de oso que no llega a producirse. Justo antes de que Vann le toque, Kózel se levanta de golpe con tan mala suerte que choca contra Nymar Lexett, que por alguna misteriosa razón tenía que pasar justo por detrás de su mesa para salir de la cafetería. Seguramente para escuchar lo que dicen o para torturarlos con su mera presencia.

—Qué desperdicio de clases de Lucha, *Hokele*, si todavía no sabes ni andar —le espeta con la voz envenenada pero algo pastosa. Durante la pelea Nymar ha recibido un puñetazo bien dirigido y tiene el labio partido e hinchado. Desde el extremo de la cafetería donde están los amigos de Nymar se escucha una risotada. Sammler, claro.

Es como si a Hokulea le hubieran echado un cubo de agua helada encima. Baja la cabeza, aprieta los puños, pero no parece que vaya a reaccionar más allá de eso. Claro que Vann no tiene problemas en levantarse tan rápido que su silla se cae hacia atrás.

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño, capullo? —le suelta dejando claro que podría comenzar otra pelea en medio de la cafetería si hiciera falta.

—¿Yo? No he dicho nada. Solo pasaba por aquí... —Su tono de voz es pretendidamente inocente pero Nymar sonrío con todos los dientes. Está claro que lo único que pretende es provocar y Vann parece darse cuenta, porque en vez de partirle la cara a Nymar, que es lo que desea claramente, recoge la silla del suelo y vuelve a sentarse.

—Debe de resultar agotador ser tan imbécil todo el rato —le espeta Wen

que, por cómo escupe las palabras, tiene tantas ganas de vérselas con Nymar como Vann—. Estamos hartos de ti. Lárgate, corre.

Cuando Nymar se marcha, Vann descarga su frustración dándole un puñetazo a la mesa.

—Kózel, no deberías dejar que...

—No necesito que me defiendas, Vann —le corta Hokulea con un hilo de voz.

Visiblemente dolido, Vann levanta la cabeza.

—Claro, porque tú lo haces tan bien...

Kózel hace un gesto para que se calle. A continuación, sonríe con una sonrisa muy falsa y se despide de Hérshel y Cailíe con un «nos vemos luego» antes de marcharse.

Enzo, que lo ha observado todo con la sensación de estar de más, se frota la cara con las manos. Maldito el momento en que pensó que ir a la cafetería era una buena idea. Y, a su lado, Kástor sigue sin reaccionar, todavía encerrado en sus propios pensamientos. «Ojalá —piensa—, las vacaciones lleguen pronto.»



«¡HOKULEA! ¿Es que no le daban de comer en su casa?» Las palabras que le dijo unos días atrás la profesora Dinn se le repiten una y otra vez. No podía quedarse en la cafetería. No podía soportar durante un segundo más las miradas de compasión de Vann y sus amigos. Habría explotado. «¡Si no fuera

porque le he visto hacerlo, pensaría que no ha golpeado el saco. NI SIQUIERA SE HA MOVIDO!» Pero no sabe si el remedio que ha puesto es mejor, porque la profesora Dinn sigue gritando en su cabeza.

No es débil, se dice Kózel. Si fuera débil no habría entrado al Liceo en primer lugar. Las voces de sus padres y de la abuela Hokulea diciéndole que estaba cometiendo un gran error al matricularse se unen a todas las demás y trata de ignorarlas a todas. Cierra los ojos. Respira hondo y de pronto dentro de su cabeza vuelve a reinar el silencio. Si fuera débil...

Da una palmada. Tal es su enfado que el Vínculo con su Familia le explota en el pecho y la energía se le escapa a borbotones, recoge las ondas sonoras que han creado sus manos al chocar, las amplifica y las concentra en una sola dirección. La onda de sonido golpea el saco y, ahora sí, lo hace tambalearse violentamente.

No es débil.

En clase nunca ha sido capaz de hacerlo. Sus golpes siempre son flojos y su Vínculo, ineficaz. En cambio ahora, que deben de haber transcurrido más de dos horas desde que escapó de la cafetería, el truco de la palmada le sale sin problemas. Kózel deja escapar un grito cargado de frustración.

A veces piensa si no sería mejor volver con las orejas gachas a las Koru y olvidarse de toda esta aventura.

Y a veces, como ahora, algo en su interior se rebela y le dice que puede lograrlo. Es solo que... Es solo que tiene miedo. Constantemente. Es un miedo que le nace en la boca del estómago, que está siempre presente erizándole el cabello de la nuca y que le impide ser quien es y demostrarle a todo el mundo de lo que es capaz.

Kózel echa el cuerpo hacia atrás y, entonces, en un movimiento fluido, más de danza que de lucha, golpea el saco con una pierna y luego con los puños tres veces, seco y con toda la fuerza de la que dispone.

—¿*Hoku*?

Es Lórim.

—Creo que le has dado a ese pobre saco su merecido —le susurra mientras se acerca—. ¿Estás bien? Nero y yo llevamos un buen rato buscándote, estábamos preocupados. ¿No has visto que te hemos mandado mensajes al diario? ¿Ya te has desahogado?

—No estaba desahogándome. —Kózel se aparta rápidamente del saco y va hacia donde ha dejado el chaleco y la casaca de su uniforme para ponérselos—. Estaba entrenando, que es muy distinto.

Lórim no solo encoge los hombros, sino todo el cuerpo.

—Me temo que el saco discrepa con lo que dices.

—Idiota.

Lórim responde con una sonrisa. Se parece mucho a las que tiene normalmente pero los hoyuelos y las arrugas junto a los ojos están mal, demasiado tensas, demasiado marcadas.

—Ese tipo que hace de becario contigo en la biblioteca es un imbécil —le dice después de un rato, cuando Kózel ya ha recogido y emprenden camino a las residencias.

—¿Verdad que sí? —Kózel acompaña su exclamación con un codazo.

—Oye, si quieres puedo entrenarte yo. Si sigues mis consejos pronto estarás así de fuerte. —Como si no los hubiera visto bastantes veces, Lórim flexiona los bíceps frente a la cara de Kózel, que lo aparta de un manotazo.

—Si con mi fabulosa estatura tuviera tus músculos, parecería un cruasán. Además, sospecho que serías un profesor pésimo, ¿eh? No te ofendas.

—Tú te lo pierdes. —Lórim, quizá para seguir mostrando sus músculos, cruza los brazos detrás de la cabeza—. Ya encontraré a otro para transmitirle mi sabiduría ancestral.

—Cuando lo hagas me avisas, que no me perdería el espectáculo por nada

del mundo.

Por un instante parece que vaya a seguir el hilo jocoso de la conversación, pero entonces Lórim se detiene de golpe en cuanto posa un pie en el porche de entrada a la residencia. Luego resopla.

—Denna ha besado a Ibar. —Al pronunciar esas palabras, a Kózel le parece como si se deshinchara—. Y me ha pedido que hable con él.

Entonces las líneas en el rostro de Lórim se relajan y esta vez la sonrisa sí se hace más sincera, pero crispada en los bordes, como si solo se estuviera riendo de sí mismo.

—Pero a ti te gusta Denna —responde Kózel sin pensar. Es decir, hace semanas que bromean con esto en clase, que Lórim mira a Denna como si el mundo fuera un lugar mejor solo por existir.

—Y a Denna le gusta Ibar. Y yo no... no puedo estar con ella. Es decir —rectifica, serio—. No quiero. Ni con ella ni con ninguna chica.

—De todas las estupideces que has dicho en lo que llevamos de curso, esta va de las primeras en la lista. He visto las revistas que tienes en tu cuarto, Lórim. Esas en las que salen chicas ligeras de ropa; las páginas están gastadas por la parte de las tetas de tanto que las miras —lo regaña Kózel que, sobre decisiones idiotas, tiene un curso avanzado; pero esto que acaba de contarle Lórim le parece difícil de superar—. ¿Pensar así te hace sentir mejor? ¿Es eso? ¿No puedes tenerla y por eso prefieres que sea feliz con otro como si tú fueras el maldito conde Vann de *Pasión de Fuego* o algo así?

Lórim baja la cabeza.

—Supongo que sí...

—Pues entonces ¿qué narices haces con esos morros de medio palmo? No lo entiendo. Si tan claros tienes tus sentimientos, ya sabes lo que tienes que hacer...

Pero Kózel no se refería a que lo hiciera en este mismo momento, aunque

Lórim debe de interpretarlo así porque, de repente, se yergue con una mueca de determinación en el rostro.

—Tienes razón, *Hoku*. Toda la razón. Tengo que hacerlo.

Entonces echa a correr camino arriba directo hacia las residencias. Cuando ya está a varios metros, Kózel le grita:

—Pero ¿no íbamos a buscar a Nero?

Lórim no se detiene pero al menos tiene el detalle de dedicarle un gesto de despedida con la mano.



—¡Confírmame que, efectivamente, saliste corriendo con el rabo entre las p...!

«Piernas», Lórim quería decir «piernas». También quería sorprenderlo nada más abrir la puerta pero Ibar, además de pálido, está tumbado en la cama mientras a su alrededor orbitan estilográficas, gomas de borrar y afilalápices formando un círculo perfecto. Con la mano derecha, parece dirigir la orquesta. El suelo también tiembla al ritmo que marca Ibar. Si sigue así, piensa Lórim, probablemente acabe por hundirse el piso. Tierra tenía que ser, además de cobarde.

—Entonces... te largaste corriendo de la biblioteca y la dejaste allí plantada después de que te besara —insiste Lórim mientras entra en la habitación. Kózel tenía razón: sabe lo que debe hacer.

Ibar da un respingo y su pequeño sistema orbital se detiene un segundo

mientras parpadea.

—¿Qué?

Después, estilográficas, afilalápices y tinteros caen al suelo.

—Me lo ha dicho por diario. Pero hiciste bien... —Lórim hace una pausa y se sienta sobre la cama—. A la biblioteca se va a estudiar, no a besar chicas...

—Ahora necesita una sonrisa pícara, que le sale apenas sin esfuerzo. Tiene mucha práctica—. Aunque yo tampoco te juzgaría... —Ibar no le responde—. ¿Te gusta? —le pregunta finalmente sin moverse del sitio.

—¡Por el Emperador! —La voz de Ibar resuena en la habitación un poco más alta de lo normal. Debe de ser por la impresión al darse cuenta de dos cosas que hace poco le parecían imposibles: que le gusta una chica y, sobre todo, que lo está verbalizando ni más ni menos que con Lórim Hérshel.

«Todavía está a tiempo —se dice Lórim—. Todavía está a tiempo de cambiar las cosas y hacer lo que quiere, no lo que *debe*.»

—Que si te gusta Denna. —Hace una pausa, buscando una palabra para definir a Ibar y al final solo le sale la que usa Kózel con él. Le parece apropiada—. Melón.

Ibar le mira de nuevo, desconfiado.

—Es... ¿Es una pregunta trampa?

Lórim pone los ojos en blanco. Ibar parece decidido a ponerle las cosas más difíciles de lo que ya son, así que él necesita concentrarse. Tiene que volver a ser el Lórim Hérshel de siempre: despreocupado y alegre.

—Vamos a ver... ¿A ti te tiemblan las piernas cuando la ves? ¿Balbuceas? ¿Te pones nervioso? ¿Te sudan las manos? ¿Te late el corazón más rápido? ¿Te dan ganas de correr? A ti... —titubea y, como no sabe expresarlo, mira a la entrepierna de su compañero y agita un par de veces la cabeza en su dirección—. ¿A ti... cuando ella está cerca... *eso*?

—Me temblaron las piernas. Me puse nervioso. Nunca me sudan las

manos. El corazón me latía algo más rápido. Me dieron ganas de correr. Y lo hice. Y... —Ibar se tapa la entrepierna por encima del pantalón del pijama—. ¿Eso no es de mala educación para una chica? Es incorrecto... ¿no?

Lórim se acerca a Ibar para mostrarle su sombra de barba.

—¿Tú me ves cara de chica? No, ¿verdad? Así que conmigo puedes hablar de esas cosas, que no voy a decírselo a nadie. De todas formas, cumples todos los requisitos. No puedes negarlo. Los cumples.

Ibar pone cara de sorpresa. Luego, de súbito interés y hasta parece que vaya a tomar apuntes de un momento a otro.

—¿Qué requisitos?

—Los... requisitos. Ya sabes, Ibar... —Lórim se detiene un par de segundos para crear expectación—. Te gusta. Definitivamente, te gusta.

De repente el suelo vuelve a temblar violentamente e Ibar se cae de la cama. Lórim esta vez también le comprende: no todos los días alguien como él descubre que le gusta una chica.

—¿Y qué debo hacer? ¿Tengo que invitarla a bailar? ¿A cenar? ¿Debería besarla yo?

Ibar, que por primera vez en la vida se encuentra con una pregunta para la que los libros de la biblioteca no tienen respuesta, se vuelve hacia Lórim.

—Ibar —le responde Lórim—. Lo que tienes que hacer es, simplemente, pedirle una cita.

Por la expresión aterrorizada de Ibar, cualquiera diría que Lórim, en vez de «cita», haya dicho «examen». A pesar de todo, Ibar muestra algo más, un brillo de interés en la mirada.

«Ya está —se dice Lórim—. Ya no hay vuelta atrás.»

Sábado, 21 de diciembre.

Decimoséptimo aniversario de la República de Nylert.
Campus del Liceo. Muy temprano por la mañana



Las últimas semanas del trimestre transcurren en una calma tensa producto de todo: del cansancio acumulado, de los exámenes parciales, de las ganas por que acaben las clases y del hecho de que, en el mismo Liceo, una mano anónima haya dibujado una pintada celebrando la muerte de un profesor que, en cierta manera, les convierte a todos en sospechosos.

Lórim, en su habitación, se abotona el chaleco con los ojos entornados. No sabe si será el único, pero ha pensado que quizá fuera el día apropiado para estrenar el uniforme de gala del Liceo. Se supone que es solo para actos oficiales y para final de curso; pero hace días que lo ve colgado en su

armario: los pantalones color crema como en su uniforme del día a día pero de una tela de más calidad, la camisa gris oscuro, el chaleco negro, de tacto aterciopelado y con una decoración en filigrana de plata.

Está muerto de sueño. La noche anterior se celebraba el Festival de Fuego y salió a ver cómo los corredores atravesaban Blyd llenándolo todo de luces y pirotecnia. Sin embargo, no le ha costado levantarse temprano: hoy es un día importante.

Se agacha para colocarse las polainas sobre las botas, también negras. Ya solo le falta la casaca negra, decorada con la misma filigrana que el chaleco, que se abrocha con dos hileras de botones en bronce sobre el pecho y que es más larga por detrás que el uniforme diario, como si fuera un chaqué. Al mirarse al espejo para comprobar que no se ha dejado nada, Lórim apenas se reconoce.

Cuando sale de su habitación, descubre que no ha sido el único en tener la misma idea. Kózel ya le está esperando aunque completa su uniforme de gala con esa gorra que lleva siempre calada hasta las orejas, un abrigo que le va grande y una enorme bufanda alrededor del cuello. En la sala de recreo, ajustándose también los últimos detalles del uniforme de gala están Vann y otra media docena de compañeros, Kástor Graadz y Enzo Baaer entre ellos. Bajan en silencio hasta los jardines y allí se reúnen con las chicas, que caminan desde la residencia femenina. Lórim saluda a Nero con un abrazo y a Denna... bueno, a Denna la sonrío. A la vez, una pequeña procesión se acerca desde la zona oeste del campus donde están las viviendas de los profesores. El director Nayer, que lleva abrigo, bufanda y bombín, va en cabeza, seguido de la mayoría de los profesores y de sus familias.

—Nedia Vorak no está —masculla Vann mientras todos se dirigen a la parada del metropolitano que hay junto a la puerta principal.

—¿Y eso qué significa? —le pregunta Kózel, que camina a su lado. Lórim

se vuelve para ver a los profesores. Efectivamente, detrás del director ve a Pymar Dinn llevando de la mano a los dos hijos que tiene, que son como una miniatura de ella misma, y al enorme profesor Nogha, que camina pesadamente y parece que estrena traje nuevo. Ve a Dhelk y al profesor Thienn de Documentación, también a su mujer, la profesora Ipola Nock; pero, no, ni rastro de Nedía Vorak.

—Nada. No significa nada, da igual —se apresura a responder Vann, que señala hacia la entrada del Liceo—. Ya llega el metropolitano, más vale que nos apresuremos.

Al filo de las ocho, los estudiantes y profesores del Liceo llegan a la Plaza del Parlamento, que ya está llena de gente y donde no hay banderas, hay guirnaldas de flores blancas. La fachada del edificio, las farolas y muchos de los balcones circundantes están decorados con la bandera de la República de Nylert, que tiene el fondo blanco y, en rojo, la estrella de nueve puntas, símbolo de todas las Familias, menos una. Una estrella exactamente igual al emblema del Liceo y al de la Guardia. Cuando se proclamó la República, se decidió eliminar a Dominio de la estrella y que cada una de las Familias ocupara una de las puntas, todas al igual sin importar lo que hubiese pasado antes. Como debe ser.

Lórim pasea la vista hacia sus compañeros del Liceo, que se apiñan para combatir las bajas temperaturas. Kástor y Enzo charlan con Vann. Un poco más allá, Denna espera junto a varias compañeras de residencia muy cerca del grupo de profesores. A Kózel apenas se le distingue la cara entre la bufanda y la gorra mientras que Nero lleva los dos primeros botones del abrigo desabrochados y observa asombrada la multitud.

—Creo que jamás había visto tanta gente junta —musita mientras se

vuelve de puntillas para alcanzar a ver toda la panorámica—. Da la sensación de que el oxígeno se vaya a acabar.

Lórim suelta una carcajada pero le interrumpe una enorme ilusión que empieza a formarse delante de la fachada del Parlamento. Al principio solo es una amalgama de colores borrosos, pero la imagen entonces se vuelve más nítida y muestra al presidente de la República, acompañado de la ministra del Interior y del resto de los miembros del gobierno. También está el alcalde de Blyd, que además de un chaqué de aspecto lujoso lleva cruzada en el pecho una banda de terciopelo rojo. Todos suben a la tarima tocados con una expresión grave en el rostro. La plaza queda en silencio a la espera de que el presidente se decida a hablar.

—Blydenses —empieza. Su voz reverbera contra los límites de la plaza y llega distorsionada a sus oídos como si viniera desde muy lejos. La imagen cambia y se centra en su rostro, amable y perpetuamente cansado—, gente de todo Nylert que seguís la ceremonia en el orbe desde vuestras casas. Un año más, nos hemos reunido aquí para rendir homenaje a todos aquellos héroes que hicieron posible que, a día de hoy, a punto de terminar el año 1945, mujeres y hombres de todas las Familias vivamos en paz y en democracia...

Durante los primeros minutos la gente escucha con reverencia pero Lórim advierte los primeros signos de descontento. Todo empieza con un rumor de voces que se superpone a la del presidente. Lórim arruga el entrecejo y, no sabe por qué, nota el corazón latirle con fuerza en el pecho.

—¿Pasa algo? —susurra.

Vann, a su lado, meneaba la cabeza.

—Es prácticamente el mismo discurso que el año pasado. Que si la subida al poder de los Indrasil, la guerra, las revueltas... mira. Ahora dirá que debemos esforzarnos, como sociedad, a seguir adelante hacia un futuro mejor...

Lórim se vuelve hacia la Ilusión del presidente que repite, casi palabra por palabra, lo que ha predicho Vann.

—Bueno... —Lórim se rasca pensativo la cabeza—. No creo que sea tan grave, ¿no? Estas cosas tienen pinta de ser siempre iguales...

—Ya, pero las cosas no están igual que el año pasado —replica Enzo, que se ha acercado para escuchar la conversación—. No estaría de más que hablara un poco de lo que ha ocurrido estos meses... sé de mucha gente de mi barrio que no venía al Homenaje desde hace años. Todo el mundo está muy asustado con eso de los Caballeros del Águila. Por cómo habla el presidente, parece que todo vaya estupendamente y en cambio...

No termina la frase y se vuelve hacia el lado de la plaza donde comienzan los Jardines de la República, que conecta la plaza con el río Lhin. De esa dirección les llega un griterío que interrumpe abruptamente el discurso del presidente.

—¿Qué ocurre? —pregunta Kózel poniéndose de puntillas—. No veo nada.

Lórim, que al contrario que Kózel les saca medio palmo a todos los que están alrededor, estira el cuello mientras el presidente hace una pausa tensa en su discurso a causa del griterío lejano.

—Cada año hay alguna manifestación monárquica. No os preocupéis —dice Vann, que ni siquiera aparta los ojos del Parlamento.

A su lado, Nero da saltitos tratando de ver algo entre tanta cabeza junta.

—¿Si fuera una manifestación no deberían llevar pancartas y cosas así?

—No sé... Esperad un momento, no os mováis.

Kózel se concentra. A los pocos segundos, se sopla las palmas, las empuja hacia el suelo y una diminuta pero potentísima corriente de Aire aparece bajo sus pies y eleva su cuerpo del suelo casi medio metro. Pone una mano sobre

la cabeza de Lórim y la otra sobre la de Vann para estabilizarse y estos pueden ver cómo al instante se le empalidece la cara.

—No parece una manifestación —masculla con voz ahogada—. Un grupo de gente viene corriendo desde los Jardines de la República. ¿Qué...?

La voz de Kózel queda ahogada por los murmullos de los asistentes al Homenaje. El presidente vacila otra vez. La enorme Ilusión visual que se alza sobre la fachada del Parlamento permite ver con todo detalle cómo se frota la frente y lanza una mirada de soslayo a la ministra del Interior. Tras unos segundos, el presidente se ajusta la corbata y continúa hablando sobre cómo el pueblo debe mantenerse unido ante la adversidad. Por su tono de voz, ni él mismo se cree ya sus palabras, pero una rápida mirada a su espalda deja claro que sí que cree en un pelotón entero de Brigadas de Intervención Especial que acaba de subir a la tarima.

En la plaza, la multitud se agita como un solo ser al tiempo que se escucha un potente estallido. La Ilusión que flotaba sobre el Parlamento parece desvanecerse durante unos segundos, los que tarda el presidente en volverse finalmente hacia la ministra del Interior y decirle algo que nadie escucha.

—¿Qué está pasando? —Nero se agita nerviosa y trata de mirar hacia arriba.

—No lo sé. Quietos un momento... —farfulla Kózel mientras parece luchar por mantener el equilibrio. Después deja escapar un chillido de sorpresa, el Aire con el que se sostenía se desvanece y cae al suelo agarrándoles a ellos al mismo tiempo—. ¡Agachaos! ¡Rápido! ¡Al suelo, al suelo!



Al principio, cuando ha caído la primera bola de fuego, la gente ha levantado la cabeza con la boca entreabierta como si fueran fuegos artificiales. Entonces otra esfera en llamas ha atravesado la Ilusión que mostraba al presidente y ha ido a chocar contra una de las banderas que decoran la fachada del Parlamento. Después ha caído una tercera, directa sobre la multitud. Y otra. Y otra. Y otra. Y entonces la plaza se ha llenado de gritos.

En medio del caos, Kózel lucha por no soltar a sus amigos. Tiene a Lórim sujeto por la solapa del uniforme de gala y a Nero de la mano; pero a cada paso que da, a medida que choca contra la gente que como ellos trata de huir, siente que su agarre se debilita cada vez más.

—¡Nos están atacando! —exclama Lórim dando un respingo porque un proyectil alcanza un quiosco de flores y hace saltar trozos de madera pintada de verde por doquier.

—¡No me digas! —Kózel no quería sonar tan borde y supone que Lórim dice obviedades porque está asustado, pero es que ya tiene bastante trabajo tratando de huir como para ser amable.

—Pero ¿quién...? —insiste él.

—No sé vosotros —interviene Nero—, pero yo no quiero averiguarlo...

—Y yo tampoco...

La voz de Kózel queda ahogada por un siseo que rasga el aire. Cuando mira hacia arriba, otra bola de fuego va directa hacia ellos. Solo le da tiempo a tirar de Lórim y Nero hacia abajo y pensar que no encuentra a Vann, que

maldita sea, maldita sea, si solo están en primer curso, que es demasiado joven para morir, y con esas pintas que lleva. Cierra los ojos, nota el calor lamiéndole la nuca y una explosión que hace retumbar el mundo.

Cuando Kózel vuelve a abrir los ojos comprueba que conserva todas las extremidades. No tiene ni un rasguño, aunque le pitan los oídos y el aire se ha vuelto casi irrespirable por el humo y el calor, pero al menos Lórim y Nero siguen a su lado. Por la cabeza se le pasan miles de razones para justificar que sigan enteros hasta que advierte a Enzo de segundo, el amigo de Vann. Enzo Baaer, que es Escudo y tiene los brazos extendidos hacia el cielo porque acaba de formar una barrera que les ha salvado el pellejo.

—Tenemos... Tenemos que salir de aquí. Rápido, rápido...

A su espalda se escucha un estrépito que no hace más que aumentar la cacofonía de explosiones y gritos que inunda la plaza. Se vuelve justo a tiempo de ver cómo desde el Parlamento sale una veintena de guardias. Siente alivio unos segundos hasta que se da cuenta de que los guardias están más preocupados por atacar a quien sea que está lanzando esa lluvia de Fuego sobre sus cabezas que en despejar la plaza. Y ellos, junto a los centenares de personas que hay a su alrededor, se han quedado atrapados en el medio.

—¡Lórim! —grita. Lórim es alto. Kózel lo único que ve son hombros, sombreros y abrigos—. ¿Hacia dónde vamos?

—¡No lo sé! ¡No puedo ver nada con tanto humo! ¡Eh!

Kózel recibe un violento empujón. Después, otro. La multitud se mueve como un animal herido y todo se ha reducido a pura supervivencia. Las manos le arden por el esfuerzo pero la tela del abrigo de Lórim se le escapa de entre los dedos. Entonces Nero suelta un grito, le clava los dedos en la muñeca y Kózel tiene el tiempo justo de ver sus ojos aterrorizados antes de que se la trague la marea humana.

Los ha perdido a los dos.



—Mantengan la calma —pide Enzo animosamente a una familia que pasa por su lado sin mirarle—. No corran, por favor —insiste.

Se ha quedado solo. Durante los primeros momentos del ataque, cuando el Fuego llovía del cielo, Enzo solo pensaba en una cosa: Vincular Escudo, proteger a toda la gente a su alrededor; pero ahora no encuentra a sus amigos y siente como si cada brazo le pesara una tonelada.

Trata de ver más allá del río de gente asustada. Se da cuenta de que con el caos se ha alejado del Parlamento y ahora está más cerca del lado sur de la plaza, desde donde también se alza una humareda negra y espesa. Es allí, desde los Jardines de la República, de donde ha venido el ataque. Logra atisbar un retazo de tela escarlata a lo lejos pero alguien pasa apresuradamente por su lado y le golpea. Enzo trastabilla. Si cae, la multitud le pasará por encima sin miramientos así que comienza a Vincular un último Escudo para protegerse de lo peor cuando alguien tira de él otra vez hacia arriba. En cuanto recupera la estabilidad, parpadea confuso. Quien le ha salvado es Kástor y Enzo, a pesar de todo, siente una oleada de alegría dentro del pecho. Y Kástor lleva a un niño en brazos.

—*S'ha* perdido.

—*M'he* perdido —repite el niño imitando el habla de Kástor.

Solo ellos permanecen quietos en medio del caos más absoluto. De repente una serie de explosiones hace retumbar el suelo. Kástor se vuelve

bruscamente hacia una nueva columna de humo que proviene de la parada del metropolitano junto a la avenida de Teriam. Entonces, con un movimiento firme pone al niño en brazos de Enzo.

—La gente sale por... —Hace un gesto para señalar detrás de él, hacia el Parlamento, la misma dirección hacia la que se dirige la mayor parte de la gente—. Yo. —Frunce el ceño y hace una pausa ínfima en la que sus facciones se contraen de una rabia incendiaria—. *Horavuelvo*.

—No, no. —Con la mano que le queda libre, Enzo sujeta aterrorizado el brazo de Kástor. No puede dejarle aquí. Ahora que se han vuelto a encontrar no puede permitir que se marche otra vez, mucho menos cuando Enzo tiene la certeza absoluta de que va a hacerlo hacia el peligro—. Vamos, fieras, salgamos de aquí.

Pero Kástor se aparta de él y le da un empujón para que camine.

—No. Ve.

El niño, como si lo que hacen fuera una especie de juego, da una patadita en los costados de Enzo. Es lo único que al final le obliga a moverse. No puede dejar solo a ese niño; pero todavía se da unos segundos para observar, muerto de preocupación, cómo Kástor se aleja.



Seguramente sea el monumento lo que le ha salvado el pellejo. Está justo en el centro de la plaza: una estatua hecha de bronce que representa a una mujer, majestuosa y con expresión de maternal preocupación, sentada en un trono.

Se supone que es una alegoría de la República pero Kózel no se ha detenido a admirar los detalles. Lo único que sabe de cierto es que cuando una enorme deflagración ha estallado a pocos metros de donde está, el monumento le ha hecho de pantalla.

Ha tenido que apoyarse contra el pedestal de mármol para recuperar el aliento pero ahora corre. Lo hace a trompicones, esquivando cuando puede a la gente que todavía huye, y chocándose contra ellos cuando no. Y hay heridos. Mucha gente ha conseguido escapar de la plaza, pero sobre el pavimento de baldosas claras han quedado docenas de figuras tendidas. Sanadores de los servicios de emergencia comienzan a llevárselos como pueden, a rastras o en camilla.

Kózel corre con el pecho a punto de estallar hacia un grupo de gente que lleva casacas negras. Destellos de luz verde, azul y roja indican que se encuentran en el epicentro de la batalla. Están hombro con hombro y Kózel reconocería en cualquier parte los movimientos que enseña la profesora Dinn igual que reconoce la enorme mole que es el profesor Nogha y a unos cuantos estudiantes apiñados a su alrededor. A medida que se acerca, sin embargo, la desazón se apodera de su cuerpo porque pensaba que Lórim y Nero se encontrarían entre ellos, pero no, no ve ni al uno ni a la otra, aunque al menos... al menos...

—¡Vann! ¡Vann!

Vann al principio no escucha sus gritos. Se echa hacia atrás y con fuerza golpea el suelo con los pies. En el mismo instante, las baldosas que cubren la plaza se levantan como en una erupción. A un segundo golpe de Vann, la Tierra se pone en movimiento y una montaña serpenteante derriba a un grupo de atacantes.

Kózel se da cuenta de que son... son... gente normal. Una veintena de

hombres y mujeres de edades variadas, no parecen distintos de la gente que huye, no se volvería dos veces a mirarlos por la calle.

—¡Kózel!

Ahora es Vann quien se le acerca corriendo. Tiene la cara cubierta de hollín y rasgaduras en el uniforme, pero está bien. Está bien porque cuando le sujeta los hombros, Kózel puede sentir la fuerza que transmiten sus manos.

—Vann, ¿has visto a Lórim y a Nero? Nos hemos separado y...

—¿Qué haces todavía aquí?

Vann parece... enfadado. Y Kózel no entiende por qué.

—¿Les has visto o no? Les he perdido cuando ha comenzado el ataque, no les encuentro por ninguna parte, no sé si...

Vann de repente le sujeta el mentón y obliga a Kózel a ladear la cabeza.

—Te han herido.

—Es solo un rasguño.

Se lo ha hecho una esquirla de piedra que ha saltado a causa de una de las explosiones. Kózel ha sentido un dolor punzante en el pómulo pero no es hasta que, con cuidado, Vann le pasa el dedo pulgar por la herida cuando se da cuenta de que está sangrando. Es como si por un momento la batalla a su alrededor hubiera pasado a un segundo plano.

—Márchate ahora mismo antes de que te hagas algo más que un rasguño.

—A Kózel le viene a la cabeza lo que ocurrió hace unos días. Cuando apareció la pintada, cuando Vann le dijo, con palabras amables, que era débil. Al instante, la misma rabia, la misma frustración, regresan con una fuerza inusitada.

—Y os dejo a vosotros aquí, por supuesto.

Pretendía que la frase sonara sarcástica, pero Vann asiente, aliviado.

—¡Sí!

Kózel quiere replicarle, claro. No va a dejarle a él ni a todos los demás

aquí luchando, no va a huir. No se matriculó en el Liceo para estar en la retaguardia.

Un movimiento brusco a su izquierda llama su atención. De entre los atacantes emerge una silueta que tiene la cara cubierta por una capucha y un embozo de color rojo. Se mueve de forma distinta a los demás, con una precisión que solo se alcanza con entrenamiento.

Ya no hace falta que Kózel se pregunte si los Caballeros del Águila han regresado de verdad. Ha tenido la suerte de vivir en un mundo en que los Caballeros solo eran un cuento para asustar a los niños pero reconocería esa capucha roja en cualquier parte.

Entonces el Caballero traza un arco con las manos. En pocos segundos ya tienen el Fuego prácticamente encima, una enorme columna ardiendo que parece ocupar todo su espacio visual. Entre el rugido de las llamas puede escuchar a los profesores gritar y recuerda, recuerda... que el Fuego se puede combatir con Fuego, y hay tanto a su alrededor, tanta energía desatada, que solo tiene que estirar los dedos para tenerla toda a su alcance. El aire que les envuelve se inflama de repente, les roba el oxígeno de los pulmones y estalla con tanta fuerza que la columna de Fuego se aparta de su trayectoria y desaparece.

Kózel abre los ojos poco a poco. Vann le está rodeando los hombros con todo el cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta. Tiene la voz ronca por culpa del humo.

Kózel va a responder que sí, cree que sí, pero entonces oye un estrépito y se da la vuelta, separándose apresuradamente de Vann. El profesor Nogha y Pymar Dinn han reducido al Caballero del Águila en el suelo y el resto de los atacantes comienza a huir.



—¡Lórim!

Lórim se vuelve buscando a la persona que le ha llamado entre la multitud.

¿Cuánto hace del primer ataque? ¿Diez minutos? ¿Quince? Dentro de su cabeza parece una eternidad. Con el contraataque de la Guardia el sector donde se encuentra ha quedado despejado, pero todavía le llegan sonidos de batalla desde el lado sur de la plaza.

—¡Lórim! ¡Aquí!

Es Denna, que tiene la mirada llena de preocupación mientras hace señas para que se acerque a los pies de la tarima. No queda ni rastro del presidente de la República, la ministra del Interior, ni del resto de los miembros del gobierno, prensa y autoridades.

Un hombre de mediana edad está hecho un ovillo en el suelo. Con una mano todavía se aferra a su sombrero y con la otra se toca el costado, donde una mancha color carmesí comienza a empaparle el abrigo. A pesar del frío, suda profusamente. Unas cuantas personas que se habían detenido para atender al herido se abren para dejarle pasar pero Lórim les ve la decepción en la cara cuando se dan cuenta de que solo es un estudiante.

—Le han alcanzado los escombros de una de las explosiones —informa frenética una mujer joven. Lórim ve con horror cómo la mancha de sangre se expande por momentos.

Denna lo mira y parece tan asustada como el resto.

—¡Lórim! —repite—. ¿Qué hacemos?

Marcharse. Lo que deberían hacer es marcharse ahora que pueden, querría decirle Lórim. Él no... Eso no es lo que quería cuando llegó al Liceo. Mira a su alrededor. Los servicios de emergencia acaban de llegar pero ya están desbordados. Por toda la plaza hay heridos que piden ayuda pero él no tiene nada salvo buena voluntad y unos rudimentarios conocimientos de primeros auxilios.

Pero ya es más de lo que tienen otros, se percata. El hombre herido, la mujer que les ha explicado que ha habido una explosión... todavía están más desamparados frente a lo que está ocurriendo, y Lórim se decide en ese mismo instante.

—Deberíamos... deberíamos... intentar detener la hemorragia...

Lórim pone una mano en el hombro del herido para darle la vuelta y ver dónde tiene la hemorragia, pero el hombre vuelve a gemir y se rebate violentamente. De repente, como venida de la nada, se levanta una fuerte ráfaga de viento. Lórim escucha a Denna gritarle algo pero no puede oírle. El Aire se le mete en los ojos y en los oídos, y comienza a empujarle hacia atrás.

«Tiene que ser otro ataque», piensa. Como puede, se inclina hacia el hombre que está en el suelo porque la prioridad ahora es ponerle a salvo. Por fin consigue agarrarlo, darle la vuelta.

En ese momento es consciente de que la ráfaga de viento la está creando el herido, que tiene la mirada desesperada de alguien que ha perdido definitivamente el control.

Lórim no le culpa. A veces uno no puede evitar lo que es.

Entonces el hombre se encoge sobre sí mismo todavía con el maldito sombrero en la mano. Lórim mira hacia atrás, asustado. Los ojos de Denna son puro terror y quiere gritarle algo, advertirle que se ponga a cubierto, protegerla; pero el hombre crea un tremendo huracán que barre a cuantos tiene alrededor. Lórim y Denna incluidos.



Uno de los lugares que más ha sufrido con el ataque es la parada del metropolitano que hay en el límite con la avenida de Teriam. Las marquesinas de cristal tintado, como una vidriera, están destrozadas y hay un vagón en llamas que produce una humareda negra y espesa.

Y Nero tiene un problema, porque cuando se ha acercado para ayudar a la gente que huía, se ha encontrado con uno de los atacantes, o al menos lo parece porque, además de la cara tapada con una capucha y un embozo de color rojo, tiene las manos recubiertas de Fuego.

La buena noticia es que parece tan sorprendido como ella.

Durante unos segundos, el asaltante y Nero se miran. La poca gente que queda por la zona tiene a bien darles un poco de espacio porque ellos, multitud asustada, sí; pero tontos no son.

Nero no grita. No se sobrevive mucho tiempo en Urnabaun gritando cuando te encuentras en la nieve cara a cara con cosas potencialmente homicidas, sino que enfría el aire a su alrededor dispuesta a lanzarle una nube de escarcha en los morros. Con los osos funciona.

Efectivamente, un viento helado envuelve al tipo, aunque no tarda en lanzar una llamarada hacia Nero. Ella esquiva el ataque como puede y se pregunta si ahora puede gritar aunque sea un poco porque seguro que se sentiría mejor; pero entonces una violenta deflagración se interpone entre ella y el tipo de la capucha, que ve sorprendido cómo sus ataques son absorbidos

por una cortina de Fuego que acaba de aparecer entre él y Nero. La chica se da la vuelta buscando el origen del Fuego y a pesar de la situación se le instala una sonrisa enorme en la cara.

—¡Hola! ¡Gracias!



Kástor mira a Nero. Mientras tanto, el atacante hace amago de escapar, pero descubre que su día acaba de estropearse considerablemente cuando el muro en llamas se amplía, rodeándolo por completo.

—*'Horavuelvo* —dice Kástor secamente.

Se acerca a la jaula que él mismo ha creado y aparta las llamas para pasar dentro. Cierra otra vez el muro de Fuego detrás de él y se acerca al tipo. Del calor se ha destapado la cara y resulta que no es más que un chaval más o menos de su edad, flacucho y con acné. Cuando lo ve acercarse, el chico trata de retroceder. Se vuelve en busca de una salida, pero acaba topándose con la mirada de Kástor y entonces levanta las manos. Se rinde.

Quizá otra persona se hubiera detenido aquí, porque al fin y al cabo son los buenos y se supone que siguen las reglas, pero Kástor está muy enfadado. Y cuando está muy enfadado a veces... Pasan cosas. Lo sujeta por las solapas de la chaqueta de corte militar que lleva puesta y lo levanta varios centímetros del suelo. Mientras tanto, las llamas se vuelven todavía más violentas.

—Quién —exige con voz ronca. Quiere saber quiénes son, quién es su líder, quién les ha mandado atacar a los asistentes al Homenaje.

El chico mueve violentamente las piernas tratando de patearle, pero la única reacción de Kástor a los golpes es aumentar la potencia del Fuego que les rodea. El calor amenaza con asfixiarles. Por la frente de Kástor caen grandes goterones de sudor, pero no afloja. Por si la pregunta no ha quedado lo bastante clara, va a repetirla, porque en el fondo es bueno:

—Quién.

Parece que el otro haya captado el mensaje, porque mira las llamas con ojos desorbitados y luego a Kástor. El aire está tan caliente que quema en la garganta.

—Tú... —balbucea—. Tú eres Fuego, deberías estar de nuestra parte. Nos lo quitaron todo, todos los...—Se le hace difícil hablar con las manos de Kástor rodeándole el cuello—. Todos los privilegios, las tierras, el trabajo. El Águila Blanca volverá a poner las cosas en su sitio, el Águila Blanca...

Kástor ya ha tenido bastante. El Águila Blanca, dice. Es como solían llamar al Emperador, pero el Emperador está muerto y toda su familia también. De eso solo quedan viejas historias y las cosas que a veces Kástor recuerda en sus pesadillas.

Lanza el chico al suelo con desdén y se aparta poco a poco. A un gesto suyo, el Fuego se dispersa. Todo Kástor echa humo: su aliento, su pelo, pero también la piel que no queda cubierta por la casaca del uniforme de gala. Retrocede unos pasos más hasta que pisa algo blando. La capucha. Es como las que solían llevar los Caballeros, pero el chico no es un Caballero del Águila, solo un idiota disfrazado. Kástor la patea rabioso; pero entonces repara en Nero, que lo mira con expresión asombrada.

—Qué genial ese muro que acabas de hacer. Nunca había visto nada igual; pero claro, nunca había visto mucha gente de Fuego hasta ahora. Había un señor de Fuego en mi pueblo pero se murió. ¿Qué hacemos con ese?

—Nossé —musita. A lo lejos todavía advierte algunos signos de lucha,

pero con menor intensidad que antes, y él está muy cansado.

Nero se acerca al alborotador, le observa con curiosidad mientras el chico trata de escapar gateando. No llega muy lejos, porque Nero extiende un brazo del que escapa un destello blanquecino. En un abrir y cerrar de ojos, el tipo vuelve a estar en el suelo, se cubre el culo con las manos y rueda entre gemidos.

Satisfecha, Nero asiente y regresa al lado de Kástor.

—Le he congelado el trasero —anuncia, tan tranquila.



Está todo oscuro. Tiene un dolor sordo en un ojo y apenas puede ver. Por fin, con mucho esfuerzo, Lórim consigue liberarse. Un soplo de aire tan frío que le corta el aliento indica que ya puede abrir los ojos, pero no lo hace. Cree que necesita un momento para recomponerse porque le duele todo el cuerpo y tiene un mal sabor de boca que bien podría ser sangre.

Mezclados con el zumbido dentro de su cabeza, Lórim empieza a captar otros sonidos a su alrededor. En primer plano están los quejidos de todos los que se encontraban en la trayectoria de la explosión de Aire, salpicados aquí y allá por alguna palabrota. De algo más lejos provienen los ruidos del correr de la gente, los gritos y el siseo del mobiliario urbano al quemarse. De repente, una nota discordante rompe la pequeña sinfonía de caos. Parece la voz de Kózel pero también podría ser que, del golpe en la cabeza, Lórim se haya quedado un poco tocado.

—¿Lórim? Hemos llegado justo a tiempo para ver cómo el Aire arrasaba con todos. ¿Estás entero? —pregunta la voz.

—*Hmmmghaaaaaaha* —responde él, todavía con la boca pastosa.

Una mano, que con toda seguridad pertenece a Kózel, lo agarra del brazo y le ayuda a incorporarse. Lórim, presa de un repentino ataque de verticalidad, trastabilla y amenaza con caerse otra vez, pero una segunda mano le ayuda a mantenerse derecho. Es la de Denna.

—¿Estás bien, Lórim? —Kózel le mira, muy serio—. ¿Necesitas que te lleve con los sanadores? ¿Lórim? —insiste Kózel—. Lórim, ¿por qué te ríes ahora, Lórim?

—Oye, Kóz... —pregunta mientras se agarra el abdomen con un brazo. Lórim sigue riéndose. No se puede contener.

—Dime.

Kózel le dedica una mirada extrañada mientras le guía, con cuidado, por entre la extensión de gente que también empieza a recuperarse del impacto.

—Prométeme... —consigue articular Lórim entre carcajada y carcajada. Quizá lo que le impulsa a reír es que a pesar de todo nunca se ha sentido tan vivo—. Prométeme que cuando se acabe todo esto, iremos a celebrarlo. Creo que nos lo hemos ganado.

Sábado, 21 de diciembre.

Blyd. El Mama Morton, Club de Baile. 11.20 de la noche



Es casi mediodía cuando por fin se dan los incidentes por terminados. Gran parte de la plaza destrozada, numerosos heridos, media docena de sospechosos detenidos y bajo custodia. Las brigadas de limpieza municipal han dedicado el resto del día a retirar los escombros y las banderas quemadas, que han dejado manchas negruzcas en las paredes blancas del Parlamento.

Para cuando llega la noche, la ciudad está como muerta.

Excepto por un lugar. En la calle del Sol, que hace de límite entre Malesia y las casas imponentes del Barrio Diplomático resiste abierto un club de baile, El Mama Morton, un diminuto símbolo de resistencia. No hay música en directo sino un fonógrafo en un rincón por el que suenan canciones lentas

y un tanto anticuadas, pero los candelabros del techo emiten una luz que se multiplica en los grandes espejos que cubren las paredes y todo queda salpicado de tonos dorados y rojizos. No hay mucha gente, poco más de una treintena de personas, pero un grupo que ocupa varios reservados al fondo hace suficiente ruido como para llenar el local.

—Por nosotros. Podemos brindar por nosotros, ¿verdad? —Es el quinto brindis que propone Vann pero, igualmente, todos los ocupantes del cubículo levantan su tercera ronda de bebidas y hacen entrechocar los vasos—. ¡Por nosotros!

El resto de sus compañeros, que se han acomodado en los reservados circundantes, les imita entre gritos de júbilo.

—Heroicos. Hemos estado heroicos —puntualiza Lórim, que se bebe lo que le queda de cerveza de un trago. Quizá sea una exageración, pero siente dentro del pecho una calidez que le llena y que no había experimentado nunca.

En cuanto deja el vaso vacío sobre la mesa, se vuelve hacia uno de los espejos. Tiene una especie de cerco parduzco alrededor de un ojo que probablemente mañana adquiriera un tono ligeramente violáceo. Lórim sonrío con satisfacción. Es su primer ojo morado. Y ahora, si nadie lo remedia, se llevará los dedos hacia la cara para tocárselo.

—No lo hagas, bobo. Te va a doler. Tendrías que vincular hielo para que te baje la hinchazón. —Con los dedos a medio camino de hacerse un estropicio, Lórim se da la vuelta y le alza una ceja a Denna mientras ella replica—. Espera, ya lo hago yo.

Lórim aparta la cabeza. No es solo porque el ojo comience a escocerle mientras la chica se acerca. No. Es que le arde el punto donde los dedos de ella han hecho contacto. Ya ha aprendido a reconocer esas sensaciones y no quiere tenerlas.

—Déjame —se queja con voz ronca.

—¿Qué pasa? —Denna le aparta el pelo de los ojos y le peina un poco.

—Nada —le dice antes de fruncir los labios—. Que no quiero que me quites mi primera herida de guerra. Me hace parecer interesante. *Más interesante.*

La chica le obliga a volver la cabeza para que mire al frente. Después se frota las manos hasta que le quedan cubiertas de una fina escarcha que coloca sobre el ojo de Lórim a pesar de sus continuos quejidos y de sus exageradas muecas de dolor.

—Mira que eres bobo, Lórim. ¿Cómo te has hecho esto?

—Bueno... —comienza—. No lo tengo muy claro. Había mucha gente, ¿sabes? Y todos se me echaban encima. Yo tenía en brazos a un cachorrito, uno de esos pequeñitos, peludos, lo encontré solo, perdido entre la multitud. —Lórim gesticula. Su voz se vuelve un susurro y sigue hablando, envalentonado porque Denna se ha echado a reír—: A mi derecha había dos tipos de esos que llevaban capucha. Eran enormes, gigantescos. A mi izquierda, un río de gente que se venía contra nosotros. Era una situación desesperada. Poco podía hacer para salvar al perrito. Tenía que reaccionar, ya sabes. Era cuestión de vida o muerte. El cachorrito no paraba de gimotear. Me estaban temblando las piernas pero no podía dejar que le sucediera nada al pequeño. Tenía una misión que cumplir. Fue...

La puerta del club se abre de golpe.

—¡Denna! —Ibar hace una pausa antes de entrar a toda prisa en el local, bien para recuperar el aliento o porque, conociéndole, es la primera vez en la vida que entra en un club de baile—. ¿Estás bien? He venido en cuanto he recibido tu mensaje. —Y debe de ser cierto que ella le ha escrito porque Ibar todavía tiene su diario en la mano y con las prisas por sentarse junto a Denna

simplemente se deja caer sobre el banco corrido del reservado sin esperar que los demás se aparten.

Lórim hace una mueca dispuesto a seguir con su anécdota, aunque en realidad se ha hecho el moratón cuando le han sepultado bajo un montón de gente por un maldito Aire huracanado proveniente de un señor malherido; pero, de repente, decide callarse porque Denna se ha abrazado a Ibar e Ibar... la abraza también a ella.



En el reservado justo al lado, Kástor y Enzo brindan con sendas jarras de cerveza helada. Kástor tiene rota la sisa del uniforme de gala y la manga le cuelga del hombro. Sin embargo, parece que no le importa.

—Hoy has estado increíble —le dice Enzo—. Te has puesto en pie, has apartado a la gente y, no sé, es que has estado de diez. Cuando te he visto allí en medio de la gente... no me lo podía creer. ¿Cómo lo haces? A mí han estado a punto de aplastarme...

—'Bía un niño Enzo.

—Claro —responde Enzo—. Lo del niño ya ha sido de antología... muy heroico todo.

Kástor frunce el ceño mientras su amigo hace entrechocar las jarras de cerveza otra vez.

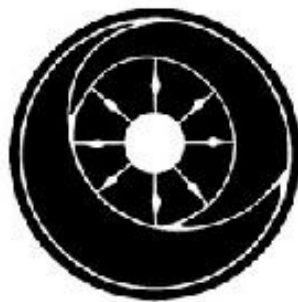
—'Bía un niño —insiste, esforzándose en pronunciar claramente las palabras por encima de la música—. Solo. Estaba solo. *L'habrían* pisado por

eso. En brazos. Le cogí en brazos porque 'bía un niño y lo 'brían pisado seguro. Al niño.

Enzo sonrío después de dar un trago a su cerveza. Cuando Kástor lo ha dejado al cargo del niño y lo ha mandado marcharse él... él... no dirá que se ha enfadado. Kástor ha hecho algo muy peligroso, metiéndose entre la gente de esa manera, solo, para enfrentarse a los atacantes, pero ahora está orgulloso de él. Cree que debería decírselo más a menudo y cuando vuelve la cabeza para hacerlo, Kástor no le deja hablar. Da un largo suspiro, y le apoya la cabeza en el hombro. Durante unos segundos larguísimos Enzo no sabe cómo reaccionar. Echa un vistazo a su alrededor pero nadie parece fijarse en ellos, así que acaba rodeándole con los brazos.

—Venga, tranquilo —le susurra cerca del oído, consciente de lo escasos que son esos momentos en que Kástor busca el contacto físico. Con mucho cuidado enreda los dedos en el cabello de Kástor y le hace una caricia para que se relaje—. Ya ha pasado todo.

—Sí —repite Kástor—. Ya ha pasado todo.



—Hey, enano.

Tendría que haberse quedado en el Liceo, piensa Kózel. Si bien es verdad que están todos más o menos de una pieza, no cree que tengan mucho que celebrar, porque ha habido decenas de heridos, algunos muy graves. En el orbediario han dicho que los detenidos no son los verdaderos Caballeros del

Águila, sino meros alborotadores. Que el ataque ha sido una simple manifestación que, desgraciadamente, se les ha ido de las manos; pero Kózel sabe lo que ha visto. Una figura cubierta con el embozo y la capucha escarlata. Y el Fuego, y esos movimientos fríos, calculados...

—Hey, *hey*. Enano.

—Hey, Vann —responde al fin. Ya van como tres veces que Vann dice «Hey, enano» en el último minuto; pero es que desde la tercera cerveza que se ha tomado se le cierran ligeramente los ojos y tiene dificultades para mantener la cabeza completamente erguida. O quizá Vann ya se haya bebido cuatro, Kózel no lo tiene claro.

—Lo siento —susurra con voz pastosa.

Eso no se lo esperaba. En realidad, ni sabe por qué Vann se acaba de disculpar ni tiene la menor idea de cómo responderle, así que solo espera.

Vann acaba apoyando el mentón en la palma de la mano.

—Antes.

—Ya. Antes ¿qué?

—Y antes de antes. El otro día. Y, hoy, en la plaza, cuando te he dicho que te pusieras a salvo, yo... no quería insinuar que no sabes... *eso*. —Como si Vann buscara un poco de inspiración, levanta su jarra pero descubre contrariado que ya está vacía. Entonces mira en su dirección—. Que no sabes defenderte. Porque ni es asunto mío ni es verdad. Sí que sabes... casi.

Kózel trata de no dar un respingo cuando Vann le toca la herida que tiene en el pómulo. Maldita la hora que eligieron sentarse en un reservado porque, ahora, para marcharse tendría que pedirles a Denna e Ibar que se muevan y no quiere estorbarles, pues parecen muy acaramelados. Tampoco puede ponerse a charlar con Lórim para disimular porque se ha marchado a la barra en cuanto ha aparecido Ibar, y Nero está en el cubículo de al lado charlando

con Wen, que ha venido hace un rato muy asustada por lo que ha visto en el orbe.

La única solución posible es reprimir un escalofrío y esa sensación cálida de ligereza en el bajo vientre que es, definitivamente, cada vez más problemática.

—Pero es que... —Cuando Vann vuelve a pasarle el dedo pulgar por la mejilla, Kózel se plantea seriamente si escapar en línea recta saltando por encima de la mesa cuando, de repente, los candelabros del club desprenden un fogonazo. Otra vez. Ya se le dispararon los nervios de nuevo.

Vann ladea la cabeza y entorna los ojos.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Qué? —A Kózel la pregunta le sale con un hilo de voz.

—La cara, se te ha vuelto... ¿como borrosa? —Inmediatamente Vann se echa hacia atrás y se frota los ojos con ambas manos—. Perdona. Me parece que voy a hacer como tú y beberé limonada durante un rato. Pero, lo que te estaba diciendo: te decía que aunque sí que sepas defenderte, yo... ¿Adónde vas?

—Al baño. —El baño, cree, es una buena excusa. Kózel se levanta al mismo tiempo que lo hace Denna, que le dedica una mirada de ánimos. Es una chica lista, Denna, que aunque no tiene ni idea de por qué huye Kózel, por lo menos ha intuido que necesitaba marcharse de ahí cuanto antes—. Gracias.



—Ponme lo más fuerte que tengas.

El camarero lo mira con incredulidad. A pesar de todo, asiente y trae una botella de la repisa que hay detrás de la barra.

—¿Aguardiente Klachnodense va bien?

Lórim toma la botella y la hace girar. Lee la etiqueta atentamente, que tiene un dibujo de un oso levantado sobre sus patas traseras de lo más impresionante, y se la devuelve al camarero empujándola con un solo dedo.

—¿No tienes nada mejor? Esto se lo bebería mi primito de cinco años.

La mueca del camarero se amplía. Regresa con otra botella, que es desechada con idéntico desdén.

—Este es para mi abuelita. ¿No tenéis alcohol de verdad?

El camarero vacila como atrapado en medio de un profundo dilema moral y, finalmente, extrae una tercera botella de lo más recóndito de la repisa. No parece que la usen mucho: está cubierta de polvo.

—Invita la casa —dice.

El vaso que le sirve a Lórim es tan pequeño que puede abarcarlo con toda la mano y este, antes de bebérselo de un trago, le guiña un ojo al camarero.

La bebida le raspa tan intensamente la garganta que le lloran los ojos de golpe. El estómago le da un bote hacia el velo del paladar y por unos instantes le parece que el suelo se haya alejado de él unos metros. La visión se le deshilacha por los bordes pero todavía es capaz de ver que Denna está sentada cada vez más cerca de Ibar. Lórim pide otra ronda de lo mismo.

El camarero vacila de nuevo y le llena otra vez el vaso sin apartar los ojos de él.

—¿Estás seguro?

Lórim se vuelve al escuchar la voz de Nero a su espalda. Al hacerlo, le da la sensación de que el mundo se mueve más rápido que él.

—Sí, ¿por *qué*? —responde.

—¿Te han enseñado el lagarto? —El semblante de Nero, que ha estado detrás de él todo el tiempo, es muy serio, tan serio que las cejas casi se han transformado en una.

—¿*Gué lagardo*? —le pregunta Lórim mientras levanta su vaso repleto y lo olisquea—. ¿*Gué lagardo*, Nero?

—¿Te han enseñado el color del lagarto? ¿Sí o no?

Lórim niega con la cabeza. Al hacerlo, el club orbita a su alrededor con la velocidad de un cometa pero él se ríe con todas sus fuerzas. Le divierte verlo todo distorsionado, así que vuelve a agitar la cabeza hasta que Nero se la sujeta con ambas manos. Después, le mira muy fijamente a los ojos.

—Es azul —sentencia, mostrándole la botella con gesto acusador—. Te ha dado licor de Urnabaun con lagarto azul.

El camarero, a su espalda, se limita a encoger los hombros.

—Me pidió lo más fuerte que teníamos...

Lórim abre mucho los ojos. Los abre tanto como abre la boca. Lórim no sabe qué puede significar que el lagarto sea azul. Sobre todo, porque lo que le importa no es el color, sino el hecho de que lo azul sea un lagarto. Un lagarto que estaba metido en el licor que él se ha bebido y al que le falta una pata.

Lórim carraspea. De pronto siente que tiene algo atascado en la garganta.

—El del lagarto azul lo utilizamos en Urnabaun para revivir a los que se caen al lago en invierno. Y para limpiar los desagües cuando se atascan —suspira Nero—. Si te hubiera dado al menos el del lagarto rojo...

Lórim no la escucha porque está tosiendo. Carraspea de nuevo. Se agarra el cuello con ambas manos. Siente arcadas. Es la pata. Seguro que lo que siente ahora mismo en la garganta es la pata perdida del lagarto azul. Entonces ve que el último vaso que le ha llenado el camarero todavía descansa sobre la barra, lo coge con ambas manos y se lo bebe de un trago sin

caer en que se trata del mismo licor. Lo que sea, se dice, lo que sea para quitarse la pata de la garganta.

Entonces deja de preocuparse por la pata porque, de pronto, delante de él ya no hay una Nero, sino dos.



«El baño no es el mejor escondite del mundo», piensa Kózel. Podría entrar alguien en cualquier momento y el único lugar que hay para sentarse es la taza del inodoro, pero al menos puede descansar con tranquilidad.

Ha estado cerca. Hace un momento, cuando estaba con Vann, ha perdido el control, pero en su defensa piensa que ha sido un día agotador.

Kózel observa su reflejo en el espejo que hay colgado en la pared. Aun así, no puede engañarse. Por mucho que el día haya sido duro, el cansancio que siente en el cuerpo no es nuevo, lo lleva sobre la espalda desde hace mucho tiempo, desde el día en que el aéreo aterrizó en Blyd.

Porque no todos los días te admiten en el Liceo de Blyd a raíz de un engaño.

Hoy se siente peor que nunca. Al día siguiente volverá a casa por vacaciones y podrá descansar de su secreto durante dos semanas, pero es que tan solo serán quince míseros días. Después de eso, todo volverá a ser como ha sido hasta ahora y no sabe si encontrará otro baño como este donde ocultarse.

Vuelve a mirar su reflejo y se quita la gorra. El pelo moreno aparece algo

aplastado, así que se lo revuelve con los dedos. Entonces, contiene el aliento y hace algo que no debería. No, estando tan cerca las vacaciones. Pero es que necesita verse, aunque solo sea un minuto. Necesita ver con sus propios ojos algo real, algo a lo que aferrarse. Los recuerdos de lo ocurrido por la mañana están tan difusos en su mente que, ahora mismo, se siente otra persona y ya no sabe qué es cierto o qué una Ilusión.

Traga saliva sin apartar la vista del espejo. Después, se pasa la mano por delante de la cara. Desaparece la Ilusión y sus facciones se vuelven más finas y redondeadas. Se queda así unos segundos, con la boca abierta, reconociéndose en cada rasgo. Entonces, se remueve. Sabe que solo quedan unas pocas horas, que al día siguiente estará en casa, en Hol Ibu, pero se ha hartado de fingir, de no poder ser quien es.

De un golpe se desabotona la camisa del uniforme y la ve ahí, cubriendo su cuerpo: una venda.

Kózel aprieta los dientes. Tiene un nudo en la garganta, pero no va a dejar que crezca. Puede controlarlo, al igual que puede controlar el temblor de las manos cuando, poco a poco, deshace la venda hasta que deja de notar la presión de la tela que le aprisiona el pecho.

Y están ahí. En el espejo. Sus curvas. Su piel, tostada y brillante. Las lágrimas amenazan con surcarle la cara ahora que ve su verdadera imagen por primera vez en muchos días y se da cuenta de que, quizá, el sueño de ingresar en el Liceo le esté saliendo demasiado caro.

No puede engañarse más. Kózel no está cansado. Lo que le ocurre es que está cansada.

Cansada de ocultarse bajo una máscara de Ilusión, de tener que vendarse el pecho y de disimular su figura con ropa demasiado grande, de estar siempre... a la defensiva, siempre pendiente de dar un paso en falso y que la descubran. Está cansada de ser la persona que no es.

Kózel suspira. No ha llegado hasta aquí para echarse atrás. Debe sobreponerse. No pensar en más allá.

Solo está cansada. Mañana se le pasará. Seguro.

—Puedo contigo... —le susurra a la venda—. Puedo contigo... —repite, mirándola fijamente—. ¡Puedo contigo!

—¿Esdás bien, Gózel? —Del otro lado de la puerta, la voz de Lórim suena pastosa—. ¿Gon quién puedes? ¿Gon las *gugarachas*? ¿Hay *gugarachas*, Góz? ¿Muchas? Es *gue* me *esdoy* haciendo pis y si no sales ya voy a hacérmelo encima.

Kózel se queda congelada, crispando las manos alrededor del lavabo.

—¡Estoy bien, Lor! —grita mientras se coloca de nuevo la venda a todo correr, se abotona la camisa, se limpia las lágrimas, rehace la Ilusión que vuelve sus facciones más masculinas y se cala la gorra hasta las orejas—. Solo estaba... Solo estaba... da igual. Ahora salgo.

Lórim espera sosteniéndose la entrepierna con ambas manos y dando saltitos cuando ella sale del cuarto de baño. Le mira y él sonrío justo antes de echar a correr y bajarse los pantalones sin cerrar la puerta siquiera.

—Estás borracho, Lor —le dice desde la puerta, sin mirarle.

—*Nooooo* —replica su amigo. Y ella sonrío.

—¿Estás bien? —le pregunta cuando Lórim finalmente sale del baño.

—Sí. ¿Por *qué*? —Lórim camina haciendo eses y, para contrarrestar la falta de equilibrio, extiende los brazos como un funambulista.

—Porque cuando ha llegado Ibar tú has comenzado a beber como un personaje de *Pasión de Fuego*, que te he visto. No te estarás emborrachando a propósito, ¿verdad?

—Siempre *gue* uno se emborracha lo hace a *propósito*, ¿no?

—Por eso, Lor. —Kózel se apoya contra la pared del pasillo y le mira con el semblante serio. Lórim parece ignorarla y eso la reconforta.

Probablemente, aunque hubiese entrado en el cuarto de baño y la hubiera descubierto sin su disfraz, mañana no se acordaría de nada.

—Por eso, ¿*gué*? —Lórim se acerca dando tumbos y casi se cae encima de ella.

—¿Vas a estar bien estos días? Durante las vacaciones, ¿tú solo en el Liceo?

Lórim la mira, y por un segundo casi logra parecer convencido cuando responde:

—*Glaro, Gózel*. Yo siempre *esdoy* bien. ¿Y *dú*?

Kózel asiente, ella también.

Domingo, 22 de diciembre.

Liceo, a orillas del lago. 4.45 de la noche



Falta apenas una hora para que el primer metropolitano empiece a circular, así que es un misterio cómo han regresado al Liceo. La última parte del trayecto, la avenida que atraviesa los Altos flanqueada por palacetes a cuál más lujoso, ha sido la más dura por la pendiente y por el esfuerzo de no echarse a reír y despertar a todos los vecinos. Finalmente han saltado la valla que rodea el campus después de mucha risa tonta y muchos intentos fallidos.

Los demás se han ido hacia la residencia muy agradecidos porque ya han empezado oficialmente las vacaciones; pero Lórim quería quedarse un poco más. El licor de Urnabaun hace rato que ya no le emborriona tanto la cabeza y necesita unos minutos para acabar de serenarse. Aun a riesgo de que el frío

les deje convertidos en carámbanos, Kózel y Nero le hacen compañía junto al lago.

Uno de los tres bosteza, aunque como está todo oscuro no se sabe quién. Lórim se llena los pulmones con una bocanada de aire helado.

—Se está bien aquí.

Pero, cuando se escucha, a Lórim, la palabra «bien» se le queda corta. La palabra «bien» no describe la manera en la que el lago refleja el cielo cubierto de estrellas, ni lo viva que se ve Blyd, rebosante de luz, en la distancia.

Sobre ellos, un aéreo cruza el cielo dejando una estela grisácea. Le da la impresión de que esquivo las estrellas mientras se mueve lentamente hacia la estación-embarcadero Varno Monsett, cuya cúpula de cristal destaca por encima del resto de los edificios. La ciudad de Blyd siempre está despierta de noche cuando las calles y los principales edificios se iluminan: el Parlamento, el Gran Teatro Metropolitano, los museos de los Jardines de la República, el Templo del Agua muy al fondo, rodeado por un resplandor azulado. Cierra los ojos y casi puede escuchar el bullicio de las principales avenidas y el zumbido de los miles de acumuladores que, cuando atrapan la luz que lanzan los faroleros al caer la noche, hacen posible este milagro cotidiano.

A decir verdad, Lórim acaba de encontrar la palabra que define exactamente cómo se siente ahí, en ese momento, frente al lago, en los jardines del Liceo junto a los primeros amigos que ha hecho en su vida. Solo hace tres meses de eso, pero a él le da la sensación de que ha pasado una vida entera.

—Esto es perfecto —dice finalmente.

Se produce otro silencio sin prisas, de esos que nadie tiene la necesidad de llenar con frases vacías y de los que dejan tiempo para pensar. Al final Nero se remueve. Sería un movimiento imperceptible si no fuera porque, con el

paso de los minutos, los tres se han acercado para soportar mejor el frío y prácticamente están apoyados hombro con hombro.

—Casi perfecto —murmura Nero con expresión concentrada. Sus dos amigos la miran mientras la chica se rodea las rodillas con una mano y extiende la otra hacia delante con la palma vuelta hacia el cielo. Justo ahí, reflejando tenuemente la luz de la luna, baila un copo de nieve.

Y puede que sea por el alcohol. O por el silencio de la noche, que hace audibles los pensamientos. Quizá, simplemente, es que la expresión de Nero es tan melancólica que Lórim y Kózel solo tienen que intercambiar una mirada para ponerse de acuerdo. Kózel sonríe, sus ojos reflejan determinación. Lórim le guiña un ojo justo antes de adelantar su mano derecha y agitar los dedos.

Primero parece que no suceda nada pero, poco a poco, al compás del movimiento de sus dedos, el aire que les rodea se vuelve cada vez más húmedo y la superficie del lago comienza a agitarse levemente. Después, del lago se desprende una gota. Y a continuación otra. Y otra. Lórim agita de nuevo los dedos y, entonces, estas comienzan a flotar en su dirección. Solo tiene que transcurrir un instante para que, de pronto, Nero levante sorprendida la cabeza al verse rodeada por miles de gotas de agua en suspensión, como lluvia congelada en el tiempo.

—Ahora —le susurra Lórim a Kózel.

Kózel cierra los ojos. Lórim también. Respiran hondo, concentrando todas sus energías en el agua que les rodea mientras Nero lo observa todo con expresión asombrada. De pronto, el primer copo se posa sobre su nariz.

—Nieve... —susurra.

Se pone en pie de golpe y extiende los brazos en cruz mientras el resto de los copos va cayendo sobre su cuerpo. Gira sobre sí misma con la cara hacia el cielo, los ojos cerrados y la expresión de felicidad más sincera del mundo.

—¡Nieve! —grita—. ¡Nieve! —vuelve a gritar sin dejar de dar vueltas—. «Ahora sí —dice para sí misma—, ahora sí que es perfecto. Ahora sí que me siento como en casa.»

Y Lórim, que la escucha, no podría estar más de acuerdo.

Al fondo, el primer metropolitano se pone en marcha llevándose del Liceo a los estudiantes más madrugadores, que acarrear sus maletas como si, en realidad, no les pesaran nada.

~ Segunda Parte ~



Domingo, 5 de enero.

Sala de recreo de la residencia masculina.

9.42 de la noche



—Entonces ¿te gusta? —pregunta Kózel expectante.

Lórim observa el cartel publicitario que hay extendido en una de las mesas de la sala de recreo. Aparece Gelina Holín, estrella número uno del firmamento artístico de Nylert y protagonista del culebrón orbevisivo *Pasión de Fuego*. Los ojos están a punto de salirsele de las órbitas.

Kózel ha llegado en aéreo al mediodía. Pensaba que después de dos semanas en las Koru sin la constante presión de tener que ocultar su verdadera identidad el regreso le sería más duro, pero en cuanto ha puesto los pies en el embarcadero Varno Monsett se ha descubierto ansiosa de comenzar

el trimestre. Ha pasado el último día de vacaciones junto a Lórim y Nero paseando por Blyd hasta que les han dolido los pies. Después de cenar Nero ya se ha ido a su residencia mientras que ellos se han quedado en la sala de recreo de su piso, con el cartel de Gelina presidiendo la escena.

—Es hipnótico —responde Lórim tras unos segundos.

No saben cómo lo ha hecho el dibujante, pero el cartel consigue el mismo efecto que esos cuadros que parecen seguirte con la mirada, con la diferencia de que la actriz que aparece en el cartel no les sigue con los ojos, sino con su generosa delantera. El cartel debe de ser hipnótico de verdad porque en ese momento llega cargado de maletas Izeen Zrakov, de segundo, pero deja los ojos tan fijos en los atributos de Gelina que no acierta a entrar por la puerta del pasillo y choca estrepitosamente contra la pared de la sala.

Kózel va a sentarse en uno de los sofás que hay junto al orbe, se quita la gorra y lo mira con expresión seria.

—Es demasiada mujer para ti, Lor. En realidad, es tan mujer que podría ser dos mujeres.

Lórim se incorpora y parpadea. Por la cara que pone, debe de estar imaginándose lo maravilloso que sería el mundo con dos Gelinas. Kózel le lanza una mirada severa, pero lo único que consigue es que su amigo le dedique una sonrisa sucia marca de la casa.

—Mira que eres melón. La vergüenza que he pasado por tu culpa.

Con el regalo para Nero lo tuvo más fácil, porque sabe que colecciona carteles y recortes y le ha traído una fotografía de un amanecer korués, con playa y palmeras incluidas. En cambio, para Lórim eligió el cartel de Gelina que menos dejaba a la imaginación y a la hora de pagar quería morirse. Las cosas que se hacen por los amigos...

—Tendrá un lugar de honor colgado frente a mi cama —comenta Lórim, a quien no parece molestarle que Gelina lo mire.

Kózel va a poner los ojos en blanco pero en ese momento se fija en que Vann acaba de llegar. Por su expresión parece que le haya pasado un metropolitano por encima. Tiene la cabeza gacha y se lanza sobre el sofá que hay frente a ellos.

—¿Vann? —pregunta Kózel. Como única respuesta, Vann gruñe. Tiene que ser grave, porque antes de derrumbarse ni se ha fijado en el cartel y eso que salta a la vista. Y quizá no debiera insistir pero es que no puede evitarlo cuando el chico se coloca boca abajo como si quisiera asfixiarse—: ¿Qué pasa?

Sin embargo, es Lórim el que responde por él con un tono que le recuerda demasiado al de Ibar Blumersett cuando se dirige a ella en la biblioteca:

—*Edrin-mujer-fatal-Zhark*. Como si lo viera.

—Está loca —masculla Vann levantando mínimamente la cabeza. Luego rueda sobre el sofá como un niño en plena rabieta y frunce el ceño mientras Lórim suelta una risilla.

—No está loca. Es que medio Liceo está detrás de ella, ¿verdad, *Hoku*? ¿A que sí? —Kózel piensa que mejor no responde—. Pero tú no te rindas, Vann —añade Lórim—. No pasa nada por que esté en *Élite*. ¡No te rindas! Persíguela —aconseja muy, muy serio—. Hazte el encontradizo en la biblioteca, al salir de clase, en los baños, en todos los lados. —Se inclina un poco hasta quedar muy cerca de Vann—. Que no se olvide de tu cara.

—Que no se le olvide mi cara —repite él como si fuera el mejor consejo del universo.

—Claro —responde Lórim—. Y le guiñas un ojo. —Lórim guiña su ojo derecho—. Así, abriendo la boca y todo, cada vez que se cruce contigo. Es fácil. A ver, hazlo.

Mientras el chico, concentrado, guiña uno de sus ojos azules, quien abre la boca es Kózel. No puede creerse que Vann se lo esté tomando en serio. Quizá

lo haga por pura desesperación y el caso es que el gesto podría hacer temblar algunas piernas, pero es mérito del atractivo innato de Vann.

—¡Apoteósico! ¡Colosal! —Lórim aplaude—. Una obra maestra del arte del guiño.

Es más de lo que Kózel puede soportar y, antes de que el daño sea irreparable, se pone en pie y se cruza de brazos. Fugazmente, agradece que Lórim no sea demasiado consciente de su atractivo y que sus técnicas no sean, lo que se dice, efectivas porque, si no, entre él y Vann ella acabaría teniendo mucho trabajo y muy poco tiempo.

—Los dos —tercia Kózel con el tono de voz que usa la abuela Hokulea cuando están todos los primos en casa—. Ni una palabra más.

Probablemente se arrepienta de lo que está a punto de hacer y no le vaya a traer más que problemas pero es que no puede evitarlo. Suspira, pone los ojos en blanco en señal de resignación y sin decir nada más sale de la sala.

Suerte que está preparada para este tipo de emergencias.

Regresa al cabo de medio minuto con un paquete de galletas de chocolate. Las llevaba para una emergencia, y aunque ella pretendía que le duraran por lo menos una semana, va a usarlas por una buena causa. Abre el paquete, el papel cruje tentadoramente y Vann por fin se levanta. Kózel sabe que ha hecho lo correcto cuando Vann se come la primera galleta y recupera el color. Todavía tiene la boca medio llena cuando masculla:

—Ella se lo pierde. Hay otras que hacen cola. Ya os digo, está mal de la cabeza. Yo me rindo.

Kózel reconoce el verdadero problema: Vann ha encontrado la horma de su zapato. No conoce a Edrin excepto por lo que le ha contado Vann y por lo que ha visto de ella al cruzársela por los pasillos del Liceo: que es inteligente, competitiva y orgullosa. Y además, tiene calado a Vann desde el principio y por eso le está ganando en su mismo juego. Al final Kózel niega con la

cabeza porque, a pesar de todo, Vann tiene razón. No en que Edrin esté loca, sino en que a pesar de su fama de rompecorazones, las otras chicas hacen cola. Eso sí es triste.

—Pero, a ver. De verdad, Vann ¿tú estás tonto? —Ya es demasiado tarde para arrepentirse—. Que te he visto ir detrás de ella desde principios de curso. ¿Qué haces cuando tienes a Edrin cerca?

—Pues primero hablamos un poco y entonces voy a por todas y le pregunto si quiere irse a algún lugar más discreto. Ya sabes.

Kózel, no sabe por qué, se lo imaginaba.

—Asumo que es tu técnica habitual.

Vann asiente, Kózel resopla.

—Pues suerte que eres guapo porque, si no, no podrías ni seducir a mi abuela. Y eso que a mi abuela le gustan jovencitos. —Con el rabillo del ojo, Kózel ve una mueca formarse en los labios de Lórim, dispuesto a perpetrar uno de sus comentarios graciosos, pero Kózel se vuelve y lo señala con un dedo acusador—. Y no me hagas empezar contigo, Lórim, porque si la idea que tienes de llamar la atención es guiñarle un ojo a todo lo que tiene un par de tetas, tú también vas listo.

Lórim baja los hombros y refunfuña por lo bajo, pero ella le ignora.

—Hazte un favor, Vann, y olvida lo que has estado haciendo con este de aquí —prosigue Kózel—. Edrin te da largas, asumo, porque al contrario que otras, es una chica lista y te paga con tu misma moneda, así que no te quejes tanto, Antepasados. Y si quieres conseguir algo más que calabazas, antes tienes que demostrarle que esta vez va en serio y el primer paso es, por lo menos, mostrarle un poco de respeto, que ni es tonta ni es un florero. ¿Me sigues?

—Te sigo —responde Vann.

—Bien.

—Porque con ella vas en serio, ¿verdad? No estás lloriqueando porque Edrin haya herido tu orgullo masculino.

Tras un segundo de cautelosa reflexión, Vann asiente.

Kózel coge una galleta. Mientras da un mordisco va a sentarse entre sus dos amigos, no sin antes separarlos con ambas manos en un gesto teatral. Cree que con el discursito que viene ahora, va a hacerle un gran favor a media humanidad.

—Pues el segundo paso sería olvidarte de ese «ir a por todas» que me ha dolido en el alma. Igual eso te funciona a oscuras en un club de baile, pero creo que no me equivoco si te digo que una chica con algo de amor propio te dirá que te metas el «a por todas» allá por donde no brilla el sol. Que igual es este el problema, que te piensas que eso de las mujeres es como un gran misterio y no. Solo se trata de pensar un poco. Y de no comportarse como un imbécil.

Lórim y Vann parpadean de asombro.

Kózel, consciente de que va a ser una noche muy larga, suspira y da otro mordisco a la galleta para darse ánimos.



Una hora y media después, Lórim regresa a su cuarto convencido de que le ha sido desvelado uno de los más grandes enigmas de la humanidad: las mujeres. Nunca lo habría imaginado de Kózel, tan bajito y poca cosa, pero resulta que es un entendido. No: un sabio.

Camina a paso ligero por los pasillos vacíos con el cartel de Gelina Holín enrollado bajo el brazo. Da un saltito. Durante las vacaciones se ha aburrido soberanamente, pero al día siguiente empiezan las clases y todo volverá a la normalidad. Este pensamiento le hace feliz y piensa que nada puede estropearlo.

Cuando abre la puerta, se detiene bajo el marco porque hay algo que no encaja. Es casi medianoche y el cuarto parece distinto. Huele distinto. Entonces se da cuenta: la habitación está a oscuras e Ibar no ocupa su silla. Estaba seguro de que cuando regresara se lo encontraría estudiando como siempre, a pesar de que oficialmente siguen de vacaciones. En vez de eso hay ropa esparcida por el suelo y se tropieza. Lórim suelta una palabrota. Que haya ropa por su parte de la habitación es lo habitual pero no lo es que la haya en la de Ibar. No se lo tendrá en cuenta, que hoy está contento, decide Lórim mientras deja el cartel sobre su escritorio y luego abre un poco la ventana. De pronto, la luz de la luna llena deja la habitación en penumbras y descubre al bulto en la cama.

—¿Estás malo, Ibar? —le pregunta con voz de falsete—. ¿Estás tan malito que no puedes estudiar y has dejado la ropa por el suelo? —La expresión de Lórim, que antes era feliz, ahora tiene un aire malévolo. Se lanza sobre la cama y comienza a hacerle cosquillas—. ¿Es eso? ¿Enfermito? —Desde debajo del batiburrillo de mantas y sábanas, Lórim cree escuchar un gemido, así que continúa con sus cosquillas—. Pobrecito, ¿qué te pasa? ¿Te duele la barriguita? ¿Es eso? ¿Quieres que llame a la enfermera? ¿Quieres que avise a la profesora Ipola Nock para que te dé un buen achuchón?

—Preferiría...

Lórim se aparta mientras aparece lo que resulta ser una mata de pelo oscuro y despeinado. Después lo hacen un par de ojos color miel con las

pestañas muy largas y, finalmente, una cara conocida que no es precisamente la de Ibar, sino la de Denna.

—Si no te importa, Lórim, preferiría que no se lo contaras a nadie...

Es instantáneo. Lórim se cae al suelo con tanta fuerza que un poco más y hace un agujero. Habría sido muy útil. De ese modo, habría podido meterse dentro y morir de la vergüenza con tranquilidad.

—De... ¿Denna? ¡Denna!

—Lo siento, lo siento... —Denna se tapa con el edredón, pero ha dejado sus hombros al descubierto. Al darse cuenta, Lórim reptaba por el suelo, rozando el trasero contra la tarima hasta que da con su espalda contra la pared y se le cae encima un montón de ropa de un estante—. Creo que me he quedado dormida ¿Qué hora es?

—Cerca de... Cerca de... —No le salen las palabras. Es como si los hombros de Denna le anularan el cerebro. Lórim tiene la boca seca. Le cuesta respirar. Por una parte quiere escapar de allí a toda velocidad y, por la otra, cree que no ha visto cosa más bonita en su vida: una Denna despeinada, con las mejillas arreboladas y desnuda. Sí, desnuda, porque cuando al fin aparta la mirada se da cuenta de que tiene la mano encima de un sujetador e Ibar no usa de eso—. Cerca de... ¡Encaje! Digo... Las doce. Son cerca de las doce. —La voz le sale dos tonos más agudos de lo habitual y le arde la mano que tiene sobre el sujetador—. ¿E Ibar? ¿Dónde está Ibar?

—En la ducha —suspira Denna que, avergonzadísima, no sabe hacia dónde mirar—. De verdad, te prometo que no sabíamos que... que... que estabas aquí. En el Liceo, quiero decir. Como no te hemos visto en todo el día pensábamos que llegabas mañana, no lo sé. Y no... no se nos ocurrió preguntarte. Ya sabes.

—Ya... Ya sé. —Claro. Porque por la mañana ha ido con Nero a buscar a Kózel y se han pasado el día fuera, claro. Y como no se les ha ocurrido

preguntarle, se ha encontrado a Denna desnuda en su cuarto y ahora Lórim tiene una taquicardia y necesita alejarse. No le queda más pared ni más suelo por el que arrastrarse, así que opta por ponerse en pie de un salto y entonces se golpea la cabeza con el estante que hay sobre su escritorio.

—¡Lórim! —Denna se inclina hacia delante alarmada. Ahora que su espalda está completamente a la vista, Lórim olvida que tiene la pared detrás, trata de retroceder y choca de nuevo contra ella.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! Un chichón de nada. Dime qué hago, Denna. ¿Me voy? ¿Aviso a Ibar?

—¡No! —A Denna se le escapa un gemido de susto y se tapa mejor con las mantas. Se queda callada unos segundos y luego añade, tímida—: ¿Te importaría pasarme la ropa que hay por el suelo? Creo... me parece que esta conversación me sería más cómoda si estuviera vestida. Y Lórim... —añade, cuando él se inclina presto y empuja la ropa hacia la cama, tratando con mucho cuidado de ignorar que entre las prendas de ropa se encuentra el sujetador de Denna—. ¿Puedes esperar fuera? Por favor.

Lórim obedece y cree que es lo mejor que podría haber hecho. No sabe cómo no se le ha ocurrido antes. Si se va fuera no verá a Denna medio desnuda y si no ve a Denna medio desnuda, probablemente el corazón le baje de nuevo al pecho y la boca dejará de estar tan seca. Exacto.

Se vuelve con la vista fija en la puerta, la abre y cuando ya está en el rellano, se cruza de brazos y espera. Lórim creía que después de la charla de Kózel podría entender a las mujeres y manejar cualquier situación; pero se da cuenta de que el problema ahora será controlarse a sí mismo. Pensaba que sería fuerte, que podría resistirlo, que podía controlar sus sentimientos y no enamorarse de Denna; pero es imposible. En el pasillo, bajo la penumbra, Lórim Hérshel tiene un escalofrío. Parece un escalofrío cualquiera, le produce el mismo cosquilleo pero hay algo más, un regusto amargo parecido al que

deja el miedo. Lórim Hérshel, ahora que conoce sus propios límites, no sabe si será capaz de respetarlos.

Y eso le asusta.

Martes, 7 de enero.

Cuartel general de las Brigadas de Intervención Especial.

12.42 del mediodía



Las BIE tienen el cuartel general justo en el centro de Blyd, al lado del Ministerio del Interior. Es un edificio alto y macizo con columnas gigantescas adosadas a la fachada. Todo es aséptico y silencioso, muy distinto al bullicio que hay en cualquier Casa de la Guardia. Cait atraviesa un vestíbulo altísimo que conduce a una doble escalinata. La mejor manera de infiltrarse en cualquier parte es aparentar que uno tiene todo el derecho a estar allí y por eso al agente Cait le cuesta contener una sonrisa de satisfacción cuando saluda a un recluta y este apenas lo mira.

No es que esté haciendo algo estrictamente ilegal. Inapropiado, probablemente, aunque las leyes y las jurisdicciones, al fin y al cabo, no sean más que límites subjetivos. Nadie podría juzgarle por forzarlos un poco, mucho menos el propio agente Cait, cuya línea de trabajo habitualmente requiere que piense en escala de grises y no en blanco y negro. Y el agente Cait necesita saber. Quizá a él y al detective Brynn los hayan apartado de la investigación del asesinato de Aleus Koem; pero eso no significa que no pueda pensar en ello durante su tiempo libre.

Y ya que las Brigadas de Intervención Especial tienen en custodia a los detenidos del pasado día de la República, los mismos que se dice que están relacionados con los Caballeros del Águila (esa no es la versión oficial que se ha trasladado a la prensa. En los comunicados del gobierno se afirma que son simples alborotadores pero Cait tiene fuentes más fiables), era demasiada tentación acercarse para preguntar.

A fin de cuentas, según declararon, los Caballeros son los responsables del asesinato de Koem.

Las celdas de confinamiento están en el sótano del edificio. Ha tenido la precaución de llegar a la hora de comer, así que, haciendo guardia, solo hay un oficial imposiblemente joven que levanta la cabeza y se pone en alerta con aire vagamente castrense en cuanto le ve llegar.

—Señor, no tiene autorización para...

Cait hace una seña para que deje de hablar mientras extrae su identificación del bolsillo interior del abrigo. Espera pacientemente a que las pupilas de su interlocutor se dilaten al ver el símbolo con el ojo de los servicios secretos y luego, por fin, deja que las comisuras de los labios se le curven en una sonrisa.

—Solo será un momento. —Para dar más énfasis, se lleva una mano al

pecho y la otra la levanta con los dedos índice y corazón extendidos—. Prometido.

Cait espera en una salita de interrogatorios de paredes encaladas y suelo de piedra oscura. Limpísima, se da cuenta de repente, a excepción de una serie de manchas negruzcas en el suelo. En realidad, todavía huele a desinfectante, y las paredes son lo bastante gruesas como para que nada de lo que se diga en la salita se escuche desde el exterior. Las Brigadas de Intervención Especial tienen fama de no ser demasiado sutiles a la hora de obtener información.

Tras unos minutos, el oficial de guardia, todavía con una sombra de inquietud bajo los párpados, le lleva a los detenidos de uno en uno. Son hombres y mujeres de aspectos dispares, alrededor de una docena. El agente Cait ha perdido la cuenta. Los primeros no saben nada, o al menos nada que Cait ya no sepa: las contramanifestaciones monárquicas del día de la República son casi tan tradicionales como el discurso presidencial y las ofrendas florales; pero este año los ánimos estaban más crispados que de costumbre. Una cosa llevó a la otra. No saben decirle quién comenzó el ataque, como si la violencia hubiera aparecido por generación espontánea. Cait les cree. Cuando les pregunta por Koem la mayoría no sabe de lo que habla. En cambio, cuando menciona a los Caballeros del Águila, a ellos también se les inundan los ojos de terror.

Nada más verlo entrar en la sala de interrogatorios Cait sabe que el último detenido es distinto. Desprende tanta rabia que ni siquiera necesita Vincular Aura para sentirla derramándose por toda la habitación como brea caliente. El detenido es el más joven de todos. Muchos nostálgicos de la monarquía son gente mayor, incapaz de dejar atrás el pasado; pero el chico no puede tener más de veinte años y su rabia no está movida por la pérdida de los privilegios o por una férrea fidelidad al Emperador Indrasil, no. La rabia le viene del vacío. Vive en un mundo donde todo se supone que es más justo, donde hay

igualdad de oportunidades; pero eso es tan bonito como falso. Algo tiene que llenar el espacio de la esperanza y, a veces, este algo es la violencia. Cait lo sabe bien. Si él no se hubiera aferrado a su trabajo, quizá estuviera al otro lado de la mesa, con la misma rabia en la mirada.

—¿No quiere sentarse? —El agente Cait señala la silla que tiene frente a él, pero el detenido lo mira con desdén. Todo en él denota tensión: los hombros encorvados hacia delante, las rodillas tiesas y los puños fuertemente apretados. Alrededor de las muñecas lleva dos esposas inhibitoras que brillan con luz azulada. Las observa un momento y juraría que casi puede escuchar al pequeño Acumulador Monsett Vinculado a Escudo que impide que el detenido recurra a cualquiera de las Familias; pero eso no hace que Cait se sienta más confiado.

Se pone en pie.

—Le prometo que no le robaré demasiado tiempo —empieza calmadamente—. Esto es solo un chequeo rutinario.

El agente Cait, si puede, siempre dice la verdad. El interrogatorio realmente comienza como un chequeo rutinario, exactamente igual al que ha hecho con los otros. Primero, preguntas fáciles: nombre, apellidos, edad, Familia, ocupación. Dónde estaba el pasado 21 de diciembre, qué hacía. El detenido lo contesta todo con los dientes apretados y el menor número de palabras posible. Cait sabe que no le está mintiendo, pero hay una gran diferencia entre mentir y ocultar parte de la verdad. Las respuestas son demasiado concretas y van precedidas de una brevísima pausa que no es fruto de la duda, sino de la reflexión. Si le preguntara ahora por los Caballeros del Águila recibiría una negativa firme, pero no la genuina expresión de miedo que ha visto en los otros.

Lo sabe, piensa Cait mientras se apoya en el borde de la mesa que preside el espacio y el chico permanece obstinadamente de pie en un rincón de la

sala, lo más alejado de él que puede. El chico sabe que con solo tocarlo un segundo y un poco de concentración, Cait obtendría todos sus secretos en bandeja de plata. Por si todo lo demás en su actitud no fuera lo bastante sospechoso.

Sin embargo, Cait decide guardarse ese as en la manga. Si bien no tiene problemas en meter las narices en la investigación de los BIE y al cuerno con la jurisdicción, usar Aura con el detenido sin autorización expresa podría traerle una eternidad de problemas y los más graves no serían el simple dilema ético de si hacerlo o no.

Deja que su peso se desplace hacia un lado y alcanza el montón de expedientes en una esquina de la mesa. Son las transcripciones de los interrogatorios previos a los que han sometido a los detenidos y solo una atenta observación del movimiento de sus ojos delata que en realidad no está leyendo nada. Cait solo levanta la mirada cuando nota que su interlocutor comienza a perderse en la exasperación.

—Me pregunto por qué. Es decir, para qué ha servido. A todos ustedes les caerán unos cuantos años en Aguasquietas. Por no contar el tiempo que permanezcan aquí bajo la atenta custodia de mis compañeros de las BIE. Y todo por nada. Unas cuantas banderas quemadas y un poco de mobiliario urbano destrozado. Varias docenas de heridos. Pero eso no va a cambiar las cosas. Al contrario —baja la voz hasta que es un susurro—: cualquiera con un mínimo de cuota de poder en este país, tan aposentados en sus poltronas como están, intentará convertir el suyo en un ejemplo a evitar. Si pudiera, apostaba que el año que viene, para el día de la República, la plaza va a estar todavía más llena.

—No haga apuestas que pueda perder, agente. No soy el único. Muchos más están preparados para luchar.

La voz del chico es toda una sorpresa. Ya no tiene la calculada precisión de

hace unos segundos, sino un fondo áspero, como de cuchillas de afeitar a contrapelo. Es una voz de la que aflora una de esas verdades que antes ocultaba y debe de ser una verdad terrible, porque bajo la aspereza también hay una nota de futura venganza.

Cait ya se ha echado hacia delante cuando el chico se da cuenta de que ha caído en la provocación.

—Dígame que esos otros que menciona son los Caballeros del Águila, por favor. —Deja que sus palabras desprendan un tono depredador—. Hace semanas que me muero por conocerlos personalmente.

Cait decide, en ese momento, arriesgarse un poco. Desde que comenzó a investigar por su cuenta solo ha encontrado sombras y secretos; pero tiene delante a alguien que con toda seguridad es uno de esos nuevos Caballeros del Águila y no piensa desaprovechar la oportunidad. Para él, después de años de entrenamiento, Vincular Aura es tan fácil como un parpadeo, un segundo de relajación que da paso a ese cosquilleo familiar tras el que su consciencia se expande fuera de los límites de su cuerpo. Solo quiere acceder a sus pensamientos superficiales. Es mucho más sencillo que Leer recuerdos, no tiene que estar cerca, ni siquiera tocarle. Simplemente escucha, pero solo capta un silencio imposible. Eso quiere decir que el hombre está usando una barrera para bloquear sus pensamientos. Y se lo esperaba, se lo esperaba y a la vez eso confirma en parte sus sospechas porque, al igual que cuando Leyó a Kástor Graadz meses atrás encontró un muro hecho de miedo, ahora, cuando lo examina con más atención, se topa con uno hecho de Fuego y rabia.

—Voy a hablar claro —dice entonces—. No creo que esos compañeros suyos vayan a mandarle flores una vez que el juez le empaquete a Aguasquietas, así que voy a ser generoso. Usted me dice todo lo que sabe de

los Caballeros del Águila, me cuenta qué relación tienen con el asesinato de Aleus Koem y yo haré lo que...

La puerta de la sala de interrogatorios se abre como si la hubiera embestido un ariete.

El oficial de las BIE que acaba de entrar tiene una de esas constituciones que solo se consiguen tras años de dedicación a los sacos de boxeo. El agente Cait le observa los hombros anchos, los músculos apenas disimulados bajo el uniforme completamente negro y una mirada de furia mal contenida. Luego, forzando una expresión seria y un tanto desapasionada, Cait pregunta:

—¿Sí? ¿Desea algo?

—Acompáñeme, por favor. —Cait prácticamente puede oír un rugido silenciado bajo la frase. Espera unos segundos para serenarse, se frota las sienes que le habían quedado perladas de sudor. Antes de marcharse le dedica un gesto al detenido para recordarle que, aunque les hayan interrumpido, la oferta sigue en pie.

El BIE cierra la puerta de la salita de interrogatorios con la misma fuerza que ha usado para abrirla. Al fondo, el recluta de guardia que tan amablemente le ha dejado pasar mira a Cait como si acabaran de castigarlo un mes a limpiar letrinas, lo cual es, probablemente, acertado. Bueno, piensa Cait. Ya sabía que iba a meterse en un lío desde un principio.

—He hecho una consulta para confirmar que nadie de su... división ha sido autorizado a venir aquí para repetir los interrogatorios, así que más le vale decirme inmediatamente a qué ha venido o puedo preguntar otra vez y asegurarme de que le abran un expediente disciplinario por esto.

—No se altere, cabo Vrei. —Al instante, el cabo Vrei palidece, probablemente más de rabia que de miedo, pero Cait le ofrece una sonrisa de las que reserva para momentos de máxima necesidad—. Su nombre está aquí escrito. —Jugándosela un poco, Cait pincha con el dedo índice la pechera del

chaleco, negro como el resto del uniforme, del cabo Vrei, donde tiene bordado su nombre. Aprovecha el movimiento para ofrecerle una mano—. No pensará que he usado Aura sin su permiso. Eso sería ilegal. Y de muy mal gusto. Agente especial J. Cait. Es un placer.

La mano de Cait queda sin estrechar. El cabo Vrei da un paso hacia atrás y cruza los brazos de la manera más intimidatoria posible aunque a Cait no le asusta. Ha lidiado con agentes de peores formas. El detective Brynn, por ejemplo.

—¿Y bien? Puedo ponerme en contacto con sus superiores ahora mismo, se lo juro.

Cait, lejos de alterarse, deja que los hombros y los músculos de la cara se le relajen, buscando un lenguaje corporal lo opuesto a amenazante.

—Su división se encarga de todo lo relacionado con esos... supuestos Caballeros del Águila que han salido a la luz recientemente. Tanto por los altercados como por el asesinato de Aleus Koem, ¿verdad?

Un ligero cambio en la expresión de Vrei indica que por fin ha ubicado mentalmente el nombre de Cait. No es una expresión amigable pero sí tiene un punto de satisfacción.

—Usted sabe tan bien como yo que no puedo compartir información sobre ninguno de los dos casos. Por mucho que usted estuviera antes al cargo. Tenemos órdenes del Ministerio de mantener toda la investigación bajo la más estricta confidencialidad.

—No creo que a Koem, que es el más afectado en todo esto, vaya a importarle lo más mínimo, cabo. —Por un momento Cait se suena a sí mismo como el detective Brynn; seco y ligeramente sarcástico, aunque el oficial que tiene delante tenga ese aire de persona que reciba el sarcasmo a puñetazos—. ¿Qué línea de investigación están siguiendo? ¿Todavía piensan que el comunicado es cierto y que lo asesinaron los Caballeros?

—Ya se lo he dicho —repite Vrei secamente—. No puedo ni voy a darle nada, agente. La información es confidencial.

—La información confidencial es mi especialidad. —Cait continúa esforzándose por mantener la sonrisa calmada y la actitud tranquila. Se inclina un poco, habla en voz baja—: Pero entiendo su situación, así que vamos a hacerlo al revés. Sé que cuando les asignaron el caso la premisa era investigar la responsabilidad de los Caballeros del Águila, pero tengo serias dudas de que esto sea así.

—¿Y eso lo sabe porque es así de listo o porque le ha llegado un soplo?

«Porque soy así de listo —piensa Cait—, y porque en realidad solo investigan a los Caballeros porque estos lo han querido.» Casi se le escapa decirlo en voz alta porque comienza a cansarse de que todo el mundo ignore el sentido de la lógica más aplastante.

—¿Ha leído las notas que les dejé sobre el caso? ¿Han revisado los materiales del despacho del profesor? Incluso ustedes deberían ser capaces de seguir dos líneas de investigación al mismo tiempo. O más fácil todavía: el detenido de ahí dentro. No he visto que tenga nada roto, así que imagino que aún no lo han interrogado, pero cuando lo hagan pregúntenle por Koem y verán que no...

El cabo Vrei le da un empujón con ambas manos, justo en el centro del pecho.

—Márchese. Ahora mismo voy a denunciarle ante sus superiores si no desaparece de mi vista.

Cait esquivo el segundo empujón por los pelos, pero sin perder la compostura.

—Encarna usted el verdadero espíritu de la cooperación, ¿se lo habían dicho alguna vez?

—¡Márchese!

Miércoles, 12 de febrero.

Clase de Estrategia de segundo curso. 12.00 de la mañana



Kástor entorna los ojos tratando de enfocar la mirada. Le es difícil hacerlo con tan poca luz. Como puede, sigue escribiendo en su cuaderno.

Después de la muerte de Koem, se preguntaron durante días quién le sustituiría en la asignatura de Estrategia. Si el Liceo contrataría algún profesor nuevo, si se cancelarían las clases. Al final, una semana después del asesinato, la profesora Nedia Vorak entró en el aula con el mentón erguido y les mandó abrir sus cuadernos.

Koem, las pocas clases que llegó a dar, les hablaba de adelantarse a las acciones de sus adversarios, del trabajo en equipo. Nedia Vorak les habla de historia: grandes batallas de la humanidad, generales célebres.

—Dejen de escribir —dice en este momento la profesora. Kástor obedece, aunque deja la pluma suspendida sobre el papel unos instantes—. Les interesa más ver las imágenes.

Algunos días Nedra Vorak entra en el aula empujando un carrito sobre el que hay un reproductor de orbes y cierra los postigos de todas las ventanas para dejar el aula en penumbra, como ha hecho hoy.

—Señorita Halaka —le pide a Meer Halaka, Fuego como él y que también tiene una beca, como él, que está sentada al lado del carrito—. ¿Sería tan amable de colocar el siguiente orbe?

En cuanto Meer coloca la esfera de cristal en el reproductor, la atraviesa un fuerte haz de luz que se refleja en el espacio que queda entre las filas de pupitres de los alumnos y, entonces, la mesa de la profesora se inunda de borrones de luz.

Poco a poco, las manchas se definen, dando paso a un paisaje de colinas arrasadas. Se trata de un orbe antiguo. La imagen granulosa y los sonidos apagados. Ante sus ojos, dos grupos de figuras diminutas se distribuyen a ambos extremos del campo de batalla. A un lado, soldaditos con uniformes del color de la tierra, pocos y desorganizados. Al otro, un ejército de batallones multicolor en perfecta formación. Kástor se descubre, sin querer, murmurando el nombre de cada uno. Se los sabe de memoria: el azul para los Hostigadores de Agua, que se despliegan a un lado de las colinas en grupos dispersos, el verde para las Tropas de Tierra, infantería pesada que siempre debía moverse en unidades cerradas, en el centro de la batalla. Por eso eran los que sufrían más bajas, porque su misión era mantener el terreno ante los ataques enemigos a cualquier coste. El abuelo Graadz le contaba historias de la guerra como si fueran cuentos. Eran sus favoritas cuando era un niño.

—Señor Simmel, ¿puede decirme qué batalla estamos presenciando?

—¿Es en... Xool? —responde Dhalik Simmel, Tierra, que suele sentarse

detrás de Vann en clase, tras unos segundos de pausa.

—Le felicito por sus extraordinarias dotes de deducción, señor Simmel. Efectivamente, tanto el terreno semidesértico como el uniforme —explica Nedia Vorak señalando al grupo de soldados uniformado de color ocre oscuro— indican que es una batalla contra el ejército xoolí. ¿Alguien sabe la respuesta, más allá de lo obvio?

Una mano se levanta a toda velocidad. Kástor tiene que obligarse a no apretar demasiado el puño alrededor de su pluma: podría romperla y solo tiene esta para pasar todo el trimestre.

—Son las colinas de Justama, profesora —contesta Sammler tan rápido como ha levantado la mano. El abuelo le debía de contar sus hazañas bélicas a él también—. Pocas semanas antes de acabar la guerra. Ganamos —añade.

Fue de las pocas, querría responderle Kástor. El conflicto contra Xool fue una sangría que duró cerca de veinte años. Muerto el Emperador tras la Revolución, se firmó un tratado de paz con Xool. Tardaron menos de dos semanas. El abuelo Graadz siempre decía, entre palabrotas, que fue una deshonra. Nylert perdió no solo los territorios en Xool que había conquistado durante aquella última guerra, sino también los que se habían ganado generaciones atrás.

—¿Sabría decirme las claves de la victoria? —pregunta la profesora.

—Superioridad numérica —comienza Sammler—, dominio del terreno elevado. Orden. Al contrario que el ejército xoolí, los batallones de Nylert, separados por Familias, actuaban como unidades especializadas, de forma que la Caballería de Fuego y de Rayo explotaban todo su potencial como fuerza de choque, Agua y Aire como tropa ligera y Tierra... bueno, ya sabemos que lo mejor que se les daba a los Tierra era morir.

Nedia Vorak levanta la palma de la mano exigiendo silencio antes de que

nadie proteste. Aun así, Vann, que está a dos sillas de distancia de Kástor, se vuelve para mirar a Sammler con expresión de rabia.

—Gracias, señor Archen. Señor Strainir, no quiero tener que recordarle la conversación que tuvimos hace unas semanas en el despacho del director. Ahora, fíjense. —Nedia Vorak señala hacia uno de los extremos del holograma. Un grupo de jinetes aparece desde la cima de una colina en el norte del campo de batalla. Sus uniformes son de color sangre. De las manos de los jinetes se escapan lenguas de Fuego mientras los caballos se remueven, impacientes—. La formación del ejército de Nylert sigue los cánones clásicos: unidades más pesadas, preparadas para el desgaste, en el centro, con otras más móviles a su alrededor, que al iniciarse la batalla efectuarán un movimiento de pinza alrededor del enemigo. En caso de necesidad, recuerden este esquema. Un centro fuerte, extremos móviles, les darán la ventaja.

De repente, el ejército xoolí se pone en marcha. Centenares de soldados se lanzan a una carrera enloquecida hacia la explanada donde las unidades de Tierra de Nylert esperan recibir el grueso del ataque. El aula se llena de destellos de todos los colores. Algunos son de Ilusión, señales que usaban los comandantes para dirigir las unidades en combate. Otros son de Fuego, Rayo, Agua. Las explosiones más potentes se escuchan con claridad. Los soldados de ambos bandos comienzan a caer.

Kástor baja la mirada.

—¿Podemos encender las luces un momento, profesora Vorak? Parece que mi primo se ha dormido. —La voz de Sammler se alza sobre los gritos de gente que lleva muerta casi veinte años y, al instante, Kástor siente un calor incendiario que le sube a las mejillas. Vergüenza pura, sin adulterar. Mantiene la cabeza gacha para no ver las caras de sus compañeros, ignora un resoplido, parece una risa, que proviene de detrás de él.

—Le agradezco su entusiasmo, señor Archen, pero es mi responsabilidad

ver si alguien se queda dormido *de verdad*. La de todos ustedes es ver lo que queda de grabación. Para mañana quiero una reseña sobre las tácticas que pueden observar y sus aplicaciones prácticas en la Guardia moderna.

Una mano se le posa sobre el brazo. Es Enzo, que le hace un gesto lento con la cabeza, moviéndola arriba y abajo. Que respire, le quiere decir. Él lo hace, sintiendo una creciente tirantez en el pecho. Cuando reúne fuerzas para levantar el mentón ve que Sammler le está mirando. Kástor deja escapar una larga bocanada de aire que se escapa muy caliente de su boca, la vergüenza se le está convirtiendo en rabia, pero quién sabe qué ocurriría. De momento Sammler ha cumplido su parte del trato: él no ha contado que lo vio en los jardines la noche que asesinaron a Koem, Sammler no le ha contado a nadie su secreto. Pero podría. Kástor solo tiene que dar un paso en falso, hacerlo enfadar.

Solo de pensarlo nota cómo el aire se niega a entrar en sus pulmones. No. Tampoco podría soportar que le diera un bloqueo ahora. Hay gente. Respira. Trata de respirar como Enzo le dice que haga.

De pronto, la campana que marca el final de la hora suena estruendosamente. Durante unos segundos el único sonido que se escucha es el arrastrar de sillas por todo el edificio. Kástor da un respingo, se levanta. Vann es incluso más rápido que él y sale del aula el primero, aunque les espera a él y a Enzo en el pasillo.

—Un día de estos... un día de estos haré una tontería —musita. Antes mira hacia ambos lados, pero la profesora Vorak todavía está dentro del aula—. Lo menos será poner una queja en dirección, y luego comienzo a verle los atractivos a montar un motín. Es... poco menos que una provocación, poner un orbe con esas imágenes...

—Déjalo estar, Vann —le aconseja Enzo—. Te ganarías muchos problemas y ninguna solución.

—Pero me sentiría tan bien... —responde él. Entonces al cruzarse con un grupo de estudiantes de primero, Vann extiende un brazo para dar un golpecito en la cabeza de uno de ellos, significativamente más bajo que los demás.

—¡Eh, enano! ¿Qué tal llevas el examen del cubito? Ya os toca, ¿verdad?

El compañero de cuarto de Vann les comunica que al examen práctico del cubito van ahora mismo, que qué ilusión, con un tono tan sarcástico que incluso Kástor lo identifica.

Trata de esperar pacientemente a que la conversación acabe, pero está sintiendo un cosquilleo incómodo alrededor del cuello de la camisa y parece que no sabe dónde posar la mirada. Eso le ocurre porque acompañando a Kózel Hokulea están ese chico que siempre se hace el gracioso, Lórim Hérshel, y, bueno, también está Nero. Nero, que le dio un susto de muerte en los archivos y en los jardines mientras dibujaba y con quien sigue encontrándose por el Liceo como si estuviera en todas partes. Y no es que Kástor no quiera mirarla aunque ahora se esté fijando en sus pies, en la pared del pasillo y en las molduras del techo. El problema es que si posa los ojos en ella hay altas posibilidades de que le devuelva la mirada y entonces Kástor no tendría más remedio que morirse de la vergüenza. O saludarla.



—Espero que hayan practicado mucho —les dice la profesora Dhelk en cuanto entra en el aula. Normalmente, las sonrisas que regala la profesora son

de lo más bienvenidas pero, en esta ocasión, ocurre todo lo contrario: la clase en pleno se encoge, porque ha llegado el momento. Según cuenta la leyenda, quien no supera el ejercicio del cubito maldito en primero jamás logra graduarse en el Liceo. Claro que la leyenda también dice que si uno no cruza el lago a nado la noche del Festival de Fuego, tampoco, así que Lórim, que es el que más se encoge de todos los alumnos de primero, espera que ninguna de las dos sea cierta—. El secreto de la combinación entre distintas Familias radica en la concentración y en el equilibrio —continúa la profesora, que se sienta trabajosamente sobre la mesa, ignorando del todo la silla que hay justo al lado—. Fuego y Agua no son enemigos, son complementarios. Mientras tengan esto presente, todo irá bien. Colóquense con la pareja que eligieron en su día para la realización del ejercicio, por favor.

Este es el momento que se temía Lórim. Si esas son las claves para aprobar el examen, va de cabeza a un suspenso directo porque, como se emparejó con Denna hace ya lo que le parece una eternidad, tienen que hacerlo juntos y últimamente a Lórim no es que le sea muy fácil concentrarse y estar equilibrado cuando ella anda cerca.

Resopla cuando ella se levanta, buscándole con la mirada. Lo intenta, por las cumbres nevadas de Klachnodar que intenta mantenerse alejado de ella. Desde que volvieron de las vacaciones ha dejado de buscar a Denna en clase para que trabajen juntos, si la ve en la cafetería va a sentarse a la otra punta y cuando ella se dirige a él, Lórim siempre encuentra cosas muy urgentes y muy importantes que hacer en lugares remotos del Liceo.

Sabe que ella acaba de sentarse a su lado porque se le eriza la piel de la nuca. Denna tiene un aroma característico que reconocería en cualquier parte (estas últimas semanas lo reconoce en su propio dormitorio, lo que empeora infinitamente toda la situación) y Lórim vuelve la cabeza al otro lado. De pronto las vistas desde la ventana del aula le parecen la mar de interesantes.

—¿Lórim? —A su lado, la voz de Denna le hace rechinar los dientes. Lórim era consciente de que, tarde o temprano, tendrían que ponerse de acuerdo para el examen; pero él habría preferido que hubiera sido más tarde o incluso, a ser posible, nunca.

Lo que dice Dhelk: equilibrio y concentración. Sí. Seguro.

Lórim sonríe pero incluso antes de hacerlo sabe que la sonrisa va a salirle torcida porque, como practicaron ya tantas veces durante el primer trimestre, Denna coloca las manos sobre las suyas y le recorre la espalda un escalofrío. Hacía mucho tiempo que no sentía su tacto sobre la piel. Traga saliva y mira a su alrededor aunque sepa que no puede escapar. Sus ojos se posan en Kózel y Nero, dos mesas más allá, que ya están practicando el ejercicio antes del examen. El hielo lo controlan porque Nero es experta en congelar cosas pero Kózel acaba de calarse la gorra hasta las cejas y trata de crear un Escudo lo bastante fuerte como para que el cubito que acaban de congelar resista el Fuego sin derretirse.

—Te toca a ti el Escudo —susurra Denna, de nuevo.

—Ah, sí. Perdona —responde sin mucho entusiasmo y llevando la mirada hacia sus manos, donde ya reluce un cubito de hielo perfecto.

Lórim respira hondo. Tiene que concentrarse. Escudo. Le toca hacer el Escudo. Dhelk les ha enseñado que Escudo es un poder que sale un poco de dentro que, como el resto de las Familias que les son ajenas, tienen que encontrar una conexión emocional para llevarlo a cabo. Sería fácil si tan solo las emociones de Lórim le dejaran por un momento tranquilo. Porque no está bien. No está bien estar tan cerca de Denna y, al mismo tiempo, estar tan lejos. Saber que no podrá acercarse a ella nunca más, haberla abandonado así, cuando precisamente él fue el primero que le dijo que ya no estaría sola, que iba a ayudarla a hacer amigos. Pero es que solo quiere protegerla.

De sí mismo.

Entonces, de pronto, algo resuena en su interior. Ha encontrado el Vínculo con Escudo y la energía se le escapa por entre los dedos y toma forma. A pesar de tener los ojos cerrados, casi juraría que puede ver el destello cerúleo que se ha formado frente a él, sobre el cubito.

Claro, con Escudo uno lo que intenta hacer es precisamente eso: proteger. Esa es la emoción que necesitaba encontrar.

Al final Dhelk les pone un notable porque al prenderle Fuego, el cubo se les ha derretido un poco por una esquina; pero visto que la mitad de la clase ha pasado con un aprobado pelado, Lórim se siente afortunado. Y libre por fin.

Va a salir del aula a todo correr para no tener que volver a cruzarse con Denna cuando siente que ella le tira de la casaca gris. No le dice nada, solo se queda muy quieta con los dedos presionando con firmeza de la tela del uniforme y le mira. Le mira como aquella vez cuando le dijo que buscaba el libro de Familias de Köllinghen y él se lo ofreció. No sabe qué decirle. A pesar de tener miles de palabras aprisionadas en la garganta, no es capaz de pronunciar ninguna. Al fin, toma una bocanada de aire con sabor a lágrimas y Lórim tira suavemente del uniforme para separarse de ella.

—Hace buen día... —susurra Denna justo antes de que él se dé la vuelta—. Ibar está estudiando en la biblioteca y no... no me apetece comer sola. ¿Te parece que comamos en el jardín? Podemos coger algo para llevar.

Por la cabeza le pasan mil razones para no aceptar la invitación, las mismas que lleva repitiéndose a sí mismo desde que volvieron de las vacaciones, y solo una para sí hacerlo: que a Denna le ha temblado un poquito la voz al preguntárselo.

Aunque haga esfuerzos diarios por controlarlo, si hay algo que Lórim Hérshel sabe de sí mismo es que es débil, tremenda, absurda y peligrosamente débil.

Por eso, antes de arriesgarse a pensarlo dos veces o a que Kózel le tire algo por memo, Lórim acepta la invitación y le ofrece un brazo para que ella se agarre como las señoritas de buena familia. Denna se ríe aliviada y Lórim entonces piensa que ese es el sonido más bonito que ha escuchado nunca.



Lórim ha logrado que les den ración doble de patatas fritas. Eso mismo fue lo que hizo el día que hablaron por primera vez y a Denna le parece que haya pasado una eternidad. Sentada frente a él, le observa en silencio mientras Lórim mastica la última patata y se pone a jugar con una arañita que le sube por la pierna.

Lórim parece no darse cuenta de que ella le mira, concentrado en no dejar que la arañita caiga al suelo. A Denna le hace gracia la expresión que pone, con las cejas fruncidas y la punta de la lengua en un lateral de la boca, como si lo que estuviera haciendo fuera lo más importante del mundo. También se fija en sus labios. Y no sabe por qué lo hace. Son carnosos. Después se fija en sus pestañas, que son casi tan largas como las suyas y parecen enmarcar a la perfección sus ojos. De las pestañas lleva la mirada hasta sus manos, palmas anchas y dedos largos. Le parece que son fuertes. Igual que el resto del cuerpo; Lórim parece fuerte: de hombros amplios, espalda ancha, brazos fornidos, y ahora que está con él a solas después de tanto tiempo se da cuenta de que, a su lado, así es como la hace sentir: más fuerte.

Él levanta la vista y la mira. Cuando lo hace, Denna se da cuenta de lo

grises que son sus ojos. Normalmente el chico habla y gesticula tanto y tan rápido que no repara en esos detalles. Ahora, no. Ahora tiene una sonrisa apacible en los labios y parece tranquilo. Esto es lo que más intriga a Denna, que Lórim ahora está como siempre; han ido a comer y ella no ha percibido ni los momentos de incomodidad que sintió hace un rato durante el examen ni nada que explique por qué su amigo (porque ella cree, o creía, que Lórim era su amigo) lleva rehuyéndola desde hace semanas.

—Echaba de menos pasar tiempo contigo. Imagino que has estado muy ocupado —dice de pronto, cuando no puede aguantarse más.

Lórim da un respingo. Parece que lo ha hecho porque la arañita haya estado a punto de caerse al suelo pero a Denna le da la sensación de que es por lo que acaba de decirle; sin embargo, el animal se queda colgado de su dedo índice y él se lo enseña sonriente como quien está mostrando un trofeo. Ella le mira fijamente y él debe intuir que la araña colgante no es la respuesta que espera; entonces se frota los ojos y responde:

—Como todos, ¿no? ¿Tú no has estado ocupada, Den?

Denna hace un mohín e inclina la cabeza. No obstante, él finge que no se da cuenta y vuelve a centrar su atención en la araña. Desde luego, piensa ella, jugar con la arañita debe de ser muy interesante.

—Es que me parece que últimamente me evitas. No sé si me lo estoy imaginando. Y si me lo estoy imaginando, dímelo, por favor, porque entonces me sentiría mucho mejor.

En cuanto Denna le lanza la pregunta, a Lórim le tiembla la mano durante unos segundos y el bichito se escabulle de entre sus dedos. Lórim entonces se queda en silencio mirando al césped, coge un trébol y se lo pone entre los dientes. Al instante, parece que su actitud cambie de golpe. Sus movimientos se vuelven relajados. Pero a Denna le da la sensación de que son estudiados,

demasiado elegantes. Parece que fluya y, sin embargo, a Denna no se le contagia su actitud.

—No te evito. Tenía muchas cosas que hacer —musita finalmente con voz sosegada.

—Claro. Estudiar, estas cosas, supongo —responde ella sin mucho convencimiento.

—Hay que estar preparado para los exámenes —insiste Lórim—. Tú misma me lo dijiste.

—Tienes toda la razón. Entonces no tengo por qué preocuparme, ¿no?

Llevan solo apenas un mes de trimestre y todavía queda tiempo para los exámenes parciales. Mucho más para los finales. Lórim lo sabe. Ella también lo sabe y, por lo tanto, es consciente de que está mintiendo. Mucho más cuando él no la ha mirado a los ojos ni un momento.

—Claro que no, Den.

—Que no nos hayamos visto desde las vacaciones y que apenas me saludes en clase. Y que ahora ni siquiera me mires... mírame, Lórim, por favor —le pide ella con la frustración creciéndole en el pecho—. Eso son imaginaciones mías.

Por mucho que diga, Denna no le cree. Lo sabe porque, a pesar de habérselo pedido, sigue sin mirarla, todavía con el trébol entre los dientes y la cabeza gacha. Incluso lo sabe por instinto, porque algo dentro de ella le está avisando de que alguna cosa va mal.

—Puedes contármelo —resuelve al fin. Hace una pausa dudando si acercarse un poco a él, pero luego añade con cautela—. Somos amigos, ¿verdad?

Lórim calla con los labios apretados. Denna se queda helada porque le ha preguntado si son amigos y él, que prácticamente es el único amigo que tiene en el Liceo, no contesta.

No lo entiende. Denna ha pasado semanas reflexionando qué puede haber ocurrido, qué ha hecho ella para molestar a Lórim.

—Lórim, por favor...

Y Lórim hace un gesto casi imperceptible, como si se estremeciera, pero sigue sin decir nada. Denna apoya las manos en el césped dispuesta a marcharse aunque lo piensa en el último instante. Su amistad con Lórim le es demasiado valiosa. Necesita, por lo menos, saber qué ha ocurrido. Si al final resulta que es decisión de Lórim no verla más, lo aceptará, pero antes debe saber si puede hacer algo para arreglarlo...

Denna le pone una mano sobre la rodilla. Será solo un momento. Lórim no sabrá jamás que no es un gesto de cariño sino que necesita tocarlo para Leer su mente en profundidad. Quizá así logre descubrir cuál es el problema, se justifica mientras parpadea dos veces seguidas para Vincular Aura.

Al principio no nota nada. Siente la presencia de las hormigas que se están comiendo las miguitas de su emparedado y también que hay un nido de pájaros en la rama más alta del árbol que les cobija. También escucha a un grupo de estudiantes que juega a balón prisionero en los jardines pero lejos, como un eco.

Dirige sus sentidos hacia Lórim. Está tenso, está pensando, se le nota en las leves contracciones de los músculos alrededor de los ojos y de las comisuras de los labios y en cómo tiene el puño cerrado alrededor del césped del suelo como si pudiera arrancarlo de un tirón.

Sin embargo, ella no capta nada. Absolutamente nada.

No lo comprende, nunca le había ocurrido. El corazón comienza a latirle con fuerza en el pecho y Denna siente cómo la sangre le bombea rápido por las venas ahora que ha dejado que Aura fluctúe por su cuerpo con total libertad. Conociéndole, la mente de Lórim tendría que estar llena de pensamientos desordenados, imágenes, colores y chistes malos. Todo el

mundo piensa en algo y no comprende por qué la mente de Lórim está negra, tan negra mientras ella se siente en el centro de un páramo yermo, rodeada de una oscuridad infinita.

Entonces le parece escuchar un grito muy lejos y a la vez en lo más profundo de sí misma y siente vértigo en la boca del estómago como cuando uno cae en sueños.

De repente toda la oscuridad ha desaparecido. Denna parpadea porque algo la ha empujado fuera de la mente de Lórim y el sol tibio de febrero es demasiado para sus ojos. Cuando por fin levanta la cabeza, descubre aterrada que Lórim la está mirando.

—Denna, qué haces.

Denna retrocede, araña el suelo con los dedos, se le meten briznas de hierba bajo las uñas, se raspa las rodillas. Ha leído a Lórim y está mal. No. Ha intentado Leer a Lórim pero no ha sido capaz porque toda esa oscuridad en su cabeza era una barrera construida con Aura y entonces él ha dicho «Denna, qué haces», que es todavía peor.

No debería ser posible. Solo alguien que sea Aura es capaz de Vincular una barrera tan fuerte.

Lórim se pone en pie. No ha apartado los ojos de ella, como si todavía esperara una respuesta. Denna abre la boca, pero no logra articular sonido porque nota la mirada triste de su amigo clavada en el pecho.

Que lo siente, piensa. Que no la denuncie porque, aunque Leer a alguien sin permiso es ilegal, lo ha hecho porque él nunca le cuenta nada. O no. Que no quería hacerlo, de verdad. Que lo siente tanto.

Lórim echa a correr. Algunos estudiantes levantan la cabeza mientras le ven pasar como si estuviera huyendo de un fantasma. Debajo del árbol, rodeada por restos de comida, Denna es incapaz de moverse.



Un balón se dirige vertiginosamente hacia uno de los bienes más preciados del Liceo: la cara de Vann Strainir. Él parece que se haya distraído por culpa de Lórim Hérshel, que acaba de pasar a la carrera no muy lejos de allí. De fondo, un par de chillidos femeninos avisan del inminente desastre pero Vann al fin reacciona y atrapa el balón con elegancia.

A pesar de la sensación de que el tiempo avanza cada vez más deprisa y a pesar de estar apenas a principios de febrero, Blyd ha tenido unos cuantos días de sol y temperaturas suaves. Por eso a nadie le sorprende que hoy, en el descanso para comer, la mayoría de los alumnos del Liceo hayan acabado en los jardines del campus. Todavía sorprende menos que tras encontrar un balón perdido entre el césped, Enzo haya propuesto un partido de balón prisionero. No es lo mismo que un partido profesional, porque son cuatro por equipo en vez de diez y solo tienen un balón y unas líneas de Ilusión en el césped para marcar el campo, pero les ha sido suficiente.

—¿Cómo lo ves? —pregunta Vann a media voz volviéndose hacia Kástor. Mantiene la pelota entre las manos, aunque los componentes del equipo contrario comienzan a mostrar signos de intranquilidad.

Kástor se encoge de hombros. No sabe si se puede hacer o no, pero tienen que intentarlo, porque la cosa pinta mal.

—¿A qué esperas, Strainir? ¿Tiras o qué? —les grita Dhalik Simmel desde el otro lado de la pista improvisada. Dhalik es un jugador más que competente, un seguidor acérrimo del Blyd Balón Prisionero Club, y nada

más empezar el partidito ha eliminado a Enzo y a Wen de un certero balonazo. Kástor y Vann han intentado remontar desesperadamente pero Dhalik, los mellizos Izeen e Izaia Zrakov, y Omir Zehel no les han dado tregua ni un minuto.

—Ya, ya. Paciencia —le responde Vann—. Perdemos todo lo rápido que podemos. —Vann vuelve a mirar a Kástor y este asiente en silencio.

Comienzan el contraataque. Vann se impulsa hacia atrás y se lanza a la carrera. Cuando ya está al borde de su campo, la tierra se levanta bajo sus pies y le eleva hacia arriba. Entonces, lanza el balón con todas sus fuerzas mientras los miembros del otro equipo se preparan para contraatacar e Izeen Zrakov, que es Agua y pelirrojo igual que su hermana Izaia, atrae la pelota hacia sí con un torbellino que escapa de sus manos.

Justo antes de que el balón llegue hasta Izeen, Kástor describe un arco con el puño cerrado, concentra todo el calor que puede y lo deja escapar dando una palmada. Inmediatamente, una explosión desvía la pelota de su trayectoria y la manda al otro lado de la pista, donde están los miembros eliminados de su equipo. Enzo, que ya está preparado, recoge el balón y lo lanza contra Dhalik Simmel, que reacciona demasiado tarde y no consigue atraparlo antes de que toque el suelo.

Empatados. Enzo se apresura a regresar a la parte central del campo con sus compañeros mientras que Dhalik Simmel maldice por lo bajo y se va a la zona de eliminados.

A partir de este momento, cambian las tornas. Vann, Kástor y Enzo consiguen coordinarse lo suficiente e Izaia Zrakov le lanza una mirada dolida a Vann cuando la elimina sin miramientos. Deshacerse de los dos jugadores que quedan del otro bando es solo un trámite y aunque Izeen Zrakov hace un papel bastante decente cuando se queda como único representante activo de

su equipo, al final recibe un balonazo directo a las piernas que da el partido por terminado.

Como hay que ser educados, los vencedores felicitan al equipo perdedor pero luego se reúnen para celebrarlo, que por algo han ganado. Enzo y Vann chocan las manos y Kástor le dedica un minúsculo gesto de cabeza a Wen. De fondo se añaden tímidos vítores, seguramente provenientes del club no oficial de admiradoras de Vann y, por último, un aplauso lento, solitario y sarcástico.

A veces, cuando Kástor está contento, rodeado de sus amigos, olvida que su primo Sammler va al mismo curso que él.

Kástor nota cómo se le tensa el cuerpo. Sammler está tumbado en el césped un poco más allá. Se apoya indolente sobre el codo y está girado hacia el grupito de chicos y chicas de su clase que suelen reírle las gracias y que a Kástor le parece que se ha incrementado desde que Sammler apoyara públicamente la pintada sobre el profesor Koem y se pegara con todos.

—Ahora nos toca a nosotros.

Enzo, de buena gana, le pasa el balón.

—Claro. Todo vuestro, ya hemos acabado —le dice haciendo un claro esfuerzo por no sonar hostil. Tratándose de Enzo, que se lleva bien con todo el mundo, sorprende la frialdad en su voz.

Entonces la expresión de Sammler se transforma. Sucede como en esas ilusiones ópticas donde la misma imagen puede verse de dos formas distintas, haciendo que la sonrisa de Sammler, a la vez, parezca una mueca de superioridad.

—No, no. —Hace un gesto perezoso con la mano, como perdonándole a Enzo su error—. Contra vosotros.

Kástor, Enzo, Vann y Wen se miran entre sí. Sin palabras, parece que dos cosas estén claras: que nadie se fía de Sammler Archen y de sus amigos pero

que, a la vez, darles una paliza jugando a balón prisionero les alegraría a todos el día.

Al final, como portavoz del equipo, Enzo encoge los hombros.

—Claro. No veo por qué no.

Claramente satisfecho, Sammler se pone en pie y se acerca a la improvisada cancha de juego. Lo acompañan Nymar Lexett, Zaaren Kelsryn, con un lazo largo de color rosa en el pelo, y Álek Rádick, su novio.

El partido esta vez no tiene nada de juego. Ni de limpio. Los tiros del equipo de Sammler casi siempre se dirigen a la cara o hacia cualquier parte del cuerpo donde pueda doler y además son certeros. Al cabo de unos minutos, Vann ha sido eliminado y sus compañeros se han contagiado del clima tenso y malhumorado del partido. Wen ni se preocupa por disimular las miradas de odio que dirige casi exclusivamente a Zaaren; Enzo ha dejado de hablar, demasiado concentrado en remontar el resultado.

Kástor tiene la mandíbula apretada, una frustración creciente en la boca del estómago y el balón entre las manos. Frente a él, Sammler deja entrever sus dientes a través de sus labios finos y rectos, y a Kástor se le encoge el estómago.

A pesar del agotamiento, le hace una seña a Vann, porque se niega a perder tan pronto. No va a darle la satisfacción a Sammler. Echa a correr tan rápido como puede y cuando ya llega al borde del campo escucha a Vann patear el suelo. Kástor tiene un segundo para preparar el tiro mientras la tierra bajo sus pies se agita y de repente un espolón de roca sale disparado hacia arriba. Y Kástor con él, a dos, tres, cuatro metros de altura. Entonces lanza el balón con todas sus fuerzas.

Justo cuando está a punto de golpear a Sammler, este traza un amplio arco con el brazo y de sus dedos se escapa un Rayo de un azul casi blanco que cruza el aire en zigzag y aparta el balón de su trayectoria. También alcanza la

pierna de Kástor, que deja escapar un alarido y en vez de caer como les enseñan en clase, rodando para minimizar el impacto, va a dar de bruces contra el suelo.

Cree que no se ha roto nada, pero le duele todo; el hombro sobre el que ha caído y, por extensión, el brazo. También la cara con una quemazón áspera. Tiene arena en la boca, pero ninguna fractura. Escucha gritos, eso sí. Y pasos que se acercan, y más gritos y unas manos que le tocan. ¿Por qué le tocan? Pero se da cuenta de que es Enzo y entonces aprieta los dientes y se deja hacer.

—¿Kástor?

Está seguro también de que es Enzo quien pregunta. Trata de abrir los ojos, pero hay demasiado ruido. Los sentidos se le empiezan a embotar, como si viera borroso dentro de su cabeza.

—Eso lo has hecho a propósito, Archen. —Escucha, pero lejos, distorsionado. Cree que es Enzo otra vez. Kástor se aprieta la palma de la mano contra la frente mientras la neblina que siente detrás de los ojos se espesa de rabia. Rabia y vergüenza porque se ha caído delante de todos y seguramente habrá parecido torpe. O imbécil. Y porque seguramente Sammler, Sammler...

—Lo siento, lo siento. ¿Estás bien, primito? —Kástor abre los ojos de golpe. Primito y que si está bien, con esa voz que rezuma desprecio—. Me perdonas, ¿verdad? Ha sido sin querer.

Es demasiado. Kástor no puede más. Aparta a Enzo de un empujón justo al tiempo que llamaradas verdeazuladas le cubren el cabello y la piel, se arremolinan alrededor de sus dedos y se escapan hacia Sammler. Este se aparta; pero por poco y porque Kástor decide no apuntar a conciencia.

—Casi me das, ¡retrasado!

De repente el partido pierde toda la importancia. Sammler comienza a

cruzar el campo con zancadas furiosas. Kástor lo ve acercarse, todavía con el insulto resonándole en las sienes.

—¡Y tú llevas todo el partido lanzándole ataques a Kástor, Archen! —le espeta Vann que, como el resto de los jugadores, también se acerca al centro del campo. Lo mismo que hacen otros compañeros de su curso, atraídos por los gritos y por si tienen la oportunidad de ver una buena pelea.

—Ha sido sin querer. —Zaaren Kelsryn, colocándose al lado de Sammler, se ajusta un mechón de cabello pelirrojo que se ha salido de sitio como si fuera la más grande de las ofensas. Espera entonces a que la pista se llene de estudiantes y prosigue con voz chillona—: En cambio Kástor le ha atacado con toda la intención del mundo. ¡Habría podido herirle! Todo el mundo sabe que no es... —La chica duda un instante—. Estable. Ya está, no quería decirlo pero lo he dicho.

—No, mi querido primo nunca me haría daño, ¿verdad, Kástor? —Por un momento Sammler parece el único de todo el grupo que no está a punto de estallar. Se yergue, camina hacia Kástor con la mandíbula apretada y la mirada fija en él. Cuando llega a su altura levanta el brazo. Kástor casi llega a creerse que su primo vaya a pegarle hasta que Sammler le dedica una sonrisa condescendiente y le pone la mano sobre el hombro—. Porque, ya sabéis, compartimos muchas cosas entrañables: familia, *recuerdos de infancia*... —añade poniendo mucha intención en las últimas palabras—. ¿Verdad, Kástor? Aunque solo sea por los recuerdos de infancia, tú jamás me harás daño...

A pesar del ruido, de la gente que se acerca y de las protestas de los compañeros que le defienden, incluso a pesar de los nervios y de su mente ofuscada, Kástor entiende las palabras de Sammler como lo que son: una amenaza. Un recordatorio de que el día menos pensado, el día que Kástor no le siga el juego, cuando haga un gesto demasiado hostil hacia él, o simplemente el día que Sammler se canse, entonces...

Kástor da un paso hacia atrás cubriéndose las orejas, pero Sammler todavía lo sujeta. No puede más. Se siente al borde del bloqueo. En la cabeza se le mezclan palabras, las suyas y las de sus compañeros, un miedo atroz hacia Sammler y hacia todo lo que sabe contra él. También odio. Y calor. Un calor que ya no es Fuego, sino que va más allá. Restalla y tiene vida propia dentro de Kástor. El mismo calor al rojo vivo que es tanto su mejor aliado como su peor enemigo.

Es casi placentero dejar que todo ese calor escape de él. Tanto que Kástor no reacciona hasta que, de pronto, siente que ese Fuego le está abrasando por dentro y que le duele. Tiene que tomar aire y contenerse para que no vaya más allá. Sabe qué podría ocurrir. Al mismo tiempo, escucha a Sammler, que grita y que de repente se aleja, agarrándose el brazo con una expresión agónica en el rostro. Él se restriega las manos. Está mareado, tiene la visión borrosa. El Fuego circula a toda velocidad por sus venas, llega hasta el último capilar y lo siente arder desde dentro. El Fuego lacera partes de su cuerpo de las que antes ni siquiera era consciente.

Por entre el enorme revuelo que se causa entonces, escucha a Sammler, que chilla mientras le señala con un dedo acusador.

—¡Sé lo que has hecho! ¡Sé lo que has hecho!

Su campo de visión se vuelve negro. Por fin un poco de silencio.

—¿Kástor?

Se da cuenta de que ya ha pasado todo porque deja de taparse las orejas y ya no escucha los gritos. Le pesan los ojos y no puede abrirlos. Durante no sabe cuánto tiempo él y el mundo se han desconectado, como si hubiese dejado de existir, solo que sabe que ha sido él quien lo ha apartado de sí porque no era capaz de soportarlo. Levanta la cabeza poco a poco.

—¿Kástor? —repite Enzo. Kástor, ahora que lo escucha con claridad, asiente levemente—. ¿Estás con nosotros, Kástor?

Inmediatamente, Kástor se fija en sus manos. Aunque ahora parecen tan inofensivas, a él le siguen doliendo desde dentro, como si se hubiera quemado. Le escuecen y sabe que todavía tardará unos días en recuperar la sensibilidad. Enzo le tiene sujeto por los hombros y él levanta la cabeza. Parpadea hasta que la visión se le aclara. Entonces Enzo sonrío, también Wen. Y Vann se agacha a su lado, a cierta distancia, mirándole fijamente. No dicen nada. A Kástor le confunden sus sonrisas. Agradece que ya no haya ruido. Que estén callados. Pero sus amigos nunca están tan callados. Su respiración va acompasándose. Vuelve a mirarlos. Sus sonrisas. Tienen algo de raro, parecen como pintadas, como cuando dibuja y trata de hacer sonrisas y no le salen nunca del todo bien. Entonces, recuerda.

—Sammler. —Tiene que preguntar por él. Cómo está. Si está bien. Si le dejará secuelas. Si... Ha sido malo. El mero pensamiento le descontrola de nuevo la respiración; pero entonces Enzo vuelve a hablar.

—¿Sammler? No te preocupes por Sammler. —Enzo, a modo de prueba, le da un golpecito de ánimos en la espalda que Kástor acepta sin rechistar y es como un bálsamo porque su respiración se tranquiliza—. Sabemos que hacía comedia. Todo el mundo ha visto que no has hecho Fuego, ¿verdad, chicos?

Vann y Wen asienten. Todo el mundo sabe que Fuego siempre se manifiesta con llamaradas, que es una fuerza agresiva y vistosa.

Kástor, en realidad, sabe que todo el mundo está equivocado.

—Lo ha hecho para llamar la atención, Kástor —añade Vann para animarle un poco—. Llevaba provocándote todo el partido y cuando ha visto que no podía, ha fingido que lo atacabas. Tendrías que haberle visto la cara —dice riéndose—. Hacía tanto esfuerzo por aparentar que le dolía...

«Pero es que le dolía de verdad», piensa Kástor, porque aunque no se haya

visto ninguna llamarada, ha hecho Fuego. Flexiona ligeramente los dedos, se concentra en el ligero arco que forman sus articulaciones para no pensar en la intensa quemazón que todavía siente en las palmas.

A Sammler le habrá dolido, seguro. Y ha sido una suerte que gritara. Con el grito Kástor pudo darse cuenta de lo que estaba haciendo y se detuvo antes de que ocurriera algo verdaderamente malo. Algo que no solo hubiera lastimado de verdad a Sammler, sino que también habría expuesto todo de lo que es capaz.

Viernes, 14 de febrero.

Biblioteca del Liceo. 17.17 de la tarde



Entre las horas de estudio y las que pasa haciendo de becaria, la biblioteca es ya como una segunda casa para Kózel. Le gusta el ambiente silencioso y el olor a libro viejo. Le gustan los días como hoy, en los que mientras empuja un carrito lleno de libros para devolverlos a sus estanterías, tiene tiempo y tranquilidad para pensar en sus cosas: como que debe seguir mejorando sus marcas en Lucha o que por poco suspenden el examen del cubito porque a Nero le cuesta mucho Vincular Fuego.

Frente a la sección de Arte e Historia está tan concentrada en sus cavilaciones que se le escapa un leve contoneo de caderas.

Se detiene de golpe y susurra una maldición mientras mira hacia los lados.

Por suerte esta zona de la biblioteca está desierta. Respira hondo.

Reemprende su camino obligándose a dar zancadas más largas, a separar un poco las piernas y a apoyar todo el peso en la planta del pie como ha visto que hacen los chicos del Liceo. Al cabo de unos metros ya ni siquiera tiene que forzar el paso. Tras meses de práctica ya le sale de forma natural, tanto que a veces se olvida de la máscara que lleva, de ese personaje que interpreta a todas horas.

Durante un buen rato Kózel se concentra en devolver los libros a sus estantes. Ya solo le quedan unos pocos y, como recompensa al trabajo bien hecho, se da impulso, aprieta las manos a ambos lados del carrito y se sube de un salto al eje de las ruedas. Cierra los ojos un momento, concentrándose en la minúscula sensación de vértigo que siente en la boca del estómago.

Entonces sucede lo que suele ocurrir cuando uno hace el burro con el carrito de los libros en medio de la biblioteca: choca contra algo. O más bien alguien. Y cuando Kózel abre los ojos resulta que es Vann y que del impacto la mitad de los libros han caído al suelo.

—¡Lo siento! —exclama Kózel con voz de biblioteca; es decir, muy bajito pero esforzándose para que se le noten las exclamaciones—. No te había visto...

Agachado, Vann se palpa el punto donde el carrito ha chocado contra su espinilla.

—La próxima vez prueba a abrir los ojos, hombre.

—De verdad que lo... —Hasta ese momento Kózel pensaba que Vann estaba enfadado pero, no. Nadie enfadado podría sonreír de la manera que lo hace él—. ¿Te he hecho daño?

—Creo que podemos descartar los huesos rotos —responde Vann, que, a pesar del atropello, parece divertido y le tiende uno de los libros que han caído al suelo—. Al menos te he encontrado.

—¿Es que me buscabas?

Kózel recoge el libro y se da cuenta, sorprendida, de que es uno de los que descubrieron, hace meses, con las páginas arrancadas. Se había olvidado completamente. Tampoco es como si pudiera amenazar al responsable con una multa o con retirarle el carnet de la biblioteca porque si, como sospecha, lo hizo el profesor Koem, bastante tiene el pobre con estar bajo tierra. En fin, en cuanto tenga algo de tiempo debería retirarlos de la zona de préstamos.

—Sí. Es que he quedado esta noche con Edrin —dice entonces Vann, acaparando de vuelta toda la atención de Kózel—. Quedado *quedado*. Como una cita... ¿sabes?

«Claro. Sí. Solía tener muchas en casa, en Hol Ibu», piensa Kózel mientras advierte contrariada que le ha dado un vuelco el corazón. Recoge el resto de los libros que quedan en el suelo esperando que Vann continúe, pero él sigue mirándola con una expresión entre avergonzada y llena de esperanza. Entonces Kózel se percata de que Vann, en realidad, le acaba de hacer una pregunta.

—¿Dónde tenéis pensado ir? —Haciendo de tripas corazón, Kózel comienza a empujar el carrito. Vann la sigue.

—Nos acercaremos al Guinet, por Canales, a ver una obra de teatro. No sabía que a Edrin le gustaba el teatro, pero resulta que sí.

—Supongo que antes estabas muy ocupado «yendo a por todas» como para preguntarle —responde Kózel, recordando la conversación que tuvo con Vann sobre el tema y que en el fondo la ha metido en este lío—. ¿La llevarás a cenar después?

—¿Tendría que invitarla?

—Sería un detalle; pero solo si ella quiere. Lo ideal es que paguéis a medias pero que te ofrezcas primero a invitar. Creo que justo detrás del teatro

Guinet hay un restaurante pequeñito. Sirven comida tradicional pero con estilo. Fui una vez con Lórim y Nero.

—Ya sé cuál me dices. —Vann asiente mientras camina muy pegado a Kózel—. ¿Crees que es un buen lugar para llevar a una chica?

—A mí me gusta... —contesta ella sin pensar.

Vann asiente como tomando nota mental y no registra que a Kózel se le han puesto rojas hasta las orejas.

—Bueno —comenta ella, como de pasada—. ¿Y qué vais a hacer luego?

—¿Después de la cita? No lo sé. ¿Alguna sugerencia?

Kózel se detiene. Se vuelve hacia Vann, que parece ser un manojo de nervios andante.

—Por lo que más quieras, no intentes saltarle encima después de pagar la cuenta en el restaurante. A no ser que ella te diga lo contrario, claro.

Vann deja escapar una breve carcajada. Incluso se ha sonrojado. Y Kózel se queda unos segundos mirándole atontada y con una sensación agridulce en la boca del estómago. Es que, por los Antepasados, jamás se habría imaginado dando consejos a Vann Strainir de entre todos los chicos del mundo. Le parece un poco triste estar ahí ayudándolo a conquistar a Edrin cuando, quizá, en otra realidad que no fuera esta... Con lo de andar emparejando a la gente, Lórim y ella podrían fundar un club en el Liceo o algo así.

Como si Lórim le estuviera leyendo el pensamiento, el diario comienza a tintinear desde el bolsillo del uniforme. Kózel sabe que es él. Lleva insistiéndole todo el día para que bajen a Blyd por la noche y le manda mensajes cada diez minutos.

Lórim Hérshel dice:

Venga, Hoku. No me digas que no, que ya he convencido a Nero. Que la noche es joven y prometo no pegarme con nadie esta vez. Te lo juro por esos Antepasados tuyos.

—¿Quién es? ¿Una amiga de la que no me has hablado? —le pregunta Vann inclinándose hacia delante.

—Es Lórim. Por lo visto nosotros también salimos esta noche.

—¡Estupendo! A ver si nos vemos por Blyd... o quizá no. Depende de lo ocupado que esté —rectifica Vann con una sonrisa cómplice—. Deséame suerte, enano.

Debe de estar ansioso por ponerse guapo para la cita, porque Vann hace un saludo marcial y se marcha corriendo.

—Suerte... —susurra Kózel sin entusiasmo mientras lo observa alejarse.

Da un suspiro largo mientras camina hacia el mostrador de devoluciones. Se le ha quedado mal cuerpo después de la conversación y ya no se siente de tan buen humor como antes. Que no es que Vann le guste. Que, veamos, Vann es muy *gustable*. Si lo tiene todo: es guapo, inteligente, amable estilo caballero andante o estrella del orbe, como el conde Vann de *Pasión de Fuego* pero más real. Además, tiene esa forma de ser apasionada, genuinamente idealista que trae a medio Liceo de cabeza. Pero, no. No le gusta porque comparten habitación y que le gustase Vann sería muy inconveniente. Sin contar, claro, con que Vann cree que es un chico, así que no. Nada. No se permite ni pensar en ello.

Suerte que Nyymar está ahí, apoyado en una estantería entre las secciones de Botánica Forense y Biología para distraerla.

—Todavía no ha terminado tu turno, *Hokele*. Te he dicho que devolvieras los libros a sus estantes.

Habla como si fuera tonta o como si no entendiera bien el idioma. Kózel, muy civilizadamente, señala el carrito que está empujando. Prefiere mantener la biblioteca como terreno neutral de la hostilidad creciente y mutua que hay entre ella y Nymar.

—Estaba en ello, como puedes ver.

Casi neutral, al menos.

—Bien. Quiero que lo tengas hecho para antes de marcharte, ¿queda claro? Que aquí hemos venido a trabajar.

Y, en vez de decirle el «sí, Nymar, claro, Nymar» de siempre, es verle esa cara de cruel satisfacción y Kózel decide que una cosa es ahorrarse problemas y otra muy distinta dejarse pisotear.

—Pues ¿sabes qué, Nymar? Te tomo la palabra. —Agarra el dichoso libro de Arquitectura palaciega de Nylert, el de Koem, y se lo da a Nymar. O más bien le golpea el pecho con él con suficiente fuerza como para que se tambalee—. Así que, mientras yo repongo los libros en sus estantes, tú puedes trabajar un poco, para variar, y dejar este en el almacén, porque le faltan páginas y habrá que comprar un ejemplar nuevo.

—No —responde Nymar.

—¿No? ¿Qué?

—No faltan páginas. Este libro está perfectamente bien. —Kózel frunce el ceño. Por supuesto que faltan páginas, piensa, pero o Nymar es tan idiota que no cree en su palabra o simplemente intenta hacerla rabiar, que no sería extraño.

—Pues estupendo —le espeta—. Di lo que quieras.

Esperaba alguna réplica desagradable, pero Nymar ladea la cabeza muy lentamente y repite:

—Este libro está perfectamente bien.

Entonces se da la vuelta hacia el mostrador de devoluciones antes de que

ella pueda replicar y permanece allí, muy quieto y con la mirada perdida. Kózel deja el libro sobre el mostrador con un golpe y se da la vuelta. En serio: que el abuelo Hokulea le mande paciencia desde allá donde esté o algún día, más pronto que tarde, acabará por estrangularlo de verdad.

Y mientras tanto, el dichoso diario sigue tintineando. Kózel, todavía imbuida de esa rabia vengativa que le ha hecho encararse a Nymar, abre el librito por la primera página en blanco y escribe:

Kózel Hokulea dice:

Salgo a las ocho. Nos vemos en la residencia.

Nero y Kózel no son tontas. Por eso se han dejado convencer por Lórim tan fácilmente para salir esa noche: porque la insistencia de su amigo está, en realidad, a un paso de la desesperación. Aún más, Kózel está convencida de que el estado de Lórim tiene algo que ver con que Denna e Ibar estén saliendo juntos, porque él, desde entonces, va arrastrando el alma por el mundo, se queda mirando lánguidamente al infinito sin razón aparente y en general tiene un aspecto patético.

Así pues, el deber de Kózel como amiga es obviar todo esto graciosamente, escucharle cuando esté preparado y, mientras tanto, si Lórim lo pide, salir y distraerse.

Después de vestirse para la ocasión: Nero con un vestido de punto blanco y Lórim, con una trenca azul marino sobre el jersey de algodón verde con el escudo del Liceo en el centro que llevan en Lucha (ha dicho, literalmente, que los uniformes deportivos atraen a las chicas) y pantalones de lana gris; Kózel ha tenido que conformarse con un traje anodinamente marrón dos

tallas más grande. Han ido al parque de los Escondidos, que queda en la ribera sur del río, y luego han comido unas brochetas de pollo con salsa de yogur por Bordes, en un restaurante Klachnodense tan pequeño que podía tocar sus dos extremos con las manos. A eso de las diez han llegado a un bar de aires acogedores, todo de madera y luces cálidas, y siguen allí cuando Kózel exclama:

—¡No, de verdad, ¿cómo lo haces?!

Nero frunce los labios, encoge los hombros y, apenas sin mirar, lanza el dardo, que va a dar justo en el centro de la diana.

Todos los clientes del bar saltan de sus sillas y taburetes para estallar en calurosos vítores. Llevan media hora jugando a los dardos y, desde que han empezado, Nero no ha fallado ni un tiro. Ninguno. Ni cuando le han hecho lanzar el dardo de espaldas y con los ojos cerrados. Poco a poco la gente que también está en el bar se ha dado cuenta y por eso tienen un público que a cada tiro de Nero está más asombrado.

—Es un... truco.

—Ya sé que es un truco. Vinculas Azar, ¿verdad?

—Más bien es un efecto colateral de ser Azar. Yo no estoy haciendo nada, te lo prometo. Solo... tengo suerte. Es tu turno.

En cuanto Kózel lanza, su dardo por poco no se clava directamente en la pared. De fondo escucha unos cuantos vítores; pero seguramente sean por pena.

—¿Sabéis qué deberíamos hacer? —Lórim se vuelve hacia ellas, medio apoyado en la barra—. Deberíamos aprovechar el truco de Nero para algo útil. ¿No hay un casino al lado del Gran Teatro Metropolitano? Si juegas a la ruleta como a los dardos, Nero, nos haríamos de oro. —Y, dicho esto, le dirige una sonrisa orgullosa a la camarera del local. Es menuda y morena, más o menos de su edad, y Lórim ha estado coqueteando con ella desde que

han entrado en el bar. No debe de hacerlo del todo mal, porque la chica no para de reírle las gracias y le hace ojitos.

—*Nero* se haría de oro —rectifica Kózel—. Nosotros tendríamos que conformarnos con mirar.

—¿Cerca del teatro, dices? —*Nero* se detiene manoseando el dardo un segundo, pero sin lanzarlo.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? —Como para hacerse el interesante, Lórim se arremanga el jersey y apoya los codos en la barra—. ¿Has estado ya? Sí que has estado, seguro.

—No, solo es que... da igual —musita meneando la cabeza—. Si te descubren Vinculando Azar en un casino te pueden multar. Y de todas formas, si ganara todo el rato perdería la gracia.

—Pero ¡te harías rica!

—¿Y? También me aburriría de eso.

No consiguen convencerla. Ni durante el tiempo que pasan en el bar apurando sus bebidas, ni cuando salen a la calle, ni siquiera cuando Lórim se empeña en comprarse un helado de camino a la parada del metropolitano, dando un rodeo que *casualmente* les hace pasar por delante del casino al lado del Gran Teatro.



Las estatuas que flanquean la calle principal del campus les dan la bienvenida como viejos amigos cuando vuelven al Liceo y Lórim, para sentirse un poco

como siempre, choca la mano de mármol de la estatua que representa la Familia Rayo. Mientras tanto Nero va contando una de esas rocambolescas anécdotas de su pueblo que incluye una avalancha de nieve, un oso despistado y un vecino que tuvo la brillante idea de salir a estirar las piernas en plena tormenta.

—Bueno, solo os digo que lo encontramos al día siguiente subido a un árbol. Al oso, no al vecino —remata Nero.

Lórim apenas tiene que esforzarse por reír.

Alejarse del Liceo le ha distraído y está un poco más animado, que ya es algo, porque es que lleva casi una semana sin quitarse de la cabeza lo que le ocurrió con Denna: que ella le Leyó. O al menos hizo el intento, claro. Lórim no es tan estúpido como para no mantener activas sus barreras contra Aura en el Liceo y sabe que ella no pudo Leer uno solo de sus pensamientos. Pero, aun así, Lórim está asustado. Aterrorizado, más bien. Pensaba que, de todos los lugares del mundo, el Liceo de Blyd le mantendría a salvo.

Y ahora resulta que no.

—Denna —dice Nero de repente.

Lórim abre la boca para protestar porque si bien sus amigos deben imaginarse que Denna tiene algo que ver con que a él se le pierda la mirada en el infinito de vez en cuando, no conocen los detalles y él desde luego no puede contárselos.

—No...

—No, que ahí está Denna. —Nero señala hacia las residencias.

Frente a las escaleras que conducen a la residencia masculina hay una silueta que en cuanto los ve acercarse se pone en pie y se aproxima con pasos tan pequeños que a Lórim le da la impresión de que la chica ni toca el suelo, como si flotara.

Lórim siente una punzada de angustia en el estómago no solo porque ella

esté allí y por tener que enfrentarse, ahora o nunca, a lo que ocurrió. Lo que más le duele es verla con una expresión tan triste.

—Lórim, tenemos que hablar.

En el orbe, en las obras de teatro, en las novelas; en cualquier obra de ficción las palabras «tenemos que hablar» suenan terribles pero ni la mitad de terribles que le suenan a Lórim en la vida real.

—Es muy tarde, Denna. —Se nota la voz ronca. Por no mirarla directamente se vuelve hacia Kózel y Nero y les hace una seña para que continúen caminando—. Otro día.

Consigue dar dos pasos. Uno y dos, contados, cuando siente la mano de Denna en el brazo, suave y a la vez firme.

Lórim se da la vuelta casi como si le doliera físicamente.

—Denna...

—No. Vamos a hablar esta noche, Lórim.

Y Lórim lo sabe. Aunque haya retrasado este momento todo lo que ha podido, Denna tiene tal brillo de determinación en la mirada que sabe que esta noche van a hablar, lo quiera él o no. Así que baja la cabeza y asiente.

Denna le guía en silencio a través del campus desierto. Ni siquiera se da la vuelta para asegurarse de que él la siga; solo camina con lentitud, los brazos cruzados contra el pecho. Acaban por llegar a una plazoleta medio escondida detrás de los aularios y Lórim espera a que Denna se siente en el borde de la fuente que decora el centro de la plaza y que llena el aire con un murmullo suave. Él se acerca arrastrando los pies y se sienta a su lado. Denna acaricia el agua de la fuente. Agita los dedos y, de pronto, el agua se ondea hasta que mana un chorrito hacia arriba que, a un gesto de la chica, se congela. Al cabo de un rato, aún con la cabeza gacha, ella lo mira con los ojos muy abiertos rodeados de pestañas larguísimas donde han quedado atrapadas un par de lágrimas.

—Lo siento —susurra.

En esta plaza, frente a esta fuente, con una Denna que bajo la luna le parece más hermosa que nunca, a Lórim se le seca la garganta. Le arden los dedos. Están tan cerca que solo con levantar la mano, podría quitarle las lágrimas de las pestañas. Denna levanta la cabeza y una imagen fugaz cruza su mente. Lórim entreabre la boca. Solo tendría que inclinarse. Muy poco, apenas centímetros, y es como si el cuerpo no le perteneciera cuando su espalda se arquea y la constelación de pecas en las mejillas de la chica se dibuja al detalle en su campo de visión. Siente el aliento de Denna en sus propios labios y entonces cierra los ojos para besarla.

No.

Lórim se incorpora de golpe y le da la espalda. No. No puede hacerlo. Si se alejó de ella fue para protegerla y ahora no puede estropearlo todo con ese beso que ni él mismo es consciente de desear con tanto ahínco. Sobre todo porque se han vuelto las tornas y ya no sabe quién es peligroso para quién. Carraspea y se da la vuelta.

—Bueno. —Lórim se encoge de hombros. Es un gesto estudiado, forzosamente tranquilo, con el que oculta cuidadosamente el torbellino de emociones, de miedo y de pena que siente por dentro—. Te perdono.

A Denna se le ilumina el rostro de alivio.

—¿En serio?

—Por supuesto. ¿Eso era todo? Es muy tarde. —Es un momento para no dudar. Lórim se frota las manos y da un paso hacia atrás, aunque es incapaz de darle la espalda. Trata de mantener una expresión casi risueña—. Mejor nos vamos a dormir.

Pero Denna se levanta tan rápido que al quitar la mano del agua la fuente congelada se deshace con un siseo.

—¡Lórim! ¿Por qué me haces esto?

—No te hago nada. —Lórim resopla, cruza ambas manos tras la nuca en un desesperado intento de cortar la conversación—. Me has pedido perdón, yo acepto las disculpas y tengo sueño. Ya hemos acabado, ¿verdad?

—Te Leí, Lórim. —Denna camina en su dirección pero cuanto más se acerca ella, más retrocede Lórim.

—¿El diario? ¿Me has leído el diario? —Lórim finge un gesto de sorpresa. Abre la boca como un buzón y después niega con la cabeza—. Pero si lo llevo siempre encima, ¿cuándo me lo has robado?

—Lórim... —repite Denna, que al darse cuenta de que Lórim se aleja de ella, se detiene y se encoge sobre sí misma como si tuviera muchísimo frío—. Te Leí y lo sabes —susurra—. Y también sabes lo que significa...

—¡Cuántas cosas sé! —Lórim se pone a caminar en círculos. Se lleva las manos a la cabeza y gesticula exageradamente al tiempo que la idea de marcharse se le hace cada vez más atractiva. Él mismo es consciente de que está llevando su actuación al extremo pero no puede evitarlo—. Para que luego Kózel me llame melón.

Los pensamientos se le acumulan en la cabeza. Claro que lo sabe. Significa que Denna, Denna, que es su amiga, Denna, que es la chica de la que se ha enamorado, es Aura y, por tanto, peligrosa para él, a un nivel que ni se había atrevido a imaginar. Todavía recuerda el sentimiento de completa indefensión cuando la mente de Denna intentó invadir la suya y eso lo aterroriza.

—¡Lórim!

El grito, desesperado y agudo, enturbia la quietud nocturna. Él cierra los ojos, los ecos de la voz de Denna todavía resonándole en los oídos.

—Adiós, Denna.

Ahora sí, Lórim le da la espalda. Mete las manos en los bolsillos de la trenca y aprieta los puños. A cada paso que da se siente más ligero y a la vez

se le hace más difícil alejarse porque es consciente del daño que le está haciendo.

Está al borde de la plazoleta cuando siente un cosquilleo, como una caricia dentro de la mente. Lórim se detiene.

—No lo hagas —ordena sin volverse.

—¿Ves? —responde ella con un deje de orgullo en la voz—. Te has dado cuenta. ¡Tú lo notas! ¡Y si lo notas es porque eres como yo!

—No —niega él secamente.

—¡No lo niegues! ¿Por qué no me dices la verdad? —Lórim sabe que Denna se acerca. Escucha sus pasos, suaves y cautelosos detrás de él—. ¿Eres de los Drunn de Teriam? ¿O el hijo pequeño de los Fabert? Tu familia es de Blyd, ¿verdad, Lórim? ¿Por qué no me dices quién eres? Solo un Aura podía vincular una barrera como la que tú tienes. Tan perfecta. Eres Aura y eso significa que ya no estoy sola... ¿Por qué no lo reconoces? —La desesperación en la voz de Denna se incrementa y de repente hace una pausa para añadir, en voz muy baja—: ¿Es que no confías en mí?

Se hace un silencio entre ambos. Lórim levanta la cabeza poco a poco y la ladea hasta que ve a Denna con el rabillo del ojo. Es solo un momento pero eso no lo hace menos doloroso.

—¿Y tú? ¿Confías en mí, Denna?

—¡Claro! —responde ella con un gemido—. Eres mi amigo.

Pronuncia la última palabra lentamente y Lórim advierte que la voz de Denna ya no suena tan segura como antes.

—Pues si confías en mí no hagas preguntas —replica él finalmente.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas, Denna.

Pero Denna no le responde, ya no insiste. Lórim, entonces, aprieta los

dientes y se aleja sin mirar atrás porque no quiere ser testigo de la decepción en sus ojos.



A Kózel le parece que una mancha de humedad en el techo tiene forma de estrella. Parpadea, deja que su vista se relaje hasta que la manchita se vuelve borrosa. Bosteza aunque ni tiene sueño ni quiere acostarse todavía; espera a Lórim. Se ha quitado las botas para estar más cómoda en la cama pero, aparte de eso, continúa completamente vestida. Ni siquiera se ha quitado la gorra.

Escucha unos pasos apresurados en el pasillo. Kózel se yergue pensando que quizá sea Lórim pero los pasos no se detienen una habitación más allá, sino que continúan a buen ritmo hasta la puerta de su cuarto, que se abre con un gran estruendo. Es Vann, que entra como un torbellino.

—¡Enano!

Vann da un salto que ella juraría que es de pura emoción justo antes de dejarse caer sobre la cama desde donde ella le mira con ojos desorbitados. Su cama. Donde ella estaba tranquilamente hasta ahora.

—Tío, tío, tío, *tío* —repite Vann al tiempo que Kózel se aparta apresuradamente.

Ya a salvo, vuelve a calarse la gorra y se da cuenta de que Vann parece contento. No, más que eso; Vann parece feliz. Kózel ya se imagina la causa de tanta alegría aunque Vann, tras reírse de puro gozo y cruzar las manos detrás de la nuca, la saca de dudas:

—Vengo de salir con Edrin. Y he hecho todo lo que me dijiste, enano.

—¿Sí? —Muy pausadamente, sin que se note, Kózel apoya los pies desnudos en los baldosines helados del suelo y se aleja hasta que su espalda queda apoyada contra el armario—. Muy bien.

Aunque no parecía humanamente posible, la sonrisa de Vann se ensancha un poco más y hace subir un par de grados la temperatura en la habitación.

—¿Quieres saber cómo ha ido?

Desde su rincón seguro, Kózel sopesa qué responder. Como «compañero» de cuarto de Vann debería preguntar; o incluso debería hacerlo por simple interés antropológico. No obstante, por otro lado, ni siquiera lo necesita: hay algo en la expresión ensoñadora de Vann, en sus mejillas sonrojadas y en el cabello revuelto que le da más información de la que desearía.

—Me encantaría escuchar la historia sobre cómo Edrin se ha rendido a tus encantos. —Kózel intenta mantener una pose risueña, cómplice de la alegría de Vann mientras se acerca a la puerta de la habitación. A malas, esperará a Lórim en el pasillo. Le gusta más esa idea que estar en el cuarto con Vann ahora mismo—. Pero tengo que irme un rato. Estoy esperando a Lórim. Si vas a dormirte ya, hazme el favor de hacerlo en tu cama.

Sale de la habitación todavía descalza y cierra tras de sí a tiempo de escuchar a Vann que murmura:

—Buenas noches, Kóz. Pero te pierdes una historia épica.

Kózel se apoya un segundo en la puerta cerrada, cierra los ojos, respira hondo y sacude la cabeza para despejarse. En cuanto vuelve a abrir los ojos repara en Lórim. Debe de haber llegado más o menos a la vez que Vann y por eso no le ha escuchado. Está agazapado en una esquina al otro extremo del pasillo, con la espalda contra la pared y abrazándose las rodillas.

Kózel se le acerca poco a poco, atenta a cualquier señal de Lórim que indique que prefiere estar a solas. Sin embargo, él no se mueve aunque está

claro que la ha visto porque la ha mirado de soslayo y cuando ya está cerca musita un saludo con aire ausente.

—Hola. —Kózel se sienta a su lado aunque no esté muy segura de que el saludo haya sido el comienzo de una conversación—. ¿No entras en tu cuarto?

Lórim se encoge de hombros con desgana. Tiene los ojos enrojecidos como si hubiera llorado o estuviera a punto de hacerlo y Kózel, que se da cuenta de todo, espera. No tiene ninguna prisa y el pasillo, desierto e iluminado por la luz mortecina de las lámparas, es casi acogedor.

Tras una eternidad, Lórim se remueve. Un gesto mínimo, lleno de miedo.

—Oye, Kózel.

—Dime.

Lórim se deja resbalar un poco contra la pared hasta que prácticamente está hecho un ovillo. Todavía necesita unos segundos para que de su boca entreabierta salgan las palabras y cuando lo hacen suenan como si le quemaran por dentro.

—¿Has estado alguna vez tan... tan cansado que no puedes... simplemente no puedes más? ¿Que todo lo que te esfuerzas por ser te parece falso, como una... como una máscara, pero no puedes quitártela porque te da miedo lo que hay debajo?

La voz de Lórim apenas es un susurro cuando acaba la frase. Kózel, sin mirarle, respira hondo. Lo que ha dicho su amigo la toca demasiado de cerca, la remueve por dentro. Ella tiene su propio secreto y sabe mucho de máscaras y de esforzarse por ser lo que no es. También sabe de ese cansancio tan hondo, que va más allá de todo lo físico, que a veces la embarga. No puede contárselo a Lórim, claro. No está preparada; pero también siente que no puede mentirle, que esta noche lo que preocupa a Lórim, esa especie de oscuridad que a veces le ve en el fondo de la mirada, le tiene al borde del

abismo. Entonces se quita muy lentamente la gorra y la hace girar entre las manos, la mirada fija en los bordes gastados de la tela, y responde con lo más sincero y lo más sencillo que es capaz:

—Sí.

Lórim a su lado contiene el aliento. Tras unos segundos, como si dudara en añadir algo más, suelta el aire muy lentamente.

—Me voy a dormir, Kóz.

Ella le observa mientras él se levanta y se mete en su habitación. Kózel no se mueve ni cuando escucha la puerta cerrándose.

Diario de Lórim Hérshel

15 de febrero

Mensaje privado

de Denna Blyzster a las 2.03

Denna Blyzster dice:

Lórim, no puedo dormir. No entiendo qué te ocurre. No entiendo qué ha ocurrido antes, por qué te niegas a escucharme, pero necesito contártelo todo. Si tú quieres leerlo o no, ya es cosa tuya.

Yo me llamo en realidad Denna Luar Gerder de Blyzster, pero nos cambiamos el apellido por razones obvias. Yo acababa de nacer y un poco después de la Revolución, mi padre decidió que, tal y como estaban las cosas, lo mejor era que nos escondiéramos. Así que dejamos el palacio que teníamos en Bruce y nos refugiamos en Ippi. Supongo que lo conocerás, es un barrio de extrarradio. Está aquí al lado, a unas cuantas paradas de metropolitano.

En realidad yo pienso que la República está bien. No me creo superior por ser Aura., pero tampoco me avergüenzo, no creas. Y por eso me matriculé en el Liceo. Quiero que Aura vuelva a ser útil, que Aura deje de considerarse... malo. ¿Crees que estoy loca? No, supongo que no. Al fin y al cabo tú también estás aquí y... piénsalo, Lórim. ¡Somos tan pocos!

Tenemos que ayudarnos los unos a los otros. ¿Sabes? Quizá por eso nos hicimos amigos tan rápido, ¿no lo has pensado? Quizá eso es lo primero que vi en ti, aunque no me diera cuenta. Somos iguales y confío en ti. Quizá, cuando estés preparado, puedas sincerarte conmigo. No te pido que sea ahora, pero necesito que me des una señal.

Denna Blyzster responde:

Quiero que sepas que no le voy a contar a nadie lo que sé. Puedes estar tranquilo. Ni siquiera a mis padres, te juro que no les he dicho nada.

Denna Blyzster responde:

¿Lórim? No pasa nada si no quieres contestar, pero quiero que sepas que sigo siendo tu amiga y que si necesitas hablar... ya sabes. Te he echado de menos.

Sábado, 15 de febrero.

Casa de la familia Graadz, los Llanos, Blyd.

7.03 de la tarde



Antes tenían un jardinero, piensa Kástor mientras rastrilla con energía el camino de entrada. Tenían un jardinero y una señora que ayudaba con la casa y un mozo que cuidaba de los caballos. Hace años.

Se detiene y, apoyado en el rastrillo, mira con desánimo la puerta principal de su casa. Ha tenido que marcharse del Liceo. Con lo que pasó con Sammler mientras jugaban al balón y los días posteriores, que no dejaba de mirarlo acusador, no quería cruzarse más con él. Al menos, ahora tiene todo el fin de

semana por delante para tranquilizarse y también tiene a sus hermanos, que lo distraen, y a sus padres, que lo tratan como a una persona normal.

A la vez, como siempre que Kástor vuelve a casa, a pesar de su demencia senil, el abuelo Graadz ha puesto una sonrisa triunfal en la cara y mientras Kástor le daba la merienda, ha intentado contarle una y otra vez esa anécdota de la guerra, cuando mató a un oficial xoolí con las manos desnudas.

Pasan los minutos y el sendero queda limpio poco a poco. Kástor descansa un momento con la mirada fija en los colores, entre rojizo y marrón, de las hojas amontonadas a un lado. El efecto queda aumentado por la luz del atardecer, de un naranja chillón que lo cubre todo de fuego y alarga las sombras de forma grotesca. Precisamente una sombra que reptaba por el camino le avisa del visitante que acaba de llegar.

Kástor tensa los dedos alrededor del mango del rastrillo cuando la reconoce.

—Hola, primo.

Sammler empuja la cancela de una patada como si tocarla con las manos fuera a contagiarle alguna enfermedad terrible, por ejemplo, la pobreza. Ante el riesgo de romper el rastrillo o de quemar la madera por accidente, lo deja apoyado en el gran roble que hay frente al porche de su casa.

—¿Qué quieres?

—Ver al abuelo. Yo también soy su nieto, me apetecía visitarlo. ¿Está en casa?

Quiere ver al abuelo, dice. Que Kástor recuerde, hace años que su primo no viene a ver al viejo. Está mintiendo. Kástor sabe que viene a verlo a él.

—*También'eres* su nieto —comenta sin más.

Sammler avanza unos pasos. Sostiene un cigarro que es casi todo colilla entre los dedos y cuando llega frente a Kástor sonríe.

—Hay que cuidar de nuestros mayores, ¿verdad? ¿Tú cuidas bien del

abuelo, primito?

Da una última calada a su cigarrillo y lo tira sobre el montón de hojas secas. Kástor sabe que es una provocación, pero no abre la boca. Tampoco hay gran cosa que decir. Cuida del abuelo; le ayuda a moverse por la casa, le da la comida porque, si no, se la tira toda por encima pero no lo quiere. No siente nada, ni siquiera odio. No queda nada de su abuelo para odiar.

—Claro que debes cuidar bien de él —sisea Sammler—. Tú eres bueno, ¿verdad, Kástor? ¿No es lo que dices siempre?

—*Jámenpaz* —susurra Kástor. Es lo único que se le ocurre.

—Claro que sí. Eres bueno —continúa Sammler—. Eres un buen nieto... Claro que sí. Como debe ser. Porque el abuelo es sangre de tu sangre. Y yo también. Somos familia, Kástor. Familia.

Kástor no entiende nada. Sammler le desprecia, se limpia el culo con su parentesco, pero viene a ver al abuelo Graadz y le llama primo y sangre de su sangre. Todo le huele a trampa o a broma pesada, así que da un paso hacia atrás. Entonces la expresión de Sammler se transforma. Una especie de ansia le crispa los labios, el contorno de los ojos y las manos, que parecen garras.

—Dime, primo. ¿Cómo lo has hecho? Tengo una quemadura en el brazo. Lo sentí —añade con una especie de admiración en la voz que Kástor no le había escuchado nunca—. ¿Cómo lo has hecho?

Por un instante la expresión de Sammler se pierde y calla. Es solo un segundo y Sammler vuelve a abrir los ojos, las pupilas dilatadas y no del todo fijas.

—Qué astuto... Vincular Aire como arma para confundir a la Guardia. — De nuevo, la voz de Sammler se vuelve un susurro que parece rasparle la garganta. Los ojos le brillan—. Para luego dar el golpe de efecto y volver con la cabeza bien alta. Koem se lo merecía. —Estas cuatro últimas palabras Sammler las pronuncia elevando la voz pero luego vuelve a sisear—: Dímelo,

Kástor. ¿Estás dentro? Solo un Caballero del Águila sabe usar el Fuego como lo hiciste tú. Claro que estás dentro. Porque eres *bueno*. Un buen nieto. Eres un buen soldado, Kástor. Por favor, Prometo guardar el secreto.

Aunque Kástor no comprende lo que dice su primo hay algo en la avidez que rezuma su tono de voz, en cómo se le acerca y habla en voz baja, que le horroriza.

—Qué. No sé. Qué dices —farfulla, cada vez más nervioso.

Como si no le hubiera escuchado, Sammler se acerca otro poco, apretando las manos contra la ropa de Kástor.

—¿Quién de vosotros asesinó a Koem? ¿Fuiste tú? ¿Por eso estabas en los jardines? ¿Quién es vuestro líder? Dile que quiero hablar con él.

Asesinó. Kástor abre mucho los ojos. *Asesinó*, dice. Quién de vosotros, dice, pero Kástor no forma parte de ningún vosotros y Sammler está loco. Entonces descubre, angustiado, que ya le cuesta respirar y que el calor empieza a apoderarse de su cuerpo.

—*Jámenpaz* —gruñe fieramente—. *Nossé. Quécjones*. Hablas.

—Tú, dímelo. Solo dímelo. Yo también quiero entrar en los Caballeros del Águila, Kástor, soy de confianza. Toda mi familia lo es. Mi padre... mi padre es un hombre importante, puede ayudaros. Siempre hemos sido de los vuestros, pero él... él es un cobarde, nunca pasará a la acción. Yo sí; yo estoy preparado.

Con la última frase, Kástor por fin lo aparta de un empujón en el que concentra todo el miedo, todo el asco y toda la rabia que siente por Sammler, y que lo manda dando tumbos hacia atrás.

—*Quécño* dices —balbucea—. De lo *qu’hablas*. No sabes. No sabes. No soy *delos*. *Cballero’l’águila*. Yo no. Largo. *Largod’aquí*.

Trata de echar a Sammler, pero este se vuelve para agarrarlo. Sus dedos se clavan en el pecho de Kástor a través de la camisa. Lo empuja con fuerza y

Sammler, en un breve momento de lucidez, o algo que parece lucidez pero que en realidad es una locura tan extrema que ha dado la vuelta hasta llegar por el otro lado, afloja su agarre y hace como que le alisa la ropa.

—Ya sé que tienes que mantener el secreto, ya lo sé —empieza con voz suave—. No te preocupes, primo, no voy a delatarte. Después de lo de Koem, la Guardia vino a mi casa, quería saber cosas de... de la familia, pero no les contamos nada. —Sammler deja escapar una carcajada—. Sospechaban que el abuelo te había entrenado. Y no andaban desencaminados: tú y yo sabemos que te enseñó, ¿verdad? El otro día, en los jardines, jugando a balón prisionero... lo hiciste. Has usado las técnicas que aprendiste del abuelo, las técnicas de los Caballeros del Águila. Nadie vio las llamas pero yo sentí el dolor, ese dolor que te abrasa por dentro —añade con voz emocionada—. Pero no le he dicho nada a nadie. Me lo debes. No he dicho nada, no le he contado a nadie lo que me has hecho y ahora me lo debes. Yo también soy bueno, yo... el abuelo también tendría que haberme entrenado a mí, me lo merezco. El abuelo... —Por un instante el odio vuelve a brotar en sus ojos. Es solo un destello, un recordatorio de lo que realmente se oculta tras sus iris de color verde—. Al abuelo no le dio tiempo. Y eso también es culpa tuya, Kástor. Tú eres el que lo dejó así. Tampoco he contado ese secreto de familia, primo. Por ti. Me lo debes. Por tu culpa se puso enfermo y no pudo entrenarme como lo hizo contigo, pero ahora ya está arreglado, tú lo harás por él y, después puedes hablar con ellos, hacer que...

Kástor no es capaz de contenerse. La sola idea de que alguien crea que él pueda ser un Caballero del Águila le horroriza y le enfurece a partes iguales. El abuelo lo intentó, contaba que su familia siempre había servido al Emperador, que tenían un Deber. Kástor lo creyó por un tiempo, pero luego se dio cuenta del daño que podía hacer y decidió que no, que él era bueno. Es

bueno, se repite siempre, constantemente, como si a base de decirlo fuera a borrar todo lo demás.

Suelta un rugido. Sus manos casi se mueven solas cuando sujeta a su primo por las solapas del abrigo. Ahora que lo sostiene, se da cuenta de que apenas nota su peso. Sammler siempre ha sido seco, más nervio que músculo, y lo zarandea como si fuera un muñeco de trapo.

—'Cer qué, ¿Hum? ¿Que t'accepten? Quieres'ntrar. ¿Hum? —gruñe con los dientes apretados. Ni siquiera se le ocurre negar de nuevo las acusaciones de Sammler. Solo quiere asustarlo, hacer que se vaya cuanto antes. El calor empieza a acumulársele en las manos como siempre le ocurre cuando se enfada, pero no sabe si esta vez podrá detenerlo—. No puedes —susurra al fin—. 'Res Fuego. Vale. Pero el 'buelo no te enseñó. Porque. Siempre lo decía: 'Res débil. No t'enseñó por eso. 'Res débil.

Cuando Kástor lo suelta Sammler cae sobre el montón de hojas muertas.

—Te arrepentirás de esto —sisea.

Kástor ya se arrepiente ahora pero no puede detenerse. Ni siquiera piensa en las consecuencias de lo que hace: que Sammler conoce su secreto, que Kástor, aunque es bueno, también puede hacer cosas terribles. Cosas que le costarían todo lo que tiene: sus amigos. Su familia.

Kástor trata de contener el Fuego que ya se le escapa de las manos con todas sus fuerzas. Kástor, con esas manos que a veces se mira como si no fueran suyas, puede hacer cosas asombrosas: puede dibujar, puede jugar con sus hermanos y ayudar a sus padres. Y también puede matar.

Se le escapa otra llamarada. Kástor ya tiene los antebrazos cubiertos de un Fuego amarillo casi blanco y se acerca amenazador a Sammler.

—Vete. —Descarga su frustración dándole una patada al montón de hojas secas, todo lo cerca que puede sin tocarlo—. *Lrgo* —repite. Da una bocanada

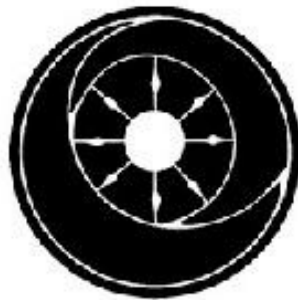
de aire y sacude la cabeza, luchando para que le salgan claras las palabras—. ¡Vete!

Sammler se pone lentamente en pie. No queda ni rastro de la rabia ni de esa locura que se había apoderado de él, solo una frialdad sin fondo.

—No soy débil —susurra. Tiene hojas pegadas a la ropa y un rasguño en la mano que se ha hecho al caer. Entonces se lleva la mano a la boca para lamerse la herida y escupe con desdén una flema de saliva mezclada con sangre—. Os lo demostraré a todos y entonces vendréis a pedirme, no, vendréis a suplicarme que me una a vosotros. Pero, antes, tú... tú te arrepentirás. Recuerda bien mis palabras, primo.

Lunes, 17 de febrero.

Biblioteca. 7.08 de la tarde



Pocas cosas hacen menos atractiva una biblioteca que un lunes por la tarde. No solo no hay nadie, sino que tampoco hay mucho que hacer, como si desde el viernes, de tanto préstamo y devolución para el fin de semana, a la biblioteca le costara despertar. Kózel devuelve libros a sus estantes a un ritmo vergonzosamente lento; pero prefiere parecer ocupada a que Nymar le eche la bronca por no hacer nada.

Que, hablando de no hacer nada, en cuanto Kózel se acerca a la estantería donde guardan los volúmenes que aún quedan por devolver a los estantes, se encuentra ese maldito libro sobre arquitectura allí tirado. Ese que le pidió a

Nymar hace unos días que metiera en el almacén de atrás porque estaba defectuoso.

Se le han acabado los insultos originales para Nymar, así que solo murmura:

—Imbécil.

Tiene que guardar ella misma el libro en el almacén, una sala diminuta y polvorienta, no sea que se deslome Nymar si se le ocurre pasar la escoba de vez en cuando.

Y, total, piensa entonces, ya que tampoco tiene mucho más que hacer, va a guardar los demás. Cuando estaban haciendo el trabajo (el castigo por culpa de Lórim, rectifica mentalmente) de Fundamentos, encontraron al menos una docena de libros mutilados. No ha recibido quejas en estos meses, lo cual atestigua lo poco que deben haberse consultado, pero igualmente los retirará de préstamo y dejará una nota para que la dirección compre ejemplares nuevos.

Tarda un rato en recopilarlos todos. Kózel se acordaba de algunos de los títulos, pero otros ha tenido que examinarlos cuidadosamente para descubrir si estaban rotos o no. Le ha facilitado la tarea el que los libros fueran casi todos de la sección de Historia, así que en poco más de media hora los tiene apilados sobre el mostrador de devoluciones.

A saber por qué los consultó Koem. Cuando lo descubrieron, Kózel tampoco le dio muchas vueltas, suficiente tenía con acabar el trabajo a tiempo para ahorrarse un suspenso, pero ahora comienza a picarle una especie de curiosidad morbosa, porque si Koem (los Antepasados le guarden) consultó todos esos libros, seguramente también fuera él quien arrancó las páginas que hablaban de los Indrasil. Luego fue asesinado por los Caballeros del Águila. O por alguien que se hace llamar como ellos, se recuerda Kózel, y los Caballeros del Águila...

—¡Hokele!

El próximo curso Kózel jura por el espíritu del abuelo Hokulea que solicitará un puesto de becaria en cualquier otra parte. Como si tiene que limpiar los lavabos o llevarles café a los profesores, le da igual.

—Es Hokulea —murmura entre dientes—. ¡Hokulea! —A la porra con no meterse en líos. Kózel golpea el mostrador con ambas manos y se encara a Nymar—. La próxima vez que me llames *Hokele*, Nymar, te tiro la primera cosa que tenga a mano, y te advierto que en esta biblioteca hay libros muy gordos, ¿queda claro?

Lo ha dicho con tanta fuerza y a tanta velocidad que Kózel se queda momentáneamente sin aliento; pero comprueba, no sin satisfacción, que Nymar se ha echado un poco hacia atrás y que tiene los ojos más abiertos de lo normal.

—Y ahora, como queda claro que insultar sí que sabes pero que trabajar te cuesta más esfuerzo, déjame en paz, porque tengo que meter estos libros en el almacén de atrás y aquí no haces más que estorbar.

—¿Qué les ocurre a esos libros?

Kózel grita mentalmente muy, muy fuerte. Luego le responde a un tono normal porque están en una biblioteca y ella, ante todo, es una persona civilizada:

—Tienen páginas arrancadas, están rotos, incompletos, defectuosos, te lo dije. Déjame, de verdad, como si no vienes por aquí nunca más, yo haré el trabajo por los dos y no se lo diré a...

—A esos libros no les ocurre nada. Los libros están perfectamente.

—... nadie.

Las mismas palabras, el mismo tono de voz, la misma mirada ligeramente perdida que el día en que le dijo lo de los libros por primera vez... Kózel tiene

la revelación, atronadora y repentina, de que Nymar no está intentando tomarle el pelo. Pero no sabe qué significa.

Con suma cautela recoge el primer libro de la pila, lo abre por la parte donde faltan páginas y se lo enseña a Nymar.

—Mira, aquí —susurra.

Se le escapa un grito asustado cuando Nymar, de un manotazo, tira el libro al suelo.

—¡No!

Nymar retrocede, se sujeta las sienes con las manos. Es un movimiento espasmódico, animal. Segundos después se yergue de nuevo. En un instante le cambia la mirada y vuelve a enfocarse, como si acabara de despertar.

—¿Nymar?

—Vuelve al trabajo, *Hokele*, que esto no es una playa.

A medida que Nymar se aleja como si nada, las preguntas bullen en la cabeza de Kózel. Qué ha sido eso. Qué acaba de ocurrir aquí. Recoge el libro que Nymar ha tirado al suelo. Faltan las páginas sobre los Indrasil. Los Dominio aparecieron en Nylert unos doscientos años atrás, los estudiosos aseguran que son una mutación de la Familia Aura que podían, además de Leer los pensamientos de las personas, modificarlos. Podían hacer que uno actuara completamente en contra de la propia voluntad, podían cambiar o borrar los recuerdos y lo peor, lo peor de todo, es que el afectado, a menos que fuera Aura, no se daba ni cuenta.

Pero había señales externas que se podían reconocer... vacíos inexplicables en la memoria, movimientos anormales. A veces, cuando al afectado se le confrontaba con la realidad, podía reaccionar negando completamente lo que se le decía, aun teniéndolo delante de sus narices...

La primera reacción de Kózel es reprimir un gemido porque no puede ser. Hay mil y una explicaciones posibles para lo que ha ocurrido y que Nymar

esté bajo los efectos de Dominio no es una de ellas porque los Dominio desaparecieron. Están bien muertos, como dice Lórim siempre que sale el tema.

Necesita meterse detrás del mostrador y sentarse porque no la sostienen las piernas. Es imposible. Tiene que estar equivocada. Pero alguien entonces la saluda. Kózel suspira porque, definitivamente, no es el mejor momento para trabajar.

—Disculpa —contesta Kózel—. Ahora no puedo atenderte. —Levanta la mirada para, al menos, tratar de sonreír pero de repente le ha entrado una migraña espantosa y le cuesta enfocar la vista, se está mareando... siente como un fogonazo de luz blanca inundándole la cabeza.



Kózel abre los ojos, da un brinco en la silla y maldice. Debe de haberse quedado dormida. Tiene que ser eso, porque se nota la cabeza como nublada y la boca pastosa. Un dolor sordo le martillea las sienas.

Se levanta con paso tambaleante porque tiene las piernas entumecidas. Sí que se ha dormido, sí, porque un rápido vistazo al reloj que hay al fondo de la sala de lectura le indica que ya es casi la hora de cenar.

Martes, 18 de febrero.

Paseo de Pralín, Casa de la Guardia.

6.30 de la tarde



Cuando Roymar Prus consiguió plaza de recepcionista en la Casa de Guardia del Paseo de Pralín, creyó que el trabajo estaría lleno de retos diarios. A la semana de empezar, descubrió lo equivocado que estaba. Después conoció el apasionante mundo de los crucigramas.

«7 horizontal: extremo antipático de una mesa u otra superficie plana.»

Roymar Prus frunce el ceño y mordisquea la parte superior de su lápiz. Mientras piensa, observa el vestíbulo amplísimo, adoquinado con baldosas blancas y negras y completamente desierto. Hace unos meses, cuando comenzaron a aparecer noticias sobre los Caballeros del Águila, el lugar

parecía un avispero, con el capitán Morgensett pegándole gritos a todo lo que se movía y la mayoría de los guardias en activo sumidos en una actividad frenética. Luego, nada, la calma que sucede a la tempestad. O que la precede, no se acuerda.

El sonido de la puerta al abrirse llama su atención y la primera palabra que le viene a la mente es «escurridizo». El chico que acaba de entrar avanza con paso resuelto hacia el mostrador pero, de alguna forma, todo él sugiere esa idea. Debe de ser por su forma de moverse, sinuosa y crispada, como si en cualquier momento pudiera darse la vuelta y morder, o quizá la mirada de soslayo que le ha echado a la puerta, de esas que calculan vías de escape y las posibles debilidades del enemigo. Roymar Prus se yergue en su silla y deja el lápiz tranquilo por un rato.

Tras un breve y desagradable intercambio de palabras y un mensaje urgente al departamento de Homicidios, el chico abandona el mostrador. Roymar le sigue con la mirada y, como no hay nadie, le hace un gesto obsceno de despedida. No es el primer mocoso con aires de grandeza que se acerca a preguntar por uno u otro detective, pero este no solo quería hablar urgentemente con el detective Álek Brynn. Además ha usado los clásicos «el detective querrá escuchar lo que tengo que decir» y «no sabe usted quién es mi padre» con un tono de desprecio en la voz que hace que Roymar piense en lavarse las orejas con disolvente en cuanto llegue a su casa.

Después de que el chico desaparezca por el pasillo, Roymar Prus recupera su crucigrama. «7 horizontal: extremo antipático de una mesa u otra superficie plana». Da dos golpes en el mostrador con el lápiz de madera, entorna los ojos por el esfuerzo y tras un momento de inspiración mística escribe en letra bien redonda, procurando no rebasar el límite de las casillas: «BORDE».



—Bien. Bien. ¿Eso ha dicho? Bien. Sí. Le espero. Bien. Adiós.

El detective Brynn desactiva su comunicador como si le hubiera picado. Reconoce a Sammler Archen en cuanto entra por la puerta porque es la viva imagen de su padre, Reggar Archen, portavoz del Partido Tradicionalista. También es el primo de Kástor Graadz, el que fuera único sospechoso del asesinato del profesor Koem. Brynn se pregunta qué habrá cambiado para que ahora sean ellos quienes se acerquen para hablar: la última vez que trató de indagar sobre la familia, media docena de abogados le comunicaron que sin una orden judicial ya se podía ir a investigar a su ilustrísima madre, porque el señor Archen era un hombre muy importante y ocupado.

Le hace una seña para que se siente en la única silla libre de su despacho.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Archen?

—Vengo a hablarle sobre el asesinato del profesor Koem, detective.

Bueno. Brynn, que se echa ligeramente hacia atrás de la impresión, se imaginaba cualquier cosa menos eso.

—Me temo que ya no estoy al frente de la investigación. Si quiere, póngase en contacto con las Brigadas de Intervención Especial aunque le advierto que no le será fácil. Quizá, si se lo pide a su padre, le hagan el favor.

Aunque al principio parezca que la cara del chico se crispe en un mohín de contrariedad, Brynn se da cuenta de que no tarda más de un par de segundos en recuperar la compostura, como si no le importara realmente con quién hablar mientras se le escuche.

—No será ningún problema, detective. Puede informarles en mi nombre si lo desea. —Archen cruza los brazos sobre el pecho y esboza una mueca que podría pasar por una sonrisa si las sonrisas tuvieran los bordes afilados—. Estoy seguro de que sabrá utilizar convenientemente la información que tengo. A fin de cuentas, va a resolverle el caso.

Valiente detective estaría hecho si necesitara a un mocosito para hacer su trabajo, responde Brynn para sí, pero se inclina hacia delante porque los casos tampoco se resuelven haciendo oídos sordos a posibles testigos. Además, atrapar al asesino antes que esos engreídos de las Brigadas de Intervención Especial podría ser un pequeño triunfo personal al que no renunciaría ni en sueños.

—Bien —murmura con la mandíbula apretada.

—He venido a confesar.

Al tiempo que el detective Brynn levanta las cejas, porque desde luego no se esperaba esas palabras, la expresión del chico cambia. Se toca el cuello de la camisa y seca un rastro inexistente de sudor en su frente.

—Sé que tendría que haber hablado antes con usted, detective. Lo sé, pero tiene que comprenderme. Era muy difícil. —Añade una pausa dramática—. Lo hacía por... Kástor. Al fin y al cabo es mi primo... —Brynn se pone en guardia inmediatamente. El nombre de Kástor Graadz se repitió demasiado durante la investigación. Demasiado—. Usted estuvo investigando a mi familia, detective. Por eso he venido a hablar con usted. Y me imagino que ya lo sabe; siempre ha habido, por lo menos, un Graadz en la Guardia personal de cada Emperador Indrasil, en los Caballeros del Águila. Desde el principio, desde que ascendieron al poder y los Fuego juraron servirles. Mi abuelo también lo fue de joven. Fue un miembro destacado de los Caballeros mucho antes de que lo promovieran a general durante la guerra contra Xool...

—Déjese de batallitas y vaya al grano, Archen —le corta Brynn, irritado

con tantos rodeos—. Ya sabemos todo lo que hizo su abuelo y no es para estar muy orgulloso.

En lo que dura un parpadeo, puede ver el odio derramándose a través de la mirada de Archen.

—Se lo cuento porque es importante, detective. Mi abuelo... mi abuelo siempre hablaba del honor de servir al Emperador, del honor de la familia. Nos lo contaba a Kástor y a mí cuando éramos niños, pero sobre todo a Kástor. Kástor era su favorito. A veces, mi primo pasaba tardes enteras en su casa. Yo... una vez fui allí. Descubrí que el abuelo estaba entrenando a Kástor para ser un Caballero del Águila. Nunca me atreví a contarlo. Por fidelidad a mi familia pero también por miedo. Mi primo siempre ha sido... diferente. Agresivo. Inestable. Violento. Y ya sabe las cosas que podían hacer los Caballeros si se lo proponían. Pero entonces el profesor Koem fue asesinado, y con todo lo que ha ocurrido estos meses yo... no pude ignorar las evidencias. Y el otro día fui a ver a Kástor, a enfrentarme con él. Sé que fui imprudente, que tendría que haber hablado con la Guardia directamente pero tenía que intentarlo. Hacerle entrar en razón. Se puso furioso. Estuvo a punto de... a punto de... —Su voz se hace añicos. Archen se aprieta el brazo izquierdo con un mohín y después araña la mesa como si quisiera perforar la madera con las uñas. Entonces, abre mucho los ojos. Parece darse cuenta de lo graves que son sus acusaciones. El pecho le va frenético arriba y abajo, buscando el aire suficiente para añadir—: Tienen que detenerlo, detective. Por favor. Por el bien de mi primo. Él seguro que no es responsable de nada, Kástor siempre ha sido un poco... simple.

Viernes, 7 de marzo.

Paseo de Pralín. Casa de la Guardia. 5.10 de la tarde



Ha llamado al agente Cait. No al capitán Morgensett ni a las Brigadas de Intervención Especial. Al agente Cait. Le ha llevado semanas tomar la decisión y todavía no tiene muy claro por qué lo ha hecho. Quizá es que todavía siente la investigación un poco de ambos. O quizá es que la acusación de Archen le ha parecido demasiado... oportuna.

—¿Cree que es verdad?

Cait se ha presentado en la Casa de la Guardia en menos de treinta minutos y, tras conocer lo sucedido, le ha invitado a dar un paseo. Resulta una propuesta un tanto extraña pero el detective Brynn se ha plantado su sombrero y su gabardina marrón en apenas un instante. Nada más pisar la

calle se siente más despejado pero aun con esas, la pregunta le pilla desprevenido.

—¿Que si es verdad? —Brynn camina un trecho en silencio, concentrado en esquivar a los transeúntes que a estas horas atestan las calles—. Por lo menos parece coherente con lo que sabíamos de Graadz.

Cait no responde. Avanzan por el Paseo de Pralín, flanqueado por elegantes palacetes adosados. Son todos distintos y atraen irremediamente todas las miradas: aquí, una fachada de piedra blanca que simula las olas del mar; allá, una tribuna cubierta con cristales de colores; una columna que se ramifica como si fuera un árbol; balcones de hierro forjado con formas imposibles. La nobleza más rancia solía competir por demostrar quién tenía la vivienda más lujosa y a la moda, pero ahora la mayoría pertenecen a tiendas y oficinas. Una legión de blydenses con traje y corbata sale de los palacetes y toma el metropolitano hacia los barrios residenciales. A lo lejos resuena el reloj del Parlamento, las cinco y cuarto de la tarde.

—Puede que su abuelo lo entrenara pero no creo que él sea un Caballero del Águila. Cuando traté de Leerlo, además de las barreras, lo que vi es... mucho miedo, mucha confusión, pero no la mente de un asesino. Me dio una migraña terrible, eso sí.

A Brynn le sorprende tanta seguridad y se pregunta a cuántos asesinos habrá leído el agente Cait para conocerlos tan bien; pero prefiere no ahondar en el tema.

Cait y él se apartan mientras pasa un grupo de adolescentes montados a caballo. Se ha vuelto a poner de moda después de años en que ir a caballo era peligrosamente tradicional. Cait los sigue con la mirada, pero tras unos segundos sacude la cabeza y reanuda la conversación.

—¿Se ha detenido a pensar en cómo murió Koem, detective?

El sonido de los cascos se pierde lentamente entre el bullicio de la avenida

y Brynn se rasca el mentón. La pregunta del agente Cait es tan obvia que seguramente servirá para reforzar algún retorcido argumento suyo. No le gusta entrar en el juego pero responde:

—Lo lanzaron con Aire contra la pared y acabó con el cráneo destrozado.

—Los Caballeros del Águila tenían un método particular para ejecutar a sus enemigos. Era como su... marca personal. —Con un gesto, Cait le indica que deben abandonar la avenida y adentrarse por una callejuela lateral—. Se lo habrán contado, ¿verdad?

El detective reprime una mueca. Que si se lo han contado, dice. Brynn todavía recuerda una tarde de verano, hace casi treinta años. Era un niño, pero se acuerda bien. Hacía calor y él agarraba fuerte la mano de su madre. Poniéndose de puntillas, en voz muy baja, le preguntó si de verdad el Emperador iba en ese carruaje que se acercaba majestuosamente desde el otro extremo de la calle. Delante avanzaba un grupo de jinetes. Brynn no ha olvidado ni el austero uniforme de pantalón blanco y casaca roja ni las capuchas con las que ocultaban su rostro ni el silencio a medida que los Caballeros del Águila desfilaban por delante de ellos. Esa tarde el niño que fue Brynn estaba cansado y tenía calor, pero era obligatorio detenerse ante la comitiva Imperial, así que trató de estar lo más quieto posible al paso del carruaje oro y púrpura. Si no, su madre le había advertido, los Caballeros podían abrasarle vivo con un solo gesto. Cuando fue un poco mayor descubrió que aquellas historias que le contaba su madre no eran solo leyendas para asustar a los niños.

El detective Brynn parpadea cuando sus pensamientos regresan al presente. Entonces las piezas encajan y percibe una media sonrisa corriéndole por la cara.

—Y Graadz es Fuego. Si fuera un Caballero del Águila...

—Exacto —le corta Cait—. Si Kástor Graadz fuera un Caballero del

Águila y hubiera matado a Koem, no lo habría hecho con Aire.

—Pero si hubieran sido los Caballeros del Águila quienes ejecutaron a Koem, lo habrían hecho con Fuego también —replica entonces Brynn, porque el argumento de Cait resulta tener doble filo y no sabe cuál corta menos.

El agente ralentiza el paso hasta casi detenerse. Tiene los labios fruncidos, el germen de una sonrisa. A su alrededor, la gente continúa con su trajín cotidiano y les mira mal por bloquear el paso en la calle.

—¿Ve por dónde voy, detective?

Brynn no contesta. La verdad, empieza a arrepentirse de todo esto. Estaba más tranquilo fuera del caso de Koem. Al fin y al cabo, él es un guardia de Homicidios. Los Caballeros del Águila y la madre que los trajo a todos se le escapan de las manos.

A su lado, el inicio de sonrisa de Cait acaba desarrollándose en todo su esplendor.

—Vamos —dice—, me gustaría enseñarle una cosa.

Giran hacia el norte dejando atrás el suntuoso Paseo de Pralín. Las calles se vuelven estrechas a medida que se internan por Valbazar, prematuramente oscuras porque no les llegan los rayos de sol. Son edificios bajos, de dos plantas y ladrillo rojo; casas para mercaderes y pequeños comerciantes. Tras la revolución tecnológica que siguió al Acumulador Monsett, cuando los trabajadores del campo inundaron la ciudad y se apiñaban en barracas insalubres a las afueras, Valbazar se llenó de mercados y almacenes para servir a aquella nueva población. Brynn todavía recuerda las larguísimas colas que, durante la guerra, se formaban frente a las tiendas subvencionadas por el Estado, que repartían raciones a los pobres. Ahora gran parte de esos viejos mercados construidos en hierro, acero y cristal están ocupados por tiendas de ropa, comida para llevar y minúsculos cafés-librería.

Sinceramente, a Brynn le parece igual de deprimente ahora que hace veinte años, pero con más bares.

Cait lo guía con paso decidido y, como Brynn se ha perdido hace rato, distrae la mirada con los símbolos de las Familias que decoran algunas de las fachadas. A pesar de que los nuevos habitantes que llegaron a Valbazar no trabajaban casi esclavizados en las factorías o en los campos y se creían una nueva burguesía, al final, la distinción era la misma y la Prohibición, igual de injusta para todos. La memoria de aquella tarde de verano regresa fugazmente porque el niño que fue Brynn vivía en una casa parecida y, mientras esperaba ver un atisbo del Emperador, una sombra tras la cortina del carruaje, una mano que saludara a la multitud aterrorizada, pensaba en lo bonito que quedaba el emblema de Agua recién cosido a su abrigo nuevo.

Tanto que lucharon para eliminarlos y ahora resultan decorativos.

Poco después se detienen frente a una puerta que no tiene nada distinto a las demás. Las paredes no están más desconchadas de lo normal, ni hay menos pintadas que en las casas colindantes; pero Cait mira a ambos lados de la calle y coloca la mano sobre el picaporte. Brynn tarda un rato en comprender que está deshaciendo un Escudo. Debe de ser de los complicados, porque el agente cierra los ojos y permanece inmóvil varios minutos. Cuando finalmente levanta la mirada, la puerta se ha abierto varios centímetros y el chico tiene la tez pálida.

Entran a un portal cochambroso. La pintura de las paredes, de un amarillo desvaído, se cae a trizas. Algunas de las baldosas del suelo están rotas y al fondo, sentado en una garita de madera carcomida, hay un hombre que lee una revista. Parece un simple portero pero hay algo inquietante en él, por ejemplo, el cuerpo ligeramente en tensión, o la mirada alerta, que sugiere una muerte rápida pero dolorosa a cualquier intruso. Brynn descubre anonadado que, de un paso, se ha escondido tras su compañero.

—Por aquí.

Cait le hace un gesto al hombre de la garita y camina hasta una escalera que hay al fondo. Sube los peldaños de dos en dos mientras Brynn se apresura para no perder el ritmo.

En la primera planta, a diferencia de la entrada, todo está nuevo y ordenado con pulcritud. Las paredes, recién pintadas, no tienen rastro de polvo y media docena de escritorios en fila, cada uno con su máquina de escribir y una pila de papeles a un lado. En cada mesa, mujeres y hombres parecidos a Cait, traje oscuro y expresión seria, están enfrascados en un trabajo frenético pero extrañamente silencioso.

Brynn sigue a Cait a través de la sala. Nota un creciente desasosiego en el estómago cuando se da cuenta de adónde le ha traído: a un lugar que oficialmente no existe, donde gente que teóricamente *no* es Aura *no* lleva a cabo actividades clandestinas. Ni siquiera le gusta pensar la palabra pero al final la escucha dentro de su cabeza: «Espías».

Inmediatamente, todos los ocupantes de la sala levantan la cabeza hacia él.

—No somos espías. —Cait pone una mano en el hombro de Brynn para que continúe adelante—. Aquí nos dedicamos más bien a... recabar información.

—¿Directamente desde las cabezas de los demás? —responde en voz alta. Los agentes Aura, Cait incluido, fruncen el ceño a la vez pero, antes de que Brynn pueda causar un incidente diplomático, el agente lo guía hacia el otro extremo de la sala. Cruzan un pasillo largo y aséptico, flanqueado por puertas iguales y, en la última, Cait se detiene brevemente para deshacer otro Escudo.

—Aquí no nos... escuchará nadie —le asegura a Brynn, como si eso fuera a tranquilizarlo.

La nueva sala es mucho más pequeña. En el suelo se amontonan docenas de libros mientras que sobre una mesa descansan varios cuadernos. Están

llenos de la caligrafía nerviosa del profesor Koem. Así que este es el lugar seguro donde Cait mandó llevar la documentación del despacho de Koem. El detective respira hondo y cuelga su sombrero de una percha que hay en un rincón. Cuando se vuelve hacia el chico, este finge ser la viva imagen de la inocencia.

—¿Haciendo horas extras, agente?

—Hace unas semanas contacté con los chicos de la Brigada de Intervención Especial. Les conté que Koem estaba metido en una investigación antes de morir, por si podían descubrir algo que a nosotros se nos hubiera pasado por alto, pero están más interesados en la teoría de los Caballeros del Águila —responde en tono despreocupado al tiempo que encoge los hombros—. Así que he decidido dedicarle mis ratos libres.

Brynn sabe que ahora no se la ha imaginado: una sonrisa afilada se perfila en los labios del agente Cait.

—Creo que nuestros superiores se han obsesionado tanto con los Caballeros del Águila que no se han dado cuenta de que algo no encaja en el asesinato de Koem. Primero, ¿por qué tardaron un mes en reivindicar el asesinato? ¿Y por qué le asesinaron a él? ¿Por qué precisamente ahora, cuando estaba prácticamente retirado? Supongamos que de verdad fueran ellos; si hubieran querido dar un primer golpe de efecto se me ocurren docenas de candidatos mucho más adecuados. Y si querían venganza, ¿por qué no ejecutarle con Fuego, como en los viejos tiempos? Eso sí que es efectivo. Eso sí que es... tradicional. Habría sido una buena rúbrica por parte de los Caballeros.

El detective Brynn, incómodo, cruza los brazos sobre el pecho y suelta un bufido.

—También van por ahí con embozos rojos y cantando las alabanzas a un hijo de perra muerto, así que no es que sean muy coherentes que digamos —

escupe Brynn—. Quizá solo Vincularon Aire para ser discretos. Me imagino que incinerar vivo a alguien, a la par que asqueroso, debe de ser bastante llamativo.

Si a Cait le ha desanimado la respuesta de Brynn, no lo demuestra en absoluto. Se acerca a la mesa, que parece querer romperse bajo el peso que soporta y, de una pila de papeles, saca un sobre alargado de color sepia y se lo tiende solemnemente.

—Esa era la opción B. —El chico hace una pausa, como si pretendiera añadir una carga dramática a su siguiente frase—. Hasta que me hice con esto que había en el despacho de Koem. Siempre quise enseñárselo, pero usted nunca quiso escucharme.

Brynn examina el sobre con cautela tratando de hacer caso omiso a la implicación velada con la que Cait ha terminado su frase. Dentro guarda un pequeño cuaderno de cuero y Brynn lo reconoce de inmediato: es el que Cait trató de enseñarle la tarde que les echaron del caso. Aún conserva la mancha parduzca de sangre seca.

—Ábralo.

Brynn obedece pero dentro del cuaderno solo hay números, letras, símbolos sin orden ni concierto que no le dicen nada.

—¿Este es su gran descubrimiento?

El agente asiente poco a poco. Brynn guarda el cuaderno dentro del sobre y le da unos golpecitos. Cait no responde. Continúa mirándole desde el otro extremo de la habitación, sin prisas.

—Hay otra cosa, detective... —Brynn detesta el modo que tiene el chico siempre de hacerse el interesante.

—Sorpréndame.

—¿Se acuerda de Radezky? Sí, claro. Seguro que se acuerda de él.

—Deje a sus mayores lidiar con esa gente y usted quédese en su despacho

con sus papелitos —espeta Brynn—. Radezky vendería su madre a un circo si con eso puede ganarse unas cuantas coronas.

—Radezky ha muerto. Encontraron su cuerpo en el Lhin poco después de que usted hablara con él. —Cait hace una pausa y después añade—: Digamos que no se tropezó y se cayó él solo al agua.

Incrédulo, Brynn se vuelve hacia el agente Cait.

—Eso no puede ser. —Brynn menea la cabeza. A la mente le viene fugaz la imagen de Radezky en aquel callejón meses atrás, con su abrigo raído y cubierto de condecoraciones militares... si estuviera muerto se habría enterado.

—Tenemos nuestras fuentes, detective. Fuentes fiables. La Guardia Fluvial descubrió el cuerpo y antes de que pudieran avisar a Homicidios se presentó un destacamento de las Brigadas para llevárselo. Qué curioso, ¿verdad? Todo lo relacionado con Koem acaba en sus manos.

Cait se mete las manos en los bolsillos. Está completamente sereno pero duda un momento antes de acercarse a Brynn. Cuando por fin lo hace, sus movimientos son lentos y cautelosos.

—¿No se da cuenta, detective? Usted mismo lo descubrió, Koem estaba investigando algo. Algo sobre el incendio en el palacio. Radezky se lo confirmó. Y ahora los dos están muertos. El uno, quizá, por meter las narices donde no le llamaban. El otro, quizá, por hablar demasiado. Ignoro si a Koem lo mataron los Caballeros o no, pero estoy seguro de que, fuera quien fuese, no lo hizo para castigarlo por algo que ocurrió hace casi veinte años. Fue por algo que acababa de descubrir. Y con Radezky solo quisieron eliminar los cabos sueltos. Y ese cuaderno... Cuando murió, Koem llevaba encima ese cuaderno donde están apuntados los garabatos que acaba de ver. Yo creo que es un código y estoy seguro de que todo está relacionado.

Brynn deja el cuaderno sobre la mesa. Habría preferido no saber nada, no

haberlo leído ni haber escuchado las insinuaciones del chico. De repente, el detective añora sus homicidios normales y corrientes, con asesinos de toda la vida.

—¿Y qué se supone que descubrió Koem, entonces? ¿Que las cortinas que se quemaron no hacían juego con la mantelería?

—A veces me sorprende su terquedad, detective. —En lugar de responderle, Brynn le sonrío con sorna. El agente Cait toma aire y entonces continúa hablando en tono tranquilo—: No sé si no se da cuenta o es que no quiere hacerlo; pero solo hay una incógnita en ese incendio por la que habría gente dispuesta a matar: están vivos. Los Indrasil sobrevivieron al incendio, eso fue lo que descubrió Koem y por lo que murió después.

—Usted está loco. —Brynn, de repente, sabe hacia dónde va esta conversación y no le gusta nada.

—Hay... rumores. Ya se lo he dicho, aquí nos dedicamos a recabar información y...

—Siempre ha habido rumores —le corta Brynn que mira, frenético, la única puerta de la habitación—. Los rumores no son más que un tipo elegante de mentira. Lo que me está contando no tiene ni pies ni cabeza, nadie le escuchará.

—Usted me está escuchando ahora.

—Tenemos un sospechoso justo delante de nuestras narices, tenemos un testigo que lo relaciona directamente con los Caballeros que, le recuerdo, tuvieron la delicadeza de confesar el asesinato e incluso de proporcionar un móvil. Para dejar el caso más atado, tendrían que haberle puesto un lazo.

—Entonces ¿por qué no ha llamado a los BIE y me ha llamado a mí? A estas horas ya habrían detenido a Graadz y tendrían una confesión firmada para antes de la hora de cenar. —Por primera vez en lo que llevan de conversación, la voz de Cait ha sonado agitada, como si acabara de contener

un grito. Entonces respira hondo y parece recomponerse—. Ya estamos fuera del caso, detective, y quizá si no lo investigamos nosotros nadie más lo hará. ¿Qué podemos perder?

Brynn piensa que podrían perder su trabajo, por ejemplo. Un guardia no puede tomarse la justicia por su mano, porque entonces deja de llamarse justicia para llamarse venganza. Y por eso mismo, porque no puede tomarse la justicia por su mano, todavía no ha acusado al chico Graadz: le faltan pruebas, pruebas de verdad. A pesar de lo que pueda parecer, no quiere arruinarle la vida a un inocente.

Toma el cuaderno de nuevo y lo hace girar entre los dedos. También intenta suprimir esa pequeña chispa de sospecha, ese pensamiento furtivo dentro de su cabeza que se pregunta «¿y si fuera cierto?», pero no puede. Entonces se aleja de la mesa y recoge su sombrero. De pronto la habitación se le antoja demasiado pequeña.

—Déjelo estar, agente. No tiene pruebas. No tiene nada.

—También se dice que los Aura desaparecimos de Nylert y míreme a mí. Mire dónde está.

—Eso es... —Brynn se rinde. Ni siquiera trata de contradecirle—. Siga mi consejo y olvídense de todo esto. Como usted ha dicho, ya estamos fuera del caso.

Brynn retrocede unos pasos hacia la puerta. Cait no hace nada para detenerlo sino que abre el cuaderno que el difunto Koem llevaba en el bolsillo y empieza a hojearlo a pesar de que dentro solo haya garabatos sin sentido. Fuera de la sala, en el pasillo blanco, el detective Brynn se hace presión con dos dedos sobre el puente de la nariz y espera a que remita el dolor de cabeza que acaba de sobrevenirle.

Viernes, 14 de marzo.

Habitación de Kástor y Enzo, 2.35 de la tarde



La puerta del armario chirría ligeramente cuando la abre Enzo. Solo le quedan tres camisas limpias y todas son blancas. Se pasa una mano a contrapelo por la coronilla mientras piensa. También podría ponerse la del uniforme pero no le apetece ahora que el segundo trimestre oficialmente ha terminado.

Es extraño pero le da un poco de pena irse. En cierta manera el Liceo es su vida cotidiana, no al revés, y durante la semana de vacaciones lo va a echar todo de menos.

Lleva los tirantes directamente sobre la camiseta interior y de momento solo se ha decidido por unos pantalones marrones razonablemente elegantes,

un poco abombados y con botones en los tobillos. Se aparta un paso por si se inspira con el cambio de perspectiva mientras, detrás de él, Kástor empaqueta sus cosas. Finalmente, Enzo deja escapar un suspiro y amontona toda la ropa sobre su cama. De las tres camisas blancas, reserva una para después. Trata de doblar el resto de las camisas que quedan en el armario pero desiste al tercer intento. No sabe cómo a Kástor, que sigue preparando el equipaje al otro extremo de la habitación, le salen tan bien estas cosas.

De solo pensarlo a Enzo se le curvan las comisuras de los labios y se da la vuelta para mirar a su amigo. De espaldas a él, Kástor elige una camisa, la extiende sobre la cama por la parte de los botones, luego coloca las mangas hacia atrás procurando que quede bien recta, dobla la camisa por la mitad y la deja dentro de su maleta. Hace lo mismo con la siguiente.

—¿*Hum?*

Kástor tiene la cabeza ladeada hacia él y Enzo se da cuenta, avergonzado, de que no sabe cuánto tiempo lleva observándolo.

—Nada.

Estira un brazo hacia atrás. La habitación es tan pequeña y las camas están tan cerca que alcanza a darle un empujoncito a su amigo en el hombro. Este se queda quieto un segundo. Entonces, alrededor de los ojos se le forman unas pequeñas arrugas. Es la forma que tiene Kástor de sonreír. Enzo le devuelve la sonrisa, se pasa una mano por el cabello corto de la nuca y, tras un instante de duda, añade:

—Parece mentira, ¿no crees?

—¿*Hum?*

Enzo sacude la cabeza. Visto su escaso éxito, mete su ropa en la maleta de cualquier manera y se sienta encima para cerrarla.

—Estamos a punto de acabar segundo —le dice—. Ya no queda prácticamente nada. Entre terminar a toda prisa los temarios, preparar la

fiesta de fin de curso y los exámenes, el tercer trimestre se va a pasar volando.

Kástor asiente pausadamente como si evaluara cada una de sus palabras y continúa haciendo el equipaje. Enzo se fija en que ordena la ropa según tipo y color.

—Estoy contento. No de terminar —rectifica cuando Kástor se vuelve un poco más y le mira con una ceja levantada—, sino en general. Contento.

Más que eso, reflexiona para sí. Es feliz porque, aunque el tiempo vuele, les quedan muchos años por delante; años en que, con suerte, compartirá habitación con su mejor amigo, irán a clase y aprenderán todo lo que el Liceo quiera enseñarles. El mundo real queda muy lejos.

—Yo —susurra Kástor, que se toca el pecho con un dedo. Quiere decir que él también.

Enzo asiente, se pone la camisa y del armario saca un par de mocasines marrones y blancos, a juego con todo. Todavía con los zapatos en la mano, se acerca a la cama de Kástor y se sienta mientras él guarda pulcramente sus últimas pertenencias. Lo único que queda sobre la colcha es su cuaderno de dibujo. Enzo lo toma con cuidado y, tras pedirle permiso a Kástor con la mirada, empieza a hojearlo.

Las primeras páginas no tienen más que esbozos a medio terminar. Enzo reconoce el lago visto desde las residencias y el camino de entrada con el edificio central al fondo. Hay algunas con variados objetos cotidianos; una taza de café, plumas estilográficas, el sombrero que Enzo llevó un día y que le hacía sentir como el protagonista de un orbe o de una cinematografía. También encuentra dibujos de caballos. A Kástor le gustan mucho y Enzo recuerda que su familia solía tenerlos en esa casa grande de los Llanos donde viven. Hacia el final del cuaderno están los retratos; una señora de mediana edad y sonrisa afable que resulta ser la madre de Kástor y un montón de

niños, Enzo cuenta cinco, que son sus hermanos. Luego, a medio terminar, una silueta femenina con el cabello largo y rostro emborronado. Pasa una página más y se ve a sí mismo. Enzo se reconoce el semblante ligeramente preocupado y el uniforme sucio y arrugado porque ese día regresaba tarde de entrenar. Está plasmado hasta el más minucioso detalle sobre el papel granulado del cuaderno. Da la sensación de que Kástor dibuja las cosas como deben ser, más que como son. Enzo cree que si así es el mundo visto por los ojos de Kástor, debe de ser un lugar muy bonito.

—¿Tú no te dibujas nunca?

La pregunta le ha salido sola pero Enzo se arrepiente enseguida porque tiene la sensación de que el silencio, que hasta ahora había sido plácido y lleno de confianza, acaba de volverse mucho más pesado. Kástor se mira las manos, crispadas alrededor de la última camisa que le quedaba por guardar. Finalmente encoge los hombros y menea la cabeza. Otra vez tiene esa expresión angustiada con la que Enzo lo sorprende a veces.

La puerta de la habitación se abre estrepitosamente dando paso a Vann, que se acerca a la cama de Kástor, ve que está llena de cosas, se dirige a la de Enzo, aparta ligeramente su maleta y, ahora sí, se deja caer sobre el colchón con los brazos levantados en actitud triunfal.

—¡Por fin!

Enzo y Kástor le observan, todavía poco contagiados de su entusiasmo. A pesar de todo, Enzo agradece que los haya interrumpido.

—Vayámonos de aquí, por favor. Yo hace una hora que lo tengo todo preparado pero la gente se lo toma todo con tanta calma... ¿Ya estáis listos? —pregunta mientras se incorpora ligeramente para mirarles. Vann sí está listo. El muy puñetero se ha puesto sus mejores galas: pantalón y chaleco, negros; una camisa blanca arremangada hasta los codos y lleva los mocasines enlustrados; tiene una reputación que mantener.

Kástor cierra la maleta sin problema y mira a Enzo. Vuelve a estar tranquilo y hace un leve movimiento con la cabeza que en su caso indica que pueden irse cuando quieran.

—Ya sé. ¡Ya sé! —Vann hace aspavientos con las manos, todavía tumbado en la cama de Enzo, tocado por una idea genial—. Qué os parece si vamos a celebrarlo, ¿eh? A comer fuera y luego a tomar algo por Mosse o por Canales. Que ya hemos terminado. Por fin —remata con un suspiro que destila alivio—. Vacaciones. Necesitaba vacaciones.

Tomar «algo» con Vann suele convertirse en tomar «varios», finalmente, en ese local que descubrieron a principios de curso detrás del estadio del Blyd y unas horas después Enzo se dirige un poco mareado a su casa en el Barrio Antiguo de Blyd. Va sin prisas con la vista vuelta hacia los suntuosos palacetes que bordean la avenida de Teriam. La gente ya ha empezado a decorar las calles con guirnaldas de flores y farolillos de papel para el Festival del Agua, que se celebra el último día de vacaciones. Baja del metropolitano en la Plaza del Parlamento y echa a andar por los Jardines de la República. Antes de girar a la izquierda esquiva un cuadríciclo que circula majestuosamente para que todo el mundo pueda ver su carrocería negra, brillante y nueva. También saluda a un grupo de chicas tocándose la visera de su bonete con dos dedos como ha visto que hace Vann a veces.

Ya en el Barrio Antiguo, Enzo deja atrás el ruido del tráfico y se adentra por las calles vacías. Se cruza con algunos vecinos a los que dedica una sonrisa y gira hacia la derecha por la esquina de un viejo palacio abandonado. Es una pena, es un edificio tan bonito... Tiene las paredes macizas y una galería de arcos en el piso superior pero el paso de los años ha dejado su

rastro en la fachada de caliza gris, que Enzo toca con la punta de los dedos justo antes de cruzar a la calle siguiente.

En el palacio que se supone abandonado se enciende, de repente, una luz.



Todavía les quedan amigos poderosos, piensa con satisfacción. No esperaba menos. Pudo Leerles el miedo y la adoración en los ojos cuando le ofrecieron este palacio para las reuniones. Observa todo a su alrededor. Los techos altos, la lámpara de araña en el centro. Las paredes del salón están pintadas de un tono rojo sangre y piensa que es un buen color. Estaba en el escudo de los Indrasil y en los uniformes de sus Caballeros. Se acuerda. Desfilaban por las calles orgullosos de ser la escolta personal del Emperador y volverán a desfilan muy pronto. Entonces detecta una zona en las molduras del techo donde la pintura se ha desconchado y frunce el ceño. Hará que la pinten, porque esta imperfección afea la sala y no puede consentirlo.

Se vuelve hacia ellos. Son poco más de cincuenta. Algunos muy jóvenes; otros, demasiado viejos; pero pronto habrá más. Llegado el momento serán sus valerosos soldados y entonces podrá recuperar aquello que es suyo por derecho. Se sientan muy juntos, siguen cada uno de sus movimientos con la mirada y si ahora les pidiera que murieran en su nombre, lo harían sin pensarlo. Eso le gusta. Les necesita así, fieles, entregados a su causa. Empieza su discurso:

—El Águila Blanca está muy decepcionado. —Inmediatamente nota una

corriente de malestar revolviéndose en la cabeza de todos ellos. Tiene que controlarse. Podría destruirlos con un solo pensamiento—. Sabemos que algunos de vosotros habéis estado hablando a nuestras espaldas. Sabemos que algunos *dudáis* de nuestras decisiones. —Pronuncia esas últimas palabras con desprecio, casi escupiéndolas. Su tono de voz se vuelve más agudo y frío, a medida que da rienda suelta a su enfado—: ¡No tratéis de negarlo! ¡No podéis escondernos secretos! ¡Somos el Águila Blanca, y el Águila Blanca lo sabe todo!

Los examina otra vez uno a uno, con los ojos y también con la mente. Están asustados y confundidos. Los pensamientos de sus seguidores revolotean nerviosos como pájaros enjaulados y eso es bueno. Si tienen miedo significa que también sienten respeto.

—¿Qué sabéis vosotros de los motivos del Águila Blanca? ¿Qué sabe un peón sobre hacia dónde se mueve el rey? Si el Águila Blanca quiere que sus Caballeros se inculpen de asesinato, lo harán, y si el Águila Blanca quiere que sus Caballeros actúen el día que esos... *gusanos* celebraban su decadente República... ¿No fue un hermoso espectáculo ver arder la ciudad? Por supuesto que fue poco. Por supuesto que algunos de los nuestros cayeron en manos del enemigo, pero ellos se mantienen fieles a nuestra causa, y debemos seguir su ejemplo. El día en que regresemos triunfantes llegará, pero hay que ser prudentes. El Águila Blanca sabe, manda y ordena, y sus Caballeros actúan en su nombre como el cuerpo que obedece a la voluntad y al pensamiento.

De nuevo siente en sus cabezas un malestar profundo, una vergüenza de masa infinita que les embarga a todos. Cada una de sus palabras les produce un dolor casi físico y aprieta los puños como querría hacer alrededor de sus gargantas. Se han atrevido a dudar porque son débiles, están asustados. El Águila Blanca los comprende. Respira hondo.

—Sin embargo, os perdonamos. Pronto el Fuego envolverá la capital. El pueblo sigue engañado y ciego, confía en esas ratas que emponzoñan los salones de nuestro palacio y niegan nuestra existencia. Vamos a demostrarles su error. Van a sentir el Fuego en sus carnes corruptas y entonces el Águila Blanca se revelará ante sus súbditos.

~ Tercera Parte ~



Domingo, 23 de marzo.

Embarcadero aéreo Varno Monsett. 6.41 de la tarde



El tiempo es relativo. Nada ilustra esta afirmación mejor que las últimas vacaciones porque solo han durado una semana y, en cambio, a Kózel se le han hecho eternas.

El aéreo se detiene a dos tiempos: primero, una sacudida cuando los lastres del vehículo caen sobre el embarcadero y otra cuando los operarios, a los que Kózel puede ver desde la ventanilla, Vinculan Aire para contrarrestar la inercia acumulada.

Atraviesa el embarcadero, donde siempre sopla viento, y cruza las grandes puertas acristaladas de la estación. Parece que hoy está todo muy tranquilo, hay poca gente por los corredores, menos gritos y prisas. Entonces recuerda

que es la fecha del Festival del Agua y arruga la nariz. Se le hace extraña la idea de celebrar algo que es... bueno. Natural. Con Festival o no, el Vínculo y los elementos siempre están a su alrededor. En las Koru no necesitan recordarlo una vez al año.

En fin, por lo menos no tendrá problemas para sentarse en el metropolitano.

Kózel comienza a cruzar el vestíbulo. Prácticamente conoce el camino de memoria y puede fijarse en las tiendas, en los dibujos que hace el mosaico del suelo, en el techo de cristal que permite ver las primeras estrellas del atardecer, en las esbeltas columnas de hierro que sostienen la cúpula, en Lórim y Nero que están escondidos detrás de una de ellas.

Se detiene helada y con el corazón en la boca; pero se da cuenta enseguida de que no la han reconocido, no con el vestido aguamarina por las rodillas y un abrigo de alpaca blanco, de su talla, la cara tan solo oculta por el cabello, que en estos meses le ha crecido formando una corona de rizos caoba alrededor de su cabeza. Se pregunta, de una forma fugaz y totalmente hipotética, qué ocurriría de seguir avanzando sin más. Si les contara... no. No. Ha pasado demasiado tiempo y no puede arriesgarse; no ya por que Nero y Lórim la denuncien ante la dirección del Liceo. Lo que realmente la asusta es que se enfaden, que no sean capaces de perdonarla... si sus amigos pensasen que les ha estado engañando todo este tiempo y se alejaran, ella no sería capaz de superarlo.

Todavía medio ocultos tras la columna, Nero y Lórim discuten acaloradamente y, por suerte, no la ven cuando se escabulle a toda velocidad hacia los servicios de la estación. Metida en un cubículo que, claramente, no está diseñado para albergarlos al inodoro, a ella y a su maleta al mismo tiempo, se cambia apresuradamente el vestido por unos pantalones demasiado anchos, un jersey holgado y un gabán hasta las rodillas. Tras pasarse la mano

por delante de la cara, la Ilusión ya le cubre las facciones, volviéndolas más angulosas. Su fiel gorra de lana gris completa el conjunto.

Kózel sale de los servicios ya convertida en ese korués tímido y desgarbado que sus amigos reconocen al instante. En cuanto la ven acercarse Lórim le tiende a Nero una bolsa. Ella asiente con entusiasmo y de dentro saca un objeto blanco que Kózel identifica rápidamente como una sábana de las que usan en las camas de la residencia. Nero la sujeta por un extremo con una mano y con la otra barre el Aire para que la haga ondear una vez transformada en una pancarta improvisada donde pone:

Sabemos que te va a dar una vergüenza horrible, Kózel, Hoku, pero ¡sorpresa!

Y vergüenza tiene, claro, pero en la balanza mental de Kózel, ahora mismo la alegría gana por mucho mientras Lórim y Nero sueltan la pancarta y se abalanzan sobre ella antes incluso de que esta toque el suelo. Kózel está tan contenta y los ha echado tanto de menos que, disfrazada de chico o no, se deja abrazar. Ni siquiera le importa que, de un achuchón especialmente efusivo de Lórim, se le caiga la gorra.

—Hemos pensado que debes de haber tenido unas vacaciones horribles allá en las Koru, tú solito con tantas playas paradisíacas, así que te hemos venido a buscar.

—Lo de la pancarta ha sido idea mía —informa Nero con una sonrisa que, más que desprender orgullo, lo emite como un faro.

—No, mía —replica Lórim mientras Nero lo fulmina con la mirada—. Bueno. De los dos.

—¿Habéis montado todo este espectáculo solo para acompañarme hasta el Liceo? Estáis locos.

—Más o menos... —Lórim coge la maleta de Kózel y mira a Nero. Nero recupera la gorra del suelo y la sacude un poco por si se ha ensuciado, después se la tiende a Kózel con una sonrisa y Lórim añade—: Más menos que más, en realidad.

Y, efectivamente, Lórim tiene razón porque, desde el paseo que bordea el río Lhin, donde la han llevado sus amigos, el Liceo quizá quede un poco lejos, exactamente a siete paradas de metropolitano. Toda la gente que no estaba en la estación, o en cualquier otra parte de la ciudad, está aquí. Hay tiendas improvisadas, puestos de comida para llevar, luces brillantes, familias enteras. Muchas de las personas con las que se cruzan llevan un farolillo de papel en una mano y en la otra un paraguas, aunque no se vea ni una nube en el cielo. Un artista callejero hace malabares con pompas de colores que resultan estar hechas solo de Agua e Ilusión. A Kózel no le han dejado ni pasar por la residencia porque «no vamos a perder tiempo con esas cosas», ha dicho Lórim, así que hacen turnos para acarrear su maleta.

El Festival del Agua celebra el inicio de la primavera, cuando todo renace. El de Aire coincide con el solsticio de verano, el de Tierra con el equinoccio de otoño y, finalmente, el Festival del Fuego se celebra durante el solsticio de invierno, la noche más larga del año. «Como siempre dice Nedía en clase, todo tiene que ver con el equilibrio», piensa Kózel mientras trata de no perder a sus amigos entre la multitud. En algún momento, no sabe cuándo, Nero ha comprado un cucurucho de papel lleno hasta arriba de pastas de hojaldre.

—¿Quieres? —Nero le ofrece una pasta en forma de lacito mientras se limpia un poco de azúcar que se le ha pegado a los labios con el reverso de la mano.

—Gracias. —Lórim, sin que nadie le haya invitado, coge dos pastas y las

mastica con la boca abierta pero Kózel no alcanza a darle un manotazo, por guarro, porque él se aparta demasiado rápido.

A medida que se acercan a la orilla del río se ve más gente, más luces y más agitación. Justo enfrente del Gran Teatro Metropolitano de Blyd han levantado una carpa de colores con una banda de música que anima el ambiente. Kózel deja que sus amigos la guíen hacia donde quieran, que resulta ser un punto junto a la barandilla que da al río.

—¡Eh! ¡Novatos! ¡Aquí! —Allí está Vann, que da saltos junto a Enzo y a Kástor.

La maleta de Kózel, que han arrastrado miserablemente por todo Mosse hasta llegar al Paseo Fluvial, por lo menos ahora es útil para abrirse paso entre la multitud. Es difícil, requiere esfuerzo y más de un viandante inocente es arrollado sin piedad; pero compensa. Compensa por las vistas del río que tienen desde donde están y porque, nada más llegar, Vann le pasa un brazo alrededor de los hombros y le baja la visera de la gorra con mayor entusiasmo del acostumbrado.

—Habéis llegado justo a tiempo. Te he echado de menos, enano. —Kózel, que no sabe qué decir, deja la gorra donde está para taparse el sonrojo.

—Tomad —dice Enzo. Le pone algo en la mano que resulta ser un farolillo de papel como los que ha visto que lleva la gente que pasa. Luego reparte uno para Lórim y otro para Nero, todo sonrisas, y le da un codazo a Graadz, que se ha quedado como traspuesto en un rincón—. Como sois nuevos, hemos pensado que no tendríais.

—¿Y paraguas? ¿Habéis traído el paraguas?

—¿Por qué? —pregunta Kózel, pero Vann se lleva el dedo índice a los labios y posa una mano en su espalda para que se acerque al borde del mirador.

—Ya lo verás.

Todo empieza con un resplandor que proviene de su izquierda. El bullicio de la calle se aquieta mientras la gente se inclina sobre la barandilla para ver cómo llegan las primeras barcazas. Se mueven en perfecta sincronía. Los cascos van decorados con guirnaldas de flores y farolillos de papel encendidos. Hay decenas, centenares. Hasta donde alcanza la vista, el Lhin aparece salpicado de luces que se reflejan en el agua como una segunda Vía Láctea.

De una de las barcazas se desprende el primer farolillo, que cae al agua y allí permanece, una mota de luz sobre la superficie como de cristal. Poco a poco, caen más no solo desde el resto de las naves, sino que la gente a su alrededor comienza a encenderlos desde balcones y casas e incluso de más allá, porque Kózel levanta la vista asombrada cuando una bandada de lucecitas pasa flotando por encima de ella y finalmente se derrama sobre el agua sin hacer ningún ruido.

Kózel se vuelve hacia Vann, tan asombrada que las palabras se le pierden por el camino. A Vann parece escapársele la satisfacción por todos los poros de la piel cuando le da un codazo y enciende con un chasquido de dedos el farolillo de papel que Kózel todavía sostiene.

Cuando el aire en su interior se calienta, el pequeño cilindro se le escabulle de entre los dedos y comienza a ascender. Vann, entonces, enciende el suyo. Lo mismo hacen Graadz, Enzo y Lórim, que tiene dos llamas reflejadas en las pupilas. Con el rabillo del ojo ve a Nero que lucha por encender el suyo con Fuego y entonces Kástor Graadz, con la mirada baja, lo hace por ella. Con un momento el río se ha inflamado de pequeñas constelaciones que bailan al son de la corriente. «Equilibrio», piensa. Durante el solsticio de invierno la gente enciende hogueras para que el Fuego le tome el relevo a la Tierra a lo largo de la estación más fría, cuando los días son cortos, y ahora los farolillos con sus llamas temblorosas comienzan a descender hacia el río y

se sumergen uno a uno en sus aguas hasta que todas las luces se apagan y el Lhin queda nuevamente a oscuras.

Kózel contiene la respiración mientras percibe una energía inmensa, inalcanzable, acumulándose a su alrededor. Parece que surja del río y se derrame desde las orillas por toda la ciudad. Equilibrio no significa estar inmóvil, sino adaptarse al cambio, como las estaciones que se suceden, cada una conteniendo siempre el germen de la siguiente. De repente, todas las campanas de la ciudad empiezan a tañer. Habitualmente las campanas sirven para avisar de una desgracia o un peligro inminente; pero hoy llaman a la celebración. Primero repiquetean las del Templo del Agua con un sonido cristalino y etéreo. Después, las de los edificios que bordean el río. Poco a poco los tañidos, algunos lentos y pesados, otros frenéticos y de notas agudas, se extienden por todo Blyd. Entonces Kózel mira hacia arriba porque acaba de caerle una gota en la punta de la nariz. Definitivamente ha llegado el tiempo del Agua. Empieza a llover.

Cierra los ojos. Deja que la lluvia le moje los párpados y los labios hasta que escucha un ruido a su lado y las gotas dejan de caer.

—¿Qué te ha parecido? —Vann sostiene un paraguas rojo abierto sobre su cabeza.

—Voy a decir, y que no sirva de precedente, que esto me ha gustado casi tanto como nuestro día de los Antepasados. Y a mí me gusta mucho el día de los Antepasados.

Miércoles, 16 de abril.

Residencia masculina. Sala de recreo de la tercera planta.
9.03 de la noche



«¡Conde Vann! ¡Te lo ruego, te lo ruego, no vayas!», chilla la estridente voz de Gelina Holín, muy metida en su papel de Quiara, la protagonista de *Pasión de Fuego*. Los incondicionales de la orbenovela han subido el volumen al máximo cuando el conde Vann ha anunciado que va a batirse en duelo otra vez. No hace otra cosa en toda la serie.

Kózel, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, elige un bollo de chocolate del montón que tiene delante y lo empuja cuidadosamente. Entonces baja la mirada hacia sus cartas con estudiado nerviosismo, las alinea bien y deja escapar un gemido de frustración al mirarlas por segunda vez. A

su alrededor la atmósfera se estremece de tensión contenida cuando los demás jugadores fingen que no se han dado cuenta de nada. Al contrario que Kózel, no son muy buenos actores.

—Veo tu apuesta y subo dos... no, tres caramelos. Y una cerveza. Que es una Túlband, ¿eh? No de esas baratas que saben a pis de gato. Yo creo que la Túlband cuenta por lo menos como el bollo de chocolate.

Vann deja su botín sobre el suelo, en el centro de la alfombra. Los demás se miran en silencio, calculando el valor del botellín de cerveza con respecto al bollo, pero al final aceptan y la ronda de apuestas continúa.

Fuera llueve a cántaros. Según le han dicho a Kózel las lluvias intermitentes de las últimas semanas son todavía consecuencia del Festival del Agua, y casi todos los residentes de la planta están en la sala de recreo. Incluso se les han unido algunas chicas, así que la habitación parece más a rebosar que de costumbre. Apoltronados en los sofás que amenazan con hundirse un grupo de fieles seguidores ve un capítulo de *Pasión de Fuego* en el orbe; es un capítulo especial de primavera, que resolverá al fin si el conde Vann consigue conquistar a su amada. Todos dicen que ven el culebrón porque los vestidos de época siempre se las arreglan para mostrar el generoso escote de Gelina Holín; pero Kózel sabe que no: es porque están enganchados.

—Subid más el volumen, chicos —pide Zaaren, que ha llegado con su novio Álek Rádick cuando comenzaba el capítulo y ambos ocupan buena parte de uno de los sofás. Debe de ser un momento clave del episodio, porque la obedecen enseguida y todos los que ven *Pasión de Fuego* se inclinan hacia delante.

«¡Conde Vann! ¡No lo mates!» En el orbe aparece la cara de Gelina en primer plano, los ojos anegados de lágrimas. «¡El general Khaan es...»

Música de tensión, fundido a negro. A *Pasión de Fuego* le sucede la careta de Nylert Orbevisión y media sala de recreo suelta una exclamación indignada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Vann mirando por encima de sus cartas.

—Han cortado *Pasión de Fuego* para dar un avance informativo — responde Enzo, tranquilo. La orbenovela ha dado paso a la presentadora del orbediario, que explica, entre abucheos de todos los que estaban viendo la serie, que en unos minutos se emitirá en directo la obra «Leyendas rotas» desde el Gran Teatro Metropolitano de Blyd, donde se espera que asista lo más granado de la sociedad blydense así como varios miembros del gobierno, buenas noches y gracias por su atención. Tras otro fundido a negro reaparece la cara de Gelina, con más lágrimas que antes.

«¡El general Khaan es tu hermano!»

Durante un segundo parece que los sofás vayan a hundirse del todo por la reacción de los incondicionales.

—Eso se venía oliendo desde hace media temporada —murmura Enzo, concentrándose de nuevo en la partida—. Veo la cerveza y subo la apuesta con media docena de galletas, Vann. Evidentemente, por muy Túlband que sea, mis galletas valen más, que son caseras.

Kózel se percata una vez más de esa especie de comunicación sin palabras. Debe de ser una habilidad masculina heredada de los tiempos en que los hombres salían a cazar mamuts en la tundra. Los chicos se miran y asienten casi al unísono: las galletas que hace la madre de Enzo valen, por lo menos, lo que una caja entera de cerveza.

Un discreto codazo en las costillas la devuelve rápidamente a la realidad. Será que, con el roce, ella también está desarrollando esa capacidad para comunicarse mentalmente, porque cuando su mirada se encuentra con la de Lórim, entiende lo que su amigo le pide. Es que Lórim le ha confesado antes, a media voz, que no ha jugado nunca. Kózel observa en silencio. De cinco

cartas, Lórim tiene dobles parejas: dos Caballeros de Tierra, y dos ochos de Fuego y Aire. Ella parpadea muy lentamente, como si asintiera con los ojos.

Debe de ser que Lórim no confía del todo en su criterio porque, entonces, se vuelve hacia Nero, que está a su lado, y pone cara de perrito abandonado.

—A mí no me preguntes —susurra ella, tamborileando los dedos en el suelo—. Yo soy neutral. Si te ayudara sería hacer trampas —añade dedicándole una mirada muy significativa a Kózel.

—Pues entonces... a ver... A las galletas de Enzo le subo... le... —Lórim duda un instante hasta que Kózel le hace un gesto afirmativo con el mentón—. Le subo un bollo de crema —resuelve al fin, triunfal, mientras corona las apuestas de esta ronda con su bizcocho.

Durante un par de segundos, se sostienen todas las miradas y el mundo se reduce al repiqueteo de la lluvia contra los cristales y a los diálogos de *Pasión de Fuego* al fondo. Cuando la tensión por fin se descorcha, Enzo es el primero en mostrar sus cartas para ver quién ha ganado la ronda:

—Yo solo tengo una pareja de seises, de Aire y Fuego —dice soltando sus cartas sobre la alfombra.

—Yo no tengo nada. —Wen, que ha llegado con Nero y se ha apuntado a la partida gustosa, deja sus cartas boca abajo y abre un paquete de bombones del montón de sus ganancias.

Kástor tiene un trío de Emperadores; Vann, trío de sietes y pareja de cuatros, así que Kástor gruñe al ver que las cartas de Vann superan a las suyas. Lórim tira sus dobles parejas sobre el montón de las apuestas y hace un mohín aunque se lo esté pasando en grande. Kózel respira hondo. Echa un vistazo a las cartas que ya se han destapado antes de mostrar las suyas. Solo tiene que concentrarse un poco y cuidarse por no copiar ninguna que ya haya salido.

—Lo siento —dice mostrándose genuinamente sorprendida. Antes de

seguir, toma una de las galletas de Enzo y se la lleva a la boca. Al fin y al cabo, acaba de ganar otra vez—. Escalera de Agua. Ocho, nueve, diez, Caballero y Emperatriz.

Mientras sus contrincantes se quejan muy sonoramente, Kózel se echa hacia delante y apila las ganancias en su montón, que ya es considerablemente más grande que el de los demás. Le cuesta reprimir una sonrisa porque momentos como este compensan todos los malos ratos. No porque los chicos sean unos crédulos ni porque, tan pendientes como están de si Nero hace trampas, no hayan caído en que meter a un Ilusión en una partida de póquer sea igual de peligroso. Lo que le gusta a Kózel es este compañerismo franco y sin sombras; la tranquilidad que se respira en la sala, con sus perpetuas emisiones de *Pasión de Fuego* y el ligero olor a tigre.

—Vale, perdedores —sugiere, contenta—. ¿Otra ronda?

Entonces, sucede.

Desde muy lejos, por encima del sonido de la lluvia y del orbe y de la charla y de la partida de póquer, resuena una explosión que hace tintinear los cristales. Y después, otra. Finalmente, tras unos segundos, Kózel escucha una tercera detonación mucho más intensa que logra darle un vuelco al corazón.

Mira a su alrededor y comprueba que todos están tan desconcertados como ella. Entonces menea la cabeza para deshacerse de la vibración que todavía siente en los oídos.

Los segundos posteriores se llenan de silencio. Nadie quiere admitir el susto de muerte que se han dado hasta que Lórim se rasca la coronilla y se le escapa una carcajada. A los pocos segundos le sigue Vann, y Enzo tampoco tarda mucho tiempo en unirse al coro de risas. Acaba de darse cuenta de que ha aplastado sus galletas con la mano y ahora trata de quitarse las migajas de encima. Graadz continúa pendiente de sus cartas y se mantiene erguido, como

si las risas no fueran con él. Sin embargo, le caen perlas de sudor por la frente.

—Un trueno, debe de haber sido un trueno —dice Izeen Zrakov desde su rincón en el sofá.

Kózel está a punto de asentir pero entonces Nero le pone una mano en la rodilla y aprieta tan fuerte que le hace daño.

Al mismo tiempo, como si se hubieran decidido a hacerlo a la vez, repiquetean campanas en varios puntos de Blyd.

Nadie se da cuenta. Igual que ella, todos tienen los ojos clavados en el orbe.

Quiara y el conde Vann se han quedado congelados en medio de un beso apasionado. Entonces, la imagen holográfica se torna negra y se transforma, al cabo de unos segundos, en el primer plano de una reportera de Nylert Orbevisión. A pesar del maquillaje, está pálida y su cara aparece cubierta de manchas de tizne. Detrás de ella, el reconocible contorno del Gran Teatro Metropolitano de Blyd aparece envuelto en llamas verdeazuladas. Parte del frontón que corona la fachada se ha hundido. Sus miradores han perdido los cristales, y las cortinas ennegrecidas y humeantes se escapan por los recovecos ondeando al viento que aviva las llamas. Ni siquiera la lluvia que esta noche cae en Blyd es capaz de apagar el fuego.

A través del orbe no es fácil adivinar la dimensión de la tragedia. El humo de Ilusión no asfixia los pulmones ni hace llorar los ojos, tan solo envuelve el teatro como un manto silencioso y lúgubre.

La voz de la periodista atrae la atención de los orbevidentes:

«Señoras y señores, retransmitimos en directo desde el Gran Teatro Metropolitano de Blyd donde una violenta explosión acaba de arrasarse casi por completo el edificio. Desconocemos cuál ha podido ser la causa de...».

Al fondo, un sector entero de la fachada del teatro se derrumba y entre los

gritos y la confusión se puede escuchar un zumbido. Las llamas que emergen de las heridas del edificio crecen, hambrientas, y muy lentamente forman la silueta de un águila en llamas que se recorta en el cielo nocturno.



—... Un... atentado.

Lórim siente que pierde el equilibrio, que su alrededor se difumina, como si no pudiera ver bien.

Poco a poco, la sala de recreo del tercer piso ha ido llenándose cada vez más, con gente que se acerca desde las habitaciones. Llegan sin decir nada, se sientan en un rincón libre del sofá o en el suelo, alrededor del orbe. En silencio, porque están atentos a cualquier nueva información, o porque están mudos de rabia o, simplemente, porque no puede ser, no puede ser. Un atentado.

—Hijos de... —Vann se acerca a la ventana y descorre las cortinas porque probablemente sea mejor hacer eso que pegarle un puñetazo a la pared. Nada; tras los cristales, bajo la lluvia, en los jardines del Liceo todo continúa igual que hace unos minutos.

«Seguimos informándoles desde el Gran Teatro Metropolitano de Blyd donde a las 21.57 de esta noche una gran deflagración ha sacudido el edificio a pocos minutos del estreno de Leyendas rotas, la obra con la que se inauguraba la temporada primaveral y a la que habían confirmado su asistencia diversas autoridades de la ciudad, así como varios altos cargos del

gobierno del país. Los servicios de emergencia han comenzado a desalojar a los heridos, que se cuentan por docenas. Estamos a la espera de un primer recuento de víctimas de lo que parece ser un atentado...»

La reportera se detiene para escuchar algo que le dicen desde fuera de plano. Parpadea y se frota la cara extendiendo una mancha de tizne por su mejilla. Cuando prosigue su voz suena más cansada y menos firme:

«Apreciados orbevidentes, informaciones de última hora confirman que el grupo radical que se hace llamar “Los Caballeros del Águila” ha reivindicado el ataque mediante el comunicado que les leo a continuación:

”De los Caballeros del Águila al pueblo de Nylert:

”Pueblo de Nylert, es hora de despertar de nuevo. Diecisiete años de un gobierno débil y corrupto; diecisiete años de vergüenza están a punto de llegar a su fin. Se acerca el momento. Muy pronto el Águila Blanca se revelará como el legítimo soberano de Nylert, el Heredero reclamará su tron...”».

El holograma enmudece de repente y se disipa. Todos los estudiantes observan un segundo la pared desnuda y luego al causante de la interrupción, que no es otro que Lórim, aún acuclillado junto al orbe, con la mano extendida después de apartar la esfera de cristal de su peana.

—¡Eh! ¿Qué haces? —La voz chillona de Zaaren Kelsryn resuena por toda la sala, rompiendo el repentino silencio.

—No me apetecía ver más. Ya hemos tenido suficiente. —Lórim, con un tono de voz extrañamente sereno, se incorpora poco a poco y se frota los ojos.

—Vuelve a colocar el orbe en su sitio, novato —reclama Dhalik Simmel.

Un poco más allá, desde el reposabrazos del sofá porque no queda más sitio libre, Izeen Zrakov, el pelirrojo, levanta una mano para hacer una pregunta:

—¿Me lo ha parecido a mí o han dicho algo de un Heredero?

Al silencio que se ha adueñado de la sala lo suceden una serie de murmuraciones por lo bajo. Es verdad que han dicho algo de un Heredero. Del Águila Blanca. Así llamaban al Emperador antes, susurra uno, pero el Emperador murió en el incendio, responde otro. Y el Heredero también. Todos. Pero los Caballeros del Águila dicen en su comunicado que...

—No hay ningún Heredero. —La voz de Lórim se levanta por encima de los susurros y comentarios a media voz y deja la sala otra vez en silencio—. ¿De verdad creéis lo que dice una panda de fanáticos? —Dirige su mirada hacia todos, hacia Dhalik Simmel y a Zaaren por reclamarle que activara el orbe; hacia Zrakov el pelirrojo por preguntar; hacia Vann, que sigue junto a la ventana; hacia el resto de los estudiantes en la sala.

—Deja ese orbe donde estaba —insiste Zaaren, poniéndose en pie con cuidado de que su falda rosa le quede bien colocada.

—¡No son más que mentiras! —Lórim aprieta el puño alrededor de la pequeña esfera de cristal, pero no la suelta.

—Si tú quieres marcharte eres libre de hacerlo —continúa ella con un tono de voz autoritario, dos graves más bajo que el habitual—, pero los demás no tenemos la culpa. ¡Dame ese orbe!

Zaaren se echa hacia delante y Lórim reacciona dándole un empujón. Al instante su novio, Álek, se pone en pie con un rugido. El silencio se transforma en un coro de gritos.

—¿Por qué tantas ganas de ver el orbe? —espeta Wen—. ¿Es que os da miedo perderos el espectáculo?

—¡Eso que acabas de decir es muy feo, Silena! —le responde Zaaren, pálida de indignación.

—La verdad a veces es fea, Zaaren.

Mientras la discusión entre Wen y Zaaren aumenta en intensidad y

palabras gruesas, Lórim se aparta hacia un lado, desorientado. Mira a su alrededor como si no supiera qué es lo que acaba de ocurrir y se encuentra con que Kózel le está observando. Entonces, Lórim deja caer el orbe al suelo y escapa antes de que le pueda decir nada.



En el centro de la sala, Enzo permanece en pie. Todavía le cuesta creer... creerlo todo. Observa la expresión sombría, incrédula de sus compañeros; Nader, Tanet, Izeen, Lem, Sina, Omir, porque Enzo es de esas personas que conoce el nombre de todo el mundo, pero a quien busca con una ansiedad creciente en el pecho es a Kástor. Lo encuentra en el rincón más alejado de la sala. Kástor se ha acurrucado sobre sí mismo y se abraza las rodillas mientras balancea el cuerpo adelante y atrás rítmicamente, con los ojos cerrados.

—Kástor...

Estira un brazo hacia él. Cuando lo toca, Kástor tiene la piel ardiendo, cubierta de sudor. Querría acunarlo, decirle al oído «eh, eh», pero su amigo responde con un gesto espasmódico, de bestia herida, y se aparta.

Enzo cruza los brazos y siente como si le acabaran de dar un bofetón.

—Eh, tío, tranquilo, respira... quieres... quieres... ¿necesitas algo? —susurra, tratando como sea de rellenar el silencio de Kástor—. Mira... vamos al cuarto, ¿qué te parece? Aquí hay mucha gente, así estarás más tranquilo y... y... tengo galletas.

Su voz acaba por extinguirse. Observa a Kástor, que solo le responde con

el ruido que hace su espalda al golpear la pared mientras se balancea. Entonces, él se abraza a sí mismo todavía más fuerte y también cierra los ojos. El vértigo le remueve el estómago como si el mundo se desmoronara a su alrededor.

—Vamos, fiero —susurra—. No... no me hagas esto. Dime algo. Dime que estás bien.

Enzo espera unos segundos eternos con un nudo en el estómago hasta que Kástor levanta la cabeza. Tiene los ojos enrojecidos, tristes. Kástor entonces estira un brazo hacia Enzo, pero se detiene antes de tocarlo.

—Nzo...

Él levanta inmediatamente la cabeza y le mira esperanzado.

—Creo que —musita Kástor. Se toma su tiempo, respira—. *M'voy*. Tengo *q'irme*. Casa. *S'importante* sabes. Quiero saber. Están bien.

Enzo asiente poco a poco. Todavía le duele que Kástor no le deje acercarse pero necesita darle espacio, que vaya a ver a su familia. Lo mismo debería hacer él. Su madre estará pegada al orbe hecha un mar de lágrimas mientras su tío estará dando vueltas por el salón soltando ristas de palabrotas. Se pone en pie y se frota los ojos con el dorso de la mano. Es la mejor opción, acepta. Ir a casa, estar con los suyos. Ahora no puede ayudar a Kástor.

—Está bien, fiero. Pero déjame acompañarte al menos hasta el centro, ¿de acuerdo? Así no vas solo...

De paso, piensa de refilón, así tampoco va solo él.

Miércoles, 16 de abril.

Gran Teatro Metropolitano de Blyd. 11.16 de la noche



Una cacofonía de gritos, de paredes derruyéndose y de Fuego que devora el edificio envuelve la atmósfera mientras las víctimas son evacuadas con lentitud. Bajo la lluvia, el personal de emergencia, con sus uniformes blancos ribeteados de rojo, traslada camillas donde a veces no hay un herido sino un cuerpo cubierto con una sábana.

El agente especial J. Cait se abre paso entre los curiosos que se han acercado al lugar del ataque. A pesar de que sus movimientos son elegantes y fluidos, tiene el cuerpo en tensión, con un cosquilleo punzante bajo la piel. Lo había avisado. A sus superiores, a sus compañeros. Dijo que los Caballeros del Águila no eran un grupúsculo de alborotadores. Que iban en

serio, que pretendían hacer daño. Al agente Cait nunca le ha dolido tanto tener razón.

No sabe si es porque ha llegado corriendo o porque el humo le ahoga los pulmones pero le cuesta respirar. Es horrible. No tiene otra palabra para definir lo que tiene delante de los ojos. Es tan sencillo y tan complicado como eso. Horrible. Una palabra que le pesa tanto sobre la conciencia como una losa.

Hay guardias esparcidos por cada rincón. Parece que estén por todas partes y que hagan su trabajo con actitud recia y segura, pero también se les ve el miedo en la cara, como a todos.

Aquí y allí, periodistas, curiosos y ciudadanos preguntan por lo ocurrido sin cesar. Nadie responde. Al fondo, supone, hay familiares que lloran sus pérdidas. No se sabe si había llegado algún miembro del Parlamento. Todavía no se ha hecho pública una lista oficial de víctimas ni de qué mandatarios estaban presentes en el momento del atentado ni de su paradero actual. El caos envuelve la escena y es incapaz de procesar todo lo que ve en ese momento. Cierra los ojos y resopla. Cuando vuelve a abrirlos y asume finalmente que lo que tiene delante es real, sus ojos se posan sobre una figura que reconoce de inmediato:

Kástor Graadz.

Tiene los ojos muy abiertos pero su rostro no permite entrever ni una sola de sus emociones. Parece más una estatua que una persona. Ni siquiera se esfuerza para protegerse de la lluvia, que le empapa la ropa y le resbala por la cara, reflejando las llamas verdeazuladas que todavía azotan el edificio.

El agente Cait duda. Querría acercarse. No sabe por qué pero le gustaría hacerlo, como si se reconociera a sí mismo en la aparente ausencia de emociones. Sin embargo, él ha venido al teatro a otra cosa y no puede perder más tiempo así que se yergue y camina hacia el guardia que tiene más cerca.

Sabe que intentará detenerle pero no es momento para entretenerse con tonterías, así que se limita a enseñarle su placa mientras pasa de largo.

—Ya sé que es peligroso —le dice sin volverse.

El Gran Teatro Metropolitano se desmorona a su alrededor como un cadáver más. Cait cruza el vestíbulo de entrada. Las pinturas al fresco que decoraban las paredes se cuarteán y caen como hojas secas y él se cubre la cara con la solapa de su elegante abrigo negro mientras se adentra con cuidado en la platea. La explosión ha hecho caer algunas de las esculturas que decoraban los palcos de la primera planta sobre los asientos tapizados de rojo. No parece quedar nadie o, por lo menos, nadie vivo. Con el hedor del humo se mezcla otro, dulzón y metálico, que no identifica hasta que se da cuenta de que es el olor a carne quemada. Cait puede ser un fantasma de la Guardia, pero eso no le quita las ganas de vomitar.

Se fuerza a abrir los ojos, que le escuecen por el humo, hasta que localiza un monstruoso boquete al borde del escenario que parece una herida abierta. La explosión debe de haber ocurrido bajo las tablas de la escena, que ahora están negras y retorcidas. Casi puede imaginarlo; Fuego comprimido con tanta fuerza por un Escudo que, cuando se libera, lo arrasa todo a su alrededor.

Cait se desliza cuidadosamente por el agujero que ha dejado la deflagración. La madera todavía está caliente y le quema las palmas de las manos cuando se apoya en ellas para bajar. En el laberinto de salas y pasillos que eran las entrañas del teatro reina una penumbra desagradable y las paredes rezuman un barro negruzco, mezcla de la lluvia, las cenizas y el Agua que los servicios de emergencia han lanzado para combatir el incendio.

Entonces, a lo lejos, escucha un repiqueteo rítmico. El agente Cait se detiene. Parpadea dos veces seguidas mientras el poder de Aura empieza a activarse dentro de su cabeza, rastreando cualquier presencia que pueda haber

a su alrededor. No sabe exactamente qué espera encontrar. Quizá no sea nada pero, con suerte, puede que uno de los atacantes haya vuelto al lugar del crimen para comprobar los daños. «Eso estaría bien», piensa Cait apretando los dientes. Por supuesto que no se tomaría la venganza por su mano; pero tendrían una buena charla antes de entregarlo a las Brigadas de Intervención Especial. El agente Cait tiene una gran habilidad para hacer hablar a la gente, especialmente porque no necesita que abran la boca.

Avanza poco a poco entre decorados de antiguas representaciones y restos de escenografía, una mano pegada a las paredes sucias mientras busca el origen del ruido con el cuerpo y también con la mente. Al final de un pequeño vestíbulo que da a una de las salidas de emergencia del teatro, lo descubre: una puerta de madera vetusta que se abre y cierra movida por la corriente.

También encuentra un hombre de mediana edad. Es calvo, lleva uniforme de guarda de seguridad. Cait no había podido detectar antes su presencia porque está muerto. Sus facciones redondeadas y un poco entradas en carnes han quedado petrificadas en un grito de horror.

Se acerca cautelosamente. A pesar de que llega aire fresco por la puerta, en el vestíbulo hace un calor seco y abrasador. Con toda certeza, los atacantes entraron por aquí y el pobre hombre tuvo la mala suerte de estar presente. El agente Cait se fija en los ojos del muerto, en su mirada aterrorizada, y se inclina para cerrárselos.

Lo que viene después parece ocurrir muy lentamente. En cuanto los dedos de Cait la rozan, la piel del hombre, seca y quebradiza, se desprende en copos. Como un trozo de papel que tras quemarse aún conserva una cierta ilusión de solidez, al mínimo contacto, el cuerpo del guarda comienza a desmoronarse, se deshace con un sonido horrible y áspero. Piel, carne,

huesos, se convierten en polvo y en pocos segundos solo queda el uniforme intacto en medio de una nube gris.

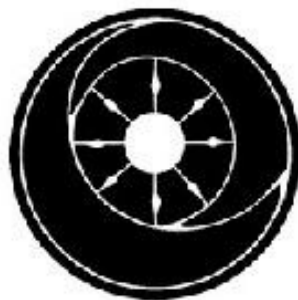
El agente Cait retrocede apresuradamente, se frota la mano en la pernera del pantalón. Vuelve a sentir arcadas cuando respira una bocanada de aire que sabe a ceniza.

Hace meses, tras el primer comunicado público de los Caballeros del Águila nadie creyó que fueran ellos de verdad. Pues bien. Tendrán que creerlo ahora, piensa Cait, incapaz de apartar la mirada del uniforme del guarda tendido en el suelo, como si su propietario simplemente lo hubiera dejado ahí olvidado.

«Debe de haber sido una muerte horrible. No, —rectifica—. No debe haberlo sido: lo fue. Fue una muerte cruel.»

La guardia personal del Emperador se elegía de entre los mejores de la Familia Fuego, los más poderosos. Sus habilidades, potenciadas y pulidas al máximo, les permitían incluso hacer esto, un Fuego sin llamas, silencioso, indetectable, que calcinaba a sus víctimas de dentro hacia fuera, dejando solo un cascarón vacío.

Hace casi veinte años que nadie veía algo así en Nylert pero Cait sabe de alguien capaz de hacerlo, alguien que ha visto hace unos momentos aquí mismo, en el teatro...



Son pocos pero están juntos y eso, al menos, les da una cierta sensación de

seguridad. También ayuda el chocolate caliente. En el orbediario solo emitían imágenes del teatro en llamas, más deprimentes que útiles, así que poco a poco los estudiantes que esta noche se han quedado en el Liceo han acabado en la cafetería, donde la señora Monett y el resto de las encargadas, quizá sospechando lo que iba a ocurrir, ya estaban preparando jarras y jarras de chocolate, té y café.

Kózel bebe en silencio. Prácticamente lo único que se escucha en la cafetería es a los profesores, que ocupan una mesa al fondo. Hablan apresuradamente en voz baja entre ellos.

—¿Todavía nada? —le pregunta Nero.

Kózel no tiene ni que mirar hacia su diario para negar con la cabeza. Nada. En la cafetería solo quedan los estudiantes que provienen de fuera de Blyd, ojerosos, asustados. Los demás se han marchado para estar con sus familias y capear los malos momentos o algunos, piensa Kózel con un escalofrío, para celebrarlos.

—¿Le escribo otra vez?

Nero solo mira hacia las ventanas de la cafetería, pensativa, pero se lo tomará como un «sí».

Kózel Hokulea dice:

Lórim, estamos en la cafetería.

La letra le sale torcida, tiene las manos entumecidas y cree que no es del todo por el frío. Duda un segundo, y al final, añade:

Si no vienes pronto nos acabaremos todo el chocolate caliente.

Alrededor de la medianoche apenas queda un puñado de estudiantes en las mesas y los profesores han ido mandándolos a sus dormitorios con palabras amables, que si descansan, mañana se sentirán mejor, que no pueden quedarse toda la noche así, que en estos momentos no pueden solucionar nada. Kózel y Nero han sido de las últimas en marcharse.

Tras despedirse de Nero en la plazoleta que hay entre ambas residencias, Kózel piensa que habría preferido su presencia silenciosa a caminar a solas y deprisa, cubriéndose la cabeza con las manos para protegerse de la lluvia. Sobre todo porque, mientras se acerca, ve una figura subiendo los escalones.

—¡Lórim! —Corre los últimos metros que la separan de la residencia, resbalándose sobre la grava mojada—. Nero y yo llevamos horas enviándote mensajes al diario. Pero ¿dónde te habías met...?

Se detiene abruptamente cuando Lórim se vuelve con los puños apretados y la boca entreabierta como en una mueca o por la falta de aliento. Tiene los ojos ribeteados de rojo y, aunque mira en su dirección, a Kózel le da la sensación de que no la está viendo, de que sus ojos miran más allá, perdidos en alguna parte. El agua chorreándole por el pelo, por la cara. Tiene el uniforme empapado por la lluvia y está tiritando.

—¡Lórim! ¡Lórim! —grita corriendo de nuevo hasta él sin detenerse hasta que están frente a frente.

Por un segundo los ojos de él se enfocan pero el gesto se le descompone. Se limpia la nariz con el dorso de la mano, le tiemblan los labios. Está llorando, Kózel no está segura porque si se le escapan lágrimas de los ojos se las está llevando la lluvia.

—¿Qué pasa?

Es... es una pregunta que realmente no se atrevía a hacer. Ha muerto mucha gente esta noche en el teatro y, ahora que lo piensa, a pesar de las anécdotas y batallitas que cuenta continuamente, apenas sabe nada de Lórim. No sabe dónde vive su familia, de dónde es. Quizá... se teme lo peor hasta que, después de un suspiro en el que Lórim parece recoger todo el aire del mundo, por fin la mira.

—He ido, Kóz.

—Vamos dentro. Nos estamos empapando. —Trata de ponerle una mano al hombro pero Lórim retrocede como si el simple roce lo hubiera quemado.

—Al teatro —susurra—. He ido al teatro. Había muertos, Kóz. Gente muerta como tú y como yo, tendida en el suelo, por todos los lados.

—Lórim. —Aunque él trate de apartarse otra vez Kózel lo arrastra hacia el porche que protege la entrada a las residencias—. Lórim, tranquilízate. Tranquilo.

Ahora no se lo imagina. Está llorando de verdad. Hay algo horrible en su tono de voz, una culpabilidad ronca y salvaje que hace que Kózel se estremezca.

—Tenía... tenía que verlo. Toda esa gente, no... —Entonces Lórim sujeta los hombros de Kózel con ambas manos, la zarandea tan fuerte que le hace daño—. No tendrían que haber muerto. Esto no tendría que haber pasado, no...

—Ha sido un atentado, claro que no tendría que haber pasado. Lórim. Lórim, mírame. —Kózel le sujeta las mejillas, resbaladizas por la lluvia pero la mirada de Lórim se pierde, frenética, hacia los jardines.

—Tú no lo entiendes, no...

Le obliga a mirarla. El pecho de Lórim se mueve descompuesto arriba y abajo. Tiembla y a Kózel le da la sensación de que en cualquier momento

podrían fallarle las piernas y caer. Tiene que tranquilizarlo, que se calme, que se calme porque ahora es él quien la está asustando a ella y no sabe cuánto tiempo podrá aguantar siendo la voz de la razón. Se está quedando sin argumentos, si es que los ha tenido en alguna ocasión.

—No pasa nada. Ya estás aquí, con tus amigos. Vamos dentro, Lórim.

—¡No! —grita él de pronto soltándose de golpe, da un paso atrás, tropieza. Kózel corre hacia él—. ¡Tú no lo entiendes, Kózel! ¡No puedes entenderlo! ¡Nadie puede!

Lórim suelta un gemido desgarrador que a ella le parte el pecho y de pronto la abraza; cae sobre ella como si no le quedaran fuerzas, y sus manos se agarran a la tela suelta del uniforme, su aliento cálido en la nuca, sus lágrimas mojándole el cuello. Lórim se está aferrando a ella como nadie lo ha hecho nunca antes y a Kózel, tan pequeña y poca cosa, ni siquiera le importa tenerlo tan cerca porque se siente como lo único sólido alrededor; aunque ni siquiera sabe si será capaz de aguantarlo.

Suspira. No dice nada más. Va a dejarle llorar todo lo que quiera y luego, cuando se calme, lo mandará a la habitación. Mañana será un nuevo día, verán las cosas de otra manera. Seguro.

Miércoles, 21 de mayo.

Campus del Liceo de Blyd. 8.20 de la tarde



Hubo funerales de Estado. Una ceremonia solemne en la Plaza del Parlamento, un cortejo fúnebre hasta el cementerio Norte donde el presidente de la República, luciendo un crespón negro y con el brazo en cabestrillo bien visible, dio un sentido discurso de homenaje.

Pero los muertos fueron los de siempre: gente normal y corriente, víctimas inocentes si es que las hay de otro tipo en un atentado. El epicentro de la explosión del teatro fue justo bajo el escenario y arrasó las primeras filas de la platea, lejos de los palcos reservados a las autoridades.

Los trabajos de reconstrucción comenzaron casi inmediatamente. Como símbolo de esperanza, dijo la prensa. Para demostrar a los violentos que nadie

les tiene miedo. Un mes después ya se estaban colocando nuevas columnas de mármol en la fachada y no queda ni rastro del incendio. Cada vez que el agente Cait pasa por delante piensa que, en realidad, tanta prisa solo intenta borrar lo que ocurrió.

Pero el miedo sigue ahí, reptando por las calles de Blyd como una niebla invisible.

Hacía cuatro años que el agente Cait no ponía los pies en el Liceo, exactamente desde el día de su graduación. Ni siquiera ha tenido que enseñarle la placa al guarda de la puerta y no sabe si ofenderse porque le haya confundido con un estudiante o sentir alivio porque esto lo haga todo más fácil.

El archivo queda lejos de todas partes, al otro extremo del lago. Piensa fugazmente que, si está equivocado y Kástor Graadz resulta ser un Caballero del Águila, nadie le oirá gritar; pero no eligió su profesión teniendo en cuenta los riesgos laborales. Al menos, no mucho.

Nada más entrar en la parte del edificio donde está el almacén, casi tropieza con una caja de cartón abierta en el suelo. Hay más a lo largo del pasillo, que sorteas mientras avanza lo más sigiloso posible. Además de papeles, en alguna de las cajas también ve fotografías antiguas, de un color sepia desvaído y pequeños estuches de madera para almacenar orbes.

Avanza cautelosamente, embargado por la creciente sospecha de que, en cualquier momento, las estanterías puedan ceder bajo el peso de tanto papel y convertir la sala en el dominó más peligroso del mundo. Al primer recodo, reconoce la voz algo ronca de alguien poco acostumbrado a hablar.

Varios pasillos después encuentra a Kástor Graadz sentado en el suelo de espaldas a él, inclinado sobre otra caja. El agente Cait le observa extraer un fajo de documentos tras otro y hojearlos uno por uno. Al mismo tiempo, comprueba algo en un libro que tiene sobre las rodillas cruzadas. Si Cait

tuviera que elegir una palabra, usaría «meticuloso». Durante todo este tiempo lo acompaña ese murmullo sordo que, Cait se da cuenta ahora, es una serie de números que el chico repite sin cesar.

Con muchísimo cuidado, carraspea.

Inmediatamente Graadz da un respingo asustado y con la mirada recelosa del chico clavada entre los ojos, Cait da un paso hacia delante hasta quedar en medio del pasillo.

—¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en la Casa de Guardia cuando... hace unos meses —dice con la voz más suave que puede, la que usan los domadores de grandes felinos; él mismo cuando negocia con el detective Brynn o, cuando se siente con fuerzas para visitarla, con su madre. Como no parece funcionar, añade—: Solo he venido a hablar. De forma extraoficial.

El joven entorna los ojos. Incluso sin Aura, Cait puede intuir lo que piensa: que no tiene ganas de hablar, por muy extraoficial que sea. Pasan unos segundos de silencio. Graadz ya no emite ningún sonido y solo se escucha el crujido de alguna estantería lejana.

—¿Conoces el palacete que está en la esquina de la avenida de Teriam con la calle Tres de Agosto? Ahora es la sede del Secretariado de Relaciones Internacionales de Nylert. Antes de la Revolución pertenecía a mi familia. — El agente Cait hace una pausa, sorprendido por sus propias palabras. Por su parte, Graadz continúa sumergido en ese silencio hosco; pero un ligero cambio en la forma como inclina la cabeza hacia él indica que le está escuchando—. Nos exiliamos a Pralín la misma noche que ardió el Palacio de Verano. Ya teníamos documentos de identidad falsos y mis padres pagaron mucho dinero para que nos dejaran marchar. Pralín es una ciudad maravillosa. A mí me gustaba mucho pero a mis padres, no. Siempre hablaban de la casa en la avenida de Teriam y de la vida aquí, de recuperar las propiedades y el honor de la familia. Regresamos a Blyd cuando yo era un

adolescente y lo primero que hicimos tras poner los pies en la ciudad fue ir a ver el antiguo palacio de la familia; pero yo siempre preferí la casa de Pralín. Se veía el mar desde la ventana de la cocina. Yo... —El agente deja la frase a medias, porque cuesta traducir en palabras lo que realmente quiere decir—. Sé lo que es vivir con el pasado pisándote los talones. —Conoce al dedillo las charlas interminables sobre el honor y el patrimonio perdidos, tener que ocultar su verdadera naturaleza. Conoce esa presión sobre el pecho cuando le preguntan si volvería a los tiempos de antes de la República y cuando él, antes de responder que no, vacila un instante. Cait entiende de todo eso y la manera que tiene Kástor Graadz de cerrarse al mundo, cada vez le parece más sensata. Aprovecha la pausa para respirar hondo y cruzar los brazos sobre el pecho. En el archivo hace frío.

—Te vi. La noche del atentado en el teatro. —Los ojos del chico se abren asustados—. Tu primo fue hace unos meses a la Casa de la Guardia. Dijo que tu abuelo te entrenó para ser un Caballero del Águila y que tú mataste a Aleus Koem.

Es una apuesta arriesgada. Si Kástor es culpable, Cait está más que muerto y, si no, puede que se asuste y que ya no quiera hablar. En vez de eso, Cait ve cómo estalla una chispa de furia en los ojos de Graadz y juraría que de repente hace más calor. El aire se llena de palabras que el chico no llega a pronunciar, como si se le hubieran atascado en la garganta. Entonces murmura una sola sílaba, atragantada y ronca:

—No.

Cait asiente mientras una sonrisa minúscula se instala en sus labios. Ese «no» que parece contener toda la verdad que existe en el mundo y le basta.

—¿Sabes por qué querría acusarte de algo así?

—No.

—Puedes confiar en mí. Quizá alguna vez tu abuelo te contara cosas sobre

sus antiguos compañeros en el ejército, gente que querría recuperar a los Caba...

—No.

Graadz debe de dar la conversación por terminada porque vuelve a su trabajo. Consulta los documentos de la caja que tiene delante, los guarda y se levanta para coger la siguiente de la estantería. Eventualmente, vuelve a murmurar para sí series largas de números sin parar.

Cait contiene las ganas de preguntarle qué hace. En vez de eso, para matar el tiempo, observa el estante que le queda más cerca. Está lleno de cajas pulcramente numeradas. Números. Los mismos que murmura Graadz mientras trabaja. Del bolsillo del abrigo, Cait saca el cuaderno que llevaba el profesor Koem la noche que lo mataron, lleno hasta la última página de ese mismo código. Cait estaba seguro de haberlo visto en alguna parte y resulta que esa parte estaba aquí mismo, en el archivo. En segundo le mandaron hacer un trabajo de Criminología que le amargó el curso. El movimiento brusco llama la atención de Graadz, que interrumpe su actividad para dedicarle una mirada hostil.

—¿Lo reconoces? —Cait supera la distancia que les separa en dos pasos y le tiende el cuaderno del difunto profesor.

Kástor retrocede. Sus labios empiezan a moverse, primero en silencio, pero luego retoma la misma letanía de números de antes. Siempre con gestos calculados y exactos, sigue las páginas del cuaderno con un dedo, deteniéndose cuando lo que dice él coincide con lo que hay escrito. Entonces respira hondo por la nariz y mira a su alrededor. No hace falta que hable para que Cait le lea la pregunta en los ojos.

—Lo llevaba el profesor Koem cuando lo asesinaron. Creo que tiene que ver con su muerte pero no tenía ni idea de qué significaba hasta ahora. Quizá tú... puedas ayudarme.

Tras un segundo de duda, el chico asiente y comienza a hablar. Con Kástor Graadz no hay información superflua ni tampoco muchas vocales. Hay, eso sí, hechos separados bastante aleatoriamente por puntos y seguido que Cait prácticamente puede escuchar entre frase y frase. En la libreta de Koem están escritos los códigos que usan en el archivo para numerar las cajas y los documentos individuales. Se dio cuenta a comienzos del curso, dice. Faltan algunos documentos. Una caja entera. Mínimo. Más. Podría ser. Podría ser que Koem se los llevara, sí. Por las mañanas no solo está el archivero pero él no ha sido. Kástor lleva meses revisando las cajas una por una. Para comprobar en el índice cuáles faltan. Ese libro grande, sí. El índice. Para comprobar qué falta y qué no.

—‘So que hay escrito. En la libreta. Son cosas que faltan. Al menos algunos. —Hay estanterías enteras que no ha podido comprobar todavía. Cuando Cait pregunta por el contenido de dichas cajas, Graadz hace otra pausa—. ‘*Chivos* antiguos —sentencia el chico al fin. Cait levanta una ceja, porque a él le parecen todos antiguos, pero Graadz se esfuerza en ampliar la explicación—. Revolución. Algunos son. *Hum*. Descartes del sumario. — Durante un segundo su expresión se hace más sombría, como si le pesaran las palabras—. Del incendio. ‘*Nel* palacio.

El incendio, todo le lleva siempre al maldito incendio. La Revolución que llevaba gestándose durante meses acabó cuando alguien le prendió fuego al palacio, mientras el Emperador y toda su corte celebraban el nacimiento del heredero al trono. Por supuesto que se llevó una investigación; en el incendio murieron centenares de personas y la nueva República necesitaba cimentarse sobre una cierta ilusión de legitimidad, pero está claro que no pusieron mucho empeño en descubrir a los culpables si la documentación acabó aquí, en el archivo polvoriento del Liceo.

El agente Cait asiente en silencio y decide que ya es hora de irse. Quizá no

se sienta más cerca de desvelar quién asesinó a Koem, pero de nuevo todas las pistas apuntan en la misma dirección. Koem tomó del archivo documentación relacionada con los últimos días de la Familia Indrasil, del incendio en el palacio. Y como Cait le contó al detective Brynn, solo hay una incógnita sobre el incendio por la que alguien estaría dispuesto a matar.

Da un paso hacia atrás.

—Si te sirve de consuelo —le dice al chico—, en ningún momento me ha parecido posible que hayas sido tú.

Kástor puede ser muchas cosas, piensa mientras retrocede unos metros. Es más que probable que su abuelo le entrenara. Esas cosas pasan. Las viejas costumbres familiares son difíciles de olvidar, pero un asesino... un asesino le parece que no.

Por extraño que parezca, el chico le cae bien. También le cae bien el amargado del detective Brynn, lo cual no dice mucho a favor de su criterio pero no importa. Le hace un leve gesto de despedida al tiempo que reemprende su camino, pero entonces recuerda otra cosa. Cuando vuelve sobre sus pasos, el chico sigue exactamente en la misma posición que cuando le encontró, sentado en el suelo con las piernas cruzadas. No parece sorprendido cuando Cait le tiende otra vez el cuaderno.

—Por cierto, ¿sabrías decirme qué es esto? —En las páginas finales del cuaderno hay otra serie de números, esta vez están mezclados con letras. No parece que coincidan con el sistema de registro del archivo, pero quizá Graadz sepa decirle de qué se trata—. «ROD-375(89) 21 25, ISM-374/167 IS-215/210 242.» ¿Te suena?

Kástor le dedica una mirada con la que, si fuera posible, parece burlarse de él.

—Los del final. Los números —responde mientras señala la última parte

de cada anotación—, *nossé* pero los de antes. Son de la... eso. Biblioteca del campus.

Unos cuantos estudiantes se vuelven en su dirección mientras Cait cruza el campus a toda prisa. A pesar de no ser mucho mayor que ellos, al agente se le antojan increíblemente jóvenes. Con razón Graadz le ha mirado como si fuera tonto: la biblioteca. Cait pasó la mitad de sus cuatro años de Liceo allí y ni se le había pasado por la cabeza que fuera tan sencillo; pero ahora saca su reloj del bolsillo del chaleco para comprobar que cierra en diez minutos y él siente una prisa inmensa por saber si, como sospecha, los libros que Koem apuntó en su cuaderno también hablan de la Revolución y de los malditos Indrasil, que puede que sigan vivos.

Llega al mismo tiempo que un grupo de estudiantes sale charlando animadamente y aprovecha que dejan la puerta abierta para deslizarse dentro. No queda nadie salvo un estudiante canijo, posiblemente korués a juzgar por sus facciones morenas y los ojos almendrados, que empuja un carrito cargado de libros. Debe de ser el becario. Lleva una gorra cuya visera levanta levemente para verle mejor.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Cait rebusca en su bolsillo hasta sacar su brillante placa de identificación. Está muy orgulloso de ella, la limpia cada semana con un líquido especial para pulir metales.

—Necesito consultar unos libros.

El chico, impasible, lo mira a él, luego la placa, y luego a él otra vez.

—Con el carnet de la biblioteca habría bastado, ¿sabe?

Cait hace una mueca y se limita a tenderle el cuaderno de Koem.

—Estos números se corresponden con libros que tenéis aquí, ¿verdad? —

pregunta con un leve rastro de inseguridad en la voz. El chico se ajusta la gorra que lleva puesta y examina el cuaderno con detenimiento.

—Ahora mismo se los traigo. Están en el almacén.

Al cabo de unos minutos, el becario aparece con una montaña de libros que deja con cuidado sobre la mesa. Se aparta suavemente y mira el reloj que hay sobre el mostrador de devoluciones. Se nota que tiene ganas de cerrar pero al final meneaba la cabeza y dice:

—Estaré por aquí si me necesita.

Cait le hace un gesto de despedida con la mano pero ya no le mira, enfrascado en los libros. En el silencio de la biblioteca los latidos de su corazón resuenan atronadores. Estaba en lo cierto; las anotaciones de Koem corresponden a esos libros que tiene delante; y todos tratan sobre la caída de los Indrasil. Mientras examina cuidadosamente los volúmenes, descubre que los números apuntados al lado de las referencias se refieren a páginas. Páginas que, en cuanto las busca, descubre que fueron arrancadas con mucho cuidado. Solo pudo ser Koem. Koem robó los documentos del archivo y las hojas de los libros. Estaba buscando pruebas que certificaran lo que había descubierto y las había encontrado en los libros.

—Eh, chico —reclama Cait mientras abre otro libro. El becario se había retirado tras el mostrador de préstamos, pero se acerca al momento—. ¿Podrías decirme si tenéis más de un ejemplar de alguno de estos libros? —pregunta señalando el montón de volúmenes que reposan sobre la mesa—. A estos les faltan páginas.

—No es verdad.

La respuesta, tan rápida y rotunda, sorprende a Cait. Levanta la mirada y observa al chico, que tiene el ceño fruncido y mira al infinito.

—Sí, mira, aquí —responde Cait—. ¿Los tenéis? —Necesita saber qué había de interesante en esas páginas para que Koem las arrancara.

El chico se inclina. Varios mechones de pelo alborotado se le escapan por debajo de la gorra y le tapan los ojos, pero no se molesta en colocárselos de nuevo.

—No veo nada raro. El libro está perfectamente, aquí no falta nada — sentencia a pesar que delante de él, *Nylert, Tres de Agosto, una Revolución anunciada* permanece abierto entre las hojas 20 y 25. Casi inmediatamente, el becario añade con voz monótona—: Nadie ha arrancado las páginas de los libros. Ni de estos ni de ninguno más.

Vuelve a morderse el labio inferior, parpadea y da media vuelta para alejarse con un movimiento que a Cait le parece demasiado estudiado, casi como una coreografía ensayada una y mil veces. Durante unos segundos Cait se queda quieto mientras una sensación helada le recorre el vientre. Es una mezcla de terror y excitación a partes iguales, porque... porque... no puede ser. Se levanta de un salto y alcanza al chico a medio camino del mostrador. Lo sujeta por los hombros y está mal y es ilegal, por supuesto, porque en su trabajo tienen normas muy estrictas sobre cuándo se puede Vincular Aura, pero en este preciso instante las leyes no podrían importarle menos.

Mientras le sujeta parpadea dos veces seguidas.

Es difícil describir qué ve un Aura cuando recurre a su Familia. Cada mente es un lugar único, especial y sagrado. Cuando Cait entra en la del becario, que ni siquiera se resiste, nota un sabor ácido en el fondo del paladar y una explosión de colores detrás de los ojos. Ve... luces y formas cambiantes que conectan recuerdos, pensamientos y experiencias. Va todavía un poco más allá, a un rincón de esa mente luminosa que, le parece, está protegida por una barrera. Tantea, trata de colarse en ese pensamiento con la esperanza que sea esto lo que busca, pero no, es otra cosa.

Entonces vira bruscamente, porque no le parece correcto seguir indagando en ese secreto, y Cait se topa con una burbuja, un bloque de recuerdos que

parecen enredados en una telaraña de hebras oscuras. Es como si alguien hubiera cortado los hilos que conectan ese recuerdo con el resto y lo hubiera envuelto con otros diferentes para mantenerlo encerrado y, entonces, el regusto al fondo de su boca se torna amargo. Por mucho que lo intenta, no puede acceder ahí dentro, el recuerdo está sellado, y solo hay un poder capaz de hacer algo así...

De repente, las fuerzas lo abandonan y la consciencia del agente regresa vertiginosamente a su cuerpo que, ahora sí, abre los ojos de golpe y da un paso hacia atrás.

Justo delante de él, el chic... no, rectifica, la chica, le mira con expresión neutra. Todo ha pasado en cuestión de segundos y Cait nota un dolor ardiente en las sienes. Meterse en la cabeza de otra persona siempre trae consecuencias.

Trastabilla en dirección a la puerta, sosteniéndose como puede contra la pared. Prácticamente choca contra otro estudiante que lleva una tarjeta de identificación colgada del bolsillo del chaleco color granate. Otro becario. Cait apenas si lo mira mientras se marcha tambaleándose. Ya no son solo conjeturas: Koem estaba en lo cierto. Cait solo necesita que ahora alguien le crea.

Jueves, 22 de mayo.

Habitación de Lórim e Ibar. 8.54 de la tarde



Denna camina por el pasillo de la residencia masculina y se coloca bien los tirantes del vestido que lleva puesto. Coge el espejo de mano que guarda en el bolso y comprueba que el lápiz de labios que le ha tomado prestado a Edrin esté perfecto. Hace juego con los cuadritos castaños que estampan la tela del vestido. Hoy es uno de estos días en que Denna se ha levantado con una extraña presión en el diafragma, que nota como si le faltara el aire. Se dice que es normal, solo es un poco de ansiedad porque el final de curso y los exámenes están prácticamente a la vuelta de la esquina. A la vez, sabe que hay muchas otras causas.

Denna se siente sola. Ella no lo diría con esas mismas palabras ni, llegado

el caso, lo reconocería; pero es así. Suele comer con Khari Bayler y otras chicas de su clase o con Edrin, con quien comparte habitación. Se lleva bien con ellas, pero tiene la sensación de que son más compañeras que amigas. Suerte que por lo menos está Ibar. Ibar es buena persona, guapo, responsable, interesante, un intelectual. A Denna le gusta estar con él aunque... aunque a veces daría lo que fuera por que él la mirarse como mira sus libros.

Hoy ha decidido que se lo llevará a cenar al centro de Blyd y ella se sentirá especial.

Suelen verse a las nueve, cuando Ibar termina de estudiar pero normalmente se quedan en la habitación o, cuando está Lórim, van a la cafetería. En cuanto llega frente al dormitorio, abre la puerta y entra sin pensar; pero a quien encuentra no es a Ibar sino a Lórim, *solo a Lórim*, que está sentado sobre el escritorio de su novio, leyendo los apuntes de su novio. Lleva puesta una ridícula camiseta interior de tirantes y el pantalón del uniforme enrollado a media pierna. También está descalzo y parece que no se haya afeitado en una semana. Ni peinado, tampoco. Detrás de él, la ventana está abierta de par en par y le llegan las voces de los estudiantes entrenando en las pistas.

No sabe por qué pero le da un vuelco el estómago al tenerle delante. Quizá sea porque hace muchos días que no le ve a solas. Pero también es cierto que se ha dado cuenta de que, desde el atentado al Gran Teatro, Lórim no es el mismo; Nedra ya no le llama la atención en clase, apenas aparta la vista de los apuntes (aunque sigue sin tomarlos) y hasta camina distinto, como si le pesara el mundo a sus espaldas.

En cuanto la siente entrar, Lórim levanta la cabeza. Solo pequeños detalles, como las arrugas que se han formado en el borde de sus párpados y el leve temblor en la comisura de esos labios que antes sonreían siempre, le dicen

que se ha puesto en tensión nada más verla. Denna se pasa la mano por el pelo, esforzándose por demostrar que la situación no le afecta.

—¿No está Ibar? —La pregunta se le escapa fría por pura cuestión de supervivencia.

—No... —responde Lórim, que aparta la mirada rápidamente.

—Supongo que estará en la biblioteca. Disculpa si te he molestado.

Denna no quiere continuar la conversación. Antes pensaba que solo se sentía triste por lo ocurrido con Lórim, pero a cada segundo que pasa descubre que la pena ha quedado cubierta por una pátina de resentimiento. Fue él quien buscó su amistad en primer lugar; él quien se hacía el enconadizo, quien hacía tonterías en clase (Denna está convencida) solo para hacerla reír. Y, de repente, cuando ya había un hueco en su vida para Lórim, cuando se sinceró con él y más lo necesitaba, le dio la espalda.

Agarra el pomo de la puerta con más fuerza de la necesaria y cuando tiene un pie fuera de la habitación escucha que Lórim pronuncia su nombre.

—Denna, espera...

—¿Para qué? —le dice desde donde está—. ¿Ahora quieres arreglar las cosas conmigo?

Lórim calla. Denna lo observa con el rabillo del ojo, sentado en el escritorio con los hombros hundidos, y siente un cosquilleo de enfado recorriéndole el espinazo. Ese silencio es lo que más le duele. Se vuelve de nuevo y se apoya contra el marco de la puerta.

—De verdad, preferiría que no lo hicieras. No somos amigos, ¿verdad? Te pregunté si lo éramos, y no me respondiste, así que supongo que no. —Las palabras se le escapan como un torrente. No puede ignorar la expresión apenada de Lórim. Sería imposible, porque sus ojos parecen contener toda la tristeza del mundo pero, aun así, trata de mantenerse distante.

—Denna, no... no puedo explicártelo. No puedo, es co...

—«Es complicado», ¿verdad? Ibas a decir eso, que es complicado. —Ella le devuelve la mirada con toda la sorna de la que es capaz. Es un mecanismo de protección; una barrera porque, por un instante, ha pensado en ceder, en aceptar las excusas de Lórim aun sabiendo que no son ciertas—. ¿Te crees que no fue complicado para mí confesarte que era Aura? ¿Que no tenía miedo? Eres la única persona a la que se lo he contado, Lórim. Sentía que tú eras el único que podía comprenderme porque estábamos en la misma situación; pero tú no hiciste más que negarlo y negarlo y, al final, me has echado de tu vida. Ya está. Lo acepto. Pero hazme un favor y no me lo pongas más difícil.

Lórim aprieta el folio que sostiene en la mano en un gesto de rabia contenida. Es una faceta nueva de Lórim que, en otro momento, le habría preocupado pero ya no es su amigo. No le importa aunque, durante unos segundos, se le haya encogido el corazón. Se lo merece. Se merece pasarlo mal aunque sea mientras ella esté delante. Él, al menos, durante estos meses que ella se ha sentido tan sola, ha tenido a sus amigos, sus risas y sus bromas. Ella solo ha tenido a Ibar y está empezando a darle la sensación de que, si le diera a elegir entre ella y los estudios, saldría perdiendo.

—No soy como tú, Denna. Te dije la verdad aquel día, yo no... yo no soy como crees.

—Entonces ¿quién eres, Lórim? —Por supuesto que Denna no espera una respuesta. Pero tampoco espera que Lórim baje del escritorio de un salto y se aparte de ella—. ¿Sabes? La última vez que hablamos me pediste que confiara en ti. Pero no se puede pedir confianza ciega sin nada a cambio, Lórim. Eso es ser muy egoísta.

Al escucharla, Lórim jadea y, de pronto, Denna siente que la atmósfera de la habitación se hace opresiva. Los oídos le zumban por la energía contenida. Reconoce la sensación. Es la misma que siente en su interior cuando desea

recurrir a su Familia y no puede. El poder recorre sus venas incapaz de salir a flote y es como estar bajo una tormenta eléctrica los instantes que preceden al estallido del rayo, después del relámpago, cuando todo queda en suspense.

—No vuelvas a decir eso —susurra Lórim sin mirarla.

—¿El qué? —le responde. No sabe de dónde saca las fuerzas. Quizá de su propio resentimiento; pero dondequiera que esa fuerza haya salido, le permite dar varios pasos hacia él hasta que quedan frente a frente—. ¿Que eres un egoísta? ¿Que me ofreciste tu amistad y luego, cuando te vino bien, me la quitaste?

—No es verdad —musita Lórim en voz muy baja, pero Denna puede oírle igualmente. Es irónico, está más cerca de él que nunca. Estudia sus facciones elegantes, el mentón levísimamente partido, el cabello que, a pesar de estar despeinado, sigue pareciéndole suave y los ojos tan claros. Siente que una repentina oleada de tristeza la invade pero Denna se resiste. Ya no quiere que le hagan más daño.

—Pues explícate —le espeta finalmente—. Dame una buena razón para que entienda por qué estás haciendo todo esto, para que deje de estar furiosa, porque de momento no haces más que confirmarme que eres un mentiroso y un egoísta. ¿Sabes? Puedo aguantar sola y sin amigos pero no voy a dejar que juegues más conmigo.

—Cállate, Denna.

—Tú a mí no me das órdenes.

Lórim levanta la mirada y entonces se ríe con la boca abierta, echando la cabeza hacia atrás. Es un sonido tan áspero que a Denna le cuesta identificar como una carcajada.

Cuando le da la bofetada y el golpe resuena por toda la habitación, Lórim se lleva la mano a la mejilla, donde ha quedado una marca rojiza. No sabe

cómo ni por qué lo ha hecho, quizá es toda la frustración, toda la rabia que lleva guardando dentro desde hace tantos meses.

A pesar de todo, le mira a los ojos dispuesta a pedirle perdón, porque de repente advierte en Lórim un dolor que va más allá de lo físico. Un dolor que se mezcla, de repente, con un torrente de emociones más, con vergüenza, miedo y decepción y... a Denna le parece ver todavía otra cosa oculta entre todo eso. Un sentimiento salvaje, reprimido, algo que podría definir, porque no encuentra otra palabra, como «deseo».

Reconoce inmediatamente que tiene que alejarse de Lórim porque siente como si las emociones de él, como si ese... deseo, de repente, la asustara. El que tiene delante, de pronto, ha dejado de ser quien ella creía que era Lórim. Una voz en su interior, su instinto, le dice que tiene que marcharse. Entonces, cuando está dispuesta a salir por donde ha venido, Lórim se yergue y con una voz grave, que le da miedo, susurra:



-Bésame, Denna. Bésame.

Denna no sabe cómo le ha escuchado porque no le parece haberlo hecho con los oídos. Sus palabras le han llegado, más bien, directamente al cerebro; pero cuando se da cuenta ya no le importa porque está caminando lentamente hacia Lórim. Él continúa con la mirada fija en su boca. No está segura de querer besar a Lórim pero cuando llega a su altura, se pone de puntillas.

«¿Qué está haciendo», se dice, frenética. Trata de ordenar a su cuerpo que se mueva hacia atrás, quiere apartar la cara, y no lo hace.

No pasan más de dos segundos antes de que sus labios se unan.

Entonces Denna siente que el estómago le da un vuelco, que algo húmedo explota en su interior a la altura del corazón. Está besando a Lórim. La mente se le nubla y se deja llevar. Es un beso cálido e intenso. Lórim la abraza con todas sus fuerzas y enreda los dedos entre las hebras de su pelo, sosteniéndole la cabeza. Ella cierra los ojos. Los labios del chico son carnosos, encajan contra los suyos a la perfección y en nada se parece a besar a Ibar. Con Lórim parece... real. Es una sensación difícil de explicar, mucho más cuando él sigue besándola y parece que todo su cuerpo se estremezca.

Denna deja escapar un gemido. Está segura de que no es nada propio de señoritas. Las señoritas se dejan besar lánguidamente y, aunque a Denna le gusta que sea así en el orbe, las cinematografías y las novelas, en la vida real ella mueve el brazo por la espalda de Lórim y se aprieta más contra él porque quiere abarcarlo todo, los labios de Lórim y el cuerpo de Lórim que, como si respondiera a su gemido, ahora la besa con más intensidad y lo hace en la comisura de los labios, en la mejilla a besos cortos y ansiosos y cerca de la oreja y entonces susurra:

—Denna...

Todavía están tan cerca que se confunden sus alientos. Denna no sabe qué pensar; no cree haber tenido nunca la mente tan borrosa. Necesita un respiro. Una pausa para ordenar sus pensamientos, pero el susurro de Lórim pronunciando su nombre todavía resuena en sus oídos y le da miles de escalofríos que recorren su espalda sin darle respiro.

—¿Lórim? —le pregunta sin intención, simplemente porque no sabe qué decir. Lórim no responde.

De pronto, él se suelta de su abrazo como si quemara. La empuja. Da dos pasos hacia atrás y se vuelve hacia ella pero no sostiene su mirada ni un segundo.

—Denna... —susurra; pero esta vez el susurro le parece ahogado, de

ultratumba, como proveniente de una garganta que no es la suya.

Ella se asusta, porque no es la reacción que cabría esperar después de un beso como ese. Adelanta la mano, pero Lórim la rehúye. Ni siquiera repara en su enfado de antes. Tan solo es capaz de pensar en lo que ha sentido dentro al besarle. Lórim vuelve a dar un paso hacia atrás hasta chocar contra el escritorio de Ibar. Gruesas gotas de sudor le recorren la frente. Está encorvado, con la boca abierta. Musita:

—No... —Denna no comprende pero él repite—: No...

El chico traga saliva. Sus ojos ya no brillan con la furia de hace unos minutos, ni con la calidez de después del beso. Es diferente. Lo que ve Denna en la mirada del chico es terror, puro y absoluto, del que nace en la boca del estómago, sube por la garganta y te llena la boca de un sabor amargo y putrefacto.

—No... Así, no... —murmura Lórim—. No tenía que haber sido así. Así, nunca. Así, no.

—¿Lórim?

Denna siente que algo se está rompiendo. De pronto, ha dejado de importarle Ibar, ha dejado de importarle todo lo que haya fuera de la habitación porque en su cabeza todavía resuena la voz de Lórim cuando pidió que le besara.

Denna recupera de golpe todos los sentidos: No ha sido ella. Lórim le ha dicho: «Bésame». Y ella lo ha besado. Todavía tiene los labios húmedos y el tacto de su piel en la punta de los dedos, pero... no ha sido ella.

Abre los ojos. El corazón le late con fuerza, como no lo ha hecho nunca. Tiene que apoyarse en la pared porque le tiemblan las piernas. Ahora es ella la que está asustada. Su cuerpo y su cabeza se niegan a creer lo que acaba de ocurrir; sin embargo, ahí están el recuerdo y las sensaciones para darle la razón. Una persona normal no se habría dado cuenta, claro. Cualquiera habría

aceptado el mandato sin reparar en lo que está haciendo; pero ella no es cualquiera: ella es Aura.

—Lórim —replica con voz trémula.

Pero Lórim no responde. Sus miradas se cruzan una última vez y entonces el chico, casi derribándola, huye.

En cuanto se encuentra a solas en la habitación, Denna respira hondo. No querría llorar pero las lágrimas ya le mojan los pómulos. Se cubre la cara con las manos cuando el llanto amenaza con ser más fuerte. Jamás en la vida ha tenido tanto miedo y no sabe cómo reaccionar ante lo que acaba de descubrir; por eso llora. Ella no quería besar a Lórim hasta que él se lo ordenó y ahora siente cada fibra, cada hilo de esas palabras que han doblegado su voluntad, hasta invadirla en lo más hondo e íntimo de sí misma.

Traga saliva y mira al frente, hacia la puerta abierta por la que el chico ha huido. Durante unos instantes ha dejado de ser persona y él la ha transformado en un títere. Un ser sin voluntad, un cascarón. Y que le ordenara besarle, un gesto tan íntimo, que debería ser de amor, todavía lo hace muchísimo peor.

Las lágrimas y el terror entonces se transforman en furia. Lórim Hérshel la ha Dominado. Al final él decía la verdad; no son iguales. Lórim es Dominio y ella acaba de experimentar en su piel la magnitud de su poder. Es un monstruo, y Denna se matriculó en el Liceo para luchar contra cosas como Lórim Hérshel.

No se lo perdonará jamás.

Viernes, 23 de mayo.

Riadas, barrio residencial a las afueras de Blyd.

12.47 del mediodía



Tiene que ser un error. El agente Cait observa la casa, comprueba la dirección y luego, solo para asegurarse, vuelve a levantar la cabeza hacia el chalet de dos plantas y el jardincito frente a la entrada. Todo el barrio refleja una plácida clase media, casitas adosadas a lo largo de calles con parterres de flores. Es el tipo de lugar donde jamás se imaginaría que viviera el detective Brynn. Sube los tres escalones que dan al porche con deliberada lentitud. Levanta una mano para tocar la campanilla junto a la puerta, pero duda. Quizá en la Casa de la Guardia se hayan equivocado. Aunque le han

entrenado para cualquier tipo de situación, no importa lo peligrosa que sea, le daría una vergüenza horrorosa llamar a la puerta que no es.

Al final se sobrepone, porque se ha enfrentado a cosas más peligrosas que la dichosa campanilla, y llama. Desde dentro de la casa no le llega ningún sonido y el agente Cait se da cuenta de que mientras espera golpea rítmicamente el suelo con el pie. Se obliga a parar y tocar otra vez la campanilla con impaciencia. Al cabo de unos segundos, por fin, escucha pasos que se acercan.

El detective Brynn le abre la puerta vestido con un pantalón de lino que ha visto tiempos mejores y una camisa blanca arremangada hasta los codos.

—¿Qué hace aquí? Es mi día libre —pregunta el detective con una expresión de calculado hastío, como las que uno reserva para vendedores de enciclopedias o los vecinos pesados—. Espero que sea importante.

Cait abre la boca para responder pero Brynn ya se ha dado media vuelta hacia el interior de la casa, así que supone que lo está invitando a entrar.

El hogar del detective Brynn parece un lugar agradable, todo es de colores cálidos, con alfombras en el suelo y muebles nuevos, pero hay un vacío aparente de objetos superfluos: libros, cuadros, regalos de familiares bienintencionados, como si su propietario no pasara mucho tiempo aquí. Al fondo, en un patio trasero cubierto de una vegetación casi selvática, hay una mesa de hierro forjado y dos sillas.

—¿Querrá una cerveza? —pregunta el detective tras encender un cigarrillo—. Bueno, no importa; yo, sí.

Media hora después Cait todavía no ha tocado su bebida pero Brynn tiene la suya vacía y, a juzgar por su expresión, seguramente vaya a necesitar otra.

—¿Está seguro?

Cait le dedica una mirada sombría. Es la tercera vez que pregunta lo mismo aunque no le culpa. A él también le cuesta creerlo. Así pues, asiente y por fin centra su atención en la cerveza que permanece olvidada sobre la mesa. Está tibia, así que apoya un dedo en la superficie lisa del botellín hasta que este se llena de diminutos cristales de hielo. Da un trago mientras observa al detective. Brynn permanece callado, como si lo que Cait acaba de contarle no le cupiera en la cabeza y necesitara tiempo para partirlo en fragmentos manejables de información.

—Koem se dedicaba a robar del archivo documentos relacionados con el incendio del palacio de los Indrasil.

—Sí.

—Y páginas de los libros de la biblioteca del Liceo.

—Sí. Todo lo que tenía apuntado en su cuaderno corresponde a los documentos que faltan y a las páginas arrancadas. Todo se refiere a los Indrasil y a la noche del incendio.

—Y dice que el becario de la biblioteca había sido Dominado. —Brynn hace una pausa llena de cautela—. ¿Cómo puede estar tan seguro?

Cait ya se esperaba la nota de hostilidad que acaba de aparecer en la voz de Brynn. Frunce los labios. No sabe cómo responder a su pregunta sin ser directo pero es consciente de que, le diga lo que le diga, no va a gustarle su respuesta. Cait tiene la vista fija en su cerveza, pero para cuando levanta la cabeza ya tiene una mirada de desafío en los ojos.

—Lo Leí. Ya sé que está mal, no me mire con esa cara, pero uno de sus recuerdos estaba bloqueado. Alguien había estado jugando con su mente, estoy seguro.

—¿Alguien aparte de usted, quiere decir?

Cait nota una oleada de bilis subiéndole por la garganta. Siempre ha vivido con la carga de ser Aura pero no puede evitarlo, es su naturaleza. Además,

antes de que él Leyera a la chica de la biblioteca alguien ya le había arrebatado una parte de su vida y Cait odia que le comparen con eso.

—Yo no puedo evitar ser Aura tanto como no puede usted evitar ser Agua, detective, pero no se atreva a compararme con quien sé que ha estado jugando con la mente de ese becario. Tenía sospechas bien fundadas, hice lo que me pareció correcto, no se atreva...

Brynn suelta una palabrota que llena el jardincito. Cait se echa hacia atrás en un reflejo pero vuelve inmediatamente a retomar su posición firme y su gesto seguro. Brynn, sin embargo, mira hacia ambos lados cautelosamente y se inclina hacia delante antes de susurrar:

—¿Es consciente del lío en que se ha metido? Si ese becario se ha dado cuenta de que ha usado Aura con él podría denunciarlo. Rayos, debería denunciarlo yo por un acto ilegal. Por mucho que diga, no tiene pruebas. Lo que ha... visto podría ser cualquier cosa. Podría haber sido alguien como usted utilizando Aura.

—Ningún Aura, por poderoso que sea, puede manipular de esta forma un recuerdo, detective —responde. Sabe que ha hecho lo correcto y la voz le sale calmada—. Nosotros somos solo... observadores, si quiere interpretarlo así. No podemos cambiar los pensamientos, mucho menos bloquear recuerdos. Usted sabe tan bien como yo que solo hay una Familia capaz de algo así. Piénselo —insiste Cait—. Piénselo bien. Todo encaja. De un modo u otro, Koem se topó con que al menos parte de la Familia Indrasil había sobrevivido al incendio. Quizá incluso sabía de quién se trataba. No lo sabremos nunca porque antes de poder contárselo a alguien fue asesinado. Meses después aparece un grupo que se hace llamar los Caballeros del Águila y reivindica su muerte, pero sabemos que a los Caballeros les interesan las grandes acciones y usan siempre Fuego. Los ataques al Parlamento del día de la República primero, y luego el atentado... La muerte de Koem no encaja... excepto si

asumimos que ese Dominio, sea quien sea, está en el Liceo o vinculado a él de alguna forma. Que los Caballeros se inculparan del asesinato fue una cortina de humo. Una distracción.

—Si después del incendio hubiera quedado algún Indrasil vivo, ¿por qué se han escondido hasta ahora? —Después de estar un buen rato aguantándose la réplica, a Brynn le sale fiera y acompañada de una mirada que podría cortar el diamante.

—Porque son listos, detective. El Emperador Asgard el Zorro tenía la Revolución en las puertas del palacio aquella noche y se encontraba debilitado tras Dominar a medio Nylert para acudir a filas en la guerra contra Xool; le habrían derrocado tarde o temprano. Necesitaba tiempo para recuperarse, para reunir a sus partidarios de nuevo. Están vivos, detective. Koem lo sabía y por eso lo mataron. Ahora también lo sabemos nosotros y, si no alertamos a alguien, quizá cuando queramos darnos cuenta, ya será demasiado tarde.

La frase queda flotando en el aire unos instantes, tan densa y cargada de malos augurios que podría crear un campo gravitatorio propio. Por esta vez, Brynn no responde. Simplemente se queda como está, sentado, con la vista perdida en las sombras del jardín.

—Es imposible. —Su voz se ha convertido en un susurro. Visto que Cait apenas ha tocado su botellín de cerveza, Brynn le roba un trago—. Después del incendio se encontraron los cadáveres...

—Se encontraron *unos* cadáveres. Allá murieron decenas, detective. Imagínese, después del incendio había prisa por reconstruir el país, por pasar página. Yo creo... creo que la gente deseaba tanto que todo hubiera acabado que no...

El agente Cait no termina la frase porque Brynn acaba de levantarse de golpe con la cara roja de furia.

—No me digas qué deseábamos, chico. ¡Tú no estabas allí! ¡Si hubieras estado frente al palacio aquella noche sabrías que nadie habría salido vivo de allí!

Brynn tenía veintidós años y lo recuerda perfectamente.

Sus palabras se pierden más allá del jardincito. El hombre, jadeando por el esfuerzo, observa por un instante a su alrededor para asegurarse de que ningún vecino cotilla haya sido testigo de su arrebato y se vuelve a sentar.

Por primera vez, Cait comprende que no es que Brynn no le crea. Al contrario; está asustado, quizá tanto que para él sea más sencillo negar las evidencias. No puede culparle. No obstante, empezaron juntos en este caso, y no es solo que con el tiempo le haya tomado cierto aprecio, es que sabe que si Brynn no le cree, nadie más lo hará. Eligiendo cuidadosamente las palabras que va a decir de antemano, el agente pone los codos sobre la mesa y entorna los ojos.

—Siento si le he ofendido, detective. No era mi intención pero quiero ir hasta el fondo de este asunto. Si al final son solo imaginaciones mías, créame, seré el primero en alegrarme, pero hasta entonces quiero saber qué descubrió Koem exactamente. ¿Dónde están las páginas que faltan en los libros y los archivos robados? Quiero esas pruebas que, como usted bien dice, no tengo.

Brynn se remueve en la silla. Desde que perdiera los estribos se ha quedado con la cabeza gacha, concentrado.

—¿Sabe, agente? —empieza muy lentamente antes de levantar la cabeza y mirarle desafiante—. Espero que por el bien de todos no las encuentre nunca.

—Yo también. —El agente Cait entonces se levanta. Alisa una arruga que ha quedado en su siempre elegante pantalón negro y descuelga su chaqueta del respaldo de la silla—. Creo que ya le he robado demasiado tiempo de su día libre. —Va hacia la puerta acristalada que conduce al interior de la casa y

se detiene. Brynn, sin embargo, no se ha movido de su sitio, tan solo se ha terminado de un trago la cerveza que él apenas ha tocado. Se pone el sombrero con gesto estudiadamente casual y justo antes de salir, añade con una sonrisa ladeada—: Muchas gracias por la cerveza, detective.

Viernes, 30 de mayo.

Pistas de entrenamiento. 11.27 de la mañana



El período de exámenes ha alcanzado el Liceo casi por sorpresa, traicionero. La tensión no solo se siente sino que también se palpa, se huele, se percibe por cada rincón del campus y especialmente en las pistas de entrenamiento, donde los tres primeros días tienen lugar las pruebas prácticas para todos los cursos.

Hoy es el tercer y último día de los exámenes prácticos y en una esquina de la pista los estudiantes de segundo curso están en pleno examen de Lucha. Algunos calientan cerca de las gradas, otros entrenan hasta que sea su turno y Enzo Baaer se pregunta por qué rayos la profesora Dinn ha decidido que la nota final dependa de los combates por parejas que vayan a hacer, y encima

le ha tocado con Kástor. Aunque Dinn suele ser justa evaluando y sabe que valorará sus capacidades individuales y no quién gane el combate, tampoco le apetece que Kástor le dé una paliza delante de todos.

—¿Preparado? —pregunta desde su extremo de la pista.

Kástor no dice nada mientras se aprieta bien las zapatillas de loneta y luego se quita el jersey de entrenamiento, que deja pulcramente doblado sobre las gradas antes de colocarse en posición. Solo entonces asiente milimétricamente.

Y da una palmada.

Las manos de Kástor se cubren de grandes llamaradas verdeazuladas. Enzo puede sentir el calor del Fuego desde el otro lado de la pista y trata de tranquilizarse. Ha entrenado con él docenas de veces, lo conoce perfectamente.

Quizá este sea su principal problema: Enzo conoce al dedillo los trucos de Kástor, sus técnicas de lucha. Sabe que Kástor no va a contenerse porque él sea su amigo. Y también sabe que después de las manos en llamas vienen las bolas de fuego.

Cuando un proyectil al rojo vivo salta desde las manos de Kástor hacia él, Enzo suelta una palabrota y se cubre la cara con los antebrazos al tiempo que una corriente de energía se escapa de su cuerpo para protegerle. Su Familia, Escudo, no se parece mucho a las otras. No depende de ningún elemento en particular sino que es una magia defensiva, de bloqueo. Permite cosas tan sencillas como mantener cerrada una puerta o tan complicadas como devolver la energía de un ataque; pero, de momento, Enzo se conforma con no abrasarse.

El impacto hace que Enzo caiga dando tumbos hacia atrás. Sus problemas no acaban, sin embargo: cuando se incorpora, cubierto de arenilla y con un brazo magullado, ya tiene a Kástor casi encima.

Reuniendo toda la energía de la que es capaz, Enzo salta hacia un lado justo cuando el puño de Kástor pasa rozándole el mentón. Cae al suelo y con la inercia acumulada en el salto clava las manos en el suelo arcilloso de las pistas, que se ondula un segundo como si fuera fluido, y luego estalla en una impresionante erupción de arena y piedras que deja un cráter de recuerdo en medio de la cancha.

Hecho un ovillo tras un Escudo que brilla tenuemente con luz azulada, Enzo mira a su alrededor. Las orejas le zumban por culpa de la explosión y una fina nube de polvo lo envuelve. Al principio no ve a Kástor por ninguna parte. No es tan ingenuo como para pensar que ha ganado, así que Enzo aprieta los dientes en un acto reflejo para seguir en equilibrio. El Vínculo con Tierra que acaba de hacer lo ha agotado considerablemente, pero se esfuerza por mantener el Escudo que lo protege.

Por fin el aire empieza a despejarse. A medida que el polvo en suspensión se posa en el suelo, Enzo vuelve a ver los canales de agua que marcan los límites de la pista, las gradas e incluso a la profesora Dinn, que asiente levísimamente mientras toma notas en su cuaderno. Enzo también percibe un movimiento a su izquierda y se da la vuelta con los brazos alzados a media altura para protegerse la cara.

Kástor está a unos pocos metros de él. Llamadas azules, rojas, amarillas lo cubren hasta los antebrazos y de vez en cuando alguna se escapa y le revolotea por el pelo antes de disiparse. El aire caliente a su alrededor distorsiona el paisaje justo detrás de él como ocurre en los peores días del verano.

Kástor entorna los ojos.

Y entonces se señala con una mano al rojo vivo y dice:

—Yo.

Enzo le ha entendido perfectamente. Significa que ahora es su turno, que

va a contraatacar con todas sus fuerzas y se prepara.

Las llamaradas que cubren a Kástor, en vez de extinguirse en cuanto empieza a correr, se extienden por su torso y sus piernas.

El primer golpe llega como un relámpago al estómago de Enzo para cortarle el aliento. El segundo, al pecho, para desequilibrar. Enzo trastabilla. Se siente como si lo estuvieran golpeando con hierros calentados al fuego y, en un momento de desesperación, estira un brazo hacia los canales que rodean las pistas, atrayendo un torrente de Agua que, en cuanto les cae encima, se evapora sin causar apenas daño. Kástor nunca ha sido especialmente suave en Lucha, pero ahora lanza puñetazos y patadas, retrocede y vuelve a la carga sin descanso. Muy pronto, Enzo se ve forzado a recurrir solo a golpes defensivos y se da cuenta de que no podrá aguantar mucho más si la cosa sigue igual.

Creyéndose cerca de la derrota, retrocede y se cubre la cara con los antebrazos a la espera de un golpe que no llega porque Kástor, por alguna razón, vacila. El Fuego que cubría sus extremidades se extingue y se detiene con el brazo a media altura. Enzo parpadea perplejo y ve su oportunidad de ataque al alcance de la mano.

Lanza una ristra de puñetazos que Kástor esquiva torpemente y luego, aprovechando la inercia del ataque, se agacha para darle una patada en el tobillo. Porque si Kástor puede jugar sucio, él también.

Kástor ha perdido su expresión concentrada y sisea de dolor. Trata de apartarse, pero Enzo no está dispuesto a permitirle que vuelva a Vincular Fuego, así que carga contra él. La cabeza y el hombro de Enzo chocan estruendosamente contra el torso de Kástor, que se retuerce pero no puede zafarse de él, que ya lo tiene bien asido por el cuello de la camiseta que lleva y lo manda dando tumbos al suelo.

Y ya está, ha ganado. No se lo cree y, por el silencio que llena las pistas,

sus compañeros tampoco. Está agotado, cubierto de sudor, pero se vuelve hacia la profesora Dinn.

—¡EXCELENTE, Baaer! —Dinn asiente en señal de aprobación y Enzo podría gritar de júbilo—. ¡Usted y Graadz ya pueden ir a cambiarse! ¡Que pasen un buen fin de semana! ¡SIGUIENTES! —grita la profesora hacia Wen y Dhalik, que ya estaban calentando al fondo de la pista.

Kástor todavía no se ha levantado del suelo. Tumbado con los brazos y las piernas estiradas, la ropa cubierta de polvo rojizo, respira furiosamente y tiene las mejillas cubiertas de un rubor que, Enzo sospecha, no es a causa del esfuerzo.

—Eh, fiero. —No puede contener la sonrisa ufana que se le dibuja en la cara—. Buena pelea.

Le tiende una mano para que se levante, que ahora lo que toca es ducharse y celebrar que han acabado los exámenes de esta semana; pero Kástor se pone en pie de un salto, se sacude el pelo de un manotazo porque le ha quedado lleno de tierra y, sin decir ni una palabra, camina hacia el exterior de la pista, no sin antes chocar contra él intencionadamente.

—En mi casa eso lo llamamos tener un mal perder.

Enzo se vuelve hacia quien acaba de hablar, que no es otro que Vann. Sentado en las gradas golpetea rítmicamente el pie contra el suelo, disimulando con escaso éxito que está hecho un manojo de nervios por el examen.

—Pues ya me dirás por qué, si me estaba dando una paliza.

—¿Vas a hablar con él? —pregunta Vann.

Enzo supone que se le nota en la cara que está a punto de echar a correr detrás de Kástor.

—No debería, ¿verdad?

—Claro que no. —Vann responde distraídamente. Sigue golpeando el

suelo con los pies, pero tiene la vista fija en el otro extremo de las pistas y levanta una mano para saludar a alguien que está a lo lejos.

Enzo se da la vuelta, esperando ver a Edrin Zhark o a cualquier otra chica del Liceo, pero se da cuenta de que Vann saluda a Kózel Hokulea y de que a su lado está Nero, la compañera de cuarto de Wen.



Kástor se ha escondido en su rincón habitual: una pendiente de los jardines con algo de césped, un par de árboles y mucho silencio, quizá porque se contagia de la biblioteca que hay justo detrás. La biblioteca, apartada del resto de las construcciones del campus, está construida aprovechando una pequeña elevación en el terreno y rodeada por un bosquecillo de abedules. A veces necesita ese silencio para escucharse pensar y para tranquilizarse y, aquí, en la parte trasera del edificio, suele encontrarlo. Las zapatillas que usa en Lucha y los calcetines blancos están tirados a un lado. Él se ha tumbado sobre la hierba con las manos detrás de la cabeza y el césped haciéndole cosquillas en las pantorrillas desnudas. Está enfadado; está enfadado consigo mismo por haberse distraído durante el examen y avergonzado por todo lo demás. Ha querido disculparse con Enzo desde el mismo instante en que se ha marchado de las pistas dándole un empujón; pero no ha podido. Estaba nervioso y seguramente lo habría estropeado todavía más, así que Kástor espera. Es una persona muy paciente.

El césped cruje a lo lejos y Kástor sabe que es Enzo por la cadencia de los

pasos. Sin apartar los ojos del cielo azulísimo de finales de primavera, espera a que se siente a su lado. Como siempre, la simple presencia de su amigo, como por contagio, hace que Kástor se sienta más tranquilo.

—Lo siento, Enzo.

Ha tardado un rato en reunir las fuerzas suficientes para hablar y se incorpora con una mueca dolorida. Tiene un moratón monstruoso en el hombro sobre el que ha caído durante la pelea.

No tiene más que decir, así que lo espía de reajo mientras Enzo estira los músculos y después encorva la espalda ligeramente.

—No tenías por qué ponerte así. Para una vez que gano yo. —Algo se rompe en el pecho de Kástor, que resopla lentamente hasta que se le vacían los pulmones y luego respira hasta que se le llenan otra vez. Se inclina hacia delante pero entonces Enzo estira un brazo, le pone una mano en la frente y lo empuja con delicadeza pero con la suficiente fuerza como para tumbarlo de nuevo—. Ya está —dice—. No le des más vueltas.

—Nzo.

—No. De verdad. Déjalo, ¿quieres?

Al cabo de un rato Enzo también se tumba en el césped, que huele a recién cortado, y pasan los minutos sumidos en un silencio plácido. Por eso a Kástor le gusta tanto este rincón del campus. Hunde los pies descalzos en el césped húmedo y piensa que debería levantarse o se dormirá...

—La fiesta de este año pinta muy bien, ¿no te parece? —«La fiesta de este año», dice Enzo de repente. Kástor entreabre los ojos con un respingo—. Quizá... —Enzo duda unos segundos pero después, mirándole fijamente, continúa—: he pensado que esta vez quizá te apetezca ir. No sé...

Kástor enarca las cejas. Es decir, está al tanto de la fiesta de fin de curso igual que conoce lugares lejanos y exóticos como los pantanos de fuego de Klachnodar, el desierto de colores de Tammar o los jardines flotantes de

Meriam: de forma abstracta, de oídas o por el orbe, pero que no prevé visitar en un futuro próximo. Pero claro que está al tanto. Los exámenes duran dos semanas y la fiesta se celebra cada año el viernes que queda en medio; es decir, esta misma noche. Suele haber mucho ruido y mucha gente, y a Kástor no le atraen ni una cosa ni la otra.

—A mí me gustaría... —añade Enzo lentamente. Kástor se vuelve un segundo hacia él pero no le responde. Tras un suspiro casi inaudible, Enzo se incorpora y mientras limpia las briznas de hierba que se le han quedado pegadas al pantalón, susurra—: No importa. Si tú no quieres ir, no vamos. No pasa nada.

Kástor, que se ha sobresaltado muy disimuladamente, se obliga a respirar hondo otra vez. Enzo quiere ir a la fiesta. El año anterior también pero, a última hora, él prefirió quedarse en la residencia y Enzo le hizo compañía. Sabe que si se lo pidiera, Enzo se quedaría otra vez con él; pero no le parece bien. Así que asiente.

—Sí —musita—. Sí pasa. Vamos. Esta noche. A la fiesta.

—¿En serio? —Kástor vuelve a asentir, esta vez con un poco más de convencimiento. Entonces, Enzo vuelve a tumbarse a su lado—. Gracias. Va a estar genial, ya lo verás.

Sin saber qué responder, Kástor se tumba de nuevo y se quedan así, en un silencio cómplice y relajado, durante unos instantes. Una, dos, tres nubes blancas que a Kástor le dan ganas de dibujar, pasan flotando muy alto en el cielo y esta vez sí que cree que podría llegar a dormirse hasta que Enzo se vuelve para mirarlo. Apoya un codo sobre el césped y le pregunta:

—¿Qué te ha pasado durante el examen? No es propio de ti perder así la concentración.

Kástor también se vuelve para mirarlo. Que qué le ha pasado. Tiene que darse unos segundos porque a ciencia cierta no sabe la respuesta. Que le ha

saludado Nero, supone. Que la chica lleva todo el curso haciendo esas cosas y que él siempre se sobresalta porque no es algo a lo que esté acostumbrado. Querría decírselo a Enzo, así, con esas palabras pero lo único que le sale es:

—Nero...

Es solo un instante pero Kástor se da cuenta de que Enzo, por un segundo, ha perdido la sonrisa, aunque enseguida vuelve a recuperarla.

—Pero... ¿te gusta o algo? —pregunta Enzo al final, muy lentamente.

De repente todos los músculos del cuerpo de Kástor se tensan y está seguro de que Enzo se ha dado cuenta. Su primer impulso es huir. Kástor es experto en huir de los sentimientos incómodos y la pregunta de Enzo le incomoda. A pesar de todo, se fuerza por respirar hondo una vez más, concentrar toda su atención en relajar las manos que tiene cruzadas bajo la cabeza y mantener su ritmo cardíaco bajo control. Que si le gusta Nero. O algo.

—No sé —responde una eternidad después. Y es totalmente sincero. Trata de recordar las veces que se ha cruzado con Nero, las pocas que han hablado. Trata de discernir qué ha sentido cuando hoy la ha visto en las pistas y luego Enzo le ha dado una paliza, y se encuentra con un gran misterio. Debería ser algo parecido a lo que sale en los orbes: mariposas en el estómago, dicen. Excitación, anticipación, calor, música de violines de fondo, pero Kástor no siente nada de eso. Al final, totalmente perdido, se decide a hablar. A pesar de sus esfuerzos comienza a notarse la boca pastosa y que las palabras se le atragantan—. Cómo se sabe.

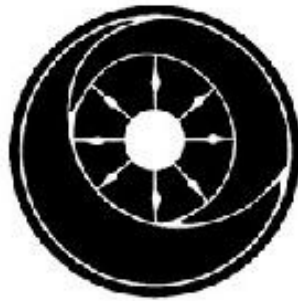
Enzo se lo dirá, reflexiona. Él es bueno con esas cosas. Con la gente. Se lleva bien con todo el mundo y le gustan las fiestas y hacer amigos nuevos. En vez de la respuesta rápida que esperaba, Enzo vuelve la cabeza y lo mira largamente. Kástor no lo interrumpe, no le importa esperar.

—Yo creo que se sabe. Sin más.

Kástor sigue sin entenderlo; pero Enzo ha sonado tan convencido que no se

atreve a seguir preguntando.

—Vamos, fiero. —Enzo, como dando por terminada la conversación, se levanta y le tiende una mano a Kástor. Las líneas de tensión en su rostro se han suavizado y tiene otra vez una sonrisa franca y tranquilizadora en los labios—. Vann nos espera en la cafetería y, si no llegamos pronto, se habrá escapado a ponerse guapo para la fiesta.



La profesora Pymar Dinn observa a Kózel con resignación y le hace un gesto que indica que puede marcharse. Ha sido una de las últimas en hacer el examen de Lucha y no le ha ido del todo mal, cree. Al menos Kózel decide quedarse con esa idea mientras recoge sus cosas y se aleja de las pistas, donde apenas quedan unas pocas parejas pendientes de su prueba. No va a pensar en los exámenes en lo que queda de día. En vez de eso, va a focalizar toda su atención en la fiesta de esa misma noche y en la ducha que piensa darse en diez minutos, que promete ser la más relajante de la historia.

—¡Enano!

Aunque la ducha tendrá que esperar porque Vann llega trotando desde el otro extremo de las pistas.

—Yo ya he acabado por hoy. Por fin ya es fin de semana. Bueno, técnicamente hasta mañana no, pero ya me entiendes.

Se le ve contento. Las semanas anteriores Vann se las ha pasado

estudiando como un poseso, pero ahora parece que sus movimientos sean más ligeros y su sonrisa más radiante.

—Rayos, me estoy asando —murmura sin dejar que Kózel conteste. De un tirón rápido se quita el jersey, se queda despeinado y en camiseta, y Kózel tiene que hacer un esfuerzo deliberado por no mirarlo mucho—. Oye, te he visto hacer el examen. Bien, ¿no?

—Bueno —dice Kózel volviéndose hacia las pistas. En el examen le ha tocado de pareja Tanet Nathrem, que se ha limitado a lanzarle bolas de Fuego como puños hasta derribarla. En cambio ella, al menos ha perdido demostrando todo lo que han aprendido en clase durante este curso—. Dinn no se ha puesto a gritarme cuando he acabado. Así que tengo esperanzas de aprobar y poder seguir en el Liceo el año que viene.

—Claro, hombre, ya verás como sí. Que lo que te dije a principio de curso de entrenar juntos sigue en pie, ¿eh? —Vann le revuelve el pelo y Kózel espera, estoica, hasta que él aparta la mano—. ¿Vas hacia los vestuarios?

A Kózel seguramente se le nota el susto en la cara.

—¿A los vestuarios? Sí... —No va a decirle que no, claro. Sería todavía más sospechoso—. Pero... pero iré en un rato. Creo que me he dejado algo en las pistas. Ve tú, ve. ¿Nos vemos luego?

—Por supuesto. —Una vez más, Kózel cree haber escapado por los pelos porque Vann no da muestras de sospechar que lleva casi un año compartiendo habitación con una chica. Simplemente asiente y se peina precariamente con las manos—. Si compartimos habitación, listo.

Y, claro, tras despedirse de Vann, Kózel ha tenido que regresar a las pistas por si él estaba mirando, y por si acaso, en vez de su camino habitual hacia la residencia da un rodeo por debajo de las gradas de las pistas de

entrenamiento. Es un espacio un tanto oscuro, pero los haces de luz se cuelan por entre los altísimos pilares de piedra que sostienen las gradas como si estuviera dentro de un bosque. Desde donde está, los sonidos de la pista quedan extrañamente silenciados y Kózel avanza a buen paso pero se detiene abruptamente al escuchar unas voces.

Según le ha contado Vann (que es claramente un experto) bajo las gradas a veces van parejas a lo mismo a lo que van detrás del gimnasio antiguo, es decir: a hacer de todo menos entrenar.

Kózel, que prefiere ahorrarse el bochorno, comienza a dar otro rodeo hasta que reconoce una de las voces: Lórim; Lórim, que lleva días rehuendo a todo el mundo y que ahora está con alguien detrás de las gradas y no suena como si estuviera haciendo manitas precisamente. Sin pensarlo dos veces, Kózel avanza con cuidado hacia el origen de las voces procurando no hacer ningún ruido. No hace nada malo, se dice. Total, Lórim sigue siendo su amigo. Y está preocupada porque con ella apenas intercambia un par de palabras al día. Además, se supone que es una futura agente de la Guardia e investigar es parte de su formación. En cuanto sepa si todo está en orden se marchará. Así de fácil.

Tras un par de pasos vislumbra a Lórim, cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Él no la ha visto a ella. Kózel duda un segundo entre acercarse o no, pero entonces reconoce a la persona con la que Lórim está hablando: Denna, con los brazos cruzados sobre el pecho y la barbilla levantada en un gesto orgulloso.

—No creo una sola de tus excusas —le espeta en este momento, apartándose un paso de Lórim.

Quizá demasiado tarde, Kózel se da cuenta de que no debería haberse acercado. Había asumido que Lórim y Denna se habían peleado por una tontería (y seguramente por culpa de él) pero las palabras de ella suenan

cargadas de veneno. Comienza a retroceder tan sigilosamente como ha llegado pero aun así no puede apartar la mirada de Lórim, que hace un gesto espasmódico con los hombros, como de rabia contenida o de amenaza de llanto.

—Denna, por favor...

—No —lo corta ella. Lórim trata de dar un paso hacia delante, pero Denna extiende un brazo para detenerlo. Su gesto quiere ser duro y cortante pero incluso desde donde está, Kózel puede ver que la mano le tiembla—. No intentes nada, *alteza*.

Lórim se aparta de Denna como si acabara de recibir un bofetón y Kózel... Kózel descubre que sus pies han dejado de moverse. No podría explicar por qué; una corazonada, una punta de tensión en el velo del paladar. Con una simple frase, algo dentro de Kózel se ha removido. Antes de poder arrepentirse se ha refugiado detrás de uno de los pilares. Apoya las manos en la superficie rugosa de la piedra y escucha.

—No me llames así. —La voz de Lórim es sibilante, como un gemido asfixiado.

—Parece que le hayas cogido el gusto a dar órdenes, *alteza*.

«Alteza» otra vez. No es un apodo, es un insulto. Más que pronunciarlas Denna ha escupido las palabras directamente hacia Lórim, que se rebate violentamente.

—¡Te he dicho que no me llames así!

—¡Si quieres que me calle tendrás que Dominarme otra vez!

Tras esta frase no hay menos ruido que antes pero lo parece. Quizá porque después de ese «Dominarme» donde prácticamente ha podido oír la D mayúscula, Kózel ha dejado de respirar por un segundo. Quizá es porque está tan ocupada pensando frenética, uniendo las pequeñas pistas, las palabras, los

silencios y las reacciones de Lórim de los últimos meses que todo lo demás se difumina.

Dejando caer su peso contra el pilar de roca, porque casi se le doblan las rodillas de la impresión (todo esto tiene que ser un error, no se cree lo que oye y, a la vez, de alguna forma, tiene sentido) Kózel se fija en Lórim. Necesita atisbar en él una señal de que lo que está escuchando no sea cierto; pero Lórim no contradice a Denna, sino que con la vista clavada en el suelo, parece que solo quiera esconderse debajo del mundo y no salir jamás.

—Por eso tanto pedirme que no hiciera preguntas y que confiara en ti, porque sabías... *sabías* que yo era Aura, que era la única que podía desenmascararte. ¿A cuántos más has Dominado desde que estás aquí? Dime, a cuántos. ¿A qué has venido al Liceo? ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

Las preguntas de Denna son como lanzas de hielo puro y cuantas más hace más se encoge Lórim hasta que por fin parece sacar fuerzas de alguna parte para susurrar en una voz tan débil que Kózel tiene que leerle los labios:

—Yo no...

—No mientas más, Indrasil. —Y si antes, con el «alteza», Lórim se había alterado, cuando ella pronuncia «Indrasil», él parece retorcerse de dolor ante Denna, que solo se detiene para tomar aire antes de soltar un torrente de rabia contenida—. Me da igual lo que digas, no te creo. ¿Piensas que tienes poder sobre mí? ¿Sobre mi familia? Quizá te crees que puedes matarme o hacerme olvidar lo que sé, pero recuerda quién soy. Si intentas cualquier cosa contra mí, tu secreto no estará a salvo. Y si algo me sucediera te juro por mi sangre que te arrepentirás el resto de tu corta vida. Así que márchate, Indrasil. Vete lejos y no vuelvas. Os creíais como dioses y no erais más que una aberración. No nos hacéis falta ni tú ni tu Familia. Ya hicisteis suficiente daño y ahora queréis más; primero al profesor Koem y luego el día de la República y en el

atentado al teatro. ¿No pesan los muertos sobre tu conciencia? ¿No os cansáis de derramar sangre? Diles a tus Caballeros del Águila que...

—No son mis...

—¡No me hables! —El grito de Denna es tan potente, tan cargado de rabia y de miedo que Kózel siente que es contagioso—. No tienes voz en esto. Regresa al agujero de donde hayas salido y deja Nylert en paz, Indrasil.

—Soy Lórim —susurra.

—Lórim no existe.

—Soy Lórim —gime él un poco más alto.

—No hay lugar para ti en este mundo... *Indrasil*. —Denna vuelve a darle énfasis a la palabra, pronunciándola con infinito desprecio.

Denna se da la vuelta. Aprieta los puños y se aleja de Lórim que, jadeando y con los ojos cerrados, parece clavado al suelo.

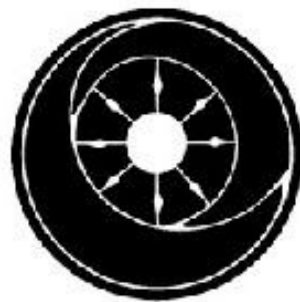
Y Kózel, como si al terminar la conversación se hubiera roto alguna especie de sortilegio que la mantenía en pie, se derrumba. Apoya la espalda en el pilar de piedra y se desliza lentamente hasta el suelo, aterrada, en silencio. Tiene que taparse la boca con las manos para disimular su respiración acelerada y descubre que le tiemblan. Todo encaja. Las expresiones sombrías de Lórim cada vez que se mencionaba a la Familia Indrasil, su reacción tras el atentado, como si fuera culpa suya, sus silencios, esa especie de oscuridad insondable que se le veía a veces en el fondo de la mirada. Ahora lo entiende y a la vez desearía no haberlo sabido jamás.

A su espalda un ruido brusco la sobresalta. Es el sonido de un cuerpo que cae al suelo de rodillas y al que sucede un aullido desgarrado.

—¡¡¡Soy Lórim!!!

Viernes, 30 de mayo.

Liceo de Blyd 10.45 de la noche



Todavía es pronto para que la fiesta alcance las proporciones épicas de cada año pero los más impacientes llevan pululando por la mesa de las bebidas desde que ha terminado la cena. El Liceo al completo ha sido un hervidero de actividad durante toda la tarde: que si qué me pongo para esta noche, que si crees que me encontraré con ese chico de cuarto que tanto me gusta, que si se rumorea que Ibar Blumersett va a ir este año por primera vez a la fiesta y encima acompañado de esa novata de primero...

Encerrada en una de las salas de estudio de la biblioteca donde todo era silencio, Kózel es de las pocas personas que no ha pasado la tarde pensando

en la fiesta. No se ha atrevido a volver a la residencia. No tenía valor de cruzarse con Lórim.

De la sorpresa y el terror inicial ha pasado al escepticismo. Del escepticismo ha pasado a la duda. Y de ahí ha vuelto al miedo. Las palabras que ha escuchado entre Lórim y Denna se suceden una tras otra en su cerebro y, cuanto más intenta detener el flujo de imágenes y pensamientos, más le duele la cabeza.

Una voz dentro de ella le dice que no puede ser real, que es imposible que Lórim sea... pero, al mismo tiempo la sospecha, pesada y rotunda, se abre paso con fuerza cada vez que trata de ignorarla.

Y, de nuevo, ese alarido de Lórim, ese «¡¡¡Soy Lórim!!!» que le partió el alma y que le dejó marcado el cerebro como una cicatriz.

Tiene que escuchar de sus propios labios que él es quien dice Denna que es y después...

Mejor no lo piensa. Lórim no es el único que guarda secretos. Él gritó «¡¡¡Soy Lórim!!!» y ella le cree. Es lo único que tiene sentido. Lórim es Lórim y, como lo es, Kózel, que es su amiga, tiene que hablar con él antes de que sea demasiado tarde.

A la fiesta le falta poco para alcanzar la máxima ebullición cuando Kózel llega al gimnasio antiguo a todo correr. Ni siquiera ha pensado en cambiarse de ropa y es la única que todavía lleva el uniforme. Sus compañeros, en cambio, exhiben sus mejores galas: los chicos, con el cabello repeinado, visten traje y corbata. Aquellos más clásicos van de gris o marrón, mientras que los más atrevidos lucen rayas o cuadros y chalecos estampados. Las chicas, por su lado, llevan faldas de longitudes variables o trajes de chaqueta que son ajustados a la cintura pero que dejan las perneras anchas, todo en

colores brillantes, cuanto más alejado del sobrio uniforme del Liceo, mejor. La zona de baile está atestada. Decenas de parejas bailan cerca de un vetusto fonógrafo mientras que en un rincón del gimnasio, decorado con telas para disimular lo cochambroso del edificio, un nutrido grupo de estudiantes están sentados sobre lo que parecen los cojines de los sofás de las salas de recreo. Detrás de ellos, sobre una mesa larga, hay aperitivos y jarras llenas de bebidas que, Kózel sospecha, no son precisamente zumos de frutas. Lórim podría estar en cualquier parte, así que Kózel extiende la mano hacia el techo. Allí hay una esfera, como un pequeño sol de Ilusión que gira lentamente sobre su eje mientras brilla en tonos que van del rojo al amarillo claro. El sol, de repente, estalla en rayos de luz hasta que toda la sala parece un mediodía de verano. El baile se paraliza y la gente protesta cubriéndose los ojos; pero Kózel hace oídos sordos a sus quejas mientras escrudiña la multitud. No le ve por ninguna parte y un sentimiento cada vez más hondo de alarma, cuando recuerda que Denna le gritó que se marchara lejos, la invade por dentro.

Mientras la luz vuelve a su intensidad habitual, se convence de que Lórim no ha ido a la fiesta. Es lo más lógico pero por algún sitio tenía que empezar después de no haberle encontrado ni en su cuarto ni en la cafetería. Kózel respira hondo, se muerde el labio y trata de pensar en dónde puede encontrarle. Entonces, antes de que el gimnasio quede totalmente a oscuras, ve a una persona con el rabillo del ojo. Si alguien sabe dónde está Lórim, probablemente sea ella.

Así pues se cala la gorra hasta las cejas y, aunque sea una apuesta arriesgada, camina hacia el otro extremo del gimnasio con paso decidido y el semblante serio.



Que baile. Por favor, que Ibar baile o se volverá loca, más de lo que cree haberse vuelto ya, viendo sombras tras cada esquina y enemigos en cada compañero.

Necesita que la distraigan. Que detengan sus pensamientos girando a más de mil revoluciones por segundo siempre en la misma dirección: Lórim. No, Lórim no; Ascot. Ascot Indrasil, el Heredero al trono. Por edad solo puede ser él, el Heredero que se supone que murió en el incendio junto a todos los demás. Son tantas emociones y sentimientos que, aunque trata de evitarlos, el estómago se le revuelve.

Sabe que debería usar Aura para detectar cualquier intrusión; pero no se atreve. Se siente demasiado débil. Todavía le tiemblan las piernas al recordar la conversación que han tenido tras el examen. Todavía se pregunta cómo ha tenido el valor de hacerlo. Debería denunciar a Lór... al Indrasil. Debería estar ahora mismo en la Casa de la Guardia o en el despacho del director o en el Ministerio del Interior. Sin embargo, no lo ha hecho. Y no va a hacerlo. Por el momento. No puede fiarse de nadie. Ahora que sabe la verdad que lleva ocultándose desde hace diecisiete años, no puede confiar nada más que en sí misma. Un paso en falso podría ser todavía más terrible.

Por eso le pide a Ibar que baile. Él se encoge de hombros, más atractivo que nunca enfundado en el traje gris que Denna le ha sugerido que podría llevar para la ocasión. Ella le sonrío y busca entrelazar sus dedos con los de él porque hoy, solo para que su cerebro descansa, necesita que se comporte

como un novio. Que la abrace (que no tenga que pedírselo), que la saque a bailar (sin que ella tenga que tirarle del brazo para que lo haga), que le traiga bebidas como haría un caballero (sin que tenga que sugerírselo).

—¿Habéis visto a Lórim?

A Denna estas palabras le hielan el cuerpo. A ella menos que a nadie deberían preguntarle si ha visto a Lórim cuando solo desea lo opuesto; saberle lejos. Muy lejos.

Su cuerpo se tensa al instante. Se da la vuelta lentamente y baja la cabeza. Es Kózel Hokulea, claro, que siempre va con él a todas partes como un perrito faldero; porque si hay algo que Lórim sabe hacer muy bien es manipular, engañar, hacerte creer que eres importante, que tu amistad cuenta. Para después... Denna toma aire. Lleva llorando a solas desde que el Heredero la Dominó. No va a hacerlo ahora, delante de todo el mundo.

—No —responde con cautela, irguiéndose levemente.

—¿No ha... hablado contigo? ¿Ni contigo, Ibar? —pregunta Kózel.

—La última vez que le vi estaba en la habitación —contesta él mientras Denna le mira con el rabillo del ojo. Ibar tan solo levanta el dedo índice y añade—: Debo decir que hoy se ha comportado. Estaba ordenando su armario, incluso. Y en silencio —apunta como si ese fuera el mayor logro del mundo.

Denna encoge los hombros. A pesar de su media sonrisa despreocupada, entorna los ojos y parpadea una vez. Dos veces. Quizá Ascot Indrasil haya enviado a Hokulea para vigilarla y para comprobarlo solo puede recurrir a su Familia. Nadie va a volver a engañarla otra vez.

Sin embargo, en cuanto Vincula Aura, le llegan de golpe los pensamientos de todos los que la rodean, centenares de voces que hacen eco dentro de su cabeza. Denna tiene que apoyarse en Ibar cuando sus sentidos se sobrecargan

y la invaden las náuseas, pero su novio se comporta como debe y la sujeta, le pregunta si está bien y ella asegura que sí con voz vacilante.

Al levantar la vista, se encuentra con que Kózel la observa con expresión confusa.

—Creo que... —empieza poco a poco—. Creo que seguiré buscándole. — Después, con algo de reparo y con un rastro de sospecha en los ojos que la mortifica, agrega—: Pero gracias igualmente.

Kózel da media vuelta mientras de fondo la música aumenta de volumen, pero Denna apenas escucha las notas. Mira a Ibar, que no ha dicho nada más, y le tira de la mano para que la siga. Tendrá que seguir fingiendo.

—Vamos, quiero bailar, cariño.

Ibar la obedece pero eso no le hace sentir mejor. Al final, ha sido ella quien se lo ha pedido.



Mientras Denna e Ibar pasan a la pista de baile, una sombra cautelosa sale del bosquecillo que queda en la parte de atrás del Liceo. Dice algo ofensivo sobre unos arbustos. El agente Cait se sacude los pinchos que se han quedado pegados a su fiel pantalón negro. Por suerte, el agujero en la verja que usaba en sus años del Liceo para colarse después de que cerraran las puertas sigue sin reparar. Si afina el oído, escucha un sonido distante, vagamente rítmico. Cait sonrío. Se está celebrando la fiesta de fin de curso y piensa que es bonito

que tantos años después algunas tradiciones se sigan conservando, especialmente si le facilitan adentrarse en el Liceo sin ser visto.

Si, tal y como sospecha, hay un Dominio en el campus, prefiere ser discreto.

Comprueba en su reloj de bolsillo que ya pasan de las once y desciende apresuradamente por la ladera.

Tras una larga caminata, se detiene a una distancia prudencial frente al edificio de Administración. Observa a su alrededor para comprobar que no haya nadie y luego mira hacia arriba. Las sombras acentúan la recargada decoración de los ventanales que cubren la fachada, otorgándoles un aspecto siniestro. No se ve ninguna luz en los despachos de los profesores; ni siquiera en la del director Nayer, que suele trabajar hasta tarde.

Echa a correr de repente, sin darse tiempo a pensar porque, a veces, pensar es una distracción. Los pies le resbalan en la gravilla del camino pero consigue llegar con paso firme junto a la pared y dar un salto con todas sus fuerzas, hacia arriba. Y arriba. Arriba. Sus pies y manos apenas tocan la fachada del edificio mientras el Aire lo eleva por encima del primer piso y después del segundo a una velocidad de vértigo. Para el agente especial J. Cait, la gravedad es algo opcional.

Lo difícil, en realidad, es no mirar hacia abajo.

Nota que pierde impulso justo a la altura de la tercera planta y se lanza hacia delante con todas sus fuerzas. El golpe más fuerte se lo lleva su torso cuando choca contra el alféizar de la ventana y después adelanta los brazos con los que se agarra al saliente de piedra. Cierra los ojos. Sabe que está muy alto. Puede sentir el espacio que hay hasta el suelo, un vacío enorme que amenaza con arrastrarlo.

Cait se iza poco a poco hacia la seguridad de la repisa. El salto con Aire ha consumido prácticamente todas sus reservas de energía y le duelen los

brazos; pero le parece mentira lo que puede dar de sí la fuerza de voluntad si de ello depende convertirse en una mancha roja junto a los parterres de margaritas. Los siguientes minutos los pasa acurrucado contra la sombra que proyecta la ventana hasta que su ritmo cardíaco se estabiliza y recupera la fuerza en las manos.

Extiende un brazo. Nada más hacerlo le parece que todo su cuerpo pierda estabilidad y se tambalea pero obliga a sus extremidades a obedecerle a pesar de todo. Da un empujón a la ventana y esta se abre con un chasquido. Cait cae hacia dentro, de bruces y con la cara por delante, porque, por esta vez, antepone la urgencia de encontrar suelo firme a la dignidad.

Tras asegurarse de que no escucha otro ruido aparte de su respiración entrecortada, Vincula Ilusión sobre la palma de la mano para iluminarse. El despacho de Aleus Koem se llena al instante de sombras alargadas. Hace meses de su muerte pero todo está tal y como lo dejó el grupo de fantasmas que Cait mandó a buscar la documentación: las estanterías vacías, unos cuantos papeles esparcidos sobre el escritorio al lado de un antiguo proyector de orbes. La silla desde la que Koem solía fulminar a los estudiantes con la mirada está tirada a un lado como un animal herido. Incluso puede ver, pegada en la puerta, una cinta de precinto amarilla que advierte que se está traspasando la escena de un crimen.

Cait respira muy lentamente. Si Brynn quiere pruebas, las tendrá. Pero no sabe ni por dónde empezar.



—No te caigas, hombre. Un pie delante del otro. Asssí.

—*No'm* caigo —responde Kástor, que se aferra al hombro de Enzo porque de repente el suelo se ha vuelto inestable. O sus piernas, no sabe.

—Claro, porque te estás apoyando en mí, fiero. ¿Vas bien? ¿Quieres que nos sentemos un rato?

—*Hmnah* —masculla Kástor al tiempo que se le escapa la risa floja por la nariz. Se ríe, cree, porque Enzo habla de una forma muy graciosa, arrastrando las *errrrrrres* y las *essssses*. Como si tuviera un trozo de madera en la boca —. *'Toy bien. Solosgue. Creo. S'un como sabes. Neuronas. Se m'están muriendo creo.*

Kástor se hace gracia a sí mismo y se vuelve a reír, esta vez más fuerte. Una parte de él es consciente de que debería cuidar sus neuronas, que le convierten en un chico muy listo y eso, al fin y al cabo, le separa del total fracaso social y laboral. Sin embargo, hoy no le importa mucho. Contra todo pronóstico se lo están pasando bien. Apenas le molesta la gente, y la música y las luces que emanan de ese pequeño sol de Ilusión, que por alguna misteriosa razón ahora es de color verde, apenas son una mancha borrosa en la periferia de sus sentidos. Kástor sospecha que haber contribuido significativamente a menguar las reservas de cerveza de la fiesta tiene algo que ver.

Intenta dar un paso más, indeciso, y al final apoya todo su peso en Enzo y se deja llevar. Tiene... burbujitas, burbujitas en la cabeza y en la nariz, que le hacen cosquillas. Y mucho calor. Lucha por aflojarse la corbata con una sola mano.

—¿*Ánde* vamos *'ora*?

Kástor ve, un poco borroso y de color verde, cómo Enzo mira a su alrededor. Han llegado a la fiesta con Vann, pero este se ha escapado nada

más ver a Edrin Zhark. Ellos, desde los cojines del rincón, comentaban el espectáculo como si se tratara de uno de esos documentales de animales que emiten por las tardes en el orbe: «Un ejemplar de Vann Strainir se mueve, confundiéndose hábilmente con el entorno. ¡Atención! De repente vislumbra algo que le interesa —decía Enzo mientras Kástor se reía sin parar—, un magnífico espécimen de Edrin Zhark acaba de entrar en su territorio. Vann Strainir, agazapado entre la maleza, espera el momento ideal para atacar...». Sin embargo, será que Vann ha hecho algo bien, porque en vez de darle una torta, después de un rato de charla y de espantar a media docena de pretendientes más, Edrin ha sonreído y se han ido los dos hacia la azotea del gimnasio para, como dirían en los documentales, «seguir la llamada de la naturaleza».

Mientras estaban sentados, se sentía más o menos sobrio pero al levantarse la cosa se ha torcido y lo han hecho con terribles consecuencias. Las compuertas de su ingesta alcohólica se han roto y les han inundado la cabeza. Kástor todavía es bastante consciente de sí mismo y de sus acciones pero todo lo que le rodea está como difuminado por los bordes.

—¿Nzo? —pregunta otra vez. Su amigo se ha quedado como atontado un buen rato y ambos se mueven ahora a la deriva por entre la gente, aunque Kástor identifica una especie de patrón rítmico en los gestos de Enzo. No tiene ni idea de qué puede significar. Ahora mismo está más preocupado porque, de repente, se nota la cabeza a varios kilómetros de distancia de sus pies. Entonces Enzo le mira y está como muy serio. Es el tipo de seriedad que se consigue cuando has bebido más de la cuenta y una muy, muy mala idea parece una idea genial.

—*Vamosss* a bailar, anda.

Entonces la consciencia de Kástor regresa vertiginosamente a la Tierra. Una parte de él está lo suficientemente lúcida para musitar:

—Qué. *Nono*. Yo no bailo.

Pero Enzo ha pasado de la seriedad a una sonrisa ilusionada y a pesar de que Kástor siente de repente que cada pie le pesa una tonelada, lo va arrastrando hacia la improvisada pista de baile.

—¡Vamos! Es divertido, solo *tiensss* que seguir el ritmo. —Y todavía con Kástor bien agarrado para que no se le caiga, Enzo mueve los pies más o menos al ritmo de la música.

Kástor da un respingo. Solo mirando las parejas que bailan a su alrededor, ya se marea. Hace un par de movimientos que le salen a destiempo, pero Enzo se apresura a hacerle un gesto de ánimo con las manos.

—¡Bien, bien! Ahora un poco más rápido.

Kástor trata de repetir el movimiento, atento a unos pies que, supone, son suyos. Recuerda vagamente que Enzo le ha dejado unos zapatos de piel teñidos a dos colores, blanco y marrón. Los suyos estaban demasiado viejos.

Se concentra en la música. Un piano, luego una trompeta con sordina que hace la melodía. De fondo, la batería marca el compás. Usa patrones rítmicos, ascendentes. Después se suma un contrabajo y, a continuación, el clarinete y el saxofón. Entonces parece que cada instrumento vaya cada uno por su lado en un ritmo cada vez más rápido. A Kástor, que se le dan bien las cosas regulares, mesurables, le da la sensación de no estar haciéndolo bien porque, en vez de moverse en la misma dirección que Enzo, ambos acaban chocando y casi vuelven a caerse; pero su amigo se ríe y él, no está seguro de por qué, también. Si estuviera en plenitud de sus facultades, Kástor ya se habría muerto de la vergüenza pero solo trastabilla hacia atrás. Suerte que su espalda choca contra alguien o el golpe habría sido, además de épico, asqueroso, porque el suelo está lleno de bebidas derramadas y de algo que no es bebida y que Kástor preferiría no descubrir.

Trata de recuperar el equilibrio y casi se vuelve para pedir disculpas a su

pobre víctima cuando escucha «Cuidado, primo» y esas palabras atraviesan las brumas del alcohol para ir a clavarse directamente en su cerebro.

—Qué... sorpresa verte aquí. —A Sammler la piel le brilla cubierta de sudor y, en su boca, la palabra «sorpresa» parece sucia, casi una palabrota.

Mientras nota cómo el estómago se le vuelve del revés, Kástor recuerda por qué él no baila: porque le hace sentir estúpido, estúpido, estúpido. Retrocede, y se le debe de haber pasado la borrachera del susto porque de repente es dolorosamente consciente de todo lo que hay alrededor, de la música y de la gente, del calor que hace, de las luces parpadeantes y de las ganas que tiene de vomitar.

—No sabía que admitieran a gente como tú en la fiesta. —Sammler se pasa la lengua por encima de esa sonrisa que tiene, de hiena, una sonrisa de animal que muerde la mano que lo alimenta—. Bailas muy bien, primito.

Kástor se encoge sobre sí mismo y se tapa las orejas. No quiere oírle, quiere huir de aquí y que cese el ruido de una vez pero cuando se rebate se encuentra con que hay demasiada gente. La barrera de cuerpos que siguen bailando o que charlan por los rincones ajenos a todo se le hace insoportable. Es como si las paredes se encogieran sobre él asfixiándole, y abre la boca para gritar.

—Eh, eh, tranquilo —escucha entonces cerca del oído junto a una presión tranquilizadora sobre los hombros—. Venga, vayámonos de aquí.

Kástor se aferra a Enzo como si fuera un salvavidas, demasiado agradecido para decir nada. Si cualquier otra persona le tocara en un momento así Kástor podría explotar; pero las manos firmes de su amigo le rodean la nuca y la espalda infundiéndole una seguridad que no tiene y le guían lentamente hacia la puerta. Ni siquiera mira ya a Sammler, aunque todavía tiene sus palabras resonándole en los oídos. Que no se admite gente como él en la fiesta.

Cuando la puerta del gimnasio se cierra tras ellos, Kástor resuella y se

dobla sobre sí mismo con las manos apoyadas en las rodillas. Sigue con el estómago revuelto y podría vomitar toda la cerveza sobre el césped. La cabeza le da vueltas. Le duele lo que acaba de ocurrir y se maldice por haber reaccionado de esa manera. Se estaba divirtiendo, estaba siendo normal, y Kástor, en el fondo de su corazón, lo único que quiere en la vida es ser eso, normal.



Mientras tanto, en el despacho del difunto Aleus Koem, el agente Cait está sentado en la silla del profesor y observa la habitación en penumbras. Cuando él era estudiante, visitar el despacho de Koem era algo visto con reverencia porque la fama del hombre era tan grande que se derramaba hacia los lados y llegaba al borde de la leyenda. Koem siempre les recibía desde ese mismo lugar con una mirada de cejas fruncidas que daba a entender que uno nunca llegaría a ser tan buen profesional como él.

Ha comprobado todos los cajones, todos los paneles de la pared sospechosos de ocultar algo detrás. ¿Dónde están las páginas de los libros que arrancó? ¿Dónde están los archivos robados?

Existen dos posibilidades: que el asesino se los llevara después de matar a Koem o que todavía estén escondidos en el Liceo.

Cierra los ojos y vuelve a abrirlos. Su vista se posa sobre lo primero que tiene delante: el proyector de orbes. Nunca había visto un modelo tan antiguo. Es un trasto hecho de metal y vidrio, una serie de lentes

superpuestas, tubos y engranajes que apenas guardan alguna similitud con los reproductores modernos. Seguramente ni funcione. Koem debía de usarlo como adorno, aunque Cait no recuerda si el proyector ya estaba en el despacho cuando él estudiaba.

El agente se reclina en la silla. Se frota los ojos. Es tarde y de momento no ha conseguido nada; pero no piensa rendirse. Vuelve a mirar el revoltijo de papeles que cubre el escritorio. Casi por hacer algo, Cait toma una hoja de papel y, acercando la centella de Ilusión que tiene entre los dedos, empieza a leer. Sonríe al comprobar que es un examen, seguramente por eso sus compañeros lo dejaron donde estaba, porque no tenía ningún interés para la investigación. Solo por curiosidad da la vuelta a la hoja para ver la nota, que resulta ser un cinco pelado, escrito a tinta roja en la parte superior de la página. Una lástima que Koem no aprobara a nadie con menos de un siete.

Está a punto de depositar el examen de nuevo en el escritorio cuando duda, se detiene y vuelve a leer más detenidamente. Un cinco pelado, sí, que Koem garabateó al lado del espacio reservado para poner el nombre del estudiante y la fecha. Es ahí donde no le cuadran las cosas. Casi se le había pasado por alto porque el trazo en tinta roja casi lo tapa del todo, pero la fecha está mal. Debería poner 1945, Koem murió en noviembre de 1945 pero escrito con pulso tembloroso, Cait ve un 1940. No tiene sentido que encima del escritorio del profesor haya un examen de hace cinco años.

Solo por si puede significar algo, Cait toma otra hoja del escritorio y no le sorprende ver que es otro examen con fecha de 23 de octubre del 42. Comprueba otro; y otro. «¿Por qué hay exámenes viejos sobre el escritorio del profesor Koem?», se pregunta el agente Cait con la sensación de estar acercándose a algo. Porque no están en otra parte. Los profesores están obligados a guardar las pruebas durante cinco años antes de destruirlas y,

durante todo ese tiempo, los exámenes y trabajos se guardan en un almacén al fondo del pasillo.

Cait se levanta de la silla como si le hubieran pinchado con un alfiler y sale del despacho pasando por debajo del precinto amarillo. El ruido de sus pasos queda amortiguado sobre el suelo de madera mientras se desliza hacia su derecha, furtivo y pegado a la pared. Nota el vértigo en la boca del estómago como si volviera a estar colgado a veinte metros del suelo.

Cuando llega junto al almacén le tiemblan las manos pero logra abrir la puerta sin que emita ningún ruido. Dentro, la oscuridad es espesa, huele a polvo. La luz de Ilusión que lleva Cait solo consigue crear una explosión de sombras a su alrededor. Dentro del almacén hay de todo: una silla rota, varias alfombras enrolladas, lámparas y acumuladores Monsett de repuesto. Al fondo, varios armarios que llegan hasta el techo parecen esperar su turno para ser examinados. Cait lee los nombres escritos en una tarjetita sobre cada puerta: NOGHA, DINN, VORAK, NOCK, DHELK... KOEM, el último. Nada más acercar la mano puede notar el poderoso Escudo que mantiene la puerta cerrada.

Pero Cait ya sonríe, porque nadie pondría una barrera así solo por un puñado de exámenes viejos. Cierra los ojos.

El aire en el almacén se enfría rápidamente. La luz titila como alcanzada por una brisa y se apaga, dejando a Cait arrodillado y a oscuras. El esfuerzo por deshacer el Escudo le está entumeciendo los brazos y nota una presión entre los ojos, un punto de energía concentrada justo donde se unen sus cejas. Al primer intento cae resollando sobre el suelo sucio. En el segundo no lo hace mucho mejor, la presión en la frente acaba convertida en un dolor punzante y Cait tiene que dedicar unos segundos a frotarse el puente de la nariz. A la tercera respira hondo y tantea el Escudo otra vez. Casi lo tiene, se le escapa de entre los dedos pero él insiste. Le han entrenado durante años

para esto. El suelo empieza a vibrar, pequeñas cascadas de estuco se desprenden del techo y van a parar a su cabeza al tiempo que se permite un suspiro de alivio porque casi lo tiene, casi, solo un esfuerzo más y la barrera se deshace en sus manos tan repentinamente que él cae hacia atrás de la inercia.

A la luz de una nueva Ilusión, Cait se incorpora. La puerta del armario se abre dócilmente cuando él tira de la manecilla y una avalancha de carpetas y hojas de papel cae estrepitosamente sobre su cabeza. Los ojea a medida que los va recogiendo y los reconoce. Son los documentos que Koem robó del archivo, las páginas arrancadas de los libros. Es lo que buscaba y resulta que estaba en el armario que tiene delante, metido a toda prisa, sin cuidado, en el primer lugar seguro que Koem pudo encontrar antes de morir.

Cait recoge a toda velocidad todo lo que puede abarcar y forma una pila en precario equilibrio sobre su brazo derecho. Ahora que lo tiene, es mejor que se marche. Cuanto antes. Se dispone a cerrar la puerta cuando un objeto en uno de los últimos estantes llama su atención. Es una caja ovalada de madera, le cabe perfectamente en la mano cuando la sostiene para examinar qué contiene. Dentro, un orbe de cristal brilla tenuemente con luz propia.

Cait mira hacia atrás. ¿Qué dijo Graadz? Que faltaban documentos, dijo, y fotografías y... vuelve a mirar el orbe. Por el tamaño cabría perfectamente en el reproductor que Koem, ahora está casi seguro, no tenía cuando él era un estudiante.

Es tarde, se repite mientras regresa tambaleándose al despacho del profesor. Cualquiera podría ver la luz de la ventana, sería una estupidez no esperar un poco y ver la grabación en un lugar seguro pero...

Fuera, en los jardines, una sombra espera.



A Enzo le parece que la puerta del gimnasio antiguo se abre con un sonido atronador. Durante unos segundos flotan en el aire la música y el griterío pero, entonces, las dos pesadas planchas de madera se vuelven a cerrar y solo queda un silencio amortiguado por las notas más graves de la canción, que resuenan como un trueno lejano. Más que caminar, mueve las piernas con la esperanza de que algo de terreno pase por debajo; pero de alguna forma consigue que el gimnasio quede cada vez más lejos y los árboles de la orilla del lago, más cerca. Tiene el brazo de Kástor alrededor de los hombros para sujetarlo. Es como un peso muerto. Cuando no puede más, suelta a su amigo y la gravedad hace el resto. Kástor cae a plomo sobre un retazo de hierba y él deja que las rodillas se le doblen hasta que acaba sentado a su lado.

Maldita sea. Lo estaban pasando tan bien que no comprende cómo puede haberse torcido todo y piensa que maldita sea, maldita sea, porque Kástor ya no dice nada y lleva un rictus de seriedad en la boca que le preocupa y a él le duelen todos los huesos del cuerpo de solo pensar que pueda estar bloqueándose.

—Kást... ¿Kástor? Kástor estás... Kástor, mírame. —Lo piensa un poco y añade—: Eh, eh. Kástor.

No sabe si tocarlo o no. No, mejor que no. Retira la mano y se inclina hacia él. Trata de mirarlo a los ojos, pero Kástor tiene la cabeza gacha. Tras una larga espera, su amigo solo menea ligeramente la barbilla.

—¿Quieres... quieres que volvamos a la residencia?

Por segunda vez, Kástor niega con la cabeza. Enzo parpadea. Entre la oscuridad y la cerveza le cuesta enfocar la vista, pero le parece que Kástor quiere decirle que no está bien pero que tampoco quiere moverse. Él va a respetarlo, harán lo que Kástor quiera. Incluso si le pide que se tire al lago, lo hará. Eso también. No cree que en sus condiciones sea capaz de nadar, pero con suerte quizá flote.

Se da cuenta, tarde, de que está pensando incoherencias. Es la cerveza otra vez, que habla por él, así que mejor no dice nada y, con mucho cuidado, se arrima un poco más a su amigo. No sabe por qué rayos hace tanto frío si están a finales de mayo.

Cuando mira hacia arriba, hay muchas estrellas.

—*Nzo.*

Enzo da un respingo. Se había quedado embelesado con el espectáculo pero la voz de su compañero le llama de vuelta. Kástor, sin embargo, no dice nada más. Dibuja con el dedo sobre una porción de tierra sin césped mientras se balancea muy poquito, concentrado. Con solo verle, Enzo se marea. Sabe que está borracho. Se lo nota en la sangre y entre las orejas, donde una masa algodonosa ocupa el espacio donde solía encontrarse su cerebro. Tiene la boca pastosa, como llena de calcetines, y las palabras, en vez de presentarse ordenadas dentro de su cabeza, no hacen más que enredársele en la punta de la lengua. A pesar de todo, logra alinear lo bastante sus pensamientos como para murmurar:

—Dime.

Kástor sigue dibujando sobre la arena, pero la forma en que frunce los labios indica que está cavilando algo. Enzo trata de esperar pacientemente a que se decida, pero al final siente una oleada de náuseas y cree que va a vomitar pero, no. Es la frase que quería decir hace rato y que ahora sale toda de golpe.

—Oye, Kástor... siento... lo siento. Sé que no te gustan las fiestas porque hay mucha gente, pero pensé... pensé que estaría bien. —Como ya se le han pasado los efectos excitantes del alcohol y tan solo quedan los que le hacen sentir como un desecho humano, Enzo entorna los ojos y arruga el borde de su camisa para descargar un poco de su frustración—. Te prometo que no volveré a insistirte.

Le sorprende un gesto brusco que Kástor hace con la cabeza, como un espasmo. Va a decir algo, seguro. Enzo se inclina para indicar que le escucha, pero las palabras de Kástor se niegan a salir. De repente, el chico le sujeta la muñeca con una mano llena de tierra y da un tirón al brazo de Enzo que, además de captar su atención, casi logra derribarlo.

Entonces, lo que ocurre es una sonrisa como a cámara lenta.

Kástor, todavía con la cabeza gacha y el ceño fruncido, aprieta los labios. Primero se le tensan y se le cierran ligeramente los ojos. Después, ante la sorpresa de Enzo, los músculos de la cara se le relajan y los labios se le curvan hacia arriba. Su amigo nunca sonríe, al menos no tan evidentemente y, como si se avergonzara, Kástor baja la cabeza todavía más y tensa la mano con que sujeta la muñeca de Enzo mientras murmura:

—Nono. No *lo'ntiendes*. Lo he pasado bien, sabes. Estaba siendo. Ya sabes. Normal. —Kástor se detiene a recuperar el aliento porque debe de haber sido una frase muy larga para él. Da una bocanada de aire después de esa palabra que Enzo sabe que contiene un dolor atávico que Kástor guarda en el pecho a diario: «normal». Ahora sí que está mareado. Mira por inercia la mano con que Kástor le sigue sujetando. Comprende lo que quiere decir con «normal» y ese dolor que siente Kástor se le contagia. Quiere decirle algo, rebatirle la idea con un argumento convincente; pero siente todavía la boca pastosa y las palabras lentas. Entonces, sin perder esa sonrisa que le ha aparecido por sorpresa en la cara, Kástor prosigue—: He bailado. Gracias.

—Es verdad. Has bailado —le responde en voz baja tras unos segundos—. Pero no... no me des las gracias. —Se agita como para espantar la palabra. Gracias, dice. Kástor... Kástor no se da cuenta de nada. Lo único que siempre ha deseado Enzo es hacerse agradable a los demás, pero hasta que se conocieron no había sido imprescindible para nadie. No se había sentido... especial—. Debería dártelas yo. Que me has dejado ser tu amigo.

Le observa. Lo conoce perfectamente y sabe que aunque Kástor parezca más interesado en el paisaje que en él, en realidad es que para Kástor es suficiente sujetarle la muñeca para sentirle a su lado, no hace falta que le mire. Al cabo de unos segundos sacude la cabeza y gruñe:

—Tontería.

Una sola palabra acompañada de un brusco tirón de muñeca que lo zanja todo. Es una tontería, no tiene sentido porque la amistad es algo que se da libremente, sin esperar nada a cambio. La información tarda unos minutos en cuajar dentro de la cabeza de Enzo y al final llega fragmentada, como en un sueño, pero le deja una sensación cálida en el vientre. Ya ni siquiera recuerda por qué se sentía tan mal.

Asiente lentamente, tratando de no marearse más. Hace frío pero Kástor es como una estufa humana y él tiene sueño. Cierra los ojos un momento pero vuelve a abrirlos porque Kástor le ha soltado la muñeca para seguir dibujando y se inclina para ver qué le tiene tan concentrado.

—Eh... —murmura, inclinado sobre el hombro de su amigo. Solo son surcos en la tierra húmeda, pero de alguna forma su cerebro recompone el juego de luces y sombras hasta formar el paisaje que hay delante de ellos—. ¡Es lo que se ve desde aquí!

Kástor asiente con un movimiento minúsculo de la barbilla. Luego, con el dedo pulgar, traza una línea sinuosa en medio del dibujo que, como por arte de magia, se convierte en una silueta sentada junto a la orilla. Enzo casi ni se

atreve a preguntar. Le parece que las palabras, en un momento como este, están de más.

—¿Soy yo?

Otro leve asentimiento. Kástor detiene la mano a media altura sobre el suelo. Le está escuchando.

—Ahora, tú.

Enzo sabe que Kástor nunca se dibuja a sí mismo pero a él le parece injusto, así que estira un brazo y con el dedo índice dibuja lo poco que sabe hacer: un círculo, una raya representando el torso y cuatro más que son las piernas y los brazos. Al final, tras dudarlo un poco, añade una línea en zigzag por encima del círculo, porque Kástor se ha peinado con gel y lleva el pelo apuntado.

—Así mejor.

No esperaba que esto le arrancara una carcajada a Kástor. Qué cosa más tonta. Quizá se ría de su dibujo de palo, pero cree que no es por eso. Será verdad que, a pesar de todo, se lo ha pasado bien en la fiesta y Enzo lo imita.

Ríen hasta que se les termina el aliento y todavía un poco más, apoyados el uno contra el otro mientras el paisaje a su alrededor zozobra. Enzo ya no sabe qué está arriba ni qué está abajo mientras trata de encontrar la cara de Kástor y ponerle las manos en las mejillas.

Él querría hacerle callar. Esta es su única intención, tranquilizar a Kástor porque es tarde, están cansados, mañana las nubes dentro de su cabeza se habrán convertido en cuchillos y tienen que sacar buena nota en los exámenes. Sin embargo, es repentinamente consciente del tacto de Kástor en las yemas de los dedos, de su aliento acelerado, de que sin quererlo se le ha erizado el vello de la nuca. En ese momento Enzo se inclina bruscamente hacia delante, como si cayera, y ya es demasiado tarde para frenar porque chocan frente contra frente, nariz contra nariz. Que acabe siendo también

labio con labio solo depende de un breve momento de duda, en que Enzo se pregunta qué rayos está haciendo y se responde a sí mismo, de forma vaga y ética, que no lo sabe, pero le parece que besaré a Kástor igualmente.



El agente Cait no puede correr, así que camina lo más rápido que se lo permite el tobillo que se ha torcido al saltar desde la ventana del despacho de Koem al suelo. Eso le ocurre por mirar hacia abajo. Nunca hay que mirar hacia abajo.

Trata de aislar el dolor donde realmente pertenece, en la cabeza y no en el tobillo. Puede que fuera Koem quien dijera alguna vez que el dolor estaba en la mente. Koem era de esos, un tipo duro. Parece que por un rato funciona. Avanza a trompicones colina arriba, apretando contra el pecho un fajo de documentos, todos los que ha podido cargar. También es consciente del peso en su bolsillo, de la caja que contiene el pequeño orbe de cristal...

El orbe. Ahora que ha visto qué hay registrado en él, sabe que el orbe es la clave de todo. Si no tuviera tanta prisa por salir del Liceo, sonreiría al imaginarse la cara que pondrá Brynn cuando se lo enseñe. El orbe y las páginas arrancadas demuestran que el Heredero Indrasil sobrevivió al incendio.

El camino da un rodeo y un reflejo plateado delante de él le indica que ya está llegando a la orilla del lago. Se ha levantado un viento helado que arrastra consigo un retazo de música proveniente del gimnasio antiguo pero,

por lo demás, los jardines están tranquilos. Quizá... quizá esa presencia que le ha parecido percibir desde el despacho solo haya sido fruto de su imaginación.

Durante varios segundos las orejas se le llenan con el sonido de su propia respiración y espera a que su ritmo cardíaco se normalice. Entonces, en su cabeza se forma una pregunta, y se apresura a seguir mientras la duda gira dentro de ella.

¿Quién más lo sabe? ¿Cuánto poder tienen? Ha sido el suficiente para organizar todo el engaño y mantenerlo oculto casi veinte años. ¿Son los mismos que quitaron de en medio a Koem cuando se acercó demasiado a la verdad?

Se detiene al escuchar algo. Seguramente no haya sido más que una rama al romperse. Existen una serie de ruidos perfectamente naturales como ramas que crujen, pequeños animalitos en sus madrigueras y demás, que pueblan un lugar semisalvaje como son los terrenos del Liceo. Una rama, eso es, que se rompe por sí sola. No porque alguien la haya pisado.

Lo que ya no sabe es cuántas probabilidades hay de que en la naturaleza se rompan dos ramas seguidas por casualidad; pero cree que muy pocas.

Todas sus horas de entrenamiento, la experiencia de sus años como agente y un sentido todavía más primario, el de la propia supervivencia, se ponen alerta. Cait se agazapa entre el césped y ahoga, mordiéndose la lengua, un gemido que se le escapa al apoyar su peso en el tobillo recién torcido.

Escucha atentamente pero solo hay... silencio. Todavía puede seguir siendo fruto de su imaginación. Está herido y agotado, pero hay algo en la quietud del campus que tampoco le parece del todo normal. Sin embargo, cuando abre bien los ojos y trata de escudriñar la oscuridad que lo rodea, no ve nada.

Casi sin pensarlo, Cait parpadea dos veces seguidas para activar Aura. Poco a poco su consciencia se expande. Empieza con lo que le queda más

cerca, las briznas de hierba que rozan sus pies y los animales que allá viven, seres pequeños de mentes pequeñas que le dejan un sabor terroso en la boca. El agente insiste, relaja el pecho y envía su poder más lejos, más allá del camino, hasta los árboles que quedan justo detrás. Capta una masa burbujeante de diminutas ideas unidas entre sí que debe tratarse de un hormiguero, junto a la afilada y feroz consciencia de un zorro que va de caza. Al final de todo, casi fuera de su alcance, Cait encuentra... algo.

Es algo que no debería existir; una mente vacía. Negra. Al Vincular Aura, la mente de una persona se ve como un estallido de luz; pero esta está apagada, moribunda, como si un parásito se estuviera alimentando de ella. No había percibido nada así en su vida, pero lo reconoce inmediatamente. Se trata de una persona bajo Dominio: un títere.

No le alegra saber que tenía razón y que hay un Dominio aquí, en el Liceo.

Siente un estallido de dolor al rojo vivo cuando se pone en pie otra vez. Tiene que pensar con rapidez. Se plantea una docena de posibilidades. Se vuelve hacia el bosque que queda justo al otro lado del lago, por donde ha llegado él a través del agujero en la verja, pero está demasiado lejos. La vista se le va entonces hacia la derecha, hacia la sombra del gimnasio antiguo inmerso en la fiesta y eso significa gente, movimiento, testigos.

Después se arriesga a echar una mirada a su espalda y por fin intuye una silueta al borde del camino. No distingue nada más, es solo una sombra oscura en el fondo ya de por sí lúgubre de los jardines y no parece tener mucha prisa. Se limita a avanzar, como si tuviera la certeza de que lo alcanzará tarde o temprano. Aprieta fuerte los dientes. Su tobillo tendrá que aguantar un poco más.

Echa a correr hacia el gimnasio antiguo. Un violento vendaval lo alcanza en la espalda cuando ya distingue la pesada estructura del edificio frente a él.

Cait es vagamente consciente de que su tobillo torcido ahora ya está roto mientras cae dando tumbos hacia delante.

Trata de ponerse en pie. Siente todo el cuerpo entumecido, trastabilla y cae otra vez. Una punzada en el costado le indica que acaba de clavarse algo que llevaba en el bolsillo; la caja con el orbe. A su alrededor ve los documentos que escondía Koem, sus pruebas, desparramados en el césped, pero por lo menos tiene el orbe. Es importante.

Se levanta de nuevo mientras el dolor se hace todavía más insoportable. Está agotado. Sin embargo, escucha la sangre correrle por las venas y la adrenalina hace que le tiemblen los dedos. Eso será suficiente para lo que se propone.

Levanta las manos hacia el cielo. El aire nocturno crepita, cargándose de electricidad estática mientras Cait se prepara para lanzar un Rayo hacia la figura que cada vez está más cerca.

Y de repente, parece que las sienas le vayan a estallar de dolor. Dentro de su cabeza todo se vuelve blanco un instante justo antes de escuchar la voz, prístina en el fondo de su mente:



«No es necesario luchar más».

Es cierto. No vale la pena defenderse, es inútil, inútil. En realidad, si lo piensa bien, merece lo que está a punto de ocurrirle...

A la vez, Cait sabe que esos pensamientos no son suyos. Es Aura y, como Aura, puede darse cuenta de que está siendo sometido a Dominio.

Pero no puede hacer nada por evitarlo.

Un segundo torbellino de viento lo alcanza de pleno, levantándole del suelo.



La música llega amortiguada desde el gimnasio antiguo y Kózel corre por el

sendero junto al lago. Después de lo que ha dicho Ibar y de buscarle por todo el gimnasio ha atado cabos: Lórim va a hacerle caso a Denna y se marcha. Hoy mismo. Tendría que haberlo sospechado. Si ella hubiese querido escaparse, también habría elegido la noche de la fiesta; los profesores hacen la vista gorda y los caminos están llenos de alumnos que van y vienen. Su amigo se marcha y si llega tarde no podrá impedirselo y entonces tampoco podrá decirle que está cometiendo un error, que no tiene que huir de nada ni de nadie.

Cuando llega a la residencia masculina a tiempo de ver una sombra furtiva que sale del edificio, aminora el paso. Lórim sostiene una pequeña maleta en la mano y lleva una gorra demasiado parecida a las que ella misma se trajo de las Koru tras las vacaciones para no tener que ir siempre con la misma gorra gris de principios de curso. En la otra mano lleva un cilindro de cartón que, está segura, es el cartel de Gelina Holín que le regaló.

—¿De viaje, Lor? —le pregunta intentando que la voz no le suene enfadada para no asustarlo—. ¿A estas horas?

Lórim se da la vuelta y la mira. Sonríe muy levemente y es una sonrisa culpable de esas que llevan escrita incluso la penitencia. Desde el gimnasio, la música continúa su ritmo ascendente. Lórim no dice nada y en ese momento Kózel es consciente de que se marcha en serio, de que no está jugando al rey del drama. Se va. El muy imbécil se va y la deja sola. Y ella sabe por qué pero él no sabe que ella lo sabe y la culpabilidad tiene un gusto amargo en el velo del paladar.

—Te marchas. —Todo el esfuerzo que hizo Lórim a principios de curso, las persecuciones por los pasillos, cuando insistía tanto por que fueran amigos. Resulta que fue él quien movió todos los hilos para entrar en su vida desesperadamente y ahora que ella ha caído, ahora que ya le quiere, resulta que se va. Sin decir nada. Sin despedirse. Y ahora Kózel está enfadada con él

—. Y has pensado en robarme una gorra y en llevarte el maldito cartel de Gelina Holín pero, en cambio, despedirte no se te ha pasado por la cabeza.

—Déjame, por favor.

Kózel conoce ese «por favor». Es un «por favor» de «no me lo pongas más difícil, Kóz» o de «Tengo Que Hacer Lo Que Tengo Que Hacer».

Se va. El muy idiota se va.

Por eso decide impedirle el paso. Incluso extiende los brazos, cosa que le hace sentir algo ridícula porque Lórim le sigue sacando más de una cabeza y a sus ojos, ella sigue siendo ese chico escuchimizado y retraído que puede que sepa mucho de chicas y de galantería pero que, en realidad, antes de llegar al Liceo sabía muy poco de muchas cosas.

—No —solo le responde eso—: No.

—Tú no lo entiendes, Kózel.

Y lo entiende. Vaya si lo entiende. Y porque lo entiende, sabe que ya está bien de tonterías.

—No te irás hasta que no haya hablado contigo, Lor. Después, eres libre de decidir.

El rostro de Lórim se contrae en un rictus de frustración mientras exhala un largo suspiro y da un paso al frente.

—Adiós, Kózel.

Como si no existiera, sin mirarla, Lórim la aparta suavemente y sigue hacia delante. Kózel parpadea incrédula. «Ha dicho adiós. Adiós. Cómo se atreve.» Entonces, mientras una rabia con sabor a lágrimas le reptaba por la garganta, aprieta los dientes, levanta el brazo y suelta una descarga de Rayo que va a caer justo donde Lórim iba a dar el próximo paso.

—No te vas. Lórim. ¡No te vas! —Ni siquiera se preocupa por que la voz le salga grave y masculina, como la del Kózel que ingresó en el Liceo, ni que se le note la pena en las palabras.

Lórim no responde pero baja los hombros y la cabeza durante un segundo que Kózel aprovecha para correr hasta él e impedirle el paso de nuevo. Las palabras le bailan frenéticas en el cerebro, tiene que convencerlo, lo que sea; pero Lórim no puede irse, no sin antes haberle dicho...

—¡Lórim! Y entonces ¿qué? ¿Dejas el Liceo así, sin más? ¿Dónde piensas ir? ¿Qué vas a hacer tú solo?

Pero Lórim sigue en silencio. Da un paso más, alejándose de ella y entonces Kózel lanza otro Rayo, frenética, que restalla justo delante de Lórim mientras las palabras se le acumulan en la garganta porque no le queda tiempo y no sabe por dónde empezar y quizá sea un suicidio hacerlo pero si ella confía en Lórim, tiene que demostrarlo.

—¡Lórim, no te vayas! Tengo que contarte una cosa, ¿me oyes? Tienes que saber que...

Aunque pronuncia las palabras, sabe que Lórim no ha podido escucharlas.

De pronto la noche se ha llenado del tañido de campanas. Primero resuenan las que están en la cima del reloj de la torre, en el edificio principal de Administración del Liceo. Después, como un fuego que se extiende a toda velocidad, otras campanas resuenan hacia el sudoeste, en el barrio de los Altos, y de aquí pasan al resto de la ciudad. Kózel tiene que taparse las orejas. Es un tañido angustiado, frenético; el sonido que avisa de que acaba de cometerse un crimen en la ciudad.

Kózel trata de gritar por encima del estrépito pero se da cuenta de que Lórim ha echado a correr.

Ella le sigue.



Justo antes de que Kózel confronte a Lórim a la puerta de la residencia masculina, a Kástor le arden las mejillas, la garganta, las manos y el pecho. Siente una cuchillada en las sienes a cada paso que da porque parece que el cerebro le rebote contra las paredes del cráneo.

Ha echado a correr sin mirar hacia dónde; pero es que no podía quedarse.

Los bordes del recuerdo empiezan a deshilacharse, pero ha sucedido algo. Enzo y él estaban riéndose. Kástor casi nunca ríe pero no podía parar, un poco por culpa de todo: porque Enzo lo dibujara como un muñeco de palo con el pelo de punta, porque estaba bien y feliz de compartir ese momento con su amigo, por las cosquillas en la nariz. Se acuerda de las manos de Enzo sujetándole las mejillas y después...

Tiene que detenerse un momento. Resuella con las manos apoyadas en las rodillas. Nota una presión creciente en el pecho mientras tiene la sensación de que su cuerpo acaba de convertirse en algo tan, tan pesado, que es el mundo entero el que gira a su alrededor.

Se muerde el labio, allí donde le ha besado Enzo.

Si normalmente a Kástor le cuesta pronunciar hasta la palabra más simple, hasta la que tiene menos significado, ahora mismo se siente incapaz incluso de pensar en lo ocurrido. Está seguro de que jamás ha tenido a nadie tan cerca. Recuerda que no se fijó en lo que veía, sino en la textura de las palmas de Enzo sobre sus mejillas, en que a pesar de que no le había tocado nunca

ahí, o no al menos de esa manera, él supo reconocer aquellas manos porque eran de Enzo y Enzo es su amigo.

Pero los amigos no se besan.

Mientras vuelve a correr, el corazón le late a la misma velocidad con la que comenzó a bombarle cuando sintió los labios de Enzo sobre los suyos.

Ha sido su primer beso. A veces... a veces se preguntaba cómo sería, si alguna vez le daban uno, y es que quema muchísimo, y da miedo, mucho miedo, pero a la vez no. Al mismo tiempo, Kástor sabía exactamente qué debía hacer y siente como si el corazón se le abriera de par en par y se le inundara por dentro con una sensación cálida y placentera porque simplemente ha ocurrido algo que tenía que ocurrir.

Se derrumba. Frente a él ve las luces del gimnasio antiguo, emborronadas y amarillas, y las paredes medio derruidas de lo que solían ser las pistas de entrenamiento adyacentes. De rodillas en el suelo Kástor aprieta las manos en el césped húmedo.

En este momento, con los ojos vidriosos y la respiración desbocada Kástor levanta la cabeza. Hay alguien en los jardines. Dos por lo menos: ve sus siluetas en la penumbra. Antes de que pueda hacer nada, un vendaval lo tira al suelo con fuerza. Una sombra cruza por delante de él y choca contra el muro. Se escucha un golpe seco, un crujido espantoso de huesos rompiéndose.

Kástor tarda unos segundos en reaccionar. Tiene la impresión de que la sangre le abandona el cuerpo y observa, paralizado por la confusión, la forma inmóvil que ha quedado junto a la pared del gimnasio.

Su primera reacción es huir. El peso que antes notaba en el pecho se hace más opresivo, da un paso hacia atrás, pero entonces lo que sea que ha chocado contra la pared se remueve, rueda hacia un lado, y luego gime.

Kástor se acerca corriendo. A la luz tenue del gimnasio ve que es una

persona tendida en el suelo, que se retuerce y tiene... Hay algo que no está bien. Ve un brazo doblado en un ángulo extraño, una astilla de hueso que asoma por una horrible fractura en una pierna.

Quiere pedir ayuda, pero de su garganta no sale ningún sonido. Lo único que sabe es sostener al hombre con las manos que le tiemblan. El herido gime otra vez y hay mucha sangre. A Kástor se le quedan las manos llenas y no sabe de dónde sale hasta que se da cuenta de que el hombre tiene una herida en la nuca por donde se le está escapando la vida.

—Kástor...

Escuchar su propio nombre lo deja perplejo. Quién es. Trata de ver a través de la oscuridad, de las facciones del desconocido deformadas por el golpe. Kástor empieza a balancearse, mudo de horror, al tiempo que le falta el aire. En sus brazos, el hombre tose como si hubiera algo roto dentro de él.

—Pre... cisamente. Tú. —Y no sabe dónde está la gracia, pero el hombre parece que quiera reír y abre y cierra unos ojos muy azules que Kástor juraría haber visto en otra parte.

Por supuesto que los ha visto. En la sala de interrogatorios y luego otra vez en los archivos.

El agente Cait, al que ahora sí reconoce a pesar de las heridas, se dobla por un segundo ataque de tos y Kástor trata de sujetarlo, de darle la vuelta porque una vez leyó que hay que poner de lado a la gente que sufre convulsiones para que no se ahogue; pero este se rebate y agita el brazo que no tiene roto. De repente Kástor nota cómo le pone algo frío, resbaladizo por la sangre, en la mano.

—No dejes que... no dejes que ellos... —Y debe de observar que Kástor está al borde del colapso, que ha perdido el color en la cara, porque saca fuerzas de donde no le quedan para apretarle la mano alrededor de lo que sea que le ha dado—. Escúchame. La gente... tiene que saber...

Lo asalta un nuevo ataque de tos, más fuerte. El agente se encoge sobre sí mismo mientras la sangre empieza a salirle a borbotones también por la boca. Kástor se balancea, lo sostiene contra sí para protegerlo. Del fondo de la garganta le sale un silbido de aire porque quiere preguntarle qué, qué tiene que saber la gente, y qué tiene que hacer ahora, por favor, que se lo diga, que él no sabe y está muy asustado y cree que el agente Cait se está muriendo.

—... Qué...

A su espalda, un grito rasga la noche. Kástor ni siquiera se vuelve. Trata de sujetar el cuerpo inerte de Cait pero no le queda fuerza en los brazos y deja que resbale otra vez hacia el suelo. Entonces el agente hace una mueca de dolor, pero abre los ojos y los vuelve hacia él. Kástor nota de nuevo una presión en la mano y aprieta los dedos del agente entre los suyos. Cait tiene la sonrisa manchada de sangre, cabecea, y finalmente se queda muy quieto.

Kástor siempre había pensado que la primera vez que viera a un muerto le daría un poco de miedo pero no es verdad; solo dan mucha pena.

El aire parece más frío. Kástor tiene la mirada fija en los ojos del agente y todo lo demás queda inmerso en una niebla espesa, lejos, donde no puede hacerle daño.

Hay más gritos a su espalda, sonido de pasos, carreras, y al cabo de un tiempo las campanas. El ruido se convierte en una cacofonía insoportable y cierra los ojos, se balancea pesadamente al ritmo de su respiración, saturado. Le pitan las orejas.

El mundo de Kástor se ha reducido a él y al cuerpo inerte del guardia rodeado de un charco de sangre. Todo lo demás, la multitud que se ha congregado fuera del gimnasio antiguo, los gritos y las campanas que resuenan por todo el Liceo pasan a su alrededor como una proyección de orbe.

Kástor ve, aún con la mirada perdida, un nuevo grupo de gente que se

acerca. Tarda unos segundos en reconocer los uniformes gris oscuro y crema de la Guardia. No sabe cómo ni cuándo han llegado hasta aquí. Ha perdido la noción del tiempo, pero la Guardia le ayudará. Ellos sabrán qué hacer. También le parece distinguir a Enzo por un instante, que parece decirle algo, pero entonces un par de manos tratan de ponerle en pie. Él ruga porque no quiere que le toquen, no, que se siente la piel ardiendo y a punto de estallar. Da una patada, un gancho con el puño apretado alrededor del objeto que le ha dado Cait, que no sabe qué es pero que intuye de importancia. La gente se aparta y grita, cree que vuelve a escuchar la voz de Enzo por encima de todas las demás pero es solo un segundo antes que una descarga de electricidad le sacuda el cuerpo. Algún rincón lo bastante despierto de su mente reconoce que le han lanzado un Rayo.

Kástor se desploma sobre la tierra empapada de sangre. Ya no le quedan fuerzas para luchar contra esos brazos que, de nuevo, lo arrastran lejos del cuerpo del agente Cait. Pasan por en medio de la gente, puede ver sus caras de horror y odio. Le miran las manos manchadas de carmesí y quiere gritar que él no ha hecho nada, que él es bueno, pero no le sale la voz.

—Dámelo —escucha entonces. Aunque es solo un susurro, la frase le ha llegado clara a los oídos. Kástor se vuelve y encuentra dos ojos que le observan fijamente desde detrás de una maraña de pelo enredado—. Dámelo —repite la chica, porque es Nero, que se ha abierto paso entre la multitud hasta llegar a su lado—. Estoy segura de que ahora sí tienes algo que darme. Sé que es importante, aunque no sé por qué.

Uno de los agentes trata de apartarla del paso, grita algo que Kástor no entiende y que la chica ignora. Al contrario, trata de acercarse más y extiende una mano hacia él. Kástor entonces comprende qué le está pidiendo y decide (porque Nero dice que es importante) confiar en ella. Extiende un brazo también, y su mano manchada de sangre toca la de ella un segundo. Desde

fuera, parece solo un gesto de ánimo. Nadie parece fijarse en la pequeña caja de madera que cambia de manos un segundo antes de que echen a Kástor en el suelo para esposarlo.

Sábado, 31 de mayo.

Paseo de Pralín. Casa de la Guardia. 6.12 de la mañana



Pasillo, pasillo, pasillo, puerta. Control. Enseña su identificación y el documento que le han hecho firmar a la entrada. Todo es de un color que no llega a ser blanco, dándole a la Casa de la Guardia un aspecto de perpetua penumbra. Pasillo, pasillo, hay dos agentes esperando delante de una puerta de barrotes metálicos. Enzo levanta los brazos y espera pacientemente a que le pongan las esposas inhibitoras alrededor de las muñecas: así se aseguran de que no pueda acceder al Vínculo cuando lo lleven a las celdas. Antes de que le dejaran entrar ha pasado horas en la puerta de la Casa de la Guardia, esperando. Siente el cuerpo entumecido y se mueve casi por inercia.

Los guardias abren la verja, que chirría con desagrado, como si no quisiera que la molestasen. Flanqueada por dos agentes, se acerca por el otro extremo

del corredor una mujer pelirroja y que llora. Uno de ellos la sostiene ligeramente porque parece a punto de derrumbarse. Es la madre de Kástor, que abraza a Enzo en cuanto lo ve. Un poco más allá, un abogado de oficio, enfundado en un traje barato y de una talla demasiado grande, lee unos papeles con aire nervioso.

Los agentes que lo acompañan siguen adelante. Enzo tiene que dejar atrás a la señora Graadz, que se resiste a soltarlo y le clava las uñas en el brazo.

Avanzan unos minutos en silencio. La luz que baña las celdas es tímida y artificial. En cada una de esas hay dos o tres personas que le observan cuando pasa, pero Enzo les ignora de la misma forma que ignora su incipiente resaca y que el aire apesta a desinfectante y a sudor. Al fondo del pasillo hay una última celda y dentro, acurrucado en un rincón, está él.

El cuerpo de Enzo se precipita hacia delante. Los agentes que lo acompañan tratan de sujetarlo, pero golpea los barrotes con ambas manos y es la primera vez que se ha sentido realmente despierto en horas.

—Kástor.

Solo le sale un hilillo de voz que parece venir de muy, muy lejos, que queda tapado por los latidos furiosos de su corazón. Kástor se balancea muy lentamente, tiene la barbilla hundida entre los hombros y los ojos cerrados. Seguramente se haya encerrado en ese lugar dentro de su cabeza, ese al que no puede llegar nadie, ni siquiera él, y donde se siente seguro. Un brillo metálico en sus muñecas indica que sigue esposado incluso dentro de la celda. No se han atrevido a soltarlo. Todavía lleva el traje oscuro que eligió para la fiesta, arrugado y cubierto de sangre seca. Enzo acerca la cara a los barrotes, enrosca los dedos alrededor del metal frío y mira tentativamente a los guardias; pero uno niega con la cabeza. Esto es lo más cerca que le dejan estar de su amigo.

—Kástor, estoy aquí. ¿Me oyes? No pasa... —Necesita un segundo para

pensar. No cree que, por esta vez, consiga aparentar que todo va bien, así que respira hondo para acaparar valor y vuelve a intentarlo—. Kástor —repite. El hedor de las celdas se le sube por la garganta, pero Enzo se traga las ganas de vomitar y apoya la frente en los barrotes—. Escúchame, Kástor. Tu madre me ha pedido que viniera. Tienes que hablar. Tienes que decirles que no has hecho nada malo.

Al principio parece que no ocurra nada. A Enzo sus palabras le suenan tan huecas que rebotan contra el fondo de la celda y regresan convertidas en eco; pero entonces se da cuenta de que, con cada balanceo, Kástor se mueve un poco menos, apenas unos centímetros y, finalmente, se queda completamente inmóvil.

Por un momento le parece una buena señal, hasta que escucha el jadeo. Es un sonido agónico, aterrado. Es el sonido que hace Kástor cuando trata de respirar y no puede.

Enzo entra en pánico; un pánico tan hondo que le lacera la boca del estómago y le arranca un grito, porque Kástor tiene un bloqueo, está solo, asustado y hay una verja de hierro que les separa.

—¡Abrid la puerta!

No se lo dice a nadie en concreto, es solo una orden lanzada al aire, un grito de socorro. Las manos se le crispan sobre los barrotes y da una sacudida a la puerta, que ni siquiera se tambalea. Kástor ha resbalado hacia el suelo y yace de lado, incapaz de controlar los espasmos que le recorren el cuerpo en un intento desesperado por conseguir que el aire le entre en los pulmones.

Entonces, dos pares de brazos sujetan a Enzo y lo arrastran hacia atrás. Se resiste mientras chilla que le suelten, que abran, que abran, por los cielos, que Kástor se muere, pero nadie le escucha. Por el pasillo llega el ruido de carreras y de algunos gritos de alerta. Enzo nota un cosquilleo en el vientre cuando, sin proponérselo, Vincula un Escudo para quitarse a sus captores de

encima, pero el inhibidor se activa con un silbido, las fuerzas le abandonan repentinamente y se le doblan las piernas.

—Por favor... —jadea. No sabe cómo, pero consigue estirar el brazo y agarra de nuevo los barrotes de la celda—. Por favor, se ahoga, se ahoga... tengo que entrar... ¿Es que nadie lo ve? No puede respirar...

—Soltad al chico. ¡Soltadlo! —ordena una voz grave y considerablemente enfadada—. ¿Es que nadie lee una ficha médica o qué? No creo que alguno de vosotros sepa tratar un ataque de ansiedad, así que más vale que alguien abra esa puerta enseguida y lo deje entrar, o me sé de unos cuantos que para el mes que viene estarán montando guardia en algún pantano apestoso de Klachnodar.

A Enzo le pitan los tímpanos y tiene los sentidos obstruidos, como si estuviera debajo del agua. No sabe de dónde han venido esas palabras pero la presión que lo mantenía agazapado en el suelo se hace más ligera. Las mismas manos que antes lo sujetaban le ayudan a levantarse, alguien abre la puerta de la celda y Enzo se precipita hacia el interior y abraza a Kástor sin preguntarse qué está ocurriendo ni por qué.

—Eh, eh, respira, no pasa nada, respira, verás cómo se arregla todo, van a soltarte pronto, tú no has hecho nada, ya se lo he explicado pero no me creen, tienes que decírselo tú, fiero, pero para decírselo tienes que respirar. Respira, respira —susurra, apretándolo contra sí mientras se balancea, porque esto es lo que hace su amigo cuando trata de calmarse. Durante el bloqueo debe de haberse golpeado, porque cuando le pone una mano en la coronilla nota el tacto viscoso de la sangre fresca.

Enzo busca la mano de Kástor y la coloca alrededor de su muñeca, para que sienta su pulso. Lo sujeta con más fuerza durante unos segundos interminables y horribles hasta que por fin el cuerpo de su amigo se relaja y

Enzo escucha el sonido más maravilloso del mundo: Kástor está llorando y, si llora, es que respira.

El mundo entonces queda reducido a ellos dos: uno que solloza, el otro que ríe de puro alivio. Ninguno escucha el chasquido que proviene del pasillo ni ve la llamita que enciende un cigarrillo con parsimonia. El detective Brynn da una calada mientras fulmina con la mirada al resto de los guardias.

Lunes, 2 de junio.

Casa de la Guardia del Paseo de Pralín. 6 de la tarde



Ha costado pero ya es un nuevo día. Desde que la tarde anterior el capitán Morgensett le espetara «Brynn, hace horas que no sales de tu despacho y pareces algo que acaba de caerse del culo de un pájaro. Vete a tu casa y no vuelvas hasta haber descansado un poco», el tiempo se ha arrastrado a un ritmo exasperadamente lento. Ha logrado dormir unas horas, darse una ducha y saquear las sobras de comida que tenía en casa. Cuando ya no aguantaba más se ha acercado hasta el Paseo de Pralín para ver otra vez a Kástor Graadz.

No debería, porque de momento Morgensett no le ha asignado el caso, pero no es problema suyo si el guardia que vigila la celda le ha dejado pasar.

Kástor está tumbado en el camastro que hay al fondo de la celda, un armatoste de hierro ennegrecido con un colchón que debió de ser nuevo cuando la humanidad descubrió la rueda. Tiene aspecto de no haber pegado ojo en dos días, y lleva unos pantalones azules demasiado grandes con un jersey verde y raído que seguramente ha salido de alguna caja de objetos perdidos. Además, tiene un rectángulo de gasa pegado a la cabeza con esparadrapo, presumiblemente por el corte que se hizo en la celda la noche que lo detuvieron. Por lo menos le han quitado los inhibidores.

El chico hace garabatos en un cuaderno de dibujo y le ignora con muy poco disimulo. Brynn, lejos de ofenderse, se limita a cruzar la celda con paso tranquilo y arrastra hacia la cama una silla destartalada que hay en un rincón.

—Vamos, chico. Pónmelo fácil. Tú y yo sabemos que no has matado al agente Cait. Él confiaba en ti y estoy seguro de que lo sabes. Dime qué pasó, que este no es lugar para gente... —Va a decir «como tú» pero no le gusta, así que se detiene justo a tiempo y añade—: ... inocente.

No parece que sus palabras produzcan efecto en Graadz, pero un examen más atento revela que sus movimientos se han vuelto más bruscos y que tiene los nudillos blancos de tanto apretar el lápiz entre los dedos.

Al final, el chico cierra los ojos y levanta la mano del papel aunque todavía dé muestras de querer partir el lápiz en dos. Susurra tan débilmente que Brynn tiene que inclinarse para escucharlo:

—... no.

«Esto —piensa Brynn mientras se frota las sienes— va a ser difícil.»

—Vamos, chico. «No» es una palabra muy corta. Dime algo más. «No» ¿qué?

—Yo *n'he* sido —musita. Tres palabras, todo un récord.

Quizá el chaval no sea consciente del lío en que está metido. Cuando

ocurrió lo de Koem... bueno, ni siquiera había testigos que le situaran cerca de la escena del crimen; pero esta vez es distinto.

—Eso ya lo sé —responde lentamente—. Y también lo sabes tú. Pero, chico, necesitamos algo más para convencer a los de fuera.

Por fin, Graadz lo mira directamente. Ha dejado de dibujar y se remueve en la cama, que a Brynn le parece dura y fría. De repente, Graadz se lleva las manos a la cara y se golpea la sien, como si quisiera liberar algo que se ha atascado.

—No *m'acuerdo*. —La voz le sale a trompicones mientras se golpea las sienes de nuevo en un gesto desesperado—. No *m'acuerdo* nada. *Lossiento*. Solo sé. Yo *n'he* sido. Yo no.

Brynn se levanta de la silla y camina por la celda. Le parte el alma verlo.

«¿Cuántos años debe tener? Diecinueve, veinte a lo sumo.» Recuerda cuando Cait le dijo que en él percibía mucho miedo, y tenía toda la razón. Apoyado en la pared sucia, el detective vuelve a hablar:

—Pues entonces tenemos un problema, chico. Pero no es peor que el del agente Cait, ese ya es irreparable. —Hace una pausa para acercarse cuidadosamente. Le quita el cuaderno y el lápiz de las manos, no sea que se haga daño, y se queda de pie junto a la cama.

—Intenta recordar. Cualquier cosa puede ser importante.

Permanece a la espera mientras Kástor se ha quedado muy quieto y con la mirada puesta en el vacío. De vez en cuando mueve los labios sin que una sola palabra escape de ellos. Entonces se vuelve, buscando el cuaderno y el lápiz que Brynn había dejado sobre el colchón. Arranca el esbozo que le había quedado a medias y empieza a dibujar arrebatadamente. Durante un buen rato solo se escucha el lápiz cruzando el papel. Kástor dibuja ajeno a todo, con trazos crispados que prácticamente rasgan la hoja y poco a poco, en distintos tonos de gris, se perfilan el cielo, los árboles y lo que debe de ser la

pared de algún edificio (la pared contra la cual, supone Brynn, golpearon al agente Cait).

Casi en el centro, una silueta llama la atención. Tiene las manos levantadas hacia el cielo como si se dispusiera a atacar con un Rayo y Brynn cree reconocer la figura esbelta de Cait. A quien no reconoce en absoluto es a la otra persona que aparece en el dibujo, medio oculta entre las sombras. No hay nada distintivo en ella, el pelo y la cara son solo un borrón.

Brynn levanta los ojos del dibujo y mira al chico, que respira pesadamente como si acabara de hacer un gran esfuerzo. Tras un momento de duda, Kástor vuelve a sujetar el lápiz con mano temblorosa. Sobre el suelo esboza pequeños objetos rectangulares, parecen...

—¿Qué es esto? ¿Papeles?

El chico asiente. Papeles, pero Brynn no recuerda que se mencionara nada de eso en el informe que hizo la Guardia. Va a preguntar algo más, pero entonces Graadz ya está enfrascado otra vez en el dibujo. Con mucho cuidado repasa la misteriosa silueta a la que se enfrentaba Cait. Marca la forma de los pantalones, un poco anchos en las rodillas y ajustados a la pantorrilla. Luego dibuja una línea en forma de uve en el torso, como añadiendo una prenda de ropa que antes no había definido del todo. A todas luces parece un chaleco. Brynn se inclina, todavía un poco más mientras, en la pechera del chaleco, Kástor acaba de dibujar una minúscula estrella de nueve puntas.

—¿Esto es el escudo del Liceo? —Brynn reconoce perfectamente el motivo. Es el mismo símbolo que hay grabado en su placa de la Guardia. El mismo emblema de la República de Nylert—. ¿El asesino es un estudiante?

Por fin, Kástor deja el lápiz a un lado. No dice nada, solo le mira. Para él, el dibujo es una respuesta suficiente.

—¿Me lo das?

Él vuelve a dudar, mira el cuaderno. Al final arranca la hoja procurando

que no se rasgue y se la da a Brynn, que la guarda cuidadosamente en el bolsillo. Dados los antecedentes del chico, supone que esto podría pasar por una declaración. El detective se levanta y coloca la silla en su sitio del rincón. Cuando ya ha llegado junto a la puerta se detiene lo justo para decirle:

—Trataré de echarte una mano, chico.

Lunes, 2 de junio.

Biblioteca del campus. 9.30 de la noche



Durante la época de exámenes, la afluencia de alumnos a la biblioteca aumenta hasta convertir el lugar en una especie de lata de sardinas muy, muy calladas. A las nueve y media, cuando por fin es hora de cerrar, los estudiantes guardan los libros, salen arrastrando el alma por la puerta y por fin la biblioteca empieza a llenarse de silencio de verdad y no de esa calma falsa, formada en realidad por millares de sonidos reprimidos que pugnan por salir.

Kózel deja escapar un bostezo que se hace audible por toda la sala. Lleva sin dormir bien desde la fiesta.

Si no tuvieran bastante con los exámenes y con que asesinaran a un guardia

casi delante de sus narices, Kózel no deja de pensar en Lórim. En que trató de marcharse del Liceo, en el miedo que intuyó dentro de él, en quién... puede ser. Le recorre la espalda un escalofrío, como cada vez que recuerda esa última conversación a las puertas de la residencia.

Pero de momento Lórim no se ha marchado. Quizá está demasiado asustado por el revuelo que creó el asesinato del guardia y la detención de Kástor Graadz, o quizá... quizá realmente ha pensado en lo que ella le dijo: ¿qué hará si deja el Liceo? ¿Dónde irá él solo? A pesar de esa tristeza que últimamente lleva sobre los hombros, le ha preguntado si les acompañaba a la biblioteca; pero Lórim solo se ha encogido de hombros. A estas alturas, Kózel no cree que vaya a venir.

—¿Cómo lo llevas? —le susurra a Nero. Llevan toda la tarde estudiando en una de las mesas que hay frente al mostrador de devoluciones pero Kózel sospecha que no tiene ese aspecto tan tristón por eso—. Oye —añade, tratando de animar a su amiga—, no te preocupes. Lo van a soltar.

—Ya lo sé.

Nero levanta las cejas. Da toda la impresión de estar convencida de lo que dice. Kózel mira a su alrededor por si Nymar anda cerca y entonces se sienta sobre la mesa. No es asunto suyo, pero la pregunta le sale natural, más bien como una afirmación.

—Te gusta, ¿verdad?

—Sí. No. A ver, no gustar *gustar*, aunque creo que me gusta más que el resto de la gente de Blyd, sin contaros a ti, a Lórim y a Wen. —Resopla, como si se encontrara delante de un ejercicio de Vínculo Aplicado especialmente difícil—. Pero no es eso lo que me preocupa, ¿sabes?

Nero hace una pausa al tiempo que Nymar pasa empujando un carrito vacío. Cuando el chico desaparece tras una estantería, Nero se inclina hacia delante. Tira de su cartera y comienza a sacar del interior una caja de madera

de medio palmo de tamaño, aunque se detiene cuando regresa Nymar, que ya no lleva carrito pero continúa con su cara de malas pulgas.

—Eh, Hokulea —ladra con voz seca. Por lo menos se ha aprendido su nombre antes de que acabara el curso. Imbécil—. ¿Piensas quedarte aquí toda la noche o qué?

Kózel, poniéndose en pie de un salto, se vuelve hacia él. Entiende la cara de malas pulgas de Nymar: por culpa de los exámenes cierran más tarde la biblioteca, pero no tiene que descargar su frustración contra ella, gracias. Aunque a estas alturas del curso no iba a esperar que Nymar se comportara como un ser humano decente.

—No, no. Puedes irte, Nymar, ya cerraré yo.

Nymar duda unos segundos.

—Está bien. No sé si es muy reglamentario que te quedes aquí a solas con tu... *amiga*. —Y mira a Nero de reojo cuando pone mucho énfasis en la palabra «amiga»—. Pero por esta vez, pase.

—Solo estaremos un momento. —Kózel le dedica una mirada llena de fastidio y lo despide con un gesto brusco de la mano. No solo le molesta la interrupción ahora que parecía que Nero iba a decirle algo importante, sino que encima Nymar insinúa que usa la biblioteca como picadero. Cuando por fin están a solas, Nero desliza la caja hacia ella y la abre. Dentro hay un orbe —. ¿De dónde has sacado esta antigualla?

La pregunta le sale con una media carcajada. El orbe no es como los modernos, compactos y transparentes. Este tiene la superficie rugosa y está atravesado por finas vetas de color. Por lo menos debe de ser, calcula Kózel, de cuando la abuela Hokulea todavía estaba casada con su primer marido.

—Lo tenía Kástor cuando lo detuvieron.

Por unos segundos parece que el silencio se vaya a comer la biblioteca y

luego escuchan el batir de la puerta que indica que, por fin, Nymar se ha marchado.

—Pero... —murmura, sentándose frente a Nero. Entonces recuerda cómo Nero se acercó a Kástor Graadz justo antes de que lo detuvieran y la boca se le abre sola de pura impresión mientras exclama—: ¡Te lo dio mientras se lo llevaban!

Nero se apresura a hacerle un gesto con ambas manos para que baje la voz.

—Desde que conocí a Kástor a principios de curso sabía... *sabía* que tenía que darme algo. Ocurre a veces con Azar, ¿sabes? ¿Como cuando crees que has soñado algo y luego ocurre en la vida real? Y sabía que era importante. —Se pasa la mano por la masa de enredos que es su pelo y resopla—. Pero yo no sabía que tenía que darme un orbe y ahora no sé ni qué hacer con él. Quizá se lo tengo que devolver o dárselo a otra persona. O tirarlo al lago. No sé. Pero hace dos días que lo llevo en la mochila y pesa muchísimo.

Kózel vuelve a mirar el interior de la cajita. El orbe parece bastante inocente. El cristal rugoso refleja suavemente las luces de la biblioteca. No le parece que pese mucho en sí mismo pero comprende a qué se refiere Nero. A lo mejor su amiga no lo sabe, pero ella es muy consciente de que los secretos pesarían menos si dejaran de ser... secretos.

—Deberías dárselo a la Guardia.

—Yo también lo pensé; pero ¿y si lo usan contra él? Kástor lo tenía...

—Supongo que siempre puedes ver qué hay grabado.

Nero recupera la caja y es su turno para mirar el orbe, aunque ella lo hace como si este fuera a saltar desde su estuche y morderla. Al final, cierra la cajita cuidadosamente y la empuja hasta que queda a un punto equidistante entre Kózel y ella. Están solas, pero aun así se inclina todavía más en la mesa para susurrar:

—¿Tú crees? No lo sé, quizá haya algo... personal —añade incómoda—.

¡Y está mal curiosear en las cosas personales de los demás!

Kózel encoge los hombros en un intento de ocultar que, en realidad, ahora mismo se muere de ganas por ver qué hay en el orbe, sea personal o no.

—Ni idea, yo solo proponía una solución. Tú misma has dicho que es importante.

Nero se queda un buen rato pensando. Con gesto calmado da vueltas a la caja y frunce el ceño, adoptando la expresión característica que tiene cuando está calculando Azar.

—De acuerdo. —Kózel da un respingo de emoción en la silla—. He intentado descartar las posibilidades sobre qué hacer —prosigue la chica—, pero las posibilidades están... como borrosas. Lo único que me ha salido claro es que lo de tirarlo al lago no es. —Por fin deja de marear la caja. La abre y con todo el cuidado del mundo saca el orbe—. ¿Sabes dónde hay algún reproductor? El de la residencia no lo podemos usar, seguro que aun con los exámenes hay alguien viendo *Pasión de Fuego*.

—No... —Tiende la mano para que Nero le dé el orbe y, entonces, lo gira lentamente entre los dedos. Ahora de cerca, se fija en que tiene unas manchas rojizas en un lado y se da cuenta, horrorizada, de que es sangre—. No funcionaría. Es un modelo muy antiguo, necesitaríamos un reproductor de la época o...

—¿No puedes hacerlo tú? Tú eres Ilusión.

Kózel entorna los ojos, pensativa.

—No lo sé. —Observa con atención la esfera de cristal translúcido—. Técnicamente sí, pero nunca he intentado usar un orbe sin reproductor.

Pero podría funcionar, se dice. Al fin y al cabo, los orbes no son más que un soporte sólido donde grabar imágenes y sonido pero se necesita Ilusión para activarlos.

Por qué no.

Tras unos instantes de concentración, de sus manos emana un haz de luz que atraviesa el orbe, revelando unas diminutas irregularidades en el interior del cristal. Entonces, Kózel respira hondo. El resplandor se intensifica y, en contraste, la biblioteca parece más oscura. Es una luz densa, casi líquida, que de repente encuentra el ángulo correcto y se fragmenta en un millón de facetas de colores que acaban por formar una imagen fantasmagórica y algo borrosa en el aire que hay delante de ellas.

Aparece una mujer vestida de uniforme; una pulcra falda negra y una camisa blanca tan almidonada que da la impresión de que las costuras corten. Está sentada en una silla en el centro de una habitación, y abre y cierra continuamente las manos sobre el regazo como si le dolieran las articulaciones. Tiene el pelo cano aunque no debe de superar los treinta, cara de miedo y de no haber dormido en días. Al fondo, las paredes de la sala se ven sucias. Algunas partes están ennegrecidas y otras dejan entrever un rectángulo más claro donde, posiblemente, falte un cuadro.

Kózel ya no entiende nada. ¿Qué tiene que ver esto con Kástor Graadz? ¿Por qué es tan importante la grabación? Mira a Nero, que observa la imagen boquiabierto. Supone que ella está igual de perdida, así que vuelve la vista hacia la mujer fantasmagórica que hay sobre sus cabezas. Sigue en la misma posición, con la mirada perdida. Mueve los labios. Kózel tarda unos segundos en advertir que debe de estar hablando.

Kózel frunce las cejas. Reproducir la imagen ha sido relativamente fácil. Al fin y al cabo, lo primero que aprenden los niños Ilusión es a manipular la luz, pero el sonido... el sonido es complicado. Si lo hiciera mal podría incluso hacer estallar el orbe por error y Nero ya lo ha dicho: es importante. De todas formas, con sumo cuidado, golpea la esfera con una uña. El cristal emite un suave tintineo y lo recorre una vibración que Kózel apenas percibe en las yemas de los dedos, pero que es suficiente. Un pequeño esfuerzo más y la

vibración se extiende convertida en un sonido agudo como el que se consigue al pasar el dedo por el filo de una copa de cristal. Ya casi lo tiene. Solo ha de encontrar la frecuencia adecuada.

De pronto, el sonido se agrava y se ralentiza hasta convertirse en un murmullo en el que, con paciencia, logra reconocer palabras, fragmentos de frase...

«No... tengo hijos. Nunca... he tenido. La noche... cansado... ardiendo... dijeron que estaban atacando... Fuego... todas partes... bebé... No... tengo hijos. Nunca... he tenido... el palacio... estaba ardiendo el palacio.»

—¿Acaba de decir «palacio»? —Kózel mira a Nero solo para asegurarse, pero está convencida de que la mujer ha dicho «estaban atacando el palacio» y ella solo conoce un lugar así. Lo ha escuchado toda la vida: el Palacio de Verano, el actual Parlamento de Blyd, que ardió hace casi veinte años la noche que el Emperador, toda su familia y la mitad de la aristocracia de Nylert celebraban la proclamación del Heredero a la Corona y se convirtió en la tumba de todos ellos.

Al menos, piensa Kózel de repente, de casi todos.

—Los... Caballeros dijeron... al salón... allí estaríamos a salvo. También niños... bebé... No... tengo hijos. Nunca... he tenido —repite la mujer con expresión tristísima. De repente Kózel siente una punzada de dolor en las sienes. Hay algo... hay algo que le colea en el fondo de la mente, algo que sabe que debería recordar, pero que no puede—. *Estaba... sola en el dormitorio... Él...*

Entonces la lámpara que hay encima de sus cabezas estalla enviándoles una lluvia de chispas y fragmentos de vidrio. La de al lado también. Y la siguiente. Y la de más allá hasta que solo se escucha el ruido distante de cristales rompiéndose por toda la biblioteca. En cuestión de segundos, han quedado completamente a oscuras.



—¿Cómo que no puede hacer nada? Malditos sus muertos, Morgensett — exclama el detective en voz un poco demasiado alta. Una pareja de señoras, que a juzgar por sus vestidos de seda y sombreros a la última moda van a algún lugar importante, le dedican una mirada de soslayo. Brynn no tiene problema en devolverles el gesto, pero luego se vuelve para seguir hablando, apoyado en la marquesina del comunicador público.

—*Deja a mis muertos en paz, Brynn. Da gracias a que he descolgado el comunicador, a las horas que has llamado.* —Un deje de frustración se intuye en la voz del capitán. Seguramente la situación lo altere tanto como a él—. *El superintendente ha decidido que no lledes el caso, dice que estás demasiado implicado personalmente, que conociendo a la víctima no serías lo bastante imparcial. Agradece que nadie se haya enterado de la visita que le has hecho a Graadz esta tarde. Suficiente he hecho con mantener el caso bajo nuestra jurisdicción. Pero te prometo que lo he intentado.*

Brynn bascula el peso hacia un lado porque lleva toda la tarde deambulando por la ciudad. Necesitaba pensar, aclararse la cabeza, y ha acabado en este rincón de la avenida Monsett. La avenida Monsett es uno de esos horribles proyectos urbanísticos de los años posteriores a la Revolución. Cruza Blyd en diagonal, desde los Ocasos hasta las montañas, como una cicatriz gris en medio de los coloridos palacetes de recreo de los Altos. El

resultado final fue una calle demasiado grande, flanqueada por modernas edificaciones que siempre resultan tristes a pesar de las tiendas y el bullicio.

Seguramente Varno Monsett que, por lo que recuerda Brynn, era un pralinés bajito, tímido y con bigote, se revolvería en su tumba si supiera que, por inventar el acumulador de Monsett, le pusieron su nombre a una calle tan fea.

—Lo sé, jefe. Lo siento. Solo llamaba para preguntar. Por si acaso.

La noche que asesinaron a Cait, el despacho del capitán no paró de recibir llamadas de sus superiores insinuando que la Brigada de Intervención Especial pretendía asumir la investigación. Al menos, Morgensett se cuadró aduciendo que, o aparecía otro grupo Imperialista reivindicándolo o que esto todavía era competencia de la brigada de Homicidios. Que además le asignara el caso a Brynn, sin embargo, era mucho pedir.

—*Déjalo estar, Brynn.* —La voz del capitán suena cansada y lejos—. *Malevich y Durer van a encontrar al que lo hizo.*

Aunque Morgensett no pueda verle, Brynn asiente pensativo. Sabe que Malevich y Durer llevarán bien el caso; hace años que los conoce y son guardias de la vieja escuela. No van a precipitarse, son eficientes y concienzudos. Quizá por eso Morgensett les ha asignado la investigación. Los BIE eran la alternativa, que probablemente también sean eficientes; pero en cosas como hacer desaparecer a un testigo incómodo en el fondo del Lhin.

Pero esa no es la cuestión. La cuestión es, al fin y al cabo, que quiere encargarse él, no tanto porque sea el mejor (que lo es: la modestia no está entre las muchas virtudes del detective Brynn) sino porque sus compañeros estarán tratando el caso como un asesinato común. Tratarán de interrogar a Graadz, se preguntarán qué hacía Cait en el Liceo a esas horas de la noche, pero les faltará ver el cuadro en perspectiva...

—*¿Álek?* —Le llama la voz de Morgensett desde el otro lado del

comunicador, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Sí, jefe? —responde él. Si el capitán ha usado su nombre de pila, es porque está preocupado de verdad.

—*No hagas ninguna estupidez, ¿quieres?*

El detective menea la cabeza un tanto ofendido.

—No se preocupe, jefe. Oiga, voy a cerrar esto, ya llega el metropolitano —miente, intentando que su voz suene despreocupada—. Sé que me ha dado el día libre pero llámeme si hay alguna novedad, ¿quiere?

Morgensett todavía está a medio despedirse cuando Brynn deja el comunicador en su soporte, al que está prudentemente atado con una cadena, y echa un vistazo alrededor. Después de ponerse el sol, la avenida se ha llenado de imágenes de Ilusión que emergen de escaparates y marquesinas para atraer a la multitud de blydenses que pasean de camino al teatro o un buen restaurante. Brynn también puede contar media docena de guardias a pie y uno de la montada, que asoma más de un metro por encima de la multitud a lomos de un caballo de aspecto cansado. Es toda una demostración de fuerza por parte del cuerpo de la Guardia; quieren dejar claro que tienen una importante presencia en las calles para mantener la calma. Es otra de esas pequeñas cosas que se han torcido desde el atentado al teatro: la gente tiene miedo.

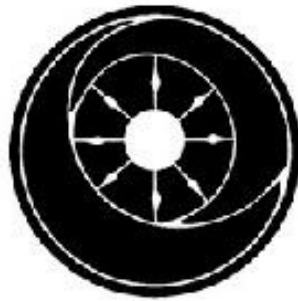
Y si supieran...

Casi sin pensarlo saca la hoja de papel que lleva cuidadosamente doblada en el bolsillo y observa la figura fantasmal que Kástor Graadz ha dibujado enfrentándose contra Cait, con el símbolo de la estrella en la pechera del chaleco.

Brynn se frota los ojos y guarda la hoja de papel. También quiere este caso porque no creyó a Cait y ahora está muerto, y porque si al final todo esto es cierto quiere... no, necesita verlo con sus propios ojos. Que no haga

estupideces, le ha dicho el capitán. Se conocen desde hace muchos años, así que esto le ofende un poco. Él no hace estupideces. Hace cosas que a veces lo parecen, que no es lo mismo.

Del bolsillo del pantalón saca su reloj y comprueba que son las once de la noche pasadas. Si corre, todavía está a tiempo de atrapar el último metropolitano en dirección al Liceo.



—¿Kózel? —pregunta Nero. Todas las luces de la biblioteca se han apagado y el resplandor de la luna que entra por la ventana solo consigue dar textura a la oscuridad.

—Dime. —Vuelve la cabeza hacia donde debería encontrarse Nero. No quiere moverse mucho. Está todo lleno de cristales.

—¿Lo de las lámparas lo has hecho tú?

Kózel la mira con aprensión. No sabe cuántas probabilidades hay de haberse cargado las lámparas al reproducir el orbe pero supone que muy pocas. Así pues, traga saliva y susurra:

—No...

Con un gesto genera una chispa de Ilusión a su alrededor que le permita ver con claridad lo ocurrido. Al instante, las sombras de la biblioteca se multiplican siniestramente. Kózel incluso tiene la impresión de que una de ellas parece una silueta vagamente humana y da un respingo; pero es normal, dice una parte de su cerebro. La biblioteca está llena de objetos susceptibles

de proyectar formas sospechosas. Otra parte de su cerebro, en cambio, comprueba que la sombra que parece una persona también se mueve como una persona y hace un ruido definitivamente humano mientras se acerca.

Kózel se lleva tal susto que el orbe de Kástor resbala de sus dedos y cae al suelo. Se da cuenta de que ha cometido un error dejándolo escapar, pero ya es demasiado tarde porque un crujido de la tarima, como un paso cercano e impaciente, hace que sus prioridades cambien del todo: tienen que salir de ahí.

Y de pronto un libro, empujado por un repentino vendaval, roza la mejilla de Kózel, le hace un corte limpiísimo en el pómulos y se estrella contra la estantería que queda detrás.

—¿¡Qué..!?

La pregunta de Nero se queda a medias porque un segundo libro rasga el aire y choca contra una de las lámparas lanzándoles encima una nueva lluvia de cristales. Para cuando llega el tercer proyectil tienen que agacharse o les habría dado en la cara.

Kózel no sabe qué está ocurriendo. A la primera silueta agazapada entre las sombras se le une otra.

A tientas, Kózel busca la mano de Nero mientras susurra que rápido, rápido, tienen que salir de aquí. Arrastra a su amiga, que le pregunta qué ocurre y ella le dice que no lo sabe pero que corra.

Huyen a oscuras, con libros que se caen de sus estantes a medida que avanzan y con el aullido del viento pisándoles los talones. Como en un macabro juego del gato y el ratón se internan por los pasillos de la biblioteca y Kózel sabe que a cada paso que dan se alejan más de la salida. A pesar de eso, avanza todo lo rápido que puede, con una mano adelantada hacia las estanterías para guiar su camino y la otra, agarrotada y sudorosa, aferrándose obstinadamente a Nero.

No la suelta ni siquiera cuando llegan al fondo de la biblioteca, donde solo encuentran un descorazonador muro liso y, un poco más allá, las escaleras que conducen a la planta subterránea.

Al mismo tiempo se da cuenta de que la biblioteca, salvo por sus respiraciones aceleradas, está en absoluto silencio.

—Esto no me gusta —susurra.

Un golpe seco al otro extremo del edificio confirma sus sospechas.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Nero muy bajito; pero el golpe se repite con más intensidad y ella no tiene tiempo para darle una respuesta. Algo se mueve al fondo de la biblioteca y Kózel teme, por un momento, que sea su atacante.

Sin embargo, es todavía peor.

El ruido avanza como una montaña que se desmorona y pronto se llena de matices nuevos: madera que cruje y se rompe, el sonido pesado de libros que se precipitan hasta el suelo. Kózel se siente paralizada por el terror al darse cuenta de que son las estanterías cayéndose una tras otra por el efecto dominó cada vez más rápido y más cerca.

—Al piso de abajo —la urge Nero de repente—. Corre. ¡Corre, que nos aplastan!

Kózel se deja arrastrar mientras llena la biblioteca un estrépito atronador. A medida que todo el conjunto se desploma, libros y fragmentos de madera salen disparados por los aires, les golpean las piernas y las hacen tropezar. Una nube de polvo las persigue mientras bajan los escalones de dos en dos hasta que llegan al piso de abajo y se acurrucan muy quietas detrás de una de las fuertes columnas que sostienen la estructura.

Están... quedaría muy bien decir «a salvo», pero la palabra correcta es «atrapadas».

—¿Sigues entera? —jadea Nero.

—Sí, sí, estoy bien. —Kózel se impulsa un poco hacia un lado para echarle un vistazo a las escaleras. Está tan tensa que ni siquiera se percata de lo que ha dicho Nero. Desde el piso de arriba todavía les llegan ruidos. La biblioteca tiembla y gime como un animal moribundo—. ¿Tú?

—Creo que me ha pasado rozando un diccionario; pero es solo un rasguño. —La chica se frota la cabeza, quitándole importancia—. ¿Qué está pasando, Kóz?

—No tengo ni idea —responde ella; pero la memoria se le va inmediatamente al orbe de Kástor, que rodó por la tarima del piso de arriba y que, los Antepasados no lo quieran, puede que alguna de las sombras ya haya encontrado. Solo aparecía una mujer que hablaba sobre el incendio del Palacio de Verano, del Emperador. Kózel debe de haber visto centenares de imágenes similares en los documentales de orbevisión, pero Nero dijo que era importante. Quizá sea tan importante que merezca la pena... matar por él, porque supone que por eso han aparecido en la biblioteca esas sombras dispuestas a matarlas, para conseguirlo.

—Tenemos que salir de aquí como sea —susurra Kózel de repente, consciente de que puede que sus atacantes todavía no sepan que han perdido el orbe.

A su lado, Nero se estremece.

—Sobre ese tema...

—¿Qué?

—Acabo de calcular las probabilidades que tenemos de salir de esta.

A Kózel no le acaba de gustar su tono de voz pero, aun así, se da la vuelta para mirar a su amiga.

—¿Sí?

—No son muy buenas.

—No me digas.

En la planta subterránea no hay ventanas y la única salida posible es la misma por la que han entrado: las escaleras, hacia la planta principal. Allí también reina el silencio, quizá sus atacantes ya hayan encontrado el orbe o se hayan cansado o ya no queden más estanterías que derribar.

De repente, a través del hueco de la escalera, se escucha el crujir de la madera.

—Nos están buscando arriba —susurra Kózel.

—Pues qué bien que no estemos.

Kózel, que no puede competir con la lógica aplastante de Nero, asiente y espera. Justo encima de sus cabezas, unos pasos se mueven tentativamente sobre los escombros, cada vez más cerca.

Kózel nota los dedos de Nero clavándose alrededor de su brazo. Entonces, en la cima de las escaleras aparece un tenue resplandor.

La luz, débil y titilante, revela dos siluetas que hacen crujir los escalones bajo su peso. Kózel cree que ya no respira del terror.

Sin embargo, de repente, se detienen.

—¿Hola? ¿Kóz? ¿Nero? ¿Por qué está todo a oscuras? —La voz se siente lejana pero Kózel la reconoce enseguida: es Lórim. Lórim, que sabía que habían ido a la biblioteca.

Sus perseguidores siguen en lo alto de la escalera, muy quietos. Puede distinguir sus siluetas a pesar de haber disipado la pequeña luz que los acompañaba. Están esperando. Han escuchado a Lórim y las cosas por hacer se le acumulan: escapar, advertir a su amigo del peligro, no terminar con la cabeza aplastada contra la pared. Los pensamientos se suceden tan rápido dentro de su mente que no sabe ni por cuál empezar.

Al final, una sola idea, desesperada y estúpida, consigue hacerse oír entre las miles que bullen dentro de su cabeza.

—Tenemos que volver al piso de arriba para avisar a Lórim —le susurra a

Nero muy cerca del oído.

—¿Tienes un plan? —pregunta la chica.

—Un plan o un suicidio, todavía no lo he decidido —reconoce ella incorporándose lentamente.

—Entonces está cincuenta a cincuenta. No es una probabilidad tan mala.

—Nero también se levanta y asiente—. ¿Qué hacemos?

—Correr tan rápido como podamos. —Kózel agarra el brazo de Nero para no perderla—. Y cuando te diga... cierras los ojos. ¿Preparada?

—¿No? —aventura Nero, pero Kózel ya le ha dado un empujón para que se mueva.

No hay vuelta atrás.

En lo que dura la carrera, Kózel solo puede pensar en una cosa que les dijo la profesora Dinn el segundo o tercer día de clase: juega con tus propias armas. Entonces le pareció un consejo muy obvio. Sus pies resuenan por el pasillo y por un ligero cambio en la posición de las sombras sabe que sus atacantes, sean quienes sean, se han dado la vuelta. Sube los escalones a saltos, con Nero que le pisa los talones. Es el momento.

El arma de Kózel es la Ilusión. Es el poder de su Familia, que le permite manipular las ondas de sonido y de la luz a voluntad...

—¡Ahora!

Aprieta los ojos, y desea que Nero esté haciendo lo mismo. De sus manos se escapa la luz más potente que puede conjurar. Dura apenas un instante, como un sol que se haya colado en medio de la biblioteca y lo haya vuelto todo blanco. El fogonazo de claridad le atraviesa incluso los párpados cerrados y, cuando vuelve a abrir los ojos, en su campo de visión bailan manchas blancas.

Nero y ella pasan como una exhalación al lado de sus perseguidores que, a

pesar de la oscuridad que ha vuelto a dominarlo todo, se cubren la cara con las manos cegados por el estallido de luz.

—¡Lórim! —chilla cuando llegan a lo alto de las escaleras. Trepan desesperadamente por encima de los escombros de madera y libros en los que se han convertido las estanterías. Al otro lado, el camino está un poco más despejado, se deslizan por un montón de volúmenes y siguen corriendo. Kózel duda que sus atacantes hayan quedado fuera de combate durante mucho tiempo—. ¡Lórim, sal de aquí! ¡Ve a buscar ayuda!

Desea que Lórim, por una vez, le haga caso. Si no, como sus perseguidores no les maten, lo hará ella.

—¿Kózel? ¿Qué le habéis hecho a la biblioteca?

Kózel reprime una palabrota. Ahí está Lórim, parado en medio de su camino. Una lucecita de Ilusión orbita alrededor de su cabeza, así que puede verle la cara de susto y de no saber muy bien qué está pasando, sobre todo cuando Kózel choca contra él.

—Muévete, melón. ¡No te quedes aquí!

—Pero ¡dime qué ocurre! ¿Dónde está el fuego?

Seguramente Lórim no pretendiera ser irónico. «Dónde está el fuego» es una expresión inocente que equivale a «¿por qué tienes tanta prisa?». Es pura casualidad que nada más hablar, una bola de fuego ruja por encima de sus cabezas y estalle contra un montón de cristales rotos.

—Dos tipos intentan matarnos —apunta Nero, siempre dispuesta a echar una mano.

Mientras habla, Kózel ya agarra a Lórim y lo empuja hacia la salida. Están cerca, muy cerca. Desde fuera les llega el aire fresco de los jardines.

Entonces, Lórim se detiene. Kózel y Nero todavía avanzan unos metros por la inercia antes de darse cuenta de que su amigo se está quedando atrás.

—¿Se puede saber qué rayos haces? —le grita Kózel.

Lórim tiene esa mirada en los ojos. Es la mirada de estar a punto de cometer una estupidez muy noble.

—Id vosotros. Yo me encargo. —Lórim se ha dado media vuelta y se encara hacia la oscuridad. No llegan más bolas de fuego, ni siquiera una lluvia de libros asesinos; tan solo una quietud que augura algo todavía peor.

—¿Sabes cuánto terreno abierto hay de aquí a la residencia? —insiste cuando ellas no se mueven—. Seríamos dianas andantes. Alguien tiene que quedarse y entretenerlos.

—Ni se te ocurra —lo corta Kózel y, aunque sabe que se va a arrepentir, regresa a por él.

Nero también va hacia ellos. Cuando habla, tiene una nota de urgencia en la voz.

—Chicos...

—Id, de verdad, yo estaré bien —repite Lórim—. Puedo... manejarlos.

—No. No. Aquí no se queda nadie a sacrificarse heroicamente.

Hasta que no advierte el matiz de énfasis en el «manejarlos», Kózel no es consciente de por qué su amigo está tan seguro. En su cabeza ha sonado otra palabra muy parecida a la que ha dicho él; una que suena demasiado a «Dominarlos».

Y eso sí que no.

El aire se vuelve pesado y frío. Por un momento, Kózel cree que es una sensación suya pero resulta que no. El frío proviene de Nero, que tiene las manos cubiertas de una capa de hielo.

—Chicos, en serio, ¡tenemos que irnos!

—¡Estaré bien!

Y cuando Lórim sentencia ese «estaré bien», Kózel decide que los sentimientos de su amigo ahora importan bien poco. Se acerca, lo agarra fuerte del brazo y, de puntillas, le susurra al oído:

—Sé lo que pretendes, *alteza*, y no voy consentir que lo hagas.

Nunca pensó que sería capaz de decir algo semejante de ese modo, en frío y sin anestesia, pero es una situación desesperada. Con todo, a Kózel se le encoge el estómago cuando Lórim se aparta de ella con una expresión tan desvalida que duele verla.

Entonces, como escapado de una pesadilla, un viento poderosísimo cruza la biblioteca, arrastrando libros y fragmentos de madera. El huracán golpea a Lórim, que sale despedido por los aires y atraviesa limpiamente una de las ventanas que dan al jardín.

Kózel se queda helada, la vista fija en el punto donde hace un instante estaba su amigo; ni siquiera se mueve cuando las dos siluetas que corren por el pasillo sembrado de escombros ya casi les dan alcance. Solo puede pensar en cómo la ha mirado su amigo, como si toda su esperanza en el mundo se hubiera desvanecido.

Por suerte, Nero piensa en otras cosas, como en mantenerse con vida.

—¡Cuidado!

La empuja justo antes de que otro proyectil de Fuego, mucho más grande que el anterior, zumbe por su lado. Se estrella directamente contra la puerta de salida y la hace estallar en mil pedazos. El mundo se ha vuelto de humo, astillas al rojo por todas partes y la puerta es solo un amasijo de escombros cubiertos de llamas virulentas y descontroladas que aumentan la temperatura en la biblioteca por encima de lo que es humanamente aguantable.

Sin embargo, de repente una oleada de frío atroz la envuelve y, del contraste, le fallan las rodillas pero Nero no le permite ni un segundo de debilidad y la sujeta con una mano heladísima de la que emana un resplandor azulado. Su ropa, cabellos y pestañas se han cubierto de escarcha.

—Yo me encargo del Fuego. Tú, salta.

Así, rodeadas por la burbuja de frío que las protege, recorren los últimos

metros que quedan y ambas saltan a través de la puerta en llamas.

Kózel no puede creer que estén fuera pero lo están. Lo están. Al otro extremo del lago puede ver las luces de las residencias y de la cafetería, que brillan como un faro.

—Lórim —susurra para sí. Lo ve un poco a lo lejos, un bulto inmóvil en el suelo rodeado de cristales que reflejan la luz del incendio. Por un momento se teme lo peor y le flaquean las fuerzas pero entonces escucha un gemido ahogado y el bulto que es Lórim se remueve, trata de levantarse...

Recibe un codazo en las costillas. Es Nero, todavía bañada por ese resplandor azul que proviene de sus manos. Está tiritando.

—No vamos a dejarle aquí, ¿verdad?

Y no, no van a dejarlo donde están: o salen los tres o no sale nadie. Como una sola persona corren hacia Lórim y llegan justo a tiempo de sostenerlo antes de que caiga otra vez sobre el lecho de cristales.

—¿Estás bien? ¿Te has roto algo? ¿Puedes caminar? —pregunta Kózel, mirando alternativamente a su amigo y a la puerta de la biblioteca.

Lórim parpadea, tratando de enfocar la vista.

—Sí... —responde. Tiene varios cortes superficiales en la cara y el uniforme hecho jirones. Apenas se mantiene sobre las piernas, pero es suficiente para Kózel, que lo agarra por debajo de la axila y tira de él.

Lórim solo consigue dar dos pasos antes de derrumbarse de nuevo. Al tiempo que lo levantan, Kózel echa un vistazo hacia atrás del que se arrepiente enseguida: las dos siluetas que no dicen nada, que quieren matarles sin demostrar ninguna emoción, como si no fueran humanos, ya se recortan contra el edificio en llamas.

Kózel y Nero se miran.

Como si se hubieran leído la mente, dejan a Lórim suavemente en el suelo

y se encaran hacia sus atacantes. Presentarán batalla o al menos, piensa Kózel con tristeza, caerán con dignidad.

Poco a poco Vincula un tenue Escudo a su alrededor. Por primera vez, uno de sus dos atacantes emite un sonido reconocible: una risotada aguda y desgarrada que se hace más fuerte al tiempo que levanta un brazo para lanzarles de nuevo un proyectil de Fuego.

El impacto es brutal, avasallador. Kózel se nota la piel ardiendo por el calor residual que deja el ataque aunque, de momento, el Escudo aguanta. No obstante, es solo cuestión de tiempo que se le agoten las fuerzas o que un embate especialmente poderoso ponga punto y final a la situación.

Huir no es una opción; Lórim bastante tiene con mantenerse consciente y, ni dejándole atrás, lograrían llegar muy lejos. Mira hacia delante. La silueta en llamas de la biblioteca se recorta contra el paisaje y, de pronto, como si la imagen le viniera clara al cerebro, decide presentar batalla.

—¿Nero?

Un nuevo impacto la hace retroceder y Kózel sisea al notar una quemazón en el brazo allá donde su Escudo no la ha protegido lo suficiente. Sin embargo, Nero se ha vuelto atenta hacia ella.

—¿Puedes ver el tejado de la biblioteca?

Las figuras se acercan poco a poco. A la luz de las llamas Kózel puede ver la capucha y el embozo color escarlata que les cubre casi toda la cara. De sus rostros solo se distingue una mirada perdida, como muerta, en los ojos.

—¿Qué le ocurre al tejado?

La silueta de la derecha hace un gesto ampuloso con las manos, calculado y perfecto. El viento está congregándose a su alrededor, agita las copas de los árboles, levanta hojas secas, partículas de tierra.

—¿Podrías alcanzarlo con algo? Con Aire. O Agua. O cualquier cosa. Tírale piedras si hace falta. Como aquella vez que jugamos a los dardos, ¿te

acuerdas? Nunca fallas —Kózel habla a trompicones. Una lluvia de Fuego por parte del otro encapuchado está cayendo sobre su Escudo y a cada impacto tiene que detenerse con los dientes apretados y luchar para que la protección no desaparezca—. Está allí. ¿La ves? ¡La campana!

Como todos los edificios antiguos, la biblioteca está coronada por una esbelta espadaña donde está la vieja campana de alarma, pequeña y de bronce pulido que parece rojo a causa del incendio. Tendría que disipar sus protecciones para que Nero pudiera golpearla, tendría que... no lo sabe, distraer a sus atacantes de alguna forma y confiar en que no les fulminaran al instante. Es un todo o nada, pero si tan solo pudieran hacerla sonar un par de veces, alguien se acercaría a ver qué ocurre...

Nero abre la boca. Kózel espera que sea para decir que sí, que lo va a intentar; pero, en realidad, es para avisarla de que un remolino furioso de Aire avanza hacia ellos. Choca contra el Escudo con un sonido seco y Kózel se cubre la cara con los brazos mientras nota aterrada cómo empieza a empujarla hacia atrás.

—¡Nero! —insiste. Su amiga se vuelve hacia ella y mueve los labios pero Kózel no escucha nada más que el vendaval silbándole en las orejas. Entonces la mano helada de la chica le da un apretón firme en el hombro. Kózel supone que está preparada.

Respira hondo. El viento ruge cada vez más furioso, pero ella lucha por vaciar la mente. Afianza los pies al suelo. Por un momento los colores de todo lo que la rodea se vuelven más vívidos; las llamas que devoran la biblioteca adquieren matices que van del azul más oscuro al amarillo brillante; las sombras del jardín ganan en textura y se vuelven aterciopeladas. El mundo está ante ella como solo puede estar ante alguien de la Familia Ilusión. Es un entramado brillante de colores y formas en permanente cambio, de sonidos que hacen vibrar cada fibra de su ser, el olor del césped

húmedo y de la madera quemándose... y todo está al alcance de sus dedos. Es el Equilibrio del que siempre les hablan en clase; aquello que, en el fondo, es el núcleo y el origen de todo lo que existe.

Kózel siente el vértigo en el estómago cuando extiende los brazos y su Escudo se expande con una sacudida. Nota la fuerza de su contrincante, que empuja el remolino de Aire otra vez contra ella pero Kózel levanta una bota cubierta de barro y da un paso hacia delante. Todas sus fuerzas, cada fibra de su ser está volcada en proteger a sus amigos. Incluso siente cómo se desvanecen las Ilusiones que siempre le ocultan la cara; pero ya no importa.

Su Escudo es ahora de un azul tan brillante que eclipsa las llamas de la biblioteca.

Da otro paso, las manos al frente abriéndose camino por un aire poblado de partículas centelleantes de energía, vivas, que cuando entran en contacto con sus dedos se disipan con un chasquido de estática. Se aferra a la sensación aterradora y placentera de toda la energía que pasa a través de su cuerpo.

La clave está en el Equilibrio porque al fin y al cabo esa energía ya existe; está ahí, en el viento y en las hojas de los árboles y en las gotas de rocío. Kózel solo tiene que permitir que fluya.

A su alrededor la temperatura comienza a descender, lo que significa que Nero está lista para hacer su parte.

Ahora.

Con un estallido de claridad, el Escudo crece, se derrama como si la luz que lo compone fuera líquida y se lleva consigo el vendaval. El tiempo se detiene unos segundos. Entonces, de las manos de Nero, sale disparada una esfera de hielo en dirección a la fachada de la biblioteca y, en medio del repentino silencio, resuena una campanada.

Nero lanza otro proyectil helado. La campana vuelve a tañer una vez más,

dos veces. Frente al edificio en llamas, uno de sus atacantes suelta un rugido desgarrador.

—¡Continúa! ¡No pares! —grita Kózel mientras se adelanta.

Sin el Escudo, ella es la última línea de defensa. Pero está tan cansada. Siente el cuerpo terriblemente pesado. Le parece haber perdido el control de sus extremidades mientras rechaza los ataques como puede: Agua contra Fuego, Tierra contra Aire; todo lo que ha aprendido en el Liceo y ante lo que reacciona por instinto.

Pero siempre hay un nuevo proyectil en camino.

De repente Kózel arranca un grito. La ha alcanzado un ataque. Ha perdido la cuenta de cuál, pero no le importa porque la campana todavía resuena con insistencia llenando la noche.

Se palpa el hombro izquierdo mientras se vuelve al otro lado y entonces ve cómo una descarga de Rayo avanza vertiginosamente hacia ella. La electricidad hace crepitar el aire. Es demasiado tarde para conjurar un Escudo y entonces el chispazo le atraviesa el cuerpo y de pronto le fallan las piernas, las fuerzas, todo. Son unos segundos largos en que escucha a sus amigos gritar de fondo, incluso más alto que las campanas que no han dejado de sonar.

La electricidad la sacude de la cabeza a los pies. El Rayo la ha impactado con tanta fuerza que ahora controla el movimiento de sus brazos y piernas.cae de rodillas al suelo, los brazos extendidos en cruz y los ojos apretados como si así pudiera eliminar el dolor. Siente que le tiembla hasta la sangre. No sabe si está chillando mientras la energía de Rayo le recorre las venas como un enjambre enloquecido, como si toda esa energía pudiera hacerla estallar en mil pedazos.

Energía.

Todavía temblando, abre los ojos de golpe y, de pronto, los colores del

mundo, que se habían apagado, brillan como nunca. La energía está ahí, venga de donde venga. No es muy distinta a la que utilizó antes, cuando conjuró el Escudo, o a lo que sintió durante el Festival de Agua. Lo importante es que tiene todo ese poder a su alcance, está en su cuerpo, y tiene dos opciones: puede aprovecharse o dejar que la mate.

No piensa rendirse.

Y la descarga de Rayo sale entonces disparada de su propio cuerpo, que actúa de mero conductor. Un arco de energía azul eléctrico salta desde la punta de sus dedos hacia la figura sombría de su atacante y le golpea en el centro del pecho lanzándole varios metros hacia atrás. Ya no se levanta.

Kózel se desploma mientras el otro encapuchado echa a correr hacia ellos con un proyectil de Fuego en las manos que le parece que será el definitivo.

Por lo menos ha podido deshacerse de uno, piensa ella con resignación.

La bola de fuego la alcanza. Estalla, pero en vez del calor abrasador Kózel solo nota una brisa fresca en la cara y la característica luz azulada que desprende un Escudo que no ha conjurado ella.

Se vuelve hacia Nero pero su amiga está igualmente sorprendida. Entonces mira hacia abajo. Lórim, todavía en el suelo, tiene un brazo extendido y una sonrisa que se debate entre el orgullo y el estar a punto de desmayarse otra vez.

—No iba a dejarte todo el protagonismo a ti, *Hoku*.

—No me llames *Hoku*, melón.

Entre tanta destrucción y ese dolor sordo que le ha quedado en el cuerpo tras la descarga eléctrica, Kózel hasta encuentra tiempo para sonreír.

El único atacante que queda, mientras tanto, ya está casi encima de ellos. Salta. Las manos se le cubren de llamas y Kózel piensa que vamos, vamos, tiene que poder con él, que solo queda uno.

A medio salto, justo cuando está en el aire, un chorro de Agua a toda

presión alcanza a su agresor y lo manda dando tumbos hacia atrás.

Kózel no entiende qué acaba de ocurrir. Su mirada se queda perdida en el espacio repentinamente inofensivo que tiene delante hasta que por fin escucha los gritos. Una sombra se acerca corriendo por la orilla del lago. A su lado, Nero lanza un último proyectil contra la campana y cae de rodillas al suelo, agotada.



Quién le mandaba a él, se pregunta el detective Brynn mientras corre tan rápido que le explota el pecho y le flaquean las piernas; quién le mandaba regresar al Liceo.

Él solo quería descubrir qué buscaba el agente Cait cuando lo mataron, igual que hizo Cait cuando investigaba la muerte de Koem. Ahora espera, sinceramente, que la historia no se repita por tercera vez, porque se dirige hacia una biblioteca en llamas donde tres estudiantes están siendo atacados por dos tipos y, aprovechando que el lago está a su lado, acaba de golpear a uno de ellos con el torrente de Agua más potente que ha sido capaz de Vincular sin dejar de correr.

Ha escuchado las campanas de alarma desde el gimnasio antiguo mientras se preguntaba qué habría hecho su compañero durante sus últimas horas, de dónde provenían esos papeles que dibujó Graadz tirados por el suelo y deseaba, si no era mucho pedir, encontrar al verdadero asesino.

Que, hablando de asesinos, el perfil del sujeto que dibujó Graadz coincide

bastante con el tipo al que acaba de derribar: capucha (sí), uniforme del Liceo (sí), actitud homicida (sí). Especialmente cuando el tipo se levanta y profiere un simulacro de risa, desquiciada y vacía. Extiende los brazos para concentrar un círculo de llamas que giran violentamente a su alrededor y las lanza contra él.

Brynn no se detiene a pesar de que el aro de Fuego surque el aire dejando un rastro de césped calcinado. Que no hiciera tonterías, le ha dicho el capitán Morgensett. Tiene hasta gracia que estuviera tan en lo cierto.

Cuando el Fuego está tan cerca que nota el calor quemándole la piel, el detective se deja caer y transmite toda la inercia de su carrera a la Tierra que tiene debajo justo antes de que las llamas estallen furiosas.

El humo de la explosión se disipa lentamente y ahí está Brynn, acurrucado tras un muro de Tierra que se ha llevado lo peor del golpe. Rueda sobre sí mismo y, con las manos crispadas, echa los brazos hacia delante y la montaña de Tierra, casi tan alta como la primera planta de la biblioteca, ondula como si fuera líquida. Se mueve. Devora los metros que la separan de la biblioteca y hace un sonido grave y áspero a medida que fragmentos de roca salen despedidos por los aires.

El encapuchado ha dejado de reír. Retrocede un paso, lo piensa, trata de Vincular Tierra para contrarrestar la montaña en movimiento pero esta es demasiado grande y pesada para detenerse.

El cuerpo humano hace un sonido curioso cuando un gran peso de arena, rocas y césped chocan contra él; un sonido como viscoso, ahuecado, que Brynn no se entretiene a escuchar porque ya se acerca a los tres estudiantes que lo observan con ojos como platos.

—¿Estáis todos bien? ¿Hay algún herido? —Más que pedir, exige una respuesta. Les observa con atención, en especial a uno de los chicos. Tiene

cortes por todo el cuerpo y aunque está en pie parece a un suspiro de desmoronarse—: ¿Algún herido grave?

—Tú... —dice el chico, señalándolo con el índice—. Yo a ti te conozco. Eres el detective este, ¿verdad? Me interrogaste una vez.

Entonces, Brynn entorna los ojos, fijándolos en el chaval que acaba de hablar, que arrastra un poco las palabras y le sonríe como si fueran amigos de toda la vida. Se lo va a perdonar esta vez porque debe de haberse golpeado la cabeza.

Lo recuerda. Lórim Hérshel. Lo interrogó el día posterior a la muerte de Koem. Ya es casualidad, reflexiona en silencio, que ahora se lo encuentre en este fregado.

Brynn respira hondo y como no parece que ninguno de los tres vaya a morir en ese mismo instante, se aleja en dirección a la masa de tierra y piedras que tiene aprisionado al encapuchado a pasos deliberadamente largos. Quizá así no se le note la rabia que trata de escapársele por cada poro de la piel.

Cuando llega, el tipo sigue inconsciente. El detective se da la vuelta. Mientras corría desesperado hacia la biblioteca ha visto a un segundo atacante salir despedido por un Rayo. Suponía que tras un ataque así el encapuchado no podría ir a ninguna parte.

—¿Dónde está el otro?

A pocos pasos de donde está hay una franja de césped aplastado. Debe de haber sido un golpe de espanto porque la hierba está medio levantada y permite ver la tierra oscura que hay debajo, pero nada más.

Brynn echa una mirada hacia el bosque cerrado que se extiende hasta el límite de los terrenos del Liceo. Al mismo tiempo, varias docenas de personas llegan a la carrera; algunos llevan uniforme y otros ya van en pijama. Reconoce a varios profesores que, a juzgar por su expresión y por los

destellos de Rayo que se escapan de las manos de una mujer menuda y de aire marcial, Nedia Vorak, si recuerda bien, ya estaban preparados para cualquier contingencia.

Antes de que haya un malentendido, Brynn extrae su placa del bolsillo que tiene en la pechera de la gabardina. Hace meses que no la limpia pero, a pesar de todo, la estrella de metal refleja la luz del incendio.

—Detective Álek Brynn, acabo de detener a un sujeto que estaba atacando a un grupo de estudiantes —informa volviéndose hacia el tipo que sigue inconsciente—. Si alguien fuera tan amable de buscar el comunicador más cercano y contactar con la Casa de Guardia del Paseo de Pralín... —empieza, sin darles tiempo a reaccionar. Así se ahorra preguntas incómodas como, por ejemplo, que muchas gracias por salvarles el pellejo a los estudiantes, pero que qué rayos hacía el detective Álek Brynn en el Liceo y a estas horas—. Que manden enseguida un vehículo, no necesariamente uno de los cómodos, y que establezcan controles por todo el perímetro del campus para localizar a un segundo atacante que ha logrado escapar. A los estudiantes de cursos superiores, les sugeriría que echaran un vistazo también. Quizá tengamos suerte y no haya ido demasiado lejos.

En los jardines se produce un segundo de silencio perplejo. Entonces, los profesores comienzan a dar órdenes. Un par de estudiantes echan a correr hacia las residencias mientras el resto se dividen en grupos que salen en dirección a los bosques. Brynn respira hondo, le duele todo considerablemente y cree que el aro de Fuego le ha pasado más cerca de lo que debería, porque nota una corriente de aire en la coronilla allí donde, que él recuerde, tenía más pelo.

—Y ahora... ¿Alguno de los tres puede contarme qué ha pasado aquí? —pregunta volviéndose hacia los tres estudiantes que han sufrido el ataque.

Uno de los chicos se yergue un poco. Tiene cara de niño pequeño y es el

más bajo de los tres, incluso la chica le pasa medio palmo.

—Visto que nos ha salvado la vida, detective —dice mirándole con los ojos muy abiertos—, si usted nos lo pide le haríamos hasta la ola.

Esa no se la esperaba. Brynn ríe un poco entre dientes pero se detiene al escuchar un gemido ahogado, de tintes arenosos. Es lo que ocurre cuando te derrotan con media tonelada de jardín, que se te llena la boca de tierra.

Brynn se acerca al encapuchado, que empieza a despertar y trata de moverse, pero no le da mucha pena. Si logra demostrar que el tipo está, aunque sea remotamente, relacionado con el asesinato de Cait, va a desear no haber nacido. Aunque no dicen nada, puede notar perfectamente que los tres estudiantes se tensan cuando él se inclina para agarrar el borde del embozo y se lo quita de un tirón.

Resulta ser solo un chaval. Tiene hasta acné y cuatro pelillos bajo la nariz que no llegan a ser bigote. El detective se vuelve hacia los chicos, que contienen el aliento.

—¿Lo conocéis?

El bajito que ha hablado hace un momento, el de la gorra, se lleva la mano a los labios justo a tiempo de contener una exclamación de sorpresa.

—Antepasados benditos... es uno de los becarios de la biblioteca, se llama Nymar...

Martes, 3 de junio.

Paseo de Pralín. 4.24 de la madrugada



Kástor ha permanecido setenta horas y cincuenta y tres minutos bajo custodia. Las ha contado. No tenía mucho más que hacer y además solo podían retenerle setenta y dos horas sin una acusación formal.

El mismo guardia que le ha abierto la celda lo lleva hasta la puerta de la Casa de la Guardia. El trayecto se le ha pasado como entre brumas; no entiende qué ocurre pero cree atisbar al detective que habló con él, Brynn, en una de las salas. Brynn prometió que trataría de ayudarlo pero Kástor no sabe si lo ha hecho realmente o si resulta que él se ha saltado alguna hora y ha pasado más tiempo del que creía. El guardia le comunica que es libre de

marcharse, pero que le llamarán para declarar. Kástor no es consciente de todo hasta que el aire fresco de la calle le da en la cara.

Es de noche. Una pátina de rocío cubre el Paseo de Pralín y hace que la luz de los faroles se refleje tenuemente sobre el suelo.

Kástor baja los escalones poco a poco por culpa de sus piernas entumecidas. Le pica el cuerpo, trata de no pensar en la ropa que le han dado para sustituir su traje manchado de sangre, que no sabe dónde ha estado ni a quién pertenecía y que se le pega incómodamente a la piel.

Tarda un poco en advertir a la persona acurrucada a los pies de la escalera aunque en cuanto reconoce a Enzo le da un vuelco el corazón. Debe de haber hecho algún ruido, quizá ha respirado demasiado fuerte o una baldosa suelta ha crujido bajo su peso, pero el caso es que Enzo da un respingo como si se acabara de despertar.

—Kástor... —La voz de su amigo suena cuesta arriba, lo cual confirma que estaba durmiendo aquí, en la puerta de la Casa de la Guardia.

Nadie sabe que lo han soltado, pero de alguna forma Enzo ha conseguido estar donde él le necesita, como siempre. Eso produce cierto peso en la conciencia de Kástor pero a la vez se siente muy ligero mientras desciende los peldaños a saltos. Quiere darle un abrazo, reírse, todas esas cosas que normalmente le dan una vergüenza espantosa, porque estos dos días le han parecido como de mentira y se ha sentido muy solo; pero Enzo tiene los brazos cruzados sobre el pecho y la angustia reflejada en los ojos. Kástor reconoce cuándo alguien no quiere que lo toquen. A él le pasa a menudo.

—‘Stas aquí —musita al cabo de unos segundos, solo para llenar el silencio que vuelve a reinar en la calle.

Enzo se encoge todavía más sobre sí mismo y el cerebro agotado de Kástor no logra descubrir por qué.

—Después de lo que ha pasado esta noche en el Liceo, he pensado que

quizá te dejaran libre pero no sabía cuánto tardarían...

—¿Qué ha pasado? Esta noche. —Que le han soltado sin más explicaciones, quiere decir. Que está asustado porque no sabe si está libre porque se ha demostrado su inocencia o porque no pueden retenerlo más y quizá mañana, o cualquier otro día, vuelvan a por él.

Como si le hubiera leído todas las preguntas en la mirada, Enzo meneaba la cabeza.

—Han detenido a Nymar Lexett. Atacó a Hokulea, a Nero y a Hérshel y ha dejado la biblioteca destrozada. Dicen que... que es un Caballero del Águila y que él hacía las pintadas y... que mató al guardia la otra noche...

Kástor recuerda a Nymar, el amigo de Sammler. Siempre le ha parecido bastante imbécil de una forma más bien abstracta, solo porque solía mirar a los estudiantes de cursos inferiores por encima del hombro y siempre ocupaba las duchas más tiempo del que debía. No tenía cara de asesino. Claro que... ¿Qué cara tiene un asesino? Quizá la tiene él y por eso le detuvieron. Trata de pensar pero está muy cansado. El golpe en la cabeza todavía le duele a oleadas sordas que le emborronan la mente y de verdad necesita ese abrazo porque empieza a sentirse las rodillas de lana y cree que o se lo da Enzo o se sienta, porque se va a caer.

Antes de que Kástor se deslice completamente hasta el suelo, Enzo sale de su ensimismamiento y lo sujeta para que no se parta la cabeza, esta vez contra los escalones de piedra.

—Eh, eh... tranquilo, ya ha pasado todo. Ya está. Todo irá bien.

Kástor nota sobre las mejillas las manos cálidas de Enzo, que le obligan a levantar la cabeza: eh, eh, no pasa nada. Se tienen el uno al otro y ya está, todo irá bien.

—Irá bien —repite para sí mismo. Enzo debe de verle muy convencido porque, por fin, se le quita esa expresión de angustia y sonrío un poco. Kástor

está convencido de que ahora le dará ese abrazo que tanto necesita pero su amigo le suelta muy lentamente. Kástor lo sigue con la mirada mientras Enzo se aparta un paso y estira los brazos provocando una sinfonía de articulaciones que crujen.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a ir a tu casa o...?

Si va a ir a su casa o... No lo sabe. Su cabeza se había quedado atascada en el aquí y ahora, que le han soltado y Enzo ha venido a buscarlo, pero es tarde. El metropolitano no reemprende el servicio hasta las seis y le espera una larga caminata si quiere llegar a su casa, en los Llanos, que no se siente con fuerzas de hacer. Sin embargo, no puede ni imaginar que sus padres vayan a verle al día siguiente por la mañana, como han hecho cada día, y que no le encuentren.

Forzando los músculos para que le respondan, se incorpora. Después del tiempo pasado en la celda, las calles vacías se le antojan inmensas. Da un paso de prueba en la dirección que, supone, está el río. Entonces se vuelve hacia Enzo, que espera su respuesta con una expresión en el rostro que Kástor sigue siendo incapaz de descifrar.

—No sé, Enzo.

—Puedes quedarte en mi casa si quieres... —Su amigo acaba por superar la distancia que les separa. Parece que las manos le sobren, que no sepa qué hacer con ellas, y trata de alisar el jersey prestado que lleva Kástor—. Les mandamos un mensaje a tus padres, que estén tranquilos...

A Kástor le gustaría. Enzo vive en el Barrio Antiguo, a un tiro de piedra de donde están. Su madre es simpática y su tío, gruñón. Siempre le han hecho sentir bienvenido.

Vuelve a mirar al Paseo de Pralín y a sus edificios palaciegos que parecen dormidos. Muy lejos se adivina la luz azulada del Templo del Agua. Le servirá de faro.

—*Mvoy*. —Acaba de decidirlo en este mismo momento. Necesita ir a un lugar donde se sienta completamente seguro, en su casa, con sus padres y sus hermanos. Y le irá bien caminar para despejarse—. Pero mañana. Vuelvo a clase, ¿*hum*? Para los exámenes. —Esto también acaba de decidirlo ahora. No va a perder el curso. Al día siguiente regresará a clase con la cabeza alta y si alguien continúa pensando que es culpable... bueno. Quizá no le pegue, porque sería contraproducente, pero ya pensaré en algo—. Gracias —murmura entre dientes—. Por *'star* siempre.

—No... no me las des. No me des nunca las gracias por estas cosas. Por favor.

Enzo baja la mirada y Kástor tiene la sensación de haberse perdido un matiz importante en la conversación pero no sabe qué. Quizá sea solo cuestión del cansancio, quizá mañana lo vea todo mucho más claro. Da un golpecito a Enzo en el brazo, apenas un roce con las yemas de los dedos, y se aparta.

No va muy lejos, porque justo antes de darse la vuelta, Enzo ha abierto la boca. Durante unos segundos no ha salido ningún sonido de ella pero Kástor espera paciente.

—Oye. Estás bien, ¿verdad? Lo que... pasó. La noche de la fiesta.

La noche de la fiesta.

Kástor se toca la coronilla inconscientemente. El simple contacto dispara punzadas de dolor hacia sus terminaciones nerviosas. El chichón es prácticamente lo único que le parece real del último viernes.

—Bien. Ahora sí. Si dices que eso. Que fue Nymar. Tendré que volver para declarar creo. Pero eso. No sé si. Servirá de mucho. —Para acompañar sus palabras, se da un golpecito en la sien y suspira—. No recuerdo nada sabes. Toda la noche... —Repite el golpe. Es su forma de expresar sin palabras que no recuerda nada por todo eso, por el alcohol, por el golpe en la

cabeza y por el bloqueo monstruoso que le dio en la Casa de la Guardia—. *S'como*. Sabes como cuando tienes un sueño. Sabes que han pasado cosas. Pero luego no recuerdas casi nada. Trocitos. Así. —Agotado por el esfuerzo de entrelazar tantas palabras seguidas, Kástor menea la cabeza—. Pero quizá mejor, ¿*hum*? Así mejor. No recordar.

Una brisa de madrugada barre la calle. A Kástor le parece que Enzo se encoge y que debe de ser por el fresco, pero es solo un momento y entonces su expresión se suaviza hasta que se transforma en una sonrisa.

—Quizá tengas razón. Mejor que no recuerdes nada si vas a estar más tranquilo.

—Sí.

—Nos vemos mañana. Intenta descansar un poco.



La noche ha sido muy larga. Las imágenes se solapan unas contra otras en su cabeza y ya no sabe qué es lo que ha ocurrido hoy o lo que ocurrió ayer o incluso, si le apuran, lo que sucede en este momento.

Lórim trata de recapitular mentalmente: se los han llevado a la Casa de la Guardia para declarar. Del lugar recuerda los techos altos, al detective Brynn, que les ha servido la misma cosa amarga y aguada que se suponía que era café y que probó el día del interrogatorio. Solo Kózel se lo ha bebido con avidez. También recuerda, y no sabe por qué, tres marcas como de arañazos que tenía el escritorio de madera oscura donde les han tomado declaración.

Les han hecho muchas preguntas, muchas más que el día que murió Koem. Entonces él se sabía inocente, creía que no hacía daño ocultándose en el Liceo; pero después del ataque al teatro, ya no. Quizá él no cometió el atentado pero alguien lo hizo en su nombre. No asesinó al profesor Koem ni tampoco al agente Cait pero ya no tiene tan claro si no está todo relacionado. Y no solo eso; esta noche alguien ha tratado de matarlo a él mismo y a sus amigos. No entiende nada. Y tiene miedo.

Casi estaba amaneciendo cuando el detective Brynn se ha apiadado de ellos y un cuadríciclo de la Guardia los ha llevado de vuelta al Liceo. Mecido por el balanceo del vehículo, Lórim ha dormitado casi todo el camino y cuando cruzan las rejas de entrada, el cielo comienza a teñirse con un poco de claridad.

Por la avenida principal los árboles tienen un color verde y frondoso. Como siempre que pasa por aquí, a Lórim se le va la vista hacia las estatuas que flanquean el camino, que a la luz mortecina del amanecer parecen fantasmas. Con el tiempo, se han vuelto familiares y puede anticipar cuándo será visible cada una de ellas entre la vegetación: detrás del siguiente recodo, Tierra, con su delicado arbolito de mármol en las manos; un poco más allá, la Dama de Agua sobre su remolino de agua petrificada, y luego Aire, Fuego, Rayo y todos los demás, nueve figuras en eterna espera sobre sus pedestales. En la plaza que está al final de la avenida, Kózel se acerca un poco a Nero y le cuchichea algo al oído.

Nero asiente. Mira a Lórim, más dormida que despierta, y hace un gesto de despedida con la mano. Lórim corresponde al saludo por inercia mientras se pregunta qué hace, si se van los tres de cabeza a las residencias porque tienen apenas un par de horas para dormir antes del examen de Documentación pero Nero se va y Kózel le pone una mano en el hombro para que se detenga.

—Ahora no, Kóz.

Lórim no se siente capaz de hablar en ese momento. Los cortes que se ha hecho al salir despedido por la ventana, aunque superficiales, le tiran de la piel y le escuecen. Su ropa está destrozada. Su cuerpo es una amalgama de magulladuras, por los cielos, que han querido matarlos. Pero, por encima de todo, no quiere tener ninguna conversación con Kózel porque está asustado. Le llamó «alteza». Eso solo puede significar una cosa: que sabe quién es. Y quizá también intuya, como él, que todo lo que ha ocurrido, los atentados y las muertes, de una forma u otra, son culpa suya.

Cierra los ojos y durante unos segundos revive lo ocurrido en los últimos días, desde que Dominó a Denna para que le besara. Suspira y cuando los abre, Nero ya está demasiado lejos para alcanzarla y tan solo queda Kózel. También parece que pueda derrumbarse en cualquier instante, la cara cubierta de hollín y la visera de su gorra medio quemada pero, aun así, los ojos le brillan con determinación.

—Entonces ¿cuándo?

—No lo sé. —Lórim aparta la mano que Kózel todavía tiene en su hombro —. Mañana. Otro día. Hoy no.

Otro día. Hoy prefiere huir aunque le parezca que es lo que hace siempre.

Ignora deliberadamente las protestas de su cuerpo dolorido y se pone en marcha de nuevo.

—Podemos hablar aquí o a gritos mientras te persigo hasta la residencia, tú eliges.

Lórim da todavía unos pasos antes de detenerse. Tendría que haberse imaginado que Kózel no se conformaría con una evasiva.

—Basta. ¿No lo entiendes? Ya sé lo que tienes que decirme y no quiero escucharlo —le dice con un tono de voz más cansado del que a él le gustaría mostrar.

«No es justo», piensa. No es justo que Kózel le obligue a pasar otra vez por

lo mismo. No quiere verle el terror y el desprecio reflejado en las pupilas como ocurrió con Denna pero si insiste, reflexiona al fin, más cansado de lo que ha estado en la vida, al menos que sea rápido.

Avanza hasta el centro de la plaza. Allá, medio destrozado por el paso de los años y por el rencor de los estudiantes, está el décimo pedestal, vacío. La última Familia, Indrasil, Dominio. Lórim pone un pie encima, luego el otro, y se da la vuelta hacia Kózel.

—Sabes quién soy.

Lórim esperaba rechazo o miedo ahora que por fin se ha deshecho de la máscara, pero no que Kózel se cruce de brazos y frunza el ceño.

—Eres imbécil, Lórim —le espeta Kózel de repente—. Sé quién eres, os escuché a ti y a Denna tras las gradas de las pistas; pero no es de eso de lo que quiero hablar. —Camina hacia él con paso decidido y Lórim está tan desconcertado que ni siquiera se mueve—. No sé si piensas que el mundo gira a tu alrededor o algo —prosigue. Observa los jardines para comprobar que no haya nadie y entonces se quita la gorra con rabia—. Pues ¿sabes? No es verdad.

Kózel le lanza la gorra a Lórim, que hace un aspaviento para pescarla al vuelo. También se pasa la mano por la cara mientras agita los dedos, de los que escapa un brillo rosado que se desvanece en segundos. Lórim al principio no entiende por qué lo ha hecho, pero a medida que se acerca se da cuenta de que el rostro de Kózel ha cambiado, que tiene las facciones más suaves y redondeadas, las pestañas más largas y los labios más llenos. Incluso la voz le suena distinta.

—¿Qué te piensas? ¿Que eres el único con secretos? —pregunta con esa nueva voz que no le ha escuchado nunca.

Kózel se detiene frente a él en ese instante y se desabrocha primero la casaca y luego el chaleco del uniforme. Lórim abre mucho los ojos porque la

noche, definitivamente, ha dejado de tener sentido. Entonces, con la camisa no tiene tanta paciencia, la abre a tirones y finalmente forcejea con una tercera prenda que Lórim no identifica hasta que Kózel logra quitársela y la tira al suelo con un gesto de rabia reprimida. Es una venda.

—Pues resulta que te equivocas.

Lórim observa la venda en el suelo. Luego mira a Kózel. Por debajo de la camisa abierta ve unas curvas que antes no estaban allí y lo que parece una prenda de ropa interior que solo había visto en sus sueños y un día fatídico que se encontró a Denna en su habitación.

Al darse cuenta de hacia dónde está dirigiendo los ojos, Kózel chasquea los dedos delante de sus narices.

—Mira hacia arriba, melón. O tendré que darte una torta. —Y luego procede a abotonarse la camisa.

Lórim boquea como un pez fuera del agua pero no le salen las palabras.

—Pero...

Kózel le mira desafiante y se pasa los dedos por entre el pelo para ahuecar las ondas aplastadas por la gorra.

—Pero, pero... —No puede creérselo. Lo único que puede hacer es mirarlo de nuevo. Es decir, la mira de nuevo y es Kózel pero, a la vez, no lo es. Y abre la boca—... eres una chica. ¿Eres una chica?

Ella levanta la cabeza y es como si Lórim la viera, por fin, de verdad. De repente su cara, su cabello, la curva sinuosa de las caderas, el hoyuelo travieso bajo el labio inferior son la Kózel auténtica. Por un momento se maravilla de lo ciego que ha estado, que han estado todos, y se da cuenta de lo extraño que se le hará verla con su gorra y su máscara de chico a partir de ese momento.

—Tienes tetas, Kóz —susurra Lórim fascinado—. Si alguien se entera, te

convertirás en la persona más popular de la residencia masculina. Ay. No me pegues.

Kózel se frota el codo con el que le ha golpeado. Tras exhalar un largo suspiro aparta ligeramente a Lórim para que le deje espacio en el pedestal y se sienta junto a él.

—Agradece que solo te he pegado en el brazo, idiota. No sé dónde le ves la gracia.

Poco a poco, porque le duelen todos los músculos del cuerpo y tiene las rodillas agarrotadas, Lórim estira las piernas mientras Kózel habla muy rápido, como si quisiera quitárselo todo de encima de una vez.

—Tiene una explicación, ¿sabes? Es una explicación estúpida pero no tengo otra: mis padres no querían que me matriculara en el Liceo, así que pedí una beca para costearme los gastos. Llevaba meses preparando los exámenes de acceso y las pruebas físicas para la beca y, bueno, quedé en lista de espera porque ya habían cubierto todas las plazas para chicas y... ¡y mis padres quieren que sea actriz! —exclama indignada—. Me dijeron que si no pasaba las pruebas, me iba directa a la Escuela de Artes Escénicas de Hol Ibu, como mis primos.

—¿Eso no funciona al revés? —pregunta Lórim abrumado por la duda—. Todas las chicas quieren ser actrices, convertirse en estrellas como Gelina Holín, y son los padres los que les piden que estudien algo serio...

—Yo... Yo quería estar aquí. Simplemente eso. —Kózel se frota la cara con ambas manos y luego hace un gesto con los brazos que denota que, a pesar de todo, lo del drama lo lleva en la sangre—. Y mis padres querían que me quedara en Hol Ibu. Los chicos pueden hacer lo que quieran, pero ¿las mujeres? Las mujeres koruesas son la cabeza de las familias, son las que mantienen la casa, el apellido, la *tradición*. En mi familia son todos actores o gente que trabaja en el espectáculo pero ¿tan difícil es de entender que yo

quiera algo distinto? Pues, aparentemente, sí. Me dijeron que si tan decidida estaba a tirar mi vida por la borda, y eso son palabras textuales de la abuela Hokulea, la abuela Hokulea es una arpía, ya te aviso, tendría que arreglármelas sola. Así que les oculté que no me habían dado la beca, solicité una de las sobrantes para chicos y, contra todo pronóstico, me la concedieron. Aprendí a usar Ilusión para cambiar mi aspecto y llevo puesta esta estúpida cosa desde octubre. Y ya está, ya lo sabes todo —remata, con rabia, empujando con el pie la venda que todavía descansa en el suelo.

Sin previo aviso, Kózel deja escapar un resoplido de los que normalmente uno reserva en presencia de algo tan placentero como un festín de chocolate después de hacer dieta o de un secreto que ha dejado de serlo.

—Por los Antepasados. Qué bien sienta.

Lórim se da cuenta de que esa ligereza también se ha instalado dentro de él. Incluso se siente un poco mareado, aunque a juzgar por sus heridas también pueda ser por la pérdida de sangre.

—Sé que no tendría que haberos espiado a ti y a Denna aquel día —susurra Kózel al cabo de unos segundos. Levanta la cabeza y Lórim siente La Mirada sobre él. Es una forma que tiene Kózel de mirar, intensa y con el ceño arrugado, como si su voluntad pudiera doblegar el acero y horadar montañas—. Pero estaba preocupada por ti. Y ahora me alegro. No puedes marcharte, Lórim. Ahora que sabes mi secreto, no puedes dejarme aquí sola.

Al escucharla, la ligereza desaparece y Lórim vuelve a experimentar esa sensación tan parecida a caminar por el filo del desastre. Por un rato casi lo había olvidado pero están pasando las horas y sabe que, por mucho que le duela, tarde o temprano tendrá que tomar una decisión. Se encoge sobre sí mismo, los codos en las rodillas, dejando reposar la barbilla entre las manos. En realidad, ahora que Kózel lo sabe, quizá todo sea más fácil; quizá no tenga que irse sin más, quizá ella lo entienda y él pueda despedirse.

—No puedo quedarme, Kóz. Es imposible.

—Yo llevo todo el curso viviendo en la residencia masculina y nadie se ha dado cuenta —le corta—. A mí no me hables de imposibles. Si quisieras quedarte aquí de verdad, lo harías sin importarte nada más. ¿De qué tienes miedo?

Lórim mira durante unos segundos al frente. La avenida se recorta contra la luz del amanecer y recuerda la noche que llegó al Liceo, cuando tuvo que Dominar al director Nayer para que le dejara matricularse. Resopla. Kózel le ha preguntado que de qué tiene miedo y la respuesta es sencilla:

—De quién soy.

Kózel espera unos segundos, deja que sus palabras se pierdan en el silencio que todavía reina en los jardines. Finalmente apoya las manos en el pedestal de mármol y echa la cabeza hacia atrás.

—Eres Lórim.

Es la primera vez que Lórim escucha estas palabras en boca de alguien que no sea él mismo. Que es Lórim. Un escalofrío le recorre la espalda. De alguna forma, la afirmación de Kózel suena certera, tan firme como una verdad absoluta.

—Soy Ascot Indrasil, *Hoku* —responde muy lentamente. Al fin y al cabo, por mucho que Kózel diga y por mucho que él quiera creerla, no puede negar la realidad—. Ascot Indrasil, el Heredero. Ascot Indrasil y ahora resulta que alguien está matando a gente en mi nombre y...

—A mí todavía me pareces mucho Lórim, digas lo que digas.

—¿No me tienes miedo? —le pregunta él.

—No te ofendas, pero la abuela Hokulea da mucho más miedo que tú.

Lórim deja escapar un gemido de frustración. No puede más, solo con hablar del tema le invade una pesadez agotadora. Pero, a pesar de todo, se obliga a contarle a Kózel su historia. Al fin y al cabo jamás encontrará un

momento más apropiado y, si le cuenta toda la verdad, quizá ella por fin entienda que debe marcharse.

Todavía sentado en el pedestal donde antaño se levantaba la estatua de Dominio, Lórim habla de la mansión escondida en las montañas donde siempre ha vivido, de su padre, Asgard el Zorro como lo llama todo el mundo, que cada día de su vida le ha recordado que tarde o temprano los Indrasil recuperarían todo su poder. Su padre, que pretendía prepararlo para que un día fuera capaz de reclamar el trono y solo consiguió lo contrario: que él detestase quién era, lo que hacía, lo que podía llegar a hacer. Al final Lórim, con un hilo de voz, le cuenta acerca de una noche, hará casi un año, en la que reunió suficiente valor como para escaparse de casa y dejarlo todo atrás.

—Lórim fue solo... una invención. Un nombre que no significa nada. Cuando llegué a Blyd necesitaba un lugar para esconderme y pensé que aquí aprendería a controlar... esto. —Su poder, piensa. La plenitud que le recorre el cuerpo cada vez que usa Dominio sobre alguien—. Pero ahora estoy asustado, Kózel. Todo lo que está ocurriendo con los Caballeros del Águila. *Caballeros del Águila*, Kóz, mi padre tiene que estar detrás de todo. Debe de estar muy enfadado —añade de repente con una expresión de terror infantil en sus ojos muy abiertos. Los recuerdos de la noche vuelven a aflorar; los encapuchados, la biblioteca en llamas. Todo le parece oscuro y, a la vez, tampoco puede quitarse de encima la sensación de que toda la sangre derramada ha tenido que ver con él aunque Kózel le haya dicho que el mundo no gira a su alrededor—. Imagina que me encuentran. Imagina que os hacen daño a ti, o a Nero, o a... yo ya le hice daño a Denna...

—¿Qué ocurrió? —le corta Kózel, entornando los ojos.

A Lórim se le cierra la boca del estómago de golpe. Se nota un regusto

amargo en el fondo de la garganta. Por un momento se siente a punto de vomitar.

—Hice que me besara. Nos estábamos peleando, me puse nervioso y la... la... la Dominé para que me besara.

Lórim vuelve la cabeza. No quiere mirar a Kózel ahora. La siente inspirar a su lado, una respiración profunda y lenta como si además de aire quisiera acaparar también un poco de valor. Lórim mantiene la vista fija en el horizonte, en la avenida y en la ciudad como de juguete, con sus casitas de colores y el río que parece una cinta de plata. De entre los tejados emerge un aéreo que deja una estela en la luz rosada del amanecer. Se eleva rápidamente, agilísimo. «Ojalá fuera tan fácil —piensa Lórim—, llevar anclas, marcharse con ligereza despreocupada y dejarlo todo atrás.»

—Fue un accidente, Kóz, tienes que creerme. Por favor —susurra.

—Estoy aquí sentada contigo, ¿verdad? —Lórim asiente—. ¿Lo harías otra vez?

La pregunta le sobresalta. Aparta la mirada del aéreo, que ahora solo es un puntito a lo lejos, y la fija en el suelo.

—No.

Y no es exactamente una mentira, pero tampoco es la pura verdad.

Lórim no quiso hacerlo pero lo hizo y, quién sabe, podría ocurrir de nuevo. Por encima de las amenazas de Denna con delatarlo, más incluso que enfrentarse a las iras de su padre, más que todos los Caballeros del Águila del mundo, ese hecho es lo que más lo aterroriza. Si pierde el control de su poder, como le ocurre a Kózel cuando se pone nerviosa, que las luces a su alrededor refulgen ¿qué ocurriría entonces? Si un día él ya no tiene fuerzas para reprimir su verdadera naturaleza, guardarla en el fondo de su cuerpo, mantenerla oculta... ¿Si al final sucumbe y se vuelve... como su padre? Como todos los Indrasil antes que él.

Él mismo piensa que Denna tiene razón, que es un monstruo. Quedarse en el Liceo supone un riesgo tremendo; no para él, sino para sus amigos.

Kózel se remueve y Lórim nota la presión de su mano en la coronilla despeinándolo. Es un gesto tan pequeño, tan íntimo, que todas las ganas de llorar que no había tenido hasta este momento le vienen de golpe.

—¿Sabes, Lórim? —Kózel entorna los ojos hasta que por entre los párpados solo se adivina una pequeña franja de sus pupilas oscuras—. Según yo lo veo, quedarte es lo más inteligente. Esto está lleno de guardias en potencia. Si alguien viene a buscarte le daremos una paliza; y si de repente te pones megalómano y pretendes reconquistar tu trono, te la daremos a ti. Además, quizá el peligro esté allá donde vayas, pero tus amigos estamos en el Liceo. Para lo bueno y para lo malo.

Ojalá el mundo pudiera regirse por ese paradigma tan sencillo: el hogar está donde tienes el corazón y Lórim cree que el suyo está en el Liceo de la Guardia y Defensa Ciudadana de Blyd. Quiere protestar, pero entonces Kózel bosteza audiblemente y se pone en pie mientras crujen todas las articulaciones de su cuerpo.

—Tenemos examen en un par de horas —le informa ella con voz serena—. Documentación. Tengo que sacármelo con nota o no me renovarán la beca.

Lórim deja escapar un gemido frustrado.

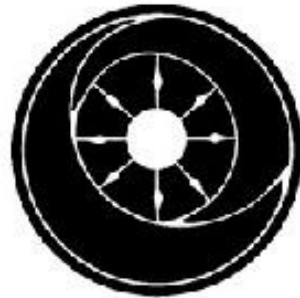
—No lo entiendes, Kózel.

—No. Sí que lo entiendo, pero es que soy así de tozuda. —Estira los brazos hacia atrás para desentumecerse. Se vuelve un instante hacia el reloj del edificio principal; son las siete y media—. A estas alturas, no sé de qué te sorprendes. Por cierto, puedes quedarte con la gorra, así no tendrás que robarme ninguna de las otras el año que viene.

Mientras Kózel se marcha, Lórim hace un mohín con la gorra entre las manos. Ella no vuelve la vista atrás y a Lórim le da la sensación de que no lo

hace porque está segura de que él va a seguirla. Se levanta. Mira hacia la avenida de las estatuas, con las puertas del Liceo al fondo, y luego hacia la figura de Kózel que se aleja. Lórim tiene que decidirse aquí y ahora, y solo se da unos pocos segundos.

Finalmente, menea la cabeza, se pone la gorra y comienza a caminar.



Mientras sube las escaleras por una residencia en completo silencio, Kózel no para de darle vueltas a su conversación con Lórim. No sabe si va a funcionar. Quizá Lórim no esté allí cuando vaya a hacer el examen que tienen dentro de dos horas y ella no sabe si tendrá las fuerzas o, lo que es peor, el derecho de hacerlo volver.

Kózel sacude la cabeza y fuerza sus piernas para que se muevan. Prefiere no pensar demasiado en que hoy hayan estado a punto de morir. Varias veces. En vez de eso procura centrarse en lo inmediato y seguro: las duchas. Está tan agotada que paradójicamente no tiene sueño (o teme, en el fondo, que si se duerme ya no despierte hasta dos días después) así que se meterá en la ducha todo el rato que pueda. Luego bajará a desayunar y les rezará a los Antepasados para que intercedan por ella y por que el examen de Documentación sea fácil.

En el rellano del tercer piso Kózel se detiene con las manos en las rodillas, resoplando. Su propia respiración le suena atronadora pero no lo bastante como para ignorar un crujido. Todo su cuerpo se pone en tensión;

últimamente ha tenido malas experiencias con crujidos misteriosos, así que se vuelve cautelosa hasta que descubre su origen.

Kózel ha tenido muchas ideas estúpidas en su vida. La que más, eso lo tiene claro, matricularse en el Liceo y hacerse pasar por un chico. Ahora atraviesa con cuidado la sala de recreo y se acucilla junto a uno de los sofás porque, Antepasados benditos, que es verdad que esta noche han estado a punto de morir. Una estupidez más... bueno. Puede arriesgarse.

Vann está tumbado boca arriba y con un brazo colgando lánguidamente hacia el suelo como suele encontrarlo Kózel todas las mañanas. Sobre el pecho tiene a su bestia negra: el manual de Criminología, quinientas veintiocho páginas llenas de un texto tan denso al que le falta poco para atrapar la luz como un agujero negro. Todavía sujeta el libro entre las manos, como si se hubiera dormido a medio estudiar.

Hay poca gente que duerma como Vann, tan profundamente, un brazo o a veces una pierna siempre fuera de la cama. Puede estudiar hasta la extenuación como ha hecho los días previos a los exámenes; pero dormido parece que no haya una sola preocupación en su vida. Quizá sea este el secreto por el que cada mañana se levante con energías renovadas y ganas de comerse el mundo. Kózel, que necesita cafeína solo para poder comenzar el día sin dar un salto evolutivo hacia atrás, lo admira. Casi casi, ahora que lo piensa, cuando regrese a su casa en unos pocos días, le va a echar de menos. Por eso se ha acercado a pesar de todo y por eso, aunque las rodillas le duelan de estar acucillada, aproxima una mano para revolverle, con mucho cuidado, el cabello, como siempre hace él.

En sueños, Vann se remueve. El libro de Criminología resbala de entre sus dedos hacia el suelo y Kózel teme que, del golpe, Vann despierte, la vea tal y como es y entonces...

En el último momento, logra agarrar el libro antes de que ocurra ningún

desastre.

Tiene que marcharse. Retrocede apresuradamente raspándose las rodillas contra el suelo. Sube los dos pisos de escaleras a zancadas, el cansancio que sentía antes convertido en algo secundario y sin importancia, y cuando llega al quinto piso se detiene más para escuchar si Vann se ha despertado que para recuperar el aliento.

Ya en las duchas, con la puerta protegida por el mejor Escudo que es capaz de Vincular con las pocas fuerzas que le quedan, se toma el lujo de apoyarse contra la pared fría hasta que su ritmo cardíaco recupera una cierta estabilidad.

Al final se obliga a dar un paso hacia delante. Se quita la casaca del uniforme, que tiene los puños manchados de carbón y está llena de quemaduras. La camisa no se ve mucho mejor, y ella misma...

Antes de que a Lórim, a Nero y a ella se los llevaran a la Casa de la Guardia, han pasado por la enfermería del Liceo para comprobar si seguían de una pieza. Ella, sin embargo, no ha dejado que la examinaran, así que se sorprende al verse las magulladuras en los brazos y en el torso, de un color entre el azul y el rojo oscuro. La vista se le detiene en el antebrazo. Allí donde la palma de la mano se confunde con la muñeca tiene una constelación de marcas finísimas, como hojas de una planta muy delicada, que estudia con incomprensión hasta que se da cuenta de que se trata de una cicatriz dejada por el Rayo: un recordatorio de lo que ha ocurrido esta noche sobre su piel suave y tostada.

Diario de Denna Blyzster

10 de junio

Mensaje privado de Lórim Hérshel a las 9.36

Lórim Hérshel dice:

Denna, no voy a irme. ~~No pued~~ No puedo hacerlo, Denna. No tengo dónde ir. Si me dejaras explicarme. Por favor...

Denna Blyzster responde:

Atente a las consecuencias, Heredero.

Lórim Hérshel responde:

De verdad, tienes que creerme. Déjame explicarme, déjame que te lo cuente todo.

Denna Blyzster responde:

Es demasiado tarde, Indrasil. ~~No es solo por lo que me hiciste.~~ No voy a

repetirte de nuevo lo que te dije, Lór alteza. No hay lugar para ti. Máchate.
~~No lo hagas más difícil.~~

Lórim Hérshel responde:

Por favor, Denna, perdóname. No quise hacerlo. No soy... así. ~~No pude controlarm~~ Es que, ~~Denna, yo te q~~ Denna Créeme que no volverá a pasar nunca más. ~~Denna, te quier.~~ Por favor.

Denna Blyzster responde:

~~No puedo creert ¿No te das cuenta de que me das mied~~ Por supuesto que no volverá a pasar. Voy a encargarme personalmente.

Lórim Hérshel responde:

~~Yo te qui~~ No me odies, Denna. ~~No puedo suport~~ No me odies.

Denna Blyzster responde:

Lór ~~No pued~~ No te odio yo, te odia la historia, te odia Nylert al completo. Eres un escombros del pasado que no debería existir.

Lórim Hérshel responde:

¿Vas a revelar mi secreto?

Denna Blyzster responde:

~~Me das miedo~~ Todavía hay mucha gente que espera a los Indrasil. No voy a ser yo quien se lo diga a tus seguidores.

Lórim Hérshel responde:

Por favor, Denna. Sé que no me lo merezco pero, una vez más, perdóname. No soy ningún monstruo. De verdad.

Denna Blyzster responde:

~~¡No puedes! ¡No eres conse~~ Lo que me hiciste fue. Por fav Lór ~~No me lo pongas más dif~~ Lór Vete de aquí, Indrasil.

Lórim Hérshel responde:

~~Te qui Te q Te quier~~ Denna, yo te
Por favor.

Viernes, 13 de junio.

Residencia masculina. 8.40 de la mañana



La puerta del armario chirría ligeramente cuando Enzo la abre para coger su uniforme de gala mientras Kástor dobla pulcramente sus camisas y las coloca por colores al otro lado de la habitación. Está canturreando algo por lo bajo. Enzo no sabe qué pero le deja hacer aunque dentro de veinte minutos tengan que presentarse en el patio del edificio principal para la ceremonia de fin de curso.

Ha guardado toda su ropa en la maleta de cualquier manera y no le preocupa que se arrugue. Aunque está contento por cómo Kástor y él han terminado los exámenes a pesar de... las dificultades, todavía hay algo que le

opreme a la altura del pecho, que no sabe cómo atajar y que le distrae de las cosas más simples como doblar la ropa.

Besó a Kástor.

Enzo se vuelve un poco para mirarle. Kástor alisa las camisas con ambas manos y cierra su maleta con un ligero chasquido. Después de lo que ha ocurrido, parece tan tranquilo que a Enzo le aterra mencionarle cualquier detalle de la fiesta.

—¿Ya lo tienes todo? —le pregunta. Kástor recoge el chaleco que tiene extendido sobre la cama y se lo pone antes de darse la vuelta y asentir. Enzo opina que siempre le ha quedado muy bien el uniforme de gala, mucho mejor que a él.

El pensamiento le vira inmediatamente hacia el beso. Cuando menos se lo espera, cuanto más trata de apartarlo de su cabeza, ahí están de vuelta esos recuerdos con la misma intensidad del primer día.

No sabe cómo ocurrió. No sabe cómo la amistad con Kástor se convirtió en... algo más. Es algo que siempre había mantenido en el fondo de su mente; pero desde que se besaron no hace más que salir a la superficie una y otra vez y, siempre que sucede, se le inunda el estómago de una sensación cálida. Constantemente le sobrevienen los recuerdos y las sensaciones, sus nervios a flor de piel, el modo en que sus labios se tocaron, que fue como descubrir un mundo nuevo.

La noche de la fiesta fue a la vez la más maravillosa y la más horrible de su vida, porque primero besó a Kástor y Kástor le besó a él, pero después se lo arrebataron y ahora Kástor no recuerda nada y él no tiene valor para hacer frente a todo lo que eso significa. Porque no solo se trata de proteger a Kástor. También quiere... protegerse a sí mismo. Durante estos dos años ha conseguido llevarse bien con prácticamente todo el mundo en el Liceo y no podría soportar los cuchicheos y las miradas, el maldito qué dirán. Si no lo

hablan, entonces puede hacer como si no hubiera ocurrido nunca y, quizá, pueda olvidarlo él también.

Vuelve entonces a llenar la habitación con palabras, ya que los pensamientos le ahogan.

—No sé cómo puedes ser tan organizado —le comenta—. Yo acabo en un momento, ahora voy.

Todavía tiene medio uniforme esperándole en el perchero. Ya se ha colocado las polainas por encima de los pantalones color crema ajustados a la pantorrilla. Ahora es el turno de la camisa gris, el chaleco negro con la filigrana de plata y el escudo con la estrella de nueve puntas bordada en la pechera. La casaca, también negra, no tienen obligación de usarla porque en el patio apenas hay sombra y hace un calor infernal.

Enzo se abotona el chaleco mientras Kástor espera paciente. Va por el último botón cuando la puerta de su cuarto se abre estrepitosamente y aparece Vann bajo el dintel.

—Tenéis que ver esto —dice. Sin más explicaciones, cierra y se escabulle por el pasillo. Kástor y Enzo, todavía perplejos por su aparición, escuchan cómo los pasos de Vann regresan a toda prisa y él abre la puerta de nuevo con expresión disgustada—. En la sala de recreo. ¿Todavía no estáis listos? ¿Por qué todo el mundo es tan lento?

Ahora sí, Vann se encamina hacia la sala de recreo seguido por Kástor y Enzo, que lucha contra el último botón del chaleco. Allí se encuentran a una docena de estudiantes en distintas fases de preparación: unos pocos todavía en pijama, otros con prendas sueltas del uniforme de gala. Izeen Zrakov tiene la cara cubierta de espuma porque lo que sea que les tiene reunidos le ha sorprendido a medio afeitado.

La imagen holográfica que genera el orbe de la sala de recreo corresponde a la edición matinal del orbediario, donde un presentador con traje azul

marino relata una aparatosa colisión entre un barco pesquero y un buque de carga cerca de la costa de Teriam. Es la primera vez que Enzo ve tanta gente pendiente de algo que no sea *Pasión de Fuego* y no entiende a qué viene tanto alboroto hasta que la expresión del presentador queda tocada por un matiz grave y pasa a la siguiente noticia.

La imagen cambia para mostrar la fachada de la Casa de la Guardia del Paseo de Pralín. Una multitud de periodistas armados con filmadoras comienza a gritar al tiempo que una figura custodiada por dos guardias sale por la puerta. Es Nymar Lexett, Fuego, veinte años, estudiante del Liceo de Blyd, dice el presentador, que, para los orbevidentes que acaban de accionar el orbe, fue detenido tras atacar a tres compañeros el pasado 2 de junio. En un inesperado giro de los acontecimientos, Lexett se ha declarado culpable del asesinato del agente especial J. Cait de la Guardia de Blyd y de la muerte de Aleus Koem, profesor del mismo Liceo.

Enzo se aparta del orbe tan agitado como el resto de los ocupantes de la sala, que se ha sumido en un silencio espectral. La noticia acaba y la imagen de Nymar subiendo a uno de los cuadríciclos de la Guardia es sustituida por otra que muestra los progresos en la reconstrucción del Gran Teatro Metropolitano, que se calcula estrenará nueva temporada a finales de verano. De pronto alguien consulta la hora e informa de que en diez minutos tienen que estar en el patio principal del Liceo y que maldito Nymar, que es difícil de creer que sea un asesino confeso, si siempre saludaba.

Los chicos de la tercera planta de la residencia masculina llegan tarde a la ceremonia por culpa de la noticia en el orbe. Se quedan al fondo; hace el mismo calor pegajoso que el día que empezaron el curso. Sobre la tarima, el director pronuncia su discurso de clausura con el resto de los profesores en

formación detrás de él. A todos les pesa la ausencia de Koem y los últimos acontecimientos en el campus. Se les nota en las expresiones graves y en que cuando el director hace subir a los estudiantes que se han graduado, la plaza permanece inmersa en el silencio. Los alumnos de cuarto que han terminado sus estudios se acercan a la tarima para recibir sus diplomas y vuelven a bajar sin que les acompañen los vítores de cada año. A todos los demás el director Nayer les despide con un «buena suerte y hasta octubre».

Desde su rincón, Vann, Kástor y Enzo tienen la misma expresión ambigua, de envidia hacia los alumnos que acaban de graduarse y de alivio porque a ellos todavía les quedan años por delante. Aprovechan que están al fondo para salir hacia las residencias, donde solo tendrán que recoger sus maletas y olvidarse del Liceo por unos meses.

Después de la ceremonia el ambiente ya está más relajado y la pequeña marea de estudiantes charla animadamente. Vann les cuenta a Enzo y a Kástor sus planes para las vacaciones, que incluyen dormir mucho y hasta muy tarde y no acercarse a su manual de Criminología. De pronto se detiene, con lo que provoca un atasco en el camino.

—Eh —les dice mientras se pone de puntillas y mira hacia atrás—. Id hacia la residencia, que enseguida os alcanzo.

Kástor y Enzo intercambian una mirada cómplice. No podía acabar el curso sin que Vann saliera corriendo detrás de Edrin Zhark una última vez. Le observan avanzar entre la multitud con el paso seguro que gasta en todas las ocasiones; sin embargo, cuando se detiene no está junto a la chica de sus sueños, sino que se inclina hacia Kózel Hokulea.



—Te ibas a marchar sin despedirte, enano.

Kózel no ve venir a Vann, solo escucha su voz y nota cómo le tira de la gorra hasta que esta le toca la nariz.

—No te había visto, pero me despido, mira, me despido. —Incluso agita la mano con poco convencimiento porque Vann tiene razón. Sí que pretendía marcharse sin despedirse. Eso le habría facilitado mucho las cosas, pero Vann, tras un largo suspiro, se inclina para abrazarla. Kózel, quizá porque no se van a ver en tres meses y el curso que viene ya no compartirán habitación o porque la ha pillado con las defensas bajas, esta vez se deja. Vann huele a ropa limpia, huele a cada mañana que han amanecido en la misma habitación y, por un instante, cuando él hace amago de soltarse, ella aprieta un poco más; son solo unos segundos, hasta que se percata de que está aspirando por la nariz demasiado fuerte, como si necesitara ese aroma en el cerebro. Entonces, se separa.

—¿Te vas directo al aéreo? —susurra Vann.

—¿Tú te vas directo al sofá? —le pregunta ella con la cabeza gacha.

Incluso sin verle la cara, sabe que Vann está sonriendo.

—Te voy a echar de menos, Kózel.

Vann aprovecha para calarle la gorra de nuevo mientras ella se da la vuelta hacia sus amigos con las mejillas arboladas.

Pero Vann no se da cuenta.

El trámite de recoger las maletas en la residencia es rápido y ruidoso. Todo

el mundo tiene prisa por marcharse, pero ellos tardan más de lo necesario porque Nero se entretiene despidiéndose de Wen y Lórim se ha quedado un momento traspuesto cuando Denna ha pasado por su lado dedicándole una mirada de desdén.

Salen de los últimos junto a media docena de estudiantes que arrastran las maletas por el camino de gravilla. A pocos pasos de la puerta, Kózel se vuelve sin dejar de caminar, solo para mirar al Liceo por última vez antes de subir al metropolitano. Hacen transbordo en la Plaza del Parlamento en dirección a la estación aérea de Varno Monsett. Es hora punta y el metropolitano permanece unos minutos detenido en la plaza junto a la estatua del inventor. Finalmente, el tráfico se despeja lo suficiente como para que el metropolitano pueda entrar en la estación, donde los ruidos se amplifican por la cúpula de cristal que corona el edificio.

Los movimientos de los tres se impregnan de la prisa que corre por toda la estación aérea mientras salen de los andenes y atraviesan el amplio vestíbulo. Nero es la que parece más alterada. No ha vuelto a su casa desde las vacaciones de invierno, así que no puede reprimir un saltito cada vez que anuncian un aéreo por megafonía esperando que sea el suyo.

El gran reloj cúbico que cuelga de la cúpula emite tres tañidos agudos de carillón al mismo tiempo que sendos fogonazos de luz llenan el vestíbulo de claridad: es la una menos cuarto. Una voz de ecos metálicos anuncia el próximo despegue en dirección a Urnabaun desde la plataforma este, segundo piso, embarcadero ocho. Ahora sí, Nero da un salto completo con los brazos extendidos que ni siquiera logra empañarse con la pena de no ver a sus amigos en tres meses.

—Me voy. —Tiene la voz teñida de emoción y los ojos le brillan trémulos.

El primero en recibir un abrazo es Lórim. Nero le rodea el cuello con ambos brazos y lo estrecha fuerte, fuerte, aunque luego lo suelta de repente

como si creyera que en un exceso de amistad pudiera romperle algún hueso. Kózel espera pacientemente su turno y se ve recompensada con otro achuchón que probablemente la deje dolorida durante horas. Nero se aparta. Se frota la mejilla como buscando unas palabras adecuadas de despedida pero entonces la megafonía da un nuevo aviso para embarcar.

—Que tengáis un buen verano. No os olvidéis de escribirme o cuando vuelva tendré que congelaros el trasero. Creo que eso es todo.

Dos abrazos más de regalo y Nero agarra sus maletas para poner rumbo hacia las plataformas de despegue.

En medio del vestíbulo de la estación, aún rodeados del bullicio de los viajeros, Kózel y Lórim se sienten un poco más solos.

El aéreo hacia Hol Ibu no sale hasta las dos y media del mediodía y matan el tiempo en una cafetería diminuta donde Lórim se toma una limonada y Kózel, dos cafés bien cargados. Hablan de temas inocuos como los exámenes y el buen tiempo que hace pero no lo hacen de todo lo demás. Alrededor de las dos Kózel se levanta para pagar.

—Tengo... tengo que ir a cambiarme. Espérame aquí, ¿de acuerdo? —le dice, a lo que Lórim asiente. Kózel, que no es tonta, se da cuenta de que el gesto de su amigo no es precisamente entusiasta; pero no sabe qué decirle para animarlo, así que solo le da un golpecito en el hombro antes de recoger una bolsa de mano que ya tiene preparada. Cruza el vestíbulo de la estación, siguiendo las indicaciones de los carteles donde, flechas que brillan con Ilusión, señalan que al fondo a la derecha están los baños.

Justo bajo el reloj que preside la cúpula del vestíbulo, Kózel se detiene abruptamente. Docenas de viajeros pasan apresurados por su lado y le indican claramente, con miradas hostiles y resoplidos, que ahí en medio molesta; pero ella es incapaz de moverse.

Por lo menos Vann no la ha visto. Está a pocos metros de ella aunque,

gracias a los Antepasados, está ocupado despidiéndose de Edrin. Ella tiene una enorme maleta al lado y la mirada entristecida. Él se frota la coronilla con una mano, el gesto que hace siempre cuando no sabe qué decir.

Kózel es consciente de que no puede quedarse, que la verán. En cuanto Vann se inclina hacia Edrin, Kózel hace de tripas corazón y se escabulle como puede hacia los baños.

Al salir ya es una persona distinta, sin su gorra ni la máscara de Ilusión. Se ha puesto un vestido liviano de organdí, bordado con flores blancas y se maravilla del tacto de la tela sobre la piel, sin que una venda le oprima el cuerpo. Sus movimientos se han suavizado y a la vez ganan fuerza a cada paso que da. Kózel regresa a la cafetería donde la espera Lórim con la seguridad de saber que ha superado la prueba: ha pasado de curso en el Liceo y tiene el convencimiento de que el año que viene podrá hacerlo también.

Por entre los viajeros que atestan el vestíbulo ya ve a Lórim esperando frente a la puerta de la cafetería junto a sus maletas. Levanta un brazo para llamarle la atención, aunque hay tanta gente que su amigo no se da cuenta. Una campanada estruendosa hace que vuelva la cabeza hacia arriba. Los engranajes del reloj de la estación giran las manecillas para que marquen las dos y cuarto y Kózel cierra los ojos para evitar que la ciegue el fogonazo de luz avisando de la hora a los viajeros que no hayan escuchado el carillón.

Seguramente, mientras no miraba, habría tenido también que quedarse quieta, pero no lo hace y un viajero inocente sufre las consecuencias cuando choca contra él.

—Disculpe... —murmura sin darle más importancia.

—Disculpada está, señorita.

Seguramente sea una nueva conspiración de los Antepasados, deben de

estar muriéndose de la risa desde el más allá. Si no, Kózel no se explica que haya tenido que toparse, precisamente, con Vann.

Debería marcharse corriendo y no lo hace. Él, entonces, ladea ligeramente la cabeza.

—¿Nos conocemos?

—No. —Kózel lo dice con su propia voz, que hasta hoy no había usado jamás en el Liceo, y tratando de dar toda la veracidad que puede a la palabra. No se conocen, no al menos de verdad, sin subterfugios ni mentiras de por medio.

Vann sacude la cabeza, como dándose cuenta de su error.

—Por supuesto, disculpe. Que tenga un buen viaje —dice mientras la despide con una sonrisa que Kózel conoce de sobras una que deja entrever lo suficiente de unos dientes muy blancos y que le crea arrugas diminutas alrededor de los ojos, pero que nunca la había visto dirigida hacia ella. Igual que Lórim tiene una sonrisa de hacer amigos, Vann tiene una destinada especialmente para las chicas. La usa generosamente, sin distinciones, porque Vann es así de democrático. Después de tanto echarle en cara que solo atrae a las chicas porque es guapo, resulta que Kózel se equivoca: es por la sonrisa.

Kózel llega a donde la espera Lórim tratando desesperadamente de que no se le note el rubor magmático de las mejillas.

—Debería irme ya al embarcadero, en quince minutos despega el aéreo.

Lórim levanta las cejas en un gesto de sorpresa absoluta.

—¿Me ha confundido con alguien, señorita? Que yo sepa usted y yo no nos conocemos —asevera. Queda claro, por cómo se le escapa la risa, que llevaba preparando la bromita por lo menos desde que Kózel ha salido de la cafetería para cambiarse. Como Lórim no tiene ni idea de su encuentro con Vann, y espera no tener que contárselo nunca para ahorrarse comentarios al respecto, Kózel solo le da un suave empujón.

—Anda. Tira, melón.

Los dos se dirigen hacia el primer piso de la estación, donde se ubican los embarcaderos, a tiempo de escuchar cómo la misma voz de antes, metálica y monótona, anuncia el inminente despegue hacia Hol Ibu. Kózel deja su equipaje en el suelo y respira hondo.

—Bueno —dice. Es un mal comienzo para una despedida pero no tiene otro.

Lórim, que solo lleva una maleta de cuero marrón imposiblemente pequeña, esboza una sonrisa radiante; pero Kózel ya ha aprendido a no creérselas.

—Nos vemos en unos meses.

—¿Dónde vas a quedarte? —pregunta ella de repente. Es una pregunta que le lleva rondando la cabeza desde hace horas y que hasta que no le ha visto sonreír había evitado pronunciar. Sin embargo, en este momento, a pocos minutos de embarcarse hacia Hol Ibu, le parece importante. Lórim no tiene casa ni familia. O al menos no tiene ni una casa ni una familia a la que pueda regresar.

Él encoge los hombros y señala vagamente a su alrededor. Es un gesto despreocupado y feliz, muy propio de Lórim, aunque gracias a meses de práctica ella logra descubrir un atisbo de tristeza en el fondo de sus ojos grises.

—No lo sé. Un hotel. O viajaré. Tengo unas cuantas coronas ahorradas. Quién sabe.

Quién sabe. Kózel frunce el ceño pensativa. Junto a la duda de qué haría Lórim durante el verano, comienza a formarse una idea.

—Yo vivo en una casa muy grande. —Lórim apenas cambia de expresión. Solo sus cejas, que se levantan ligeramente, indican que empieza a procesar

la indirecta—. Tenemos como tres habitaciones de invitados y no las usamos nunca. Es un desperdicio de espacio increíble si lo piensas seriamente.

Kózel espera. La megafonía da el segundo aviso: «Aéreo con destino Hol Ibu, se ruega a los pasajeros que se dirijan a la plataforma oeste, primer piso, embarcadero tres». Lórim por fin abre la boca pero no emite ningún sonido. Parece estar debatiéndose internamente y Kózel no tiene tiempo porque el aéreo va a despegar con o sin ellos igualmente. Le da un ligero empujón hacia las escaleras que conducen al vestíbulo, donde está la taquilla de venta de billetes. A veces Lórim necesita estas pequeñas ayudas para decidirse.

—Vamos, melón. Voy a embarcar y les diré que esperen un momento, que falta un pasajero. Pero no te quedes ahí parado —le amonesta mientras en los labios de Lórim comienza a instalarse una sonrisa enorme, anchísima, de niño pequeño—. Espero que te guste la piña. En las Koru lo cocinamos todo con piña.

Miércoles, 18 de junio.

Blyd. 8.03 de la tarde



Si se fija, si se fija bien, todavía quedan manchas oscuras sobre la fachada de mármol. «Fue un mal necesario», piensa. Su palacio. Su hogar. El Fuego se lo arrebató, esas ratas corruptas, esos ladrones, lo convirtieron en su Parlamento, pero ese mismo Fuego se lo devolverá otra vez.

El Águila Blanca recuesta la espalda en uno de los bancos de la plaza y respira profundamente. Alrededor, sus súbditos caminan sin detenerse. Todos parecen ocupados, van o vienen del trabajo, pasean, pero el Águila Blanca sabe que se han dejado engañar por esas ratas, asesinos. Sus pobres súbditos llenan sus vidas con cosas superfluas pero están huérfanos de un guía que les

dirija y les proteja. Si supieran... si tan solo uno de ellos mirara en su dirección y reconociera al Águila Blanca, a su gobernante...

Su *legítimo* gobernante.

El Águila Blanca se siente palidecer de rabia. Dentro del puño cerrado aprieta el orbe que sus fieles Caballeros recuperaron en la biblioteca. Ese orbe que fue el último pensamiento del fantasma antes de morir, como también lo fue del profesor Koem.

Y ahora el Águila Blanca sabe por qué. Lo vio, a solas, temiéndose que el secreto que ocultaba pudiera ser un peligro para sus planes. Y vio la imagen de la mujer. Y la recordó, siempre obediente con la mirada baja. Solía... solía cantarles canciones de cuna pero conoce su nombre. Era una simple sirvienta. Esa grabación... todas las pistas están ahí, en los movimientos bruscos, en esa forma de repetir las frases... por supuesto que Koem se dio cuenta. Y el fantasma. La becaria de la biblioteca estuvo a punto de descubrirlo también, pero pudo evitarlo a tiempo. El Águila Blanca sabe que no puede atraer más la atención sobre el Liceo, pero se mantiene alerta.

Ahora tiene otras preocupaciones, reflexiona mientras, poco a poco, el sol se pone tras la cúpula del Parlamento. No, del Parlamento no, rectifica con furia. De su palacio. De su hogar.

La mujer fue Dominada la noche del incendio para ocultar un secreto. Un niño sobrevivió. Un niño de la sangre de los Indrasil se salvó aquella noche, alguien se encargó de hacerlo, igual que alguien se encargó de ocultarlo. El Heredero. No. El Águila Blanca se pone en pie, los huesos hirviéndole de rabia. El Heredero no, el Usurpador.

Solo hay un legítimo gobernante para Nylert y ese es el Águila Blanca. Ahora sus planes tendrán que esperar. Todos sus esfuerzos, los suyos, los de sus Caballeros, tienen que volcarse a encontrarlo.

Y luego, decide, acabará con él.

El Águila Blanca se pone en pie y estira las extremidades entumecidas. En el quiosco que hay a un lado de la plaza le compra un ramo de lirios al anciano vendedor para que el aroma de las flores le haga más agradable el camino hasta el Barrio Antiguo.

El viejo palacio March, su cuartel general, parece igual de abandonado por fuera que hace meses pero, en cuanto atraviesa las puertas del caserón, todo deslumbra: las paredes están pintadas de nuevo, el polvo y los escombros son solo un recuerdo y ahora los suelos están cubiertos de alfombras. Hay muebles nuevos de madera noble.

En el antiguo salón de baile del palacio le esperan todos. Está su consorte, su compañero fiel, que gracias a los cielos logró escapar del Liceo durante la confusión que siguió a la destrucción de la biblioteca. También están sus Caballeros. Les une la misma causa aunque sus orígenes sean dispares. Hay hombres y mujeres. Algunos con el pelo arreglado cuidadosamente o recién afeitados, con trajes hechos a medida. Otros tienen las facciones hambrientas y traen el olor de la calle y de tabernas insalubres. El Águila Blanca no hace diferencias, siempre que su fidelidad sea incuestionable. La voz ya ha corrido y cada día llegan nuevos voluntarios.

El Águila Blanca atraviesa con paso majestuoso el salón, les regala una inclinación de cabeza y al instante sus mentes se estremecen de agradecimiento.

—Alteza. —Un Caballero, vestido con el uniforme negro de las Brigadas de Intervención Especial, se acerca con la mirada baja. El Águila Blanca se sienta en el sillón de madera dorada que hay en el centro de la sala, al lado de una silla más pequeña en la que espera su consorte, y deja el ramo de lirios sobre su regazo—. Hay alguien que os solicita audiencia. Proclama conoceros. —Puede percibir la inquietud de su Caballero mientras habla y eso hace que el Águila Blanca se ponga en alerta. Fue uno de los primeros en

unirse a su causa. Es fuerte y capaz, el más capaz de todos y el único que conoce el secreto para crear ese Fuego sin llamas que es el arma más poderosa de los Caballeros del Águila. Está destinado a comandar su ejército, pero, aun así, está preocupado—. Ha llegado hace unos minutos, dice... insiste en que querréis recibirle cuanto antes.

—Que pase —le ordena. No tiene nada que temer de nadie.

El comandante entonces se yergue. A un gesto suyo, dos Caballeros se apresuran a abrir la puerta doble al fondo del salón.

Y lo primero en lo que piensa el Águila Blanca es en la palabra «escurridizo».

—Tantos... tantos meses buscando, tantos meses para contactar con la gente adecuada para conseguir que quisieras recibirme y resulta... resulta que siempre has sido tú...

Sammler Archen se recupera admirablemente rápido de la sorpresa. Cruza la estancia, sus pasos amortiguados por la gran alfombra que cubre prácticamente todo el espacio.

Los Caballeros desconfían de él. El Águila Blanca percibe una hostilidad creciente entre ellos porque Sammler se mueve como si el lugar le perteneciera, les mira por encima del hombro. *Sonríe*. Se detiene frente al Águila Blanca, pero no se inclina ni muestra respeto ante su presencia.

—Este es mi destino, esto... —Mira a su alrededor y luego se vuelve ávido hacia el Águila Blanca. Estira las manos crispadas en su dirección, pero el comandante se interpone en su camino y evita que toque nada más que el aire —. Quiero ser uno de los vuestros.

A los Caballeros reunidos en el salón tampoco les gusta el modo en que Sammler levanta la voz, pero el Águila Blanca solo necesita una mirada para calmarlos.

—¿Por qué deseas unirme a los Caballeros del Águila, Sammler?

—Deseo servir a mi legítimo gobernante —responde él inmediatamente.

El Águila Blanca entorna los ojos y le hace un gesto para que se acerque. Ahora sí. Extiende una mano hacia Sammler, que se arrodilla a sus pies y el Águila Blanca le coloca los dedos sobre la frente justo antes de Vincular Aura. Bajo su escrutinio, la mente de Sammler aparece cristalina. Una parte de lo que dice es verdad: desea ser un Caballero, servir al Águila Blanca pero, al mismo tiempo, sus pensamientos están llenos de una ambición cruel, una que no se detendrá ante nadie, y que no tiene más amo que Sammler mismo.

Él parece darse cuenta de que el Águila Blanca ha visto su verdadera naturaleza. Su mirada cambia, se enturbia, el cuerpo se le inclina hacia delante.

—¡Lo merezco! ¡Es mi derecho de nacimiento! Me lo arrebataron... pero tú me lo devolverás, ¿verdad? Me necesitáis, yo... tengo poder. Tengo contactos. Mi padre es el portavoz del Partido Tradicionalista. ¿Cómo, si no, hubiera llegado hasta aquí? ¡Quiero unirme a tu causa! —chilla, apartándose. El Águila Blanca aprieta los dientes cuando, al romperse la conexión, una oleada de náuseas le trepa por la garganta.

—La única causa que apoyas es la tuya, querido.

No es el primero al que el Águila Blanca rechaza. Ha habido otros demasiado débiles, demasiado estúpidos. A estos, el Águila Blanca les ha despedido con unas palabras de agradecimiento y un mandato con Dominio para que olvidaran quién es y cómo han encontrado su palacio. No es un monstruo y, cuando reclame su poder, necesitará de todos sus partidarios; pero Sammler Archen es el primero que, ante el rechazo, se levanta hinchado de odio.

—Tienes que aceptarme. Es mucho más inteligente tenerme como amigo que como enemigo, p...

El Águila Blanca cierra el puño con fuerza, las uñas se le clavan en la

palma de la mano.



El comandante se mueve tan rápido que su brazo es prácticamente un borrón cuando, al escuchar el mandato del Águila Blanca dentro de su cabeza, agarra a Sammler por el cuello. Este produce un sonido borboteante, quizá ya tenga la tráquea fracturada, quizá intente, demasiado tarde, suplicar clemencia. Oleadas de terror atávico se derraman por todos los rincones de su

mente. El Águila Blanca no siente placer por lo que está a punto de ocurrir. Si acaso, compasión.

Aparta los ojos. Sujeta la mano de su consorte que, consciente de la situación, trata de darle su apoyo.

El salón se llena de un calor abrasador que dura apenas unos instantes. La ropa de Sammler cae silenciosamente al suelo entre un montón de ceniza.

—Que alguien limpie esto inmediatamente —ordena el Águila Blanca con voz disgustada.

Agradecimientos y Recuerdos

A Cristina, Elena, Flor, Joan Ferrando, Julia, Lali, Marta y Paz. O, mejor dicho: a Clock, Mileya, Florchis, Cait, Juls, Griet, Lin y Adhi, por su inmensa generosidad, porque estos personajes son tan suyos como nuestros (OEOEMAMA).

A nuestras familias, por toda la paciencia que han tenido con nosotros durante este proceso, porque nos han dado el espacio, porque nos han aconsejado, porque entienden lo vital que es para nosotros poder escribir. Por querernos, que eso ya lo dice todo. Os queremos mucho también.

A nuestros amigos y seres queridos, por entender nuestras ausencias, por estar ahí, cerca, siempre, a pesar de todo, por acompañarnos en este camino y porque sabemos que seguirán haciéndolo, siempre animándonos a seguir adelante. Porque todos sabemos que para cumplir sueños hay que hacer sacrificios, pero no todo el mundo dice que los sacrificios también los hacen los que te rodean. Gracias. Nunca está de más repetíroslo: millones de gracias.

A Sarah Manzano y Cristina Anguita, por sus informes tan profesionales, por sus consejos, por sus ánimos y por su ayuda.

A Cristina y Marcos, a Concha, a Meer, a Rosa y a Eugenia, a Álex, a M.^a Carmen, a Angélica y a Rebeca, por no tirarnos por un barranco cada vez que les preguntábamos si les estaba gustando la novela, por acompañarnos en este camino, y por sus opiniones y consejos. ¡Sois geniales! (Si nos hemos dejado a alguien, por favor, ¡perdonadnos! Os lo compensaremos con una cena.)

A Isabel Martí y a todos los amigos de la Agencia IMC, por creer en nosotros, por llevarnos de la mano.

Por último, pero no menos importantes, a Rosa Samper, Aina Baraldes y a todo el personal de Montena y de Penguin Random House Grupo Editorial Mondadori, por ilusionarse con nosotros, por emocionarse con nosotros, por hacerse sentir tan cerca y hacérselo todo tan fácil. Esta historia también es vuestra, chicas.

Y, por supuesto, que no nos olvidamos porque tú eres la otra mitad de esta novela, porque sin ti no existiría, a ti, que has llegado hasta aquí.

Las Familias de Nylert



Las Bajas Familias

Tierra



La Familia Tierra es la más extendida en Nylert. Sus miembros tiene la capacidad de Vincular su poder con la tierra, la roca y la arena. Hasta el advenimiento de la Primera Revolución, la Familia Tierra formaba la clase más baja de la sociedad del país, encargándose del trabajo en los campos de labranza o en las fábricas y factorías de Blyd y sus alrededores.

Agua



Originaria de las zonas costeras y de las riberas de los grandes ríos de Nylert, los Agua controlan este elemento tanto en su forma líquida como sólida, llegando a formar hielo apenas sin dificultad. Junto a los Tierra, antes de la Revolución se encargaban de los trabajos más duros en el campo y formaban el proletariado urbano.

Aire



Originarios de las llanuras, vinculan el Aire y el viento, incluso llegando a desarrollar un cierto control sobre el clima. Es la tercera de las Bajas Familias que se rebeló contra el Dominio de la dinastía Indrasil durante la Revolución de Agosto de 1928.

Familias Libres

Escudo



Familia muy minoritaria, se cree originaria de Xool, al sudeste de Nylert. Los Escudo son capaces de bloquear y contener la energía de otras Familias y crear barreras protectoras a su alrededor o sobre objetos físicos. Tradicionalmente, los Escudo ofrecían sus servicios como sirvientes y asistentes de las Altas Familias.

Ilusión



Originarios de zonas de clima tropical y subtropical, como el archipiélago Korués, los miembros de la Familia Ilusión controlan las ondas de luz y sonido. En consecuencia, tradicionalmente se ha relacionado a los Ilusión con el mundo del espectáculo y de las artes escénicas.

Azar



Azar como Familia se localiza casi exclusivamente en áreas muy remotas y montañosas de Nylert. Contrariamente a las creencias populares, los miembros de esta Familia no son capaces de prever el futuro, sino de intuir el propio tejido del espacio y el tiempo, traduciéndolo en probabilidades. El abuso de Azar provoca una pérdida paulatina de contacto con la realidad.

Las Altas Familias

Fuego



Aunque en sus orígenes era considerada una más de las Bajas Familias, Fuego se ganó un lugar entre la aristocracia por sus cualidades para la guerra y el combate. Los más fuertes de entre los Fuego formaron el cuerpo de guardia personal del Emperador Indrasil, los Caballeros del Águila. Con la caída del Imperio, los Fuego también perdieron todos sus privilegios.

Rayo



Históricamente, la baja aristocracia rural de Nylert, aunque se la considera una variación de la Familia Aire. Son capaces de producir descargas de electricidad a voluntad. Sin embargo, a pesar de tener una gran capacidad destructiva, su poder se considera altamente inestable y difícil de controlar.

Aura



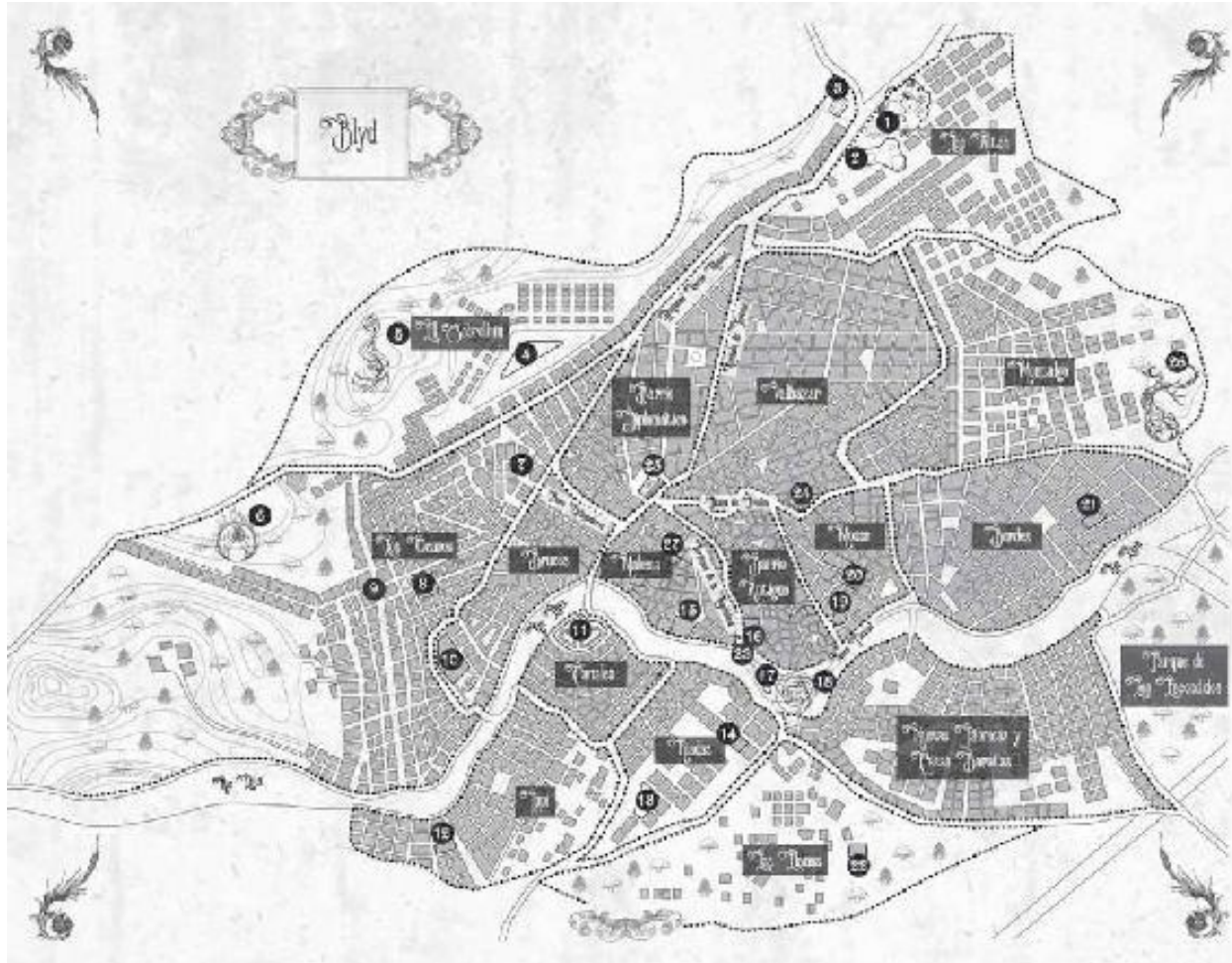
La alta aristocracia de Nylert, capaz de leer el pensamiento y la única Familia capaz de reconocer (aunque no evitar) Dominio. Antes de la Primera Revolución ocupaban los cargos más altos del gobierno. Actuaban a la vez como consejeros y posibles frenos contra los abusos del Emperador. A causa de la Revolución, la mayor parte de los Aura huyó del país.

La Familia Imperial

Dominio

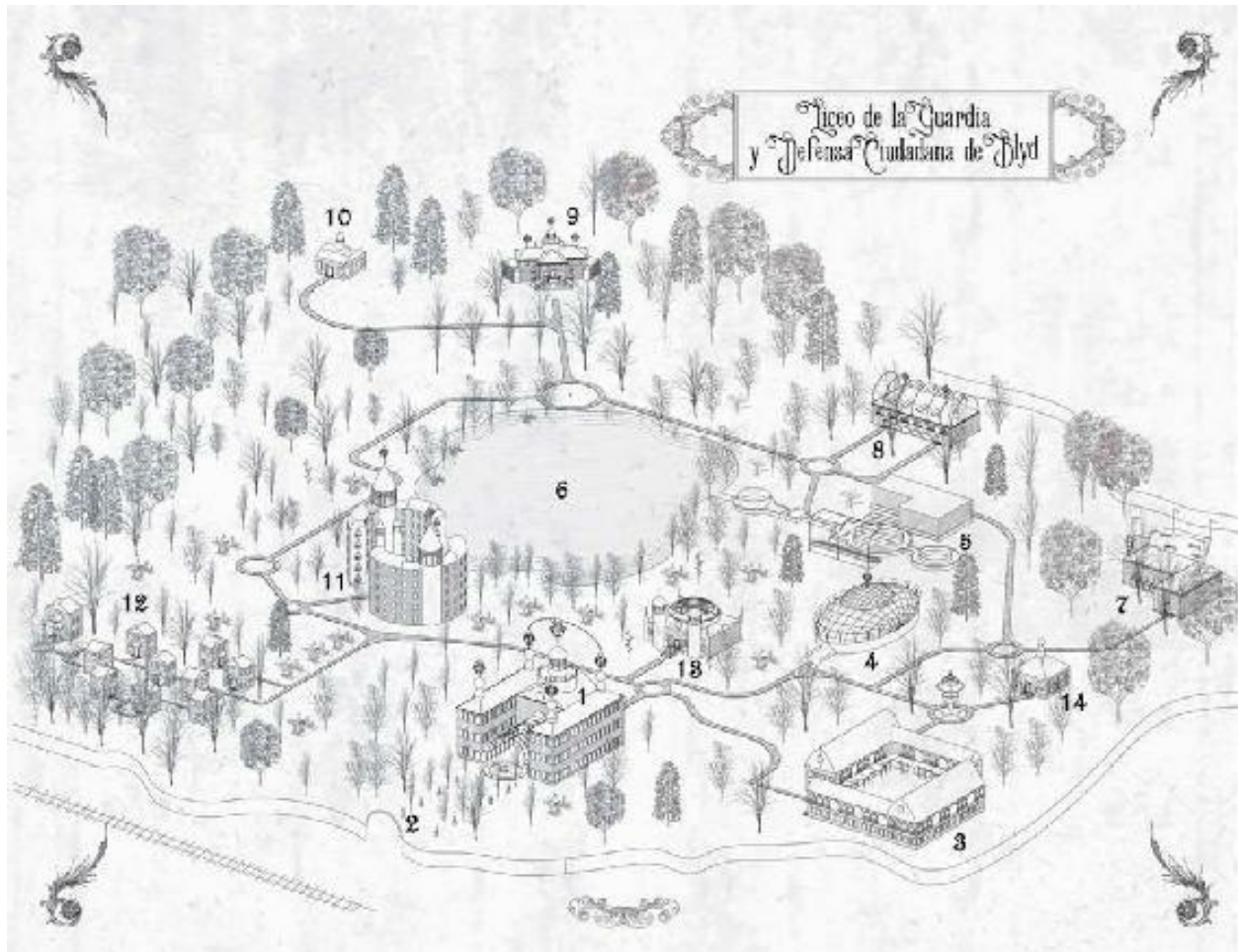


Aparecida como una variante más poderosa de Aura, Dominio puede leer pensamientos y manipularlos a voluntad, lo que propició el ascenso de la dinastía Indrasil al trono imperial de Nylert. Tras la Revolución, se considera una Familia extinta.



1. Liceo de la Guardia
2. Instalaciones J. Inter.
3. Estadio Balón Prisionero
4. Cementerio Norte
5. Templo del Aire
6. Templo del Fuego
7. Mausoleo Indrasil
8. Hospital
9. Plaza 4 Estaciones

10. Estación O. Velorrail
11. Muelles
12. Casa de Denna
13. Cementerio Sur
14. Casa de Brynn
15. Palacio de Justicia
16. Casa de Enzo
17. Torre del Águila
18. Templo del Agua
19. Teatro;
20. Estación Aérea Varno Monsett
21. Casa de Vann
22. Casa de Kástor
23. Arco de Triunfo
24. Casa de la Guardia
25. Parlamento
26. Templo de Tierra
27. Ayuntamiento



1. Edificio de Administración
2. Avenida de las Estatuas
3. Aularios
4. Gimnasio
5. Pistas
6. Lago
7. Caballerizas antiguas
8. Gimnasio antiguo
9. Biblioteca
10. Archivos

11. Residencias

12. Casas de los Profesores

13. Cafetería

14. Enfermería

Geòrgia COSTA y **Fer ALCALÁ** se conocieron hace más de diez años navegando por los mares del fandom en internet. Ahora no tienen más remedio que hacerse pasar por adultos: Geòrgia pasea turistas por las calles de Tarragona y Fer es profesor en un instituto de Cáceres. Sin embargo, lo que más les gusta es enfundarse el traje de Costa Alcalá y convertirse en novelistas 24/7, porque Geòrgia escribe muy tarde por las noches y Fer muy temprano por las mañanas. El resto del tiempo se las apañan para estar más o menos de acuerdo con el resultado. *La Segunda Revolución* es su primer trabajo como Costa Alcalá.

<http://www.costaalcala.com>

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2017, Geòrgia Costa, Fernando Alcalá

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Cela Janiec, por las ilustraciones

Idea original de Geòrgia Costa y Fernando Alcalá

© 2017, Alejandro Ciudad Álvarez, por los planos y mapas

Idea original de Geòrgia Costa y Fernando Alcalá

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Judith Sendra

Ilustración: © Escletxa

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-767-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La Segunda Revolución. Heredero

PRIMERA PARTE

Martes, 1 de octubre

Miércoles, 2 de octubre

Jueves, 31 de octubre

Domingo, 3 de noviembre

Domingo, 3 de noviembre

Lunes, 4 de noviembre

Lunes, 4 de noviembre

Lunes, 4 de noviembre

Lunes, 4 de noviembre

Martes, 12 de noviembre

Miércoles, 13 de noviembre

Viernes, 15 de noviembre

Lunes, 18 de noviembre

Viernes, 29 de noviembre

Lunes, 2 de diciembre

Miércoles, 4 de diciembre

Jueves, 5 de diciembre

Diario de Lórim Hérshel

Jueves, 5 de diciembre

Sábado, 21 de diciembre

Sábado, 21 de diciembre

Domingo, 22 de diciembre

SEGUNDA PARTE

Domingo, 5 de enero

Martes, 7 de enero

Miércoles, 12 de febrero

Viernes, 14 de febrero

Diario de Lórim Hérshel

Sábado, 15 de febrero

Lunes, 17 de febrero

Martes, 18 de febrero

Viernes, 7 de marzo

Viernes, 14 de marzo

TERCERA PARTE

Domingo, 23 de marzo

Miércoles, 16 de abril

Miércoles, 16 de abril

Miércoles, 21 de mayo

Jueves, 22 de mayo

Viernes, 23 de mayo

Viernes, 30 de mayo

Viernes, 30 de mayo

Sábado, 31 de mayo

Lunes, 2 de junio

Lunes, 2 de junio

Martes, 3 de junio

Diario de Denna Blyzster

Viernes, 13 de junio

Miércoles, 18 de junio

Agradecimientos y Recuerdos

Las Familias de Nylert

Las Bajas Familias

Familias Libres

Las Altas Familias

La Familia Imperial

Mapas

Blyd

Liceo de la Guardia y Defensa Ciudadana de Blyd

Sobre Costa Alcalá

Créditos